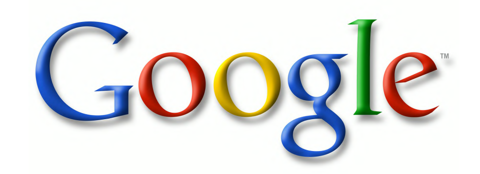



B. M.




600047621Q



OBRAS

DE

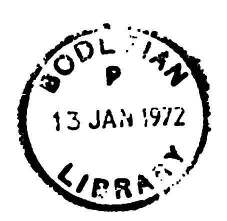
MEDARDO RIVAS

PARTE SEGUNDA

VIAJES POR COLOMBIA, FRANCIA, INGLATERRA Y ALEMANIA

1885

FERNANDO PONTÓN, Editor



IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS

Calle de los Chorritos de la Enseñanza.

A MIS HERMANOS

RAFAEL, RICARDO, MATILDE, TERESA Y MERCEDES.

Ante el lecho de muerte de nuestro padre prometimos estar unidos siempre; y así hemos atravesado el camino de la vida, para nosotros tan árido.

En memoria de los que ya rindieron la jornada: de nuestra madre amada, y de Alejo de la Torre, Concepción Tejada de Rivas, Dolores Rivas de la Torre, Dolores Ortega de Rivas, Federico y José María Rivas, dedico á ustedes este libro.

El es la sencilla relación de mi vida mientras estuve ausente del suelo patrio, época en la cual el cariño de ustedes me siguió á todas partes y en que su recuerdo fué mi compañero.

MEDARDO RIVAS.

VIAJES

CAPITULO I.

Bogotá—Mi primera peregrinación—El regreso—Nueva peregrinación—Evaristo de la Torre—La sabana de Bogotá—Fontibón—El camino de la sabana—Facatativá—El Aserradero—Hermoso panorama—Chimbe—El descenso hasta Mabe—Villeta: recuerdos.

BOGOTÁ, capital de Colombia, se halla situada en el extremo oriente de la hermosa sabana que riega el Funza, al pié de dos elevadas cordilleras que parecen ser el límite de la tierra habitada por el hombre y cuyas cimas, frecuentemente envueltas en la bruma, se confunden con las nubes y se pierden en el cielo. Es una ciudad quieta, callada: los bajeles no llegan sino á trescientas leguas de distancia; jamás ha oído el silbido de la locomotora; ningún carruaje interrumpe el sueño de los moradores; y allí se vive en completa calma y se goza de verdadera paz. Bogotá ha acumulado grandes riquezas, cultiva las ciencias con incansable anhelo, tiene los refinamientos de una civilización muy avanzada en el interior de las familias, y por la dulzura de su clima y la suavidad de sus costumbres, es la mansión más grata de toda la República.

Para el que nace en Bogotá, vivir allí siempre y morir donde están los huesos de sus padres, es una necesidad; y dejar la amada ciudad, apartarse de la familia y decir adiós á todos los seres que lo han acompañado desde la infancia, es un dolor cruel. Por eso, un viaje es



un acontecimiento grave en la vida; y se cuentan los viajes como las épocas más notables de la existencia, pues á menudo deciden de la suerte del hombre en lo futuro.

Era yo muy joven cuando salí por primera vez de Bogotá para ir á Caracas en una misión del Gobierno; y salí llorando, pues dejaba á mi venerable padre, á mi adorada madre y á ocho hermanos que, unidos siempre y amándonos, habíamos formado un grupo que vivía del trabajo, presidido por la virtud y bendecido por la felicidad.

Pero cuando uno es joven, la vida necesita expansión: el alma busca horizontes; ama lo desconocido como ama la dicha; el corazón está repleto de valor y de audacia, y el mundo parece la patria común donde ha de encontrarse la fortuna, la gloria y la felicidad. Por eso, á pesar de las lágrimas, en aquella época yo veía las ráfagas de luz que de lejos venían, y con una especie de embriaguez seductora partí de Bogotá.

Mi amor por la familia y por la patria creció durante la separación, y volví lleno de entusiasmo á abrazar á mi madre y á consagrar á la causa de la República cuanto había de noble y de generoso en mi corazón. Mas ya mi padre duerme silencioso; mi madre también está en el sepulcro, y al lado de ella dos de sus hijos; el grupo de la familia paterna ha sido despedazado por los golpes de la desgracia, y la patria desprecia mis ofrendas y no necesita de mis sacrificios.

Vuelvo ya viejo, con el corazón medroso y el ánimo apocado, á emprender una nueva peregrinación, y dejo mi nueva familia: una esposa idolatrada y cinco preciosas niñas, que me aman y que todo lo aguardan de mi porvenir. Ahora como antes lloro al despedirme, y nada seca la fuente de mis lágrimas, nada embellece á lo lejos el camino, pues no aspiro á la gloria, y todas las dichas imaginables las cambiaría por un beso de mi amada ó una sonrisa de mis hijos.

¡Adelante! El orgullo humano le ha hecho creer al hombre que hay un destino que lo guía severo, inflexible é inevitable, y que lo lleva á la desgracia ó lo conduce á la felicidad. Oh! yo tengo necesidad de esa creencia en estos momentos de vacilación, de duda, de incertidumbre y de supremo dolor. ¡Que me arrastre el destino!

Atravesé la sabana en un ómnibus con mis dos hijos, José y Evaristo, que iban á educarse en Europa, y acompañado de varios amigos,—Evaristo de la Torre, su hermano Cándido, José Prieto Solano, Jacinto Corredor,—y mis sobrinos Alejo y Franoisco de la Torre, Luis Rivas y Roberto Herrera, quienes fueron volviéndose, uno á uno, de distintos puntos, sin decirme adiós, como se van alejando, una á una, todas las

ilusiones de la vida, en distintas épocas también, y sin decirnos adiós al separarse.

Los antiguos levantaban templos á la Amistad, en donde ardía un fuego constante, mantenido por los hombres más ancianos de la ciudad, y ante las aras de esos templos iban á jurarse amistad los jóvenes al empezar la carrera del porvenir; los que se hacían hermanos de armas y que debían ampararse en la vida y honrarse en la muerte, y los Jefes de las naciones al formar la alianza de sus pueblos. Los muros estaban colgados de ofrendas traídas por aquellos á quienes la benéfica diosa había hecho venturosos, y pocas veces había perjuros ó desleales que conducir allí, para ser castigados.

El culto ha cambiado, pero la virtud reina aún en los corazones; y yo, que tan amargas pruebas he soportado en la vida, y que he sufrido tantas decepciones, ingrato sería si no llevara mi ofrenda á la amistad y no confesara que he tenido los más nobles y generosos amigos, y que á ellos he debido muchas lágrimas ahorradas y algunas dichas.

Fué para mí el más íntimo, y lo fué de toda mi familia, Evaristo de la Torre, de largos años atrás; y jamás desmintió la nobleza de su carácter, la bondad de su corazón y una generosidad instintiva, que le hacían fácil la consagración al servicio de sus amigos. En todos los momentos de felicidad él estuvo conmigo: hicimos duras campañas juntos, trabajámos en compañía, y siempre que la desgracia me hirió, encontré su corazón lleno de cariño y de ternura.

Evaristo de la Torre fué un ejemplo de lo infecunda que es la virtud en este país, de lo estéril del trabajo y de lo difícil de todas las relaciones de la vida. Trabajó desde joven con prodigiosa actividad, con un talento reconocido por todos y en las mejores especulaciones, y murió viejo y pobre. En las grandes dificultades del país, él puso á disposición de la causa liberal su fortuna, su inteligencia y su vida. Su partido creyó que á ello estaba obligado, y apenas si se lo reconoció con despecho, mientras que el partido contrario no se lo perdonó nunca. Sus amigos y los extraños y el que se vió necesitado alguna vez, saben que en mucha parte la pérdida de su caudal se debió á su desinterés llevado hasta el abandono; y, sin embargo, de la Torre recogió amargos frutos de su generosidad.

El tránsito por la sabana de Bogotá es monótono y triste. A uno y otro lado grandes potreros en donde pastan los ganados, y á lo lejos un horizonte indefinido. La llanura es fértil, pero no hay una fuente que murmure, ni un árbol que dé sombra: el viajero recorre las siete leguas que hay de Bogotá á Facatativá, fatigado por el sol, envuelto en polvo y cansado de contemplar siempre un mismo espectáculo.



Sorprende ver una región tan hermosa y tan próxima á la capital, completamente desierta: no hay quintas, no hay casas rústicas, ni cultivo alguno; y á veces se recorre la extensión de una legua sin descubrir habitación humana en derredor, y sin ver más que grandes y tristísimos prados. Pero la sorpresa concluye cuando se sabe que la sabana está dividida en grandes propiedades, cuyos dueños no residen en ellas, y que están destinadas sólo á la cría y ceba de ganados, para lo cual no se necesita ni la industria del hombre, que todo lo embellece, ni el cultivo de la tierra, que anima los paisajes.

Esa monotonía se interrumpe por un corto espacio en Fontibón, donde las sementeras variadas forman cuadros de vivos colores y de alegre aspecto. Allí hay también algunos sauces que dan sombra al camino, y la laguna, que á lo lejos se divisa, forma un hermoso panorama.

En Fontibón algunos de los antiguos moradores conservan aún los pequeños lotes de tierra que les correspondieron por la ley, y los cultivan con sus familias; por eso hay alguna vida y animación. En el resto de la sabana los indígenas vendieron sus terrenos, con los que se han formado grandes haciendas.

Este mal económico se ha hecho sentir ya:

1.° Con el alza de los artículos de menos consumo, como las verduras,– arvejas, lechugas, &c., – que antes cultivaban los indios con sus familias y podían dar muy baratos; y

2.° Con la despoblación de la sabana, según aparece del censo decreciente en las diversas épocas.

Era éste el hermoso *Valle de los Alcázares*, poblado por muchos millones de indios y cultivado en toda su extensión por los naturales al tiempo de la conquista; y al ver ahora su aspecto desolado, es preciso reconocer que la civilización no ha sido benéfica para la infeliz raza americana, ni ha mejorado estas regiones.

En Inglaterra, donde la tierra está vinculada á la familia, se tiene por el dominio que á cada una corresponde un cariño grande, pues la tierra está unida á todas las tradiciones gloriosas de los abuelos, y allí han de nacer y vivir los hijos. Todo cuanto puede hacer productiva la tierra, cuanto puede hermosear una propiedad y hacer agradable y cómoda una residencia, todo se encuentra en las grandes propiedades de los lores y en las pequeñas quintas de los ricos.

Ninguno de los propietarios de la sabana de Bogotá vive en su hacienda. Las familias jamás van á ellas, y se compra la tierra únicamente como medio de tener el capital asegurado contra el húsar de la libertad ó

el guerrillero de la religión, y se destina siempre á aquello que da menos trabajo y que exige menos atención, como lo es la ceba de ganado.

El problema insoluble que estanca y paraliza todo adelanto en el país, es también el que mantiene estas regiones en tan triste estado. No se producen ni se introducen máquinas, ni se hacen esfuerzos para ello, porque no hay consumo; no hay consumo, porque no hay exportación; ésta no existe, porque no hay caminos; y caminos no hay, por falta de artículos que exportar. Las familias de Bogotá no viven en el campo, porque allí carecen de sociedad; están aisladas como en un desierto, y les faltan todas las comodidades de la vida. Pero en el campo hay todos esos inconvenientes, precisamente porque las familias no viven en sus haciendas.

El camino por el cual se atraviesa la sabana es el mismo que construyeron los señores Alejo, Eustacio y Evaristo de la Torre hace ya 35 años: no se ha mejorado ni extendido en nada. Y el ómnibus en que vamos es uno de los que por la misma época hizo venir de los Estados Unidos el señor Guillermo París. No se sabe qué admirar más, si el estancamiento del país ó la duración de los ómnibus.

Este camino fué llamado por los hombres de su época el *camino de terciopelo*, porque costaba á cinco pesos la vara, precio á que se vendía aquel género en el comercio, y fué costeado por la Nación; y para que se juzgue del carácter é índole del país, preciso es tener en cuenta lo que vamos á referir.

Todos los gobiernos, desde los de la antigua Colombia hasta los de nuestra época, han gastado ingentes sumas en ejércitos, buques de guerra, armamentos y municiones, y esto con el beneplácito, ó por lo menos con el silencio de la sociedad. Pues bien: la Administración del General López emprendió la composición de este camino, y jamás se había desplegado mayor energía, más celo y más violencia, que los que se emplearon en combatir, censurar é impedir esta obra. Lo que nos sorprenderá es que no eran los habitantes de Santander, ni los hijos del Cauca, los que despedazaban la reputación de los contratistas y de la Administración, sino los periódicos de Bogotá, ciudad que recibía todo el beneficio.

Los campos de Facatativá son muy bonitos: el paisaje cambia con algunas colinas suaves que, como ondas de un mar en calma, se levantan en la llanura; y la proximidad de la cordillera, limitando el horizonte, recrea la vista.

Facatativá es una de las pocas poblaciones del interior que muestran síntomas de vida, y que progresan, aunque lentamente. Va cambiando sus tristes ranchos de paja por elegantes casas de teja; tiene varios hoteles,

donde la ostentación, preciso es decirlo, se prefiere á la comodidad; ha puesto una hermosa fuente en la plaza y está levantando una nueva iglesia.

En Facatativá dejámos el ómnibus para tomar las mulas en que debíamos bajar hasta Honda. Debo hacer constar que el ómnibus costó veinticinco pesos hasta Facatativá, y diez pesos de flete á Honda cada una de las mulas en que iba el equipaje. Las mulas de silla no se encuentran en alquiler ó son muy malas; por manera que es necesario ir en bestias propias ó deberlas al favor de un amigo. De Honda hay que devolverlas con las monturas, ruanas, zamarros, &c., que generalmente se extravían; y el flete sale sumamente caro.

Con lo que se gasta de Bogotá á Honda habría para visitar todas las capitales de Europa.

Esa noche llegámos á *Agua-larga*, distante diez leguas de la capital; y calculando el tiempo empleado y el dinero invertido, puede asegurarse que en Europa se habría hecho en el mismo tiempo y con igual capital un viaje de 200 leguas (poco más ó menos como de Bogotá á la Costa).

El *Aserradero* es una comarca de gigante vegetación, de terrenos accidentados, con aguas por todas partes; unas que descienden en forma de cascadas, otras que, cristalinas, atraviesan el camino; de elevadísimas montañas á uno y otro lado, y cuajada de árboles, cerros y colinas que forman un círculo que encierra siempre al viajero. Aquí debieran tener sus quintas de recreo los ricos de Bogotá.

De repente la cortina de verdura que impide la vista se rompe, y un espléndido panorama se descubre á los ojos del viajero encantado. ¡Ah! el que no lo ha contemplado á las seis de la tarde, no tiene una idea cabal de la suntuosidad de la creación!

Los grandes árboles que crecen á la orilla del camino extienden sus sombras prolongadas, y forman fantásticas figuras con los rayos de luz que por sus copas entran. Verdes colinas ó bosques solitarios se extienden á uno y otro lado hasta llegar á la sombría montaña que á la espalda se levanta, cubierta de nubes, y de continuo se escucha bramar el ventarrón.

Al frente se divisa la *tierra caliente* entre una atmósfera de rosa y polvo de oro, que embellece todos los objetos y que les da un aspecto mágico, como si fuesen la reflexión de un espejo, más bien que la hermosa realidad. El verde animado de las plantaciones de café contrasta con el verde oscuro de la floresta; y las colinas azules que se levantan, se abaten y vuelven á aparecer, tienen todas un perfil rosado, como las del Olimpo descritas por los griegos.

Más allá, pero á nuestras plantas, la cordillera del *Alto del Trigo* se cierra

como para formar cuadro á este paisaje maravilloso, que necesita esta masa inmensa que detenga la mirada y haga creer en la realidad. Más allá el *Alto del Raizal*, otra inmensa barrera puesta por la naturaleza. Más allá el *Alto del Sargento*, que separa el valle del Magdalena y se extiende hasta la cordillera central, apenas divisada como leve humo azulado. Y más allá un cielo de fuego, y el sol que va á morir en Occidente.

La vasta región comprendida entre el descenso de la cordillera y la tierra caliente, tanto por el lado Sur en los valles del Bogotá y del Apulo como por Occidente, extendiéndose hasta Guaduas y San Juan, y por el Norte en Pacho y toda la hoya del Rionegro ; esta bella región, digo, es sin duda la más prodigiosa, la más poética, la más agradable de nuestro país. Suelo fértil, clima suave, aire puro, aguas abundantes, cielo sereno y flores ; perfumes, vida y armonía por todas partes.

Esa región es también la propia para la siembra del café, y Cundinamarca sólo necesita bajar su población inútil y miserable del interior á estos lugares sanos y agradables, y emplearla en el cultivo de aquella planta, para ser un Estado muy rico y tener con qué construir un ferrocarril al Magdalena.

Sólo dos inconvenientes se presentan para la realización de este proyecto, que cambiaría completamente el aspecto industrial y comercial del país :

1.° Los capitales son escasos en el país y la usura en Bogotá los embarga todos con gran provecho para sus dueños ; y

2.° Cuatro años son necesarios para que la planta empiece á producir, y esto es una eternidad para nuestro carácter y para las necesidades diarias que el plantador tiene que satisfacer.

Los establecimientos que en Chimbe han fundado los señores Moore, Mejía, Ospina, Lorenzana y Montoya y otros hombres laboriosos y benéficos, les dejan ya buenas utilidades y ocupan á infinidad de familias. Estos establecimientos llenan sólo un punto en el inmenso espacio que abraza esta región, y sin embargo, ya empiezan á animar el comercio.

Al llegar á Chimbe, valle pequeño formado por una de las mil arrugas de la cordillera y que es como una *etapa* entre la *tierra caliente* que se divisa ya y la tierra fría que se acaba de dejar, el paisaje es espléndido. Al Oriente la inmensa cumbre de la cordillera del Tablazo se muestra casi encima, elevadísima, perpendicular, siempre envuelta en niebla, oscura y misteriosa, como si hubiese allí un punto en donde acaba la tierra y principia el cielo, guardado por el genio de las tempestades.

Al Occidente, nada limita el horizonte. Muy lejos, las nubes del Ocaso,

de púrpura y de oro, el cielo naranjado y con ráfagas de luz y las azuladas cordilleras envueltas en un manto de tul, bordan el lago de fuego en que el sol se baña. Más acá, la hoya del *Rionegro* se divisa, como en un panorama ideal, mostrando de un lado pedazos de un verdor sombrío como el de las selvas primitivas, y de otro el alegre verdor de los cañaverales, ó bien el terreno incendiado, levantando una pirámide de humo y mil serpientes de fuego subiendo precipitadas á la cima de la cordillera. Más cerca el valle es de un verde claro, y tupidos guaduales marcan, como cordones de seda mezclados con plata, los lugares por donde van las fuentes de agua. Las plataneras extienden sus largas y hermosas hojas, dejando ver debajo sus racimos, amarillos y provocativos; y en el aire vuelan y cantan los toches, los cardenales y las mirlas.

Este vallecito, por donde todos pasan sin fijarse en su belleza, porque fatigados de un largo camino, los que de Honda vienen, sólo quieren ver atrás las cordilleras que los separan de Bogotá, lejano y suspirado término de la peregrinación ; y porque los que de la sabana descienden llevan la mirada extendida á lo lejos, por el inmenso espacio, que á cada momento cambia de perspectiva, aun pudiendo verse las riberas del Magdalena ; este vallecito encierra hoy en embrión el porvenir de Cundinamarca y el establecimiento agrícola más pintoresco de todo nuestro territorio.

« Por aquí pasó Arquimedes,» exclamaba un viajero al tomar hacia la derecha del camino real, y cruzando por el de Sasaima, viendo unas zanjas rectamente trazadas, que limitan una pequeña posesión, en la cual se divisa una casita blanca, coquetamente rodeada de flores, que revela algo distinto de las mil casas pajizas que á cada instante se encuentran en el campo.

Esas zanjas limitan la posesión del señor Tyrell Moore ; posesión que no tiene más de cien hectáreas de tierra y que es una escuela modelo de agricultura ; y esa casita pajiza es la en que vivían él, su señora esposa y sus dos hijos.

El señor Tyrell Moore fué un ciudadano inglés que vivió entre nosotros hace muchos años ; hombre profundamente científico, ingeniero de minas y á quien se deben todos los adelantos que en la minería se han hecho últimamente en Antioquia. Fué empresario en grande escala y habiendo venido á residir á la capital últimamente, más bien por fundar una escuela que por especulación, se dedicó á cultivar café, poniendo el establecimiento más perfecto, más bien arreglado y más de acuerdo con las reglas del arte, que puede conocerse ; y con el fin de que todos pudieran visitarlo, estudiarlo y sacar de allí cuanto necesitasen saber para el cultivo del café.

El señor Moore opinaba, como nosotros, que la faz económica y social del Estado de Cundinamarca cambiaría totalmente el día en que se sembrara de café la inmensa extensión de tierras que tiene á propósito para esto, en todas las que se encierran en la caída de las cordilleras hasta las tierras calientes : tierra que hoy permanece inculta, que tiene poco valor, ó que se destina á las rozas de maíz ó al cultivo de la caña morada, de tan mala calidad, que apenas deja un miserable jornal á los que hacen la miel. Mientras que dedicándola al cultivo del café, daría, con la misma población que hoy existe dedicada á esos cultivos, una renta de treinta á treinta y cinco millones de pesos por año.

Tal renta no es como la de criadores ó cebadores de ganados, que representa una gran masa de riqueza, de la cual sólo el propietario se aprovecha, y cuya industria, excluyendo el trabajo humano, tiende á formar esos inmensos desiertos que se llaman haciendas en la sabana de Bogotá ó en las tierras calientes. Por el contrario, esa renta, por la naturaleza misma del cultivo, se reparte entre toda la población, va alzando el jornal, mejora la condición del pueblo, y la industria forma al rededor de cada hacienda de café grupos de población para atender á las mil operaciones que su cultivo y preparación demandan.

Todo esto lo demostraba el señor Moore con la poesía inglesa de los números, y de tal modo, que es difícil al que lo escuchó y visitó su establecimiento, no sentirse animado á sembrar café ó á recomendar la siembra en Cundinamarca.

Es inútil decir que el establecimiento del señor Moore está en el terreno más á propósito para el café, pues él recorrió el territorio de Cundinamarca en diversos sentidos, examinando las distintas calidades de la tierra, su composición y el grado de temperatura, y no se decidió sino cuando, con los ojos de la ciencia, adquirió la convicción de que aquél era el mejor. Así, al llegar allí, él no sólo enseñaba la calidad que se debía buscar siempre, sino que indicaba también, en un mismo lugar, las fajas que debían aprovecharse y la colocación que al cafetal había de darse para obtener los mejores resultados.

Después, con ese placer del que posee la ciencia y quiere hacer el bien, iba el propietario iniciando en el arte á quien lo había menester, como el maestro al niño, desde el abecé ; y no le mostraba el espléndido cafetal sino cuando ya el iniciado podía estimar su mérito y admirar su belleza.

¿ Habéis visto pasar una gran revista militar siquiera de treinta mil hombres en San Petersburgo ? ¿ Habéis contemplado esos soldados rusos con sus levitas verdes idénticas, formados en cuadro á iguales y matemá-

ticas distancias, dejando calles de batallón á batallón, y líneas trasversales en las divisiones, por donde puedan hacerse las evoluciones regularmente y sin embarazo? ¿ Nó ? Pues entonces no podéis juzgar del cafetal del señor Moore, de su regularidad, de su belleza y de su precisión matemática, si no es yendo á verlo.

¿ Habéis estado en Versalles y visto esas alamedas de naranjos, iguales, parejos, idénticos el uno al otro, no diferenciándose en tamaño, ni en frondosidad ni en forma ? ¿ Nó ? Pues entonces, amado lector, tenéis que ir al establecimiento del señor Moore para ver treinta mil árboles de café colocados todos á igual distancia, de igual altura, igualmente verdes, igualmente floridos y en la ocasión cargados de frutos á un mismo tiempo.

Pero ¿ conocéis el lindo jardín de Casiano Salcedo en Bogotá, en donde reina el buen gusto, y donde el cuidado, un esmerado cultivo y una atención constante logran las más bellas y delicadas flores ? ¿ Sí ? Imaginaos, pues, ese cultivo y ese esmero empleados en el cuidado de treinta mil matas de café, y habréis formado una cabal idea del cafetal del señor Moore.

La poesía inglesa de ese vasto pensil está en que la forma y colocación del cafetal, la distancia matemática de las matas, la igualdad de su forma y la naturaleza del cultivo resuelven este problema : obtener la mayor cantidad de café y de la mejor calidad al precio más barato posible.

Cuando visitámos el establecimiento del señor Moore, nuestra imaginación, siempre soñadora, creía ya ver á los jóvenes que con poco capital se casan en Bogotá,—viviendo ahora estrecha y penosamente en la ciudad, solicitando un empleo, consagrados á tristísimas especulaciones, ó á la literatura y á la política,—sacudir las preocupaciones, y trayendo su esposa, ir á las caídas de las cordilleras, donde hay un clima suave y un cielo sereno, tomar una corta extensión de tierra, levantar una modesta casa, cultivar café ; y como van viniendo los hijos, y la familia aumentándose, vería también la afortunada pareja crecer los árboles del café, aumentar su plantación y aguardar tranquila una futura bienandanza.

Cuando esto suceda, en vez de esa aglomeración de casas en Bogotá y de esa inmensa ciudad donde la vida es tan difícil, y donde es tan triste el porvenir de las familias pobres, se encontrará la población difundida por todas partes, y los hoy desiertos campos convertidos en hermosos cafetales. A uno y otro lado de los caminos se verán huertas amenas y casitas elegantes, habitadas por familias acomodadas y dichosas.

Y esta poesía y este idilio representarán para el Estado una renta de treinta millones de pesos anuales ; alcanzando con esto el grado de civilización y de prosperidad que sus amantes hijos le deseamos.

Si en Antioquia dejó el señor Moore una grata memoria por sus benéficas empresas y los adelantos que introdujo en la minería, en Cundinamarca conquistó la estimación general por su ciencia y por el interés que tomó en que todos se dedicasen al cultivo del café, como el más útil para el Estado.

Al descender principia la brisa tibia y perfumada á sentirse. Los pájaros saltan de rama en rama entre los coposos árboles, llaman á los hijuelos, aletean y cantan. Los moscardones zumban, los insectos se cruzan y millares de cigarras, unidas y á compás, lanzan al aire sus destempladas voces ; y el fuerte olor que de los bosques viene, el matiz de que está cubierta la soledad, el sol que brilla sobre nuestras cabezas y la atmósfera que lo envuelve todo, embargan los sentidos y deleitan el alma.

Poco á poco la intensidad del calor aumenta, la vegetación se hace más vigorosa. Se ven ya las matas de plátanos extendiendo sus anchas hojas como para ofrecerle sombra y paz al viajero, y cargadas de inmensos racimos. Los verdes naranjos que rodean las chozas muestran también entre sus ramos sus *manzanos de oro*, como los llama Fenelón ; y la caña de azúcar se ve por todas partes.

Verdaderamente, si á las poblaciones famélicas de Irlanda que sólo comen las papas que una labor infatigable arranca á la tierra ; si á los habitantes de Rusia, donde el sol es avaro y el frío enemigo terrible ; si á los obreros de las ciudades de Europa, que sólo conocen los muros de la fábrica, ó á los desgraciados mineros que nacen, viven y mueren en las entrañas de la tierra sin ver jamás la luz ; si á todos ellos, por un milagro de la civilización, se les transporta á estas regiones, donde todo es abundancia, ¡ qué pasmo ! ¡ qué admiración ! ¡ cuán felices serían !

Por desgracia este clima es enervador y predispone á la anemia y al cretinismo ; lo cual, junto con la mala alimentación y el uso del *guarapo*, bebida ácida apenas empezada á fermentar, de la que los habitantes abusan, la rústica y casi salvaje vida que llevan y el abandono de todo régimen higiénico, han formado aquí una raza débil, fea y descolorida, que apenas trabaja y que se arrastra penosamente en medio de esta esplendorosa vegetación.

Para el que viene de tierra fría, el calor de Mabe para abajo se hace sofocante; busca ansioso un espacio de sombra, se asila debajo de todos los árboles coposos que en el camino encuentra, se siente devorado por la sed, y entra á Villeta quemado y con la molestia que dan la sofocación, el sudor copioso y las picaduras de los mosquitos.

Villeta es una población de las fundadas por los españoles, dista catorce

leguas de la capital y está en la mitad del camino entre Honda, puerto sobre el Magdalena, y Bogotá, y sin embargo no adelanta nada y es hoy tan triste y tan desapacible como ahora muchos años, en que la vi por la primera vez.

Pero cuando empezaba para mí esa edad en que concluye la niñez festiva y empiezan los sueños y las aspiraciones inciertas de la adolescencia, no me parecía melancólica, bien al contrario, la encontraba risueña, poblada de encantos y habitada por mujeres que todo lo embellecían con sus atractivos. Ahora no sucede lo mismo: entonces muchas familias de Bogotá salían á Villeta á *mudar temperamento*, á cambiar de aire, á divertirse, y en ciertas épocas se formaba una colonia de bogotanos que tenían paseos, daban bailes, iban al río á bañarse en *parranda* y pasaban el día y la noche en constante diversión. Las señoras de Bogotá abandonaban la fría etiqueta de la corte española, que tan rigurosamente se guarda hasta ahora en la ciudad, y eran francas y obsequiosas. Las señoritas tenían más libertad que la que las costumbres les conceden en Bogotá, y mostraban la gracia que á la verdad poseen. Los jóvenes desplegaban la generosidad característica de los españoles, y eran fastuosos en los obsequios á sus damas. En Villeta, en la época á que me refiero, había una fiesta perpetua, con sus emociones, sus goces, sus desbordes y sus escándalos.

A ese tiempo se refieren la carta de Joaquín P. Posada y mi contestación, que están publicadas en el primer volumen de mis obras.

Yo tenía un triste deber que cumplir y una peregrinación sagrada que hacer en el cementerio de Villeta.

De mi antigua familia quedan tres hermanas que habitan el hogar paterno, *nuestra casa*, asilo en todas las desgracias de la familia, refugio en toda enfermedad, consuelo en toda desolación. A aquel que sepa meditar en la Providencia, vigilante, consoladora y amable; la cual envía goces al uno y al otro, y alivia sus dolores, sin olvidar nunca al proscrito ni al muerto, es al que yo llamo para que admire la obra de ella en el amor con que á todos los miembros de la familia cubren mis tres hermanas.

Ellas me habían dado una corona para colocar sobre la tumba de nuestro muy amado hermano FEDERICO RIVAS, muerto en Villeta hacía poco menos de un año.

Fuí con mis dos hijos; sólo los tres: llevaba el uno la corona y el otro un pobre recuerdo que yo quería dejar.

Eran las tres de la tarde de un día despejado: el sol llenaba todos los lugares de luz, y la tierra, azul, reverberante, se confundía á lo lejos con el espacio infinito, en el cual todo es misterio.

Los árboles inclinaban sus ramas al peso del calor que los agobiaba; el aire estaba mudo, y dominaba ese silencio imponente que reina en las selvas de América cuando el sol está en el cenit é inunda la naturaleza. Yo abrí el templo de la muerte, que era un recinto pequeño, agreste, con algunos árboles coposos; alta la yerba, que lo invadía todo; y esparcidas y solitarias algunas tumbas blancas, que á los rayos del sol reverberaban. Solícita la mirada, buscaba la tumba donde yacían los restos de mi hermano; y mi corazón temblaba de encontrarla, como si la ilusión de no hallarla le quitara á la verdad la triste realidad de que allí estaba. Inútil vacilación! Al levantar la vista del suelo, vi escrito sobre una gran tumba de piedra el nombre de

FEDERICO RIVAS.

No lloré: no fué dolor lo que mi alma sintió, fué terror.

Me estuve parado, quieto, mudo, leyendo ese nombre que tenía tan pocas letras y encerraba la historia entera de una vida de virtudes, de abnegación y de sacrificios. Una gran ciencia conquistada con largos años de estudio y evaporada en el instante de la muerte: un corazón noble y generoso que no dejó de amar sino cuando dejó de latir para la vida; y de tantas ilusiones de gloria, de riqueza y de inmortalidad, lo único que quedaba era un sepulcro!

Largo tiempo debió durar esa muda contemplación de los estragos de la muerte; esa especie de adoración del pasado, en que mi corazón le tributaba al hermano querido los más hondos recuerdos; ese delirio del terror, encontrando allí, entre los muertos y apartado de mí para siempre, á aquel con quien había jugado en la niñez, soñado en la juventud y viajado muchas veces; pues cuando la voz y el llanto de mis hijos me volvieron á la vida, el sol declinaba ya y una gran sombra cubría la tumba que yo había estado contemplando.

Me acerqué como un niño que va al lecho de su padre á despertarlo; dí algunos golpes sobre la piedra con la mano abierta y suavemente, de manera que no turbaran el silencio; y por tres veces exclamé: Federico, Federico, Federico! Nadie contestó: nadie se levantó de la tumba!

Si el amor y la gratitud fueran una realidad consoladora, yo debía acompañar día y noche á mi hermano en el cementerio; y, sin embargo, lo dejé allí solo y le dije para siempre ¡Adiós!

Debo dar las gracias á los señores Lucano Posada y José María Guzmán, por haber cuidado y aseado la tumba del que fué su amigo.

Hoy tiene en su sepulcro de Bogotá esta inscripción :

«FEDERICO RIVAS

« FUÉ UN MÉDICO EMINENTE.

« Cubrió á su familia con supremo amor y derramó sobre los desgraciados los tesoros inagotables de su caridad y de su ciencia.

1876.»

CAPITULO II.

Viajes por Colombia—Carácter y costumbres de los habitantes de la sabana y de tierra caliente—Continuación del viaje de Villeta—Cune: el señor Wills—Guaduas—Camino á Honda—El valle del Magdalena: su antigua prosperidad y su decadencia actual—Honda: la familia París; episodio en el río Gualí.

SI hay gran dificultad para viajar por Colombia, también es cierto que no se ve país en donde las emociones del viajero sean más variadas; pues no solamente se encuentran en él regiones del todo diferentes, recorriendo las cuales se pasa del calor del Senegal y de una vegetación exuberante, á los fríos de la Siberia y á un suelo cubierto tan sólo de helechos y frailejón, sino que también se hallan poblaciones totalmente distintas en carácter, hábitos ó inclinaciones.

En la sabana de Bogotá la mayor parte de las poblaciones se componen de una gran plaza, desierta y sin árboles ni agua; en el un lado de la plaza la iglesia, imponente y austera, y en cada esquina una pequeña ermita ó capilla, en donde depositan los difuntos la víspera de hacerles las exequias; y luégo las casas de paja, bajas y sin ventanas, agrupadas en calles estrechas y sin empedrar, á menudo llenas de lodo ó cubiertas de yerba. Durante la semana el pueblo está desierto, y el domingo se ve una multitud de indios, hombres y mujeres, con vestidos de lana negra, llevando las últimas cubierta la cabeza con la mantilla ó con un enorme sombrero, y

envuelto el rostro para evitar el frío ; sucios y sombríos los otros, van en silencio á oir la misa, y luégo, amontonados como en una colmena, se encierran en una tienda estrecha á embriagarse con chicha. Y se oye un rumor sordo, como si todos hablasen á un mismo tiempo; pero temerosos de levantar la voz ó de ser escuchados.

Activos y laboriosos se encuentra por todas partes á los indios, ya inclinados sobre la azada, labrando la tierra, ya agobiados bajo el peso de enormes cargas que á la espalda llevan, ó cuidando los ganados de su amo. Cuando el viajero pasa, el indio del interior le *alaba á Dios*, ó lo saluda humildemente, quitándose el sombrero; se apresura á abrirle la puerta de la hacienda ó le señala el camino. Infinidad de mendigos están á las puertas de las posadas, y en todos los lugares salen muchachitos haraposos que piden un cuartillo ¡ por el amor de Dios !

Instintivamente vienen á la mente estos versos, que pintan la suerte del pobre indígena.

EL INDIO.

Ved al indio ; sin luz la mirada,
Como absorto en estúpido sueño,
Indolente, la mano en la azada,
Roba el tiempo que puede á su dueño.

Con los ojos estáticos, fijos,
Contemplando la choza de paja,
Donde duermen desnudos sus hijos
Y su esposa entre el humo trabaja.

Y esa choza no es suya ; él no tiene
Para hacerla unos palmos de tierra,
Porque el blanco que al indio mantiene
Todo en huertos estrechos encierra.

Embriagarse, olvidar su agonía
Es el único bien que apetece ;
Mas mirad, su embriaguez es sombría,
Y aumentar su tristeza parece.

¿ Tiene fe ? Temeroso, creyente,
Con espanto y temblor á Dios mira,
Y llevando á su altar un presente,
Cree aplacar el rigor de su ira.

¿ Ambición ? ¿ Puede acaso el destino
Contrariar, mejorando, su suerte ?
Siempre el blanco le traza un camino,
Y por él marchará hasta la muerte.

¿ Es valiente ? La patria de huesos
Ve cubiertos sus fértiles prados.
¿ Para qué su valor ? ¿ No son ésos
Los que abonan los ricos sembrados ?

Jamás hace á los blancos la guerra,
Ni levanta altanero la frente ;
La mirada clavada en la tierra,
Busca astuta venganza en su mente.

Él se roba los blancos corderos,
O los cerdos de inmensa piara ;
Él se roba los frutos primeros
Que produce la tierra que ara.

Y al hacerlo sonríe gozoso,
Porque el robo es la sola venganza
Contra el blanco, feliz, poderoso,
Que le roba también su esperanza.

Cuenta el pueblo que él llama á sus hijos,
Cuando muere desnudo en un banco,
Y les dice : tened siempre fijos
Mis consejos : robad siempre al blanco.

En la tierra caliente las poblaciones son más irregulares. Frecuentemente están separadas las habitaciones una de otra por huertos donde hay plataneras, árboles frutales ó sólo rastrojo. Las casas son abiertas, es decir, están sin paredes ó con puertas que jamás se cierran, y la cocina se hace debajo de un árbol. La plaza, si la hay, tiene una gran ceiba, un frondoso

caucho ú otro árbol que dé sombra ; y la iglesia en la mayor parte de ellas está siempre en construcción.

En la semana se ve siempre á los calentanos tendidos á lo largo en su hamaca de fique, ó sentados medio desnudos en el corredor de la casa cuando el tiempo refresca.

El domingo la población se anima ; de todos los senderos se ven salir hombres pálidos y delgados, vestidos de blanco y llevando un ligero sombrero ; y mujeres esbeltas, vestidas de vivísimos colores y con aire gracioso y desenvuelto, que se dirigen al mercado.

Éste dura unas pocas horas, y á las doce del día hombres, mujeres y niños cantan, ríen y beben aguardiente de caña hasta el día siguiente.

Extraviósenos en el camino de Villeta á Guáduas una de las bestias de remuda, sin que hubiésemos podido descubrir por qué sendero había echado, y yendo en su busca, llegamos á la casa de un calentano en el momento en que, sentado sobre una raíz de palma, que remedaba un taburete, se acariciaba las piernas con el filo de su *belduque* ó cuchillo que de la vaina había sacado. No se movió siquiera al vernos venir, ni interrumpió su grata ocupación.

—Buenos días, amigo, le dije yo cariñosamente.

—Se los dé Dios, me contestó distraído.

—¿ Me vió usted pasar por aquí un caballo rucio ?

—Há nadita que cogió para el chontal.

—¿ Pudiera usted ir á buscármelo ?

—No señor.

—Yo le pago á usted.

—No puedo.

—Pero ¿ por qué no puede ?

—Porque no puedo.

—Indíqueme siquiera por dónde es el chontal.

—Por ahí, me dijo sin levantarse y haciendo una especie de señal con el cuchillo.

—¿ Hace mucho que pasó por aquí ?

—*Nomasito.* Y siguió tranquilo en su grata ocupación.

El dinero que para el viaje á Europa llevaba, iba en oro, porque en la compra de letras se pierde más de un 30 por 100, lo que prueba el deplorable estado de nuestro comercio de exportación, y lo llevaba repartido entre mis dos hijos y yo, en fajas que teníamos atadas á la cintura ; pero es tan penoso este medio y tantas las inquietudes que proporciona, que no aconsejo á los viajeros que lo practiquen.

Como no tenía mucha confianza en que uno de los niños no sufriese un olvido, ó que la faja reventase y el dinero cayese sin saberlo él, habíamos convenido en que á cada vez que yo les preguntara cómo se sentían de salud, ellos, tocando la faja, me contestasen *bien* ó *mal*, según fuera el dinero.

De tanto oirme preguntar una señora que con nosotros venía, me dijo:

—¿Es que los niños van enfermos, que usted á cada momento les pregunta cómo se sienten ?

Confieso que me dió vergüenza ver mi interesado pensamiento noblemente interpretado, y no volví á preguntarles nada.

El camino desde Villeta lo hicimos en compañía del señor Demetrio Paredes y su encantadora señora, quien tenía siempre una palabra cariñosa para los niños, una sonrisa dulce y amistosa para mí. Diestra amazona, subía y bajaba las pendientes rápidas del camino sin vacilación y sin temor, admiraba todos los paisajes, veía todas las flores y mantenía una conversación interesante y agradable. Fueron ellos nuestros compañeros en el camino de tierra, en la navegación del río y en el paso del mar. Ella siempre amable, él servicial y afectuoso.

Mucho hay que admirar en el tránsito hasta Honda ; pues no solamente los paisajes se desenvuelven uno en pos de otro á cada instante, y todos completamente diversos, sino que la vegetación es lozana, se va por entre árboles corpulentos, y los helechos gigantescos y elegantes, los cámbulos cubiertos de flores rojas, los carboneros vistosos y morados, las mil plantas trepadoras y las parásitas que cuelgan de los troncos, forman decoraciones teatrales de magnífico efecto.

Descendíamos una de las elevadísimas cordilleras que cortan el camino en el momento en que el sol, apenas levantándose, alegraba y embellecía la naturaleza, haciéndola reir y cantar. La *flor de batatilla*, cantada por *Antíoco*, lucía con toda su galanura para morir pocos instantes después, marchitada por el calor, como esas criaturas inocentes que se engalanan para inspirar amor y que mueren abrasadas por sus rayos. Los *toches* lanzaban al aire *sus no aprendidos sones*. No existe ave que cante como el toche, pues hay en sus trinos notas melancólicas y dulces como el recuerdo de un pasado amor, tiernas y cariñosas como la voz de la mujer que calma nuestras penas, risueñas y alegres como las de los hijos que juegan sobre el prado, vibrantes, expresivas y apasionadas, como si la esposa llamase al pájaro que abandona su nido y sus hijuelos. Las mariposas, amarillas, azules, blancas y encarnadas, agrupadas en los lugares húmedos del camino, formaban como un tapiz de vivísimos colores, y al acercarnos se disper-

saban y huían, tomando cada cual en el aire un sendero que era imposible seguir con la vista; y las abejas construyendo su morada, los insectos jugueteando felices, y los lagartos arrastrándose por entre las hojas secas, componían un concierto solemne de la naturaleza.

De repente se oye salir de la enramada un quejido lento, triste, prolongado, como un ay de agonía, de cansancio, de dolor; todos los viajeros nos parámos sorprendidos y nos interrogámos unos á otros.

Era el crugir de un trapiche ó molino de caña tirado por mulas el que nos había sorprendido, y pronto vimos la pajiza ramada, la chimenea echando humo, y las dos mulas que penosamente tiraban, azotadas por un hombre para hacer mover un enorme mayal, que rechinaba y bramaba durante el tiempo de la vuelta.

¡Triste cosa! ¡Todo en la naturaleza es armonía, y sólo hay fealdad y ruido triste en la obra del hombre!

La descripción de un trapiche fué hecha hace ya muchos años por uno de nuestros hábiles escritores: yo sólo añadiré que el corazón se encoge, el alma se abate y el espíritu se acongoja al ver tanta barbarie y al contemplar á esos peones embrutecidos luchar con las dificultades, y á esas infelices mujeres sucias, casi desnudas y repugnantes, *sacar su tarea* como las mulas y cantar indiferentes mientras *meten la caña* y *reciben* el *bagazo*.

No lejos de allí está Cune, en donde el señor Guillermo Wills edificó una suntuosa casa que se divisa en medio de naranjos « plantados,—dice él sencilla y poéticamente en uno de sus libros,—por mi esposa y por mí en nuestra juventud »; y en donde puso hace muchos años un famoso ingenio de agua con todo lo que la civilización ha inventado para hacer la industria productiva y mejorar la suerte de los trabajadores. El ingenio existe aún, la casa está deshabitada, y el señor Wills murió en la pobreza! ¿Qué es lo que hay en este país, en donde la rutina, la pereza y la barbarie forman un nido tan sabroso, y donde todo adelanto es imposible, toda mejora encalla y toda especulación fracasa?

El viajero debe un tributo á la memoria del señor Wills, en cuya casa, en otro tiempo, todos recibían hospitalidad; porque fué un extranjero útil é ilustrado, un patriota fervoroso, un republicano entusiasta y un colombiano (pues él adoptó nuestra nacionalidad) de las más distinguidas dotes como hombre industrioso, como famoso escritor y como padre de la lucida familia que levantó en el país.

Estábamos una ocasión con mi amado hermano Rafael en la casa del señor Wills, en Cune, y cuando nos bañábamos en una grande alberca de piedra cubierta de jazmín, cuyas flores caían sobre nosotros y perfumaban el agua, él, volviéndose hacia mí, dijo:

—¡ Bendito sea el descubrimiento de la India y la conquista que de ella hizo Inglaterra!

—¿ Qué quiere usted decir?

La explicación no se hizo esperar.

—Estamos aquí disfrutando, añadió, del dinero que los ingleses han ganado en la India y que, acumulado en Londres, tiende á repartirse por todas las regiones. En efecto, el señor Wills había traído de Londres un buen capital para especular en Colombia, y lo había perdido.

El país no tiene que resolver más que este problema: cómo traer á él la civilización que en Europa se desperdicia; la población que allá se desborda y los capitales que buscan colocación. Desgraciadamente nuestros gobiernos, ocupados en las cuestiones de política interna, se han preocupado poco con esta solución; y otros países de América, como la República Argentina, con menos elementos y más dificultades, han empezado á resolverlo y á engrandecerse, mientras que nosotros permanecemos estacionarios y en la barbarie. Esto es muy triste.

El Nuevo Reino de Granada estaba al nivel de Méjico, y era muy superior á Chile y Buenos Aires al tiempo de la emancipación: Venezuela y el Ecuador apenas llevaron juntos la mitad de la deuda que la antigua Colombia contrajo; y hoy Chile vale treinta veces más que Colombia. La Argentina es una gran nación: Venezuela tiene un comercio diez veces mayor que el nuéstro. Preciso es reconocer que nuestros grandes hombres han logrado hacer bien miserable á nuestro pobre país.

El valle de Guaduas es precioso. Está perfectamente circunvalado por cordilleras que suavemente se levantan y que dejan ver en la cima el bosque como una corona de verde oscuro. Luégo en las faldas el verde más claro de las sementeras de maíz, y más adelante el verdor alegre de los cañaverales. Hay sembrados por todas partes; casas de habitación de teja ó de techumbre pajiza, é infinidad de ríos y de quebradas, por entre alamedas de guaduas, que descienden hasta el fondo del valle. Y allí está la linda villa, dormida sobre un cojín de terciopelo verde, á los rayos de un sol suave y benéfico, y adornada de azahares y flores de granada.

A lo lejos, y en medio de la soledad, se oyen con profunda emoción las campanadas del reloj de la ciudad que da las horas, y que le dice al trabajador que es llegado el momento en que su esposa debe traerle el apetecido alimento, ó que es tiempo de levantar el trabajo y volver á la choza á descansar y á recibir las caricias de los hijos. El General Joaquín Acosta, hijo de Guaduas, fué quien hizo á la ciudad este útil regalo.

Hubo en esta ciudad en otra época un caballero, conocido por todos

con el nombre de *el Coronel Acosta*, que recibía con agasajo á todos los viajeros y les daba en su casa franca y generosa hospitalidad.

Quejábase conmigo una de sus hijas de que ninguno de los viajeros que por él habían sido obsequiados, hubiera mandado una lápida para su tumba, que hasta hoy no tiene inscripción; y yo, conviniendo con ella en que había en efecto en esto ingratitud, decía para mí: esto le acontece siempre al que sirve al público, ninguno se cree responsable del olvido de la comunidad, y nadie paga cuando son muchos los que deben.

En Guaduas nació mi heroína favorita « La Pola,» y hay una plaza que lleva su nombre; y de Guaduas son los señores Samperes, Guzmanes y otras personas que se han ido á Bogotá á aumentar el crédito, el brillo y la riqueza de aquella ciudad.

Siempre he lamentado el que en vez de esa ciudad monstruo que llaman Bogotá y que absorbe toda la civilización y toda la riqueza que hay á su alrededor, no tengamos su enorme población repartida en pequeñas ciudades, como Guaduas, La Mesa, Cipaquirá, Ubaté, &c., en donde residieran las familias de los dueños de los terrenos adyacentes, y hubiera, por lo mismo, comodidades, cultura, colegios, imprenta y todo lo que allá está acumulado y de que por todas partes se carece.

El camino de Guaduas á Honda se hace subiendo por senderos escarpados hasta la cima de las montañas, y descendiendo lo mismo hasta el fondo de los valles. Las mulas tienen que dar á veces peligrosos saltos, y en el tiempo del invierno se pasa por entre lodazales, en que la bestia se entierra, teniendo con frecuencia que dejarle la rienda suelta para que ella, con su prodigioso instinto, busque lo menos malo del camino. Sucede, sí, en ocasiones, que la mula toma una vereda que comienza fácil y practicable y que va á terminar en un abismo.

El calor es intolerable para los habitantes de la tierra fría; hay muy pocos recursos, y las posadas son tan incómodas (sobre todo para las señoras, que no pueden quedarse en la sala común) que los bogotanos debemos morirnos de vergüenza de que por ese camino vengan extranjeros.

Encontramos bajando la cuesta del Sargento á una infeliz india que, habiendo apoyado el enorme fardo que traía contra una barranca para descansar, habiéndose desmoronado la barranca, se le cayó, sin que ella pudiera zafar la cincha que llevaba al pecho. Hacía una hora que estaba boca arriba recibiendo los rayos del sol en los ojos, y la encontrámos casi ahogada. Nos desmontámos inmediatamente, la salvámos y vimos que su enorme carga era la caja de un espejo, que pesaría por lo menos nueve arrobas.

Hé aquí el símbolo de la civilización en nuestro país. Una mujer lleva

á la espalda, y quizás muere agobiada por su carga, el objeto en que otra mujer de Bogotá se ha de recrear. ¡ Bogotá progresa !

No creo exagerar si digo que la mayor parte de los indios de la sabana han muerto, en estos últimos años, conduciendo bultos de Honda á Bogotá: unos, porque han adquirido la fiebre del Magdalena, y otros por consecuencia de los enormes pesos que conducen y que los hacen reventar. El lujo, la elegancia y el refinamiento de comodidades europeas de la ciudad capital no representan otra cosa que la muerte de una generación entera de hombres y la destrucción de una raza. Esto no más bastará para que la historia juzgue á los gobiernos que se han sucedido en el país y á los hombres que lo han gobernado.

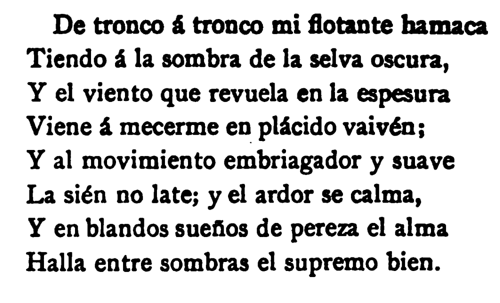
Al descubrirse el suntuoso valle del Magdalena, por donde este río se desliza mansa y lentamente por en medio de selvas frondosas ó de prados de pasto de guinea y pará, viene á mi memoria el tiempo que á su orilla pasé en Guataquicito abatiendo los bosques para sembrar pastos y fomentando el cultivo del tabaco. Época de rudo trabajo, de aislamiento y soledad, de sufrimientos, y estéril en todo, porque después de diez años, en los cuales más de una vez vi cercana la muerte, volví á Bogotá pobre y desalentado.

De esa época son estos versos, que recordé viendo á un calentano tendido y pasando la siesta en un caney:

LA HAMACA.

Ya en occidente majestuoso muere
El sol quemante, y la nevada cima
Que levanta á las nubes el Tolima
Es del sol que declina el panteón.
Con tibios rayos las estrellas lucen
En la callada inmensidad del cielo,
Y, envuelto en honda oscuridad, el suelo
Siente llegar la paz de la oración.

Todo reposa en cumbre y selva y llano;
Los dulces toches de la voz canora
Hasta que vuelva la rosada aurora
Sus no aprendidos cantos guardarán;
Sólo el nocturno cárabo en el bosque
Lanza su voz de duelo y agonía,
Y en la selva tristísima y sombría
Se oye bramar siniestro el huracán.



De tronco á tronco mi flotante hamaca
Tiendo á la sombra de la selva oscura,
Y el viento que revuela en la espesura
Viene á mecerme en plácido vaivén;
Y al movimiento embriagador y suave
La sién no late; y el ardor se calma,
Y en blandos sueños de pereza el alma
Halla entre sombras el supremo bien.

¡ Salud mil veces ! mi sabrosa hamaca,
Cómplice fiel de mi letal pereza,
Hora que el sol oculta su cabeza
Vengo en tu seno blando á descansar ;
Y mientras yazgo en lánguido abandono,
El trueno puede retumbar violento,
Rugir el tigre, rebramar el viento,
Sin que mi sueño vengan á turbar.

Que al fácil movimiento de tus cuerdas
El dolor en mi pecho se amortigua ;
Y entre el misterio de la selva antigua
Torno mi vieja cítara á pulsar ;
Y al ritmo grave con que al viento ondulas
El grave ritmo de la lira ajusto,
Ritmo que en medio del boscaje augusto
Los ecos sólo pueden escuchar.

¡ Todo acabó !...: los sueños, las quimeras,
Los gajos de laurel, la luz de gloria,
Del entusiasta trovador la historia
Y de la ciencia el consagrado altar ;
Sólo me quedas tú, que entre tus mallas,
Para hacerme olvidar los muertos bienes,
Me llevas en undívagos vaivenes
Y sabes mis pesares ahuyentar.

Sueños del corazón. ¡ Ah ! las mujeres,
Que fe y amor constante me juraron,
Una tras otra todas me olvidaron,
Y al desierto ninguna me siguió;

Mas al vaivén en que te mueves suave,
Por la brisa caliente adormecido,
Mi altivo y noble corazón herido
También su amor y halagos olvidó.

Nada me importa la fortuna esquiva
O andar como el mendigo á la ventura;
Ya no rebosa el pecho de amargura,
Viendo á un rival para el placer vivir;
Que en oriental pereza sumergido,
Sólo mi hamaca por riquezas quiero,
Y, cual sectario de Mahoma, espero
El infalible y cierto porvenir.

Sólo un recuerdo de mi vida guarda
Con religioso amor el alma mía,
Recuerdo que con dulce poesía
Aleja otras memorias de dolor.
Sí, yo recuerdo que mi santa madre,
Al mecerme en la hamaca con cariño,
Sobre mi frente cándida de niño
Besos me daba de supremo amor.

Fué mi amado hermano Rafael Rivas quien trajo al país el pasto de *pará* en 1851. Nadie lo sabe, pero las tradiciones de la familia conservan ese recuerdo. Los de nuestra familia tenemos que quejarnos mucho, ó de la injusticia de la suerte, ó de la indiferencia de la sociedad en que hemos vivido, ó de nuestro carácter un tanto duro y altanero. Rafael Rivas, por ejemplo, es hombre de gran capacidad, de notable instrucción y de una probidad política y una virtud individual raras en nuestra época; y sin embargo ha vivido como planta de otro clima que da flores pero no sazona frutos; no ha figurado en el puesto que le correspondía, mientras que hombres muy inferiores á él han sido más estimados por la sociedad.

Cuando se dió la libertad del cultivo y comercio del tabaco, ambos monopolizados por el Gobierno, las desiertas riberas del alto Magdalena se animaron; las selvas cayeron al golpe del hacha civilizadora; la población del interior se fué á ellas. Como por encanto se levantó la ciudad de Ambalema, y por todas partes se veían cultivo, vida y comercio: la exportación alcanzó cifras extraordinarias; el comercio interior duplicó su impor-

tancia, y se creyó asegurada ya para Colombia una éra de industria y de comercio. ¡ Vana ilusión !

Mil contrariedades políticas detuvieron el progreso ; el verano seguido de muchos años arruinó las plantaciones, y últimamente una enfermedad que nacía con la planta, el *amulatamiento*, acabó enteramente con el cultivo. Hoy las selvas recobran su antiguo dominio ; de los grandes establecimientos sólo quedan ruinas que pronto desaparecerán del todo ; la ciudad de Ambalema murió, y nuestro comercio está aniquilado.

Los colombianos somos bien desgraciados. Una cosa semejante sucedió con la industria y el cultivo de añil, que tantas esperanzas prometía: la tierra se hizo estéril ; la juventud, que se había dedicado al trabajo, perdió sus ilusiones de riqueza, y muchos capitales invertidos en los establecimientos, hoy del todo abandonados, se perdieron para siempre.

No resta más, como esperanza para el porvenir, que el cultivo del café, y este artículo necesita caminos fáciles y baratos para poder resistir la competencia que le hacen el Brasil, Caracas, Costa Rica y otros países ventajosamente situados.

En Colombia se prefieren la Universidad, el Capitolio, los grandes ejércitos y las bandas de música á los caminos; y esto da á la civilización colombiana un carácter raro y extravagante, comparable sólo al de la civilización de la Arabia antes de las Cruzadas. Damasco, Bagdad, La Meca, grandes, ricas y fabulosas ciudades, donde las ciencias se cultivaban con esplendor, las artes florecían y el lujo y los placeres llenaban los sueños de las imaginaciones orientales. Pero al salir de ellas, la soledad, la barbarie y el desierto. Así está Colombia.

Llegámos á la ribera izquierda del Magdalena cuatro días después de haber salido de Bogotá, y del lado opuesto divisámos la arruinada ciudad de Honda, en un tiempo próspera y alegre, cuando venían del Cauca, Antioquia y hasta del Ecuador á buscar allí las mercancías, pero que debe su decaimiento, primero al terremoto de 1805, que derribó gran parte de sus edificios, y luégo, á la languidez del comercio, que ha buscado otros centros y tomado otras vías.

El hombre á cierta edad no vive más que de recuerdos. Para mí Honda tiene el imperecedero de los días que en ella pasé como Capitán ayudante mayor del General Joaquín París en el ejército constitucional destinado á debelar la Dictadura que proclamó en 1854 el General José María Melo.

Hay placer y orgullo en haber estado en intimidad con esos hombres fabulosos de la Independencia, con esos guerreros formidables, y en haber peleado á sus órdenes y merecido su estimación y su cariño. Los

enemigos pueden quitarle á uno todo, pero no alcanzarán á borrar este placer del alma.

Las familias de Parises y de Ricaurtes formaban en otro tiempo una sola en Bogotá, y se hallaban tan íntimamente ligadas, que en la mente del pueblo están hoy confundidas y mezcladas las hazañas y hechos gloriosos de los unos y de los otros en la magna guerra de la Independencia. La verdad es que ambas han dejado un reguero de luz y de gloria y los más altos ejemplos de valor personal.

Las centellas desprendidas de la revolución de Francia, que iluminaron de repente á los pueblos y les dejaron ver sus derechos y la tiranía de los gobiernos, llegaron también hasta el centro de las selvas de la América del Sur, y aclararon la mente de muchos hombres en cuyos corazones nació el sentimiento de la patria y de la libertad ; y los acontecimientos que tuvieron lugar en Europa de 1808 á 1810, prepararon la transformación política de todas las colonias españolas; transformación la más notable que registran los siglos y que para Colombia principió el día 20 de Julio.

Ese día se verificó en Santafé una gran revolución, para la que el pueblo no estaba preparado ; pero fué acometida por gigantes capaces de resistir el peso de las reformas, la cólera de los españoles y la animadversión del pueblo que amaba su rey, que temblaba por su religión y que á las convulsiones de vida de la República prefería la tranquila esclavitud de la Colonia. Varones egregios cuya alta talla no podemos medir nosotros, hijos degenerados que nos postramos ante una preocupación, y que después de medio siglo no hemos podido fundar la democracia.

Algunos hombres pensadores resolvieron redimir á su patria de la servidumbre en que yacía, dándole independencia ; otros, conquistar la libertad y un gobierno constitucional, bajo la dirección de la metrópoli ; todos, sacarla de la ignorancia y del abatimiento ; y á la manera que en Francia el pensamiento de la revolución bullía en todas las mentes antes de que se pensase en abatir la monarquía, que cayó impulsada por el aliento del pueblo, así entre nosotros la independencia y la República nacieron de la mente de los hombres de 1810, á quienes Dios concedió su aliento soberano.

Los sucesos empujaron el carro que parecía imposible mover en aquel día : España no pudo venir á apoyar el incendio que ardía en todas sus colonias ; la necesidad hizo prodigios, y á poco tiempo hubo aquí un gobierno independiente, constitucional y libre, que se confió á la virtud, á la ciencia y al patriotismo.

El ejemplo de la América del Norte, también colonia redimida y que, bajo el amparo de la forma republicana, marchaba próspera y feliz; el genio de la revolución que iba abatiendo en Europa las viejas monarquías para fundar repúblicas y confederaciones; la educación clásica de los próceres de la independencia, y la sublime virtud que inspiraban sus consejos, incapaz de reservarse para sí privilegios de castas, hicieron adoptar la forma republicana en el gobierno, bajo el sistema federal.

Es preciso arrancar de Grecia las páginas más hermosas; robar las virtudes de Camilo, la probidad de Aristides, el genio de Milcíades; arrebatar el fuego sagrado que animó á Leonidas y sus compañeros en las Termópilas, y empaparse en ese perfume intelectual que sólo se ha respirado al rededor del Partenón, para poder hablar algo de esa época sublime que siguió á 1810 ó invocar sin profanar los nombres sagrados de Camilo de Torres, los Lozanos, Torices, Castillo Rada, Pey, Caldas, Madrid, Rivas, Gutiérrez, Acevedo Gómez, Caicedo Camacho, Morales, Azuola, Nariño, Umaña, Alvarez, Domínguez, y los mil más que forman la constelación brillante que en el cielo de la gloria lleva el nombre de la *Patria boba* y para nosotros el de la PATRIA DE LOS INMORTALES.

El 1.° de Abril de 1811 se expidió para Cundinamarca una Constitución que consagra los derechos del hombre, basada sobre los principios más adelantados de la ciencia; y como para probar que en el imperio de la libertad no hay rencores ni la pasión política es implacable, la Constitución fué acompañada de un *indulto general para todas las personas presas, un olvido para todo lo pasado, y el reconocimiento de hermanos y amigos de todos los españoles que la respetasen.*

Herederos de sus doctrinas, en mi admiración enmudezco, y no encuentro otra cosa que decir en su elogio, que las frases con que ellos concluyeron la Constitución dirigiéndose á los pueblos.

« *Conciudadanos de la Provincia de Cundinamarca, ministros respetables del santuario, padres de familia: veis aquí al americano por la primera vez en ejercicio de los derechos que la naturaleza, la razón y la religión le conceden, y de que los abusos de la tiranía le habían privado por el espacio de tres siglos: no es ésta la voz imperiosa del despotismo que viene del otro lado de los mares: es la de la voluntad de los pueblos de esta Provincia legítimamente representados. No es para vivir sin ley para lo que habéis conquistado vuestra libertad, sino para que la ley hecha con vuestra aprobación se ponga en lugar de la arbitrariedad y caprichos de los hombres. Leedla, estudiadla, meditadla, y luégo que en los corazones de vuestros*

parroquianos, de vuestros hijos y de vuestros domésticos se hayan profundamente grabado los santos misterios y máximas del cristianismo, poned en sus manos este volumen, enseñadles á apreciar el dón que hemos adquirido, y hacedlos sensibles á los intereses de la libertad y felicidad de su patria.»

En todo el antiguo Virreinato se erigieron Estados soberanos: hubo un Gobierno general y un Congreso federal, en donde se legislaba con la sabiduría de Licurgo; y la República principió su marcha gloriosa con tal esplendor y sabiduría, que debió pasmar al mundo.

Pero el mundo estaba entonces ocupado seriamente en los vaivenes que las ideas de libertad nacidas de la revolución francesa, la ambición de Napoleón y el poder de los reyes promovían en la política de Europa, y dejó abandonada la naciente República; y en vano se enviaron á Inglaterra y á los Estados Unidos plenipotenciarios en busca de simpatías y en consecución de armas: estas dos naciones, sordas á la voz de su interés y á los estímulos de la libertad, nada le dieron.

Entre tanto, ese gobierno civil cuya debilidad tanto han censurado, organizaba la *legión sagrada*, compuesta de granadinos, en la cual iban los hijos de las primeras familias de Bogotá, D'Elhuyar, Girardot, los Ricaurtes y cuatro jóvenes de la familia París y Ricaurte, y que á las órdenes de Bolívar dió libertad á Venezuela en 1813.

De los cuatro miembros de la familia París, el mayor siguió con Bolívar, de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, realizando prodigios en esa inmortal campaña que hicieron los granadinos desde Cúcuta hasta Caracas, y alcanzó, joven todavía, el grado de Coronel. Y cuando la fortuna le volvió la espalda á la República, cuando las hordas del feroz Boves triunfaron, el Coronel París cayó prisionero y fué fusilado, y conquistó la inmortalidad.

El segundo, Antonio, si no más valiente, más atrevido que su hermano, gustaba de jugar con la muerte, y herido gravemente en la batalla de San Carlos, se hizo conducir en una camilla á la cabeza de su batallón hasta que se dió término á la pelea.

Recuerdo haber conocido, siendo yo muy niño, á Antonio París, á quien faltaba una pierna, y de quien oí contar lo siguiente:

Herido en el muslo, fué preciso hacer la amputación y aserrarle el hueso. Empezó el cirujano á cortar la carne, pero viendo la impasibilidad de París, que no se quejaba, ni lanzaba un ay de dolor, ni fruncía siquiera las cejas, se equivocó al creer que cortaba carne muerta, y rebanaba y rebanaba sin misericordia, hasta que la hemorragia empezó á disipar su error.

—¿No le duele á usted? preguntó á París, temeroso de que la gangrena hubiera invadido.

—¡Cómo nó, si hace una hora que usted me está martirizando!

Los otros dos hermanos, Joaquín y Mariano, se volvieron con el General Castillo para tomar servicio en las campañas de la Nueva Granada; y del segundo sólo sé que llegó á un alto grado en la milicia y que tuvo un desastroso fin en la guerra civil de 1833.

El Capitán Joaquín París fué escogido por el General Antonio Nariño para esa expedición brillante que emprendió en el Sur contra los españoles; expedición que fué también dando grandes batallas, todas ellas victoriosas, y que en la historia llevan los nombres de Juanambú, Calibío y Tacines, pero que estaba también condenada á morir en Pasto, para desgracia de la patria.

En esa serie de batallas y de triunfos, Joaquín París, como si tuviese rivalidad de glorias con sus hermanos de Venezuela, se distinguió siempre en los combates y mereció recibir varias heridas y una condecoración de su General.

Cuando la hora de la desgracia sonó, cuando Nariño cayó porque le mataron su caballo, y disparando las dos pistolas á un mismo tiempo, mató á los dos primeros que se acercaron, el Mayor Joaquín París llegó á tiempo, y á sablazos dispersó á los enemigos y salvó la vida de su General.

Nariño cayó prisionero, pero París se salvó; y unido al noble General Cabal, al intrépido Coronel Liborio Mejía y al bravo Coronel Serviez, dió la gloriosa batalla de El Palo, cerca de Cartago, en la cual las fuerzas españolas fueron completamente derrotadas.

Pero el tiempo había pasado: España se había sustraído al poder de Napoleón, y en ejercicio ya de su soberanía, volvió la vista á sus ricas colonias y encontró que no estaban perdidas del todo, porque de sus mismos hijos, muchos mantenían viva la guerra y se empeñaban en perpetuar el dominio de los reyes. Resolvió entonces mandar una formidable escuadra y un poderoso ejército que viniesen á someterlas, al mando de D. Pablo Morillo.

En los momentos de supremo conflicto, sin desmayar ninguno de los patriotas, no creían posible que la causa de la justicia, defendida por pobres soldados, sin armas y desnudos, fuese vencida por la causa de la iniquidad, amparada por formidables ejércitos; y cada vez que la realidad venía á sorprenderlos, se irritaban, y resueltos todos á morir, echaban sobre sus compañeros la culpa de lo que no era más que la consecuencia inevitable del triunfo del más fuerte.

La heroica ciudad de Cartagena resistió un sitio formidable: pelea, lucha, combate, muere de hambre y de fatiga; y sin tener de dónde recibir recursos ni refuerzos, espera vencer, renueva los hechos de Sagunto, y al fin un puñado de cadáveres, que se mueven sobre un montón de ruinas, se adelantan para abrir la puerta al vencedor el día 6 de Diciembre de 1815.

La división de Calzada que penetró por los Llanos con dos mil hombres, bastaba para ocupar todo el territorio de la República: pero no era sola, y por todas partes era invadida á un mismo tiempo. Morillo subía con su formidable ejército por el Magdalena; Latorre avanzaba por Ocaña, y en el Sur estaba Sámano; y sin embargo, los patriotas intentaban resistir, les parecía debilidad lo que no era sino impotencia, y acusando en su desesperación al gobierno del virtuoso Camilo de Torres de lo que Dios no quería conceder entonces á la patria, eligieron al no menos distinguido ciudadano José Fernández Madrid.

El ilustre General Urdaneta, auxiliar de la joven República, con su denuedo acostumbrado, peleó en Chitagá, y allí pereció el resto de su valiente ejército. El cívico General Rovira, joven, cuya alma estaba templada por el fuego que hace héroes republicanos, creyó poder detener la marcha de un ejército veterano, armado, vestido y aguerrido, con una falange de soldados bisoños, sin armas ni municiones; y en el frío campo de Cachirí dió una victoria á los españoles.

Sin un aliado en el extranjero, sin esperanza de recibir ningún auxilio, sin puertos siquiera por donde comunicarse, sin ejército, sin armas, olvidada de todos, traicionada de muchos, ¿qué le quedaba á la débil República? La indomable voluntad de sus fundadores, que creían, como Anteo, recibir nuevas fuerzas de la tierra á cada caída, y que no se resolvían á ver desaparecer todas sus ilusiones de libertad, dicha y bienestar para la patria.

El señor Madrid, imaginación de poeta, alma ardiente, corazón generoso, ni ignora, ni desprecia el peligro; acepta el gobierno como un nuevo sacrificio impuesto á su patriotismo; toma en sus manos la República, exánime y moribunda, quiere volverla á la vida con su aliento y animarla con su fuego; pero todo es inútil. El espíritu público no le sigue, el pueblo le es hostil, el tesoro está agotado, y el miedo reina en todas partes, menos en el corazón de los fundadores de la República. Llama á las armas, excita el patriotismo, convida á juntas numerosas, arenga en las calles públicas, se sacrifica, se multiplica; mas todo en vano: *sólo le rodean algunos valientes, que, sin contar con el apoyo de los pueblos,* dice él mismo, *no podrían hacer otra cosa que lo que hicieron: morir en los brazos de la*

gloria ó retirarse del campo con la remota esperanza de volver á ocuparlo algún día.

Esto hace el señor Madrid : se retira con los restos del gobierno, con la guardia de honor y con algunos voluntarios hacia el Sur, en medio de las poblaciones hostiles y por páramos desiertos, sufriendo mil fatigas, pero con algunas esperanzas. Mas al llegar á Popayán encuentra con un enemigo más fuerte é impedido el paso.

El peligro era inminente, los momentos preciosos : sólo la audacia podía salvarlo ó perderlo todo; los ánimos exaltados, en medio de la desesperación, acusan al señor Madrid de lo que había sido acusado el señor Torres: de impotencia para detener el curso de los acontecimientos; los valerosos militares arden en deseos de pelear, y los comisionados del Congreso reconocen la necesidad de nombrar un nuevo Presidente.

Hay en el ejército un joven austero, arrogante, de mirada altiva ; instruído y exacto en el cumplimiento de los deberes de su profesión; fervoroso republicano, que todo lo sacrifica á su patria, pero que no se humilla ante nadie ; el genio brilla en su frente y el valor le da un inmenso prestigio. Este joven es Liborio Mejía.

Elegido Presidente, reúne los restos del ejército, convoca lo que queda de legítimo y sagrado en la República, y con la serenidad de un espartano que no tiene esperanza, lo lleva todo á la *Cuchilla del Tambo*, en donde, de 750 patriotas que atacaron á 2,000 españoles atrincherados, quedaron 450 cadáveres sobre el campo de batalla.

Allí sufrió terrible desastre la obra de 1810: allí concluyó, entre sangre, esa éra brillante que iluminó la virtud y el heroísmo; allí se extinguieron por entonces la libertad y la República, y allí cayó prisionero el Coronel Joaquín París.

....

La época del terror sucedió á los días de la virtuosa República. Morillo, Sámano y los demás tiranos españoles impusieron como leyes sus caprichos, que fueron obedecidos con miedo en todo el territorio. Los hombres de 1810 que no habían muerto en los campos de batalla perecieron en los cadalsos. Sus familias fueron perseguidas, sus bienes confiscados y las cabezas de los más prominentes puestas en escarpias para espanto de los pueblos. Había sido arrasada la obra de los republicanos, y sobre sus escombros se habían regado lágrimas y sangre.

Liborio Mejía fué capturado y murió fusilado en la plaza de Bogotá, dejando una tradición de honor y de virtud á su familia.

Con todos los otros prisioneros, el Coronel París fué conducido á

Popayán, en donde sufrió el más infame trato con José H. López, el Coronel Posse, Cuervo y otros valientes, que fueron diezmados para ser fusilados, obligándolos el feroz vencedor á sacar ellos mismos las papeletas de VIDA ó MUERTE.

Por fortuna, al tiempo de conducirlos al patíbulo, por una aberración de los mandatarios, se les hizo gracia, y todos ellos fueron conducidos á Bogotá, donde se les sometió de nuevo á juicio. Muchos fueron arcabuceados, y París alegó que él no podía serlo, por haber sido ya diezmado y favorecido por la suerte. Fué condenado á presidio, y como presidiario conducido entre el séquito de Morillo cuando emprendió su viaje á Venezuela, luégo de haberse ocupado en Bogotá, durante seis meses, sólo en hacer derramar lágrimas y sangre.

Posteriormente las aventuras de París, referidas por él en todo lo que no se roza con su valor y su virtud, son para formar un romance, más bien que para escribir la historia de un héroe.

El buque en que lo llevaban prisionero y con grillos fué asaltado por un pirata en alta mar, quien pasó á cuchillo á todos, carceleros y presos. El pirata perdonó á París y á una joven, pero los arrojó á una isla desierta, en donde no había ni agua ni alimentos. Su compañera fué madre de un niño, y él tuvo que socorrer á ambos en aquella soledad. La casualidad envió un buque á recoger cocos á esa isla, cuando ya estaban resignados á la muerte; y los recogió á él y á la joven madre y los llevó á Curazao, nuevo desierto en donde nadie conocía á París; y hambriento, miserable, enfermo, arrastró la vida de un mendigo. Nueva sorpresa fué la de la llegada de un buque allí, en el cual navegaba un colombiano amigo suyo, quien le dió recursos para que regresara á Colombia.

Sigue la vida del héroe.

Bolívar había formado un nuevo ejército con los restos que se habían salvado de la catástrofe: Páez, Mariño, Saraza, Monagas y el desgraciado Piar, á quien la patria no ha erigido una estatua y á quien debe más que á todos los otros libertadores.

Así es la humanidad: erige arcos triunfales á los que entran victoriosos, pero se olvida de los que caen en el campo de batalla.

París fué recibido en Venezuela como un viejo compañero, y se le dió el mando de un batallón.

Cuando en Ocumare se resolvió por ese ejército unirse al del General Santander en Casanare y juntos atacar á los españoles en Nueva Granada, en cuya audaz expedición el General Bolívar jugó la suerte de la América llevando en contra todas las probabilidades, al Coronel Joaquín París se le

confió el mando del batallón de vanguardia. Este Jefe, atravesando los ardientes climas de los llanos y los páramos más desiertos, por entre breñas y malezas, dió buena cuenta de su comisión y enarboló la bandera tricolor sobre las dos cimas heladas de Socha; la defendió en Corrales y la mostró triunfante en el Pantano de Vargas.

En la gran batalla de Boyacá, donde la pericia militar de Bolívar, la inteligencia de Santander, la habilidad de Soublette, la disciplina de la legión británica y el valor de Anzoátegui y de Rondón á la cabeza de los llaneros, dieron la victoria al ejército republicano y decidieron de la libertad de todo el continente, el Coronel París peleó como león ; y después del triunfo, por su carácter caballeroso y noble, mereció ser el encargado de llevar á Bogotá á todos los prisioneros de guerra.

La victoria de Boyacá no fué más que el principio de una larga campaña, que se emprendió por el Libertador en Venezuela, donde obtuvo el triunfo de Carabobo, y concluyó en el Norte con la victoria de Pichincha.

Para esta última campaña escogió el Libertador al Coronel París, quien, en las sangrientas batallas de Cariaco ó Bomboná, perdió una mano.

París no dejó descansar su espada, como buen caballero, hasta que la Independencia se consumó y fué libre su patria.

En la guerra contra la dictadura de Melo tendría el General París sesenta y cinco años, pero gozaba de una salud admirable y estaba fuerte para sufrir los rigores y las penalidades de la campaña : tenía muchas cicatrices, le faltaba parte de una mano, y un cañonazo lo había vuelto sordo. Mas la viveza de su espíritu suplía la sordera, y su serenidad y su bravura inspiraban tal confianza al ejército, que todos le obedecían gustosos y él tenía poco que sufrir.

Ese bravo león de las batallas tenía un corazón manso y bueno y un carácter un tanto suave. Sus hijos, dos de los cuales murieron en esa guerra, lo acompañaban y lo rodeaban, formando un grupo encantador ; grupo que se disolvía en el momento de la pelea, yendo cada cual á cumplir su deber y á batirse gallardamente.

Sucedió en Honda durante la campaña lo siguiente :

Bañábanse juntos y amigablemente en el hermoso y ancho Gualí, el noble General Tomás Herrera, la figura militar más hermosa que ha producido en nuestro país la democracia ; el doctor Manuel Murillo, el expositor más avanzado de su época y el más acreditado apóstol de las nuevas ideas ; el señor Julio Arboleda, genio estupendo que concebía como Mazarino, escribía como Lord Byron y mandaba ejércitos como el Marqués de Lantenoer en la Vandé ; el señor Pedro Gutiérrez Lee, el más vigoroso

atleta de su partido ; el doctor Francisco E. Alvarez, distinguido abogado que ha ayudado eficazmente á la fundación de la República democrática ; el señor Justo Briceño, quien conservó y cultivó con honor las tradiciones liberales del General Santander ; el señor Lázaro María Pérez, poeta y fiel servidor de su partido, y otros muchos liberales y conservadores notables que había arrojado allí la ola revolucionaria; se bañaban, digo, contentos, cuando una creciente repentina del río los arrastró á todos, salvándose con mil dificultades.

Nadie podrá decir hoy si esa corriente habría hecho bien ó mal en ahogarlos á todos, ni se puede calcular cuáles habrían sido los destinos de la República sin esos hombres.

Honda es la patria de los Armeros, de los Gutiérrez y de los Tancos, que prestaron grandes servicios á la causa de la Independencia, rindiendo algunos de sus miembros la vida en los cadalsos y cuyas familias han ido á residir en Bogotá.

Honda es también la patria del historiador señor José Antonio Plaza, y esto le basta á aquélla para ser ilustre.

Las *Memorias para la Historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de Julio de 1810*, forman la obra más instructiva, más amena y más juiciosa de cuantas sobre la materia se han producido en Colombia, y fiel guardián de la verdad tradicional, relator minucioso y elevado espíritu, su autor ha sido una de las eminencias de la patria.

El genio es dón gratuito de la naturaleza, y sólo merece que se exalte cuando, para glorificación de la humanidad, se le da un empleo benéfico, como hizo Plaza consagrándose á embellecer y perpetuar las tradiciones de su país, á conservar la historia de nuestros antepasados, haciéndola una lección para las generaciones venideras y enseñando con ella la filosofía y la moral.

Las páginas inmortales de Tácito, más que á la verdad histórica, deben la admiración del mundo entero á su juicio elevado sobre los hombres que pinta y los acontecimientos que relata ; de manera que lo que él enalteció, la humanidad entera lo enaltece, y á quienes execró, la humanidad entera los execra; y ésta, y nó otra, debería ser la misión de la Historia.

Esta misión la llenó cual ningún otro el historiador Plaza en su obra, llena de juicios acertados, de sublime filosofía, y escrita con tal rigidez de espíritu y elevación de ideas, que lo señalan como notable en su época y superior á los hombres de su generación.

Las largas horas de la navegación fueron para mí muy amenas con la lectura de esa obra en compañía de mis hijos.

CAPITULO III.

Bodegas de Bogotá—Vapor *Colombia*—Las balsas—Puerto de Caracolí—Navegación en el Magdalena — Nare—Vapor *Simón Bolívar* — Pasajeros — A un niño—Castillo Rada — Mompox — Puerto Berrío — Bocas de Carare—Barranca-Bermeja—Lago de Paturia—Puerto Nacional—Recuerdos de la campaña de 1854.

LLEGÁMOS en nuestro viaje á las Bodegas de Bogotá abrasados por un sol de fuego que no será más cruel en los desiertos de Africa, y sin haber almorzado, siendo las doce del día. ¡Qué cosa tan extraña! En aquel puerto, el principal del río Magdalena, el que comunica al interior con la Costa, en el que se embarcan ó desembarcan los viajeros que salen de la capital ó vienen á ella, no hay un hotel, ni una posada, ni una casa que albergue al viajero, ni una choza que le ofrezca sombra, ni donde tomar un vaso de agua. El señor Alejandro Weckbecker, hombre muy estimable, no ha permitido, sin embargo, que edifiquen allí, que viva nadie, que cultiven el terreno, ni aun que se detengan las mulas más que el tiempo necesario para sacar los bultos de la bodega y cargarlos en Caracolí. Esto es imperdonable; y cuando un hombre abusa de tal manera de su derecho ó propiedad, haciendo nugatorio hasta su propio provecho, justo es que la sociedad ó el Estado tome para sí esa propiedad, la destine al uso público é indemnice del valor á su dueño.

Por fortuna para nosotros, el vapor *Colombia* estaba anclado ahí aguardando el correo, y no tuvimos que demorar mucho tiempo; pero ¿cuál es la suerte de los viajeros que llegan allí y no encuentran bestias para seguir al interior ó cuando no está listo el vapor para embarcarse?

Estaban acabando de descargar el buque, y mientras duraba esta operación, fuí á inspeccionar la bodega, que es una gran sala, no bien ventilada, en donde están tiradas en espantosa confusión todas las cargas. De las mercancías extranjeras era fácil, para el que ha sido comerciante, saber el contenido, y se componían de ropa inglesa en su mayor parte, artículos franceses de uso personal, varios pianos, muchos espejos y grande abundancia de licores.

No encontrámos quien pusiese á bordo del vapor nuestro equipaje, y tuvimos que hacerlo mis dos hijos y yo, con gran peligro de que los bárbaros bogas que sacaban la carga nos derribasen al pasar el puente provisional de tablas que conducía al buque, pues no solamente no tenían ningún cuidado, sino que exprofeso nos empujaban con los bultos que sacaban á la espalda.

Una vez nosotros á bordo, se trató de subir el equipaje á la cámara, y entonces un boga se me ofreció y tomó uno de los baúles, otro una caja, éste el paraguas, aquél una maleta, y así formaron una procesión. Creyendo darlas de generoso, saqué un peso fuerte y se lo dí al que en mi opinión hacía cabeza; lo tomó, lo echó al bolsillo y se alejó; vino el otro, é inútil fué observarle que el peso era para todos. En un idioma del que yo no podía comprender más que la palabra *branco*, me hizo entender que eran cuentas aparte las de él y las del otro boga; le dí, pues, dos reales y se fué. La cuestión era grave: los peones empleados eran más de diez, y resolví dar á cada uno un real; pero aquí fué el renegar, maldecir é insultar, pues cada uno pretendía que á él solo debía pagarle, que él solo había trabajado y que su solo trabajo valía un peso. Hay una cosa más triste que esta clase de socaliña, y es la nota de imbecilidad que adquiere el que se deja explotar á los ojos de estos bárbaros; por lo cual resolví resistir, lo que produjo un tumulto en el vapor.

Media hora después el vapor crugía y pasábamos á la otra orilla á recibir la carga que debía bajar á la Costa.

Iba con nosotros el señor Comandante Martínez, natural de Antioquia, de color negro, de fisonomía simpática, de modales suaves, servicial y caballeroso en todas ocasiones; iba encargado del correo, llevaba mucho oro para la Costa y tomaba el más vivo empeño en cumplir bien su comisión; pero los encargados de los vapores nada hicieron para que el correo marchase aprisa, y no bajó de Honda hasta que la última petaca de tabaco no estuvo á bordo.

Al Gobierno se le sirve por esta compañía de navegación como de misericordia, y á su Comisario no se le trata con las consideraciones y el respeto que merece.

Es una diversión llena de emociones la de ver bajar las *balsas* cargadas de quina el *salto* de Honda, corriente espantosa que forma allí el río y que interrumpe la navegación entre el alto y el bajo Magdalena. Se necesita para atreverse á bajar así el salto un valor extraordinario, una audacia grande y una habilidad admirable.

La balsa, arrastrada por la suave corriente del río, empieza á temblar y á extremecerse, como si comprendiese el peligro ; de repente es arrastrada por una fuerza irresistible y parece que desciende al fondo de las aguas y va á perderse; mas luégo flota sobre las espumas de la catarata, se hunde, se levanta, va de un lado al otro, da vueltas, desaparece entre el turbión, y al fin, tranquila, sigue de nuevo la corriente. Un desvío hacia un lado, el choque con una piedra, un poco más de peso, y la balsa se estrella, se despedaza y los bogas se ahogan !

La canoa que hace la travesía entre la orilla derecha del río y Honda pasa á pocas varas arriba del salto, y muchas veces es arrastrada y llevada al abismo. Así pereció el señor Vernaza, y frecuentemente se refieren accidentes como el de que voy á hablar.

Tenían que venir una vez del pueblo de Pabón á Honda varios señores, y entre ellos N. Rubio y R., Antonio Cuervo y Justo Román. Este individuo, que es el hombre más valiente que se ha conocido, siempre de buen humor y amigo de chanzas, se ofreció á pilotear ó conducir la canoa, como hombre práctico, cosa que jamás había hecho.

Al principio, yendo para abajo, estando manso el río y ayudado por el boga, fué muy bien, de modo que los demás no notaron su inexperiencia; mas cuando ya llegaban á Honda y estaban cerca del salto, el señor Rubio notó que no iban bien.

—Llame usted la canoa á la derecha, dijo á Román.

Él no entendía una palabra, y principió á decirle:—Manuelita! Pichona ¿ cómo es que te llamas ?

—Llámela usted, que nos perdemos !

—Jesusita ! Paulina ! No responde.

—¿ No sabe usted pilotear ?

—No señor.

—¿ Por qué se ofreció usted ?

—Porque quería aprender.

—Ah ! Esto es intolerable.

—Pues bien, si tan bravos se ponen conmigo, á pesar de que hago cuanto puedo, rece cada uno lo que sepa, y ¡ adiós !

Esto diciendo, tiró el canalete al agua, y la canoa, sin dirección y remolineando, fué llevada al salto.

Por fortuna nadie se ahogó, pero el señor Rubio estuvo un mes en l cama del estropeo que sufrió contra las piedras del salto. Una canoa d pescadores logró salvar á los otros.

Las balsas son una especie de cama cuadrada, formada de troncos d balso ú otra madera liviana. Río abajo las arrastra la corriente y ruedan sobr la superficie del agua; pero no habría fuerza suficientemente poderosa hacerlas mover para arriba. Por lo mismo, cuando las balsas llegan al luga de su destino, se las abandona.

En los tiempos en que el comercio del tabaco se hacía por cuenta de Gobierno, un secretario de hacienda, de gran reputación como financist en Bogotá, dispuso que el tabaco que iba para Antioquia siguiese el rí Nare arriba en las mismas balsas en que había bajado de Ambalema.

Los viajeros que vayan de Bogotá al Magdalena, ó los que vengan de Europa al interior, deben prevenirse con almohadas, sábanas, mosquitero y petate, pues en los vapores sólo se da un catre para dormir. No se comprende cómo compañías tan ricas, que gastan tanto en los vapores y que tienen establecidos tan crecidos fletes, hayan fijado la economía en ahorrar unas sábanas y unos mosquiteros para los infelices transeuntes. Y es necesario saber que el viajero que haya olvidado el toldo mosquitero, es despedazado por el mosquito y muere de la fiebre que producen sus picaduras.

En el puerto de Caracolí se cree uno en la India. Un inglés vestido de blanco y con su casco ó *sombrero* como los que allá se usan, es el Intendente de los vapores, y va de uno á otro lado á cada momento. Los capitanes hablan en inglés. Muchos extranjeros establecidos en Honda ó en las Bodegas van al vapor á inspeccionar su carga y á dar sus instrucciones; y por todos lados oye uno sus very well y juramentos y reniegos en inglés.

En el vapor se duerme en un salón central, colocadas las camas, de viento ó catres, una en pos de otra, y cubiertas por sendos mosquiteros; el calor es intolerable. Las señoras tienen á cada lado camarotes pequeños, en donde creo que mueren asadas. Como yo no podía dormir, me salía á la proa del vapor, y la casualidad me hizo contemplar la escena más hermosa que mis ojos han visto.

Todo estaba en silencio, y sólo se escuchaba el ruido melancólico é igual de la corriente, cuyas ondas pasaban murmurando por lo bajo palabras misteriosas pero dulces, como las confidencias que se hacen los jóvenes amantes; parecía que temieran despertar á los genios de la noche que yacían en el seno de la inmensa floresta. A veces se oía lejos, muy lejos, el ruido de un árbol viejo que caía al impulso de los años, y el eco iba repi-

tiendo el sonido, cada vez más leve, hasta que se perdía en la inmensidad: de tiempo en tiempo se escuchaba el triste graznido del pájaro nocturno que vela en la selva y que cuenta las horas, como el centinela del desierto vela el campamento en donde todos duermen.

Ah! si pudiera conservar yo para mi Rosa amada algo de este magnífico espectáculo! Si pudiera siquiera grabar en mi alma la imagen, para que ella pudiera encontrarla al abrazarnos!

Este silencio es solemne, y el alma se engrandece y se eleva,—inundada de luz, llena de ensueños, inspirada, sublime,—á la región hermosa á donde van rodando eternamente los astros.

El vapor se mecía suavemente y estaba atado á la orilla por una gruesa toa que lo mantenía cautivo. De un lado la luna esplendente y solitaria desplegaba su majestad y su belleza sobre un cielo azul, que ella misma iluminaba con sus rayos; y del otro, la selva oscura, sombría y melancólica. El río se veía tranquilo y terso como un hermoso lago, y en sus ondas movedizas reflejaba, con constantes variaciones, la bóveda estrellada. Los árboles de la orilla, al través de los cuales pasaba la luz, tomaban un aspecto fantástico, y parecían mudos gigantes que, sorprendidos por el buque en la soledad de la noche, venían á contemplarlo.

La luna es un astro querido y amigo, porque él nos ha acompañado desde la niñez con su luz apacible y simpática: él ha iluminado las horas de dicha y de amor de nuestra juventud, y, como lámpara funeraria, alumbra la blanca tumba donde están nuestros padres, y los acompaña en la soledad del cementerio y en la eterna noche que lo rodea. Y encontrar la luna en medio del desierto es un placer grato y melancólico que trae á la memoria los seres amados ya perdidos, y el recuerdo de los que allá, muy lejos, contemplan quizás también su esplendidez y su belleza.

La inmensidad tiene un poder mágico sobre el hombre, y el desierto lo atrae como esas divinidades que en el centro del océano encantaban á los viajeros para hacerlos morir perdidos en los escollos. Sí, yo quisiera vivir en el desierto, levantar allí mi tienda solitaria y pasar mi vida mirando hundirse el sol en Occidente, rodeado del olvido, y morir al fin.

La luna iba declinando hacia occidente, é iluminaba un inmenso horizonte, en el cual sólo se veía la selva, la selva sin fin; luégo, con suprema belleza, envuelta en levísimas transparentes nubes, que semejaban los encajes de una novia, entraba como á descansar en su lecho. La soledad inspira á la poesía.

La oscuridad lo invadía todo: apenas se distinguían sombríos, tristes, aterradores los árboles de la selva; y una negra cortina, al través de la cual brillaban las luciérnagas, cubría todo el espacio.

Un bramido terrible que conmovió la soledad, que hizo temblar la tierra y erizó los cabellos, se oyó á lo lejos. Fué como un trueno sordo, como un grito de guerra, como una voz de rabia que salió de en medio de la montaña. Era un tigre que tenía hambre y que estaba cerca de nosotros.

Salud, monarca del desierto, á cuya voz se erizan los cabellos y se tiembla de miedo, sinembargo de que eres más benigno que los monarcas de los hombres, ante los cuales todos se humillan con respeto! Salud á ti, que sólo viertes sangre cuando tienes sed, y no haces más víctimas que las necesarias para saciar tu hambre; mientras que los Césares la vierten á torrentes y matan por millares á los hombres para satisfacer su ambición y sus caprichos! Salud á ti, que has recibido en patrimonio estas inmensas soledades, donde el hombre no habita, así como los reyes han recibido naciones enteras y ciudades populosas, que someten á esclavitud ó queman y destruyen! Salud á ti, que siquiera tienes la fuerza que impone y el instinto á que obedeces, mientras que los otros son débiles, astutos y cobardes! Salud, monarca del desierto! Tu imperio, creado por la naturaleza, durará mientras que en él penetre el hombre y te mate; pero durará más tiempo que el de los reyes de este siglo, contra los cuales está ya armada la cólera terrible de los pueblos!

¡Qué soledad la del hombre en estas desiertas regiones! ¡Qué miserable es en presencia de la naturaleza! Aquí viven el león, el tigre y la serpiente como señores y dueños de la creación; pero el hombre es un infeliz huésped, á quien todo,—el clima, las fieras, las espinas de la selva y la terrible fiebre,—viene á espantar y á echar con violencia.

Y sin embargo, el hombre someterá estas regiones, matará las fieras, abatirá las selvas, destruirá las serpientes, y donde hoy reina sólo la fiebre, levantará ciudades espléndidas y sanas! Yo quisiera ser uno de los iniciadores en esta obra civilizadora. En tiempo de la conquista yo habría sido aventurero como Ursúa, ó misionero católico como San Francisco de Borja; después filibustero, y en la Independencia, uno de los compañeros de Maza en Tenerife. He sentido siempre la necesidad de hacer algo grande, algo arriesgado, pero de influencia en el porvenir, y he visto pasar estériles mis años en una ciudad muerta, sin hacer nada y obligado á reconocer mil fueros que detesto, y como bueno y justo lo que yo comprendo que no es más que una apariencia de justicia, bajo la cual se encubre la violación de los más santos y legítimos derechos.

Yo reconozco que mi corazón se ha exacerbado y quizás mi mente se ha extraviado; porque me dió Dios un alma donde se han concentrado los dolores de todos los que sufren por la sociedad, donde han resonado los

ayes de todos los esclavos, de todos los pobres, de todos los ignorantes, y mi alma se ha rebelado contra los que ha creído autores de las desgracias sociales; y en la lucha no he conquistado sino odio contra mí y nada para los que lloran.

Bajaban en el vapor el señor y la señora Paredes, la señora de Zea y el señor Martín Lleras, que iba para Antioquia: la compañía no podía ser más agradable.

El Capitán Santrich, Comandante del *Colombia*, es un hombre franco, sencillo, que refiere anécdotas con chiste y que entretiene á los pasajeros en la sobremesa.

El río desde Caracolí hasta Nare está lleno de pasos peligrosos, en donde han encallado multitud de vapores, cuyos restos se muestran á cada instante, ó bien el lugar en que perecieron. Nosotros no tuvimos accidente alguno, y habiendo salido de Caracolí el día 22, á las cinco de la tarde, llegámos á Nare el 24 á las cinco de la mañana.

El momento en que el vapor zarpa es de suprema emoción para todos, y los adioses que se dan desde la playa y los pañuelos que se agitan sobre cubierta revelan bien los sentimientos que á todos afectan.

La partida del vapor me inspiró estos versos :

ADIOS !

Me alejo de mi Patria idolatrada,
Del suelo en que corrió mi edad primera,
Del viejo muro do colgué mi espada,
Del sauce en que mi lira suspendiera.

—

Me alejo del hogar donde mi esposa
Llora en los brazos de mis tristes hijos,
Mientras tiene en mi senda polvorosa
Los grandes ojos, como el alma, fijos.

—

Si yo pudiera en la floresta umbría
Donde sólo la voz de Dios se escucha,
Vivir soñando con la amada mía,
Lejos, muy lejos de la humana lucha;

Siendo allí los tranquilos soberanos
Del ancha soledad, al mundo ajenos,
Sin el odio y rencor de los humanos,
Con la paz y la dicha de los buenos.

—

¿ Qué me obliga á partir? Nada : el destino,
El que estas aguas lleva al Oceano;
Y, á mi pesar, del triste peregrino
El bordón llevo en la rugosa mano.

—

Quiero mi noble Patria tan amada
Al mundo señalar con entusiasmo,
Y ver del extranjero en la mirada,
Con mi relato, el religioso pasmo.

—

Decirle : Ved el ancho Magdalena
Cruzar las selvas con rumor sonoro,
Y es lecho de oro su mullida arena,
Como son sus riberas montes de oro.

—

Ved más allá de la región que anima
El sol, brillar la nieve inmaculada;
Ved entre las tormentas el Tolima
Al cielo alzar la cresta encapotada.

—

Y más allá mirad al Tequendama
Que, cual huyendo siempre de sí mismo,
Por entre rocas su caudal derrama
Con broncos tumbos al oscuro abismo.

—

Y como atleta que al hollar la arena
Siente que el pié y el corazón vacila,
Nublada la razón, antes serena,
Y el alma temerosa, antes tranquila,

Pero que luégo contra el brazo doble
Con fuerza ajusta el poderoso escudo,
Y ardiendo el alma en el coraje noble,
Pronto se lanza en el combate rudo,

—

Así vacila el caudaloso río
Y el curso pára ante la rota breña,
Mas de repente con pujante brío
Por las cóncavas simas se despeña.

—

Y borbotones de brillante espuma
En alto vuelan cuando el agua choca;
Se oye el fragor, y luégo blanca bruma
Los filos cubre de la agreste roca.

—

Mirad en los eternos horizontes
Erguirse los nevados valladares;
Con venas de oro contemplad los montes,
Con venas de coral los hondos mares.

—

Y esa comarca poderosa y rica
Es patria de los libres y los bravos,
Nadie ante un rey su orgullo sacrifica,
Y no hay soberbios, como no hay esclavos.

La navegación en el Magdalena es agradable y entretenida. Siempre al frente una cortina de verdura que forman los árboles de la orilla, y los bejucos que entre ellos crecen; cortina que toma la forma de una decoración de teatro á veces, y es interrumpida por un lindo paisaje, ó por algún espacio abierto en la selva, en donde hay una choza pajiza rodeada de árboles de totumo, muchas gallinas en el patio, uno ó varios cerdos, en los alrededores una vaca, y en la cual choza habita una familia que sale á la orilla á ver el paso del vapor.

En los lugares donde el vapor arrima para tomar leña, ésta está preparada ya en grandes montones que se llaman *burros*, cada uno de los cuales vale un peso. Generalmente dos ó tres hombres están allí derribando los árboles, desnudos, sin más que un abrigo por delante, flacos, descarnados y melancólicos.

Las poblaciones son muy escasas y en extremo miserables. Se reducen á unas pocas chozas pajizas colocadas en el espacio robado á la selva y que ésta intenta siempre recuperar; sin calles, sin plaza y sin iglesia. Pero las mujeres que en ellas viven están aseadas y bien vestidas, y los hombres se manifiestan contentos.

Pasando por delante de una de esas chozas habitadas por una familia que no posee más bienes que una canoa fabricada por el hombre y un chinchorro tejido por la mujer, familia que vive íntimamente unida en presencia de la naturaleza, sin ninguno de los dolores ni ninguna de las necesidades sociales, involuntariamente se pregunta el viajero: ¿dónde está la felicidad? ¿No es envidiable este primitivo estado para un hombre que tiene corazón? ¿Da en goces sociales la civilización lo que quita en libertad y placeres sencillos? ¿No es más el Adán creado por Dios, ese hombre que con su mujer vive en la selva, que el hombre encerrado en las ciudades, lleno de vicios y carcomido por el odio y la envidia? ¿Está alguna vez satisfecho el hombre en sus aspiraciones de riqueza, de poder ó de gloria? ¿Por qué, pues, tanto afán por conseguir estos bienes y pasar así la vida consagrada á obtenerlos sin descansar jamás y sin volver siquiera á mirar la naturaleza, que parece siempre esperarnos?

Pero en esto el hombre se somete á una ley ineludible. El hombre que hoy vive en la soledad, aspira á mejorar la condición de sus hijos. La mujer quisiera vivir en el vecino caserío, y que su hija tuviese un buen collar. Los que allí viven son felices cuando van á las ciudades de Honda ó de Mompox. Y así, sin saber por qué, los hombres van buscando y ayudando á la civilización, hasta llegar á fundar naciones poderosas como las de Europa y ciudades como Londres ó París, que parecen la obra de titanes ó de seres privilegiados á quienes el cielo reveló sus misterios y sus encantos, y á quienes concedió el poder de hacer milagros.

Cuando se remontaba el río en champán, empleando en el viaje hasta cuarenta días, y las jornadas se hacían de caserío en caserío, las poblaciones de la ribera del río eran indispensables para el viajero y se encontraban relativamente prósperas. Hoy que los buques suben y bajan rápidamente, las poblaciones han decaído, muchas casas y plantíos se han abandonado y aun muchas poblaciones se han acabado del todo.

El viajero que por primera vez viene á Colombia, que llega á nuestras costas desiertas y luégo sube el Magdalena por entre un bosque primitivo, y á través de leguas sin fin, no puede presumir que allá á lo lejos, en la cima de las cordilleras, se encuentre una ciudad como Bogotá, con una civilización que no se sabe cómo le ha llegado; ciudad en la que se escribe, se discute y se legisla como en cualquiera de las que están situadas en el centro de la civilización y del comercio.

Nuestra tierra tuvo un albor de progreso y engrandecimiento, que se extinguió pronto, habiendo quedado luégo como parada en medio del movimiento universal, debido en mucha parte á las revoluciones, pero indudablemente también en gran parte á los gobiernos. La influencia que éstos ejercen en las sociedades americanas es tan poderosa, que ellos no pueden declinar la responsabilidad que les toca en el estancamiento y atraso del país. Este albor tuvo lugar después de constituída la antigua Colombia, cuando el señor Juan Bernardo Elvers, el más digno y laborioso extranjero que ha venido al país, estableció la navegación por vapor en el Magdalena, empresa que arruinó un decreto dictatorial de Bolívar, cuando aquél se prometía que en pocos años quedarían descuajadas las selvas y cultivadas sus riberas.

Al pasar por Conejo, donde hay una bodega hecha de paja para depositar los cargamentos cuando los vapores no pueden ir más arriba y cuyo terreno inculto es de la familia del General Joaquín París, recordámos haber oído referir á éste que por uno de esos terrenos, llamado «La Egipciaca,» le habían ofrecido á la familia $ 150,000 en época de ilusiones y de esperanzas.

Es Nare el punto en que se depositan los cargamentos que los vapores traen para el Estado de Antioquia, los cuales van por el río de este nombre hasta Islitas, y luégo siguen en mulas ó á la espalda de hombres hasta Medellín. Nare es triste y enfermizo. Se refiere que cada año, para hacer la fiesta de las *Animas*, en la cual figura una calavera, hay necesidad de mandar conseguir una á Honda, porque la humedad es tal allí que los cuerpos se consumen apenas enterrados.

En Nare trasbordámos al vapor *Simón Bolívar*, elegante y más cómodo que el *Colombia*, y en el cual hallámos un buen Capitán, el señor Navarro con su señora y un niño de cuna, un excelente Contador, el doctor Pardo, del Estado de Bolívar, cuyas finezas con mi hijo Evaristo, que enfermó, jamás olvidaré, y los señores Salvador Camacho Roldán y Leonardo Canal, que se dirigían á Ocaña en una comisión del Gobierno. El doctor Camacho, al ver al niño dormido sobre cubierta, dijo: Buen augurio;

éste será el ángel que nos guiará en la navegación. El pueblo dice que la compañía de un niño espanta al diablo. Yo digo que su inocencia encanta el alma y que nada hay más benéfico que la sonrisa de un niño.

—Medardo, me dijo Salvador, compónle unos versos. Entonces hice éstos:

A UN NIÑO.

Mientras que duermes en sabrosa cuna,
Donde ninguna pena llegará,
Y tu madre con dulce cantinela
Tu sueño vela,
Aguardando tu grato despertar,

Díme, ¿ del sueño de la estéril nada,
De la ignorada incógnita mansión,
Quién te arrancó con mano omnipotente,
Y así viviente
Sobre tu blanda cuna te arrojó ?

¿ Por qué, criatura, no naciste rosa,
Fresca, olorosa, y gala del jardín ?
Fueran así tus horas más ligeras,
Mas no sintieras
Marchitarse tu tallo en el pensil ;

O ave canora que en su dulce canto
Imita el llanto de perdido amor,
Mas que no sufre entre las verdes hojas
Esas congojas
Con que el dolor desgarra el corazón.

¿ Por qué si duermes, plácida sonrisa
Como la brisa del perdido Eden
Vaga en tu labio, dulce y lisonjera,
Como si fuera
Que en tus sueños á Dios pudieras ver ?

¿Ó bien conservas de pasada historia
Leve memoria de sabroso amor,
Y que se escapa luégo de la mente,
Cuando se siente
Haber llegado á la mortal región?

Duerme tranquilo, y guarda tu secreto,
Que yo indiscreto pretendí arrancar,
Queriendo audaz despedazar el velo
Con que á este suelo
Cubre de Dios la eterna voluntad.

Quiero mirarte; adorna tu cabeza
De la belleza la temprana flor,
Y la inocencia en tu tranquilo pecho
Hace su lecho,
Murmurando en tu oído una canción.

Quiero estampar en tu graciosa frente
Un beso ardiente, un beso nada más,
Y á su contacto respirar contento,
Sólo un momento,
De la inocencia el aire virginal:

Que su perfume, misterioso y santo,
Quizás un tanto anime el corazón;
Quizás recuerde que encantó mi infancia
Esa fragancia
Que ya del alma para siempre huyó.

Es nuestro paso por la vida breve,
Cual nube leve que disipa el sol;
Mas nos parece largo y fatigoso,
Porque enojoso,
Por compañero nos tocó el dolor.

Nada mi ruego del destino alcanza,
Mas la esperanza sueña para ti
Que siempre el Genio adorne tu cabeza;
Que á tu grandeza
Siempre el destino venga á sucumbir.

El Genio: que coloca reverente
Sobre alta frente gajos de laurel;
Que eleva al hombre del estéril suelo,
Y allá en el cielo
Le enseña la verdad, la dicha, el bien.

El Genio: que hace en la feliz mañana
Mostrar ufana á la mujer que amó;
Y fervoroso su ídolo besando,
Sigue cantando,
Y el placer y el amor son su canción.

El Genio: que hace del dolor su trono,
Del abandono, del destino cruel,
Una corona para orlar su frente,
Que refulgente
Brilla, ocultando su marchita sien.

El Genio: que de luz, de fuego vive,
El que recibe aplausos de su edad,
Que llena un siglo con su sola historia,
Y á su memoria
El porvenir le da vida inmortal.

Este es mi voto. Duerme ya en tu cuna,
Donde ninguna amarga pena te alcanzará,
Pues que tu madre con tierno arrullo
El sueño tuyo
Vela aguardando tu despertar.

El viaje por el Magdalena en vapor se parece mucho á un campo de batalla, en el que se atraviesa por entre muertos y heridos, sin cuidarse de ellos, y esperando la muerte á cada instante. Encontrámos los restos de más de cinco vapores: tres estaban varados, el *Cauca* estaba roto, el *Verther* había volado la caldera y bajaba como inválido, el *Antioquia* acababa de naufragar. Séame permitido expresar aquí un concepto. Las discusiones frecuentes que presencié entre el piloto y el Capitán, y la manera como se hacen las cosas, me hicieron presumir que es la falta de ciencia y de habilidad en los pilotos lo que hace perder con tanta frecuencia los vapores.

El viajero acostumbrado al servicio regular y exacto del criado inglés, al comedido y lleno de atenciones del francés, al respetuoso y bueno del alemán, ó al humilde del indio del interior de Colombia, encuentra detestable, infame, el de los criados de los vapores en el Magdalena, pues son insolentes, perezosos, lenguaraces, aturdidos, alborotadores é inútiles.

En cada vapor hay más de quince criados que podrían ser sustituídos por dos criados ingleses. Todos ellos conversan y discuten, se reúnen en el comedor del vapor, y sentados sobre las mesas ó en los asientos de los pasajeros, cantan, ríen y llevan con los pies y con las manos el compás, con lo cual aturden á todo el mundo.

Daré una idea del servicio.

Reparten agua de panela con limón á mediodía. Como mi hijo estaba enfermo, no pudo levantarse á tomarla á la hora en que se sirvió para todos. Pero tenía sed, y esto me movió á ir á pedir de tal agua al primer sirviente que encontré.

—Necesito, le dije, para mi hijo, un poco de agua con limón.

—Branco, va y písdala ar depensero.

—Necesito (al despensero) un poco de agua con limón.

—¡Juancho! Este branco pide limonáa. Va, branco, pídala á Juancho.

—Necesito (á Juancho) un poco de agua de limón.

—Hole Lucas ! Este branco no ha bebío limonáa.

—Se la habrá jartao el *cucho*. ¡Cucho !

—Limonáa !

—Onde querés que yo saque limonáa. La limonáa se acabó.

—Pide limonáa á Mister Eduardo.

—Anda tú que estás ahí plantao.

—¿E tú por qué no lo hace ?

—No me ra la gana.

Fuí á verme con Mister Eduardo, el despensero, que era un mulato de Curazao que hablaba todos los idiomas y no entendía ninguno.

—Me dicen que es usted quien debe dar los limones para hacer un poco de agua.

—Yo he rao esta mañana bastantes. Jilrao! ¿ tú no le diste los limones al Juras ?

—Eh, toítos.

—Los mesmos cuatro limones que se gastaron ; pero Curruco fué quien hizo la bebira, él debe de sabés. ¡ Curruco !

—¿ Quién me quiere ?

—¿ Tú no tienes limones ?

—Quien hizo la agua fué *el coima*. ¡ Coima !

—Valiente estarme llamando.

—Es que este branco quiere limonáa y tú rebes tener limones.

—Guá ! Anda y recógelos junto á la rueda.

—Yo tengo que limpiar las mesas.

Fuimos con el Coima, después de una hora de discusiones, á buscarlos, y encontrámos un cerro de limones, que se estaban pudriendo.

¿ Cómo encontrar panela ? Fácilmente. Le dí dos reales al Coima, y en el acto me la proporcionó.

El hastío de la navegación lo matábamos con sabrosas conversaciones, y era de noche principalmente cuando, reunidos en la proa para tomar el fresco, oíamos con el mayor placer á Camacho Roldán relatar versos, dar datos estadísticos ó contar anécdotas.

Siempre he admirado y envidiado esa memoria, que podría llamar *à propos*, que tienen algunos hombres, la que les permite recordar en el momento preciso lo que saben y exponerlo con facilidad.

El hombre más notable que Colombia ha producido, es, sin duda, el señor José María del Castillo y Rada, según he podido juzgar por sus Memorias como Secretario de Hacienda en tiempo de la antigua Colombia; y como hombre instruído y feliz para relatar, no tuvo igual, en concepto de sus contemporáneos. Las exageradas tradiciones que aun se conservan, lo patentizan.

Mi madre me contaba que en las tertulias familiares que en su casa se daban, Castillo dejaba algunas veces su estudio, en donde quedaban Santander, el Obispo Sotomayor, el doctor Restrepo y cien personajes más, y pasaba á la sala á conversar con las señoras; y que en estas conversaciones le oyó describir con admirable encanto todo lo que se refería á las modas desde el tiempo de Luis XIV hasta el de la Emperatriz Josefina.

Como él tenía por admiradores á todos los que le escuchaban, y á oírlo iban muchos amigos á la tienda del señor Peñarredonda, situada en la

Calle Real de Bogotá, el señor Florentino González, que no lo quería, dijo una vez:—El doctor Castillo estudia por la noche lo que ha de relatarnos al día siguiente,—lo cual dolió á sus amigos.

A poco rato llegó, como de costumbre, el señor Castillo, y estando en lo mejor de la conversación, entró un muchacho gritando: ¡ Maní agarrapiñado!

Tomaron algunos cucuruchos, y se los ofrecieron unos á otros.

Entonces el señor Castillo manifestó lo conveniente que sería para el país el cultivo de esa planta; y á propósito de esto refirió su origen, en dónde la hallaron los europeos, la manera de cultivarla, usos á que podía aplicarse, comercio que de ella se haría y valor del maní en el mercado.

Todos miraban al señor González, quien no pudo contener su despecho.

Al discutirse en el Congreso la aprobación del contrato sobre arrendamiento de las minas de Santana, un diputado dijo que esas minas eran más ricas que las de Méjico y que habían sido mal arrendadas. Entonces el señor Castillo, con admiración general, nombró cada una de las minas de plata de Méjico, señaló su situación y fijó la cantidad que cada una producía y los costos de elaboración.

Es fama que Bolívar y Santander, siempre que necesitaban conocer alguna ley, saber una fecha histórica ó definir un punto de derecho, llamaban al señor Castillo, como depositario de toda la ciencia en el país, y que jamás dudaron de su certidumbre.

Como será grato á los lectores conocer la historia de este grande hombre, creo oportuno insertarla aquí.

José María del Castillo Rada nació en la poética ciudad de Cartagena de Indias, la de las grandes murallas y recuerdos heroicos, el 20 de Diciembre de 1776, de una familia de patricios; se educó al lado de su hermano Manuel, y fueron ambos impulsados por un destino común. Tocóle al General Manuel del Castillo Rada recorrer en pocos años el camino de la gloria; pelear por la independencia de su patria; mandar la defensa de la plaza en el espantoso sitio de Cartagena del año de 1816; caer entre las ruinas y escombros de la hambrienta y desolada ciudad, y morir en el cadalso para santificar su causa y dejar un grande ejemplo á la posteridad; y al hermano, José María del Castillo Rada, ejercer, por su sabiduría y su virtud, una grande influencia en la fundación y desarrollo de la nueva República.

De Cartagena vino aún muy joven Castillo Rada á Bogotá, y entró á estudiar, como todos los nobles de aquel tiempo, en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario. El genio lo guió, la ciencia le descubrió sus misterios,

la sabiduría lo colmó de tesoros; y el que entró allí niño é ignorante, salió sabio profundo, jurisconsulto eminente é ilustrado maestro.

¡ Inexplicable prodigio de la suerte ! El Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que fué la cuna de su grandeza, fué más tarde la cárcel estrecha de sus sufrimientos, la tribuna de sus enseñanzas, el templo de sus adoraciones y la tumba que guarda hoy sus cenizas.

Tenía veinticinco años de edad Castillo Rada, era abogado de los tribunales del Reino, y ocupaba una alta posición social, cuando eligió por esposa á la señorita Teresa Rivas Arce, mujer de suprema belleza, según las tradiciones, y de tan grandes virtudes y alto mérito, que supo hacerse digna compañera en todas las vicisitudes de su varia existencia. Ella le siguió con valor y energía en las empresas patrióticas contra los españoles; le salvó la vida cuando cayó en poder de los pacificadores; hizo de la casa del Presidente del Consejo de Ministros el centro de reunión de todos los hombres notables del país, y llegó á merecer el que el Congreso del Perú enviase *á la distinguida patriota colombiana, Teresa Rivas del Castillo, un diploma de honor y una medalla de oro.*

En esa conspiración sorda y misteriosa contra España, que principió en América, como oculto incendio nacido de una chispa perdida de la inmensa hoguera que ardía en Francia, en esa conspiración que encabezó Nariño en Bogotá y en la que entraron todos los jóvenes que tenían ciencia, corazón y honor, tomó parte también Castillo Rada, exponiendo así, por un ideal generoso, vida, esposa, familia y porvenir.

Pasado el 20 de Julio de 1810, día glorioso para Colombia, encontráronse los patriotas libres y dueños de sus propios destinos,—suprema aspiración de sus esfuerzos y fin de sus arriesgados trabajos ; pero se hallaron como hombres cargados de riquezas y perdidos en el desierto. Dios, que no guía ya á los pueblos como guió á los Israelitas, con una columna de fuego, levanta, en las épocas difíciles para la humanidad, hombres eminentes que, por sus virtudes y su genio, adquieren prestigio bastante para guiarlos en su trabajosa peregrinación ; y Castillo Rada fué en aquella época uno de esos hombres portentosos.

Como escritor, difundió en *El Argos* luminosas ideas sobre legislación, ciencia constitucional y economía política ; como orador, mantuvo las asambleas pendientes de su palabra, inspirada siempre en favor de la razón y del derecho ; y como político ayudó á sacar de la nada gobiernos regulares, que pudieron figurar dignamente ante el mundo civilizado, el cual por primera vez volvió entonces sus miradas hacia la América española.

En aquel tiempo fué miembro del Colegio constituyente de Bogotá,

génesis prodigioso de las Repúblicas del Nuevo Mundo; hizo parte del Congreso federal reunido en la Villa de Leiva el 4 de Octubre de 1814,—areópago donde sólo resonaron los ecos de la sabiduría y de la justicia; ejerció las funciones de Gobernador de la provincia de Tunja, manifestando habilidad, energía y valor; y, en fin, formó, con Frutos Gutiérrez y José Fernández Madrid, ese triunvirato desgraciado á cuyo amparo se acogió la República.

Breve fué esa época gloriosa llamada por la Historia la *Patria boba*, y por nosotros la *Éra de los Inmortales*, y en la cual se vieron lucir las virtudes de Camilo, la elocuencia de Demóstenes y el valor de Milcíades. Sueños áticos, patria libre, república naciente, todo sucumbió en 1816 ante el poder de Morillo y del *ejército pacificador*, enviados por España á reconquistar estas regiones.

Durante el tiempo del terror, Castillo Rada huyó de Bogotá, pero inútilmente; fué aprehendido por los españoles, sometido á juicio como insurgente y encerrado, con muchos de sus compañeros que de allí salieron para el cadalso, en el edificio del Colegio del Rosario, convertido en cárcel por Morillo y Sámano. Su salvación fué un capricho del destino, que en esos días jugaba con la vida y con la muerte de los hombres egregios de la revolución, un milagro del amor, ó un prodigio alcanzado por la virtud y el mérito.

Castillo Rada, como Lamartine, ejercía un prestigio mágico sobre el bello sexo, por el encanto de su palabra dulce, por sus exquisitos modales y por la fama de virtud y de saber de que gozaba; y cuando las damas de Santafé supieron que estaba preso y condenado en primera instancia á muerte, se extremecieron de horror, y todas, realistas y patriotas, se propusieron ayudar con sus lágrimas, con sus ruegos ó con su influencia á la amante esposa, que intentaba salvarlo del patíbulo. Sorprendido Tolrá, fiscal de la causa, del vivo interés que las señoras de Santafé mostraban por el prisionero; oyendo hablar siempre de él con elogios; conquistado quizás por alguna belleza, ó movido por la curiosidad, quiso conocer á Castillo, y fué á la prisión, donde, después de una larga conferencia, hubo este diálogo, cuya autenticidad afirmaba el señor Mariano Escobar y Rivas, también patriota y prócer:

—Bien, decía Tolrá, ¿ quiere usted salvarse?

—¡ Cómo nó!

—Dígame usted, pues, quiénes son sus cómplices.

—El género humano, señor, que busca la libertad y conspira contra el despotismo.

—Pídale usted perdón al Gobierno, y ofrézcale que en adelante, como todo hombre honrado, será usted partidario del rey.

—No sé mentir, señor.

—Niegue usted, al menos, que ha tomado parte en la revolución.

—No puedo sacrificar á la vida mi honor y el honor de todos mis compañeros.

—Entonces, prepárese usted para morir.

¿ Qué pasó entre estos dos hombres de profundas y diversas convicciones, árbitro el uno de la vida ó de la muerte del otro, y sin más defensa en Castillo que su ciencia y su virtud ? ¡ Misterio !

Castillo Rada fué condenado á presidio perpetuo.

Abierta la puerta de oro de la Independencia por la batalla de Boyacá, dada el 7 de Agosto de 1819; derrumbado el poder de los Virreyes, que huyeron espantados; reunidas por primera vez la Nueva Granada y Venezuela para formar una sola y gloriosa nacionalidad; congregados los representantes del pueblo, que venían unos de las orillas del Neverí, y otros desde el extremo Carchi ; instalado el memorable Congreso de Cúcuta el 12 de Julio de 1821, Asamblea de veintisiete republicanos animados por el patriotismo, inspirados por la ciencia y presididos por la virtud, se le asignó á Castillo Rada el puesto de Vicepresidente interino de la nueva nacionalidad.

Como tal, encargado del poder ejecutivo, tocóle firmar, mandar ejecutar y anunciar al mundo la *Ley fundamental de la República de Colombia.*

Obra fué ésta que pasmó de admiración á los hombres, y con justo motivo. Era la proclamación de la alianza invencible de dos pueblos para su defensa; era el lenguaje de la sabiduría hablado por los indios de América; eran las reglas de Solón para salvar la democracia, dictadas por los siervos rebeldes; era el desafío que la Francia hizo á todos los reyes de la tierra, hecho también por los colonos al Rey de España é Indias; y ella, en fin, contenía este artículo, que la elevaba al cielo:

« La Nación colombiana es para siempre irrevocablemente libre é independiente de la monarquía española y de toda otra potencia ó dominación extranjera. Y no es, ni será nunca, el patrimonio de ninguna familia ó persona.»

Tocóle también á Castillo Rada el honor de sancionar y poner en vigor la *Ley sobre libertad de los negros y abolición del tráfico de esclavos,* noble doctrina de José Félix Restrepo; generosa inspiración de Bolívar; audaz determinación del Dictador Corral, y Evangelio sublime del Nuevo Mundo,

que fué de pueblo en pueblo, de nación en nación, por todo el Continente, redimiendo infelices y ahorrando lágrimas, y que, al cabo de cincuenta años de escrita, dió libertad á cuatro millones de seres humanos que eran esclavos en la Unión Norte-americana.

¿Qué gloria ha habido en el mundo igual á la de los fundadores de Colombia?

Como si aquellos hombres hubiesen tenido la conciencia divina de los dioses, de dar inmortalidad á sus obras, dictaron también las leyes que Castillo Rada sancionó, de *Honores á los vencedores de Carabobo, y memoria de los muertos por la patria.* Estas leyes son, como las inscripciones de las Termópilas, imborrables; y todas las edades ratifican sus fallos.

La primera dice:

SIMÓN BOLÍVAR,

VENCEDOR EN CARABOBO, ASEGURÓ LA EXISTENCIA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

La segunda declara:

Todos los colombianos muertos en el campo del honor y de la gloria, defendiendo la independencia de su patria, son beneméritos de ella en grado eminente, y su memoria debe conservarse en los anales de la República.

Los que por sus servicios y su opinión perecieron en los patíbulos, condenados en odio de la virtud y con el designio de afirmar la tiranía, son mártires ilustres de la libertad de la patria, y su memoria debe transmitirse á la posteridad.

Nombrado Presidente de la República el Libertador Simón Bolívar, y Vicepresidente el General Francisco de Paula Santander, quien se encargó del Poder Ejecutivo y trasladó el Gobierno á Bogotá, ciudad designada como capital, constituyó aquél su ministerio así: Pedro Gual, Ministro de Relaciones Exteriores; José Manuel Restrepo, Interior; Pedro Briceño Méndez, Guerra y Marina, y José María del Castillo Rada, Hacienda.

Entonces Castillo, inteligente como Colbert, ilustrado é infatigable en el trabajo, apasionadamente consagrado á poner orden en las finanzas, al bien público y á la grandeza de su país, llevando al servicio del Estado miras superiores á su época, dió recursos para la guerra, fundó la Hacienda nacional y echó las bases de la prosperidad de la República en el porvenir.

La *Historia Económica y fiscal del país*, obra eminente del señor Aníbal Galindo, dice:

« Pasando ahora de las leyes á las ideas, nadie que estudie la historia

de aquella época (1821 á 1830) hallará exagerado decir que el señor Castillo, solo, la llena en el orden económico con sus avanzados principios, su erudición, su probidad y su talento. Es verdaderamente admirable ver que á un hombre educado en las escuelas de la Colonia le fueran familiares, y en grado de lucidez que es hoy mismo superior al nivel común, los principios más profundos de la ciencia de la economía.»

Diez mil hombres mandó levantar el Congreso de Cúcuta para acabar la guerra que, «continuándose más, decía la ley, asolaría el país, por lo cual era preciso que todos los hijos de Colombia, defensores natos de la Patria, se armasen, requeridos por el Gobierno.» Era necesario continuar la guerra en Venezuela, enviar tropas á la Costa, dominada por los realistas, y al Sur, invadido por los enemigos; y Colombia no tenía tesoro: las rentas públicas, producto de las absurdas contribuciones de la Colonia, habían sido destruídas por los Congresos ó aniquiladas por la revolución; la Nación estaba arruinada, el pueblo miserable, y sólo se veían por todas partes escombros y desolación. Pues bien, Castillo Rada, como Carnot en Francia, sacó tesoros inagotables y dió recursos para que Bolívar, Páez, Urdaneta y los demás libertadores concluyeran su grande obra en Venezuela; para que Montilla, Narváez y Sardá pacificaran la Costa, y para que Sucre fuese á libertar al Ecuador y á poner la bandera tricolor sobre la nevada cima del Pichincha.

Al mismo tiempo organizaba la Hacienda, recaudaba las contribuciones, ponía orden en las rentas y fundaba el crédito nacional, sobre el cual se levantó el empréstito de treinta millones, empréstito que sirvió para consolidar la Independencia, para pagar la deuda sagrada de los batalladores en diez años de campaña, y para enviar al Libertador y al grande Ejército á triunfar en Junín y Ayacucho, á libertar al Perú, á fundar á Bolivia y á emancipar para siempre la América.

Castillo Rada recibió, manejó y distribuyó la parte de este empréstito que llegó á Colombia; y en una democracia celosa y suspicaz como la de entonces, teniendo, como patricio, émulos y rivales, y habiendo partidos llenos de rabia y de rencor, jamás se levantó una voz para acusarlo: las sospechas no le dañaron siquiera, como á la esposa de César; y puro y pobre descendió á la tumba, no dejando á su familia más que su memoria inmaculada.

Como Ministro de Hacienda propuso al Congreso tres medidas que le enajenaron todas las voluntades y le hicieron caer en una grande impopularidad:

La creación de una contribución directa;

La abolición de los diezmos; y

La desamortización de los bienes eclesiásticos.

Los gigantes que nos dieron independencia y libertad encontraron después pequeña para su ambición la América. A las fiestas de la Patria libre sucediéronse los rencores y las revoluciones: la conspiración del 25 de Septiembre contra el Libertador se inscribió entre las páginas luctuosas de nuestra Historia, y el General Santander fué condenado á muerte.

El Libertador, retirado á su quinta, profundamente herido de la ingratitud de los hombres, sólo oía á su alrededor decir que Santander era Catilina, y que su muerte era necesaria á la salud de la Patria, cuando entró á su habitación Castillo Rada, y fué interrogado por el Libertador con una mirada de profunda ansiedad.

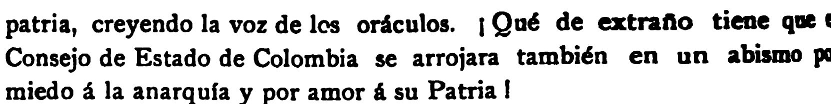
Castillo, como adivinase el pensamiento del Héroe, dijo á éste:—César, perdonando á Cinna, fué alabado por su clemencia, hizo de sus enemigos generosos aliados, tranquilizó á Roma y conquistó un nuevo título á la inmortalidad.

La pena de muerte fué conmutada al General Santander por el mismo Bolívar.

Disuelta la Convención de Ocaña y asumido el supremo poder por el Libertador, partió éste para el Sur el 28 de Diciembre de 1828, dejando encargado del Gobierno de la República al Consejo de Estado, compuesto de los señores José María del Castillo, que lo presidía, José Manuel Restrepo, General Rafael Urdaneta, Estanislao Vergara, Nicolás María Tanco, doctor Fernando Caicedo (Arzobispo de Bogotá), José Rafael Revenga, Francisco Cuevas, Joaquín Mosquera, Jerónimo Torres, Félix Valdivieso y Martín Santiago de Icaza ; gobierno que se había hecho la más pesada carga impuesta á hombros humanos ; pues había guerra con el Perú, de la que era preciso vencer ; la ambición impulsaba á los caudillos de la Independencia, y todos querían mandar la República ó dividírsela como se dividieron el Imperio los Generales de Alejandro ; los odios y los rencores ardían profundamente ; la anarquía se veía por todas partes, y nadie creía ya en los grandes destinos de la República.

En la sesión del 3 de Diciembre de 1829 el Consejo de Ministros acordó que el Ministro de Relaciones Exteriores entrara en negociaciones con los representantes de Inglaterra y Francia, y les manifestase la necesidad que tenía Colombia de cambiar de forma de gobierno, estableciendo una monarquía : que el Libertador gobernaría con tal título durante su vida, y que después se llamaría como Rey á un miembro de las familias dinásticas de Europa.

Mecio Curcio se arrojó inútilmente en un abismo por la salvación de su



patria, creyendo la voz de los oráculos. ¡ Qué de extraño tiene que e Consejo de Estado de Colombia se arrojara también en un abismo po miedo á la anarquía y por amor á su Patria !

El Libertador, en el oficio de contestación al en que se le comunic esta resolución, improbándola, dijo al Consejo por medio de su Secretari general:

«S. E., sin embargo, no deja de conocer, al mismo tiempo, y de admira cuán grande ha sido el esfuerzo patriótico y el heroico valor con que Consejo ha acometido, por el bien de la República, una empresa tan arrie gada, y se ha empeñado en la negociación más peligrosa que pueda ocurr en los anales de un gobierno. Por lo mismo me ordena S. E. dar las graci al Consejo de Ministros por este sacrificio, que si no obtiene un fin sati factorio, puede ser la causa de los más crueles compromisos para lo miembros que lo componen.»

Dividida para siempre Colombia, muerto el Libertador de amargur y de dolor, constituído el Gobierno regular y legítimo de la Nuev Granada, Castillo Rada abandonó la vida pública y se dedicó á una tare que debía conquistarle más legítima inmortalidad.

Levantó su cátedra de enseñanza en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario; y á la manera que Platón, bajo los olivos y plátanos de la Academia, revelaba á los griegos la ciencia divina de la filosofía, Castillo Rada derramaba los tesoros de una ciencia sublime entre sus apasionados discípulos, que absortos le escuchaban y que recogían cada una de sus palabras y la guardaban en la memoria, como se guarda siempre una prenda precios recibida por herencia.

Con sesos de león eran alimentados en la antigüedad los hijos de lo reyes y de los héroes, y el sabio Castillo alimentaba los hijos de la Repúblic con el ejemplo de los grandes hombres, y fortificaba su alma con las leccione de la más severa virtud, porque ella debe ser la vida de la democracia.

A los jóvenes de aquella época, en que el imperio de los libros no existía, cuando la luz de Europa sólo arrojaba pálidos resplandores sobr esta apartada tierra, cuando la prensa, pobre é incipiente, apenas podí satisfacer á las necesidades de la política del momento, y cuando la cienci tenía aún cerrado su templo ¡ cuán sublime debía parecerles ese maestr que en las fuentes sagradas del derecho bautizaba su espíritu, el cua salía de allí santificado por el recuerdo del culto que á la Justicia tributaro Grecia y Roma ! Cuán portentoso ese hombre que les enseñaba á resolve los grandes problemas políticos y sociales de su siglo con sólo un palabra: Libertad ! Cuán sabio ese guía que los iniciaba en los misterio

de esa ciencia nueva que mide la riqueza y el poder de los imperios, que derrumba las viejas murallas que separaban á los pueblos, que funda la riqueza de las naciones y levanta la prosperidad universal ; y cuán amable ese apóstol que guiaba sus corazones al bien, les predicaba la bondad y les hacía adorar la virtud !

La muerte interrumpió su palabra ; pero el último eco ha llegado hasta nosotros, y debemos transmitirlo á la posteridad.

Castillo Rada murió el día 5 de Junio de 1833, estando de Rector del Colegio de Nuestra Señora del Rosario ; y los alumnos de este instituto resolvieron, como un tributo de amor y un homenaje á su memoria, hacerle funerales suntuosos.

Su muerte fué un duelo general para la Patria.

El ciudadano José Ignacio París, hermano del General, gran repúblico, generoso patriota y corazón romano, al mismo tiempo que erigía una estatua de bronce al Libertador, levantaba un soberbio sepulcro de mármol á Castillo Rada en la Capilla del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, donde hoy reposan sus cenizas.

Volvamos al vapor.

Si en la generación á que perteneció Castillo Rada no hubo quien tuviera, como él, esa facilidad de relación y esa memoria feliz que á todos fascinaba, en la generación á que pertenezco, ninguno posee esas cualidades como Salvador Camacho Roldán, á quien se escucha siempre con agrado.

Una noche, ya tarde, se habló de hechos sobrenaturales, inexplicables por lo menos, y de *espantos*, y Camacho, con maravillosa facilidad, relató los que constan de la historia, los que á él le habían referido, y últimamente, los que á él y á otros amigos les habían pasado.

Las imaginaciones se hallaban exaltadas, todos estaban pendientes de sus labios ; las señoras instintivamente se estrechaban unas contra otras, y los niños, con los ojos extremadamente abiertos, creían ver salir ya los fantasmas blancos de entre la montaña.

Por término de la conversación contó, con los más sombríos colores, el espanto que él, el señor Pradilla y yo habíamos tenido en la «Imprenta de la Nación.» Como él me interrogara y mis hijos estuvieran allí, yo no pude menos de tomar la palabra para decir que lo que él había creído un espanto no había sido sino el efecto de nuestra juvenil exaltación; que jamás había hechos maravillosos, sino alucinaciones del espíritu, fenómenos físicos que no se estudiaban bien, ó enfermedades morales que podían curarse. Mi discurso fué como agua fría que cayera sobre todos,

y principalmente sobre las mujeres, que estaban temblando y gozaban en temblar, y que lamentaron que yo las sacase de su alucinación. Sin embargo, yo creí cumplir con mi deber y decir la verdad. Así me ha pasado siempre en el mundo; cuando he hablado la verdad, he producido desencanto.

El boga del Magdalena es el *llanero del agua*: rústico, salvaje, valiente, deslenguado, ignorante, espiritual, vicioso, honrado y lleno de originalidad y de gracia. El tipo va desapareciendo, si no ha concluído ya, con la sustitución de los champanes por los vapores; muchos de los bogas han pasado á ser peones, con lo cual han perdido su antigua independencia, y por supuesto su carácter.

La patria de los bogas; el oasis de dicha y de ventura; la Palmira en medio del desierto y en donde para ellos existía cuanto la imaginación puede soñar y el corazón desear; la linda y poética ciudad de Mompox también se acaba ya.

Situada la ciudad en una hermosa ribera del río, casi en la mitad de la distancia entre la Costa y Honda, era la escala del comercio, el lugar obligado de una larga estación, el astillero de todos los champanes y bongos que navegaban en el Magdalena, y había reunido bastante riqueza, acumulado una gran civilización y tenía una sociedad alegre y esmerada.

Cuando el comercio de Honda cayó, Mompox fué por mucho tiempo un importante centro de tráfico, principalmente para las provincias de Antioquia y Mariquita, y hubo en aquella ciudad muchas casas de comercio y de consignación y empresarios de champanes. La principal era la del señor José María Pino, cuyo nombre lleva hoy un vapor del Magdalena en justo recuerdo de aquel ciudadano industrioso, que en la época de decadencia comercial de la Nueva Granada fué uno de los hombres más laboriosos y más activos del país.

Colombia es fecunda en políticos que, eternamente en agitación, se forjan la ilusión de dejar monumentos suntuosos que recuerden su nombre, y al morir, los castillos que habían levantado en el aire se derrumban, y con ellos la fama del fundador: también lo es en bravos Generales, cuyos nombres publica la trompa de la fama por todos los ámbitos de la República; pero á su muerte el silencio encubre aquellos nombres, que nadie vuelve á recordar; y en sabios que, efímeros, pasan la vida en eternas disputas gramaticales ó en la fundación de escuelas filosóficas y religiosas, como los sabios bizantinos explicando misterios, pero que se van á la tumba llevándose los tesoros de su sabiduría.

¡Mas, cuán pocos hombres industriosos produce! Por muchos años pudo asegurarse que los señores Lorenzana y Mejía, en Antioquia; el

señor Francisco Montoya, en Ambalema; el señor Santos Agudelo, en Honda; el señor José María Pino, en Mompox, y el señor Abello, en Santa Marta, representaban toda la actividad industrial de la República.

El señor Pino, en cuya casa me alojé cuando en 1854 fuí á la Costa en comisión oficial ante el General Mosquera, era en aquella época un anciano bondadoso, lleno de amabilidad, hospitalario y generoso, que tenía grande influencia en Mompox; y esa casa, en la cual reinaba su esposa, la señora María Josefa Colorete, era el centro de la buena sociedad y la residencia agradable de todos los que subían ó bajaban el Magdalena.

Mompox fué también la patria adoptiva del gran Pinillos, hombre de riquezas fabulosas que apenas alcanzó á emplear en las necesidades de su generosidad, y que fundó y dotó el Colegio Pinillos, que tantos servicios ha prestado á la causa de la civilización en Colombia.

El prócer de la Independencia, el venerable señor Francisco Martínez Troncoso, también fué de Mompox.

Una breve historia:

Cuando estábamos en Nueva York, en 1853, mi hermano Rafael y yo, se hallaba allí un don Ignacio, de Mompox, y tan mal trazado andaba siempre (con levita de mahón amarillo, calzón blanco y sombrero de jipijapa, en el invierno), que los paisanos se reunieron y le hicieron una demostración á fin de que se vistiese bien.

—¿ Para qué ? les contestó el anciano. Aquí nadie me conoce. Aquí nadie sabe quién es Ignacio.

Vínose él adelante, y cuando llegámos á Mompox, el primero que fué á visitarnos fué don Ignacio, con la misma levita, los mismos pantalones y el mismo sombrero que usaba en Nueva York.

—¿ Qué es esto ? le dijimos nosotros. Lo creíamos á usted ya en otro vestido.

—¿ Para qué ? nos contestó. Aquí todo el mundo me conoce y todo el mundo sabe quién es Ignacio.

La *albarrada* de Mompox antes estaba llena de vida, de ruido y de animación. Más de quinientos carpinteros, bajo enramadas de palma ó á la orilla del río, trabajaban en la construcción de los champanes. Centenares de bogas, unos medio ebrios, otros cantando alegres; despidiéndose éstos de sus familias, aquéllos viniendo de un largo viaje; aquí descolgando una canoa, más allá embarcando tabaco, pero todos hablando á un tiempo, jurando, renegando, insultándose, hacían un ruido espantoso.

En la misma *albarrada* se levantaban los gritos de las negritas, quienes, con una batea ó un canasto en la cabeza y haciendo equilibrio, las

[illegible] su vestido alegre, su clima transparente [illegible] unas cincuenta sueltas, ofrecían [illegible]

[illegible] los bogas, pero hoy su albarrada [illegible] abandonó la ciudad y sólo se [illegible]

[illegible]

[illegible] la mayor parte [illegible] por Magangu[illegible]

[illegible] de bogues ni [illegible]

[illegible] de la época de la Indep[illegible] de Venez[illegible] —Si á Caracas le debo la vi[illegible] á *[illegible]*, título [illegible] Estas consideraciones la hacen digna de qu[illegible] para que pueda [illegible] que lleve allí [illegible]

[illegible] más risueño que la *La[illegible]* [illegible] Una gran población s[illegible] alamedas sin fin [illegible] de palmas de coco, y [illegible] las mujeres lavando [illegible] los niños jugueteando en [illegible]

[illegible] van jadean[illegible] de una horqueta y el otro co[illegible] á un tiempo y al compás [illegible] se desliza sobre el agu[illegible] de bestias; todos tie[illegible] mueren jóvenes [illegible] á que se entregan.

Cuando [illegible] por la mitad, impulsado po[illegible] de los que suben con la corriente y que [illegible] Estos, á su turno, hacen [illegible] mismo. Esta es [illegible] de la humanidad.

Los bogas son [illegible] supersticiosos: creen en brujas y duend[illegible] en el *Mohán*, que es una divinidad perversa que habita el río y que h[illegible] naufragar las embarcaciones, y en el *familiar*, que es un *demonio famil*[illegible]

(un *muñeco* de balso) que se puede comprar por siete pesos en cuartillos y que le ayuda al hombre en todas sus empresas.

El señor Santos Agudelo era empresario de champanes en el Magdalena é hizo una gran fortuna, porque los bogas decían que tenía un familiar que le revelaba todo, y contra el cual ellos no podían luchar; por eso eran sumisos y cumplidos.

Un día se esparció el rumor de que el *familiar* se le había huído á don Santos: todos los bogas quisieron probar si era cierto ó nó, y empezaron á ser pícaros, y los negocios siguieron tan mal, que murió arruinado.

Un boga nos contaba que Tomasón (valiente negro inglés, caudillo en la revolución de 1840) tenía familiar, y que las balas caían aplastadas al tocarlo, y los machetazos no le dejaban más que una línea blanca en el cuerpo, como hecha con tierra blanca.

A pesar de su *familiar*, el infeliz negro cayó prisionero, y los vencedores lo condenaron á muerte. El día de la ejecución todo el mundo asistió á verlo morir: á la primera descarga el negro se paró del banquillo, y todos,—tropa, escolta y populacho,—corrieron espantados y dejaron la plaza desierta. Tomasón, sin embargo, había sido herido por tres balas, y pasado el terror, volvieron á arcabucearlo.

Oir referir cuentos maravillosos á un boga, es cosa de no cansar; y yo me entretuve mucho en el vapor oyendo á uno que iba de peón, referir que él había visto una burra que en la *albarrada* esperaba siempre á un su compadre, y que de repente se *transfiguraba* en una *branca hermosa* con flores y peinetón en la cabeza. Pero su compadre salió una noche á pasear y no volvió; el demonio *que se lo había llevao*. Sólo se halló el *calavere toa comio* de los animales en un remanso que el río hace más *abajito*.

Hablando de los bogas, fuíme derecho á Mompox, sin hacer mención de que llegámos y arribámos á Puerto Berrío, en donde se está principiando el ferrocarril del Estado de Antioquia, que debe ir hasta Medellín.

Grato, muy grato es para el alma hallar á los obreros del progreso en donde se creía encontrar una partida de soldados de la revolución. Con gran placer estrechámos la mano de aquellos hombres, verdaderos misioneros de la civilización, que, en aquella playa enfermiza, solos, aislados en medio de selvas inmensas, muchos enfermos ya, todos tostados por el sol, flacos y descoloridos, se ocupaban en derribar el monte, penetrar en la selva, allanar los inconvenientes y colocar los primeros rieles.

Quiera el destino de la Patria que el señor Francisco J. Cisneros lleve á cabo su gigantesca empresa y adquiera con ella riqueza y fama; y ojalá la fortuna dé á cada uno de los trabajadores con qué volver á su hogar y ofrecer á su esposa y sus hijos un dichoso porvenir.

A pesar de las revoluciones, el señor Cisneros no ha abandonado su obra, y ha construído más de dos leguas, por donde circulan los carros. Al partido liberal, triunfante hoy en Antioquia, toca emplear lo que ha quedado de la guerra, en llevar el ferrocarril á Medellín.

A recorrer la parte ya hecha fueron invitados el señor Camacho y otras personas. Como ni yo ni mis hijos lo fuimos, nos quedámos en el vapor. A fe que lo sentí. Yo quisiera ir al territorio antioqueño, querido para mí, por ser patria de mi madre, y saludarlo en nombre de mi amor, de la civilización y del progreso: y que á mi entusiasta saludo contestara entre el bosque el silbido de la locomotora que ha de llevar allá la vida, el engrandecimiento y la libertad.

El vapor en que íbamos siguió varándose á cada instante, y yo, durante la navegación, iba meditando en el lento progreso del país y en los inconvenientes materiales y morales que tenemos que vencer para apresurarlo. Entre los primeros está la insalubridad de nuestras costas, que impide que allí se aclimate la población industriosa y la civilización, y que luégo se interne, como sucede en Chile y Buenos Aires; después siguen la inmensa extensión de territorio con que á veces tropiezan las obras gigantescas, el desierto que existe entre la costa y el interior, que no se puede colmar, y la difusión de la población en todo el país, de manera que no hay obra que sea de provecho común; y como cada Estado y cada ciudad necesita una obra de distinta naturaleza, resulta que no se pueden aunar los intereses y los esfuerzos para hacer algo en común.

Entre los segundos está la Federación, que si políticamente es un buen sistema, entre nosotros ha debilitado el patriotismo, reducido las aspiraciones, empequeñecido á los hombres, pervertido los caracteres con las luchas de círculo y matado el sentimiento de la grandeza en el país: los odios políticos, que hacen más amable la guerra y sus estragos que la paz y sus bienes; la debilidad y la corta duración de los gobiernos, que les impide hacer algo de provecho; y, entre los últimos, *la ciencia* de nuestros hombres notables, que todo lo saben, todo lo discuten, todo lo censuran y todo lo impiden.

El ferrocarril del Norte por Carare ó por Paturia (yo no discuto el punto) no tuvo más dificultad real y verdadera que los intereses políticos de los que fueron sus opositores, por orgullo herido en unos, por miras ambiciosas en otros, por rivalidades de Estado en éstos, por miseria y envidia en los más. Pero todos reunidos, todos se opusieron, y el ferrocarril no se hizo; pero se hizo la revolución de 1876. La historia tomará cuenta de este inmenso mal hecho al país.

La navegación en el Magdalena nunca cansa, porque el río, en sus infinitas vueltas, va presentando siempre el aspecto de lagos hermosísimos, que se suceden unos á otros, teniendo cada cual su belleza especial, y cambiando prodigiosamente según la luz los ilumina, alegre en la mañana, deslumbradora al mediodía y melancólica á la tarde.

Cuando llegámos á la *Boca del Carare*, mi corazón les dijo adiós á tantas ilusiones concebidas, á tantas esperanzas fundadas, de las cuales no quedará ni el recuerdo, pues se perderá entre el odio y los rencores de las revoluciones.

Hasta ese punto la navegación del río Magdalena es muy difícil por falta de agua, por la multitud de desparramaderos y playas que tiene y por los muchos troncos de árboles que se entierran en medio del río y aguardan como *torpedos* á los vapores. Sobre todo buques tan grandes como el *Simón Bolívar* suben y bajan por milagro, y á cada momento se tiene *el credo en la boca*.

El señor Leonardo Canal, que bajaba con nosotros, es hombre de gran capacidad y de variada instrucción. Atendidos su mérito y los servicios que á su partido ha prestado, éste no lo ha colocado á la altura que él merece. Pero lo raro es que el señor Canal, ardoroso revolucionario, no se preocupa con otra cosa que con la paz del país, y tiene elaborado un sistema por el cual los comisionados de uno y otro partido puedan entenderse siempre para arreglar pacífica y lealmente, por medio de una especie de congreso, todas las dificultades y reparar las injusticias que se cometan. El sistema es verdaderamente sabio, filantrópico, hermoso, y él aguarda que se presente la ocasión de ponerlo en planta. Esta es nuestra República. Aquí la guerra es una necesidad, un vicio, una pasión á la cual todos estamos sujetos.

El vapor se varó en el desparramadero de *La Estrella*, y como daba pocas esperanzas de flotar, el Capitán dispuso que el correo y los pasajeros trasbordasen al *Isabel*, que pasaba sano y salvo. El Capitán del *Isabel* objetó que su vapor llevaba los heridos del vapor *Werther*, cuya caldera había estallado hacía dos días, matando á varios é hiriendo á muchos. La noticia nos hizo erizar los cabellos.

Tuvimos informe de que el *Isabel* estaba infestado por los heridos, y resolvimos vivir y morir, si posible era, á bordo del vapor *Simón Bolívar*. Después de todo, allí se nos daba muy buen trato. El Capitán era comedido y atento, y el contador un cumplido caballero.

Hice la observación de que todos los Capitanes de vapor son ingleses ó saben hablar inglés, y que se hace mucho hincapié en esta circunstancia, pues siempre que entre ellos hablan lo hacen en ese idioma y no pierden ocasión de echar sus párrafos de inglés. ¿ Por qué y para qué ?

Al fin arrancó el vapor, adelantó al *Isabel*, y desde entonces se entabló

una especie de lucha entre los dos buques, apostando á cuál caminaba más para llegar primero á Barranquilla. Llegámos á *Barranca-Bermeja*, en donde sale el camino que el señor Lengerke, súbdito alemán establecido en Bucaramanga, hizo á su costa y con privilegio del Gobierno, desde Zapatoca y Piedecuesta hasta el Magdalena. Esta empresa, en la que empleó más de ciento cincuenta mil pesos, ha sido ruinosa, pues el tránsito es tan escaso, que no alcanza á dar en peajes con qué mantener siquiera el camino en buen estado. Dentro de poco tiempo estará perdido. ¡ Qué suerte la de Colombia !

Y no es sólo esta empresa la que se ha arruinado, mientras que la usura medra y hace ganancias fabulosas en Bogotá. El señor Roberto A. Joy, jefe de la empresa de vapores, acometió, en asocio del señor Temístocles Paredes, la de abrir el camino de *Paturia* que del Departamento de Soto salía al lago de Paturia. Después de una labor inmensurable, de haber descuajado las montañas, en cuyo trabajo murieron muchos devorados por las fiebres, habiendo empleado cuanto la ciencia da y la riqueza puede, el camino se abrió; pero la empresa fué ruinosa, y pronto, por falta de tránsito, se acabará el camino. El señor Joy, viendo su empresa arruinada y su capital perdido, ha sido el iniciador del pensamiento del ferrocarril de Paturia, que debe llevar á cabo la compañía que el señor Ross, ingeniero, acaba de formar en Londres. Tampoco se realizará este pensamiento.

En Barranca-Bermeja nos informó un joven alemán que allí reside, que el tránsito había cesado del todo, porque los indios del Opón habían salido al camino y asesinado á un viajero hacía quince días, con lo cual ningún otro osaba atravesarlo. No estamos autorizados para hablar en esta materia; pero no podemos menos de preguntar: ¿ qué se hicieron el celo y el fervor de los misioneros que conquistaron para la religión y redujeron en otro tiempo á las más bravas tribus de América?

También acusamos á los políticos de infecundos para el bien, de fanáticos insensatos que se agitan y se apasionan defendiendo principios é ideas sin aplicación en un país que está desierto, despoblado y cubierto de selvas primitivas; donde hay todavía infinidad de tribus salvajes que poseen la mayor parte del territorio y atacan á los hombres civilizados; donde la escasa población, difundida y dispersa, es impotente para vencer los obstáculos que la naturaleza presenta por todas partes á la civilización y donde se ve á los hombres vencidos por el clima, por las fiebres y por los enemigos comunes á todos los hombres civilizados y á los salvajes.

En presencia de esas inmensas soledades, al imaginarse uno en ellas extraviado, perdido, solo, hambriento, despedazado por las espinas, amena-

zado por las culebras, sin guía, sin horizonte y viendo que la noche se acerca ¡ qué terror ! y al oír lejos un grito humano, una voz de hombre, ¡ qué alegría, qué felicidad ! «¡Hermano, hermano! gritaría. ¡Sálvame, salvémonos! Aquí, aquí. Ven pronto. ¡Desfallezco ! ¡Hermano, hermano !» Ésta es la condición de todos los que habitamos en Colombia. El desierto, la soledad, los peligros, la barbarie están á nuestro rededor ; y amándonos todos, deberíamos ayudarnos todos como hermanos.

Es necesario estar en el desierto, conocer el país, abandonar la ciudad y ver nuestra naturaleza primitiva y nuestra salvaje situación, para comprender que son insensatos los motivos de odio y de rencor que aquí nos dividen, y que todos debemos ser hermanos y trabajar en común por la verdadera civilización del país.

El dique que une el lago de Paturia al Magdalena es navegable aun por los más grandes vapores; y el lago, que es hermosísimo, en todo tiempo tiene fondo suficiente para la navegación. El ferrocarril, pues, que allí se construya, cuenta con la inmensa ventaja que la naturaleza le ofrece.

Llegámos al pueblo de *San Pablo*, límite entre los Estados de Antioquia y Bolívar y que no tiene en la actualidad ningún interés.

No sucede lo mismo con el *Puerto Nacional* de Ocaña, á donde llegámos esa misma tarde, y que es hoy un lugar feo, el punto más caliente del Magdalena y bastante insalubre, pero que habrá de ser muy importante en el porvenir, cuando el valle de Ocaña esté bien poblado y aumente el comercio de esa parte del Estado de Santander desde Ocaña hasta Salazar.

Voy á referir un rasgo característico del General Tomás C. de Mosquera, el hombre más audaz, más afortunado y el más entendido político que ha tenido la República, y cuyo nombre figuró durante medio siglo, ya como guerrero, estadista y diplomático, ora como legislador y Supremo Director de la Nación.

En 1854, habiendo estallado la revolución del General José M. Melo, Comandante general en la capital, los Generales Herrán y Mosquera se vinieron inmediatamente de Nueva York, su residencia, á salvar las instituciones y restablecer el poder civil; y al llegar á la Costa, el General Herrán siguió para el interior y el General Mosquera se quedó organizando fuerzas en Barranquilla, auxiliado por los Generales Posada, que estaba en Cartagena, y González, que también se había venido con tan noble propósito desde Guayaquil.

En Barranquilla lo primero que hizo el General Mosquera fué mandar montar unos cañones que estaban tirados en las calles y organizar una banda de música ; y sin tener nombramiento de nadie, titulóse « Coman-

dante general de las fuerzas de la Costa atlántica,» haciéndose guardar los fueros y tributar los honores de su rango; montar guardia con los cívicos que se organizaron y dar retreta en su palacio.

El General Posada logró con su influencia salvar un batallón veterano en Cartagena, entusiasmando á algunos de los jóvenes de aquella ciudad, y con estos elementos vino á ponerse á las órdenes del General Mosquera.

Esto constituía todo su ejército, cuando llegué á Barranquilla en comisión del Gobierno. Al día siguiente se me hizo volver con una comunicación dirigida al Coronel Collazos, que se había pronunciado en el Norte con un batallón en favor de Melo, y que estaba allegando mucha gente, titulándose « Jefe superior, civil y militar, de las provincias del Norte.» La comunicación, en cuanto alcanzan mis recuerdos, estaba concebida así:

República de la Nueva Granada—Comandancia general de las fuerzas de la Costa atlántica-Cuartel general en Barranquilla, á 18 de Julio de 1854.

Señor Coronel Agustín Collazos, &c. &c.

El Capitán Medardo Rivas, ayudante del Estado Mayor, pondrá en manos de usted esta comunicación, y va encargado por mí de una misión importante cerca de usted. Debe usted dar fe y crédito á todo lo que él le comunique de mi parte, y hacerle guardar los fueros y consideraciones de su encargo.

Usted pasará inmediatamente, con el batallón 5.° que está á su mando y con todas las demás fuerzas que en esas provincias pueda organizar, á incorporarse á la 1.ª División del Atlántico, que manda el General Vicente González, y que hoy mismo parte de aquí en el vapor *Nueva Granada* á situarse en Ocaña (era el batallón que el General Posada había sacado de Cartagena y que siguió conmigo).

Usted asumirá el mando de las fuerzas como General de Brigada, cuyo grado confiero á usted de orden del Gobierno, en premio de sus muchos servicios y de su lealtad al Gobierno legítimo.

El General Joaquín Posada Gutiérrez queda en la Costa con las Divisiones 2.ª y 3.ª, y yo marcho á Honda con la artillería para emprender, de acuerdo con el Gobierno, operaciones sobre el Norte.

La Patria, á quien tantos sacrificios hemos hecho, lo espera todo de sus leales servidores.—Soy &c. &c.—TOMÁS C. DE MOSQUERA

Esta comunicación no pudo ser entregada, pues antes de llegar yo á Piedecuesta, supe que el Coronel Collazos había sido batido y muerto por algunos jóvenes que, al mando de Rojas Pinzón, Rafael Niño y Cándido Rincón, se habían organizado; y el General Mosquera dió el parte de la victoria obtenida por la vanguardia de su ejército.

Bien: el General Mosquera, que llegó solo á la Costa, levantó un ejército de más de cinco mil hombres, perfectamente organizado, disciplinado, armado y vestido, que de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, en la Ciénaga al mando del General Posada, en el Cornal, en Sátiva, en Petaquero &c., vino al fin á la gran batalla del 4 de Diciembre en Bogotá; en el cual ejército tuve el honor de figurar por haber levantado y mandado el batallón *Libres de García Rovira*, que se incorporó en Piedecuesta.

Esto se llama en la Historia, genio.

Volvamos al Puerto Nacional.

En 1854 arribó allí el vapor *Nueva Granada*, viniendo á su bordo un batallón de 400 plazas, el General González con su Estado Mayor y ayudantes, la Comisaría del ejército, todas las mujeres de los soldados, llamadas *voluntarias*, y algunos pasajeros para el interior.

La población del puerto no está á la orilla del río, sino distante de ella como un cuarto de hora, y para llegar allí es preciso caminar por tierra un trecho de montaña ó ir embarcado en una pequeña canoa y remontar un estrecho caño, que los pedestres atraviesan por un puente de débiles varas.

Entonces nos dividímos en dos grupos, yéndose en la canoa los hombres más pusilánimes y muchas mujeres, y emprendiendo nosotros el camino de tierra, por la orilla izquierda del caño. Al atravesar éste, la gente se apresuró, y cuando varias personas estaban sobre el puente, las varas se quebraron y todos fueron al agua, corriendo riesgo de ahogarse ó de ser devorados por los caimanes de que el caño estaba plagado, caimanes que tuvimos que ahuyentar á gritos y balazos los que estábamos en la orilla.

Restablecióse el puente con el servicio de los soldados, y empezó el desfile en orden y sin más accidente, cuando un grito unísono, espantoso, se dejó oír en la falúa que iba adelante. Una enorme serpiente, la más grande que he visto en el Magdalena, saliendo de la selva, pasó al bote por encima de todas las mujeres, y pugnando por encontrar salida por entre las tablas de la embarcación, andaba por ella de un lado á otro. La mayor parte de las gentes se tiraron al caño, y otras, estáticas, mudas, llenas de horror, se quedaron á bordo. La serpiente, sin causar daño alguno, se arrojó también al agua y pasó al otro lado.

Por la noche el cuartel parecía el infierno, los soldados tenían hambre y el terrible zancudo no dejaba dormir á nadie. Los hombres renegaban, las mujeres gritaban, y los niños que éstas llevaban en sus brazos, lloraban sin misericordia.

Nuestra casa quedaba al frente, y á media noche oí quejarse horriblemente á uno de los oficiales. Le pregunté qué tenía, y me dijo que un espantoso cólico. En el acto me levanté para llamar al médico, y al

encender luz vi que atravesaba la sala en donde estábamos un animal horrible, tan grande como un gallo, pero que andaba á saltos, que brillaba como el fuego y cuyos ojos me pareció que echaban chispas. Era un enorme sapo, que había entrado de la calle. El doctor Beltrán vino inmediatamente, y cuando entramos á la pieza, los gritos se oían en otro lado; nos dirigímos allí, y al frente gritaba otro: sálveme usted, sálveme, doctor! Me muero! me muero!

Cinco oficiales habían cenado un postre llamado *ariquipe.* Dos murieron esa noche y tres se salvaron y siguieron enfermos para Ocaña.

Esa noche y el puerto de Ocaña no se borrarán de mi memoria.

Ocaña, situada en un pintoresco y extenso valle, con un clima delicioso y aguas frescas, era una linda ciudad española, pero muerta y sin comercio, como Pamplona ó Tunja. Distinguíase por la belleza de sus mujeres y por el valor de sus guerreros, y porque en su sociedad había una mezcla indefinible de la libertad de costumbres de la Costa y de la cultura del interior, que la hacía muy amena. ¡ Pero qué pobreza! ¡ Qué soledad la de sus calles!

Por los años de 1854 fué á temperar allí el señor Ramón Santodomingo: enamoróse del clima, radicóse allí, compró tierras y empezó á sembrar café. Le fué mal, creo que se arruinó y murió pobre; pero las haciendas empezaron á producir café y á hacer ricos á sus dueños. El ejemplo cundió. Todos empezaron á poner plantíos; la industria se desarrolló, el comercio tomó grande aliento y hoy Ocaña es una ciudad rica y floreciente.

Yendo de Ocaña para Pamplona, después de haber trasmontado la inmensa cordillera, se encuentra el pueblo de *Salazar de las Palmas*, pueblo que era miserable en extremo; pero vino un buen cura y empezó á imponer por penitencia á los que se confesaban, que en vez de rezar rosarios, sembraran matas de café. « Trabajad, hermanos míos, les decía en el púlpito: la ociosidad es la madre de todos los vicios, y muchos de los pecados que se cometen son debidos á la pobreza y á la ignorancia. Sembrad café. Sembrad café.»

Hé aquí que, como por encanto, la riqueza llama á todas las familias, las cuales se hacen industriosas y morales; los vicios se alejan, y el pueblo se convierte en una linda ciudad. Aquel sacerdote fué un hombre admirable.

En el Puerto Nacional el ganado no tiene casi cola, porque la pierde defendiéndose de los mosquitos; los huevos se empollan en siete días y *los niños no se crían* por causa del temperamento.

Allí se despidieron de nosotros los señores Camacho Roldán y Canal, dejando entre sus compañeros de viaje profunda tristeza y un recuerdo siempre grato.

CAPITULO IV.

Magangué : su *feria* — Una tempestad — Anécdotas curiosas — Dique de Cartagena — Barranquilla—Hotel *San Nicolás*—Ferrocarril.

TOMÁMOS nosotros el Brazo de Loba, que une el río Magdalena con el Cauca en la boca de Tacaloa, y llegámos a Magangué.

Sorpresa agradable recibe el viajero que, después de tantos días de atravesar por entre selvas, llega á esta población, donde hay casas de cal y canto y azoteas, muchos almacenes bien surtidos y una calle espaciosa y llena de gente animada y bien vestida.

Varios caballeros benévolos vinieron á saludarme al vapor y á ofrecerme sus servicios. Confieso la verdad: soy tan amante del trato con mis semejantes, que me encantó su hospitalaria acogida y me pareció tan bonito Magangué, que con mucho placer me hubiera quedado allí.

La prosperidad y engrandecimiento de Magangué se debió á la *gran feria* que allí había todos los años, para la cual los comerciantes de la Costa preparaban con anticipación mercancías extranjeras en abundancia y á propósito, los de Antioquia llevaban oro, Ambalema enviaba tabaco y los del interior mandaban ropas de batán y todos los artículos de exportación, y los artefactos que en la Costa tienen gran consumo.

La feria duraba sólo tres días, se hacían negocios de grande importancia cambiando unos efectos por otros, y se vendía con el plazo de un año. Reinaba la mayor animación, y la algazara de todos los que llegaban era inmensa; pues poblaciones enteras se transportaban allí, y desde que

descargaban sus embarcaciones no había descanso en el tráfico. Hab[illegible] ocasiones en que se reunían treinta mil personas donde había alojamient[illegible] sólo para dos mil.

Esta feria ha desaparecido, porque los malvados iban también á ella y se aprovechaban del desorden y la inseguridad para incendiar y robar, y, más que todo, porque la mala fe en la calidad de los artículos que se vendían y la informalidad en el cumplimiento de los plazos produjeron grandes pérdidas á los comerciantes, quienes se han retraído, obligándose, para evitar la tentación, á no concurrir á la feria, bajo la pena de una gran multa.

Es en verdad de sentirse la destrucción de una feria que venía animando el comercio y las relaciones entre las diversas secciones del país, desde largos años atrás. En los países de civilización incipiente, las grandes ferias satisfacen una necesidad indispensable. En Oriente las hay, y á ellas concurren los comerciantes de regiones tan distantes, que muchas veces emplea una caravana seis meses en el tránsito, y se cambian en ellas los artículos que llegan de Abisinia por los que se llevan de Marruecos.

En Colombia, donde las poblaciones están tan separadas unas de otras; donde el carácter de sus habitantes, sus hábitos y costumbres varían según las localidades; donde la naturaleza de los artículos que se producen es tan variada, y donde el comercio interior es tan lánguido, la institución de las ferias es de grandes y benéficos resultados.

La feria es una *Exposición* de los diversos productos del país, de la cual saca provecho el que expone, y puede ser igualmente útil al que la conoce. Es una fiesta en donde se reúnen los hombres para el bien, aquí, donde se reúnen sólo para las revoluciones; es un panorama en donde se ven los diversos habitantes del país, con sus vestidos, sus costumbres, sus maneras y sus inclinaciones; es la unión que funde los caracteres, que hace conocer á las familias, estrecha las relaciones y amalgama los intereses.

Unir, estrechar, mezclar, confundir las razas, los intereses, las cualidades, hé aquí una obra de civilización, á la cual pueden ayudar y han estado ayudando las grandes ferias; obra importantísima, socialmente considerada, y muy necesaria aquí, donde la federación divide, separa y crea intereses opuestos y rivales.

Pocos son los hombres que de Colombia van á Europa; las familias no pueden viajar; y las mujeres de nuestra tierra, inmóviles, encerradas en un estrecho círculo, sin ver más que lo que sus madres vieron, convertidas así en una especie de flores exóticas, poco ó nada pueden conocer del mundo y de la civilización para su propio provecho y el de la condición de sus familias y de su hogar.

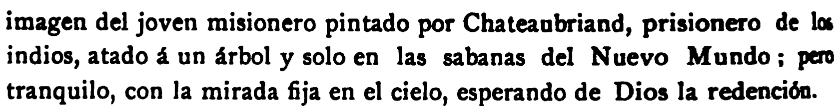
El habitante laborioso y económico del interior á poco costo puede ir á la feria de Magangué y aprender hábitos de aseo y esa soltura de modales que tanta falta le hace y que es tan natural en la Costa; quizás pueda llevar á su esposa tímida y modesta, la que se complacerá en observar la gracia y elegancia de las damas de aquella comarca, y traerá al regreso para su hogar infinidad de cosas útiles y baratas que hagan su trabajo menos árido y más cómoda su morada. Y los de la Costa ¡ cuánto ganarían con el trato serio de las personas instruídas del interior, cuyo carácter honrado y hábitos de orden y de trabajo son tan recomendables!

Es preciso reconocer que á la rivalidad de lugar á lugar, que parece fué inspirada por el gobierno español para debilitar á los americanos, se han agregado por las revoluciones otras causas de división entre el interior y la Costa, á las cuales sólo el comercio recíproco puede dar fin. Del interior van de paso por la Costa los que se dirigen á Europa. De la Costa sólo vienen al interior los miembros del Congreso. Los habitantes de cada una de las otras regiones tienen las ideas más erróneas y extravagantes sobre las costumbres que existen en la otra. El habitante del interior afecta un desprecio profundo por el *piringo* (nombre vulgar del costeño) y lo cree frívolo, afeminado y disoluto. El de la Costa se burla del *lanudo* estúpido y montaraz. Esto se acabaría con el comercio.

Al anochecer, se comenzó á encender luces en toda la ciudad, y las de las casas y tiendas de la albarrada, reflejándose en las aguas del río, hacían un efecto maravilloso. Más tarde se oyó un canto á lo lejos, y las canoas que del uno al otro lado del río iban y venían, daban al paisaje algo de veneciano y pintoresco.

A las nueve de la noche emprendió el vapor la marcha, en medio de una oscuridad pavorosa y siniestra, y no habíamos caminado dos leguas, cuando uno de los hombres de la tripulación cayó al agua. Detuvieron el buque cuando ya había andado demasiado ; echaron el bote y fueron á buscarlo. ¡ Qué agonía para todos los pasajeros ! ¿ Cómo hallarlo en medio de las tinieblas ? ¿ Habría sido devorado por un caimán ? Todos querían penetrar la oscuridad con la mirada. Nadie hablaba, temiendo que el ruido ahogase las voces del náufrago. Sólo se oía el ruido acompasado de los remos del bote que lo buscaba, y se divisaba á veces la espuma que los remos levantaban. Al fin oímos una conversación, y el Capitán nos gritó con alegría que habían encontrado al tripulante. El interés y el afán que el Capitán mostró por el infeliz caído, me conmovieron.

A las doce de la noche se desató una furiosa tempestad. El vapor, atado á una de las orillas del río, en medio de la selva primitiva, parecía la


imagen del joven misionero pintado por Chateaubriand, prisionero de los indios, atado á un árbol y solo en las sabanas del Nuevo Mundo; pero tranquilo, con la mirada fija en el cielo, esperando de Dios la redención.

Reinaba profunda oscuridad. Un silencio pavoroso venía de la selva, y el río, mudo, se deslizaba entre las sombras. El viento era sofocante y abrasaba el pecho al respirarle. Las sienes de todos los pasajeros estaban abatidas por el calor, y agobiados y sin aliento se mantenían sobre la cubierta del buque, temiendo algo siniestro.

Lejos, muy lejos, allá en la inmensidad, se veía de repente cruzar rápida una serpiente de luz que se perdía en el espacio ; y continuaban la oscuridad, el silencio y el calor. En el lado opuesto del horizonte, de ese horizonte que no tiene límites y que se confunde en el cielo, brillaba fuga otra serpiente de fuego.

Luégo, como haces de trigo, se desprendían del cielo, siempre muy lejos, infinidad de rayos ; los cuales, sin embargo, no alcanzaban á aclarar la atmósfera, ni producían trueno.

Como por un juego terrible de los elementos, del lado opuesto se abría en el cielo una caverna en cuyo fondo los rayos se sucedían unos á otros tan rápidamente, que la vista no podía seguirlos, ni el pensamiento contarlos.

Al rededor del buque aumentaba la oscuridad, y el espanto dominaba todos los ánimos, en presencia de ese drama tremendo que se representaba en el espacio.

A cada instante los rayos se hacían más visibles y eran más frecuentes y más brillantes, mientras que la caverna del lado opuesto se distinguía mejor, brillando en su fondo innumerables chispas.

Eran como dos combatientes terribles que se buscaban en la oscuridad que se hacían tiros á lo lejos; que se aproximaban poco á poco y que se amenazaban implacables. El campo de batalla era la inmensidad: los enemigos, el infierno rebelde y el cielo irritado.

Los enemigos se acercaban sobre nubes enormes aclaradas por la luz incesante de los rayos, que á veces atravesaban el río, y á veces se levantaban y se perdían. La luz de los relámpagos, roja y momentánea, al caer sobre la selva, hacía más horrible la oscuridad.

Los enemigos avanzaban...... el deslumbramiento cegaba !....el trueno aturdía !......

Las mujeres caían de rodillas pidiendo á Dios misericordia, y no había un solo hombre que permaneciera sereno ante esa explosión terrible de los elementos.

Tras un rayo caía otro, y seguían otros y otros, sin descanso, sin interrupción, y todos deslumbraban, amenazaban, llenaban de espanto.

El cielo, negro y sombrío al principio, estaba rojo, y nubes más rojas aún, en espantoso torbellino, se agitaban, como carros en una gran batalla; y de cada una de esas nubes se desprendía un rayo que amenazaba al buque. La selva parecía incendiada. Los árboles, impelidos por un viento desencadenado, se movían y parecían fantasmas que tomaban parte en el combate; y sus hojas, brillantes con la lluvia é iluminadas por la siniestra luz de los relámpagos, eran como los ojos de fuego de esos combatientes.

Los truenos, formidables, incesantes, hacían temblar la tierra é iban á resonar en las montañas. El viento, furioso, estremecía la selva, rompía los árboles, que caían con espantoso fragor y hacían crugir á los que les resistían. La lluvia caía del cielo á torrentes; sus gotas, al través de la luz, parecían chispas, é iban á azotar el río con implacable cólera.

Se oía un ruido múltiple de cañones, que aturdía ; de carros que rodaban ; de árboles que se quebraban ; de cordilleras que se hundían ; y, como si el infierno hubiese mandado á todos los condenados á combatir, se oían también ruidos de cadenas y gemidos que salían de las tinieblas.

El combate se eternizaba, y el caos iba á reemplazar á la creación.

Una brisa suave como el aliento de un ángel vino, y fué bastante poderosa para arrastrar las nubes, las que se retiraron lanzando apenas algunos rayos á su enemigo : la atmósfera encendida se refrescó ; el vendaval, avergonzado, huyó á sus cavernas ; las cataratas del cielo se cerraron; los hijos del infierno se retiraron humildes ; la selva enmudeció ; la tierra adoró ; y en el cielo, por oriente, apareció la estrella de la mañana.

Cuando la tormenta amenazaba, el doctor Pardo, hombre avisado y precavido, se quitó el reloj y la leontina, y junto con su portamoneda lo puso lejos de sí. Al pasar el peligro, volvió á recogerlos, y nos dijo: « Los metales atraen los rayos, y yo no quería morir por causa de mi reloj.»

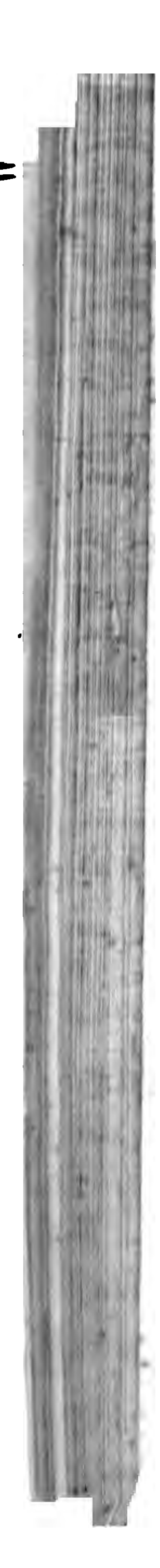
Hízome esto recordar que el señor don X. X, en Bogotá, cuando el General Mosquera expidió los billetes de tesorería que debían recibirse como dinero y que eran la moneda forzosa del país, al principiar también una tempestad, arrojó lejos todos los billetes que tenía en el bolsillo, diciendo:

—Los metales atraen el rayo.

—Cómo ! ¿ metales los billetes de papel ?

—Por supuesto, bárbaro, ¿ no ve usted que son moneda, según lo manda Mosquera ?

Hay en todas las ciudades hombres necesarios, como lo fué Quevedo en España, para cargar con la fama de todos los chistes que cada uno



inventa, y que no quiere presentar como suyos; otros, para ser los autores pacientes de todos los absurdos humanos; y otros, para que se les atribuyan todas las muestras de la más acendrada avaricia y de la más estrecha miseria. Desgraciados de todos ellos, porque la sociedad, para su diversión, los sacrifica y hace recaer sobre ellos todas las ridiculeces de la humanidad.

Del mismo señor son las siguientes ocurrencias:

—¿Qué es más hermoso, señor don X. X., el sol ó la luna?

—Es más hermoso el sol, quién lo duda, pero es más útil la luna, porque sale cuando se necesita, que es de noche, cuando no hay luz; mientras que el sol sale siempre cuando ya es de día, y no sirve para nada.

Regaláronle un bastón con rico puño, pero como aquél le quedaba muy largo, le quitó éste.

—¿Por qué hace usted eso?

—Porque es de arriba que me sobra.

Los señores Schloss eran dos ingleses mellizos que se parecían tanto, que todos los confundían.

Un día que uno de ellos visitaba á don X. X., éste le preguntó:

—¿Me hace el favor de decirme si es con usted con quien estoy hablando, ó con el señor su hermano?

Preguntóle el Ministro ecuatoriano á su llegada á Bogotá:

—¿Me haría usted el favor de decirme cuál es su gracia?

—Yo no tengo ninguna, contestó, mi hermano Joaquín es quien toca violín.

Faitura de los hijos que voy tuviendo, escribía un día.

1.° No nació;

2.° No fué hijo sino hija;

3.° Id. id. se casó con Javierito y ha sufrido mal trato;

4.° Este es el único hijo fiel á mamá;

5.° Juanito. Un fenómeno de poesía, puede entrar á la academia por este resumen que ha hecho de mi familia.

Agapito con Regina
(Somos nosotros),
José Pablo con Dolores,
Máximo, Jesús y Juan
Son los hermanos mayores.
Alejandro y Margarita,
Antoñito de las flores,
Ego mismo y la cubita,
Son los hermanos menores.

(Aquí concluyó la factura).

Detuvímonos en Calamar algunas horas, mientras el vapor se proveía de leña, y fuí á ver la entrada del *Dique de Cartagena*, que está casi cegado. Esta obra importantísima para aquella ciudad, empezada desde el tiempo del gobierno español, está aún sin concluir, después de tantos años: parece que es el trabajo de Sísifo, y ha llegado á mirarse como un sueño.

Recuerdo que en 1854, estando yo en Calamar, había también un joven, literato de aldea, que había compuesto una *necrología*, que á todos leía y que había hecho imprimir en Cartagena, y á muchos daba un ejemplar, y cuando iba solo, se le oía repetir la necrología en todos los tonos. Nos disputábamos (pues entonces yo era joven) una hermosa señora establecida allí, y que amable siempre, á ninguno le daba la preferencia. «Niña Pepita, le dijo el literato un día, ojalá que se muera usted para plantarle su necrología.» Esta oferta terminó la disputa, la hermosura fué de mi rival. (Hasta en literatura he sido desgraciado).

Encuéntranse en el bajo Magdalena inmensos playones cubiertos de pará y guinea, que nadie ha sembrado, y algunos juzgan que son las semillas del alto Magdalena que han venido á germinar allí. En algunos de estos playones hay ganados de hermoso aspecto, y esto no más ofrecerá inmensa riqueza á los pobladores el día que haya inmigración.

Díjose en Bogotá en tiempo de la primera Administración del doctor Manuel Murillo, que un comisionado de los Estados Unidos había ido á ofrecer al Gobierno una inmigración de los negros del Sur; y que el gobierno de Bogotá no había aceptado, porque los sabios dijeron que no son buenos inmigrantes. No creo que en la clara inteligencia del doctor Murillo cupiese semejante preocupación; pero en muchos sí existe.

¡ Qué diferencia habría, si en vez de esas selvas primitivas, de esa inmensidad de verdura que existe á uno y otro lado, se viesen casitas habitadas por negros, la selva abatida, la cultura comenzada y la civilización siquiera en sus principios !

Es preciso reconocer una verdad dolorosa. Nuestro país, por no estar favorablemente situado para la inmigración, será el último que se poblará en la América. A sus costas ardientes y malsanas, á las orillas del Magdalena no puede venir inmigración europea, porque toda moriría ; y al interior no pueden llegar sino los inmigrantes ricos; y como allí el jornal es tan barato y la industria tan limitada, ningún aliciente tienen los inmigrantes para establecerse.

La Sierra Nevada de Santa Marta, Chiriquí y otros lugares de la Costa del Atlántico, son una feliz excepción; pero esos lugares no están en

contacto con el resto de la República, y por consiguiente su fomento apenas podría influír en la obra de la civilización común.

En el vapor no se hacía nada; el tiempo parecía dormirse, y para matarlo hacía versos á una hermosa señora que con nosotros iba.

Quédate así, sobre la suave hamaca
Que te columpia en plácido vaivén,
Para dormirte con el sueño hermoso
Con que Eva duerme en el perdido Edén.

Quédate así, fantástica, graciosa,
Voluptuosa y gentil, echada atrás;
Mientras que el sol que en el Oriente nace
Baña de fuego tu divina faz.

Quédate así, que en medio de las selvas,
Por donde pasa rápido el vapor,
Eres la imagen de la diosa indiana
Que al *Nuevo Mundo* consagró su amor.

Quédate así, risueña, encantadora,
Como sueño fugaz, como ilusión,
Mientras mi labio trémulo se atreve
A entonar á tu lado esta canción.

Se advierte al lector:

Hacer versos es una manía como la de morderse las uñas; un vicio como lo es en los chinos el de tomar opio; una vanidad, como la de torear ó montar en potros; una necesidad, como la de atormentar al prójimo; una pasión, como la del juego; y si se perdona al maniático, al vicioso, al presumido y al tahúr ¿ por qué mostrarse todos implacables contra el que hace versos?

Y si es porque no son buenos, voy á referir lo siguiente:

Había en la vecindad de mi casa un caballero llamado Rufo, aficionado á tocar clarinete, lo que hacía muy mal; estaba enamorado de la hija de un vecino suyo, y empezaba infaliblemente á las diez de la noche á improvisar en aquel instrumento cuantas sonatas se le ocurrían. Hubo de quejarse el vecindario, de una manera disimulada, de las sinfonías aquéllas, y él, sorprendido, no podía comprender nunca cómo su música no gustaba, cómo no conmovía con ella el alma de la niña, ni cómo pudiese haber músicos mejores que él ni sonatas más armoniosas que las suyas.

Como á don Rufo nos pasa á los que hacemos versos: nunca sabemos si son buenos ó malos; y no comprendemos, hasta que los publicamos, que son intolerables para los que los leen; y como lo que es malo para unos es bueno para otros, nos queda aún la esperanza de que el error está en el juicio común y nó en nuestros versos.

Pasámos por San Antonio y otros pueblecitos tan miserables, que el ánimo se apoca viendo lo imperceptibles que son los puntos en donde el hombre ha puesto el pié en ese inmenso desierto, y la gigante lucha que aun se le espera con la naturaleza.

Alcanzámos á divisar á Barranquilla, y el vapor, separándose del río y tomando un caño estrecho, llegó al fin á la ciudad deseada.

Después de tantos días de bosque, de soledad, de estar en presencia de la naturaleza primitiva y salvaje, ¡ cuán grato es encontrar la morada del hombre, una ciudad animada, y los goces de la civilización !

Todos los viajeros en la proa del buque miraban contentos los vapores que estaban amarrados á uno y otro lado del caño, admiraban la elegancia de los almacenes de la « Compañía de navegación,» y se deleitaban escuchando el ruido que de lejos venía. El más contento era el Contador del vapor, joven cubano, simpático, á quien todos los viajeros amábamos por sus buenos modales y aire siempre alegre, y que parecía contar con impaciencia los momentos. Al llegar al puerto, el primer boga que sube á cubierta le cuenta bárbaramente que su esposa ha muerto, y con ella la criatura que había dado á luz. ¡Qué terrible golpe para el infeliz!

Al atracar el vapor, muchos vienen á tomar noticias del interior, á recibir á los amigos y á ofrecer los hoteles. Nosotros tomámos un coche con el doctor Simmonds, nuestro compañero, y nos fuimos al *Hotel San Nicolás*.

Las casas de azotea, no conocidas en el interior, las palmeras que levantan al cielo su elegante ramaje, la transparente atmósfera y el sol de fuego que refleja sobre todo, dan á la ciudad una belleza oriental que agrada mucho al viajero del interior cuando llega. Después se distrae en ver la población negra y bulliciosa que cruza las calles, todos aseados y bien vestidos. Las negras, en general, con trajes blancos de muselina transparente, un elevado peinado con flores naturales ó artificiales y arrastrando unas babuchas ó pantuflos que van haciendo castañetas contra el talón á cada paso que dan. Generalmente las negras cargan en la cabeza, haciendo admirable equilibrio, los cántaros con agua y las grandes bateas, y con las manos en la cintura, parece que el mundo es chiquito para ellas.

Andan los muchachos y muchos hombres en burros; pero no van

[illegible]

[illegible] Barranquilla [illegible]

[illegible] Barranquilla [illegible] familia [illegible]

[illegible] señor Roberto Joy, [illegible]

[illegible] Mr. Summers [illegible] Mr. Alberto Bertrand [illegible] señor Summers [illegible] Magdalena [illegible] el señor Rafael Pombo.

A una señorita que estaba allí y que me dió su álbum le compuse ést[illegible]

No esperes ni palabras seductoras
Del que dejó sus hijos y su hogar,
De aquel que peregrino en breves horas
Ha de confiar su suerte al hondo mar.

Ese no tiene corazón ni aliento,
Ese no tiene inspiración ni voz,
Ese si hallara algún humano acento,
Sería para pedir piedad á Dios.

Vine bajando el ancho Magdalena
Por en medio de inmensa soledad ;
Vine agobiado de tristeza y pena
A demandar asilo á la ciudad.

Venecia juvenil; bella sultana
Como lo fué la habitación del Dux,
Dormida entre palmeras; soberana
A quien corona el sol de eterna luz.

Y al estar junto á ti, gentil doncella,
De aire inocente y plácido mirar,
En cuya frente la virtud destella,
De terso cutis, de color de azahar.

Al contemplar tu mágica belleza,
Belleza nó de aquí, sino oriental,
Treguas al fin pidiendo á la tristeza,
Quise cantar tu gracia virginal.

Pero no pude levantar mi canto,
Ni en tus ojos beber la inspiración,
Ni envolver mis endechas en el manto
En que envuelve un arcángel tu visión.

No tuve el fuego que en tus ojos brilla,
Ni tuve el eco de tu linda voz
Para serte agradable. Esta sencilla
Palabra de cariño guarda: ¡ Adiós !

El día 3 de Julio á las siete de la mañana tomámos el tren que de Barranquilla debía conducirnos á Salgar. Cuando atravesábamos las selvas, me preguntaba yo: ¿ estamos verdaderamente en Colombia ? ¿ No alcanza hasta aquí la maldición de andar en mula, de usar zamarros, espuelas y encauchado ? ¿ Nuestros grandes hombres no han podido impedir que colocaran estos rieles para unir á Barranquilla con el mundo civilizado ?

El tren marchó lentamente, pero con regularidad y sin peligro. El precio de pasaje es enorme, pero se paga con gusto; y en una hora y tres cuartos está uno en la orilla del mar.

Tardámos media hora en embarcar el equipaje en los remolcadores, que son muy incómodos, y después en diez minutos estuvimos á bordo del vapor *Tasmanián*, de la Mala Real inglesa.

CAPITULO V.

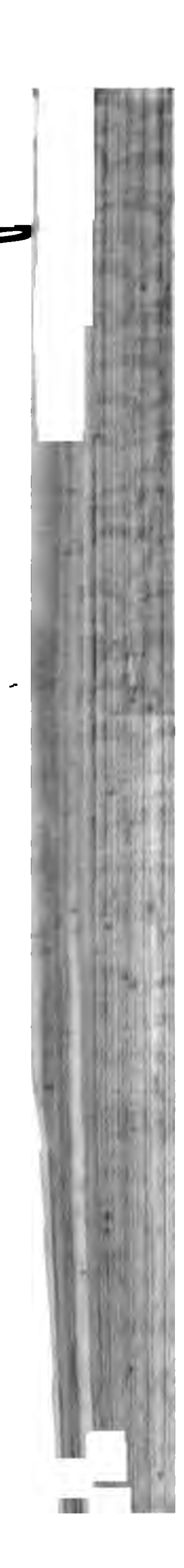
El mar —Vapor *Tasmanián*—Sabanilla — Cartagena — Los hermanos Narváez—Los españoles y los árabes.

EL MAR! Belleza suprema, soledad infinita, maravilla inmensa de la creación ; desierto espantoso para el alma. El mar! monstruo que devora y atrae, cuya voz es el huracán, cuyo aliento es la tempestad y en cuyas entrañas viven el leviatán y la ballena: suave, azul alfombra, sobre la cual juegan serenas y apacibles las olas, la cabellera de espuma destrenzada y murmurando canciones que el corazón comprende. El mar! ese misterio entre Dios y el cáos, se mostraba con todo su esplendor, y mis dos hijos lo contemplaban absortos, el uno como admirando su belleza, el otro como midiendo su inmensidad.

El *Tasmanián* era un hermoso vapor de 3,000 toneladas, que hacía la travesía entre los puertos de Colombia, las Antillas y Southampton; y el lujo del comedor, sus barandas de cobre relumbrantes, el brillo de los cristales, la situación de los camarotes, todo lo hacía fantástico á nuestros ojos.

Antes que todo voy á contar un chasco que tuve con mi dinero.

El agente de la Mala Real en Barranquilla, señor Federico Stacey, persona muy atenta y comedida, vino con nosotros á bordo y le dijo al Contador que me guardase el dinero que llevaba. En el vapor había muchos que querían hacer lo mismo que yo, pero como el Contador estaba muy ocupado, no lo consiguieron. Entreguéle cerrado el guarniel en que llevaba



el dinero, y como me preguntase por mi nombre, le dije muy despaci
Medardo Rivas. Luégo escribió una tarjetita, la adhirió al guarniel y
volvió la espalda. Yo me creía seguro. En el curso de la navegación,
varias partes entraron pasajeros, á todos los puertos saltaron otros, y
tanto, el Contador no los podía conocer á todos ni se ocupaba en e
Cuando divisámos las costas de Inglaterra, me acerqué á él con aire hu
de, como es preciso hablarles á los ingleses á bordo, y le pedí mi guarni

Me miró como quien no comprende ó como quien oye una neced
pero yo traté de explicarle bien mi reclamo. Me preguntó mi nombre y
entregué mi tarjeta; abrió la caja, miró adentro, y volviéndose, me dijo
el inglés más claro que jamás he oído:

—No tiene usted nada aquí.

Sentí que el buque se hundía bajo mis pies ó que iba á desmayarı
pues en el momento me vi pobre, abandonado en Europa y con
dos hijos.

Díjele cuando pude hablar y con tono más humilde aún, có
habían pasado las cosas en Sabanilla, y él, alzando los hombros, como qu
dice: y eso á qué viene, volvió á registrar en la caja. Yo metí la cab
también y divisé como entre nubes, pues la vista se me oscureció,
amado guarniel.—Mírelo usted, mírelo usted, le grité en español, tocánd
con el dedo.

Era en efecto el mío, y sobre él había escrito el Contador "Mr. *Med
Dor y Vas.*"

Cuando me vi en posesión de mi guarniel, lo abracé, lo besé, y que
abrazar al Contador, al Capitán, á los marineros, á todos los pasajeros, á
máquina, al *Tasmanián* entero y á la Inglaterra toda, que estaba á
vista.

Con nosotros se embarcaron para Cartagena muchos colombiano
para Europa el señor y la señora Paredes, el señor y la señora Husma
de Barranquilla, el señor Alejandro Pérez, que iba de Secretario de
Legación en Europa, su sobrino Raúl y varios otros caballeros
quienes no tenía ningunas relaciones.

Mientras el vapor estuvo anclado, muchos estábamos sobre cubie
dichosos y contemplando el mar espléndido y sereno, limitado por
verdes montañas de la costa; unos jugaban tresillo, otros formaban gru
de conversación, y mis hijos subían y bajaban por todas las escaleras á
diversos pisos, entraban al comedor, abrían las puertas de los camaro
visitaban el entrepuente, y conociéndolo todo, tomaban posesión pacífic
pública del *Tasmanián*.

Cuando el enorme monstruo que en sus lomos nos llevaba empezó á respirar, echando bocanadas de humo y lanzando el aliento con una especie de gemido sordo, atronador y acompasado; cuando empezó á desperezarse con remesones, como un terremoto, y levantando en el mar olas tan grandes como una montaña, todos los rostros palidecieron, los juegos se acabaron, las conversaciones cesaron de repente, y sentímos algo como el frío de la muerte, como la agonía de miedo, como el desaliento de una larga enfermedad; cayendo muchos como atacados del cólera morbo, y las señoras procurando llegar á sus camarotes.

Era el mareo que empezaba á sentirse.

La suntuosidad de los vapores de mar, aseados hasta la pulcritud, cuyos pasamanos de cobre brillaban como de oro, alfombrados, llenos de espejos y de lámparas, y donde se reúne todo cuanto puede ser cómodo y agradable, deslumbra mucho, principalmente á los que vivimos en el interior de la República; y esta primera mirada á una nueva civilización encanta y fascina, creyéndose uno transportado á un mundo distinto, donde los seres que lo habitan son superiores y hablan un idioma diverso, y se halla uno, á su pesar, como amilanado y vergonzoso. Poco á poco se recobra el ánimo con la consideración de que todo eso está preparado para uno, que es quien paga; que todo eso es suyo por algunos dias, por haberlo alquilado con un costoso pasaje, y se habitúa á las comodidades y aun le hacen falta muchas otras.

Mis hijos, verdaderamente sorprendidos con la magnitud y lujo del *Tasmanián*, no dejaban de admirar hasta los menores detalles; y en los momentos en que el mareo se lo permitía, lo examinaban todo con extremada curiosidad y satisfacción, creyendo que allí se había acumulado cuanto el hombre puede crear y la imaginación soñar. Pues bien, sólo habían pasado tres días, y ya todo lo miraban con indiferencia. Llegámos á Colón, fuimos á visitar los vapores americanos que estaban en el puerto, vapores donde la elegancia, el gusto y la riqueza levantan en el mar palacios dotados con jardines, palmas y flores, y cuando volvimos al *Tasmanián*, lo encontraron ya oscuro, viejo y triste.

La bahía de Sabanilla es espléndida, y las armadas de todas las naciones podrían venir allí á anclar sus buques sin chocarse y estando á cubierto de los vientos y de las tempestades; pero mientras los buques no puedan entrar por las *Bocas de ceniza* al río Magdalena; mientras tengan que quedarse afuera, y los remolcadores tengan que venir á recoger los pasajeros y las mercancías; y mientras haya un trasbordo costoso y difícil, el comercio sufrirá y nos mantendremos en ese aislamiento del mundo en

que vive Colombia y que la tiene estacionaria, al paso que las demás naciones caminan rápidamente por el sendero de la civilización.

Y este aislamiento de nuestra sociedad contribuye á mantener ardiendo el fuego de los partidos, alimentado por los odios, que jamás se extinguen, y por la necesidad de una política agitada que ocupe todos los instantes, que satisfaga las aspiraciones de espíritus apasionados y fogosos, y entretenga la imaginación calenturienta de una juventud que se debate en vano en busca de un porvenir dichoso para su país.

Además, la falta de ejemplo y de estímulo en los hombres, enerva sus facultades, limita sus aspiraciones y trae una conformidad tal con la medianía y con la pobreza, que pudiera ser llamada filosofía, si no mereciera el nombre de pereza; y en tanto que el yankee abandona á Nueva York y á Filadelfia y todos los centros civilizados y se va al *lago Salado*, al desierto, á California, en busca de una fortuna que jamás le sacia, y le parece lento el vapor para transportarse, débil la electricidad para comunicarse, pequeña su patria para emprender en ella, el colombiano nacido en Tunja, en Medellín ó en Bogotá, con tal de tener una mala choza y un escaso alimento para el día, no aspira á más, ni ambiciona otra cosa, y cree que vive en el mejor de los mundos conocidos, y que Bogotá es la Atenas de América; Medellín, la Nueva Londres, y Tunja el paraíso terrenal. El colombiano nunca mira adelante, cuando más vuelve la vista atrás para suspirar por un pasado que jamás volverá, y lamenta el que no hablemos como escribió ó habló Cervantes; que no creamos como en tiempo de Felipe II, y que la ciencia no recorra el camino que se le trazó en Salamanca; que las mujeres no se parezcan á las antiguas castellanas, y que el pueblo no viva con las mismas costumbres y ocupaciones que en tiempo de los virreyes; y para contribuír á lo que desea en este sentido, funda Universidades que monopolicen la enseñanza, establece Academias dependientes de la española, que entraben el lenguaje; organiza Ateneos y sociedades que mantengan el antiguo régimen, y busca predicadores y panegiristas de las viejas costumbres. ¡ Pobre Colombia !

Ábranse las Bocas de Ceniza; ábranse caminos; ábrase campo al comercio, á la luz, á la civilización, y todos los problemas económicos, religiosos, políticos y sociales de Colombia estarán resueltos.

Hay en la bahía de Sabanilla una torre pigmea y un faro que no alumbra; y por esta obra miserable el Congreso concedió al empresario el privilegio de cobrar un derecho con el cual habría para levantar el faro de Mesina ó la estatua de la Libertad que la Francia ha regalado á los Estados

Unidos, más grande que el antiguo coloso de Rodas, y cuya lámpara, sostenida en la mano derecha, arrojará luz diez leguas mar afuera.

Las desgracias que sufrieron los conquistadores en las Bocas de Ceniza las describe así Piedrahíta:

«Con adversa fortuna se hizo la Armada á la vela con los cinco bergantines y dos carabelas, pues no pudiendo coger el río por la borrasca que levantaron las brisas en su boca y de ordinario se experimentan en aquel paraje, se derrotaron los tres de ellos y las carabelas, de las cuales la una naufragó luégo, salvándose la gente en un islote del río, y la otra dió sobre la punta de Morro hermoso de la costa de Cartagena, poblada de indios Caribes, á cuyas manos perecieron todos cuantos el mar arrojó vivos á tierra. Poco más adelante, en el sitio de la Arboleda, chocó el bergantín de Juan de Urbina en que iba Juan Dolmos, de donde amparados de la noche y por su buena diligencia sacaron su gente á salvo, mientras con mejor fortuna corrieron las embarcaciones del General y Antonio Díez Cardoso, pues dando ésta en el Ancón de Zamba y la otra en la punta de Icacos, tierras pobladas de indios pacíficos, pudieron fácilmente llegar á Cartagena libres de aquel peligro, de que más bien escaparon los dos bajeles restantes, que por sorreros tuvieron tiempo de andarle antes de la borrasca en la boca del río para que á veces se experimenten mayores aciertos producidos de la flema que de la cólera, pues con ella consiguieron que aplacado el mar navegasen hasta Malambo, habiendo recogido de paso la gente de la carabela que quedó en el islote, desde donde sabido el naufragio de las otras embarcaciones, dieron aviso al Adelantado, á quien llegó la nueva juntamente con Hortún Velásquez y Antonio Díez Cardoso, que de correr fortuna y agregar así al Capitán Luis de Manjarrés, conquistador antiguo de Santa Marta, á quien hallaron con un buen navío en el puerto de Cartagena, volvieron á Santa Marta en dos de los bergantines derrotados, con quienes asimismo fué Juan Dolmos, que habiéndose encontrado en Cartagena con quien le dió embarcación para que pasase al Perú, no quiso hacerlo, sino revolver con cinco camaradas á Santa Marta, donde la fineza fué bien estimada del Adelantado, y más cuando supo que mudando casaca el General y Diego de Urbina con D. Diego de Sandoval y otros remitían los dos bergantines dándole aviso del suceso y de su resolución, que fué de pasarse con la gente voluntaria que los seguía á los Reinos del Perú, donde bullía la fama de su riqueza y esperaban mejorar fortuna mientras perdido el tiempo lo gastasen otros en seguir los designios del Adelantado.»

Desde el mar dijimos adiós á Cartagena, cuyas gigantes murallas veíamos derrumbándose, y cuyas casas moriscas levantan todavía altivas

sus azoteas y sus almenas. Los vapores ya no entran por Bocachica, no hay mercancías que desembarcar, y una lancha ligera lleva y trae á los pasajeros.

¡ Ah ! ¡ la hermosa ciudad, emporio un día de la civilización y del comercio del Nuevo Mundo, cuán solitaria y arruinada está ! ¡ Quién le hubiera dicho, cuando venían las naves de todo el Continente á rendirle tributo y á traerle como ofrenda pieles, esmeraldas, oro y perlas, y cuando de su seguro puerto salían los galeones llevando á Carlos V riquezas bastantes á hacer la guerra á todas las naciones de la Europa ; quién hubiera dicho que llegaría el día en que el único vapor que se aproximara á sus costas se mantendría apartado de ella, como si fuese una de aquellas ciudades de Oriente, invadidas por la peste, que infestan los buques que á ellas llegan, y contagian y matan al que pisa su suelo ! ¡ Quién que vió la plaza de la *Media-Luna* rebosando de un pueblo animado y bullicioso, podrá verla hoy desierta y muda ! Cuán triste es ver hoy la ortiga invadiendo los patios silenciosos de aquellas casas elegantes, mansión en otro tiempo de la nobleza y la opulencia, las cuales resonaban con el ruido de las fiestas y de los placeres ; los muros caer como impulsados por la acción destructora del tiempo, y en los salones solitarios oír sólo el eco de las pasadas dichas ! Cuando ella sola, con sus ilustres hijos Castillo y Granados, Piñeres y García Toledo, desafió, hizo frente y detuvo al ejército invasor de Morillo, y cada día dió un combate y cada noche resistió un asalto; cuando por sus calles un pueblo enérgico, altivo é indomable luchaba por la libertad, haciendo fuego de todas las casas y trepando por las murallas para insultar al enemigo, en el momento en que cien bocas de fuego lanzaban la muerte en medio del ruido del combate, entre el fragor de las bombas y el estrépito de la artillería, ¡ quién te hubiera predicho, Cartagena la Heroica, que un día todos te olvidarían y que no tendrías más que recuerdos de gloria y una diadema de palmas como memoria de tus sacrificios !

¡ Despierta, Cartagena ! ¡ Vuélve á las calles el pueblo alegre que cantaba y reía ; abate las selvas que te cercan ; cultiva el campo de esmeraldas que te circunda ; envía al mundo tus ricos tesoros escondidos, y él te devolverá el oro que á España enviaste en otro tiempo ; y las naves de nuevo visitarán tus puertos, y el porvenir igualará á tu gloria ! ¡ Despierta, Cartagena !

La linda y poética ciudad de Cartagena ; la de los recuerdos de gloria y tradiciones heroicas ; la en otro tiempo reina del Atlántico, orgullo de los reyes de España y codicia de todos los piratas ; única plaza fuerte

de Colombia, cuyas murallas son obra admirable de ciencia y de constancia; patria de Torices, Castillo Rada, Narváez y tantos otros grandes hombres; la que antes reía y cantaba, y era sitio de amores y de fiestas, ahora melancólica oye el ruido de las olas que azotan sus murallas derruídas, sin traerle ningún bajel; ve su espléndida bahía desierta y solitaria, y sus calles abandonadas, pues sus antiguos moradores han huído á otras regiones.

¿ Cómo es posible que una Nación joven, en donde todo es soledad, desierto y barbarie, deje extinguir una rica ciudad sobre el Atlántico, y perecer todo lo que el Gobierno español, el comercio y el genio de los habitantes habían acumulado en ella de civilización, de riqueza, de bienestar, de elegancia y de gloria ?

Se cree que con cien mil pesos de auxilio del Gobierno nacional se puede abrir el dique salvador. ¡ Cien mil pesos ! ¡ y se vacila ! ¡ Diez millones ! Pues la ciudad de Cartagena vale miles de millones ; y ella va á desaparecer para la República si este auxilio no se le da prontamente !

Ciudades hay que inspiran amor como las mujeres hermosas, que hacen soñar y cantar á los poetas, y cuya decadencia y aflicción son motivo de dolor para todos los viajeros. Venecia sobre el Adriático y Cartagena de Indias han tenido este privilegio.

Dentro de algunos años los poetas nacionales cantarán los dos gloriosos sitios de Cartagena : el primero cuando la escuadra inglesa, al mando del Almirante Vernon, fué destruída, y el segundo el que sufrió por la Independencia en 1815.

He aquí una relación de los sitios que ha sufrido Cartagena:

« La primera invasión á Cartagena,» dice el señor Demetrio Porras, «la hicieron los bajeles de corsarios que sorprendieron á los habitantes de la ciudad, y que la ocuparon y saquearon en 1544.

« La invasión segunda la realizó Francisco Drake, llamado el *Destructor de las nuevas conquistas*, el año de 1585. Después de entregar la ciudad al saco, la hizo incendiar. La mitad restante pudo salvarse de una destrucción total, porque se puso á disposición del pirata, en rescate, la suma de 120,000 ducados de plata y las alhajas existentes.

« Ejecutó la tercera Roberto Baal, en 1594, pero sin lograr su objeto.

« La cuarta fué acometida por Pointis, quien funcionaba como Almirante de la marina francesa, luégo que Luis XIV declaró la guerra á España, habiendo aceptado la ayuda de los piratas que dirigía Ducasse.

« El 14 de Abril de 1697 empezó el ataque á la ciudad, y el hecho heroico por excelencia en aquel sitio fué la defensa de Bocachica, ejecutada

por don Sancho Jimeno, que durante un mes resistió con 300 hombres contra 4,000, y no capituló sino cuando la ciudad estaba rendida y su guarnición más que diezmada, reducida á menos de 30 hombres, pues los más habían muerto y los otros estaban encadenados en los calabozos del castillo por haber querido rendirse. La conducta del castellano despertó la admiración de Pointis, quien lo nombró Gobernador de la plaza. Él impidió el incendio ya que nó el saqueo, y consumado éste, los invasores se llevaron diez millones de pesos, ochenta piezas de artillería de bronce, y el sepulcro de plata destinado á las ceremonias religiosas de la Santa Semana (1). Cuando la escuadra se retiró del puerto, regresaron sobre la ciudad los piratas á saquearla segunda vez, mas por fortuna pudo saberlo Pointis, quien volvió sobre ella por amistad con don Sancho Jimeno, impidiendo así la completa ruina de la ciudad.

« La sexta y última invasión de Cartagena tuvo lugar el año de 1741 por el Almirante Vernon, siendo don Sebastián Eslaba Virrey y Gobernador de la plaza, Teniente general de los ejércitos realistas, y don Blas de Lezo, Almirante de la escuadra (2). La armada inglesa más formidable que había surcado el Atlántico, apareció en el horizonte el 13 de Marzo, y á los dos meses y cinco días de una lidia tenaz y de una resistencia sin ejemplo, quedó el puerto desembarazado de la presencia de los buques enemigos, y éstos, en su arrogancia, al retirarse vergonzosamente, destruyeron los fuertes exteriores de que se habían apoderado. (3)

---

(1) Este sepulcro fué llevado como prenda del saqueo á Francia, y en 1713 (paz de Utrech) fué devuelto á la ciudad por Luis XIV, junto con una valiosa palma del mismo metal. Ambas reliquias fueron acuñadas en 1815 para racionar las fuerzas durante el sitio de la Ciudad Heroica. ¡No podían tener mejor destino! Ese sepulcro sirvió para la redención de un Continente, cual el de Cristo para la redención del humano linaje: esa palma representaba la del martirio!

(2) Don Blas de Lezo inauguró su carrera de guardia-marina en las aguas de Málaga, en el combate librado contra la escuadra anglo-holandesa. Era reducida la fuerza naval de España en el desastroso reinado de Carlos II, y la Gran Bretaña y Holanda eran á la sazón las potencias marítimas más poderosas. Se sintieron pronto los golpes de los aliados en Cádiz, Vigo y Gibraltar, y en Cartagena de Indias después. Nació Lezo en Pasajes, pueblo vasco, y tomó su puesto en la Capitana que arbolaba la insignia del Conde de Tolosa. Una bala de cañón le llevó la pierna izquierda en su bautismo de sangre, perdió el ojo del mismo lado en el sitio del Castillo de Santa Catalina, en Tolón y el brazo derecho en Barcelona, más tarde. En 1737 atravesó el océano encargado de la escolta de galeones, y vino á desempeñar la Comandancia del apostadero de Cartagena, puesto entonces en manos que sabían dar buena cuenta de su custodia.

(3) Diario llevado por Lezo, que se ha publicado en los *Anales de Instrucción pública.*

«Todos estos desastres, todas estas devastaciones sufrió Cartagena en los tiempos del coloniaje; pero en los de la República debía continuar cumpliendo su destino. Dió el grito de independencia contra la Metrópoli el 11 de Noviembre de 1811, imitando en esto el ejemplo de Cartagena de Levante, que fué la primera que dió el de guerra contra los franceses en 1808, para sacudir el yugo extranjero, pasando así á la posteridad el nombre de ambas, en alas de la fama.

«Las disensiones intestinas y las rivalidades personales debían también contribuir á acrecentar el infortunio que pesaba sobre la ciudad heróica. Ellas prepararon el campo al jefe español expedicionario, al General Morillo, que se presentó con sus aguerridas huestes al frente de Cartagena, en 1815, y que había partido de España con el propósito de sofocar las revoluciones americanas. Comenzó entonces el terrible asedio que terminó con la rendición de la plaza, tras larga y sangrienta lucha.»

Yo referiré sólo una anécdota relativa á Cartagena, quizás ignorada de muchos, y que prueba que una mujer ha sido en varias ocasiones, como Helena, la causa de grandes guerras.

En el siglo XVII vivía en la ciudad de Santo Domingo, y era Fiscal de aquella Audiencia, don Pedro de Sandoval, hombre cruel, bárbaro y celoso de su mujer, la más linda y coqueta andaluza que había pisado las playas de América.

Llegó allí el Conde de Montbars, filibustero poderoso que, lleno de riquezas, vivía en la isla de Tortuga, y que de incógnito quiso ir á gozar de los placeres de aquella ciudad, entonces la primera del Nuevo Mundo.

Hubo de enamorarse de la señora doña Natividad de Sandoval; y ella, como el Conde fuese un apuesto joven, lleno de gracia, pródigo y valiente, correspondió á su amor, y entraron en sabrosos devaneos.

Descubriólos una criada infiel, y Sandoval sorprendió á su esposa en cita con su amante, en su propia casa.

Hizo coger á éste por sus esclavos, lo extendieron en mitad del patio, y en presencia de la amada adolorida, lo hizo azotar con extrema crueldad.

El castigo era justo, aunque algo exagerado; y el Conde, apenas repuesto de sus vergonzosas heridas, volvióse á la isla de Tortuga, y de allí, cargando un buque con sus inmensas riquezas, embarcóse para Francia.

Corría el año de 1697, y Sandoval, que de Santo Domingo había pasado de Oidor á la ciudad de Cartagena, vivía allí tranquilo y feliz, pues su mujer había cambiado de conducta desde el día del horrible castigo de su amante, y era dulce y amorosa con su esposo; cuando el día 12 de Abril

de aquel año la ciudad consternada vió llegar á la bahía una formidable escuadra que venía á sitiarla.

En efecto, Montbars no había descansado un momento desde el día de su humillación; ardía en ira y lo carcomía el deseo de la venganza. Su proyecto primero fué aumentar el número de los filibusteros para dar un golpe sobre Santo Domingo, residencia de su odioso rival; pero habiendo sabido por los espías su traslación á Cartagena, allí dirigió sus miradas.

« Vengo, le dijo á Luis XIV, á ofreceros tres millones de pesos y una escuadra para que aumentéis, si es posible, vuestras glorias, haciéndoos señor de Cartagena de Indias, la más rica joya del rey de España, y para que de allí os hagáis dueño de toda la América.»

Gustóle al rey el consejo, aceptó la oferta, y ordenó una expedición sobre Cartagena, al mando del Almirante Pointis, que salió de Haití, y que constaba de trece navíos de filibusteros mandados por Montbars, diez y seis de la Marina real, mandados por el Gobernador Ducasse, 5,250 soldados de línea y 1,650 bucaneros : total, 6,900 combatientes.

El Almirante Pointis esperaba que, sorprendidos y desprevenidos, los españoles se rindieran sumisos; pero se engañaba. La plaza, mandada por don Sancho Jimeno, hizo una resistencia formidable, y detuvo la expedición en Bocachica.

Eran corridos ya diez y ocho días de batalla constante; las tropas regulares habían sido quintadas ; el segundo de la expedición, el valeroso Conde Castaglión, había muerto, y la ciudad resistía. El día 1.º de Mayo se resolvió dar un último y formidable ataque, en el cual fué rechazada también la expedición, y ya iba á retirarse, cuando Montbars, que veía escaparse su venganza, le grita al Jefe :—« Almirante, hoy entraremos á Cartagena.»

Da la orden de ataque á sus filibusteros. De éstos, los unos derriban las puertas con hachas, bajo el fuego enemigo ; los otros se asen con las uñas de las piedras de las murallas, y suben. La carnicería es horrible : el cañón retruena, los baluartes se derrumban, y á las doce del día los franceses son dueños de Cartagena.

La guarnición fué pasada á cuchillo ; más de doscientos españoles y americanos, que se habían refugiado en el palacio del Gobernador, perecieron : todas las casas fueron pilladas, y los filibusteros se complacían en aumentar el terror, haciendo de las iglesias el sitio de sus bacanales y el lugar á donde llevaban á las infelices mujeres que se robaban.

El feroz Montbars, apoderándose de su rival, lo hizo azotar lentamente, prolongando el tormento y la agonía, hasta que, sangriento y despedazado, murió.

Tomó entonces en sus brazos á doña Natividad de Sandoval, y llevábala para su galera, cuando un soldado ebrio intentó disputársela. La lucha se traba, Montbars hiere al soldado, y éste, lleno de rabia, hiere en el corazón á la mujer que no le dejan disfrutar.

Cuando sobre las murallas de Cartagena, en medio de noche sombría, se ve ondular un fuego fatuo, los cartageneros dicen que es *el alma de doña Natividad de Sandoval.*

Al terminar el *Sitio de Cartagena*, la mayor parte de las familias emigraron á la isla de Providencia: unas fueron arrojadas sobre playas desiertas por los buques de piratas que las conducían; otras traidoramente entregadas á los españoles; y las más afortunadas llegaron á San Luis de Providencia, después de mil azares y de crueles sufrimientos. Entre estas últimas estaba la del Coronel Juan Salvador Narváez, emparentada con la mía, y cuyos hijos, mis primos y amigos, supieron conservar su nombre y hacerse dignos de sus descendientes.

La memoria de los buenos debe ser recordada siempre por los que los conocieron, para ejemplo de las generaciones venideras, y es un deber de la amistad pagar en todas ocasiones un tributo de estimación á aquellos que nos amaron. Esta es la razón por la cual pongo aquí la biografía de los tres hermanos Narváez, de Cartagena.

La virtud embellece siempre el cielo de la patria, y el genio es como el sol que tiene ocaso pero nunca muere, pasa á otra región pero no extingue su luz ni pierde su belleza.

Estoy seguro de que la historia sencilla y patética de Juan Salvador Narváez interesará á todas las almas, porque la desgracia es bien común de la humanidad, y la compasión es una cuerda que vibra siempre en los corazones generosos, cuando el que la despierta está adornado de talento, de virtud ó de belleza.

El padre de nuestro amigo perteneció á una ilustre y poderosa familia de Cartagena de Indias, honrada siempre por los reyes y cuya fortuna era fabulosa; abrazó la causa de la independencia y libertad de su patria, llegó á un alto grado en la milicia y mereció las más grandes distinciones de sus contemporáneos; pero murió cuando apenas había acariciado algunos años la cabeza de Juan, y cuando su fortuna estaba ya extinguida.

Sólo quedó la madre, la señora Ana Herrera de Narváez: mujer admirable, de exquisita belleza en su juventud, de encantadoras maneras; que sufrió resignada el sitio de Cartagena con su esposo, dividió con él su destierro y á su muerte supo conservar las tradiciones de virtud en la familia, el esplendor de la casa y el amor entre sus hijos.

[illegible]

[illegible]

[illegible] de su pequeño [illegible]

[illegible] tengo como tristeza, tengo como miedo, me duele [illegible] Ahora somos muchachos, pero después seremos hombres, [illegible] desgraciados.

[illegible] sus sombras, vino á interrumpir esta melancólic[a] [illegible] tan extraña entre dos adolescentes.

[illegible] impresionarme con cierta vehemencia, pues todaví[a] [illegible] la fantasía, después de treinta años, y aun me parece ve[r] el sol ardiente iluminando la faz llorosa de nuestro niño amigo.

El tiempo, el estudio, los recuerdos militares de su padre y de la antigu[a] opulencia de su familia, el solícito cuidado de su madre, y sus propio[s] instintos, hicieron de él un joven elegante, altivo y generoso, que era e[l] encanto de la sociedad, que componía versos, se batía en duelo é iba en po[s] del placer, de la gloria y del porvenir con un gran corazón y una sed insaciable.

Pero, ¡ay! apenas había cogido las primeras rosas que se ofrecen en el

campo de la vida; apenas sus labios sedientos habían libado la ancha copa del placer, cuando la copa se cambió en ponzoña; cuando una enfermedad cruel como la venganza, implacable como la fatalidad, espantosa como el delito, vino á entumecer sus miembros y á escribir sobre su corazón

LASCIATE OGNI SPERANZA.

Estaba elefanciaco!

Desde entonces sólo pudo rebelarse contra Dios como Job y decirle: «tomad vuestro funesto dón de la existencia,» ó postrarse á sufrir; pero él sabía adorar á Dios en sus profundos designios, tenía valor para comprender que la muerte resignada ó el suplicio lento del último mendigo es más sublime que el ostentoso aparato con que los romanos concluían su vida, y se resignó como cristiano. Tan sólo decía á Dios: — Estoy, Señor, en la primavera de mi vida; la fecunda ilusión habita aún en mi seno: gloria, amor, fortuna, todo está en mi camino, aparta de mí esta enfermedad; pero si ésta no es tu voluntad, envíame algún consuelo.

¡Compensaciones eternas de la Providencia! Una gran desgracia, un gran genio, y el amor de una mujer, hé aquí su vida.

Bogotá, cuya brisa serena había mecido su blanda cuna, en cuyos prados había jugado de niño y cuya sociedad acababa apenas de recibirlo en sus espléndidos salones, fué ya triste á sus ojos y quiso huír del dolor de los recuerdos y buscar en el mar agitado un nuevo horizonte y en las tempestades del océano una distracción capaz de conmover su afligido corazón; por eso dejó el suelo natal y fué á Cartagena, cuna de su padre, hogar de la antigua familia y donde quedaban aún algunos restos de la pasada fortuna.

Atesoraba nuestro amigo el dón divino de la poesía, que eleva el pensamiento al cielo, que abraza de una mirada la suprema hermosura de la naturaleza y que bebe la inspiración en el desierto; y en la soledad inmensa de los mares, contemplando las ondas que á sus piés morían, el desgraciado vate exhaló sus más bellos versos; gemidos de profundo dolor que armonizaban bien con el murmurio eterno del océano y la augusta majestad de aquella escena.

Allí, como blanca visión consoladora, le envió Dios á su Carmen, mujer que abandonó familia y porvenir, juventud y hermosura, guiada por el amor, para consagrarse á embellecer las horas del infeliz proscrito.

Su Carmen, ángel de bendición lleno de belleza celeste bajo el velo mortal de la mujer; hermosa maga de sus poemas melancólicos, que inspiró su lira y á quien consagró la mayor parte de sus cantos llenos de unción y

sentimiento; santa hermana de la caridad que, llena de amor y fe, cumplió contenta su dolorosa misión.

Largos años pasámos separados en la vida los que antes habíamos jugado siempre unidos; y cuando volvímos á encontrarnos, Narváez era ya un hombre cuyo corazón estaba madurado por el infortunio, cuyo espíritu se había fortificado con la conversación de los muertos, con la lectura de esos libros filosóficos que los ilustres varones de todos los siglos han dejado para pasto de los hombres que sufren. Su rostro llevaba el sello de la tristeza, sus ojos llenos de fuego estaban velados por el pensamiento interior, y sus labios contraídos revelaban ese mudo desprecio de un destino injusto, única protesta de las almas fuertes contra la ciega é implacable fatalidad.

Como patriota, en 1854, al proclamarse la dictadura militar, vino á ofrecer á la patria sus servicios, los restos de su vida, y su talento, y á pesar de su situación, hizo una dura y larga campaña, en la que nos tocó algunas veces vivaquear juntos y renovar el fuego de nuestra amistad, nunca extinguido.

Como escritor político redactó varios periódicos con notable mérito en defensa de su causa. Si esta causa no fué la nuéstra, si es verdad que hubiéramos deseado verlo en las mismas filas empleando su poderosa inteligencia y su valor en ayuda de nuestras convicciones y de la causa democrática, no por eso su amistad se entibió en nuestra alma, ni hoy nos atrevemos á juzgarlo; porque sólo Dios puede medir la justicia de los partidos y solo él es poseedor de la verdad.

Sus últimos años fueron tristes, muy tristes. Condenado á un duro aislamiento, olvidado de la sociedad, la pobreza sí vino á visitarlo cuando no podía trabajar, y entonces tuvo por consuelo la piedad de sus hermanos y el amor inagotable de su esposa.

Quizás creyó alguna vez que nosotros también apartábamos la mirada del cuadro de su desgracia; pero no es verdad; tan sólo, oprimidos de dolor é impotentes para remediarla, quisimos no añadir á sus congojas el importuno llanto de los que compadecen en presencia del desgraciado como para saborear su propia fortuna y renovar en el infeliz las adormidas penas.

Su lira no enmudecía en aquella mansión de dolores, y de vez en cuando atravesaban el umbral de su estrecha prisión algunas quejas armónicas que revelaban sus aspiraciones religiosas, su eterno sufrir y sus júbilos momentáneos: verdaderos cantos de cisne que con admirable gracia mezclaban los sentimientos del amor á la idea de la muerte.

Poeta, ciudadano, amante, de este hombre que atravesó como un meteoro los días de felicidad y se arrastró lentamente en la senda de la

desgracia, nos quedan versos que viven en la memoria de sus amigos, el reconocimiento de la patria, y deudos dignos de su amor.

¡ Admirable poder el del genio, que hace de la vida un poema, embellece la desgracia en la tierra y deja sobre la tumba coronas inmortales cuyo perfume alcanza á embalsamar el porvenir !

Manuel I. de Narváez no conoció á su padre, y bajo la inspiración de su madre, la señora Ana Herrera de Narváez, tipo y modelo de las madres, se formó su alma, recibió la primera educación, comprendió el mundo, y se grabaron en su corazón las máximas de moral y el respeto á la fe religiosa de sus mayores, que siguió inquebrantable hasta que tranquilo se durmió en el seno de ese Dios que su madre le había enseñado á adorar, y seguro de encontrarla más allá de la tumba.

Su alma tenía la delicadeza, el sentimiento, la poesía entusiasta y generosa del alma de una mujer: dominaban en ella los instintos más bellos, el amor con su abnegación suprema y sus peligros, la gratitud pronta al sacrificio, la inclinación al ideal vago y sublime, la sensibilidad llevada á la melancolía y al delirio.

Poned en un mismo hombre todas las delicadezas morales con muchos defectos físicos; una indomable timidez, nacida del hábito de sufrir; mucho amor á las cosas más elevadas del espíritu, pero una imaginación infecunda y una palabra difícil; un corazón entusiasta, una alma recta y una virtud inquebrantable, pero sin el brillo que fascina ni la energía que arrastra, y os habréis formado una idea cabal de Manuel I. de Narváez.

Su niñez fué muy débil y enfermiza, por lo que su madre lo mimó en extremo y lo cuidó como á una niña nacida tarde en el hogar, teniéndolo siempre á su lado, velando sus acciones, impidiéndole todo acto de energía, toda manifestación de una voluntad independiente, todos los juegos en que el cuerpo se vigoriza y el alma goza desafiando y venciendo pequeños peligros que de día en día van creciendo con el hombre hasta que lo hacen fuerte para vencer los peligros de la naturaleza y los obstáculos de la sociedad. Con esta educación Narváez hubiera sido un hombre inútil, si dos cosas no lo hubieran favorecido, á saber: el empeño que su madre tomó en cultivar su corazón con la virtud é iluminar su mente con la ciencia, de tal modo que, niño aún, sorprendía por el cúmulo de conocimientos que encerraba en su cabeza ; y el haber tenido un hermano algo mayor que él, Juan S. Narváez, que era valiente, enérgico, vivo, audaz, dominador; que

conservaba en su corazón las tradiciones gloriosas de su familia, y que, animándolo y excitándolo, le inspiró ese sentimiento de honor que Juan ponía en la boca de una pistola, y Manuel en el exacto cumplimiento de un deber.

Entró Narváez al colegio que los padres dominicanos mantenían en esta ciudad con el título de *Santo Tomás de Aquino*, y bajo la dirección del padre Bonilla, religioso ilustrado, y el padre Vásquez, después Obispo de Panamá, estudió filosofía, matemáticas, física y ciencias intelectuales, desplegando una gran disposición, y aprendiendo á razonar con la exactitud lógica de Balmes, al mismo tiempo que formaba su carácter serio, meditabundo y piadoso.

La filosofía, la moral y la religión parece que nacen de una misma fuente; pero para acercarse á ésta hay infinitos y variados caminos, sin que ninguno de ellos lleve al término; y los filósofos, los profetas y los reformadores todos, queriendo enseñar la verdad, sólo muestran algo de lo que han alcanzado á ver de la divina y escondida fuente; pero empeñados en mostrar que ellos solos huellan el recto sendero, y que los otros andan extraviados y perdidos, hacen el camino más largo y difícil, de manera que la vida entera del hombre apenas alcanza á recorrerlo.

Así, un joven educado en ciertas ideas y reconociendo un sistema moral, difícil es, si no imposible, que cambie en el curso de su vida, porque tendría que deshacer un largo camino y empezar otro nuevo, para lo cual no tiene tiempo; y esas conversiones rápidas de uno á otro sistema, de una á otra creencia, son generalmente falsas ó hijas del entusiasmo y nó de la reflexión. Narváez, educado por una madre piadosa y creyente y por dos religiosos que poseían toda la ciencia que su sistema filosófico podía encerrar, fué un hombre que, sin participar de las ideas del siglo en que vivimos y de la época que atravesamos, sin discutir jamás lo que á su fe se oponía, tuvo, sin embargo, con su claro espíritu, mucha ilustración, cabal concepción de la República, y una tolerancia por las opiniones ajenas, apenas comparable á su genial benevolencia. Haber exigido de él más, ó amarlo menos porque sus creencias y sus opiniones no eran las mías, hubiera sido fanatismo; pues él no había ido en pos de la verdad por los senderos que yo creí seguir para encontrarla.

Concluídos sus estudios de filosofía, fué al Colegio de Nuestra Señora del Rosario, y después á la Universidad nacional, á cursar jurisprudencia; y bajo la dirección de eminentes maestros como Márquez, Cuervo, Zaldúa y Vergara, hizo la más lucida carrera: recibió de ellos las mayores distinciones y títulos de honor, le fueron concedidos los grados de bachiller,

licenciado y doctor, y se recibió al fin en la Suprema Corte de Justicia como abogado de los tribunales de la República.

Esta fué su carrera de honor: lucida, brillante, pura como la de nadie; y defendiendo la persona, la honra y los intereses de los ciudadanos, ó sentenciando como magistrado, no tuvo jamás otra norma que la ley y la justicia, la virtud y el derecho.

Para Narváez era un sacerdocio el ejercicio de la magistratura, nó un acto humano cuyas huellas, borradas al día siguiente, se confundirían con todas las otras que deja la generación que se extingue; era el paso de la justicia que debía dejar un sendero luminoso al través de la edad para guiar á los pueblos en la oscuridad y salvar á las sociedades de los amagos del crimen y de la inmoralidad.

Tenía una energía indomable en el ejercicio de sus funciones, la integridad de los cancilleres franceses que la historia ha inmortalizado, una escrupulosidad minuciosa y precavida, y la mayor consagración; y era allí donde desplegaba todo el valor cívico de que estaba dotado.

Como Ministro del Tribunal de Cundinamarca, condenó á muerte al señor Jesús Malo por la que éste diera á su hermano José María Malo Blanco. La pena de muerte horrorizaba á su alma sensible y delicada. Contra la pena de muerte se había pronunciado la sociedad abiertamente; y ya, después de mucho tiempo de no presentarse ese espectáculo sangriento, había una verdadera indignación contra los que volvían á ofrecerlo. El partido radical quería impedir la ejecución á todo trance, á fin de que, en adelante, á nadie se pudiera condenar á la pena capital; la caritativa piedad del Prelado se interesaba por el que iba á morir; la familia misma de la víctima no quería que hubiese un arcabuceado entre los suyos; la esposa del delincuente, hermosa señora, le suplicaba presentándole un niño de pocos meses; los amigos de Narváez lo asediaban; y todo género de empeños, ruegos y súplicas fueron impotentes para que él dejara de cumplir con la ley: él, cuyos ojos se inundaban de lágrimas á la sola relación de una desgracia, y cuya exquisita sensibilidad hacía plegar su alma como la de una doncella en presencia del dolor, fué inflexible. Dichosamente hubo otros medios para salvar al señor Malo.

Narváez estuvo por muchos años en ejercicio de la magistratura; fué el abogado de más fama; tuvo á su cargo los negocios de mayor confianza, como mortuorias, albaceazgos &c., y murió pobre, muy pobre, después de una vida de severa y modesta economía; todo lo cual lo hizo acreedor á los honores que se le tributaron á su muerte. Pero si se considera que al lado de Narváez la sociedad ha visto levantar fortunas colosales á abogados que

han negociado con la justicia, se echará de ver que esta ovación rendida á la probidad y á la virtud, era también una lección para esos hombres que la sociedad tolera, pero á quienes no perdonará nunca.

Narváez dió en cierta ocasión un fallo que le valió el desafío de un caballero. Fué al campo del honor y estuvo con serenidad. Al día siguiente se arrodillaba á los pies del Prelado, pidiéndole que le levantara la excomunión en que había incurrido. Este rasgo da una idea cabal del carácter y creencias de Narváez.

Aquel caballero fué después leal y entusiasta amigo de Narváez, admirador de su talento y probidad; y á él confiaron sus herederos el arreglo y cuidado de su valiosa testamentaría.

Narváez no tuvo juventud, si ésta es la edad de las ilusiones, los ensueños, los placeres, la disipación y los vicios; pues su carácter serio y reflexivo lo apartó del bullicio, su amor al estudio le arrebató las más bellas horas, y la mayor parte de sus ilusiones murieron en flor.

Amó mucho, amó con ternura, con delirio, con adoración á una mujer, como puede amar un niño, como amaría un hombre que divisase en sueños un arcángel; y bajo la ruda corteza, bajo ese continente frío y sereno, ardió por mucho tiempo un fuego que consumió su alma, que le preparó una vejez temprana, y que le quitó todo vigor para luchar con las pasiones, con la soledad y el aislamiento.

Cuando la desgracia vino á cubrir con un manto de lepra á su noble hermano Juan, fué cuando el corazón de Narváez desplegó toda su energía, cuando mostró que eran inagotables su ternura y su amor, y acreditó una virtud admirable y una constancia á toda prueba. Ahorrarle dolores y lágrimas al proscrito; proporcionarle goces en medio de su infortunio; llenar todos los momentos de su vida para que no sintiera la desesperación; no dejarle ver la pobreza ni la soledad á que estaba condenada su vida por la suerte; hé aquí el poema que Manuel Narváez escribió por mucho tiempo: y él, que no era poeta, realizó esta obra sublime y conmovedora, que no concluyó sino llevando á su hermano al sepulcro, mientras preparaba el viaje que pronto debía emprender él mismo.

Si los más bellos días de mi infancia; si las hermosas horas de embriaguez y de amor fueron para mí santificadas por su amistad; si en los momentos de suprema amargura, siempre que lloré encontré en él consuelo; si en la pérdida del padre, de la madre, del hermano y de las hermanas él estaba conmigo, y al volver la mirada atrás encuentro mi vida identificada con la suya, ¿quién vendrá á colmar el inmenso vacío que su muerte dejó en mi alma? ¿Cómo empezar de nuevo, y viejo ya, una carrera en que me

falta su leal cariño, su oportuno consejo, su amante solicitud, su festiva risa en mis dichas, sus lágrimas en mis dolores ?

Cuando el cedro es abatido por el hacha del leñador, cae también la hiedra que lo envuelve ; pero quitarle, cuando el huracán gime y dobla los ramos, la planta que á su lado creció, aquella que amó y con la cual, abrazado y unido, estaba acostumbrado á desafiar las tempestades, eso es cruel. Perder la amistad de la niñez, de la juventud, de la edad madura, esa amistad íntima y sagrada, coronada con todos los recuerdos, y en el momento en que es más fuerte la tempestad y cuando ya la edad y las contrariedades han debilitado el espíritu y doblado el vigor, es una gran pena. ¿ Se ha prolongado demasiado mi existencia, que ya el vacío se extiende á mi rededor, y que todos los nombres que de niño amé están ya escritos sobre mármol ? ¿ Es éste un castigo, ó una expiación por haber amado demasiado la vida, por haber encontrado bello el mundo, dulce la amistad, suave el amor, encantadora la existencia y prodigado al amor, á la familia, á la amistad mi corazón, mis sueños y mi alma ? ¿ Es que la amistad y todo lo noble, generoso y santo no tiene en el mundo más que un templo sombrío para rendirle adoración, que es el sepulcro ?

En ese templo cuyos límites son la nada y la eternidad, está ya extendido el cuerpo de mi amigo, frío, inanimado, impasible á mi llanto, indiferente á mi dolor; y allí fuí á ofrecerle ¿ qué ? ¿ flores ? Mi esposa colocó una guirnalda en su féretro, que ya está marchita, y mi dolor aún vive. ¿ Lágrimas ? Ayer regué el polvo de su huesa con las mías, y después no encontré ni señal ; el sepulcro es árido, el suelo estéril, y el hombre no se renueva, como las plantas, con el riego.

¿ Qué hay inmortal ? La virtud, á la que Dios presta sus galas y le da su poderoso aliento para que venga á vivir entre los hombres; y la más sublime oración del espíritu, la que es propia de los sepulcros, es el recuerdo consagrado á los hombres que, como Manuel I. de Narváez, sirvieron á la justicia, y al pasar por la tierra honraron la virtud y amaron la verdad.

Antonio R. de Narváez fué el mayor de los varones de la familia y el último á quien la muerte arrebató.

Sus fáciles y suaves modales, el lustre de su familia y una figura simpática y agradable, le dieron en la sociedad un rango distinguido ; y por mucho tiempo, entretenido con sus encantos, seducido por las fiestas, sólo pensó en gozar de su juventud y en apurar la copa del placer.

Mas de repente suena el clarín guerrero : late su corazón con nuevas emociones, la sangre de Narváez aun hierve altiva ; la campaña lo llama, la pelea lo seduce y la gloria militar, esa maga que entre el fragor del combate, al ruido de las armas que se chocan y entre el humo de la pólvora se muestra más hermosa que ninguna mujer, para adornar nuestras sienes con el laurel de la victoria; la gloria lo llama, y él abandona el hogar querido, los besos de su madre y los encantos de la ciudad, para sentar plaza de soldado.

Es necesario haber hecho largas campañas para conocer el mérito de este joven que abandonaba la ciudad y sus goces por ir á hacer la guerra de Pasto en 1841. Es preciso saber que en Colombia la guerra es cruel, y que si el valor es común, éste no es la primera de las cualidades en un oficial, pues están primero la resignación para todos los sufrimientos, para todas las penas, para sentir hambre y sed, para caminar á pie por desiertos arenales, como los del Tolima ó de la Costa, ó dormir á la intemperie en los páramos helados del Ruiz ó las cimas del Suratá, para atravesar á nado ríos caudalosos y emprender retiradas por selvas impenetrables.

A cada instante hay que dar un asalto ó salvarse de una emboscada, y la vida siempre está en peligro; sufriendo enfermedades se llega al día de la batalla, dada por jefes decididos que mandan á la muerte á sus valientes batallones, y cuya gloria está en el mayor número de vidas que ha costado la victoria.

Antonio R. de Narváez se fué muy joven á la campaña de Pasto, y volvió hecho un oficial de honor, conocedor del servicio, exacto en la disciplina, maduro en sus determinaciones y mereciendo el aprecio de sus jefes.

En Colombia se habita en un suelo eternamente agitado ; el cráter de los volcanes está siempre arrojando humo y fuego; la atmósfera parece incendiada por la electricidad, y las tormentas revolucionarias y las guerras civiles se suceden unas á otras, como los rayos y los truenos en una noche de tempestad.

El Coronel Antonio R. de Narváez atravesó por todas ellas, y no dejó ni un recuerdo doloroso ni una huella de sangre.

Cuando al rey de España, que estaba en Cádiz, le presentaron la cuenta de los millones de duros que las murallas de Cartagena costaban, se asomó al balcón que daba sobre el mar, y les dijo á los cortesanos :

—No las veo.

—¿ Qué, señor ?

—Las murallas de Cartagena que tanto dinero han costado, que indu-ablemente han de ser tan altas que desde aquí se divisen.

En contra de Cartagena hay una anécdota del doctor Vicente Lom-ana que hace reír.

Discutíase en el Senado un proyecto cuyo título era :

Ley por la cual se auxilia con $ 100,000 la apertura de Boca-grande.

—¿ Dónde es eso ? preguntó un tunjano.

—Pues está claro ¿ hay boca más grande que la de Cartagena ?

El magnífico espectáculo del mar inmenso, sin límites ni fin, llena el lma de sublimes ideas y de poéticas sensaciones. Se sigue con la mirada la nda leve hasta perderla en el horizonte : extasiado contempla uno la estela spumosa y llena de luz que deja el buque en su rápida carrera, y se deleita iendo morir el sol en occidente, en un lecho de fuego, mientras que sus ltimos rayos esmaltan de oro y grana el firmamento azul.

Y esa onda de forma voluptuosa que por un instante llevó sobre sus spaldas nuestro buque y que se contempló con encanto, que inspiró nuestra iente, se va! se va fugitiva, allá, á la inmensidad, de donde jamás olverá ; como esas ilusiones de la vida que acariciamos en nuestra juventud, ue forman el encanto y la alegría de un momento, que las amamos con elirio y que después se van para no volver jamás y para perderse en el bismo insondable del pasado.

La inmensidad tiene un poder mágico sobre el hombre, y el alma espliega su magnífico vuelo en presencia de lo infinito, que va siguiendo el mar inmenso al espacio celeste, de allí á la bóveda estrellada y de allí... erdiéndose en las infinitas sendas que los astros siguen en su eterno girar, ive por siglos, contemplando desde la creación hasta la inmensa catástrofe ue todo lo ha de destruír, y vive con una vida múltiple, y con divina ıspiración, en sólo el instante en que dirige del buque su mirada al cielo.

¿Qué es la vida del hombre, sino la onda leve que por un momento parece en medio del tumulto de millones de ondas que se agitan y la mpujan, y que desaparece pronto, sin dejar en el océano rastro de ı ligero paso ? Las olas á veces se encrespan, se amotinan y forman ıriosas tempestades que hacen hundir el bajel que sobre sí llevan, como . humanidad á veces se amotina, se levanta y hace hundir en un ıomento la civilización que sobre sus hombros ondulantes se había vantado y que estaba destinada á vivir largos siglos.

Es poético á la orilla del Fucha, respirando uno el perfume de las rosas estando acariciado por una brisa suave, contemplar las ondas cristalinas del o, que, como jóvenes amantes, van pasando en el suave camino de la vida,

haciéndose juramentos de fidelidad y de constancia; y es grato escuchar sus cantos de felicidad y el ruido de los besos que debajo de los salvios se dan. Es hermoso atravesar las corrientes del turbio Magdalena en medio de las selvas primitivas, verlo correr impetuoso en busca de su destino y escuchar el rumor que las ondas van dejando á su paso; rumor que tiene algo de terrible, como la protesta de Caín contra su destino, lanzada al huír de las habitaciones de los hombres; pero sólo es sublime estar en medio del mar, viendo agua y cielo, y oyendo el rumor siniestro y misterioso de sus olas, que son como el eco de la eternidad.

Por la noche, en el mar, la luna sale del fondo mismo del océano, como una ninfa que, undida en las aguas, levanta apenas su cabeza entusiasmada y acaricia al universo con su sonrisa apacible y su mirada de luz. Después se va levantando erguida y radiante sobre el mar, dando un tinte de plata al azul de las aguas y dejando entrever el horizonte hasta que domina magnífica en el cielo, y llena de esplendor y de luz derrama la claridad por todas partes.

La contemplación de la inmensidad del Océano me inspiró los siguientes versos á

DIOS.

Largos años pasaron de mi vida,
Pasó la infancia con sus bellos días,
Pasaron las sencillas alegrías,
La edad de ensueños y de fe pasó.
Pasó la juventud, que con su gloria
Iluminó mi porvenir brillante,
Pero esa luz, que ardiera un solo instante,
Con el soplo del tiempo se apagó.

¿ Qué me han dejado los pasados años
Al hundirse en la noche del olvido ?
¿ Tanto mortal afán, tanto gemido ?
¿ Tantas horas de duda y de pesar ?
Y del placer los goces voluptuosos
Que embriagaron mi loca fantasía,
Con el amor, la gloria y la poesía
¿ Qué perfume dejaron al pasar ?

Mi pasado es un templo derruído,
Donde el fulgor de lumbre que declina
Con moribundos rayos ilumina
Mis ídolos de amor volcados ya;
Volver allí, volver con los recuerdos,
Profanar su silencio con cantares,
Querer quemar incienso en sus altares
Es ilusión : el templo rodará.

Y hoy, ya triste, un aliento soberano
Sobre el mar tormentoso me levanta,
Y esta profunda soledad me espanta
Y me hace de pavor estremecer.
¿ Dónde fijar los ojos extraviados ?
El abismo á mis plantas, el abismo
En el callado cielo, y en mí mismo
Hallo el abismo de mi propio sér.

¿ A qué tiendo ? ¿ qué grave voz me llama ?
En el volar tranquilo del ambiente,
En el murmurio de apacible fuente
Yo supe oír desconocida voz;
La misma que hora escucho entre las olas,
Donde reinan eternas soledades;
La que brama en las roncas tempestades :
Y esta voz debe ser la voz de Dios.

La voz del que derrama como lluvia,
Sobre la inmensa bóveda vacía,
Los universos que su mano guía,
Y eternamente igual hace girar.
La del que el sol, la luna y las estrellas,
El leviatán, el león y la paloma,
La música, las flores y el aroma
De la nada y del caos pudo sacar.

La voz de Aquel á quien humildes todos,
El sol radiante iluminando el día,
Y la azucena dando su ambrosía
Le rinden fiel y eterna adoración.

Porque del mar el rebramar sombrío,
El terrible rugir del león valiente,
Y la canción de pájaro inocente,
Himnos de amor y de alabanza son.

Si una centella de la luz divina
Hace inmortal y eterna mi existencia,
Si es mi alma un soplo de la eterna esencia,
Yo quiero ver á Dios en donde está.
Quiero escuchar la voz solemne y grave
Que siempre está la eternidad oyendo,
La que van estas ondas repitiendo,
La que al fin de los tiempos vibrará.

El Almirante Villalobos metía mucho ruido en el vapor refiriend proezas marítimas, sus batallas y sus abordajes, y había logrado un as al lado del Capitán y se veía rodeado de todos los que hablaban espa estaban pendientes de sus labios.

Yo no lo conocía, porque me veía obligado á no bajar al comed el mareo, y porque siendo, como soy, naturalmente huraño, perma siempre lejos de los otros pasajeros; pero una noche que estaba cubierta, tendido en uno de los duros bancos que sirven de asiento pasajeros, oí á un caballero que, con voz arrogante, contaba en espa hazañas como marino en el Pacífico, y se refería á la escuadra c vadora, al buque de guerra *General Trujillo* y á la corbeta *R* Llamáronme la atención esas alusiones y me puse á escuchar.

« Solté las amarras, decía, en el puerto de la Buenaventura noche del 16 de Noviembre de 1876, y me hice á la vela en la *Radical*, debidamente tripulada, llevando, además, á bordo dos hombres de desembarco y cuatro cañones por costado. Al am con viento favorable de levante, dejé las costas y fuí mar afu busca del *Julio Arboleda* y *La Peregrina*, que navegaba á todo con bandera conservadora. A medio día nos avistámos; hice virar de y cuando estuvo á una distancia conveniente, le eché una carrada d con las baterías de la babor, que envolvió al *Julio Arboleda*. El ber así atacado, se vino de frente, mientras que *La Peregrina*, envi sus fuegos de costado, logró tumbarme el palo mayor y hac muchas de sus balas sobre la obra muerta. Entonces hice levar la solté rizos á todas las velas y me fuí á encontrar al *Julio Arbole*

vomitaba fuego por todos los costados, y al que yo le devolvía también bala sin misericordia. Cuando estuvimos á una cuadra de distancia, mis tiradores hicieron descarga cerrada de fusilería y causaron á la tripulación enemiga grandes daños. El choque de los dos buques fué terrible, levantando una montaña de espuma y elevándose el mío hasta el cielo. En el acto eché las jarcias y nos fuimos al abordaje; á la media hora el *Julio Arboleda* estaba en mi poder.

« Propúseme entonces darle caza á *La Peregrina*, que después de haberme estado tiroteando, se había deslizado bonitamente al Levante. Perseguíla sin descanso, y la condenada era bien velera ; díle alcance á la altura de Tumaco, le hice fuego á quema-ropa, y después de dos horas arrió el pabellón y recogió velas, pues ya se iba á pique.»

«Así concluyó la guerra naval de Colombia en la pasada revolución, después de un año de diarios y sangrientos combates.»

¡ Oh poder de la audacia y la mentira !

En Colombia no hay ni ha habido escuadra ; no ha habido guerra naval, ni el Almirante Villalobos es tal Almirante, sino simplemente un muchacho plegador de periódicos de mi imprenta, que tomó servicio en la revolución pasada, que hoy es un pobre Teniente de artillería, y que va á incorporarse á su batallón en Panamá, habiendo conocido el mar sólo ahora, en que por primera vez ha salido de Bogotá.

Por no llegar á Colón el día *4 de Julio*, aniversario de la Independencia de los Estados Unidos, celebrado allí por los yankees con un alboroto y estrépito poco gratos á los ingleses, y en cuyo día suelen cometerse por muchos ebrios infinidad de escándalos en la ciudad, el Capitán del *Tasmanián* puso poco vapor á las calderas, y como íbamos remontando, la navegación fué lenta y penosa. El mar estaba agitado y bravo, el calor era insufrible, y nadie permaneció sobre cubierta.

Es mejor morir que embarcarse en un vapor inglés para cruzar el mar de las Antillas, agitado y tempestuoso siempre, si se tiene la imprecaución de tomar camarote en el costado izquierdo del buque, porque esta es una agonía eterna en que no se llega al descanso del que muere. El olor del buque produce infaliblemente ansias, principalmente al pasar por cerca de la bomba : el natural mareo debilita las fuerzas y produce un malestar inevitable. El sol del trópico cae como una lluvia de fuego sobre cubierta, y calienta el estrecho camarote desde las doce del día hasta las seis de la tarde sin interrupción, enrarece el aire y lo daña, calienta las tablas del buque de tal modo que al andar uno descalzo quemaria el pié, derrite la alfombra de

hule de que está cubierto el piso, y durante la noche mantiene una temperatura superior á la que un sér humano puede resistir.

Sudando, ahogándose, sediento, trastornado, el infeliz viajero, atravesadas como por un clavo las dos sienes, cayéndose cuando intenta levantarse, y exánime y extenuado, no tiene más alivio que tomar limonada fría, y el criado que ha de traérsela se dilata, no llega pronto y muchas veces no se presenta en el camarote. ¡ Qué existencia !

Como algunos de mis compatriotas, quizás alguna vez tengan el mal pensamiento de abandonar sus comodidades y bienestar, halagados por la ilusión de viajar, séame lícito, para evitarles males, darles varios consejos.

1.° Tomar siempre los vapores franceses y jamás los de la Mala Real inglesa. Aquéllos son más cómodos, el servicio es mejor y la comida infinitamente superior. Nada hay más altivo, más insolente y más presuntuoso que el Capitán de un vapor inglés, que cree ser el representante del orgullo del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda, señora de los mares. Jamás habla francés ni español : con esto se juzgaría degradado. Le gusta hacer ostentación de su poder y altivez delante de las señoras que hay á bordo, y su mayor placer es representar á lo vivo el viejo papel de lobo *marino*.

Los oficiales son estirados y desdeñosos ; los marineros brutales, y los criados ásperos, duros y poco cuidadosos.

El que se haya sentado á la mesa de un vapor inglés y probado alguno de sus manjares, ya tiene hecho su aprendizaje para el infierno, y no debe temer que le den allí á comer *fierro candente* y á beber *plomo derretido*. Y luego ¿ quién puede estar en aquel comedor caliente, con un olor insufrible y nauseabundo ; viendo ir y venir las lámparas colgantes, y por las claraboyas divisando las malditas olas del mar, que son una pesadilla?

2.° Hacerse pasar por muy rico, por millonario si es posible, para llamar la atención y merecer las consideraciones de los pasajeros y de los sirvientes del buque. Esto cuesta poco, porque á los pasajeros no hay que darles nada; el precio del pasaje á Europa es igual para el rico que para el pobre, y la propina de los sirvientes es inevitable, aun para el que quiera hacer un viaje muy económico ; y

3.° Hacerse inglés, alemán, turco, ruso ; pero no pasar por español á bordo de un buque inglés.

Hay indudablemente entre las dos razas, la anglo-sajona y la latina, una diferencia tan grande, que, puestas juntas, harían vacilar á los más entusiastas defensores de la unidad del género humano. Esta diferencia levanta entre las dos razas una verdadera antipatía, inspirando al inglés un

fensivo desprecio por todo español, y al español un instintivo pero indomable odio por todo inglés, y es cosa inevitable un choque cuando los dos se encuentran.

Mi hijo José María estaba tirado sobre uno de los duros bancos que hay sobre cubierta, y por hacer estorbo para una de las maniobras, ó por cualquiera otra causa, un marinero estúpido lo cogió de un brazo y lo arrastró por toda la cubierta como á un perro muerto. A la leona cuando le quitan sus cachorros no la enfurecen más que á mí en aquel momento; y me lancé sobre el marinero con ánimo de extrangularlo. Olvidé que yo era un sér débil delante de aquel gigante de brazos de hierro y piel de ballena; que estaba á bordo, y que aquel hombre, con un leve movimiento, podía lanzarme á las olas y á la muerte; olvidé que estaba *en territorio inglés* y sujeto á la tiranía del sultán, que llaman Capitán, y sólo me sentí animado de todo el odio y con todo el poder de Felipe II cuando mandó sobre Inglaterra la Armada Invencible.

Yo logré que soltara á mi hijo, pero hubo tumulto entre los pasajeros; y habiendo salido el Capitán, todos le hablaron en mi favor, sin que por esto hubiera dejado de llamarme *Maldito español!* y me hubiera amenazado.

Lleno de cólera, ardiendo en ira impotente, y odiando como nadie en el mundo ha odiado, le dije en el mejor inglés que pude:

—Algún día, y esto será muy pronto, he de celebrar el naufragio del *Tasmanián*.

La cólera pasó, y concluído el viaje, no volví á acordarme de tal escena. Un año después, estando yo en París, leí en los periódicos el naufragio del *Tasmanián*, cerca de Santo Domingo. En vez de alegría me dió tal lástima y tristeza, como si hubiera perdido á un amigo ó algo que me perteneciera; y tuve como remordimientos.

En aquellos momentos, en el buque, sentí hervir la sangre de las dos razas á que debo mi origen: la española y la árabe; la primera, la raza del valor, de la energía, de la altivez, de la generosidad, del entusiasmo; la segunda, la raza del corazón, del pensamiento, de la poesía, de los sueños, de las investigaciones, de las ciencias, y á la que debe la humanidad todo cuanto se salvó de la Grecia y cuanto existe hoy de civilización. Tengo orgullo de ser el representante de esas razas superiores en presencia de esa raza anglo-sajona, inferior, fría, inerte, sin alma, sin corazón, y que lo debe todo á su tenacidad y á la falta misma de esas nobles cualidades que á las razas latinas extraviaron.

Séame lícito mencionar lo que la humanidad debe á la raza arábiga,

de la cual, más ó menos, tenemos todos los blancos de Colombia, principalmente los antioqueños decentes, pues los otros de la que tienen sangre es de la semítica ó judía ; porque yo siento algo, algo que no me he podido explicar, que me dice que fueron árabes los progenitores de mi familia; y todos los Mejías hemos tenido algo indolente, soñador, entusiasta y temerario de la raza arábiga; eso que llevó á Liborio Mejía á morir en el cadalso por la Independencia, y á mí á mezclarme en todas las revoluciones, para recoger odios, sinsabores y amarguras.

Vamos á los árabes.

Después de las conquistas hechas por los sucesores de Mahoma, la dinastía de los Abasidas quedóse dominando el Africa y el Asia; y en las fértiles llanuras del Eufrates, en la Arabia misma, y en las márgenes del Tigris, vuelven á levantar las fantásticas creaciones de Semíramis, reproducen las glorias de Nínive y Babilonia, y sobrepujan en suntuosidad á los Persas.

Ya en el siglo X la bella y nueva *ciudad de la Paz*, la rica y voluptuosa ciudad de Bagdad es el asiento de la civilización, de las artes, de los goces, del comercio y de la ciencia. Codicia Bagdad la posesión de la sabiduría y recuerda que Mahoma había dicho en el Alcorán: « Un entendimiento sin erudición es como cuerpo sin alma.» Los kalifas llaman á su corte á los médicos, á los filósofos, á los literatos, á los artistas, sin distinción de patria ni religión, así cristianos como judíos ó mahometanos; los engrandecen, los agasajan, forman con ellos el vínculo moral único que podía salvar á la humanidad de la barbarie, y á su influjo, en aquella época renacen los estudios antiguos, griegos y latinos. Imposible es contar las coronas de gloria que los árabes conquistaron en aquella época. Animados de la más generosa tolerancia, encomiendan á los cristianos la versión de las obras de los filósofos griegos; fomentan el estudio de la *ciencia de la razón*; protegen las escuelas de los judíos para la propagación de la filosofía alejandrina; piden á los emperadores de Bizancio que les envíen sus sabios y sus libros; enriquecen sus bibliotecas con los tesoros de la sabiduría persa; nombran comisiones que traduzcan á Homero, á Tolomeo, á Aristóteles, y crean universidades é institutos científicos en Firuzabad, en Samarkanda, en Bagdad, en Damasco, en Bugda y en Bashorah; adelantan y engrandecen las matemáticas y la astronomía, perfeccionan la náutica y mejoran los caminos de la Meca á Bagdad ó Damasco, frecuentados á todas horas por caravanas inmensas; atraen con su comercio los productos del mundo entero, y poseedores de una gran riqueza intelectual, dan impulso al arte, la ciencia y la poesía.

La civilización que había en el mundo en aquella época se debió á los
es.

Mientras tanto los mismos árabes invaden á Europa; entran en
enínsula ibérica; levantan allí una nueva civilización; pretenden
r al mundo islamita, y convertir el Alcorán en la piedra angular
edificio social, intelectual y político del orbe, deslumbrando á los
aros reyes de Europa con su ciencia, su poder y su grandeza.

Los árabes de España fundaron ciudades como Córdoba, de la cual
a en su tiempo San Eulogio: « Córdoba, llamada antes la patricia y
a la ciudad real, por tener en ella su asiento los califas, debe á los árabes
llarse en la cumbre de la ciencia, de la grandeza, de los honores y de la
a, colmada de riquezas y convertida en el emporio de las delicias del
do entero hasta un punto inexplicable é increíble.» En esa Córdoba
sa hay alcázares magníficos: de la inmediata sierra, y por un espléndido
ducto, se ha traído agua que va á todas las casas, alimenta los baños
icos y riega todos los huertos; las plazas son espaciosas, las calles
as y enlosadas; no hay un mendigo; existe una Universidad á donde
urren de todas las naciones de Europa á aprender matemáticas,
ofía y medicina; el más suntuoso Observatorio astronómico es erigido
a Giralda (inmensa torre que hoy mismo pasma al mundo); hay escuelas
todos los niños, alumbrado público, y sobre todo, la famosa mezquita
ma (hoy Catedral de Córdoba), cuya descripción hace así un autor
emporáneo:

« Ved esa casa de adoración majestuosamente asentada al confín
dional de la gran ciudad, junto á la verde orilla del más hermoso río
luz; ocupando una extensa área de 460 pies del septentrión al medio-
y de 280 de oriente á occidente, cercada de altos y gruesos muros
nados y bien guarnecidos; flanqueada en su recinto por robustos
bos, con torres albarranas y un enhiesto minarete; abierta á los muslines
nueve espaciosas y riquísimas puertas exteriores y once interiores,
ro á cada lado de oriente y occidente, una principal al norte y las
e en la fachada interior, dentro del pensil de las oblaciones, comuni-
lo á otras tantas naves del templo. Contemplad la hermosa disposición
rna de ese insigne monumento, el gran patio que le sirve de atrio, con
los pórticos en las tres bandas del norte, oriente y occidente, fuentes
a las abluciones y purificaciones, y frescas alamedas de naranjos y
neras en los lados, y bien dispuestas plantaciones de flores; luégo el
estuoso buque de la inmensa casa de oración, sencillamente compartido
once largas naves que, dirigiéndose de norte á sur, se cruzan en ángulo

recto con [illegible] naves menores que van de oriente á occidente; elegante é ideal combinación de esas galerías, en que las pilastras ponen á las columnas, y unos arcos á otros arcos, dejando paso á la l la columna superior y la inferior, como remedando la arquitect ambulantes [illegible] [illegible] de las ágiles caravanas del desierto: l sabia y ligera forma de esas once riquísimas techumbres de alerce, l pintadas y doradas, que recuerdan al que las mira las sutiles armad las voladoras naves de la conquista. Finalmente, el misterioso y re santuario donde se guarda el Korán, en cuyo recinto ha agotado oriental toda la riqueza de sus recursos fascinadores. Figuraos ahora la imponente majestad de esa gran mezquita con las galas de que revestiría el más exquisito gusto y la riqueza, de consuno con las exi de una religión inventada para cautivar los sentidos, y se deslu vuestros ojos con la masa de luz de los candelabros; se embriagarí olfato con las preciosas esencias quemadas bajo aquellos taracead sones; halagaría vuestro cuerpo las libres auras primaverales, impr de azahar, que se deslizarían por vuestra sien trayendo deshechos en los trinos de los ruiseñores con los globulillos del agua que se estrell el duro mármol de las fuentes.

« Las once grandes puertas que conducen del patio á la están abiertas, y son once soberbios arcos ultra-semicirculares y todos en fila, sostenidos por esbeltas columnas de mármol, com esclavas gemelas que, dando la espalda al majestuoso dueño, se entre sí, volteando lindas guirnaldas. Estas once puertas muestr que cruzan el atrio el interior del templo como en combustión; y ocupan el templo, los jardines del suspirado edén, donde bullen l y brillan los rayos del sol por entre las verdes ramas, cuajadas de oro. Hé aquí la santa casa de oración, que sobrepuja en suntuosi belleza á todas las que hay magníficas en Siria y Persia.»

Cuando todo en Europa está envuelto en tinieblas; Inglaterra es una isla miserable, pantanosa y habitada por salvaje que sufren el yugo del normando ó del que llega á las puertas, y se rebelde á toda civilización, los árabes de España comunican á naciones la luz que entre ellos resplandece, y les enseñan á contar que á resolver altos problemas científicos. La literatura llega á un de esplendor; y sólo las naciones que tienen algún contacto con l manes empiezan á aprender sus poesías y sus gallardas anécdotas. l se oye allí como si hubiese bajado del cielo únicamente para en glorias y el poder de Alá; y sabios, ricos, guerreros, nobles cabal

rabes de España son, después de los griegos, la raza á quien más deben la iencia y la civilización.

¡Qué ciudades! ¡qué monumentos los que se levantaron en la España arábiga! Murcia, Bilbao, la imperial Toledo, Algeciras y Granada: la poética, la hermosa, la gentil Granada, sueño de hadas y emporio de grandeza, asiento de la civilización, con esa Alhambra levantada por los genios, y que es la ciudad de los recuerdos, de las tradiciones y de las fábulas que han llenado el mundo por 400 años!

Oh! y España fué la legítima reina y señora del mundo, mientras que Inglaterra no era nada; y después esta nación egoísta, astuta como un *parvenu*, se ha apoderado de todas las grandezas y bienes de la familia, sin que nada le hayan costado, sin tener que mantener siquiera el brillo del escudo heráldico del que nace caballero, y lo ha debido todo á la casualidad ó á la perfidia.

Cuando Inglaterra nada había hecho en favor de la civilización; cuando su isla brumosa se incorporaba entre las naciones de segundo orden, hace tres siglos apenas, España tenía por residencia, bajo el más hermoso cielo, la península ibérica, bañada al levante por el Mediterráneo, al occidente por el Atlántico y separada del Africa sólo por el estrecho de Gibraltar.

Era dueña de Serpa y de Tanger, poseía á Gibraltar, y, según quería, abría ó cerraba este estrecho y hacía del Mediterráneo un mar ó un lago interior. Tenía sobre este mar veintiocho puertos espléndidos y treinta sobre el Océano, de donde enviaba sus innumerables armadas á hacer descubrimientos, á dominar el mundo y á llevar el prestigio de la Cruz; mientras que sus comerciantes llevaban á todas partes el bienestar, la civilización y el adelanto.

Poseía en Africa, conquistados por ella después de largas guerras, el Peñón de los Vélez, Melilla, Orán, Marzacabil, Nazagán y toda la costa desde el cabo Gardafú. En Asia se había hecho señora y dominaba en Ormuz, Diu, Goa y Malaca, Daman, Bacin, Zanda, Ciaul, en donde tenía grandes centros comerciales; poseía los grandes reinos de Camanur, la Cochinchina y Colan y toda la ribera del Océano Índico.

Daba leyes á Cerdeña, Sicilia, Nápoles y los Países Bajos.

Tenía en el mar innumerables islas: las Baleares, las Canarias, las zores, Santo Puerto, Madera, Cabo verde, la isla de Dios, Mozambique, isla de Baaren, Manar, Ceilán, las islas Filipinas y las islas del mar del rte, todas ganadas por conquista y convertidas en grandes centros merciales.

No contenta España con esto, insaciable de ambición y de gloria, mandó á Colón á descubrir la América, y luégo á Hernán Cortés, á los Pizarros y á Almagro, á Gonzalo Jiménez de Quesada y á otros mil héroes, valientes como Alejandro, sufridos como los espartanos, arrogantes como Bayardo, temerarios como Carlos, á que subyugasen los pueblos que la habitaban; y ordenó que desde el Cabo de Hornos hasta la Florida, así como en Cuba, Jamaica y demás Antillas, se estableciesen colonias con carácter de provincias españolas, y enlazadas por el vínculo de una misma lengua y una misma religión, en donde se venerara al Rey de España, se hablara el español y se adorara la Cruz; colonias que hoy forman las nuevas repúblicas de Sur América y gran parte de los Estados con que principió á fundarse la Confederación americana.

Pero España hizo más. El turco salido del fondo del Asia, bárbaro, feroz, salvaje, indomable, venía haciendo una excursión sangrienta y terrible, sin que nada pudiera resistirle; arrasaba á su paso todas las regiones, incendiaba las ciudades, talaba los campos, esterilizaba la tierra, difundía la peste; ya era dueño de todo el Asia y de gran parte del Africa; se había instalado en Constantinopla, capital del Imperio griego y metrópoli de la civilización; había esclavizado la Grecia, poseía las bocas del Danubio, había echado á los caballeros de Malta y asolaba la Italia; tenía una armada tres veces superior á las de todas las naciones cristianas juntas, y ya iba á poner en el centro de Europa la cola de caballo, estandarte de sus ejércitos, cuando España manda su armada á las órdenes de don Juan de Austria; desafía á la del turco, la ataca, y el día 7 de Octubre de 1571 la vence en la memorable batalla de Lepanto, en que se salva así la civilización y el cristianismo.

¿Qué hacía entretanto Inglaterra?

Enrique VIII degollaba á sus mujeres, y, según la expresión de la época, *los que estaban por el Papa eran quemados y los que estaban en contra eran ahorcados*; la nobleza mantenía al pueblo en constantes revueltas, ó Isabel hacía morir en el cadalso á María Stuard. ¡Famosas hazañas!

Pero el *parvenu* ha crecido y hoy es dueño de todo lo que España descubrió, conquistó y dominó; y su bandera cubre todos los mares. ¡Casualidad! ¡Astucia!

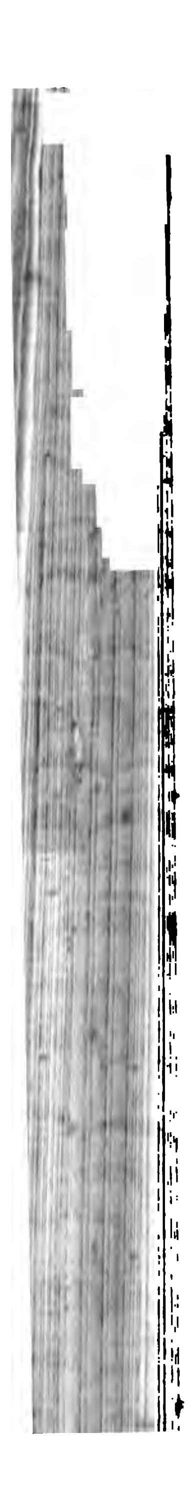
Inglaterra no quiso auxiliar á Bartolomé Colón, y España envió á Cristóbal Colón. Cuando España había atravesado el estrecho de Magallanes, Drake vino por primera vez á América; y cuando Raleigh vino en pos de las minas de Guayana, ya España tenía fundada allí una ciudad y le recibió cual merecía—á cañonazos. Cuando Cavendish y Haukins se aventuraron á dejar las costas de Inglaterra para emprender grandes vi

ya España conocía todas las partes del mundo como su propio territorio. ¡ Maldita sea la casualidad !

Felipe II envió sobre Inglaterra la *Armada Invencible*, compuesta de veinticinco grandes naves de Sevilla, veinticinco de Vizcaya, cincuenta de Cataluña y de Valencia, cincuenta de la Costa de Levante, veinticuatro goletas de Guipúzcoa, ciento de Portugal, diez y ocho galeras de Nápoles, doce de Sicilia, veinticuatro de Cádiz y treinta urcas de Alemania, en todo trescientas velas, manejadas por nueve mil marineros.

Esta flota llevaba un ejército de veinticinco mil españoles, cinco mil italianos, seis mil canarios, veinticinco mil alemanes, mil doscientos soldados de caballería y el resto de los diversos dominios de España, hasta completar setenta y seis mil hombres.

Acabó con este monstruoso armamento (que hubiera aniquilado á la débil Inglaterra) una tempestad que sobrevino la noche del 2 de Septiembre de 1588. ¡ Esta tempestad cambió la faz del mundo !



CAPITULO VI.

La ciudad de Colón—Ferrocarril de Panamá—Ricardo de la Parra—Jamaica—Haití—La Española—Santo Domingo—Expedición de los Cayos.

LA ciudad de Colón, adonde llegámos el día 5 por la mañana, se compone casi toda de casas de madera colocadas en un lugar bajo y pantanoso, sin tener hermosa vista sobre el mar, ni aspecto risueño; pero como allí llega el ferrocarril que de Panamá viene, y es la escala obligada de muchos vapores, hay alguna animación, y apenas pudiera creer uno que está en su patria, pues casi no se habla español sino inglés, y la población se compone de negros de Jamaica, chinos y yankees. Aspinwall la llaman los americanos en honor del Director de la Compañía comercial que hizo el ferrocarril al través del Istmo, lo que prueba el carácter de la raza anglo-sajona. En opinión de ésta, la gloria del inmortal navegante debe estar debajo del mérito que tiene el comerciante que desde su escritorio en Nueva York dirigió la obra del ferrocarril.

Aspinwall se llamará quizá en el porvenir, porque la raza española del Istmo nada va á significar ante la inmensa emigración que, dirigida por los yankees, inundará estas regiones; porque la soberanía de Colombia es ficticia hoy, y será imposible mañana; y porque siendo ineficaz el ferrocarril para el comercio del mundo, habrá de hacerse un canal interoceánico, y este canal será inevitablemente de los americanos del Norte, el día que quieran, aunque el canal sea abierto por otros, y entonces se establecerán aquí para ser señores absolutos de toda la América.

Querer Colombia impedir esto, es querer detener una ola del océano. Llamar en su auxilio á las naciones europeas, cosa inútil, que le traerá dificultades y complicaciones solamente, pues ocupadas todas aquellas naciones en sus propios negocios, y en su política, más y más complicada cada día, ninguna de ellas vendrá á batirse con los poderosos yankees por garantizarnos el Istmo; y á los Estados Unidos les bastará comprar caras las acciones del Canal.

Lo único que en previsión de aquello puede hacer Colombia, es adelantarse á garantizar, como pueda, la existencia de la poca población indígena que existe en Panamá; asegurar sus derechos y sus intereses, y luégo, en la forma de concesión ú otra más digna, entregar á los americanos el Istmo. Más tarde esto que ahora se mira con horror, se hará por la fuerza é inevitablemente, y la suerte de los infelices españoles que queden será muy triste.

El ferrocarril viene cargado de café y otros productos de las Repúblicas de Centro-América, que tienen que sacarse al Pacífico antes de atravesar el Istmo; y Panamá, que tiene mayores facilidades, nada exporta. Costa Rica, con población casi igual á la del Estado de Bolívar, exporta diez veces más que éste, situado al frente de Europa. Las Repúblicas del Pacífico, apartadas de los principales centros comerciales del mundo, y cuyos productos tienen que pasar por nuestro territorio ó dar la vuelta por el Cabo de Hornos, están prósperas y florecientes, y Colombia está pobre, sin exportación, sin comercio, y ha quedado muy atrás en el camino del progreso. Esta es una maldición.

La Emperatriz Eugenia, de la familia de los Montijos de España y esposa de Napoleón III, déspota que por cerca de veinte años dominó á Francia, corrompiendo las costumbres y degradando el carácter nacional; esa simpática y dulce mujer inmortalizó su nombre, como lo hizo Santa Helena con las iglesias que levantó en Oriente, regalando á Colombia la hermosa estatua de bronce de Cristóbal Colón que se ve en este puerto.

La estatua es colosal, magnífica: en nada inferior á la de Nelson en la plaza de Trafalgar en Londres; de pureza y perfección admirables, y de gusto exquisito.

No está el Almirante dominando los mares con su mirada arrogante; no está aplacando la multitud amotinada, ni con el estandarte de España en la mano y tomando posesión de estas regiones, como uno se lo imagina. Está Colón bondadoso, jovial, apacible, paternal, echando los brazos á una hermosa india á quien ha sorprendido debajo de unas matas de plátano,

que azorada lo mira, vacilando entre huír por miedo, ó enamorada rrojarse en sus brazos.

Dice al pie:

VICENZO VELA.

Torino, 1866.

Hay en Colón otro monumento, muy grato para los amantes del rogreso, y que está enteramente de acuerdo con el espíritu del siglo, que echaza ya la gloria militar sangrienta y cruel, y que trata de elevar la gloria industrial que tiende á extender la civilización en el mundo y á mejorar la condición de la humanidad. Este monumento es el levantado por la Compañía del ferrocarril de Panamá á los iniciadores de esa obra y á los que murieron en la ejecución de ella.

Se compone de una base de granito negro, sobre la cual, en forma de medallones de mármol blanco, están los bustos de tres personajes, terminando el monumento en un cono de granito rojo, bruñido, de mucha elevación y admirablemente trabajado.

La ciudad es muy fea, pero en los alrededores y sobre la costa hay lindas casas, residencia de los directores del ferrocarril y demás altos empleados, rodeadas de jardines, cuidados con el mayor esmero por sus familias, que han traído á esas regiones el bienestar y el *confort* de la vida civilizada y elegante de Nueva York.

En Colón vimos por primera vez un *chino*, y luégo conocimos á varias familias de esa raza, verdaderamente *amarilla*, fea y repugnante.

Los *chinos* que á Colón han llegado son la espuma de las olas sin número que del Celeste Imperio han invadido á California, y muchos de los Estados del Sur de la Unión Americana, llegando hasta la Habana y el Perú; olas que no calman, que todos los días crecen é invaden una región, y que al fin van á ahogar la raza blanca y quizás á matar la actual civilización.

Los comunistas de Europa inspiran terror á los políticos, creyendo éstos seriamente amenazada la existencia y la sociedad actual por las doctrinas de aquéllos; sin desconocer que el peligro existe, y que es preciso prevenirlo dando una mejor organización á la sociedad, de manera que ella sea ventajosa para el mayor número y ampare á todos, no juzgo, sin embargo, que peligre la civilización. La *jaquerie* en Francia fué una verdadera cruzada comunista; y en Alemania los *husistas*, verdaderos comunistas desesperados que habían enarbolado una bandera que decía *Venganza del pequeño contra el grande;* que derribaron al rey Segismundo y lo echaron á

Niuga; establecieron un congreso Czaslau; derrotaron dos cruzadas enviadas por el Papa Martín V; batieron ocho veces los ejércitos que los atacaron, mandados por los primeros capitanes del siglo; perecieron, sin embargo, todos estrellándose contra los grandes y verdaderos intereses de la sociedad. Así pasará á los comunistas.

El peligro inminente para la raza blanca y para la civilización que ha levantado, está en la *raza asiática*, y en su invasión sobre las regiones ya civilizadas, favorecida, buscada y empujada por los mismos blancos.

Las razas china, couly, india, japonesa y todas las asiáticas son completamente diferentes de la blanca europea, y están en razón de ciento á uno. La población en Asia no cabe ya y tiende á derramarse en todas formas sobre el mundo. Tras de algunos miserables chinos que empezaron á sacarse como esclavos por los comerciantes de carne humana, se ha venido la corriente: débil arroyo al principio, luégo impetuoso torrente, y ahora caudaloso río, que no alcanzará á detener el esfuerzo de Europa y América unidas.

Pero en vez de diques se abren canales á este río. El chino es un peón barato y sufrido, y con chinos se ha reemplazado á los negros en los Estados del Sur de la Unión norte-americana; el chino es un marinero económico, y con chinos se han llenado todos los buques de los Estados Unidos; el chino es humilde, oficioso y el servicio de las casas en aquel país está en poder de los chinos. En California no dejan trabajo para los blancos en los talleres, ni en el comercio por menor, ni en las calles, por lo cual ellos tienen que apelar á la violencia.

El jornal del obrero en Europa y América apenas le alcanza para su familia, y todos los días se hace más exigente y difícil. Para reemplazarlo se emplea en América á los chinos, que no tienen ni familia ni aspiraciones, y que ofrecen su jornal por la mitad.

Inglaterra empezó, á la sola perspectiva de una guerra con Rusia, á mover sus tropas de la India; Inglaterra puede poner un ejército de indios diez veces superior al de todos las naciones europeas; ejército que formará tarde ó temprano, porque tendrá guerras continuas, y éste será el único medio de vencer y de salvarse. Una vez dirigida la inmensa población de la India hacia Europa, nadie la contendrá, y al estar su ejército victorioso, no habrá quien lo haga volver al Asia.

Así va á concluír la civilización del siglo XIX y el dominio de la raza caucásea.

El Istmo de Panamá es la portada de Colombia, y el mundo general-

mente no conoce de nuestro país, por desgracia, más que esta portada, por la cual nos juzga y con razón nos condena.

Desde hace treinta años, cuando las minas de California y sus soñados *placeres* de oro llevaban allí á todos los desheredados, á todos los aventureros y á todos los bandidos del mundo, el tránsito obligado era por Panamá, subiendo el río Chagres por en medio de las mayores dificultades y miserias. Muchos de los pasajeros morían de fiebres; otros eran asesinados por bandidos á la vuelta de California para robarles el oro; y algunos se volvían al considerar los innumerables trabajos que les ofrecía la travesía del Istmo; y el que regresaba á su país relataba, quizás exageradamente, lo malsano de estas regiones y su horrible barbarie.

Después se estableció por una compañía americana el ferrocarril de Panamá, por el cual pasan todos los que vienen de California, de Centro-América y de las Repúblicas del Pacífico; y pasan como por delante de un apestado, sin detenerse un momento y sin volver siquiera á mirar á uno y otro lado.

Verdad es que nada les es grato: Panamá es una ciudad sucia y sin atractivos; el trayecto se hace por entre selvas primitivas, y Colón es un pantano. Por otra parte, muchas veces los combatientes en las no escasas revoluciones del Estado de Panamá han mostrado su salvajismo á los ojos de los viajeros; y se publica, además, en esta ciudad, en inglés, un periódico, el *Panamá Start*, que se ocupa en comunicar al mundo, exageradamente, todos nuestros escándalos.

El Istmo, á pesar de ser el entrepuente del mundo y no obstante el gran movimiento que por él ha habido en los últimos treinta años, no ofrece un territorio cultivado, ni su población se educa, ni mejora moral, material é intelectualmente.

Cuando el canal se abra, los buques pasarán por allí como en alta mar, sin dejar más que una estela espumosa que las ondas borrarán pronto.

Era yo muy joven cuando se le hizo á la compañía del ferrocarril de Panamá la concesión del privilegio, y entre otros derechos se le concedió el de las tierras baldías situadas á los extremos del ferrocarril, dejando, eso sí, porciones iguales á uno y otro lado, que el Gobierno se reservó.

Las tierras que á la compañía se adjudican, se decía entonces, van á ser pobladas inmediatamente; en ellas se establecerán plantaciones de caña de azúcar, grandes ingenios, sementeras de algodón y de arroz, y, como por encanto, toda la civilización y progreso de la parte Sur de los Estados Unidos vendrá á Panamá, y éste será un emporio. Las porciones que el Gobierno se reserva tendrán un valor fabuloso, y el dueño de una cuarta

de terreno allí se hará poderoso, gritaba con entusiasmo el malogrado Ricardo de la Parra en aquella época.

Cofre, *corazón* y *cabeza* son las tres cosas indispensables al hombre, nos decía aquel eterno soñador; y para tener cofre fuerte, el remedio es comprar tierras baldías en el Istmo.

Con tales inspiraciones se formó una sociedad en Bogotá, que se hizo adjudicar más de cien mil hectáreas de tierras baldías en Panamá; y Parra se hizo dueño de la Isla del Muerto, donde creía fundar nó un imperio, pues él jamás tuvo ambición, sino un inmenso Falansterio para todos los pobres del mundo.

La compañía norte-americana no ha pedido sus tierras : abandonadas permanecen las que están á los lados ; la Isla del Muerto está desierta, y Parra concluyó sus días en medio de decepciones y miseria.

¡ Cuántos sueños !

Ricardo de la Parra no fué uno de los hombres más notables de nuestra República, pero sí el más raro de su generación, el más extraordinario de su época, el más ajeno á los hábitos, costumbres, vicios é inclinaciones de la sociedad en que vivió, y jamás fué comprendido por sus contemporáneos, ni estimado por los partidos, ni honrado como lo merecía por la misma sociedad.

Ricardo de la Parra era llamado el *indio Parra*, por su color moreno cobrizo, propio de esa raza, aunque sus progenitores fueran de la blanca, ó quizá por el pasmo que causaba el ver que, desde niño, un hombre de ese color hubiese tenido ideas, concepciones y pensamientos que jamás había escuchado á los blancos, y que lo hacían muy superior á todos los otros. Tenía frente espaciosa y bien delineada, cabeza de profeta, mirada de sabio y una boca grande que no alcanzaba á dar salida al torrente de palabras que brotaban de sus labios inspirados.

Jamás hablaba reposado ni tranquilo, cual si un fuego interior lo agitase y á veces lo atormentase como á la pitonisa sentada en el trípode sagrado ; no atendía al círculo que lo rodeaba, ni medía el auditorio que lo escuchaba ; y la revelación de un pensamiento sublime ó una repentina inspiración, lo exaltaba lo mismo en una sociedad de señoras que en el Congreso ó en la soledad, adonde con frecuencia se retiraba á discurrir sobre sus propias dudas y sobre las dificultades de la ciencia.

Parra nunca fué niño, pues la seriedad de sus ideas, el amor al estudio y el instinto de la investigación se revelaron en él aun antes que la adolescencia. Nunca fué joven, ni las pasiones lo arrastraron, ni el placer lo sedujo, ni amó el deleite, ni se dejó conquistar por el atractivo de los vicios.

Nunca fué viejo, pues su alma permaneció hasta lo último apasionada y ardiente, su corazón entusiasta, su imaginación fecunda, su trato sencillo, su amor inocente; y al sentir el beso de la muerte, soñaba, quizá, con el *beso de un ángel.*

Voltaire y Rousseau fueron los maestros de su primera juventud, cuando, sediento de ciencia y ansioso de encontrarla en los libros, leyó del primero la historia, la filosofía, los dramas, las novelas y cuanto produjo ese genio fecundo; pero muy pronto se hastió de aquel frío escepticismo que tan poco armonizaba con su alma, ávida de ciencias y amor, y de esa burla perpetua á lo sagrado, cuando él era entusiasta admirador de lo bello. No así con el autor del *Emilio,* por quien conservó siempre un respeto mezclado de ternura y de dolor, recordando y lamentando con frecuencia que tanta ciencia, tanta grandeza de alma, su elocuencia, sus altas aspiraciones, sus sueños generosos, sólo hubieran servido para llevar á la miseria, al destierro, al aislamiento, á la desesperación, y aun al suicidio, á su inmortal maestro.

Pero no eran los estudios morales y políticos los que más llamaban su atención, sino los que se referían al *alma humana.* Devoró á Bacón, á Descartes, á Tracy, á Kant: los comparó, los adelantó, aprendió fisiología y medicina, y con el escalpelo en la mano fué á buscar el alma, y la encontró donde Broussais no había hallado sino la blanda masa que cubre la región del cerebro.

Embebióse en estos estudios y profundizó de tal manera en el laberinto abstracto del sér, que á sus ojos las funciones del alma llegaron á ser claras y visibles al través del cuerpo, que hizo transparente; y el mundo real fué nada ante el mundo en que él vivía con el espíritu.

Hoy soñador, su espíritu, elevado por el vuelo fantástico del ángel, va hasta Dios, se arrodilla en su presencia y entona un cántico de alabanza con la misma lira inspirada de David. Mañana matemático, resolverá los problemas geométricos con Kepler; medirá los espacios, y describiendo ángulos y aglomerando guarismos, trazará una línea exacta de aquí á Saturno, y á su extremo estará él con el espíritu, importándole poco que le falte el instrumento material que pueda arrastrar también su cuerpo. Y el mismo hombre lloraba con una madre por la muerte de un niño.

Dotado de la más noble generosidad, la del espíritu, repartía sus ideas como un rico pródigo sus dones. Los filósofos, los políticos, los poetas y los ignorantes lo escuchaban, hallando siempre algo nuevo, algo sorprendente, algo superior á lo que ellos habían pensado, concebido ó soñado.

Todo el que lo escuchaba decía : « Esto es verdad ;» y en pos de él hubiera ido la multitud con el mismo interés que en otro tiempo seguía á los profetas, si la realidad de la vida, de la que él andaba siempre apartado, á cada instante no hubiese disipado el encanto de sus palabras.

Apasionado por la naturaleza, la amó confundida con la idea de Dios, la que encontraba en el éter impalpable, en todas las grandes manifestaciones de la materia, en la vida de todos los seres, en la luz de los astros, en el átomo que se mira en un rayo de sol, y en su propio pensamiento ; y para él, sentir, creer y amar, fué siempre una misma cosa.

Arrastrado por el impulso de su poderosa inteligencia, Parra no había meditado en una cuestión, cuando ya la había generalizado y llevado á un extremo en donde para él la verdad brillaba como un fanal en medio del océano, pero donde para los demás quedaba envuelta entre una bruma espesa, y sin utilidad para alumbrar al pueblo ó á la sociedad en las crisis por que atravesaba.

El tenía poder bastante para juzgar y condenar la teogonía de todos los pueblos, la filosofía de todas las épocas, la forma política de todas las sociedades. Sus juicios severos eran incontestables, y á todos los fundadores de religión, á los maestros de moral, á los publicistas y á los reyes, los veía pasar el que escuchaba sus palabras, como en una gran revista, avergonzados de su propia pequeñez. Y sin embargo, Parra no tuvo influencia política en su patria ; no ayudó á luchar contra el poder de una religión que juzgaba opresora ; no fundó, como pudo hacerlo, la escuela de la emancipación del espíritu ; no dió las bases de la moral independiente, y la libertad y la República sólo le debieron un amor puro y leales sacrificios, pero ninguna enseñanza para el porvenir.

Parra había reunido y tenía en su entendimiento todos los tesoros de los conocimientos humanos que los siglos habían ido depositando en la biblioteca de Alejandría ; parecía haber seguido con los árabes el curso de las ciencias; sabía lo que la humanidad debe á la China y al Japón, y cuanto la ciencia moderna ha descubierto de maravilloso. Y no estaba todo esto confundido, mezclado y aglomerado en su mente, pues con admirable y prodigioso instinto había encontrado el camino que une todas las ciencias : la filosofía con la moral, la poesía, la religión, y el lazo místico de cuanto puede servir al engrandecimiento de la especie humana; y repetía con la convicción de un iluminado : « No hay más que un pequeño grupo de verdades, de las que pronto estará el hombre en posesión.»

Jamás dudó de la resolución de los problemas sociales y científicos que hasta hoy han detenido á la humanidad, pues creía que ella iba

en un progreso constante é indefinido, iluminada por el *mens divinor*, que es la misma razón, venciendo obstáculos, descubriendo horizontes y hallando fácil lo que ayer había creído imposible, hasta llegar á la suprema perfección. Esta fe en el porvenir, en el cual vivía adelantándose á su siglo, fué, sin duda, la que enervó su espíritu para luchar también y ayudar á resolver los problemas que á nuestra época y á nuestra generación están encomendados.

Si ha habido en nuestro tiempo un hombre de profunda fe, y de fe entusiasta, éste ha sido Parra ; pero él creía lo que los demás no creen, ó le daba á su fe una forma que armonizaba con la razón, con la ciencia y con la adoración del genio en sus espléndidas manifestaciones. Quizás ésta fué su falta : apasionarse mucho por el genio, mostrándose débil ante su fascinación, y aun sacrificando en su altar algunas de sus más perfumadas convicciones.

No tuvo gracia ni armonía en sus versos, que eran más bien inspirados por la musa de la filosofía ; pero había en ellos siempre profundos pensamientos, delicadezas infinitas, tintes admirables, y la sublime y misteriosa revelación del genio.

Fué valiente, y en las luchas políticas tomó servicio en el ejército para defender su causa; en el combate mostróse sereno, y jamás su mano se manchó con sangre.

Su corazón era una joya de resplandeciente belleza, su carácter benévolo, y su trato sincero y agradable.

¿ Hacer mal á otro ? Nunca. ¿ Por qué ? ¿ Para qué ? ¿ Por odio ? En su pecho había amor al niño, al anciano, al indio, al negro, al sabio, al ignorante, al justo, al criminal, y, sobre todo, al desgraciado. Como miembro de la Cámara de Representantes en tiempo en que se hallaban presos los militares de la revolución de 1854, gritó un día: « Vamos á romper las cadenas de nuestros conciudadanos ;» y quedó sorprendido de que todo el Congreso no lo siguiera.

¿ Por venganza ? A él nadie lo había ofendido, ni herido, ni ultrajado, sin embargo de que se había oído llamar impío, insensato, corruptor y malvado cuando había sido redactor de *El Joven*.

¿ Por celos ? Su amor fué ideal, puro, casto y generoso; y á la mujer la creyó siempre una divinidad impecable, á quien no se tributaba un culto digno de sus merecimientos.

¿ Por interés ? Jamás en su alma tuvo asiento el amor al lucro. Vivió y murió honrado y pobre. Quiso como en una fantasía ser rico, muy rico, soñando encontrar para su patria las fuentes de bienestar y de pro-

greso que él le abría, y de donde sacaba mucho oro para los desgraciados; pues él de nada necesitaba, y despreciaba el lujo, los deleites y las superfluidades.

Parra tuvo grandes desgracias y dolores supremos que á nadie reveló; y en vez de lanzar estériles gemidos, buscaba en la ciencia el remedio á una enfermedad terrible que devoraba á su familia, remedio con el cual habría de salvar también á infinidad de desgraciados que en su patria y en el mundo la sufrían como una maldición.

Su obra sobre « La Elefantiasis de los griegos » es un prodigio de investigación; y él no creía morir antes de ir á Asia en busca del precioso remedio.

Tuvo por Cristo la fe de un discípulo, la admiración de un filósofo, el entusiasmo de un mártir y el amor de una virgen.

Murió en Envigado, Estado de Antioquia, á la edad de 56 años.

A la noticia de su muerte, la Cámara de Representantes acordó por unanimidad la siguiente proposición:

« La Cámara de Representantes lamenta profundamente la muerte del distinguido ciudadano Ricardo de la Parra, y registra su nombre en el acta de este día como un testimonio de reconocimiento á sus virtudes cívicas, su talento y su rectitud de espíritu; y recomienda á la patria la memoria de este apóstol del progreso, que dedicó gran parte de su vida al servicio de la humanidad.»

Esperábamos que el vapor completara su carga y que llegaran los pasajeros que del Pacífico venían, cuando una mañana recibí el siguiente telegrama:

« El Presidente del Estado de Panamá, en nombre de la patria del General Tomás Herrera, saluda al General Medardo Rivas.

BUENAVENTURA CORREOSO.»

Más galante y más fino no podía ser el telegrama: lo contesté manifestando al General Correoso mi agradecimiento; y conmovido por los recuerdos, quise ir á Panamá á colocar una corona sobre la estatua que tan dignamente han levantado los hijos del Istmo al General Herrera, hombre de los más notables de nuestra historia contemporánea, y que fué devorado, como todo lo bueno en nuestro país, por el monstruo de la guerra civil; pero ya era tarde y no pude cumplir ese deber de compatriota, de copartidario, de amigo y de admirador.

Más que la toma de la Bastilla por el pueblo, admiro siempre en la Historia de la Revolución francesa el acto solemne en que los nobles depu-

sieron ante la Asamblea nacional sus títulos y renunciaron á sus privilegios para fundar el santo principio de la igualdad. Amo á Laffayette, noble, hermoso y rico, consagrado á la causa del pueblo, y me repugna la figura de Marat.

Así, para mí fué siempre muy simpático el General Tomás Herrera, miembro de noble familia, ciudadano de alta posición y de gran valor, que todo lo puso al servicio del pueblo; y como una prueba de mi sincera admiración por sus virtudes, formé parte del grupo de jóvenes que propusieron su candidatura para la presidencia de la República, en oposición á la del General José María Obando, eminentemente popular.

Si nosotros hubiéramos triunfado, la idea de las *dictaduras* en Colombia se habría perdido para siempre; la de Melo no se habría sentido, y la desastrosa revolución de 1854 no habría tenido lugar. El pueblo se engañó.

En la guerra contra la dictadura perdió una batalla, y murió en otra ganada para la libertad. Pocos momentos antes de entrar en el combate, cuando ya el fuego de fusilería se escuchaba por todas partes, pasó por delante de mí, que estaba con mi batallón abajo de la Quinta de Bolívar, me animó y siguió á la cabeza del ejército.

Su gallarda figura en ese momento terrible está aún viva en mi memoria, y su cariño vivirá siempre en mi corazón.

Estuvimos anclados en Colón hasta que el tren del ferrocarril trajo á todos los pasajeros del Pacífico que debían seguir á Europa; y las horas de hastío las pasamos viendo embarcar innumerables tortugas vivas que del fondo de las aguas se habían sacado para mandar á Europa á que fueran á halagar el paladar de los lores y ricos de Inglaterra, y ellas, inconscientes de su destino, iban tan orondas como muchos de los pasajeros que abordaban también sin saber por qué seguían á Europa. Entre éstos iban dos lindas niñitas, de ocho á doce años, hijas de un señor Goyeneche, rico peruano, cuya señora se había ido á París dejándolas en Lima, y mandaba ahora por ellas, y las cuidaban dos criadas. ¡Qué civilización la franco-americana!

Atendíalas mucho un caballero peruano que entró al buque mirándonos con un antipático lente, parándose delante de las señoras y examinándolas de pies á cabeza con insolencia insoportable. Hacía ruido, corría con las niñas por el entrepuente, y cuando bajó al comedor, tomó el asiento que le pareció mejor, charló sin término y á cada instante llamaba á algún criado para que le alcanzase la cosa más distante.

A pocos momentos de su entrada, ya todos sabíamos que era el cuarto viaje que hacía, que no se mareaba, que tenía grandes haciendas en Lima, que era abogado, que había redactado un código, ganado muchos pleitos y

dado los más sabios consejos á todos los Presidentes del Perú, de los cuales unos se habían salvado por seguirlos y otros perdido al país por no escucharlos. Entre los últimos estaban los que habían manejado el negocio del guano, que él había querido se hiciese de otro modo; pero que aun podía remediarse todo con los planes que llevaba en la cabeza.

Como después de algunos días ya no lo escuchaba nadie, cogió bajo su protección á mi hijo Evaristo, y á pocas vueltas ya lo tenía condecorado (así se lo ofreció) con la cruz de Carlos III, pues era íntimo amigo de la reina de España, y sobre todo había puesto á su disposición en París su hotel y en el Havre un *chateau* que tenía á la orilla del mar, junto al de la reina Cristina.

A este pasajero lo pusieron á bordo «El tío de la reina.»

Menos ruidoso fué un inglés que allí se embarcó también, que entró tambaleando, cayéndose sobre las señoras, á pesar de estar sostenido por un criado, y cuya primera y única palabra fué ¡ champaña!

Trajéronle champaña, bebió sobre cubierta, pidió más, trajéronsela, bebióla, y así continuó por dos días, al cabo de los cuales murió y fué arrojado al mar.

Embarcáronse también varios jóvenes jesuítas que con su director habían sido expulsados de una de las Repúblicas de Centro-América y que se dirigían á la casa central de la Compañía en París. Su entrada al vapor fué tenida por los ingleses y por los marineros como un funesto augurio del viaje, y la insolente chusma los mortificaba mucho.

Una de las cosas que les hacían era que, cuando ellos salían á pasearse en el entrepuente, los grumetes corrían y les pintaban con tiza cruces en el suelo, las que los jesuítas tenían que pisar con manifiesto desagrado.

Tantos vejámenes les hicieron, que me indigné profundamente é invité al señor Alejandro Pérez y á otros caballeros españoles á que me acompañasen á hablar sobre eso con el Capitán, á quien hicimos una protesta enérgica y del todo atrevida. El Capitán se enfureció y acabó de cogerme entre ojos, pero los jesuítas no volvieron á ser molestados.

De Colón hicimos rumbo para Jamaica, á donde llegámos, y lo primero que descubrímos fué á Port-Royal, antigua ciudad arruinada por un terremoto, pero que aun conserva restos de su grandeza. Después divisámos la ciudad de Kingston, á cuyo frente está una soberbia fortaleza y la estación militar, que ponen á la isla á cubierto de toda tentativa de invasión.

Antes de llegar, vino á bordo una comisión de sanidad á informarse del estado de salubridad del buque, y encontró que venía con *bandera limpia*. Llaman *bandera sucia* la que enarbola un buque cuando llega de

un puerto apestado, ó cuando tiene á bordo enfermos de fiebre amarilla ó de otra peste.

En los puertos ingleses no hay ya *cuarentenas*, lo que ha facilitado mucho el comercio. En España, donde existen todavía, porque todo atraso está allí acentuado y se conserva con amor, obligan á los infelices viajeros á permanecer cuarenta días á bordo, cuando vienen de donde hay fiebre amarilla ; pero los vapores saben ya burlar esta precaución, yéndose á Lisboa, donde desembarcan los viajeros, que toman el ferrocarril, y por la frontera entran á España mientras que el buque está detenido en el puerto.

Para el que ha nacido y se ha criado lejos del mar, hay novedad y encanto en todo lo que pasa en los puertos, y al llegar á Jamaica, donde indudablemente hay para el bogotano otra civilización; al ver los muchos buques anclados en el puerto, los innumerables botes que cruzan, van, vienen y desaparecen, y la infinidad de negros y negras que, con vestidos raros y fantásticos, invaden el vapor, ofreciendo frutas y flores, ó aguardan en la playa, la novedad es muy grande y todo le parece á uno pintoresco.

¡ Honor á Inglaterra ! Cuando una raza entera estaba condenada á la esclavitud como maldita por Dios ; cuando en el interior del Africa se fomentaban guerras sangrientas entre las tribus negras para comprarles á todas sus prisioneros ; cuando se cazaban los negros como leones en las costas de Africa para llevarlos á América á matarlos por el rigor del trabajo y de los castigos ; cuando en la gran República había tres millones de esclavos, y en el Brasil la esclavitud era institución fundamental del gobierno ; cuando desde México hasta el Paraguay toda industria estaba sostenida por esclavos; cuando las colonias de la Gran Bretaña, enriquecidas por la esclavitud, enviaban al mundo inmensa cantidad de frutos tropicales y consumían en gran cantidad mercancías inglesas ; cuando el mar estaba poblado de buques negreros, y ser capitán negrero era un medio de llegar á la cima de la fortuna ; en fin, cuando el mundo entero vivía de lo que los esclavos negros producían, Inglaterra gritó : Abajo la esclavitud !

Arruinó sus colonias, luchó contra España, contra América, contra todos los intereses creados, contra todas las preocupaciones reconocidas ; pero triunfó, rescató una raza, emancipó la industria y fundó una nueva civilización.

¡ Viva Inglaterra !

¡ Honor á Inglaterra y simpatía para Jamaica, que fué la primera colonia americana donde se promulgó la libertad de los negros !

Séame lícito hacer aquí un recuerdo histórico, ajeno enteramente á la cuestión política, que todo lo envenena y lo hace odioso.

En Nueva Granada, desde 1821, se había dictado la Ley en virtud de la cual los negros que nacieran en adelante quedarían libres á los diez y ocho años de edad, y se habían creado fondos para la manumisión de los esclavos; pero en Nueva Granada, hoy Colombia, la sociedad era esclavócrata; y como en todo el mundo, en Venezuela como en el Perú y en todas las Repúblicas, la esclavitud se había perpetuado, estaba en las costumbres, era la base de la industria minera y agricola, era el único servicio doméstico, y representaba gran parte de la propiedad en el país.

En 1850 se reunieron tres jóvenes que acababan de salir de la Universidad: Antonio María Pradilla, Salvador Camacho Roldán y Medardo Rivas; fundaron con sus propios recursos un periódico, *El Siglo*, y en él predicaron, pidieron y exigieron la inmediata y absoluta abolición de la esclavitud de los negros.

En *el 20 de Julio* de ese año se conmemoró la Independencia con la libertad dada á muchos negros en la Plaza de Bolívar, con una solemnidad regia, á la que asistieron las más distinguidas señoras de la época, el Presidente y el Vicepresidente de la República, la Legación inglesa, el Gobernador de la Provincia, todos los empleados, muchos miembros del Cuerpo diplomático, y un concurso numeroso. Esta manumisión se hizo con el valor de una suscripción que recogieron los mismos redactores, y con la espontánea renuncia del valor de algunos negros, que sus dueños hicieron.

Grande fué esa fiesta, á la que contribuyeron los colombianos de todos los partidos, y recordamos aún á los Generales París, López y Barriga saliendo al estrado, que se levantó á propósito, y dando cada uno libertad á sus esclavos.

Pocos quedan ya de la generación que presenció ese magnífico y conmovedor espectáculo, en el cual lloraban los viejos veteranos como el General Espina, los negros al recibir el *gorro frigio*, las damas llenas de ternura y los jóvenes de entusiasmo.

Los redactores de *El Siglo* merecieron el honor de ser nombrados *Vicepresidentes del Instituto africano*, fundado y sostenido en Inglaterra para la abolición de la esclavitud, y de cuyo instituto es primer Presidente la Reina de Inglaterra.

Un año después se publicaba la Ley de la abolición, y no quedó un esclavo en Colombia; y esto diez años antes de que se hubiera declarado aquélla en el Perú, y cinco años antes que en Venezuela; ley que fué la

primera que se expidió en América, y que, puede asegurarse, fué la que dió el ejemplo á todas las Repúblicas latinas.

Hay la singularidad de que, apartados unos de otros los tres redactores y habiéndoles tocado varia suerte, siempre profesaron los mismos principios políticos y fueron leales amigos hasta que la muerte arrebató á Pradilla, con lo cual perdió un leal amigo la democracia, un hombre encantador la sociedad y un generoso defensor la República.

La isla de Jamaica, una de las grandes Antillas, fué descubierta por Cristóbal Colón en 1494, y España la conquistó, gobernó y rigió, fundando en ella muchos establecimientos, introduciendo su legislación y civilizando á sus habitantes; pero en 1665, casi dos siglos después, el Almirante W. Penn, en tiempo de Cromwell, se la arrebató; y desde entonces, por fortuna, ha pertenecido á los ingleses.

Esta isla tiene doscientos cincuenta kilómetros de largo y cincuenta de ancho; es muy fértil, produce las más ricas frutas tropicales y gran cantidad de azúcar, de añil y de ron; exporta también maderas de ebanistería y de tinte; tiene cuatrocientos dos mil habitantes, de los cuales sólo se cuentan cincuenta mil entre blancos y mestizos, que los demás son negros.

La suerte de la isla ha sido varia mientras ha pertenecido á los ingleses. Al principio fué centro de piratas y *bucaneros* que infestaban los mares; después llegó á alto grado de prosperidad, constituyendo el punto de escala del comercio inglés y el centro del contrabando que se hacía con la América del Sur. Pero cuando las puertas de todas las repúblicas americanas se abrieron al comercio del mundo, y las comunicaciones con Europa se hicieron fáciles y rápidas, Jamaica perdió su importancia; su comercio se acabó; sus ciudades, antes emporios de riqueza, decayeron; y como la agricultura, mantenida por la esclavitud, fué abandonada cuando los negros quedaron libres, la ruina fué casi completa.

Háse levantado de nuevo, sobre bases sólidas y permanentes, con el trabajo libre. Los negros se han civilizado, han vuelto al trabajo y mantienen en la isla una agricultura muy adelantada. El comercio, limitado al tráfico con las islas vecinas y algunas partes del continente, va de día en día tomando incremento; y en sus adelantados talleres se fabrican artefactos tan buenos como los ingleses, y son muy baratos para el consumo de sus habitantes.

Un ferrocarril recorre toda la isla y comunica á Spanish Town, su capital, con Kingston, su principal ciudad y puerto. Sorprenden los grandes ingenios de azúcar y de destilación que hay; los inmensos pastales de guinea

y pará, donde hay razas de ganado y de caballos aclimatadas ya, tan buenas como las de Europa; y sobre todo hay tal gusto y elegancia en las habitaciones del campo y en los establecimientos industriales, que revelan una *civilización de tierra caliente* que da envidia transportarla á la región afortunada del Tolima. Y á propósito de este vivo deseo, me atrevo á dar un consejo á los hombres acomodados de Colombia, y especialmente á los de nuestras tierras cálidas, que, deseosos de educar á sus hijos, los envían á Alemania á que mueran tísicos, á Francia á corromperse ó á Inglaterra á inutilizarse, y es el de que en vez de mandarlos á iniciarse en los misterios de una civilización que ningún punto de contacto tiene con la de las tierras calientes de nuestro país, y de la cual, por mucho que aprendan, nada pueden aplicar en su patria, los envíen á Jamaica, donde encuentran ya muy buenos colegios y una civilización aclimatada á los trópicos, y donde aprenden, nó cómo se cultivan las viñas en el Rin, sino cómo se hace producir doble miel á la caña de azúcar, cómo se construyen los hornos de un trapiche, se cultiva el arroz, y hasta cómo se vive en casas frescas, cómodas y alegres, rodeadas de huertos con árboles que dan sombra y frutos, y de jardines donde la naturaleza tropical se ostenta con toda su belleza y todo su esplendor.

Dimos al rededor de la ciudad de Kingston un paseo en coche, por medio de alamedas de tamarindos y de mangos, cuyos racimos de vivos colores caían sobre el camino. Visitámos un inmenso cuartel que hay en el campo para los soldados europeos; contemplámos las hermosas *Montañas azules*, sembradas de casitas rojas, donde los ingleses van á pasar las noches en la estación del estío, y donde hay también un famoso hospital militar para los que enferman de la fiebre; y, en fin, visitámos un poético é inmenso cementerio, donde cada tumba está debajo de un cinamomo, de una ceiba, de un naranjo ó de una acacia roja, y donde las calles son de jazmines, de naranjos y de rosas.

Edificio de mercado como el de Jamaica no lo hay igual en Europa, ni puede describirse como debiera; pero siendo mi propósito dar de todo lo que veo alguna idea á mis amigos y á mis paisanos que no pueden tener la fortuna de viajar, voy á ensayar su descripción.

Sobre columnas delgadas de fierro, que están barnizadas de blanco, en un espacio como de una cuadra, situado en la orilla del mar, se ha levantado un techo, también de fierro y barnizado, que libra todo el recinto de los rayos del sol, pero que está abierto á intervalos en forma de arabescos, para que el aire se renueve y se mantenga fresco. La entrada está abierta por todas partes, y las columnas que sostienen el edificio se hallan colocadas de

manera que forman calles espaciosas, por donde circula con desahogo y comodidad la gente; y entre columna y columna hay mesitas de mármol blanco de diferentes tamaños, para expender las carnes, el pescado, las legumbres, las frutas y las flores; dispuestas de modo que cada calle tiene su especialidad, y el que se coloque en un extremo divisa todos los artículos de una misma clase y puede escoger los mejores y los más baratos; y las calles transversales tienen los víveres de semejante naturaleza.

Vimos y comprámos á muy bajo precio todas las frutas de tierra caliente que conocemos en Colombia, y muchas otras que jamás habíamos gustado.

Las vendedoras son negras, pero hay algunas que pudieran competir en belleza con la reina Sabá, y otras espantosamente feas, mas todas vestidas de vivos colores, con flores en la cabeza ó un pañuelo de madrás, y cargadas de joyas. Como las compradoras son también negras de las que sirven en las casas, y la raza negra es habladora, bulliciosa, alborotada é inquieta, el mercado es lo que en nuestro país llamámos una *merienda de negros*.

Triste es recordar la plaza de mercado de Bogotá, verdadera pocilga de todo lo inmundo y de todo lo asqueroso; pasquín puesto á la civilización de la capital de Colombia, lugar de robo y de estafa hecho por el Gobierno á los expendedores, y donde todos los frutos, tirados en el suelo, amontonados, sucios, dañados, corrompidos, se expenden al sol ó en corredores indecentes, en los cuales la multitud se reúne, se aglomera, se estrecha, se atropella; y en recio combate, saltando las mujeres por sobre los tercios de frutas, es como logran hacer un mercado escaso, caro y detestable.

Visitámos también dos templos, el uno católico, dedicado á San José, sencillo, elegante, aseado, primoroso, con un solo altar de frente, todo de mármol blanco brillante, y notámos que ya desaparecían las imágenes vestidas de telas y las cortinas que se usan en Colombia. El segundo era una imitación de capilla gótica, y estuvimos en el momento en que, acompañadas del armonio, cantaban himnos sagrados con admirable voz todas las negritas que, bien vestidas y con aire recogido, estaban sentadas en sus bancos.

Dije que afortunadamente la isla no había vuelto al dominio español, y abona mi dicho el contraste que existe entre las colonias españolas, Cuba por ejemplo, donde reina la esclavitud é impera el capricho del Capitán general enviado por el gobierno instable y despótico de España, y Jamaica, donde el trabajo es libre, reina la misma libertad que en Inglaterra, y hay legislatura propia, limitándose la madre patria á enviar un gober-

nador que vea por la prosperidad de la isla y que sea el guardián respetuoso de sus leyes, quien tiene como garantía la grande armada inglesa.

Yo quería á Jamaica, y habría asegurado que la conocía, pues mi padre, en tiempos en que un viaje al otro lado del océano era cosa extraordinaria, la había visitado, y como conservaba de ella gratos recuerdos, nos hacía relación de ella y de los usos y costumbres de sus habitantes; relación que yo oía con verdadera atención y que, guardada con cariño por mí, he recordado al pisar su suelo, para mí sagrado, por las ya borradas huellas de mi padre.

Con él vino á llevar ancheta don Esteban Tenorio, de Honda, *cachaco* rumboso y elegante de su tiempo, en quien la civilización que encontró en Jamaica hizo tal impresión, que al volver á su país, toda relación se le hacía pálida para deslumbrar á sus oyentes, y se dió á contar mentiras que han pasado á la posteridad.

« Las calles de Jamaica, decía, están forradas en gutapercha, y son tan elásticas, que cuando cae una basura, la arrojan como por resorte. Hay máquinas por medio de las cuales se guardan los rayos del sol, rayos que por la noche se difunden por la ciudad; y los coches no necesitan de caballos, sino que andan y se detienen por medio de un resorte que uno mueve á su voluntad. En una visita apenas se oye lo que se conversa, porque todos los caballeros usan cajas de música en los tacones de las botas; cajas que forman un delicioso concierto, mientras mujeres tan lindas como las ninfas de Calipso ofrecen á los viajeros una espléndida hospitalidad. En la lucha de un *bulldog*, perro inglés de presa, con un formidable mastín español, hubo apuestas de ingentes sumas entre ingleses y españoles á sus respectivos perros. Éstos salieron al sangriento circo por diferentes lados: se miraron furiosos, se atacaron y se *tragaron mutuamente, no quedando de ellos más que las dos colas.*»

De vuelta al vapor, lo encontrámos lleno de nuevos pasajeros, y sobre todo, de *señoras, señoritas y caballeros negros*, de Haiti; ellas, finas, elegantes, amables como la más pulcra parisiense, y ellos con toda la dignidad y cultura de un español. Mi gozo fué inmenso, pues yo he sido en mi país *negrófilo, gólgota y visionario*, abogando siempre por las razas oprimidas y por las abandonadas de la suerte.

Muchos se burlaban del vestido extravagante de los caballeros, de sus corbatas rosadas, camisas ricamente bordadas y con botonadura de diamantes ó de corales, pantalones claros y de grandes cuadros y cadenas cargadas de juguetes, con que sostenían el reloj. Las señoras hallaban feo el que las señoritas negras besasen á los hombres al darles el *bon jour*; encontraban

que la *toilette* de las señoras era demasiado *recherché* y que estaba muy cargada de joyas, y les parecía extraordinaria la afectación en la sociedad de los negros. A mí me parecía todo delicioso y de buen gusto.

El choque antipático de las razas es tan natural como el de la electricidad ; y á pesar de mi buena voluntad, dos seres me fueron sumamente antipáticos.

Era el primero un negro afectado, presuntuoso, arrogante, gran político en su país, del que había sido desterrado, y al cual volvía por haber triunfado en la reciente revolución el partido de que era jefe. Siempre estaba rodeado de sus partidarios, y entre ellos dejaba caer algunas palabras sentenciosas que ellos recogían llenos de admiración y de entusiasmo. Si hubiera podido, yo lo habría mandado á desherbar caña á un trapiche.

Fué el segundo una matrona negra, de la *crême*, con unas *pasas* erizadas y blancas como cuero de perro, cargada la flaca garganta de joyas riquísimas, vestida de raso morado y calzada con medias de seda y chinelas de color ; matrona que se hacía subir sobre cubierta en un mecedor por dos negritos, y permanecía allí con el abanico en la mano y con aire majestuoso, exigiendo siempre nuevos servicios, y recibiendo los homenajes de todos sus amigos.

¿ Esas tenemos ? decía yo. ¿ También hay *matronas y crême* entre los negros ? ¿ También hay desigualdades sociales, orgullo y arrogancia ? ¡ Pues que vuelva la esclavitud !

Esto sentía yo ; y confieso que era una excepción de mis eternas ideas de igualdad y democracia.

Dejámos á Jamaica, y después de dos días de navegación llegámos á *Port Républicain*, en Haiti, donde nos sorprendió agradablemente el aspecto hermoso de la ciudad, sus anchas calles, sus edificios de azotea y sus grandes iglesias y un aire de civilización imposible de creer en los descendientes de los *cafres, congos y mandingas* transportados de África á América, y condenados como bestias á morir en el trabajo. Prodigio de la libertad, que desarrolla todas las inteligencias y ennoblece todas las razas.

La Española fué el teatro de las glorias de Colón, el hombre que se ha levantado más alto, sin que el pedestal de su grandeza haya sido formado de cadáveres ; el que conquistó para el genio y legó á todos los que, como él, sienten arder en sus sienes el fuego sagrado, el dominio del mundo ; el que en su época llenó de admiración á los reyes y á los pueblos; el que realizó la más grande empresa que han soñado los hombres, y el que dejó una gloria y una fama tales, que cuando pasen los siglos y Carlos V se halle confundido con la serie de déspotas que se han sucedido en todas

las naciones; cuando apenas pueda distinguirse á Napoleón de Gengiskan ó de cualquiera otro de esos destructores de la humanidad, entonces, en todas las naciones prósperas, ricas y poderosas que se levanten donde hoy no se ven sino selvas, en toda la América, se repetirá con amor y veneración el nombre de Colón.

La Española fué también el teatro de sus dolores, de sus humillaciones, de esa agonía terrible del que se siente grande, bueno, poderoso, magnánimo, y se ve atacado, mordido, despedazado por mil serpientes á un mismo tiempo, como son las viles pasiones de la humanidad, excitadas por la medianía, la rivalidad, los celos y la envidia.

La Española, donde fué fundada la ciudad de Santo Domingo, primer establecimiento cristiano en el Nuevo Mundo, y que llegó á un alto grado de prosperidad cuando de allí salían todas las expediciones sobre el Continente ; primer arzobispado americano ; primera Audiencia española en este Continente, y suprema autoridad, en los días de la Conquista, para toda la América, *La Española* fué siempre colonia de la Península hasta el siglo XVII, en que los *bucaneros* franceses, sin permiso de las autoridades españolas, se establecieron en la isla de Tortuga, cerca de la costa septentrional de Santo Domingo, mandando expediciones piráticas á todas partes, fundando haciendas de cañas y destruyendo las de los españoles: *bucaneros* ó *filibusteros* que fueron reconocidos como súbditos franceses por el Rey Luis XIV, á quienes confió muchas expediciones marítimas, y que al fin fundaron una colonia francesa en la parte occidental de la isla, cuyo territorio les fué adjudicado definitivamente por el Tratado de Riswik en 1697.

Desde entonces la isla fué dividida por mitad : la parte española y la parte francesa ; en la primera se ha levantado la *República de Santo Domingo,* de blancos ; y en la segunda la *República de Haiti*, de negros. Esta última, que conquistó su Independencia en 1804, después de haber tenido que luchar contra la ambición de muchos caudillos que se han alzado con el poder titulándose reyes ó emperadores, con los nombres de Jacobo I ó Faustino I, ha logrado fundar un gobierno formalmente republicano y popular; tiene Cuerpo legislativo, compuesto de dos Cámaras; Presidente que ejerce el Poder Ejecutivo, y tribunales independientes. Allí se habla francés ; la religión común es la católica, pero hay libertad verdadera y eficaz de cultos. Sólo los negros pueden ser llamados á los puestos públicos y tener el título de « Ciudadanos de Haiti.»

Esta última condición es, sin duda, motivo del justo encono que se abrigaba entre ellos contra los blancos ; pero en cambio hay un pensamiento consig-

nado en la Constitución, que consagra la fraternidad con toda la raza negra en la extensión del universo; pensamiento que no han tenido los blancos, y que hace haitiano á todo negro nacido en Egipto ó en Virginia ó en el Chocó, en cualquiera parte del mundo, al llegar á las puertas de la libre República. ¡ Viva Haiti !

Saludemos los colombianos al llegar á Haiti, llenos de respeto, la memoria venerable del Presidente Petión, del noble negro que estrechó como amigo la mano de Bolívar, que le brindó una regia hospitalidad cuando llegó á sus puertos pobre, abandonado y perseguido, y que luégo, del Tesoro público y con su propia fortuna, formó esa memorable « Expedición de los Cayos,» más famosa y más aventurada que la de Jason en la Grecia con los argonautas, y que tanto contribuyó á mantener la idea de libertad en todos los americanos, y á animar á los venezolanos á la guerra y á la lucha triunfal y definitiva de Colombia.

Petión, al decir adiós á Bolívar, ni le pidió indemnizaciones ni le exigió garantías por los gastos que hacía: sólo le encargó que « al llegar á su patria diera libertad á sus hermanos los negros esclavos.» ¡ Qué hermoso es esto !

De los Cayos salieron los dos heroicos hermanos Carabaños á intentar una expedición sobre la Nueva Granada, y habiendo caído en poder de los españoles, fueron ambos fusilados.

Acerca de la fabulosa expedición dirigida á Venezuela, honra de Petión y gloria de Bolívar y de sus compañeros, nada puedo decir que sea igual á lo que paso á insertar, escrito por Larrazábal :

« Marchó el Libertador hacia los Cayos, donde llegó unos días antes que la escuadra conductora de las tristes reliquias de Cartagena. De los Cayos se fué á la capital de Haiti, Puerto Príncipe, donde le recibió cordialmente el generoso Presidente Alejandro Petión, para quien llevaba una carta de introducción dada por el señor Roberto Southerland, rico comerciante de los Cayos y uno de los hombres que con más largueza protegió al Libertador en su desgracia.

« Southerland era originario de Inglaterra y, como tal, amante de la libertad de los pueblos. Nada escaseó de cuanto podía necesitar en Haiti ; interesó á Petión en favor de la independencia de Venezuela, y él, de su parte, auxilió con armas, dinero, municiones y buques. Fué tal la parte que tomó Southerland en la expedición que proyectaba Bolívar, que, convenido Petión en auxiliarla generosamente, se resolvió : que para no comprometer á Haiti con España, dueña entonces de una gran parte de Santo Domingo, el Libertador giraría sus letras contra Southerland, á

quien se abonarían, sin que en la tesorería de la República hubiera constancia de haberse franqueado á Bolívar tales auxilios. Fué así como pudo completarse el apresto de aquella expedición

« ¡ Honor á Brión, á Southerland y Petión, dignos amigos de Bolívar, magnánimos sostenedores de nuestra independencia ! Un noble sentimiento impulsó sus ánimos, y nada estrecho ni mezquino, nada personal cupo en el ámbito extendido de sus generosos corazones.

....

« Graves fueron, sin embargo, las dificultades que tuvo que superar (Bolívar); y mayores habrían sido si Petión, que tomó la empresa bajo sus auspicios, no hubiese escrito dos veces al General Marión, para que dejase obrar con libertad á Bolívar en su arrojado y colosal designio, facilitándole al mismo tiempo fusiles, pólvora, plomo y hasta marineros para la escuadra.

....

« Componíase la expedición de seis goletas y una balandra, mandadas por Brión. Se embarcaron á su bordo ciento cincuenta oficiales con algunos pocos soldados y otras personas capaces de desempeñar cargos civiles.

« El número total no alcanzaba á doscientos cincuenta hombres.

« El parque y las municiones eran bastantes para armar seis mil hombres, llevando elementos de reserva.

....

« En vísperas de partir, Bolívar fué á Puerto Príncipe á decir adiós al Presidente Petión y á mostrarle cuánto agradecía la protección de que le era deudor.—« Yo no puedo pagar vuestras generosidades, le dijo abrazándole, sino con los sentimientos más puros de mi amistad y de mi gratitud.» Petión, derramando lágrimas de ternura, le contestó: QUE LE BON DIEU VOUS BÉNISSE DANS TOUTES VOS ENTREPRISES !

« En ese acto, el magnánimo magistrado de Haiti exigió á Bolívar que, al llegar á Venezuela, diese libertad á los esclavos— ¿ Cómo podréis fundar la República, le dijo, existiendo la esclavitud ? Bolívar se lo prometió, añadiéndole: no me pidáis ese acto de justicia como recompensa de vuestras liberalidades, sino como una diligencia feliz de mi destino.

« Después (en la tarde del 28 de Marzo), Bolívar estuvo á despedirse del General Marión. También le significó su gratitud, tanto por los servicios que había hecho á la causa de Venezuela, como por las bondades de que le colmara personalmente, durante su residencia en los Cayos.—« Yo no las olvidaré jamás,» le decía Bolívar; y con esto le suplicó que aceptase su retrato, y un abrazo expresivo de verdadera y fiel amistad. *Je vous*

écrirai souvent, mon Général ; que la correspondance des amis double leur existence. Estas fueron las últimas palabras de Bolívar al General Marión.

....

« Antes de terminar este capítulo, permítaseme dedicar unas líneas á la dulce memoria del inmortal Petión.

....

« Petión amaba la virtud por inclinación, y quiso á Bolívar por simpatía.— « Yo tributaré siempre mi admiración á este grande hombre, escribía á Francia ; yo le conozco y sé de lo que es capaz. Siento inclinación por él, como la siento por los grandes hombres de la antigüedad.»...

La navegación por un mar tranquilo es tan igual, que se hace monótona ; una onda es igual á la que pasó, una hora igual á la otra, un día igual al anterior ; y por fin, profundo fastidio y aburrimiento constante dominan el ánimo. Además, la tristeza que la ausencia de los seres amados inspira y la soledad en que uno se halla, contribuyen á hacer inaguantable la vida á bordo.

Vayan otros versos que hice por pasar el tiempo :

Dichosa tú, que ves indiferente
Las encrespadas olas reventar,
Tú, á quien no pasa por la noble frente
Nada que pueda la quietud turbar.

Pobre de mí, que miro tembloroso
Las encrespadas olas del turbión,
Y que contemplo tímido y medroso
La tempestad que agita al corazón.

Dichosa tú, que cruzas por la vida
Llena de gracia y fresca juventud,
Por el amor tu nave conducida,
Y triunfante y gloriosa tu virtud.

Pobre de mí, que voy, rota la vela,
Arrastrado por recia tempestad
Y perdida mi pobre carabela
En inmensa y desierta oscuridad.

Dame tu fe para mirar al cielo,
Dame tu luz para tener valor :
Siga mi barca de tu nave el vuelo,
Sé tú en el mar mi norte salvador.

Poco á poco se forma en el buque un pequeño mundo, con sus pasiones, sus placeres, sus odios y sus rivalidades, y hay anécdotas que referir y escándalos de que tratar.

Los oficiales ingleses son muy afectados y presuntuosos. Uno de ellos venía de Damerara y quería ser el Adonis del buque. Llevaba gran casco de cuero ó *sombrero á la Campbell*, con velo blanco que dejaba caer de un lado con coquetería; chaqueta ó dolmán azul con galones, abrochado, y pantalones de paño rojo en extremo ajustados. Dió la desgracia que un día se sentara sobre un clavo que le desgarró los pantalones por detrás; y desde entonces las señoras no dejaban de reírse de aquel Adonis, que llevaba siempre una de las manos en las posaderas.

La señora N......no podía bajar al comedor, porque se mareaba horriblemente, y hacía que su esposo le enviase de la mesa los mejores platos; mas por una rara coincidencia, el Capitán escogió la hora de comer para vigilar sobre cubierta, sin duda por ser la más á propósito. A los pocos días la señora sabía tomar la hora en el cuadrante solar, medir los nudos que el vapor corría, y estaba iniciada en otros muchos misterios de la náutica y en otras ciencias que jamás le había enseñado su marido.

El camarote de una vieja literata inglesa estaba junto al *gabinete de baño*, y las puertas, que quedaban á un tiempo cerradas, se confundían perfectamente, abriéndose ambas por medio de un botón de metal. Cierta noche un paisano nuéstro (antioqueño) tenía mucho calor y quiso darse un baño, y como no esperaba encontrar á nadie, se envolvió en su sábana, pero se equivocó de sitio y se presentó casi en cueros á la inglesa. ¡ Qué escándalo! Por poco lo echan al mar los malditos ingleses por ataque al pudor de una virgen.

Yo *no dejo de ignorar algo el inglés*, como dicen en mi tierra, y una noche que estaba tendido en un banco retirado, noté que dos enamorados habían escogido también aquel sitio para conversar.

—Te amo mucho, mucho, y tú debes ser mía, le decía el galán á la dama en el momento en que yo involuntariamente me volví de un lado; y habiendo notado ambos mi presencia, dijo ella:

—Chist! nos oyen.

—No hay cuidado, replicó el amante; es un *spaniard* (un español, como quien dice un perro); con lo cual ella se tranquilizó y siguieron los dulces coqueteos. El abanico se le cayó á la niña, por casualidad; él se agachó á recogerlo, y al entregárselo le cogió una mano, la que permaneció entre las suyas mucho rato. Poco á poco el brazo pasó por detrás de la cintura, los rostros se inclinaron, los labios trémulos.........

—¡ Go head! dije, y recité como distraído esta estrofa:

« When I see those lips of thine
Their hue invites my fervent kiss
Yet I forego that bliss divine
Alas ! it were unallow'd bliss,»

en el mejor inglés que pude; que quiere decir, poco más ó menos :

Siempre que tus labios vi,
Un beso me provocó,
Pero esta dicha, ¡ ay de mí !
El cielo me la impidió.

Un rayo que hubiera caído al pié de los amantes no habría causado más impresión que mi intempestivo verso. La niña se escapó azorada y temblorosa, y el galán quiso armarme camorra; pero yo era un pobre *spaniard*, y seguí durmiendo sobre mi banco.

El domingo la tripulación uniformada y mandada por sus oficiales, también en uniforme, toda la servidumbre del buque y todos los pasajeros protestantes bajaron al comedor, transformado en capilla, al *oficio divino*. La bandera inglesa estaba extendida sobre una mesa, y allí colocada la biblia; un protestante leyó algunos versículos en el libro sagrado, y después pronunció un discurso que todos oyeron, llenos de veneración, durante dos horas que duró la ceremonia. Mis hijos y yo bajámos para presenciar el acto, limitándonos á permanecer respetuosos mientras se celebró.

Cuando subímos, el padre Superior de los Jesuítas, de quien fuí grande amigo, pues nuestras conversaciones nunca pasaban los límites de la ciencia, estaba rodeado de españoles y americanos que le argumentaban y combatían las doctrinas católicas, en presencia de los protestantes, y sin consideración al ejemplo que les acababan de dar tan solemne y dignamente. Desembarazándose de todos ellos, y con el aire comedido y caballeroso que lo distinguía, se acercó á mí y me preguntó sobre todos los detalles de la ceremonia, añadiendo :

—Si no me fuese prohibido y no fuese además una cosa impropia en un sacerdote católico, yo habría oído el discurso protestante.

El *tío de la Reina* (así llamábamos al peruano fachendoso) quiso jugar ese día *damas* sobre cubierta, lo que le fué prohibido con la brusquedad que acostumbran los ingleses, y el Capitán declaró que hasta la conversación en voz alta era prohibida á bordo los domingos, por lo cual el buque quedó silencioso, como si la peste y el escorbuto reinasen allí.

Llegámos á San Thomas, cuyo puerto, cerrado por todas
excepto en la boca por donde entran los buques, es perfectamente re
está á cubierto de todos los vientos, y es el más seguro de los
islas antillas. En el fondo del puerto está la ciudad en la pendie
una colina, y dividida en tres grupos que, empezando en la pla
mar, se van levantando suavemente hasta la mitad de la falda
sorprendente simetría.

Como un aderezo de corales colocado en su caja de terciopelo ve
San Thomas para el que lo contempla desde el mar; y lo rico
almacenes, la belleza de sus casitas de persianas verdes y de tejados
el aseo, la animación y el comercio que se nota por doquiera,
encantadora esta isla para el viajero.

San Thomas es llamada la *Isla virgen*, pertenece á Dinamarca,
un comercio activo con las costas de Venezuela, y la ciudad de su no
que cuenta seis mil habitantes, es el refugio de todos los venezolano
alternativamente y por causas políticas, tienen que salir de su país.

La isla se gobierna casi autonómicamente; y la madre patria, q
lo es, pues sus habitantes no son dinamarqueses, se limita á darle seg
y á imponerle fuertes exacciones por un sistema tributario muy or
reducido á cobrar una patente por el ejercicio de cada profesión ú
cuyos derechos van al Tesoro Real. Estas patentes son casi un priv
y por la única botica que existe allí paga el propietario diez y oc
pesos por año.

Desembarcámos para conocer la ciudad, darnos un baño en
dulce y comer, y sobre todo para dormir en tierra, en piso firme y
quieta, todo lo cual deseábamos mucho; y fuimos al mejor hotel, qu
Turco-Español, diabólica mezcla.

El baño nos lo dieron con poca agua y costónos un peso por pers
comida, que nos pareció exquisita después de la de á bordo, y la cam
era un catre de viento, sin vacilación y sin ambajes la más espléndi
mundo, y todo lo demás, á fuerza de extras y añadiduras, alcanzó
por tres personas.

Mi amigo Pérez, gastador como ninguno, creía que lo habían
abusando de su generosidad y de su franqueza; pero yo le o
que no de otro modo podían venirse los europeos, dejando su pat
proporcionarle todas las comodidades al viajero, en una isla ardiente
sana; y hecha esta reflexión, como era hombre muy impresionable,
que nos habían llevado muy barato y obsequió con un peso á cada c

Nos fuimos de San Thomas y con esto le dijimos adiós á la ti
adiós á la América, engolfándonos desde allí en el inmenso océano.

CAPITULO VII.

Opiniones sobre la navegación — La señorita Wilson — Victor Hugo — Southampton — Los ferrocarriles — Ricardo Rivas — Londres.

DISCUTÍAN sobre navegación tres de mis compatriotas, y sus reflexiones eran éstas, poco más ó menos: «Es en presencia del mar, decía uno, cuando yo admiro el poder de Dios, inmenso, incomprensible, capaz de crear esta maravilla suntuosa, grande como la inmensidad, sublime como la gloria, hermosa como el sol, terrible como el infierno; y en su presencia me siento postrado, rendido, y mi corazón, lleno de admiración, de fe y de entusiasmo, le rinde al Supremo Creador adoración y culto.»

«Yo lo que siento es orgullo de pertenecer á la raza humana, decía otro, esa raza que desnuda y desprovista de todo lo que á las otras razas sirve para su defensa, es echada al mundo á cumplir una peregrinación de necesidades y de miseria. El mundo la recibe con espinas y con hambre: las fieras la devoran, las enfermedades la aniquilan, el calor la postra, el frío la entumece, los ríos la detienen, el océano la espanta. Y sin embargo, con sus propios esfuerzos, sin ayuda extraña, quiebra las espinas que herían sus pies, abate las selvas, rompe y domina la tierra, haciéndole producir ricos dones, destruye ó hace huír pavorosas las fieras, le arranca á la naturaleza el secreto para tener encerradas en su odioso antro la mayor parte de las enfermedades, levanta ciudades donde el frío no penetra y el calor se mitiga, encadena los ríos y pasa sobre ellos con soberbia planta, domina todos los continentes, posee todos los climas y al monstruo océano le echa primero una barca leve á ver si la devora, y ve

que la barquilla juega sobre las escamas de sus espaldas. Después le agrega una vela de lienzo á la barquilla, vela que el viento hincha y á su impulso la nave se aleja de la amable ribera; luégo en más grande aparato se lanza á otras regiones, y por último, sobre palacios inmensos, suntuosos, magníficos, atraviesa los mares, obligando al fuego á que impulse su morada regia, burlándose de los huracanes, dominando las tempestades y mandando al océano como rey y soberano. Esto es grande, esto es hermoso!»

«Lo que yo admiro más, decía el tercero, es la gran bestialidad de dejar mi casita y mi familia allá en mi tierra para venir á marearme, á comer mal, á pasar trabajos, y á estar á dos dedos de la muerte, y de día y de noche en peligro inminente de servir de alimento á los amables tiburones, que están siempre rodeando el vapor! Esto sí es de admirar! Si de ésta escapo y no muero, no más boditas al cielo!»

Un año hacía que la señorita Wilson, que iba en el vapor, se había casado en Londres con un joven oficial destinado á la guarnición de Jamaica, y llena de juventud, de hermosura, de amor y de ilusiones se había embarcado en este mismo vapor, confiándole á su esposo inocencia, fortuna y porvenir.

En una camilla de mimbre se veía algunas veces sobre cubierta, abandonada de todos, una mujer pálida y devorada por la fiebre; torcida, contrahecha y desfigurada por el reumatismo; envejecida y paralizada por los dolores, y de la que no quedaban más que dos magníficos ojos azules y una mirada llena de dulzura, de santidad y de resignación. Esta infeliz mujer era la señorita Wilson, que en un año había visto desaparecer todo: belleza, juventud é ilusiones; pues su esposo había resultado un disipado jugador y un perverso que le había malgastado su fortuna en la isla, y que removido del empleo de Teniente por sus vicios, volvía á Londres.

No podía hablar la infeliz criatura, y sin embargo sus ojos conversaban, su mirada sonreía: á su lado pasé muchas horas encantado y casi venturoso.

Cuando la subían en su camilla, miraba á todos lados hasta que me encontraba; después dirigía la vista en busca de mis hijos, y cuando estaba reunida la familia, me llamaba á su lado.

¡Cuánto amor brillaba en su mirada! ¡Cuando su indiferente esposo se le acercaba, cuánto dolor y cuánta amargura revelaban las lágrimas que le vi derramar!

Admiraba de mis hijos más á José María, y me decía que ella estaría orgullosa de tener un hijo como él; pero sus simpatías eran por Evaristo, de quien todo le caía en gracia.

Como oía perfectamente, yo le leía en inglés, y mi mala pronunciación

la hacía sonreír. Con su mano débil me indicaba los pasajes que debía repetir, y me marcaba las frases que quería ella decirme, manteniendo así, durante la navegación, largas conversaciones que todavía recuerdo con ternura.

El día de separarnos en Plimouth me dijo adiós, lloró y me pidió que la besara: yo estreché su mano y la besé con amor en la marchita frente.

Es imposible para un hijo de las montañas sentirse bien á bordo: la monotonía, el cansancio y el fastidio se apoderan de él, por más comodidades que tenga y más ventajas que lo rodeen, creyéndose en la condición más penosa y desgraciada de la vida ; y en su egoísmo no vuelve á mirar á los pasajeros de *segunda clase* que van sobre cubierta ó tienen los peores camarotes, que comen en un comedor apartado y á quienes nadie sirve, sin embargo de que entre éstos van madres de dos ó tres párvulos, ancianos débiles y extenuados y lindos niños que no pueden salir siquiera á respirar la brisa del mar; y jamás pasa á ver á los de tercera clase que van en el entre-puente, aglomerados como carneros, expuestos á la lluvia y comiendo con los marineros; ni se fija en los infelices *caldeleros*, criaturas que alimentan el fuego de las calderas del vapor, y condenados á vivir ardiéndose siempre y á morir á los tres años de una vida infernal !

Esta es la condición de la humanidad, y no puede uno conformarse con que ni la civilización ni el progreso alcancen á cambiar en nada los caprichos del destino. Algunos hombres, llevados en alas de la fortuna, atraviesan gozosos el sendero de la vida; otros, cargados con el peso del infortunio, lo atraviesan entre fatigas y dolores. ¡ Ay ! y los dichosos se complacen á veces en echar el peso de leyes inexorables, religiosas, políticas y sociales sobre los pobres que de generación en generación van pasando, sin que la carga llevada por los padres en su peregrinación se disminuya en nada para los hijos. Yo no pude aliviar á los miserables que iban con nosotros. ¿ Valen algo las lágrimas de la compasión ?

El día 29 por la mañana los marineros se presentaron sobre cubierta aseados y con sus vestidos nuevos; á las diez divisámos tierra de Europa, y multitud de alegres pájaros vinieron como á recibir á los mensajeros del Nuevo Mundo y á revolotear al rededor del buque. ¿ Cómo será Europa ? me preguntaban mis hijos llenos de curiosidad; y yo, más ansioso que ellos, procuraba descubrir con el anteojo el aspecto de la tierra, hasta que alcancé á ver bien un terreno elevado sobre el mar, y las olas de éste que se estrellaban contra gigantescas rocas, y más allá una grande extensión plana del aspecto de la hacienda de Fute, sembrada de trigo, sin árboles y sin agua. El aspecto de Liset-Point, que ésta era la tierra que divisábamos,

no es hermoso, y sin embargo, ¡qué emoción tan poderosa la de nuestra alma al ver la tierra después de tantos días de soledad y de tristeza en el mar!

El contento era general, y el buque resonaba con los gritos de pláceme y de alegría de todos los viajeros que con afán se preparaban para desembarcar, los unos en Inglaterra, los otros en Francia. Más de trescientos pasajeros que íbamos unidos, llevando una vida común, participando de igual suerte, expuestos á unos mismos peligros y entre quienes se habían establecido relaciones de amistad y de simpatía, debíamos separarnos allí, yendo los unos á Noruega, los otros á Jerusalén, aquéllos á la Siberia y éstos tornando á América, sin que jamás volviéramos á encontrarnos ni á saber nada de nuestros varios destinos.

Esa es la vida. ¿En dónde está ahora la hermosa danesa que todas las tardes salía sobre cubierta y con su blanca mano de reina repartía bizcochos y dulces á mis dos hijos? ¿Qué tribu reduce á la civilización ese joven jesuíta guatemalteco, que ardía en fuego apostólico y que no quería nada del mundo ni de la sociedad? ¿Qué hizo de sus riquezas ese inglés que había levantado en California una fortuna fabulosa? ¿Conservan su pudor y su inocencia las dos niñas que del Perú venían y que eran el encanto y la alegría del buque? Y ¿qué fué de aquella infeliz, más lujosa que todas las otras mujeres de á bordo, que cuando pasaba hacía bajar la vista de las otras; que tomaba champaña sola como quien toma un tósigo, para ahogar el dolor; mezcla de orgullo insensato, de abatimiento moral, de soberbia satánica, de humillación halagadora y servil; mujer á quien nadie amaba y todos admiraban? ¿Hay alguno entre esos pasajeros que siquiera conserve el recuerdo de mi nombre ó el de un rasgo de mi fisonomía? Y ¿esto para qué?

Infinidad de buquecitos de vela surcaban el mar en todas direcciones, tripulados por dos ó tres personas, llevando cada uno su vela desplegada, en donde se leía «Plimouth,» y el número en grandes caracteres; y eran tantos, que el mar estaba cubierto, y el ánimo se alegraba de ver que en caso de peligro habría pronto y eficaz auxilio.

A las dos de la tarde atracó el vapor en el famoso puerto de Plimouth, para dejar pasajeros; y una multitud de inglecitas rubias y rosadas, con cestos de frutas frescas, y otra de viejas con peluca, ofreciendo periódicos, lo invadieron, en términos que fué imposible para los pasajeros el resistirse á comprar todo lo que ofrecían.

El salvaje de las selvas primitivas del Misuri descrito por Chateaubriand, que bajó en su canoa bogando por centenares de leguas, que entró al Mississipi y se encontró de repente en medio de la civilización y de los

ntos de una ciudad edificada por los blancos, no quedó, sin duda, más endido que yo ante el espectáculo de la civilización inglesa, vista por era vez en Plimouth. Todo lo veía lleno de admiración : nada me ba.

De Plimouth seguímos por las costas de Inglaterra, que están amura-s, fortificadas y llenas de castillos tan formidables que hacen imposible, utamente imposible, el desembarco en la isla, y que la defienden por partes. En prueba de la fraternidad de las naciones, del otro lado, ancia ha levantado á Cherburgo, el puerto militar más formidable de empos modernos.

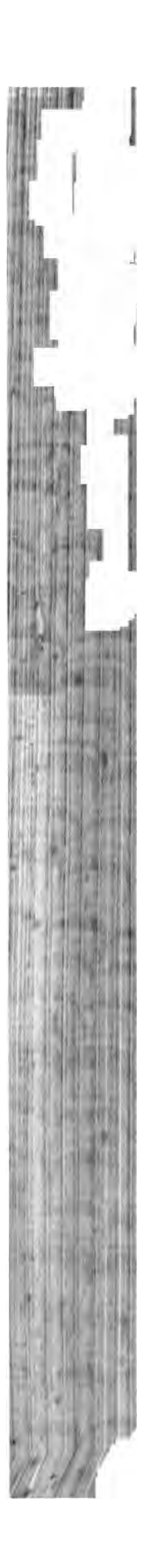
Seguímos navegando con extraordinaria tranquilidad—tan quieto, suave nso estaba el mar—hasta entrar en el *Canal de la Mancha*, que separa á terra de Francia, y de en medio del cual se divisan á veces las costas tas dos naciones, que por tantos siglos fueron enemigas y vivieron uerra permanente, y los faros que á lo lejos arrojan la luz por la noche.

Al día siguiente no apareció el sol. Una niebla oscura y triste lvía el buque, impidiendo que marchara, y las tinieblas nos rodeaban odas partes. La oscuridad era tal, que las lámparas no alumbraban , y el buque, quieto, á cada momento dejaba oír el melancólico bramido na corneta colosal, avisando así á los otros buques en dónde estaba, que no fueran á tropezarse con él y á echarlo á pique.

Esta niebla duró veinticuatro horas, al cabo de las cuales el vapor rumbo hacia Cherburgo para dejar allí otros pasajeros.

A las doce de la noche el cañón de á bordo sonó, y todos estuvimos to sobre cubierta á admirar la ciudad iluminada, á ver esa infinidad de de diversos colores; unas, que van rectas á perderse en calles inmensas; , que lucen, brillan, andan y desaparecen; éstas, las de los ferrocarriles, se van, dejando un reguero de fuego, y las de los faros, que giran y jan unas veces una claridad blanca y suave como la del amanecer, y s una luz rosada como la de la atmósfera de Marte. ¿ Qué fuegos iciales, qué maravillas pirotécnicas pueden ser comparables al alum-lo de una ciudad europea, vista de lejos, y al maravilloso juego de luces en la inmensa extensión del horizonte se alcanza á contemplar ?

Seguímos para Inglaterra, vimos á la derecha á *White Island*, nos on dónde quedaba Guernesey, donde tuvo su residencia Victor Hugo, nfieso que fué muy grato para mí, al llegar á Europa, traer á la oria la figura de ese hombre inmortal, á quien tanto deben la lite-a, la libertad y la democracia, y que aparece derramando luz, teniendo edestal una isla verde, tapizada de flores, en medio del océano azul y



rodeada por la inmensidad ! Ninguna obra humana alcanzaría á levan
hasta donde él está : ningún monumento podría encerrar á ese gigan
el espacio y el infinito apenas bastan á reflejar su gloria.

Victor Hugo, á quien Dios concedió ese gran genio que solo
otorga como un dón á algunos de los muchos que atraviesan el cami
la vida, ha sido, no sólo el poeta más inspirado de su siglo, sino ta
el hombre más grande, porque empleó ese genio en castigar á los ti
en ayudar á los miserables, en levantar á los caídos, en glorifi
virtud, en santificar el trabajo, en aliviar la infancia, en deificar al
y en fundar la libertad. Como poeta, ha sido el fundador de una
escuela, la romántica, como dicen sus rivales; el conquistador que ab
par en par las puertas de ese templo en donde por siglos había
encerrado Apolo con las Musas, recibiendo el culto afeminado de sac
iniciados en los misterios de una ciencia difícil, templo del cual sólo
pálidos resplandores ó armonías eternamente iguales, que se gua
como voces del cielo. Victor Hugo es quien, llamando á todos l
sienten dentro del pecho arder el fuego de la inspiración y el
alumbrado por el pensamiento, ha dicho: «¡Vosotros tambié
sacerdotes, y este es el templo común á los mortales !»

La humanidad había proscrito los poemas épicos, como proscr
construcciones enormes de las pirámides de Egipto. Voltaire
último que escribió un poema, *La Henriada*, y á pesar de su
y de haber cantado las glorias y virtudes del rey más popular en F
su poema fué infeliz y muy inferior á sus tragedias. Nadie leí
Odisea, ni la *Iliada* de Homero, ni mucho menos *La Eneida* de V
cuyas bellezas sólo los sabios podían admirar, como admiran los natu
llenos de encanto, la formación hermosa del topacio. Racine y C
habían llenado el mundo con sus tragedias durante tres siglos.
Atalía, *Ester*, *Andrómaca*, *Cinna*, desde el tiempo de Luis XIV se
instalado en el teatro francés; y de allí no pudo arrojarlos ni la rev
francesa, que proscribió la religión en los templos, que echó una
del Louvre y que acabó con las tradiciones de la vieja monarqu
era triste para la humanidad el que la literatura fuese un monst
devoraba todos los genios, extinguía todas las inteligencias y mata
las aspiraciones. No era posible que entre más de seiscientos nomb
Francia inscribía en el catálogo de sus autores célebres desde el
de Luis XIV hasta el de la Revolución, ninguno hubiese logrado
una tragedia que mereciese la inmortalidad; y no se podía soport
poco que de entonces para acá no hubiera brotado la tierra otro Ra

Beaumarchais perdió su reputación con sus comedias dolientes.

Madama Bocage, que por su talento y su instrucción se hizo abrir las puertas de muchas Academias, murió en el teatro con *Las Amazonas*.

Crebillon parecía que, con el genio de Esquilo, dueño del terror, uno de los primeros y quizás el más poderoso de los efectos dramáticos, pudiera haber reemplazado á Corneille, y sin embargo se halló que su *Idomeneo* era una pieza demasiado sombría, que estaba llena de imperfecciones que una sabia crítica no podía dejar pasar en silencio.

De Fontenelle, tan notable por sus trabajos históricos y filosóficos, « es preciso,» dice Baile, «olvidar, para su gloria, que hizo tragedias y comedias.»

La Grange, que en las *Filípicas* muestra genio, valor y energía, no conserva en sus tragedias el más debil resto de ese calor impetuoso, y la falta de sencillez en el plan, la negligencia en la versificación y mil otros defectos que le hallaron, fueron causa del descrédito en que cayeron *Amasis* y *Ino & Melicerte*.

La Harpe, el célebre editor de *El Mercurio*, cuyos trabajos fueron coronados por la Academia, hombre verdaderamente ilustrado y sabio, escribió á *Timoleón*, *Phacamond*, *Gustavo Wasa* y *Men Kaft*, en las cuales, según la opinión de los sabios, hay poca energía en los caracteres, languidez en la acción, falta de verosimilitud en las escenas y de vigor en la relación.

Voltaire mismo, « de gran talento, con luces capaces de honrar á su siglo, con sentimientos que ennoblecen á la humanidad, con todos los encantos del espíritu, con la imaginación más brillante y con erudición profunda,» según las palabras de su enemigo y crítico Baile; Voltaire, que llenó un siglo con su nombre; el genio más vasto que ha tenido la Francia; filósofo, historiador, político, poeta; Voltaire, que robó su risa á Lucifer, con la cual á cada carcajada derribaba una institución, destruía una fortaleza y hacía temblar al Viejo Mundo; de Voltaire dice el mismo Baile: « Algunos escritores inconsiderados han querido levantar su musa trágica á la altura de las de Corneille y de Racine; y ¿ no es esto insultar la credulidad pública? Corneille eleva el alma, Racine la enternece, Crebillon la aterra, y Voltaire no es más que un copista, sin que tenga un carácter que le sea especial; y esta facilidad de apropiarse lo ajeno no prueba verdadero genio, ni en lo trágico manifiesta un talento que justifique, siquiera en parte, los elogios de sus admiradores.»

Nadie, pues, en Francia, ni en el mundo, podía escribir tragedias, después de Corneille y de Racine, según la escuela clásica.

Victor Hugo rompe la tradición, escribe el drama romántico, deja á Edipo y á los reyes, cuyas desgracias nada interesan á la edad moderna, y

las grandes desgracias del corazón son el objeto de sus piezas ; abandona á Grecia y á Roma y entra en la vida real, llena de escenas palpitantes y de emociones arrastradoras, y dejando al alma libre el vuelo, al genio radiar en el espacio, convoca al teatro á la multitud para que vea á *Hernani, La grande donna y la grande artista, Ruy Blas* &c., y la multitud estusiasmada, loca, delirante, corona á Victor Hugo con la diadema arrebatada á los dioses.

Y después de él viene Dumas, da á *Catarina Howard, Cristina de Suecia,»* &c.; y como él mil genios aparecen en Francia y en el mundo entero exhibiendo en el teatro creaciones maravillosas, muchas de las cuales aspiran, con justo título, á la inmortalidad.

Los españoles han sido injustos con Victor Hugo, quien sacó á luz todas las bellezas y el carácter especial de su teatro, en mi sentir muy superior, en la época en que floreció, al de todas las otras naciones ; pues cuando Alemania no tenia un drama é Inglaterra no comprendía ni estimaba á Shakespeare, España tenía ya á Calderón, á Lope de Vega, á Garcilaso; tenía magníficos teatros en Madrid, y hasta en las más pobres aldeas se representaban *dramas de capa y espada*, mil veces superiores á las cansadas tragedias de los clásicos franceses.

En Bizancio las corridas de carros eran los grandes hechos que se ofrecían á la multitud. La destreza en guiarlos, la elegancia en manejar las riendas, las vueltas rápidas y vertiginosas, eran el objeto de la admiración del público ; y al triunfador lo coronaban de laureles y le ofrecían opimos frutos, como en Roma á los grandes vencedores. Llega Mahomet II á sus murallas, enarbola el estandarte del Profeta, muestra los escuadrones salidos del desierto, hace resonar el clarín, y el hipódromo y los grandes y hábiles lidiadores se hunden.

Así, la poesía clásica, en estrecho recinto, bajo elegantes giros y con formas afeminadas, había estado por siglos entreteniendo á los literatos y alcanzando efímeros triunfos, hasta que llegó el gran Victor Hugo con toda la entereza y vigor de una alma enérgica alimentada en el desierto ; y del desierto trajo el ruido del huracán, los perfumes del oasis, la belleza de sus noches estrelladas y la luz que refleja en el horizonte ; y pasmando y encantando á todos, les dijo : ésta es la Victoria.

Las Orientales fueron una novedad en la poesía lírica, que pasmó á los literatos de su época, preguntándose todos quién había revelado á Victor Hugo esa armonía celestial que hasta entonces no se había escuchado sobre la tierra. ¿ Dónde había aprendido ese lenguaje, que sólo habían

hablado hasta entonces las aves del desierto, y, cómo en sus poesías podía conservar la luz del paisaje, el colorido del cielo y las sombras de la tarde ?

Como poeta lírico, excedió á todos en la belleza de los sentimientos, en lo fantástico de las formas, en la sublimidad de los pensamientos y en ese poder mágico de encantar á los sabios, á las mujeres y á los niños con la divinización de lo que el alma siente y el corazón anhela y apetece. Filosofía, amor, sueños, todo lo cantó y todo lo embelleció con el prestigio de su armonía.

Venus, *Galatea*, *Filis* y *Amadis* pasaron la laguna Estigia; y al olvido fueron condenadas las *geórgicas*, las *anacreónticas*, las *églogas*; y toda la poesía antigua se fué en la barca de Caron. Ahora mismo, leyendo *El arte de ser abuelo*, me siento conmovido de tanta ternura ; encuentro adivinados mis pensamientos de padre y descrita una filosofía que yo había también adivinado.

Pero Victor Hugo ha sido no sólo el primer poeta de su siglo, sino el primer carácter, el hombre más digno y el patriota más abnegado.

Cuando su hijo Carlos fué juzgado por unos artículos contra la pena de muerte, Victor Hugo se presentó al jurado, y por única defensa dijo: « Esas han sido mis lecciones. Bendito mi hijo que las ha aprendido y las enseña en el mundo! Maldita la sociedad que intente castigar en el hijo lo que es la obra del padre.»

Cuando el infame Luis Napoleón hizo traición á la República para esclavizar y envilecer á su patria, Victor Hugo dejó á París, su palacio, su puesto en la Academia, sus riquezas, que fueron confiscadas por el usurpador, sus libros, que fueron rematados, y su vida de esplendor y de grandeza, y tomó el camino del destierro, se estableció en Guernesey, desde donde atacó, hirió y azotó á « Napoleón el pequeño » durante diez y ocho años, de una manera implacable.

¡ Qué corazón ! ¡ Qué amor á los desgraciados ! ¡ Qué cariño por los niños, por los inocentes, por los que sufren, por los que lloran ! *L'homme qui rie*, *Les miserables*, *Les travailleurs de la mer*, *L'art d'être grand père*, bastan para glorificarlo á los ojos de los hombres humanitarios.

Victor Hugo reunía todos los jueves en Guernesey á los niños desamparados, en su casa, á tomar una sopa, y en su honor hacía una fiesta, á la que concurrían de todas partes del mundo á oír al orador, á contemplar al dios de la isla y á admirar al patriarca desgraciado.

Victor Hugo amaba la soledad, y en Guernesey escribía:

« Soledad ! Silencio ! Desierto tentador !

«¡ Cuán contenta y apacible está mi alma aquí !

« Me gusta ir en busca del vago horror de la selva.

« La salvaje espesura de los árboles me procura una especie de gozo, mezclado de espanto, encontrando allí un olvido semejante al de la tumba. Pero yo siento que no me extingo en esta soledad, que se puede alumbrar como una antorcha en medio de las tinieblas, debajo de la enramada y de la cripta sagrada.

« Nada ha perdido el hombre por haber arrojado la sombra en el tenebroso fondo del deber. El que de lo alto ve, ve bien, y el que ve de lejos, ve la verdad. La conciencia siente que puede engrandecerse elevándose augustamente ; y el que se eleva á las cimas más altas, puede brillar mejor. Así, yo me retiro al desierto y contemplo al mundo.

« Porque un soñador vaya á la selva espesa ó se siente en las escarpadas rocas á meditar tranquilo en la inmensidad de la noche, no por eso se aparta de la tierra. ¿ No es cierto que después de haber visto pasar tantos hombres se siente la necesidad de huír al centro de la selva ; y que, después de ver tantas mentiras, se siente en el fondo del alma sed de verdad, de paz, de equidad, de razón y de luz ?

« Mi corazón es de mis hermanos, y tengo la urna de la piedad siempre inclinada : la vacio siempre y vuelvo á llenarla ; pero para esto necesito el abrigo y la sombra de las grandes selvas.

« Oh ! yo he visto tan de cerca la miseria ; los choques y los vicios de la multitud ; tanta afrenta sobre frentes venerables ; tantos cobardes engrandecidos por las guerras civiles ; tantos jueces á quienes ha debido juzgarse y condenarse ; tantos sacerdotes manchando el esplendor de Dios, y para servirle, predicar el pro y el contra ! Yo he visto la fealdad en donde los otros veían la hermosura : dentro del bien el mal ; lo falso en medio de la verdad, y la nada pasando por entre arcos triunfales ; he visto lo que muerde entre las flores ; lo que huye ; lo que se esconde ; he visto ya tanto, que viejo, débil y vencido, no tengo otro goce que el de meditar inmóvil en algún lugar sombrío, y allí, chorreando sangre, meditar. Y aunque los dioses me ofrecieran, para volver á las ciudades, gloria, juventud, amor, fuerza y victoria, hallo tanto encanto en la floresta, que no consentiría en volver allí, prefiriendo mi amada soledad.»

Hablando de los niños consentidos, dice :

« Cuando tan poco temido soy por los niños, y me río con estas ardillas inquietas ; cuando los hombres serios fruncen el entrecejo, convengo en que soy un abuelo pervertido. En la paternidad no sé más que reír. Soy un abuelo insoportable que hasta ve la luna con enojo de no poderla alcanzar para ellos. Esto es terrible ; reino malísimamente y no me gusta

que mi pueblo, que se compone de mi Juana y de mi Jorge, me tenga miedo, y sé que es por mí por quien violan todas las leyes, y hasta les aconsejo los mayores atentados en esta república color de rosa. Conozco que la popularidad me seduce; pero debe perdonársele á un viejo, á quien espera el frío de la noche, su amor y su pasión por la aurora. Convengo en que no es propio en un abuelo el ser anarquista hasta mostrar á los niños el augusto armario en donde están las tazas de dulce, incitándolos así al crimen; que no es propio subirlos sobre las sillas cuando veo un plato de fresas reservado por la mamá, y decirles:

—«Rapazuelos, golosos del paraíso; tomad, pero llamad por la ventana á esos pobres muchachitos que están en la calle, y de los cuales quizá el más chiquito tiene hambre; hacedlos subir y dividid con ellos lo robado.»

« Arrojemos la máscara. Declaro que tengo por errores estúpidos las máximas que impiden á las águilas subir á las montañas; que prohiben el amor á los pechos de alabastro de las vírgenes y la alegría á los niños. Yo me río cuando nos enardecemos de cólera para impedirle al niño que coja una manzana, como cuando permitimos los falsos juramentos á los reyes. Cuando el oprobio es un mar que sube; cuando veo á los pueblos votar que sí para confirmar su vergüenza de ser dominados; cuando veo á Scapin de Obispo y á Basilio de banquero; cuando un aventurero juega como en un tablero de ajedrez con los destinos de Francia, y apuesta á la suerte el ser presidiario si pierde ó emperador si gana, y se ve la traición embrutecida en espantosa orgía; entonces me río y me refugio en la niñez, busco la dulce aurora y prefiero ese grupo de seres inocentes haciendo todo lo que quieren, á la multitud aceptándolo todo en espléndida fiesta y al Bajo Imperio establecerse en París.»

Hé aquí unos sencillos versos que prueban toda la bondad de su alma, la dulzura de su corazón:

LOS NIÑOS POBRES.

Son luces del infinito
Que Dios nos envía, bendito,
Las criaturas al nacer.
¡ Cuida, mi hija, al pobrecito,
Que en él á Dios puedes ver !

Son de su bondad largueza,
De su gloria rico dón,
Hay en sus ojos grandeza,
En sus lágrimas riqueza,
Y en su sonrisa perdón.

Es su dote la alegría:
Dióles Dios felicidad.
Si tienen hambre, sombría
Se ve su luz. Temblaría
Con su frío la Caridad.

La miseria en la inocencia
Hace al hombre criminal,
El niño es ángel, esencia
Pura, y demencia
Es arrojarlo en el mal.

Si Dios nos envía con alas
Sus ángeles por amor,
¿ Cómo ofrecerles por galas
Los harapos y las malas
Tentaciones del dolor ?

Entretenido con estos pensamientos, sin sentir el tiempo que pasaba, el vapor nos llevó á Southampton, segundo puerto de Inglaterra, pues el primero es Liverpool, y allí llegámos á las doce del día del 31 de Julio.

Grata fué nuestra llegada, pues en el puerto nos aguardaba mi querido sobrino Carlos de la Torre, quien niño había dejado á Bogotá, y al que encontrábamos joven, inteligente é ilustrado; y al señor Abelardo Aldana, Cónsul de Colombia en ese puerto, que salió á recibirnos lleno de amabilidad. ¡ Cuánto se agradecen estas manifestaciones por los viajeros que llegan á tierra extraña, donde les son desconocidos idioma, costumbres, hábitos, calles y hoteles, y que, confundidos, atolondrados con el ruido, con el movimiento, no saben qué hacer de sus personas ni de sus equipajes, y que generalmente son víctimas de los ladrones ó de los estafadores!

En Southampton todo fué sorpresa. No comprendíamos que pudiera haber en una ciudad tanta gente, tanto movimiento, tantos carros, tantos coches, tanto ruido y alboroto, como si la población entera estuviese en la calle para asistir á alguna fiesta.

Recorrimos la parte de la ciudad que dicen los de Inglaterra que es muy fea, y nos pareció suntuosa. Llamáronnos la atención la elegancia y magnitud de los caballos, la blancura y belleza de las mujeres y lo exquisito de las frutas, de las que encontrámos mucha variedad.

Estuvimos en un pequeño hotel, y á las tres de la tarde nos fuimos para la estación á tomar el ferrocarril que debía conducirnos á Londres.

La estación es más grande que cualquiera de las iglesias de mi país. Es admirable el orden con que se van recibiendo los equipajes, pesándolos y colocándolos en los wagones. Hay allí una hermosa cantina, servida por mujeres, formada de espejos, sobre los que reflejan las nítidas copas de cristal de diversos colores y los bizcochos colocados en azafates de plata brillante. Es costumbre que cada cual tome de los azafates lo que quiere, y luégo paga á las lindas muchachas que despachan. Si en una de estas cantinas se pusieran los *chinos* de Bogotá, ¿quién los alcanzaba después de haberse rellenado los bolsillos de dulces?

Para el que no está acostumbrado, hay una emoción indefinida de placer y de miedo desde que siente moverse el tren del ferrocarril para partir; emoción que no se puede dominar, y que en el doctor Ricardo de la Parra era tan fuerte, cuando con él estuvimos en Nueva York, que accionaba, hablaba, gritaba, como lo vimos gritar en medio de una batalla. Pero en el ferrocarril la emoción de Parra causaba no poco miedo á los compañeros de coche que con él iban y que no lo conocían. Esta emoción se aumenta al atravesar por entre la oscuridad los diversos *túneles* que en esta vía se encuentran, y al oír resonar bajo las bóvedas el tremendo ruido que hace el ferrocarril con sus muchos coches y millones de cadenas que se sacuden.

Viajando en ferrocarril, á pesar de la rapidez vertiginosa, se puede, sin embargo, contemplar los diversos paisajes de la vera del camino que se van sucediendo; se puede ver el campo extenderse á lo lejos, y admirar las quintas, las casas, las iglesias y todos los grandes objetos que vienen á encontrarnos, y aun se distinguen las personas y se comprende lo que están haciendo.

Al salir de Southampton, un inmenso templo redondo, levantado sobre columnas gigantes y terminado en una gran cúpula chata que resplandecía á los rayos del sol, nos llamó la atención, y preguntando qué era, nos dijeron que el *gasómetro* de la ciudad.—Estamos, dije, en el país donde los templos son levantados por la industria, y nó para el servicio de Isis ó de Júpiter, sino para el de la humanidad!

Las emociones se suceden unas á otras. Ya son los trenes que á cada

momento se cruzan en sentido contrario con un ruido infernal y amenazando despedazar al en que uno va ; ya es la aguja de un elevado campanario que se ve en los cielos ; ya una aldea por la cual se pasa, ó una posada que se presenta con las paredes y el techo cubiertos de verde hiedra; ya una residencia de lores en medio de encinas seculares, ó una ciudad que se presenta abajo con sus calles llenas de coches y de gente que parece un hormiguero. El camino de Southampton á Londres es una interminable *Calle Real.*

Cree uno que á Londres debe divisarlo de lejos, como desde la sabana se divisa Bogotá, y que se han de ver venir las inmensas torres de San Pablo, los grandes teatros, los edificios colosales y las mil espiras y torres de la ciudad imperial formando un imponente paisaje; y no hay nada de esto. A Londres se entra sin saber cuándo ni por dónde, y su primer aspecto no tiene nada de hermoso.

Las casas todas son construídas de ladrillo, pero nó de un ladrillo rojo y brillante, sino de color de adobe; y no están estucadas ni blanqueadas; no tienen elegantes balcones, sino angostas ventanas sin rejas, y como no terminan por azoteas ni tejados sino por pardas chimeneas y techados de zinc, le dan á la ciudad un aire tan triste, como si estuviese quemada ó arruinada, y las calles son tan largas y tan iguales, que el espíritu se acongoja al entrar en ellas.

Los ferrocarriles son la obra humana que más sorprende, y su aspecto tiene algo de sobrenatural y maravilloso, que infunde siempre miedo ó admiración, por habituado que uno esté á ellos.

Es imposible mirar con indiferencia las infinitas líneas de fierro que hay en una estación de Londres, que se abren como un abanico, cuyo extremo se pierde en el espacio, y cómo por una de esas líneas parte con velocidad una hilera de coches, sin saber por qué se mueven y sin que nadie los guíe, mientras que por la otra se ve venir una inmensa columna de humo con tal rapidez que da terror; por ésta llega y se pára de repente un tren que ha devorado el espacio, y en aquélla, como las caravanas de camellos que se arrodillan á recibir la carga que han de llevar al desierto, los wagones inmóviles y obedientes reciben la carga que han de transportar á los mares.

El que quiera tener idea de lo que es el movimiento de un tren por la noche, figúrese al diablo, que es, según las concepciones fantásticas de la edad media, un monstruo enorme, inteligente y poderoso, escapado del infierno, que lanza gemidos formidables, vomita llamas, arroja humo y chispas y azufra la tierra con el movimiento de su inmensa cola.

Desde muy lejos se ve una luz roja que vacila, se pierde, aparece d

nuevo, se agita temblorosa, camina loca y se acerca sin cesar; luz que se agranda y arroja un siniestro resplandor por donde quiera que pasa, dejando luégo sombría oscuridad. El ánimo sobresaltado oye un ruido sordo, que semeja el resuello de la ballena fatigada que sacudiera furiosa las enormes cadenas que la aprisionaban; después, en medio de un vapor espeso, aliento fétido de la serpiente, se divisa su enorme cabeza; los anillos que se mueven en las sinuosidades de la tierra, y la gran boca, que, abierta, formidable, muestra las entrañas, en donde arde el fuego del infierno, y cuyas chispas y llamas nos ofuscan. El monstruo pasa aterrador, sin que pueda contemplarse, y deja un torbellino de humo.

Llegar á Londres, metrópoli del mundo, y señora, nó del Adriático como en otro tiempo Venecia, sino de todos los mares, desde el glacial, donde un invierno eterno muestra una divinidad avara de luz, de calor y de vida para el hombre, hasta el grande océano, que baña con sus ondas azules las ardientes playas del Ecuador y busca ansioso camino para unirse al otro océano en Panamá; llegar á Londres, reina poderosa que tiene sus dominios en la India, sus colonias en América, sus ciudades en la Oceanía, sus sitios reales y caseríos en Africa; que cuenta por centenares de millones sus súbditos de todas las razas, negros, mongoles, indios, pieles-rojas, blancos y bermejos; súbditos que profesan todas las religiones, desde la adoración del rústico fetiche, el culto al fuego, la creencia en la transmigración, la veneración por Confusio, la postración ante el gran Lama, el respeto á Mahoma, la obediencia al Papa y la fe en Jesucristo, hasta la conciencia de los que en nada creen y han quitado á Dios la dirección de los destinos humanos y á la religión el prestigio que tiene; súbditos que hablan todas las lenguas conocidas, el sanscrito á las orillas del Ganges, el indu en el Indostán y Bombay, el chino en Nicanan, el persa en Trivamiram, el griego en las islas Jónicas, Chipre y Candia, el holandés en la Nueva Holanda, el francés en la isla de Mauricio, el portugués en Malaca, el italiano en Malta, el español en Gibraltar y el inglés en todas partes; y que á pesar de la diferencia de razas, creencias, idiomas, leyes, costumbres, usos, oficios, profesiones y afectos, la obedecen sumisos, acatan sus mandatos, viven en paz y trabajan contentos en la gran labor de la civilización universal; llegar al gran Bazar, que envía al mundo entero todos los objetos que deben satisfacer las necesidades humanas, producto de sus fábricas, y que recibe y guarda todos los frutos de la tierra, los despojos de los animales y el producto de todas las minas en explotación; llegar á Londres, contemplar las riquezas acumuladas, mayores que las que por siglos pudieron reunir los fenicios; llegar á esa ciudad, delante de la cual no pueden

figurar Nínive, Babilonia, Roma ni Comarcanda; entrar á Londres, que tiene cuatro millones de habitantes, multiplicados por el movimiento de los ferrocarriles, que ora atraviesan las calles, ora van por los aires, ora circulan al través de inmensas catacumbas; á Londres, que abarca tres leguas de extensión y cruza el Támesis por cien puentes, y no bastándole éstos, ha perforado la tierra y pasa por debajo de las ondas; entrar á Londres, que tiene catedrales cuya cruz se pierde entre el azul del cielo y un edificio, el de la Lonja, más grande que sus catedrales; entrar, en fin, á Londres, oír sus mil ruidos mezclarse entre la multitud, confundirse con su inmenso movimiento, es la emoción más grande que un hombre nacido en Bogotá puede experimentar. Es una emoción tan poderosa como la que se siente al principiar una batalla, cuando los primeros tiros de cañón atruenan la selva y estremecen el corazón de los guerreros.

Cuando llegué á Londres, me propuse abarcar de una sola mirada todos sus monumentos, sus plazas, sus palacios, sus jardines, sus almacenes y sus calles; los hombres, las mujeres, los niños y sus diversos vestidos, y su manera de andar, de hablar, de reírse; los coches, los cocheros, los caballos y los arneses; y nada vi ni oí ni comprendí, pues todo me daba vueltas en confuso remolino, y absorto, enajenado, aturdido, deslumbrado, sordo, ciego, mudo, convertido en autómata, me dejé llevar, sin conciencia de lo que me pasaba, hasta que el coche se detuvo frente á una linda casa y en una ancha calle.

Todos los colombianos que han estado en Londres en los últimos años conocen *El 45, Kensigthon—Bays Water. N. L*, simpático *boardinghouse*, dirigido por una amable señora, que ha hecho de su casa un pabellón colombiano, así como el *Gramersy Park Hotel* en Nueva York ó el *Prince de Gales* en París, á cuyo propietario propuso César Conto le pusiese por nombre *El Cacique de Bogotá*.

Parámos, pues, frente á una lujosa casa, *El 45*, después de haber atravesado gran parte de la ciudad.

¿Quién ha de comprender la historia de lágrimas, el poema de recuerdos hermosos y de tristes desengaños que encerraba el estrecho abrazo que á mi pobre y desgraciado hermano Ricardo Rivas dí ese día, después de diez años de separación, en que no hemos dejado de amarnos como de niños nos amámos, y en que hemos estado, él desterrado y enfermo, y yo luchando con los rencores, los pesares y la muerte?

— [illegible] apacible de nuestra madre, que parecía envol-[illegible] ? ¿No has olvidado su frente despejada, [illegible] ucía para nosotros como rayo de

ınza, voz, aliento, palabra de consuelo, caricia halagadora y arrullo dolor ?

Ah ! tú no la viste morir, y fuiste su último pensamiento, su último do, su última aprensión ; y en el instante de su muerte has debido que su mirada te cubría y que á tu lado estaba ya su sombra able !

Esto nos decíamos sin hablarnos.

mi abrazo le añadía : ¡ Murió en los brazos de Federico, el generoso ano que te aliviaba y atendía con solícito esmero, mientras que por laba como amigo cariñoso ! Y él también se fué adonde está nuestro o padre junto con Dolores, nuestra hermana, y Alejo, nuestro amigo!...

Todo ha sido dolor en mi existencia, pues aquella flor delicada, pálida, osa, que olía á rosas y tenía reflejos de gloria, — Matilde, mi hija, la querida, la consentida, la enferma, á pesar de los cuidados constantes madre, de sus ruegos al cielo, se marchitó y también se secó, se ó !...

Y ¡ cuánto amor, cuánta ternura, cuánto consuelo no había también abrazo que Ricardo me daba, olvidándose de sus enfermedades, de su miento, de su soledad, de sus amarguras y de sus penas, para acordarse de mis infortunios y de mis lágrimas !...

....

El alma más delicada, la más incapaz de soportar el huracán que en tro país desencadenan el odio político, los enconos religiosos y esas ones que arden siempre agitadas como el cráter de los volcanes, y que jan constantemente lava y fuego ; la sensibilidad más exquisita, que se a profundamente por toda pena de los hermanos, por toda amargura vida de la familia, por toda desgracia de la patria, por todo dolor ano ; un corazón lleno de ternura, como una urna llena de aloe, que nada derrama su fragancia y embalsama el altar, y un carácter serio y xivo como el de Plutarco, costumbres severas y rígidas y la vida agrada al estudio : hé aquí á Ricardo Rivas, á quien encontré en dres después de diez años de separación.

Muy joven todavía, casi niño, ese huésped conocido é implacable para os los de nuestra familia, vino á visitarlo y fué con él más cruel que con guno de los otros hermanos, dejándole al despedirse una terrible enfer-dad : un dolor de cabeza constante que lo atormenta sin misericordia.

A pesar de tan cruel enfermedad, Ricardo siguió su carrera literaria, no todos sus hermanos, en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario, que l Colegio de nuestra familia, al que amamos como al propio hogar, y

donde se ven, en el Salón Rectoral, los retratos de sus benefactores y de muchos próceres que fueron sus hijos ilustres, y nuestros antepasados. Su juicio y su consagración desde joven le valieron la elección popular (porque el Colegio del Rosario es una República) de Vicerrector del Colegio, y su gran talento y profunda instrucción, el nombramiento de Catedrático de Economía política, á la edad de diez y ocho años; cátedra en la cual se distinguió en tan alto grado, que obtuvo como recompensa honorífica el siguiente concepto de los señores doctores Ezequiel Rojas y Manuel Murillo, al salir de un certamen: « Los hijos de Ricardo (sus discípulos) los adoptaría Juan B. Say como á sus hijos.»

Entró al foro y ejerció los puestos de abogado y de ministro; pero se disgustó profundamente. Se mezcló como todos los colombianos en la política, escribió periódicos en favor de la causa liberal, y tuvo amargas decepciones.

Como su enfermedad aumentaba cada día en intensidad y en dolor, dejó su patria para ir al extranjero en busca de la ciencia, y quizás también de suerte más propicia, de sociedad más amable, de atmósfera más suave para su alma delicada, y después de haber permanecido largos años en los Estados Unidos, vino á establecerse en Londres.

¿ Qué ha conseguido ? Nada... Me equivoco : ha sido más querido de lo que podría haberlo sido en su patria, por gran número de familias que lo acarician, lo miman y lo consideran, y estimado por todos los que lo tratan y conocen sus producciones literarias.

Trabaja actualmente en un gran « Diccionario filológico,» del cual siento no poder dar aquí una muestra.

Como él no volverá jamás á su patria, creo que se verá con gusto esta reseña, y se leerán estos versos que de él he conservado :

POBRE MADRE!

Un niño se moría
Y á su angustiada madre le decía:
« Llévame, madre, llévame á la puerta;
Mejor allí, mejor me sentiré.
Los árboles, las flores y la huerta,
Y el arroyo y el sol quiero yo ver,
Déjame, bajo de mi cama al suelo:
Yo me siento con fuerzas para andar.

Quiero ir á ver las nubes en el cielo,
Quiero ir á ver los pájaros volar,
Quiero ir á ver aquellas mariposas
Que dejámos ayer en el jardín.
¿No es cierto, madrecita, que esas cosas
Voy á verlas ahora ; no es así ?
¿No es cierto que mañana en el potrero
Con «Ciervo» * y los cabritos jugaré ?......
Ya lloras, madrecita, y yo me muero,
¡Y me dejas morir! Por qué ? por qué ?.... .

Y un grito de dolor sin esperanza,
Convulsivo, crüel, desgarrador,
El grito que una madre sólo lanza,
En la alcoba del niño se escuchó.

UN DÍA DE PRIMAVERA.

La tarde está sombría,
La gaya primavera,
La estación del placer y de las flores,
Ni ostenta sus colores
Ni enseña su alegría.
El árbol muestra descarnadas, tristes
Ramas, aun sin vida y sin verdura;
La brisa no murmura,
Que ruge el huracán con ronco ahullido;
No trina el ave en el caliente nido
Trovas de amor y dulce melodía,
Que si el ave viniera á estas regiones,
Aun antes de ensayarse en sus canciones
El frío la mataría;

* Nombre de un noble y hermoso perro.

El sol parece que le teme al día,
Plomizo inmóvil cielo
Le sirve á cuanto miro de sudario;
Y absorto y solitario
En mi pobre mansión, hallo consuelo
En la extraña armonía
Que guarda con mi mal y mis dolores
Esta bella estación de los amores,
Esta bella estación de la alegría!

Nuestras caras, quemadas por el sol del Magdalena y de la Costa, tostadas por el reflejo del mar en la travesía de las Antillas y en la navegación siempre sobre cubierta en el mes de Julio, es decir, en lo riguroso del verano, en que se recibe el sol desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde; nuestros vestidos, que ya no serían de moda; los grandes sombreros jipijapas que llevábamos, y quizá mi negra barba, debían darnos un aire algo salvaje, que no correspondía á la pintura que, sin duda, mi sobrino había hecho de nosotros á las señoras del *Boarding*, pues nos recibieron y nos trataron con cierto aire de sorpresa y de curiosidad un tanto ofensivo para nuestro orgullo.

El señor Alejandro Pérez tuvo siquiera una compensación, pues una de las señoras que allí había y que pretendía hablar español, atraída por su figura, le dijo en un rapto de entusiasmo, aludiendo á nuestro aire salvaje, y en el peor acento: «Bandido hermoso!»

CAPITULO VIII.

Boardinghouse—La mujer en Inglaterra—La Constitución inglesa—Organización política, judicial y administrativa de Inglaterra—Museo Británico—La *high-life* y sus costumbres—Hyde Park—Monumento del Príncipe Alberto—Abadía de Westminster.

ES muy agradable la vida en un *boardinghouse*, pues se come en común con caballeros y señoras; se está en sociedad, durante la noche, en el *parlor;* se adquieren estimables relaciones y con facilidad encuentra uno amigos ó señoritas que lo inician en los misterios de la civilización del país, y que complacientes lo llevan á visitar los lugares más notables, los edificios públicos y los principales monumentos. Excusado será decir que mi amigo Pérez se alió con la que lo tomaba por *bandido*, y que yo tomé por *Cicerone* una niña de catorce años, hija de la señora de la casa, llamada Fany, rubia, inteligente y sencilla, que me llevó contenta á todas partes.

El que está habituado á las costumbres monásticas de Bogotá, á la vida de clausura de las señoras, á la ociosidad é indolencia á que están condenadas, y á la esclavitud y desconfiadas precauciones de que se rodea á las señoritas, se sorprende agradablemente en Inglaterra de la independencia y dignidad de las señoras casadas, de la actividad, inteligencia y ocupación de las mujeres de todas las condiciones sociales, y de la libertad absoluta en que viven las jóvenes.

En Inglaterra la mujer es la señora de la casa; y ella, por su educación, por su sólida y cultivada inteligencia, por el respeto que sabe inspirar y por

el aire verdaderamente distinguido y señoril que tiene, se hace digna de tal título.

Las mujeres en Inglaterra están empleadas en las administraciones de correos, en los telégrafos, en las fábricas, en las escuelas y colegios, en los almacenes, en las oficinas de cuentas, en las tiendas de detal, en los restaurantes, y desempeñan sus destinos bien, con exactitud, con esmero, con formalidad, son bien remuneradas, respetadas, acatadas, y conquistan independencia y bienestar. Las señoritas y las niñas andan solas por todas partes; entran adonde quieren ; van en coche, en ómnibus ó á pie, y jamás deben la salvación de su virtud al ojo vigilante de la madre ni á los cuidados mercenarios de una criada que las acompañe como en Bogotá, sino á su propio orgullo, á su instintiva dignidad y á la severa educación moral que en su infancia han recibido.

La elevación del carácter de la mujer es el más claro distintivo de la civilización de un país; y antes que ver sus arcos triunfales y sus estatuas, antes que visitar sus museos y academias, antes de admirar sus liceos y colegios ó de asistir á sus teatros, debe el viajero estudiar la condición social de la mujer, para conocer por ella el pasado de un pueblo, su estado actual y sus esfuerzos de grandeza para el porvenir.

Al recorrer en Inglaterra con la mente el estado de la mujer desde el tiempo en que era conducida al mercado con una soga al cuello para ser vendida por el marido en Londres, hasta la época actual, en la que es reina y señora, y escribe obras científicas, y va á las Universidades, y tiene en sus manos el cetro de la literatura, como la mujer de Lytton Bulwer, el famoso novelista, autor del *Rienzi* y de *Los últimos días de Pompeya*, se ve que el progreso de Inglaterra ha seguido paso á paso el de la emancipación de la mujer; que hoy su grandeza y su prosperidad tienen una ancha base que la hará indestructible, porque el ciudadano inglés aprende á ser libre y digno en el seno de la madre, y su porvenir será el que ya han logrado sus hijos en la América del Norte, la más libre y poderosa de las naciones, donde la mujer ha alcanzado el más alto grado de dignidad social.

Emancipar á la mujer es redimir á la humanidad de la miseria, del vicio y de la superstición ; pero es una tarea más difícil que la de educar al hombre. Sea porque la mujer es todo amor, abnegación y sacrificio, ó sea porque la agobia la carga que los siglos de ignorancia y de preocupaciones echaron sobre ella, el hecho es que la mujer ama sus cadenas y goza en su situación de sierva, busca las tinieblas y es siempre esclava de la moda, de las costumbres, del vicio ó de la crítica de sus hermanas en la esclavitud.

En un juicio sobre el estado de la civilización en Europa, he dicho:

La prostitución es la forma de la esclavitud actual en la mujer ;» y si es erdad que Inglaterra ha logrado elevar el carácter de la clase privilegiada de sus mujeres y levantar el nivel de la clase media, también es preciso confesar que en Londres el vicio tiene un carácter descarado y audaz que sorprende al viajero, y que lo aflige al considerar la suerte de esa multitud de jóvenes pervertidas que recorren las calles, invaden los teatros, llenan los jardines, y muchas de las cuales se embriagan públicamente en las tabernas. A Inglaterra se debe la abolición de la esclavitud de los negros y del comercio infame que con ellos se hacía ; Inglaterra es la nación verdaderamente filantrópica y cristiana del mundo : acaba de celebrar un tratado con Turquía, por el cual esta nación se compromete á que no volverán á mutilarse los hombres, ni se continuará el comercio de mujeres para poblar los harenes, y sin embargo, nada hace ó nada puede hacer por sus propias criaturas, vendidas y dañadas desde la niñez, condenadas á una esclavitud más oprobiosa que la de los serrallos, por esas mujeres que llenan, por sus vicios, de vergüenza á su patria y de oprobio á su religión y á sus costumbres, que no son bastante poderosas para impedir el mal.

La miseria en las capas inferiores de la sociedad es la causa de esta horrible prostitución, pues mientras una infeliz no tenga pan, y el vicio proporcione una existencia más cómoda y sabrosa que un trabajo honrado y penoso, inútil es predicarle virtud ó hacer caer sobre ella el peso de la sanción religiosa ó la vergüenza del desprecio social : el vicio triunfará. Toda madre desea que su hija sea pura y que permanezca inocente ; que merezca las consideraciones sociales y que tenga esposo é hijos que la honren y la amen. Toda joven es instintivamente pudorosa y desearía ser buena, honrada y estimada en la sociedad. Si las cosas pasan de otro modo, si la madre se arranca las entrañas y vende á su hija ; si la flor cae en el lodo; el ángel pliega sus alas al viento del vicio, es porque existe una fuerza perior que las doblega, una causa suprema que se llama su destino social, que es inevitable.

Victor Hugo lo ha dicho:

« Ay ! no culpéis á la mujer caída ! »

Hacer responsable á la mujer del vicio que mantiene y fomenta la ciedad, es la mayor de las injusticias, y nada más irritante que el despre- con que las mujeres honradas tratan á sus hermanas que cayeron en la ayor de las desgracias, y cuya suerte agravan, como en otro tiempo se ravaba, sin tratar de mejorar su condición, la suerte de los apestados.

Uno de los caracteres de la vieja civilización es la indiferencia con que



mira el favorecido por la suerte al que no lo es; el egoísmo de las d
privilegiadas, que no alcanzan á ver el mal de las que no lo son; el r
con que se castiga la falta ó el delito, y la casi ferocidad con qu
presencian los sufrimientos de aquellos á quienes la suerte ha colocad
condición inferior. Marcar al ladrón en la frente con un hierro ardien
cortar la lengua del blasfemo; mutilar al vasallo insolente; ahorcar, de
tazar en cuatro potros ó quemar á fuego lento al delincuente, al hereje
hechicero, esto era lo natural en otro tiempo, como es ahora el cubri
infamia á la mujer perdida.

La prostitución en Inglaterra es una llaga social; pero hay que h
á esta noble nación la justicia de que procura sanarla, y no la excita
fomenta, ni la reglamenta ni con ella especula, como acontece en Fra
Junto á aquella Nación Francia palidece, Alemania no se ve y la decrt
España inspira lástima.

La Gran Bretaña es la primera nación de Europa: la Inglaterra
piamente dicha, que es sólo una parte del Reino Unido, tiene
veintitrés millones de habitantes; esa nación es la señora del mundo,
en otro tiempo lo fué Roma; tiene, como he dicho, colonias en todas
que le rinden tributo, y más de doscientos millones de hombres en la
que trabajan en beneficio de los de la isla; y sin embargo, ent
habitantes de ésta hay muchos que viven como los condenados,
jamás la luz, en los antros horribles de las minas de carbón; otr
como bestias alquiladas de por vida al trabajo de las máquinas, y
viven en la más espantosa miseria y mueren de frío y de hambre.

Esto acusa una muy mala organización social y política en la
y condena la sabiduría de un gobierno que hasta ahora se ha mirad
modelo en el mundo.

No es que yo condene al gobierno inglés como condeno el de
el de Turquía, el Imperio francés y todos los despotismos: es que l

En efecto, Inglaterra ha sido una odiosa oligarquía, en que lo
han tenido para ellos la propiedad territorial, la riqueza pública, e
los honores y todas las ventajas de la sociedad.

La Magna Carta, otorgada por *Juan sin Tierra* á los barones
la base de la constitución inglesa, no es otra cosa que una conces
hecha por el rey á los nobles y señores. La revolución inglesa de
hecha por el Parlamento contra su rey Carlos I; pero no fué po
la República apenas nació, y murió con Cromwell. Los lores han si
divinidades, ante las cuales tiene que inclinarse el soberano; pero é
lo ha hecho ante la majestad del pueblo; y el Parlamento se com

nara de los lores y de la de los comunes, cuerpo oligárquico á que
n derecho de enviar diputados las iglesias, las universidades, las
des y los gremios, pero nó el pueblo; y estos diputados son elegidos
almente de entre los mismos nobles que, dueños de las tierras donde
los electores, en posesión de inmensas riquezas, instruídos, ambiciosos
ices, hacen siempre triunfar sus candidaturas en los distritos que
el derecho de elegir.

a Gran Carta, ó Carta de los comunes libertados, como se la llama,
da por el Rey Juan á sus barones sublevados el año de 1215, es,
ne dicho, el fundamento de la libertad inglesa, sobre el cual se han
las constituciones subsiguientes.

or las condiciones obtenidas en esta Carta, los privilegios más impor-
fueron acordados á las diferentes órdenes del reino. En cuanto al
, que era todavía mirado como esclavo, era preciso que él se conquis-
ino que otro favor y adquiriera una que otra libertad y alguna
ción de las leyes para que fuera considerado como miembro de una
de la sociedad.

as principales cláusulas de esta Carta eran las siguientes:

Que todo *scutage* ó impuesto exigido por el soberano del pueblo en
s ocasiones, fuese abolido, excepto en tres casos: durante la cautividad
ey, cuando armase á su hijo caballero, y cuando casase á su hija mayor;

Que en adelante se convocaría un gran Consejo de los prelados, grandes
es y nobles del reino por un rescripto particular del Rey.

Y en cuanto al pueblo, sólo se estipuló que todos los privilegios acor-
s á los barones por el soberano serían igualmente acordados por los
nes á sus vasallos, que se establecerían pesas y medidas iguales en
el reino, y que todo hombre libre tenía derecho de entrar y salir de él.

Hé aquí las frágiles bases sobre que se ha levantado el edificio de la
tad inglesa.

Es verdad que los nobles ingleses no ceden nada á los patricios
nos en dignidad de carácter y en amor á la patria; que, como
ro tiempo los nobles venecianos servían á la República en el Consejo,
a Milicia ó en la Marina, ellos sirven á la vieja Inglaterra; y que
ados en la grandeza de su nación y en aumentar el brillo de sus
los, son los únicos nobles en Europa que no viven en la indolencia,
gados á los vicios y siendo la afrenta de la sociedad.

Todas las tierras de la isla pertenecen á los nobles, á los arzobispos y á
lesias; muchas de las grandes ciudades están fundadas en tierras de
s; grandes canales atraviesan estas tierras, y son también propiedad

de los nobles ; y como sus rentas alcanzan á sumas fabulosas, las emplean con frecuencia en adquirir la propiedad de los mejores ganados, de fábricas opulentas ó de caminos de hierro. Y estas tierras é inmensas propiedades son inenajenables ; son vinculaciones que por siglos se van transmitiendo al mayor de la familia, que es el *lord*, quien sólo tiene el usufructo de ellas durante su vida, mientras que los otros miembros de la familia, nobles también y que no deben trabajar, buscan fortuna y esplendor en el sacerdocio, la marina ó el ejército y dan brillo á su patria.

El viento benéfico de 89 debe soplar sobre Inglaterra; y la abolición de los mayorazgos y vinculaciones, y la confiscación de todos los bienes de la iglesia anglicana y de la nobleza, como se hizo en Francia, resolverán un día todos los problemas sociales y acabarán con la prostitución y el pauperismo. Esto es lo único que le falta á la Gran Bretaña.

Es tan grande el poder de la democracia y tan benéfica la libertad, que sólo la sombra de ellas, que se refleja en la constitución inglesa, ha bastado para levantar la nación más rica, más próspera, más digna de Europa; donde la condición del súbdito ó del ciudadano es la mejor conocida para el hombre, y las garantías individuales las más amplias que se conocen en el mundo. El General Posada decía que la libertad no conocía otra lengua que la inglesa. Ya va conociendo el alemán y el francés, pero jamás conocerá el español.

La constitución inglesa no está escrita, y la forman : la emancipación que la nobleza logró del poder real; el sometimiento de éste á la Cámara de los Comunes, de tal manera que en realidad de verdad ésta es el soberano; y la suma de garantías individuales que el pueblo ha conquistado. Pero esta constitución está de tal manera impresa en la Nación, que antes se concibe el hundimiento de la isla que el levantamiento de un Napoleón ó la existencia de un rey arbitrario. La nobleza, por derecho divino, usa de sus privilegios, y el ciudadano inglés está seguro de que ni el rey, ni la nobleza, ni el clero, ni la justicia, alcanzan con su poder á quitarle sus garantías, ni á entrar en su hogar, ni á arrebatarle su propiedad, ni á privarlo de su libertad, ni á violar su correspondencia.

El *habeas corpus* es el derecho que tiene el ciudadano de pedir el amparo de cualquier juez para ser puesto en libertad inmediatamente, si la orden de prisión no ha sido dictada por autoridad competente y en vista de documentos suficientes; y si la Reina Victoria mandase poner preso á uno de sus domésticos, el primer juez de paz que se encontrara revocaría esa orden y sería obedecido. La suspensión de este derecho sólo puede decretarla el Parlamento, y eso en épocas de suprema necesidad para la patria.

La justicia criminal en Inglaterra es obra de la sabiduría de los siglos, pudiendo asegurarse que hoy ni un inocente es castigado ni un delincuente absuelto; y está fundada en dos sencillos principios: 1.º Todo hombre es juzgado por sus iguales, constituídos en un jurado independiente é irresponsable; y 2.º A nadie se puede condenar sin el voto unánime de los jurados.

No se crea que las resoluciones de los jurados son sentencias del areópago, ni los dictados de la sabiduría y de la justicia: muchas veces han sido la explosión de la cólera, de la pasión y de la envidia; en muchos casos absurdos espantosos, que habrían hecho retroceder á los colombianos, llenos de espanto, ante esa institución; y como no es posible esperar mucho de los hombres ignorantes que los componen, con frecuencia cometen errores de la mayor trascendencia.

Y sin embargo, la institución es tan sabia, eleva de tal manera al ciudadano, que de su humilde hogar pasa á ser juez de su conciudadano; tiende de tal manera á fundar la imparcialidad por la reciprocidad y alternación de los que ejercen la justicia, que en la mente popular el jurado es una institución sagrada, y los que lo componen, al reunirse, tienen conciencia de que forman un augusto tribunal.

No hay en Inglaterra un código penal sabio y metódico como en Francia, en Colombia ó en cualquier país civilizado; y por obra del jurado es por lo que la justicia criminal en Inglaterra es la mejor del mundo.

Vive aún el verdugo; existe la pena de muerte, y ¡quién lo creerá! la de azotes y otras infamantes, restos de la barbarie de la edad media; pero la sociedad las repugna: casi nunca se aplican; muchas veces se conmuta la de último suplicio á los grandes criminales, y ya se ha ordenado que cuando haya de ejecutarse á alguno, se haga dentro de la prisión, sin ofrecer al pueblo, ávido de emociones, un espectáculo sangriento, y ahora se hace todo sin el aparato de ferocidad que se empleaba antes.

Cuando sale uno de las selvas de América y se ve libre de los odios y rencores en que allí se vive, es cuando siente orgullo en ver levantarse á Colombia grande por sus instituciones y presentarse con dignidad entre las naciones más adelantadas del mundo, por haber acabado con la esclavitud y abolido la pena de muerte. Bendita sea la memoria de los que nos hicieron ese bien!

La justicia civil en Inglaterra es malísima. Las leyes están difundidas en multitud de obras, que sin compilación vienen existiendo desde la edad media hasta hoy; las leyes son disposiciones reales, y originariamente acuerdos de los parlamentos, cánones de los concilios, resoluciones de las Cámaras, provi-

dencias administrativas, sentencias de los jueces, prácticas de los tribunales ó costumbres con las cuales han vivido los pueblos. Apenas alcanzaría la vida de un hombre para conocer las leyes que en cada materia rigen; hay pleitos que duran más de cien años; los jueces con frecuencia son acusados de prevaricato, y sin embargo, en ninguna otra parte está el ciudadano más seguro de ser dueño de lo que posee, y en ninguna otra parte es la propiedad tan sagrada como en Inglaterra. ¡ Cosa sorprendente !

En el juicio de sucesión de un Duque, que hace 150 años se está siguiendo, se ha presentado por una de las partes la piedra sepulcral encontrada en un cementerio abandonado hacía mucho tiempo; y la lápida anda con los autos por todos los juzgados.

Muchas veces el público se interesa en estos juicios, y los hace célebres; y hay grandes apuestas acerca de si toma el reclamante puesto en la Cámara como lord, ó va al presidio como impostor.

Voy á referir lo siguiente, para que se juzgue cómo está organizada Inglaterra.

Hay una ley que impone *pena* de muerte al que escuche y comunique lo que pasa en el Parlamento, y hay cien taquígrafos que recogen los discursos que se pronuncian, para enviarlos á todos los diarios del mundo ; y es tal la prontitud en este servicio que cuando un lord acaba de hablar, ya están ofreciendo los muchachos por todas las calles de Londres su discurso impreso.

Llegad á la libre Inglaterra, donde nadie os pregunta quién sois, ni os exige pasaporte, ni quiere saber á qué venís ni qué lleváis en vuestro cargamento. Atravesad del uno al otro extremo la isla, con seguridad, sin que nadie toque con vos ni de parte del Gobierno, ni de la justicia ni de la policía. Con vuestro nombre, con uno supuesto, de incógnito, como queráis estableceos allí si os gusta ; comprad armas, municiones, dinamita ó petróleo, escribid contra la Reina, contra la nobleza ó contra la Nación, predicad en las plazas en favor de una nueva religión, ó defended la república ó el comunismo; para todo esto tenéis derecho, como lo tienen sus ciudadanos, y estad seguro de que nada hará cambiar las reglas allí establecidas, ni inquietará al gobierno ni alarmará á los ciudadanos.

Esa policía suspicaz, desconfiada, tenebrosa de Venecia, que envolvía al viajero á su llegada, lo seguía á todas partes y denunciaba todas sus acciones ante el *Consejo de los diez*; esa policía secreta, depravada, instigadora, que la política mantenía en Francia, no ha existido ni existe en Inglaterra Pero si tenéis necesidad de pronto socorro, si una casualidad os hace caer del carruaje, si os extraviáis en la ciudad, si un ebrio os ataca, si un

no os persigue, si un ladrón os roba, llamad la policía, y en el acto
rá á protegeros un *wachman* bondadoso, fuerte, enérgico, valiente, que
rá socorro, que os salvará del peligro y que rendirá la vida en vuestra
nsa.

Una noche en que me dirigía á *High Barnnet*, en donde estaba
ilecia Colege de mis hijos, equivoqué el tren, y no advertí el
hasta que había recorrido una gran distancia sin llegar á la
ión que yo conocía. Dí parte á uno de los directores del ferrocarril,
e me hizo aguardar en la estación adonde primero llegámos, hasta
volvió otro tren que me condujo á una estación próxima; allí me
ron esperar á que llegase un tren de travesía, y por último, me condu-
(todo esto gratuitamente) hasta una aldea, desde donde podía llegar á
High Barnnet. En esta aldea fuí entregado á un agente de policía, quien
endió conmigo camino á la una de la mañana, hasta que me entregó
o guarda de un pueblo inmediato. Le ofrecí medio chelín como
ficación, y rehusó aceptarlo. El nuevo guarda me acompañó por más
edia hora y me entregó á otro, quien logró ponerme en *High Barnnet*
y salvo, á las dos de la madrugada.

Sorprendióme el ver todos los pueblos y aldeas, y los principales
nos entre aquéllos y éstas, perfectamente alumbrados por gas; y estuve
tenido viendo las infinitas líneas de luces de varios colores por donde
os ferrocarriles, y que se cambian como por encanto de rojas en azules,
que el tren va llegando ó pasa por los diferentes puntos.

Dos amigos míos, el uno que acababa de llegar, y el otro establecido allí
hacía mucho tiempo, emprendieron una vez una aventura amorosa en
alle extraviada, en Londres, y observaron con desagrado que un agente
licía los seguía, sin perderlos de vista, como espiándolos, cosa que jamás
e en Inglaterra. Volviéronse disgustados de su expedición, y al volver,
pleado les hizo una seña significativa, mostrándoles una casa en cons-
ión. Allí estaban dos hombres de mal aspecto que los habían seguido,
r vistos, para robarlos ó asesinarlos.

Es encantador ver en Londres á un agente de policía, grande como un
te, alzar á un niñito en el hombro y llevar á dos de las manos, para que
n atravesar la calle sin peligro de los coches que se cruzan; á otro,
er todos los carruajes con sólo una señal, para que pasen los de á pié
o les toca su turno, y hacer de cirujanos y de médicos en los frecuen-
cidentes que todos los días se suceden en las calles.

Los *peack-pokets*, ó ladrones rateros, son tantos y de tan diversas formas
diciones en Londres, que las estaciones están llenas de avisos y con-

sejos á los viajeros, y en los ómnibus hay letreros que dicen: *Cuidado con los ladrones!* mas, á pesar de la policía y de la más eficaz vigilancia, nadie está seguro de su reloj, y á cada instante desaparece el portamoneda. Por esto juzgo que lo mejor para el viajero es llevar consigo poco dinero.

Para el americano que va á Londres, todo cuanto ve es una maravilla, y no ha acabado de experimentar la primera impresión, cuando los amigos, deseosos de sorprenderlo más, lo llevan á visitar los principales monumentos, los edificios públicos, los bazares &c., sin dejarlo reposar. El primer lugar que visité fué el MUSEO BRITÁNICO.

¿ Qué hay allí ? Disecados el mastodonte, el megaterio y el zimpanzi, de las primeras edades de la tierra, monstruos enormes que llenan el alma de espanto; vampiros ó murciélagos más grandes que un caballo, que extienden como un estandarte sus enormes alas negras con uñas; iguanas gigantes que levantan con arrogancia sus erizadas crestas; enormes cetáceos que apenas cabrían en el mar del norte, y que han sido hallados en las playas de Europa. Toda la creación primitiva, deforme, imperfecta, horrible. Después los cocodrilos del Nilo, los restos de animales que ya no se encuentran sobre la tierra, monos y gorillas de Africa; y en suma el reino animal de todas las zonas, reptiles y cuadrúpedos, aves y peces.

Vimos de Colombia los caimanes del Magdalena, un boa constrictor, de Casanare, una enorme danta, infinidad de monos de diversas especies, aves lindas y mariposas de Muzo.

¡ Adiós paisanos! gritó nuestro amigo Pérez en español al pasar por delante de los caimanes; y este grito fué motivo de gran sorpresa para los sabios ingleses que nos guiaban, y de risa contenida para nosotros durante el tiempo de la visita al Museo.

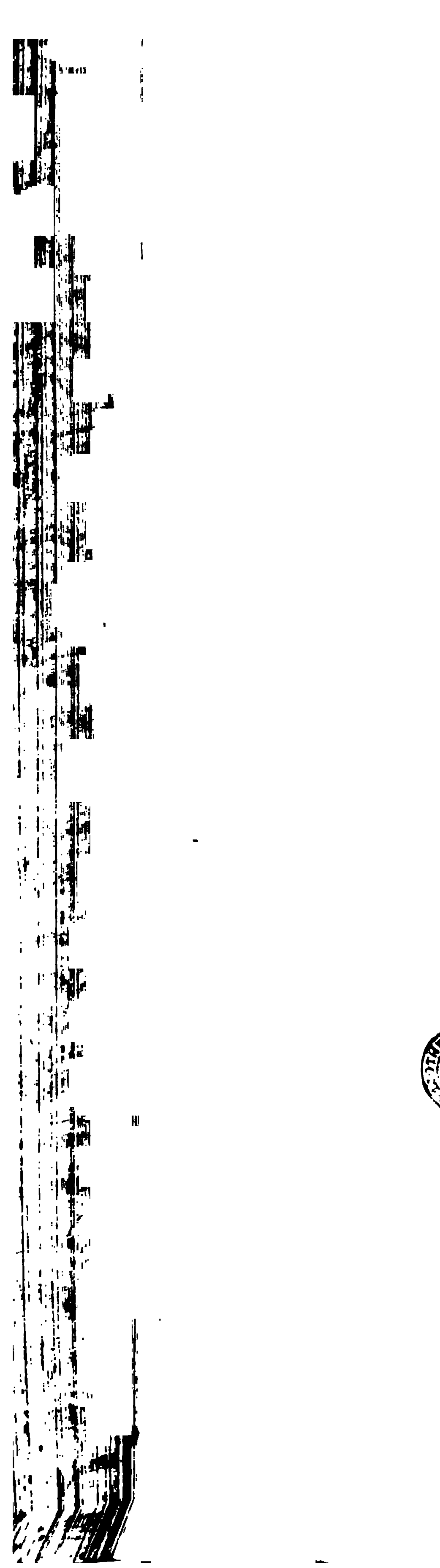
Allí se ven los sepulcros egipcios, redondos como un agujetero, de piedra negra ó carmelita, fina y pulida, con su tapa, que fácilmente se levanta para ver á los Faraones hechos momia y envueltos en ropajes blancos con rayas de colores, que han resistido el transcurso de los siglos. Después se ven las esfinges de piedra, mitad mujeres, mitad animales; los dioses que adoraban los orientales; los restos de los templos; medios relieves y geroglíficos que lo transportan á uno á la tierra de las pirámides, de los sacerdotes, de la ciencia misteriosa y del despotismo místico y grandioso del Egipto.

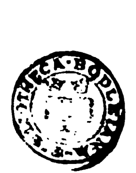
La impresión es harto melancólica. Se siente uno esclavo en medio de la pompa regia y suntuosa de esta civilización, que por fortuna no ha de reaparecer.

Ah! Una Venus hermosa, ideal, perfecta! Minerva despejada



MUSEO BRITÁNICO.





radiante, enseñando la sabiduría! Allí está Temístocles, las Ninfas, el Amor, Citerea, Esculapio, Sócrates! Estamos en tierra de amigos: en la bella Grecia, donde se respira la libertad, la poesía; donde están sus héroes, sus templos, sus teatros, sus estatuas, y todo es bello, aéreo, fantástico é ideal, como el sueño de la juventud.

« Escúchame, oh Júpiter, oh Señor soberano de la naturaleza; porque todo emana de ti, y todo entra en tu seno.

« Oh Dios supremo! inspira á los mortales el amor al bien y el amor á sus semejantes.

« Que en sus útiles trabajos encuentren la riqueza y la felicidad.

« Que, lejos de los combates, en el seno de la patria, cultiven la virtud, la justicia, las artes y las ciencias! »

Estas palabras del *Diálogo de Homero* vienen á los labios del viajero al contemplar los restos de esa civilización, verdaderamente divina, que supo reunir la más hermosa teogonía con la más amplia libertad política, con las más elevadas concepciones metafísicas, con el refinamiento moral más exquisito y con los goces supremos de la imaginación y de los sentidos.

La poesía en Dios, divinizando el sueño; la poesía en la guerra, muriendo los guerreros coronados de flores; la poesía en la tribuna, escuchando á Demóstenes: la poesía en la filosofía, inspirando á Platón; la poesía en las artes, llenando el suelo de estatuas de Fidias y erigiendo el Partenón; la poesía trazando, en fin, una historia que encanta, al través de los siglos, cuyo perfume alcanza hasta nosotros; hé aquí la vida de Grecia en los años de su existencia tan breve como brillante.

Trescientos años de libertad completa en medio de tempestades internas y haciendo frente á la guerra de los persas, guerra la más obstinada y desigual que han presenciado los siglos, bastaron para que ese pueblo conquistase la inmortalidad, para que llevase el arte á una altura que deslumbra en este siglo, y para que cada uno de sus filósofos ó de sus artistas sea envidiado por todos los que tienen genio y buscan el aplauso de la posteridad.

Estas reflexiones se hacen viendo la acumulación de maravillas griegas que están reunidas en el Museo Británico, y que, á fuerza de oro y de trabajo, se han podido arrancar del suelo que por tanto tiempo profanaron los turcos.

El Museo Británico es el orgullo de los ingleses, quienes ven en él su propio nombre engrandecido; y á él envían ellos de todas partes, como en otro tiempo los romanos enviaban á su capital los despojos de la guerra, cuanto las más audaces investigaciones adquieren; cuanto hay de rico en el

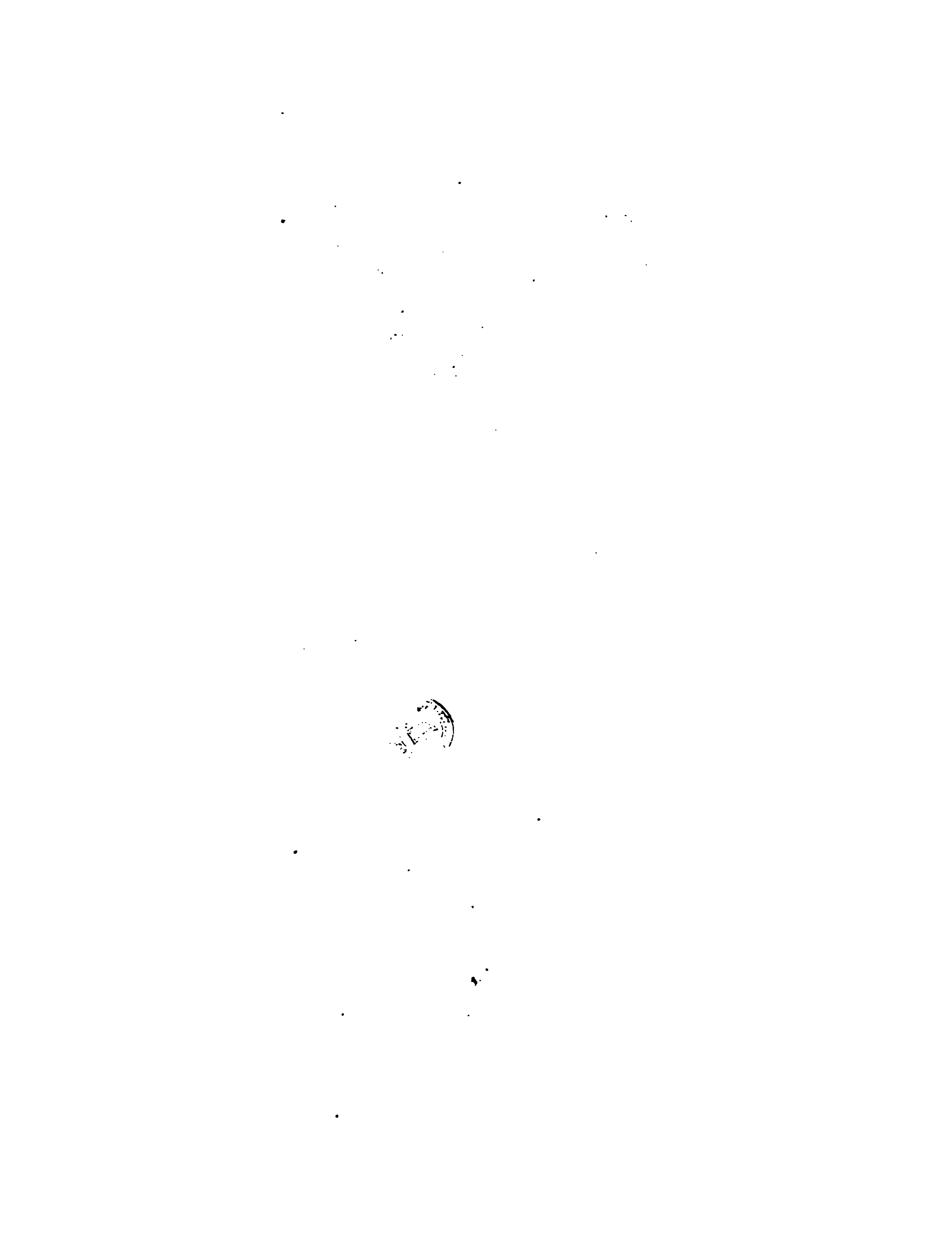
mundo, y cuanto la casualidad encuentra de maravilloso. Puede asegurarse que no entra un buque de Patagonia ó del Japón, de Cochinchina ó de Colombia, sin traer su tributo al Museo Británico ; y todos los ingleses que por el mundo hay dispersos, envían allí un monumento, una piedra, una flor, cualquier cosa, en la seguridad de que allí es colocado con el nombre del que lo envió y el lugar en donde fué hallado. Los nombres del General O' Leary, del doctor Cheyne, del doctor Davoren, de Dundas Logan, de G. Wills y de P. Wilson están allí en las curiosidades de Colombia.

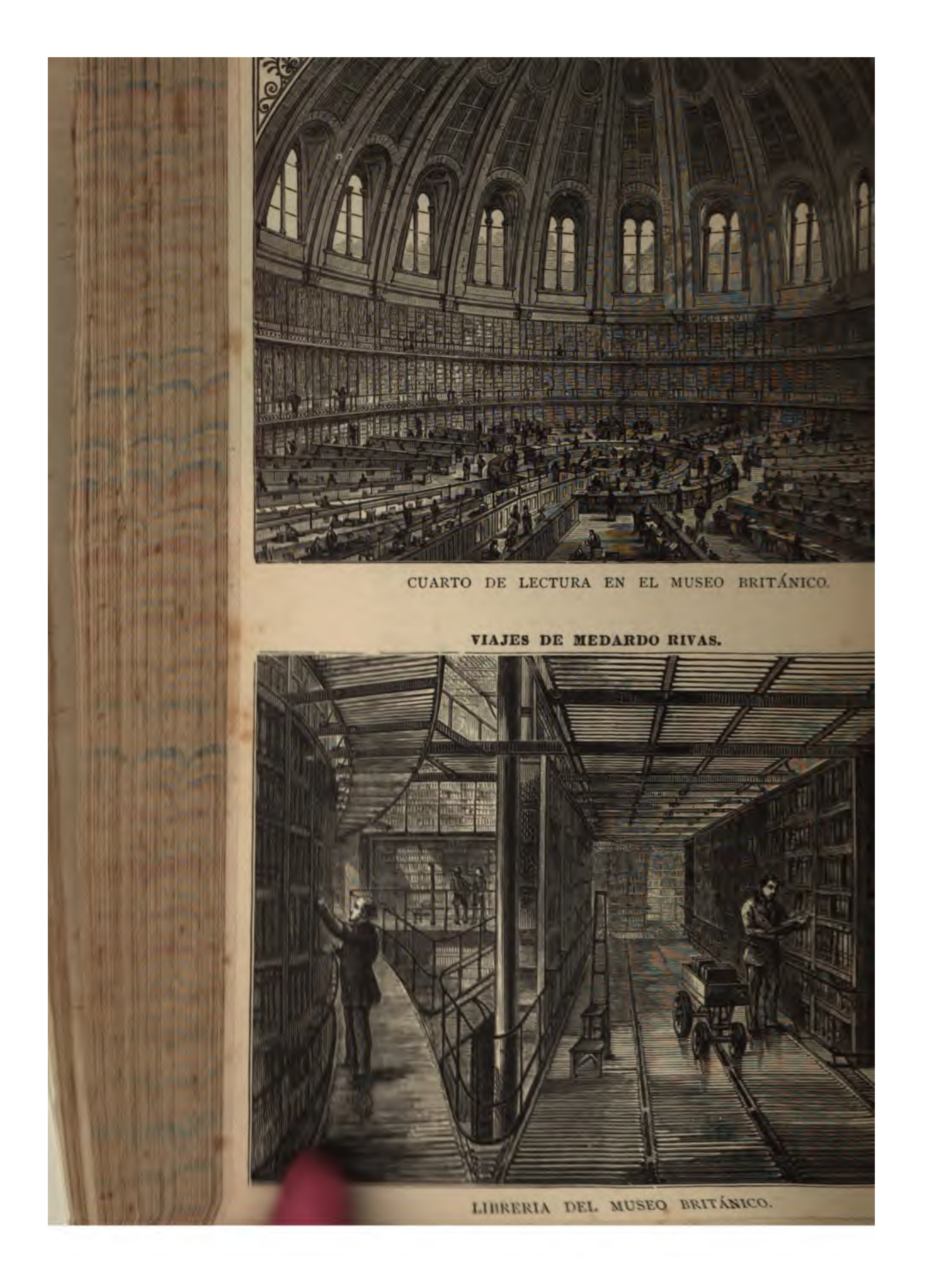
Hay nobles ingleses que invierten su vida entera y una fortuna colosal en descubrir restos en las ruinas de Cartago, por ejemplo, para enviar al Museo ; otros que reúnen una completa colección de los instrumentos y armas de los *pieles rojas*, y muchos que atraviesan los desiertos para conseguir una columna del templo del sol en Palmira.

Llega uno á dudar si el lujo y el costo del Museo británico corresponden á la utilidad científica, al ver, por ejemplo, que la cabeza de una estatua costó nueve mil libras esterlinas, es decir, cuarenta y cinco mil pesos, cantidad con la cual se habrían remediado tantas miserias en el mismo Londres ; pero bien se ve que todo ese lujo es poco cuando se trata de la glorificación del hombre con la reunión de todo lo que él ha creado en los diversos siglos, inspirado por diversos sentimientos y atribuído en otro tiempo á los dioses, y de revelarle en un momento todos los misterios de la ciencia, cuyo velo se ha ido corriendo lentamente al través de los siglos y á fuerza de estudio, de trabajo y de lágrimas. Formar un Museo Británico, es poner á un hombre en posesión de todo lo que la humanidad ha inventado.

Es muy triste repetir con Sócrates, y con sobra de razón : « Sólo sé que nada sé.» Al entrar al Museo británico me sentí anonadado de mi absoluta ignorancia ; pero allí, como por una especie de revelación, al ver los diversos reinos de la naturaleza clasificados y escalonados de manera que se encuentra el punto en donde se confunden el vegetal y la piedra ; al ver dónde concluye la planta y principia la vida animal, y se desarrolla prodigiosamente hasta llegar al hombre, encontré que la ciencia era fácil, el estudio grato, y que algún día, por medio de los museos públicos, estaría difundida aquélla en todas las clases de la sociedad.

En la investigación de los problemas religiosos, políticos y sociales, ¡ cuánto no ayudan los restos de todos los pueblos y de las distintas civilizaciones allí acumuladas, para deducir claramente que el hombre es en todas regiones prodigiosamente inteligente y creador, y de tal manera grande, que á veces ha creído que sus propias ideas eran revelaciones divinas y sus obras emanadas de los dioses ; y para comprender que es infinita su




CUARTO DE LECTURA EN EL MUSEO BRITÁNICO.

LIBRERIA DEL MUSEO BRITÁNICO.

erfección, atendida la diferencia que hay entre el troglodita que vivía ebajo de la tierra devorando á otros hombres, y el hombre civilizado de uestra época; que el hombre se encuentra movido por una ansia nsaciable de mejoramiento, de adelanto y de perfección, y que las naciones más grandes y los pueblos más adelantados son aquellos en donde ha podido reinar la libertad!

Mi mayor placer estuvo en ver de cerca y contemplar atentamente las estatuas de los personajes romanos que conocía por la historia: en mirarlos tales como ellos fueron, y tratar de encontrar en sus facciones y en la forma de la cabeza el genio que los impulsó, ó el móvil de sus grandes acciones; pero sólo hallé que todos ellos tenían una rigidez de facciones que revelaban la energía de su carácter, y un aire de majestad y de grandeza que parece haber desaparecido de la humanidad desde que cayó en la esclavitud y se extinguió ese pueblo guerrero que realizó prodigios de fuerza, de virtud y de grandeza, y que por muchos siglos llenó al mundo con la fama de sus conquistas y el ruido de sus armas.

Las estatuas de los emperadores romanos están allí como para oír el juicio que sobre ellos, al través de los tiempos, forman los hombres; aun los nacidos en regiones cuya existencia ellos ignoraron, como la América, y que silenciosos se someten á sus fallos, como en otro tiempo los vencidos se sometían á sus caprichos. Terrible enseñanza para los grandes hombres, que no saben por quiénes serán juzgados, y cuya causa está eternamente abierta para que todas las generaciones los sometan á un veredicto y los castiguen ó los absuelvan.

¡Qué hermoso era Marco Aurelio! ¡Qué feo Nerón! Pero esa linda cabeza de joven, de frente alta y despejada y de facciones virginales ¿sabéis de quién es? ¡de Heliogábalo!

Es tan grande la extensión del Museo Británico; son tantos los salones destinados á objetos diferentes, y tan variadas las maravillas que encierra, que creo corto el espacio de un mes para visitarlo uno como simple curioso; y el que es aficionado á una ciencia especial, á cierto género de estudios, allí puede pasar la vida engolfado en la contemplación de cada uno de esos salones y en el examen del cúmulo de maravillas allí reunidas.

Hay en el Museo Británico una inmensa librería y un salón de estudio, silencioso, y delante del cual es preciso pasar en puntillas, para que el ruido no interrumpa las meditaciones de los sabios que allí trabajan, de los cuales, unos están atareados sobre las mesas, escribiendo; otros, mirando distraídos, mientras que el alma piensa; aquéllos, inclinados, con un dedo la frente, de donde ha de salir la revelación que buscan, y todos abstraí-

dos del mundo, consumiendo su existencia entera, sin pasiones, sin goces mundanos, sin amor, sin odio, en el templo melancólico de la ciencia.

Era yo muy joven: había concluído mi carrera literaria presentando tres grados académicos en la rígida Universidad que fundó el señor Mariano Ospina, y obtenido el título de abogado de la Corte Suprema de Justicia, y tenía acumulada en la cabeza mucha ciencia jurídica, que después he tenido que olvidar, cuando me entró una seria pasión por el estudio; todos los días iba á la Biblioteca nacional de Bogotá, entonces olvidada y casi desierta, la cual estaba á cargo del señor Vicente Nariño. Me precedía algunas veces un señor Infiesta, y llegaba luégo un señor Algarra, únicos concurrentes á la Biblioteca, los cuales jamás hablaban. Yo llegaba y escogía entre los empolvados estantes el libro que quería, y sentado en una ancha silla de cuero, pasaba las horas leyendo hasta que el Bibliotecario anunciaba que iba á cerrar. Recuerdo que la última obra que leí fue *El gran cisma de Oriente*, en ocho tomos en folio.

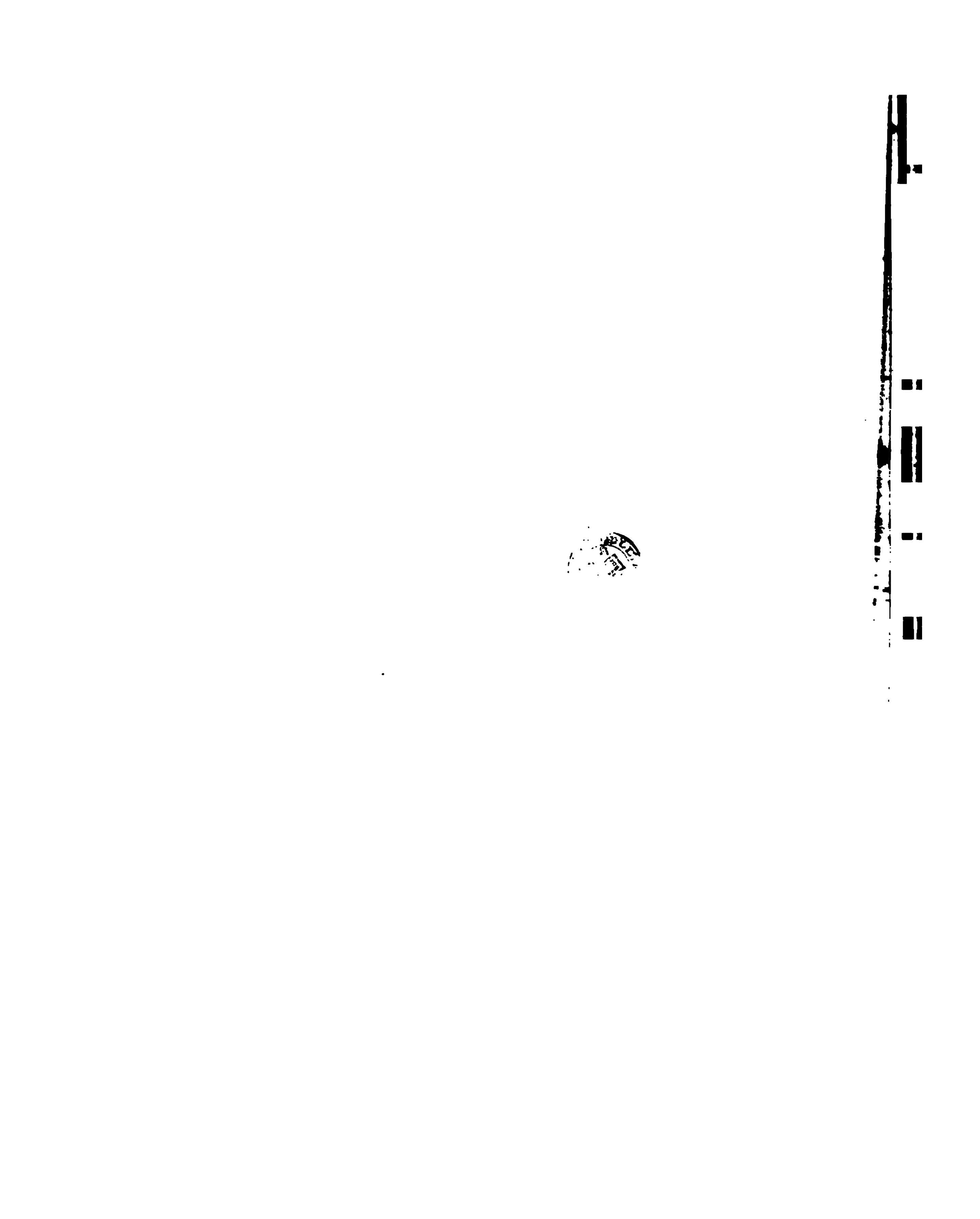
¡ Qué silencio! ¡ Qué recogimiento! ¡ Qué goces tan suaves y tranquilos son los de la ciencia! ¿ Quién me arrancó de aquella vida apacible para arrojarme en medio de las tempestades donde he estado siempre, luchando con las ondas y llevando una existencia horrible, sin poder nunca llegar á la orilla que busqué? El destino.

Ofrecímosle al Director de la parte zoológica del Museo unas mariposas de Muzo, y nos mostró, colocadas en sus diferentes cajas, treinta de éstas, que como obsequio le habían enviado los Ministros ingleses residentes en Bogotá.

Nos encantó ver muchas señoritas inglesas dibujando las estatuas griegas con tal seriedad y atención que nada las distraía, y como verdaderas artistas, absortas en la contemplación de las hermosas formas.

¡ Adelante! ¡ Adelante! No hay tiempo para detenerse en aquel recinto, so pena de dejar de ver lo más importante, y se pasa por todos los salones apenas curioseando y fijándose cuando más por un momento en los objetos más notables ó que más nos interesan. A mí, como impresor, me gustó más detenerme un rato á ver los primeros ensayos y las primeras obras de imprenta, que están allí admirablemente coleccionadas, y al señor Pérez le gustó más examinar las colecciones de armas.

Después de haber pasado, sin fijarme, por delante de los retratos de tantos reyes, me detuve instintivamente frente al de Cromwell, como ante uno de los grandes antepasados de los republicanos, y porque su historia gloriosa ó infame no podrá jamás arrancarse de las páginas más brillantes de la Historia de Inglaterra.



PUENTE SOBRE LA SERPENTINA EN HYDE PARK.



EL ARCO DE MÁRMOL A LA ENTRADA DE HYDE PAR

Colgado á una pared vi un manuscrito sucio, ininteligible, estropeado, del que apenas se podría formar un cucurucho para dulces, manuscrito que ha sido el que ha formado la nación más libre, más grande y más poderosa de los tiempos modernos, y que ha repartido en el mundo las nociones de la libertad en la ley. Ese manuscrito es la GRAN CARTA, que estuvo perdida por largos años, y que de casualidad fué encontrada en la tienda de un hojalatero, y de allí enviada al Museo.

En América tenemos una idea errónea de la ciudad de Londres, juzgándola triste y melancólica, de calles angostas, edificios altos y sombríos y envuelta eternamente en bruma. Londres es una ciudad de casas relativamente bajas y elegantemente construídas; de calles anchas, espaciosas, bien enlosadas y que tiene á cada paso un gran jardín, un espacioso parque, un *square* elegante, ó una plaza pequeña llena de árboles y flores, con su verja de hierro, propiedad privada de los dueños de las casas vecinas, donde van las señoras á cocer y los niños á jugar.

Sobre todo, nada es tan extraño como ver en el centro mismo de la ciudad á HYDE PARK, inmenso campo abierto, lleno de encinas seculares, con un río artificial, llamado *La Serpentina,* un puente elegante, lagos y fuentes, que lo transportan á uno verdaderamente á una campiña, como á cien leguas de Londres; campo en que hay vacas y ovejas y que está siempre lleno de criadas y de niños que juguetean alegres, de amantes que buscan la soledad para el placer, y de viejas que toman un rayo de sol para calentar sus miembros entumecidos.

Hyde Park es el gran paseo de Londres, donde los lores, los duques y los banqueros van á lucir magníficos carruajes, soberbios caballos y perros elegantes; las damas de la nobleza, ricas joyas y costosos trajes, y todas las hermosas, sus rostros angelicales y sus ojos de cielo.

Nada hay en Europa que iguale en suntuosidad al desfile de los coches que se hace diariamente en *Hyde Park:* desafío de la belleza, del lujo y de la ostentación, que el orgullo humano ha llevado á un extremo fabuloso, y que es para el viajero un espectáculo maravilloso.

La suprema belleza de la mujer, así como en otro tiempo estuvo en Circacia ó en Grecia, acaso está hoy en Inglaterra; y una *Lady inglesa* es el más bello tipo de la humanidad. En efecto, ¡qué delicadeza y perfección de facciones! ¡qué transparencia en la cutis! ¡qué blanco color, qué suavidad en el rubio cabello, qué brillo, languidez y pasión en los ojos azules! La mujer inglesa es la realidad de un poético sueño.

›do es pobre ante el lujo de un *lord inglés;* y el mayor placer para

un lord es que su señora llame la atención y deslumbre en el paseo de *Hyde Park*. Puede, pues, juzgarse cuánto lujo habrá allí.

Quizás gustará saber cómo pasean las señoras. La mayor parte de las jóvenes van en traje de amazonas, manejando un brioso caballo y luciendo su cuerpo elegante y su gallardo aspecto; y las casadas en su coche. Un cochero enorme y barrigón, con gran peluca rubia, sombrero de tres picos, la librea antigua de la familia, guantes y corbata blanca, maneja una pareja de hermosos caballos, briosos, delgados, ligeros y obedientes. A su lado, en el pescante del coche, está otro criado con levita francesa, sombrero redondo con escarapela y galón de oro, ó plateado todo el sombrero; la cabeza, que se descubre siempre delante de la señora, empolvada y rizada, calzón apretado y botas altas; y atrás del coche otros dos criados, de pié también, con librea, peluca y sombrero al tres.

Hay *ladyes* que mandan su carruaje con este rico tren, yendo dentro solamente su perro á dar un paseo.

La pasión loca de las ladyes inglesas por los perros falderos, y el enorme precio á que los pagan, llegando á valer algunos hasta mil pesos, ha producido en la raza bellezas como el *King Charles dog* ó el *español*, que son verdaderamente linduras; pero la moda actual, hija de la extravagancia, se ha fijado en unos monstruos deformes, chatos, con los dientes siempre afuera, como gruñendo, y los ojos saltados; y á estas criaturas horribles es á las que besan las inglesas con sus lindos y rosados labios.

Tengo la desgracia de juzgar y condenar á un hombre pór una sola acción fea, cuando ésta me revela un mal carácter; y confieso que dos cosas me han bastado para condenar á los ingleses: su pasión por el pugilato, en el que gozan en ver aporrearse, ensangrentarse, despedazarse y morir á dos hombres, y su amor al *bull-dog*, perro-fiera, estúpido, feo, que no tiene otra gracia que morder y no soltar su presa sino con la vida.

Las leyes condenan el pugilato y lo castigan, así como castigan á los que lo fomentan y á los espectadores de esta feroz diversión: las costumbres civilizadas lo reprueban; la religión lo maldice; la policía lo persigue, y sin embargo, apenas ésta se descuida, ya hay dos gladiadores matándose á puñetazos, en medio de un concurso numeroso y entusiasta que grita y aplaude cuando un hombre le hace saltar un ojo á otro, ó éste le rompe la mandíbula; y miles de libras esterlinas se cruzan en apuestas; y cuando uno de los dos está revolcándose en su sangre, los que perdieron con él lo escupen y lo muerden, y al vencedor lo coronan. Pero entre esta barbarie y la corrida de toros en España, hay la diferencia de que el gobierno no protege el pugilato y la nación se avergüenza de él, mientras

en España el juego de toros es institución nacional y constituye el llo del pueblo. Al día siguiente de un combate todos los periódicos tan los más horrorosos detalles, para satisfacer la ansiedad de los aficio- s que no pudieron asistir á la función.

Estando yo en Londres, tuvo lugar la pelea de un perro furioso un hombre desnudo: el perro le despedazó el vientre, pero murió gado por el hombre. ¡ Qué civilización !

En *Hyde Park*, en el invierno anterior á mi llegada, se presentó una curiosa en pleno día y muchas veces. *La Reina Isabel*, la rival de María ardo, atravesaba en su coche del uno al otro extremo del parque. Las tes estaban pasmadas, y la policía descubrió al fin que era que los estu- ntes de física, por medio de un aparato semejante á la linterna mágica, ían reflejar sobre la niebla esa pintura antigua. Puede juzgarse por este ómeno de lo espeso de la niebla en Londres y de la oscuridad que reina el invierno.

Éntrase á *Hyde Park* por un gran arco de mármol blanco, y nada s original que el contraste entre el uno y el otro lado de la verja de rro que hay en la calle, pues afuera se nota el ruido, el bullicio, la azara, el movimiento atronador y vertiginoso de la gran ciudad, y ntro el silencio del campo y la apacibilidad más encantadora; las vacas niando, las ovejas pastando tranquilas y los cisnes jugueteando en el nque.

Unidos á *Hyde Park* están los Jardines de la Reina, que son otra nensa pradera, sembrada de encinas, robles y pinos seculares, con alame- que se cruzan y *parterres* ó grupos de plantas, que, imitando inmensa carpeta, forman figuras de igual color las que están al frente, e distintos las que están á los lados, y cuyas flores, cuidadas y recor- as, no sobresalen unas de otras y tienen la apariencia del tercio- . A estos jardines no puede entrarse ni en coche, ni á caballo, ni con ros, ni persona que no esté decentemente vestida, y son el paseo favo- de los antiguos Oficiales y de las señoras que pasean por placer y por er ejercicio, cosa casi necesaria para toda mujer inglesa.

En medio de los Jardines de la Reina se levanta el suntuoso Monu- nto del Príncipe Alberto, difunto esposo de la actual Reina de glaterra, que es la obra más suntuosa que en este siglo se ha construído el mundo, sin excluir el edificio de la grande Opera de París.

Forman el exterior del monumento cinco enormes grupos de mármol lanco, tallados en competencia por los más afamados artistas italianos, y epresentativos de las cinco partes del mundo, en figuras de mujeres colosales:

América, por ejemplo, es una india desnuda y con sus animales y producciones naturales. Son tan grandes estos grupos, que el elefante del Asia, el toro de Europa ó el dromedario de Africa que en ellos se representan, son de tamaño natural. Una verja de hierro, de grupo á grupo, encierra el monumento.

Asciéndese á la base de éste por una vasta escalera circular que tendrá cuarenta varas de circunferencia ; y la última grada, que es espaciosa, forma una ancha galería en que pueden pasear al rededor, sin embarazo, muchas personas á un mismo tiempo. La base del monumento,—en donde acaba la escalera,—es circular y está formada por medallones de mármol blanco admirablemente esculpidos, con retratos de Colón, Vasco de Gama, Magallanes, Laperousse, Camoens, Tasso, Dante Alghieri, Cervantes, Ariosto (no está Byron), Fidias, Apeles, Miguel Angel, Rafael, Vandick, Velázquez y Morillo, Bernardo de Palissy, Moore, Fulton, Copérnico, Galileo, Demóstenes, Cicerón, San Bernardo, Bossuet, Fenelón y de casi todos aquellos que en la historia de la humanidad figuran por sus obras ó sus hechos en favor de la mejora intelectual, moral y material del hombre; pero no se ve un guerrero, ni un déspota, ni un conquistador.

Después se levanta, á cincuenta metros de altura, una obra artística de granito rojo, pulido y brillante y de mármoles de colores, — verde, rojo, blanco, negro y azul, — hábilmente mezclados con el bronce áureo, para formar una figura semejante al monumento de oro de la catedral de Bogotá, en que están los restos del señor Arzobispo Mosquera. El monumento está dividido en tres órdenes, tiene cuatro fases, y en cada uno de los extremos hay una enorme estatua de bronce negro : termina todo en una pirámide elevadísima; y en el orden del medio hay un grande arco, visible desde cualquier punto, en el cual está, en bronce dorado, la colosal estatua del Príncipe Alberto.

Mucho han censurado los artistas la idea de la estatua dorada ; pero no se comprende que de otro modo hubiera podido hacerse notable en medio del mármol y del bronce que allí deslumbran, y de más de doce magníficas estatuas de bronce negro que adornan el monumento. Al frente, en colosales letras de oro, se lee :

« VICTORIA AND HER PEOPLE TO
PRINCE ALBERTO.»

« Victoria y su pueblo al Príncipe Alberto.»

En efecto, esta suntuosa obra, en la cual se invirtió más de un millón

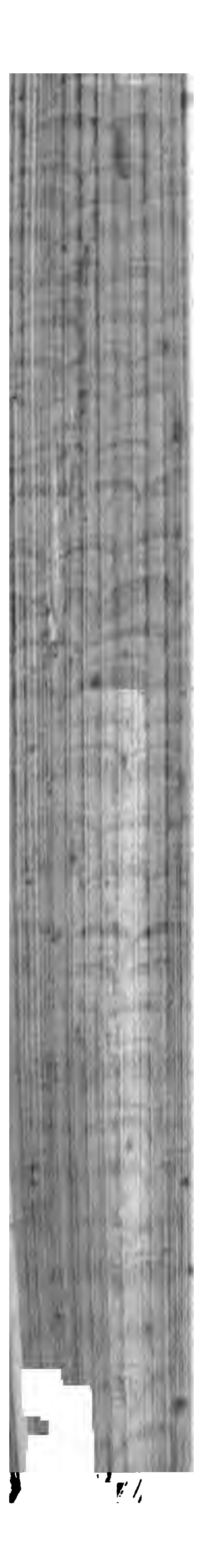
de libras esterlinas, fué construída, nó con fondos nacionales, sino por suscripción voluntaria, encabezada por la Reina Victoria.

Este monumento, además de ser muy suntuoso, caracteriza bien el genio inglés y las ideas y tendencias de nuestra época. El Príncipe Alberto no fué un santo por cuyos milagros mereciera que se le erigieran estatuas como las de que está llena la Italia ; no fué un guerrero por cuyas hazañas se le mandaran levantar monumentos como los que se encuentran por todas partes en Francia ; no fué un tirano como alguno de aquellos cuyas estatuas se sacan de las ruinas de Roma ; no fué un ambicioso como Napoleón, un político como Richelieu, ni un genio como Colón : fué sencillamente el Príncipe consorte de la Reina Victoria, hombre pacífico, inofensivo, modesto, y que jamás quiso mezclarse en la política de un reinado á cuya sombra se ha mantenido incólume la constitución, inalterable la paz, firme la libertad, y en el cual el pueblo ha mejorado de condición y la Inglaterra ha centuplicado su industria, su comercio, su influencia y su poder en el mundo.

Se van ya de la tierra los dioses, los grandes y los héroes, para que sea aquélla la mansión de los hombres comunes y virtuosos.

Cuando la vieja Inglaterra, con cuatro millones de habitantes, se compara con el actual Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda ; cuando se ve que donde antes eran pantanos hay hoy ciudades populosas y llenas de industria; cuando el antiguo isleño, pobre, cubierto de pieles, con las piernas envueltas en pajas para evitar el frío, habitando en chozas pajizas, llenas de humo, con su familia, estúpida y miserable, y entregado á la embriaguez, se compara con el ciudadano inglés de nuestro tiempo, acomodado, vestido de paño y bien calzado, lleno de esa dignidad que raya en orgullo, que habita elegante casa, usa alumbrado de gas, viaja en ferrocarril y está rodeado de una familia la más hermosa de la tierra, moral, virtuosa y llena de cualidades sociales, y se sabe que estos ciudadanos forman la mayoría de la nación, es necesario reconocer que sólo merecen estatuas y monumentos los que contribuyen al bienestar del pueblo, aunque sea modestamente, como el Príncipe Alberto, quien se ocupó sólo en la mejora de la industria y en la administración de la caridad en el país de su esposa.

Dejemos el animado y bullicioso ruido de la ciudad, y vamos al pasado. Vamos á visitar la soberbia y melancólica iglesia gótica, que es el orgullo y la maravilla de Londres, la Westminster Abey (abadía de Westminster), antiguo santuario católico, lleno de tradiciones y recuerdos, monumento de venerable antigüedad, que se levanta de la tierra y parece llegar al cielo; edificio lleno de majestad, de gracia y de belleza, ennegrecido por el tiempo,



y que hoy es el panteón nacional de todos los grandes h[illegible]
Inglaterra.

Eduardo el Confesor, corazón de mujer, duque de Norm[illegible]
terrado de su patria, cuenta la tradición que hizo voto de ir en [illegible]
ción á Roma, descalzo y á pié, á visitar el sepulcro de San P[illegible]
restaurado á su reino; pero cuando lo fué, ya ese voto le pareció [illegible]
y de él lo dispensó el Papa, con la obligación de erigir un monast[illegible]
Pedro. San Pedro mismo guió al Confesor en la elección, apare[illegible]
en una visión y diciéndole: «*Hay un lugar mio en el west*, (a[illegible])
Londres) que yo amo y elijo, que en otro tiempo consagré con mi [illegible]
honré con mi presencia é hice ilustre con mis milagros. En este lu[illegible]
se llama *Menster*, y que por los pecados de los hombres cayó en po[illegible]
bárbaros y se convirtió, de rico, grande y honorable que era, en [illegible]
pequeño é indigno, quiero que se levante un templo que sea la [illegible]
Dios y la puerta del cielo.» En este sitio se levantó la a[illegible]
West-minster.

La iglesia fué dotada con las siguientes reliquias: el pesebre [illegible]
Cristo nació; un pedazo del pan que bendijo en la cena; el asiento [illegible]
se sentó en el templo á disputar entre los doctores; un pedazo de su [illegible]
y de la soga con que fué atado; otro de la losa del sepulcro y de la [illegible]
en que fué envuelto, y una gran parte de la cruz.

Pero la iglesia actual no es la erigida hace nueve siglos por el [illegible]
Rey Enrique III; pues ésa fué católica, estuvo llena de altares donde [illegible]
tuamente se ofrecían misas; de santos á quienes se rendía culto; [illegible]
ardían sin cesar lámparas de plata y cirios de cera; cuyo recin[illegible]
perfumado por el incienso y las flores y resonaba con las magníficas [illegible]
dias latinas y el solemne *Kirie eleyson* de las letanías y el canto [illegible]
riano. La abadía de hoy está triste y silenciosa; no tiene un altar, [illegible]
cruz, ni una estatua, ni un adorno; y sus muros de piedra ennegrecida [illegible]
columnas gigantescas y desnudas se levantan al cielo, sombrías, mela[illegible]
cas, pero llenas de una majestad que impone, de una belleza que sorp[illegible]
y que eleva el alma á la meditación y al infinito.

El exterior de la abadía de *Westminster* no es ostentoso y mag[illegible]
como el de la Catedral de San Pedro en Roma; no es imponente como el
la iglesia de San Pablo en Londres, ni pretencioso como el de la Catedral de
Bogotá: y pudiera el viajero pasar por frente á él sin sospechar siquiera que
está allí uno de los más grandes y más hermosos edificios del mundo.

Haré una ligera descripción de este templo, que fué el que más me
gustó en Europa, sin usar términos técnicos, y sólo para que aquellos de

o siglos se hicieron construcciones en aquel templo, el orden gótico no a en absoluto y hay capillas en que figura otro. El edificio está construído piedra admirablemente tallada y al descubierto, sin que la cubra pintura, co ni blanquimento. Tiene una nave inmensa, elevadísima, que cansa en columnas redondas, pero estriadas, es decir, formadas como nuchas columnitas agrupadas en una, con molduras á cierta distancia, no los cañutos de la caña de maíz, muy delgadas en apariencia, según altura, y formando arcos ogivos, que sostienen otra galería elevadísima, nbién terminada en arcos más pequeños, y desprendiéndose de allí otros os que forman la inmensa bóveda de la iglesia, cruzándose á una altura que la vista se pierde y el pensamiento se confunde. Dos naves laterales grandes y tan elevadas que cada una de ellas sería un templo espacioso, man el cuerpo de la iglesia. Otra nave inmensa, tan alta como la principal, viene á completar la cruz; y esta nave tiene también varias otras erales hechas de columnas, sobre las cuales se levanta la bóveda, formando todas un centro común y un conjunto maravilloso, de manera que de alquier parte se tiene al frente una famosa arcada, y la iglesia deja ver magnitud y su elegancia de cualquiera de las tres puertas que por los es lados se abren para el público; y las infinitas columnas forman como n bosque de palmas, cuyas copas de piedra constituyen la bóveda.

Reina allí una oscuridad imponente, pues la luz que de tan alto viene al través de vidrios de colores, llega amortiguada y melancólica, aumentando la extensión del edificio y haciendo más altas y más aéreas las columnas, cuya parte superior parece perderse entre las sombras. En medio de los tres órdenes de arcos que forman el edificio está el magnífico y maravilloso coro; y además de las cinco naves del templo hay infinidad de capillas que se abren en todas direcciones y constituyen un intrincado y suntuoso laberinto, en el que se pierde la vista.

La abadía de Westminster tiene las siguientes medidas:

Hay más de veinticinco capillas al rededor de la iglesia, las cuales son obras admirables de arquitectura, de diversos estilos, sin que el viajero pueda comprender por dónde entra en ellas y por dónde vuelve á la iglesia. Casi todas conservan los nombres de los santos en cuyo honor se erigieron, como San Nicolás, San Edmundo, Santa Catalina, San Pablo ó San Juan Bautista ; pero los iconoclastas no dejaron en ellas ni una imagen, ni una estatua de santo, ni un retablo, ni una cruz. Otras capillas llevan el nombre del soberano que las mandó construir, y en todas hay monumentos de mármol levantados sobre los sepulcros á personajes cuya memoria ha querido perpetuarse, pero ay ! inútilmente, porque está perdido el nombre de los que allí reposan, y nadie trata de saberlo.

En cada una de esas capillas puede estudiarse el gusto de la época en que fué construída, y la historia del arte, en los sepulcros de mármol que la adornan, así como la inutilidad de querer perpetuar las fechas de una historia particular por medio de figuras ó de símbolos, claros para los contemporáneos, pero absolutamente incomprensibles y ridículos para las generaciones venideras. Hay algunos de estos sepulcros que son montañas de mármol; otros, por sus figuras, una extravagancia, y muchos, sumamente ridículos. Recuerdo entre estos últimos uno que representa una casa de mármol, en cuya puerta entreabierta está la Muerte en forma de esqueleto, asomándose; otro en que la Muerte, debajo de la cama, extiende su brazo descarnado para coger á una mujer; y otro en que, armada de una lanza y en una postura eminentemente grotesca, ataca á una mujer á quien un viejo defiende; pero los más comunes son un suntuoso senotafio, sobre el cual está extendida y con las manos juntas en actitud de orar, la estatua de la persona ó personas allí enterradas; pues con frecuencia se ven unidos los del esposo y la esposa. También hay otros que representan al personaje en andas de mármol, sostenidos en alto por estatuas de caballeros. Nada imponente hay en todos estos monumentos de la vanidad humana, empeñada en perpetuarse; y bien al contrario, el ánimo se complace en ver confundida con la piedra del templo la soberbia de los que se creyeron inmortales.

Westminster es hoy el sagrado panteón de los reyes de Inglaterra y de los grandes hombres ; y en nuestros días el honor de ser enterrado allí sólo ha sido concedido al doctor Livingstone, el valeroso explorador del Africa, y al célebre Darwin.

La más hermosa de las capillas de Westminster es la de Enrique VII ó de las banderas : es una hermosa iglesia, de estilo completamente gótico, de una sola nave, formada por arcos ogivos que de los muros salen y se

cruzan en el cielo, y que terminan en florones y figuras de piedra de admirable trabajo: catorce elevadísimas ventanas dan luz al artesonado, y queda oscuro el resto del templo. Las paredes no tienen una cuarta que no esté esculpida con figuras de ángeles, de patriarcas y reyes del viejo testamento y alegorías bíblicas. Esta capilla estaba destinada para los consejos y reuniones de los caballeros de la grande orden militar del BAÑO. Por esto, la iglesia tiene asientos de madera á lo largo de la nave, de admirable trabajo, y esculpido en el espaldar el escudo de armas de cada uno de los caballeros, y encima, desplegado y pendiente, el estandarte con que iba á la guerra. Así es que desde la puerta de la entrada la capilla muestra en hilera todas las banderas; banderas que tienen siglos, que conquistaron muchas glorias, y que el viento mantiene en continuo movimiento.

Allí, durmiendo el sueño eterno, la una en frente de la otra, y en iguales sarcófagos de mármol negro, no quedando de la funesta belleza de la una más que cenizas, y del varonil encanto de la otra más que polvo, y enterrados con ellas sus amores, sus odios, sus venganzas, están dos mujeres históricas, dos reinas rivales que se disputaron la opinión del mundo y que se dividen todavía en la historia los partidarios, los amigos y los admiradores. En aquella lóbrega capilla cree uno ver levantarse de los dos sepulcros dos sombras coronadas: una de suprema belleza, y otra de regia majestad, las cuales se miran siempre con odio ó con horror; aquélla derrama delante del viajero la urna de lágrimas que recogió en la vida, y le muestra su linda garganta degollada; y ésta presenta con una mano el rollo de pergamino en que están escritos con sangre los crímenes de su enemiga, y con la otra el acta de reconocimiento y admiración de un gran pueblo.

Estas sombras son la de MARÍA STUARDO, REINA DE ESCOCIA, y la de ISABEL, REINA DE INGLATERRA.

La historia de *María* es un romance lleno de tristeza y de encanto, que cautiva todos los corazones y hace olvidar todas sus faltas. Hija de reyes, nacida para reinar en tres de las naciones más poderosas de Europa, sus coronas rodaron en el polvo; hermosa como un ángel, prostituyó su belleza; inteligente é instruída, siguió una senda de errores; y la huella de sus delitos la borró con su copioso llanto. Fué hija de Jacobo V, Rey de Escocia, nació en 1542 y se casó con Francisco II, Rey de Francia, cuando éste todavía era *Delfín*, en 1558. Perdió á su esposo á los pocos meses de casada, y con él el reino de Francia.

Le queda el reino de Escocia y...... el de Inglaterra, sobre el cual tiene

[illegible] que los de la hija de [illegible] Enrique VIII declaró indigna de [illegible] Francia [illegible] que tanto amó y [illegible] alejar de sus playas [illegible] Escocia á tomar posesión de un [illegible] que acaba de perder.

Pero [illegible] que gobernar este trono no son esas [illegible] y de su cultura, sino [illegible] belleza que no se entu- [illegible] y que quieren [illegible]

Ella [illegible] de sus súbditos: la guerra se [illegible] y se derrama sangre, por lo cual [illegible] Si ella aceptara una [illegible] podría salvarla. Pero ¿qué le [illegible] entregado al joven *Enrique* [illegible] ¿Fué dichosa? No, profundamente desgraciada.

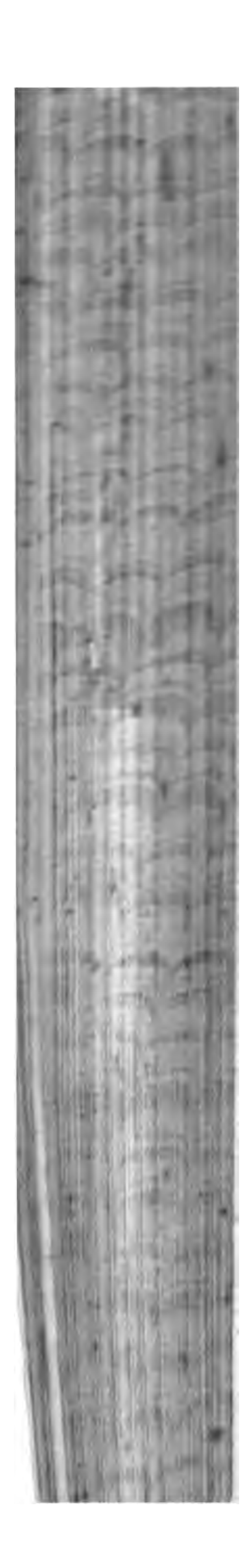
En [illegible] Inglaterra, sobre la cual ella creía tener también derechos [illegible] en el mismo año en que ella se había casado con el Rey de Francia en 1558, Isabel, hija de Ana Bolena, lo que [illegible] en aquella época, porque era dichosa, pero de lo cual [illegible] á Escocia [illegible] supo entonces que su *prima* (á quien [illegible] con mengua de su orgullo) era una mujer de [illegible] frente despejada y clara razón: que no amaba á nadie y que era llamada la *reina virgen*, que era respetada por los ingleses á pesar de su [illegible] que había restablecido el protestantismo, y que á sí misma se había hecho cabeza de la iglesia de Inglaterra.

Lo que sintió por su *hermana* fué un profundo disgusto, una antipatía invencible, lo que siente una alma delicada, entusiasta y ardorosa por una persona fría, egoísta y ambiciosa; y como tenía la gracia francesa, lanzó contra ella burlas por su [illegible], y sarcasmos contra su virginidad, burlas que la otra guardó rencorosamente.

Mientras que Isabel con su acertado juicio, buen gobierno y profunda política engrandecía á su nación y conquistaba si no el amor, si la profunda veneración de los ingleses, María, entregada á locos amores con el italiano Rizzio, dejaba que su reino ardiera, que sus súbditos se despedazaran por cuestiones religiosas, y llevó el escándalo hasta obligar á su esposo á que en su presencia asesinara al amante, salpicando con su sangre las regias vestiduras.

:orte de Isabel estaba llena de embajadores de todas las naciones
nes había hecho alianzas poderosas; los príncipes y los reyes
ın su mano, y en su palacio le rendían honores casi divinos; pero
e satisfacía, porque María era hermosa y ella fea, María inspiraba
o y verdadero, y á ella le hacían traición sus favoritos.
el tenía envidia á esa linda Reina loca que contribuyó á la muerte
oso, y que tres meses después de la catástrofe casó con su asesino
: de Bothwell; á esa contra quien los indignados escoceses se
y depusieron, y que habiendo logrado salvarse, huyó de su
e refugió en Inglaterra.
ıs dos mujeres se encontraron al fin: la una supremamente hermosa,
ea é inteligente; la una dulce, tierna, entusiasta y generosa, la otra
y sabia; la una criminal arrepentida, la otra inocente y severa;
:ofundamente desgraciada, la otra llena de poder y de grandeza.
rivales se miraron, las dos reinas se midieron, las dos hermanas
ıron.
el aparentó interesarse por la suerte de una reina á quien aborre-
ro reino deseaba para formar la Gran Bretaña. María aparentó
miento por los servicios de una usurpadora del reino que pretendía
n despreciaba, y cada cual seguía en secreto el camino que su cora-
dicaba ó sus intereses le aconsejaban. María conspiraba con sus
, y la cruel Isabel la redujo á estrecha prisión por diez y ocho años.
dad ó mentira: misterio de la historia. Habiendo Babington cons-
le acuerdo con María, contra la vida de Isabel, ésta, implacable y
hizo cortar la cabeza á su enemiga por mano del verdugo.
unos instantes antes de ser decapitada, dirigió á su rival la siguiente

ñora:
ınque con vuestra propia mano habéis trazado mi sentencia de
no os guardo rencor ni muero como enemigo vuéstro. Mi religión
ña á perdonar cuantos odios mundanos me asalten; y la vuéstra os
arrojar sobre mí aquellos odios.
ınque se me condena como á criminal, muero con la paz de la con-
No me condenáis porque yo haya maquinado contra vuestra vida:
ıacer rodar mi cabeza porque sobre ella llevo una corona, objeto
ras ansias. La fe que inducía á San Pablo á rogar por Nerón, hará
que María Estuardo ore por Isabel. Además, una reina ilegítima no
lora á la indignación de la Reina que por derecho de nacimiento
el cetro.



Sin duda que este lenguaje no ha de ser de vuestro agrado; pero ¿ puede temer aquel que se encuentra así condenado al último supli Y este suplicio, que vengáis ignominioso, será el complemento de mi g No penséis que podáis humillarme impunemente: recordad que tomará algún día con el mismo rigor que hoy empleáis para con Europa. Tan lejos me hallo de desear que se vengue mi muerte y qu sangre caiga sobre vos, que me sería feliz si la muerte transitoria que á sufrir fuera un medio de iluminar vuestra alma y de llevaros á la eterna.

María

El Conde de Essex, su favorito, conspiró contra Isabel, y ella lle despecho, lo mandó juzgar y fué decapitado: poco tiempo después murió de remordimientos.

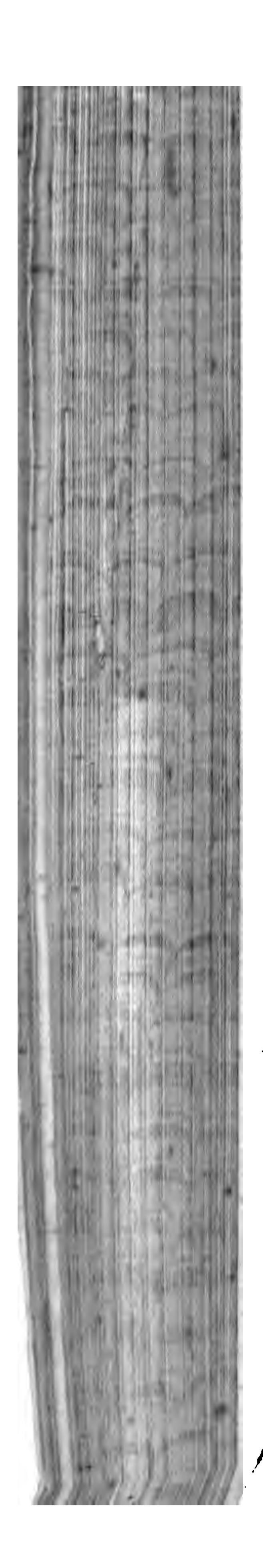
Las tumbas de María, Reina de Escocia, é Isabel, Reina de Ingla inspiran terror

CAPITULO IX.

El Támesis—Los jardines ingleses—Nelson y Byron.

EL TÁMESIS pasa cerca de Westminster, y como el viajero está ansioso de verlo y de conocerlo todo, en lo que hace muy mal, ıe las emociones se van sucediendo y borrando con una rapidez ʒinosa, sin que se le grabe ni quede nada en el espíritu, de la misma ːra que no queda nada de los paisajes que se van desarrollando y .endo de vista cuando se va en ferrocarril ó al verlos en un estereos- ı; por eso, al salir del antiguo templo gótico, nos embarcámos en un rcito y bajámos el río, pasando por la *Casa del Parlamento*, y fuimos ıocer á *Kew Garden* y el ASILO DE LOS INVÁLIDOS DE INGLATERRA.

Los JARDINES INGLESES son verdaderos tapices verdes, con figuras y os de diversos colores, formados con las flores con la regularidad imor que se emplea en la tapicería de los Gobelinos en Francia, y nguna parte del mundo el arte de los jardines ha llegado á tanta cción ; pues las plantas están educadas de tal manera que no crecen de lo preciso, florecen todas á un mismo tiempo, y las matas gual clase dan flores de idéntico color. Así la vista se deleita en ir en *Kew Garden* los infinitos círculos, triángulos, rectángulos ıarcados arabescos de que están formados los jardines, rojos unos, rillos éstos, tricolores aquéllos, matizados los de más allá, sin que línea esté torcida ni una flor dislocada. Ayuda mucho á los ingleses, formar sus regulares y preciosos jardines, la verdura de los pastos,



Sin duda que este lenguaje no ha de ser de vuestro agrado; pero ¿
puede temer aquel que de antemano está condenado al último supli
Y este suplicio, que juzgáis ignominioso, será el complemento de mi gl
Ni penséis que podéis inmolarme impunemente : recordad que s
uzgará algún día con el mismo rigor que hoy empleáis para con
Empero, tan lejos me hallo de desear que se vengue mi muerte y qu
sangre caiga sobre vos, que me diría feliz si la muerte transitoria que
á sufrir fuera un medio de iluminar vuestra alma y de llevaros á la
eterna....

MARÍA.

El Conde de Essex, su favorito, conspiró contra Isabel, y ella, ll
despecho, lo mandó juzgar y fué decapitado : poco tiempo después
murió de remordimientos.

Las tumbas de María, Reina de Escocia, é Isabel, Reina de Ingl
inspiran terror.

sin embargo, derrotado por los fuegos de tierra, que caían como obre su armada, y le envió á decir al Gobernador: «si no hay una y se suspende inmediatamente el fuego de tierra, hago volar todos ues daneses y que perezcan todas las tropas de la tripulación.» El nador, ante tal anuncio, hizo suspender el fuego, y Nelson, salvándose embarcó, y por en medio de la multitud amotinada y enfurecida ó la ciudad y fué al palacio del Rey, con quien de igual á igual las bases de la paz.

ando la loca expedición del General Bonaparte sobre Egipto, encen- guerra entre Inglaterra y Francia, aquél se llevó cuanto ésta e marina al mando del Almirante Brueys, y con ella fué con- ndo á Candia, Malta y Alejandría, donde desembarcó, se dirigió ro, entró allí victorioso y dió famosas batallas como la de LAS IDES. Nelson siguió tras él, le quitó á Malta, y sabiendo que la armada sa estaba anclada en la rada de Aboukir, cerca de una de las desembo- as del Nilo, y que se componía de trece grandes navíos y cuatro as, se metió entre ella de noche, el 1.º de Agosto de 1799, y atravesó la que los navíos formaban; pero los franceses lo notaron y rompieron los , empeñándose un formidable combate que duró más de dos horas; se lió el *Oriente*, navío del Almirante francés, que voló causando horribles os aun á sus enemigos; Nelson fué herido en la cabeza y perdió un la batalla, pero siguió mandándola hasta las tres de la mañana, hora e todos los buques enemigos estuvieron en su poder, y los que nó, a volado ó se habían hundido.

espués, por dos años mantuvo Nelson la armada francesa detenida en , y cuando pudo salir y unirse con la española, formando juntas una lra poderosa al mando del Almirante Villeneuve, la persiguió hasta libró la batalla naval más formidable que se ha dado en los tiempos rnos: la de TRAFALGAR.

l 21 de Octubre de 1805, á la altura del cabo de Trafalgar, el navío *ictoria*, en el cual iba Nelson, se fué sobre el *Bucentauro*, que conducía mirante Villeneuve, y se formó un encarnizado combate. El *itable* auxilió al de su General y pereció; bien pronto un volcán de se levantó en el mar, amenazando incendiar los navíos de una y rmada; era la *Santísima Trinidad*, que, viéndose perdido, había hecho su santabárbara, pereciendo todos á bordo. El *Temerario* atacó al mirante con una energía desesperada, le mató mucha gente é hirió lmente á Nelson; pero no pudo resistir á otros buques ingleses que él vinieron, y sucumbió también. 13

Nelson, atravesado el pecho por una bala, fué retirado á un l
menos peligroso, pero continuó dando sus órdenes con admirable se
fría, y cuando el Vice-almirante le anunció la victoria, se envolvió e
capa y murió.

Jamás dolor público fué más sincero y más espléndidamente ma
tado que el de la Inglaterra á la muerte de Nelson. Todas las ciudad
enlutaron, los teatros se cerraron, los buques se empavesaron, y se le hici
funerales suntuosos: el cadáver fué acompañado con regia pompa por
el ejército y toda la marina, y conducido desde el puerto, atravesan
ciudad de Londres, hasta la Catedral de San Pablo, en donde est
sepulcro.

Lamartine, para manifestar lo que son los dos genios, el francé
inglés, pone la proclama de Napoleón en Egipto, que dice:

« Soldados, desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos co
templan,» &c.,

al lado de ésta de Nelson en Trafalgar :

« La Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber.»

Para pintar un rasgo característico de la nación inglesa, voy á r
una anécdota de la vida de Nelson:

La que fué lady Hamilton, era una linda muchacha, n
cida en Nápoles, y cuya vida licenciosa la puso en contacto con el
lord Hamilton, que, como viajero, fué á visitar esa ciudad. Enamo
ella locamente el joven lord, y disipó una enorme fortuna, pues
que ella gastaba era superior al ruido que hacían sus amores con é
llegando éste á pensar seriamente en hacerla su esposa. Para
tamaña locura, y á pesar de su edad y de sus ocupaciones en el parl
salió de Londres lord Hamilton, su padre, y partió para Nápoles.
fácil que la muchacha, dándole él mucho dinero, desistiera de sus
siones matrimoniales, y sin decir nada al hijo, se fué directamente
ella estaba.

Parecióle al principio graciosa, después inteligente, luégo buen
último tan encantadora, que, fascinado, hechizado, loco, resolvió r
á su hijo, lo que hizo en efecto, y á los pocos días, con gran solemn
hizo su legítima esposa.

No queriendo la muchacha ir á Londres, lord Hamilton se hi
brar Embajador en Nápoles; y la Embajadora de Inglaterra tu
acceso en la corte, en donde reinaba Carolina, hija de María
de Austria, y hermana de María Antoñeta, reina de Francia; muje
gente, resuelta, perversa y cruel, quien, subyugada también por el

de lady Hamilton, la hizo su amiga íntima y su favorita, no separándose de ella á ninguna hora.

La escuadra inglesa en el Mediterráneo, al mando de Nelson, llegó á Nápoles cuando estaba lady Hamilton en todo su esplendor. Nelson se enamoró de ella, y la orgullosa austriaca, Reina de las dos Sicilias, hija de un Emperador de Austria, se hizo la confidenta y la cómplice de los adúlteros amores de Nelson y de lady Hamilton.

Pero esta infamia no fué desinteresada, pues á su turno ella se valió de lady Hamilton para que Nelson asesinase, aprovechándose de una tregua, de su posición y de la fuerza, á los republicanos italianos; mancillando el héroe así su gloria.

Lady Hamilton abandonó á su esposo y se hizo la compañera inseparable de Nelson, quien la llevaba á todas partes, la hacía considerar como su legítima consorte y la respetaba como á tal, y al tiempo de morir en Trafalgar, dijo estas últimas palabras:

«Recomiendo á la gratitud de Inglaterra, y en memoria de mis sacrificios, á lady Hamilton.»

Pues bien: en esa tierra, que está llena de monumentos levantados al *Bravo Nelson*, lady Hamilton murió de miseria en una pequeña aldea, y abandonada de todos; y de ella sólo queda, por el mérito de la pintura, un retrato en *Kensington garden Museum*, á cuyo pié dice:

« LADY HAMILTON,

«Conocida en la historia por algunas cartas del Almirante Nelson.»

Hé aquí una anécdota que indica cuánto se admira en Inglaterra á Nelson y cuál es allí su popularidad:

De años atrás llamaba en Londres la atención de los viajeros, y era visitado por éstos incesantemente, un viejo veterano que había respirado humo de pólvora en Trafalgar, y que había perdido allí, al lado mismo de Nelson, una pierna, en cambio de la cual llevaba dos formidables muletas, que eran como los sustentáculos de su gloria. Tenía algunas particularidades que los *reporters* se apresuraban á recoger y publicar: entre ellas, la de llevar sobre la frente, tal como el Almirante lo llevaba, un largo mechón de pelo traído desde la corona; y la de quejarse con frecuencia de un dolor que le sobrevenía en el pié de la pierna que había perdido en el combate, á semejanza de la noble Francia, que aún se conduele de lo que sufre hoy la Alsacia, ya desmembrada. El veterano aquél, como buen inglés, era al principio de difícil entrada; pero luego que el visitante se hacía presentar

por uno de los súbditos más queridos de Su Majestad,—el chelín,—entraba el viejo en familiar conversación, y refería, encendidos los ojos por el fuego del relato, y algo revuelto y erizado el mechón de pelo, cual si en la salita del inválido soplaran en aquellos momentos las brisas de mar que corrían el día de la batalla, refería, digo, cómo cada inglés cumplió con su deber, para no dejar burladas las palabras del Almirante y las esperanzas de la *old Britain:* cómo Nelson se puso sobre el ojo perdido el anteojo, para poder decir, sin mentira, que no veía lo que en sus planes no le convenía ver; cómo lograron cruzar la escuadra enemiga, y, por último, cómo cayó él herido, al mismo tiempo que Nelson, sobre el puente del buque, teniendo así, para su patria, una gloria más, y para su uso particular, una pierna menos.

No había individuo, nacional ó extranjero, que perdiera la ocasión de escuchar aquellos detalles que la Historia aún no registraba, de apretar aquella mano que tal vez había tocado la de Nelson, de ver aquella pierna, esto es, el lugar donde ella debía de estar, que le hacía acreedor á la admiración y simpatía de todos los súbditos ingleses.

Y pasaban los años sin que el veterano dejara de recibir visitas, y con éstas, sendos chelines, sin que con la edad se debilitaran sus recuerdos, y sin que alterara un detalle ni una sílaba de su interesante relato; sobre todo llamaba la atención su edad incierta, pero á buen seguro muy avanzada, edad sobre la cual guardaba el viejo enigmática reserva. Los periódicos se deshacían en comentarios, los clubs multiplicaban sus apuestas respecto de los años, y no faltó un lord con ribetes de sabio, que los hay, que comisionara, según dicen, á Stanley, el descubridor de Livingstone, para que fuera, á la cabeza de una sociedad arqueológica, en busca de la pierna enterrada en Trafalgar, y encontrada ésta, y examinado el hueso de acuerdo con las más recientes especulaciones científicas, determinar la edad que tenía aquella ex-pierna, de suerte que, hecha la suma del tiempo transcurrido desde el día de la batalla hasta el de la exploración, se pudiera saber los años de su compañera la pierna viva, y por ésta los del marino de Nelson.

Pero era el caso que el viejo no se envejecía, y puede decirse que veía pasar las generaciones, como si con la muerte de uno de sus miembros hubiera pagado suficiente tributo á la tierra. Pero ¿ qué de extraño podía haber para los altivos ingleses en que un súbdito de Su Majestad, que había resistido todos los asaltos, resistiera al fin los de la muerte ?

Empero, no faltó un individuo que, sin ningún patriotismo por cierto abrigara en su pecho algunas dudas acerca del tal veterano, y exponiéndose á cometer un crimen de lesa-patria, siguiera los pasos de aquel

luos que se sucedían con entera regularidad, uno á la muerte de otro, los en todo el mundo por su parecido, é instruídos, arreglados, ves- costeados por una Sociedad debidamente organizada, que giraba razón social de *Nelson's public english simpathy explotation Company* pañía explotadora de la simpatía de los ingleses por Nelson).

ORD BYRON no es inglés. Su origen es francés, su corazón español, nio universal, su voz del cielo, como la de los ángeles rebeldes en el nto en que para siempre fueron condenados al infierno: ecos del de la amargura, del remordimiento, irremediables y eternos, confun- con los gritos de la desesperación y el deseo de la venganza.

Ni la historia de su país, ni las tradiciones sombrías y melancólicas de tá poblada la isla, y que han aprovechado otros poetas, inspiraron su musa; ni la verde Inglaterra tuvo para él encantos, ni el ruido de bricas le fué grato, ni el movimiento comercial de la isla llamó su atención; y como el ave que huye de una jaula húmeda y fría y busca de sol, de libertad, de calor y de extensión para cantar libre y así lord Byron, desde muy joven, se fué de Inglaterra á visitar á ña y á Grecia, tierras de la inspiración y de la poesía, dejando como rdo de este viaje su inmortal poema *Childe-Harold.*

Si de su patria se acuerda, es para escribir una sátira sobre *La vida de dres*, mientras que en Oriente es héroe, amante tierno y poeta sublime; viesa á nado el estrecho del Helesponto para imitar las visitas misterio- que Leandro hacía á su querida; y contemplando los sepulcros griegos, las más hermosas traducciones de *Anacreonte* y del *Prometeo* de quilo, y compone su famoso poema la *Desposada de Abidos*, asunto ramente griego.

Byron tiene un canto para cada uno de los hechos de Napoleón, el migo de su patria; lo sigue en su carrera de triunfos, como el ojo del uila sigue el curso del sol; y deslumbrado por tanta luz y tanta gloria,

su inspiración y su ardiente fantasía. Si algunos de estos poemas no son sublimes, otros hay magníficos, que revelan los más hermosos pensamientos, las más dulces emociones y un corazón nacido para todo lo grande y todo lo noble. Relativas á Inglaterra, no se registran en las obras de Byron más que las *Sátiras*, *Los poetas ingleses y los de la Revista de Edimburgo*, *El carro de Minerva*, *El valse* y *La visión del Juicio*; poesías en que el autor derramó toda la hiel y cuanto de odioso y despreciable había en su alma.

El corazón de Byron fué español, y basta para probarlo el que sus más bellos versos son españoles; que pinta el amor como los españoles lo sienten; que sus más románticas fantasías son españolas; que tiene arranques de generosidad, de inconstancia y de locura como un español; que no halló en inglés una expresión para pintar la cólera de su esposa, y tuvo que escribir en una carta: «I wait Mrs. Byron *furiosa*»; que guardó como un español la injuria que su madre le hizo llamándolo *chapín*, para escribir después *La transformación de un deforme*; que fué implacable como un español en la venganza; y en fin, que amor, ternura, celos, deleites, perfidias, todo en él revelaba el carácter español, y nada de la rectitud, moralidad y helada virtud del carácter inglés.

Byron en España no sólo hubiera sido un gran poeta, sino un hombre eminente, un héroe como don Juan de Austria y un político hábil; pero en Inglaterra, donde su rígida madre no comprendía los tesoros de amor que su corazón encerraba, viendo en él sólo un niño inquieto, en nada parecido á los *good boys* (muchachos formales), que con la biblia en la mano van todos los domingos á la iglesia y vuelven á leerla y releerla en el hogar; encontrándolo distinto de los rubios ingleses, graves, juiciosos, que se afeitan todos los días, leen *El Times*, y estirados, tiesos, con el cuello recto, les hacen una fría corte á las inglesas; viendo que, al contrario, era un joven moreno, hermoso, de abundante y larga cabellera castaña, de cuerpo elegante, fáciles movimientos, aire atrevido, cuello perfecto que dejaba descubierto y luciendo sobre una pechera de encajes; y que en vez de la etiqueta inglesa este jóven gastaba con las damas unos modales que rompían todas las tradiciones de la cortesanía, y que sin embargo le valían las más locas conquistas; su madre, en fin, no simpatizando con su carácter, jamás tuvo para él una caricia, lo corrigió injuriándolo, y exacerbó su carácter hasta el extremo de reinar entre ellos un sentimiento que más se parecía al odio que al amor.

En Inglaterra, donde concibió una pasión loca, frenética, por una mujer estúpida, á quien consagró las primicias de sus poesías, mujer que decía á una amiga: «¿qué quieres que haga yo de ese pobrecito chapín?»; en

donde tomó por esposa á una altiva lady, que lo abandonó, loco y le quitó su hijita, sin embargo de haber compuesto uellos lindos versos que todas las mujeres de mi país repiten:

Hay una vida mística enlazada
Tan cariñosamente con la mía,
Que del destino la inflexible espada
Ninguna ó ambas deberá cortar.

Una beldad existe, que mis ojos
Siempre la ven con mágica delicia;
De día sabe disipar enojos,
De noche ensueños dulces inspirar.

Hay una voz tan pura y melodiosa
Que al oírla mi pecho se enajena;
No acompañados de esa voz hermosa
Célicos coros no quisiera oír.

Hay una faz cuyo rubor explica
La historia de mi amor en su mejilla;
Y al despedirse pálida publica
Más amor que me es dado proferir.

Hay un labio que el mío ha comprimido,
Y que antes otro labio no estrechó;
Juró hacerme feliz, y envanecido
Mi labio lo comprime y otro nó.

Hay un seno—todo él es propio mío—
Do mi cabeza enferma reclinó;
Una boca que ríe si yo río,
Ojos que lloran cuando lloro yo.

Dos corazones hay que en vibraciones
De dulcísima unión se corresponden;
Y dicen en acordes pulsaciones,
O juntos palpitar ó fenecer.

Dos almas hay que ven tan dulcemente
La vida deslizar, que al separarse...
¿Al separarse? ¡ah, no! que eternamente
Una sola esas almas han de ser;

en Inglaterra, donde sólo tuvo para sus cantos, que llenaban el mundo de admiración, amarga crítica y censuras en que se trató hasta de su vida privada; en Inglaterra, donde no tuvo un amigo que lo introdujese á la Cámara de los Lores, en la cual se presentó solo, contra todas las tradiciones de la nobleza; en Inglaterra, donde nadie comprendió sus discursos en el parlamento, cuando, habiéndose rebelado un condado por hambre y habiéndolo mandado someter por la fuerza, él les gritaba: «Bárbaros, con cañones y pólvora no se apacigua el hambre de los pueblos»; en Inglaterra, donde no preveían entonces que con la guerra al turco y la emancipación de Grecia, del Epiro, de Tesalia, de Chipre y de todos los Principados Danubianos se servía á la causa de la civilización y se levantaba la grandeza y el poderío de la Gran Bretaña en Oriente; en Inglaterra, en fin, lord Byron no tuvo niñez tranquila, ni juventud dichosa, ni hogar feliz, ni reputación, ni gloria, por lo cual era natural que para ella tampoco tuviese ni recuerdos ni cantos.

Byron en Inglaterra fué acusado de loco por hechos que sólo dependían de la natural exacerbación de su carácter; censurado por sus faltas indisculpables, en verdad, pero tambien por sus acciones generosas y por sus más nobles y tiernas aspiraciones; y ¡quién sabe si entre el poeta que sueña y el loco que delira, sólo Dios marca el límite!

Byron dejó para siempre á Inglaterra y se fué á Suiza, y á la orilla del lago de Ginebra, donde el poético escenario levantó su numen entusiasta, escribió *El prisionero de Chillon*, el tercer canto del *Childe-Harold* y *Mazepa;* y allí también trazó aquel diario sentimental, del cual basta este solo párrafo para probar que Byron era bueno, sensible y amante, pero que jamás fué feliz:

«No tengo, dice, más que recuerdos amargos, y sobre todo el de la reciente desolación de mi hogar, que me acompañará toda mi vida. Pesan ellos sobre mí aquí; y ni la música del pastor, ni el ruido de la avalancha, ni el murmurio del torrente, ni el aspecto de la montaña levantan este peso de mi corazón, ni alcanzan á hacerme perder esta maldecida identidad entre mi suerte y la majestad, el poder y la gloria que me rodea.»

Pobre lord, que, cuando los amigos se interesaban por una reconciliación con su esposa, á que ésta se denegó siempre, asegurando tener pruebas de la locura de su marido, llegó á decir: «No he tenido jamás, ni puedo tener, cosa alguna que tachar en mi esposa; si hay algo censurable, eso me toca á mí, y ya que no puedo redimir mi falta, debo llevar el peso del castigo.»

Byron dejó para siempre á Inglaterra, donde no había tenido más que

dolores y vergüenzas, y después de haber pasado en Suiza mucho tiempo, se estableció en Venecia, la reina del Adriático, la ciudad de los palacios flotantes, de los canales misteriosos, de los recuerdos de gloria, del Dux y de los nobles, donde quiso ahogar en una vida agitada y licenciosa el recuerdo de su mal.

En Italia su vena poética se ensanchó: escribió á *Manfredo*, el último canto del *Childe-Harold* y los *Lamentos del Tasso*.

La libertad era el sueño de su alma generosa, la gloria el aire necesario á su numen celeste. Ya sus sienes brillaban como la cima del « Monte Blanco, » con una diadema inmortal que deslumbra á lo lejos, y el mundo entero repetía sus canciones ; pero su espíritu sublime quería más todavía : la gloria de los héroes á quienes había cantado y que se confunde con el ruido de las armas y el grito de la victoria. Dicen que pensó en Colombia, y que el grito de libertad lanzado en medio de las selvas de América conmovió su alma. Prefirió á Grecia, que era su verdadera patria; Grecia, que luchaba por su independencia, y á la que quiso ir á unir su suerte, hablar al pueblo como Temístocles, arengar en la plaza de Atenas como Demóstenes, pelear como Pericles ó morir como Leonídas. Pero éste fué su último dolor y su última decepción : la Grecia que iba á redimir no era la Grecia heroica, altiva, noble é inteligente que él había amado, y lleno de amargura murió en Missolonghí el año de 1824.

La nación por la cual murió no fué ingrata, y consagró una ley á su memoria.

Pues bien, en Inglaterra, en Londres, no encontré una estatua levantada á Byron. Su fama, que por el mundo brilla, allí ha abatido su vuelo. Byron no es para los ingleses, como es para nosotros, un Dios cuya voz es divina, sublime á veces como el rayo de Júpiter, ó vengativa como la risa de Plutón: que enciende el alma ó corrompe el corazón; es sólo un poeta cuyos versos, á veces elevados, á veces extravagantes, son inferiores á los de Moore y á otros que simpatizan más con la sangre fría de los flemáticos isleños.

Para juzgar del mérito de los poetas, creo que bastará, para los que no están ensimismados con el conocimiento de las reglas, saber esto : en Francia el castigo que á los jóvenes se impone en los colegios es el de aprenderse un fragmento de los poetas clásicos. En Colombia no hubo joven que no intentase traducir algo de Byron, ni mujer que no aprendiera alguno de sus versos.

La poesía *baironiana* tuvo su época, formó escuela y tuvo sectarios y adoradores ; interrumpió la tradición (que fué una gran conquista); llenó

lad de los espíritus; dió vuelta al mundo y sembró de flo
íses. Esta es la verdadera gloria.

En gracia de mi entusiasmo por el poeta se me perdonará coloque a
estos versos:

LA HORA DE MORIR.

Cuando del tiempo la inflexible mano
Conduzca para mí, tarde ó temprano,
El sueño que la muerte hace dormir,
Ojalá quiera rápido el olvido,
El triste lecho donde esté dormido
Con su ala de crespón blando cubrir.

No quiero, nó, mirar en ese instante
La turba de herederos anhelante,
Mis postreros suspiros esperar;
Ni de mi lento agonizar testigos,
Tampoco quiero ver á mis amigos
Con sincero dolor allí llorar.

Ni destrenzadas, pálidas, llorosas,
Pero siempre cuidando estar hermosas,
Negro pesar las jóvenes fingir ;
Que no quiero robar un solo instante
De placer y delicias á un amante,
Ni á la amistad la quiero hacer sufrir.

Ah ! si el amor pudiera en esa hora
Su mirada celeste, encantadora,
Sobre mi pobre lecho detener,
Sería tan dulce á lo último, ¡ mi Elena,
Llena de luz, mirar tu faz serena,
Y sentir su magnético poder !

Olvidando las dos luchas pasadas,
Viendo el dolor cruzar nuestras miradas,
Quizás, quizás le haríamos sonreir.
¡ Vano desear ! porque en aquel momento,
Como se aleja el moribundo aliento,
También, también, te miraré partir.

Huid ! huid ! que el miserable llanto,
El fingido dolor, el cruel quebranto,
Que la mujer remeda á voluntad,
Sólo traición inspiran en la vida,
Y en la hora, de todos tan temida,
Sólo inspirar podrán debilidad.

Quiero que triste, solitaria sea
Mi última hora. Sin que á nadie vea,
Sin que ninguno un ay ! al viento dé.
Sólo quisiera yo que agonizante
Durara sin dolor un solo instante,
Para invocar mis sueños y mi fe.

Ay ! morir ! para irse donde hundido
En la nada se habrá cuanto ha existido;
A donde todo, todo debe ir !
Tornar á ser la nada que era en antes,
¡ Nacer para vivir cortos instantes !
Y después, en la sombra sucumbir !

Contar las horas plácidas, serenas,
Y las de angustias, de tormento llenas,
Que el destino entre hiel hizo correr;
Y feliz, venturoso ó desgraciado,
Encontrar ¡ oh destino ! que el pasado
Es mejor y más bello que el no ser.

Olvida mundo y goces ¡ oh alma mía !
Y fervorosa, arrepentida, pía,
Fíjate sólo en el Supremo Ser.
Vuelve tu noble pensamiento al cielo,
A donde pronto elevarás tu vuelo,
A donde debes pronto aparecer.

Dios inmortal es dulce y bondadoso,
Y del hijo del polvo, el fervoroso
Grito de compasión habrá de oír;
Los que le pintan cruel ó justiciero,
Inflexible al dolor, duro y severo,
Nunca su amor debieron de sentir.

A ti llamo, Señor, entre tinieblas:
Tú que el espacio de universos pueblas,
Y que sientes al pájaro caer;
Tú que diriges á la estrella errante,
Y que en el seno de la mar gigante,
Tremendo leviatán haces nacer.

Tú, cuyo manto es el inmenso cielo;
Tú, que le das al infeliz consuelo,
Y en la noche la luz haces lucir ;
Olvida ya mis crímenes; olvida
Las veleidades de mi pobre vida,
Y enséñame, Señor, á bien morir.

CAPITULO X.

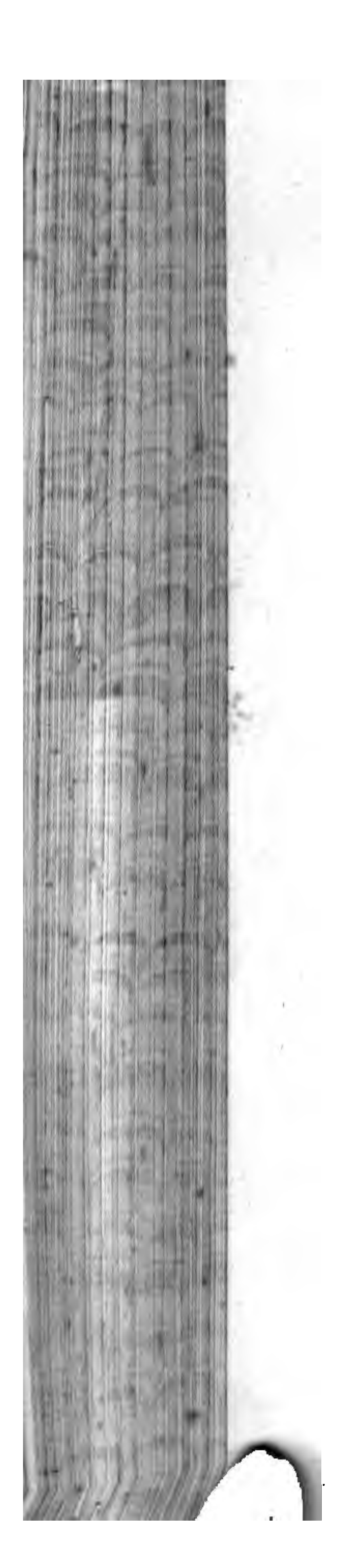
Jardín zoológico—El *Silecia College*—Los *boys* — *Cricket* —Regata en el Támesis—Resumen de gastos—*Shopping*—Logia—Aventuras de los viajeros—Extensión de Londres—Los domingos—El Támesis : sus puentes, túneles y *docs*—Las noches en el *boardinghouse*.

FUIMOS á visitar el JARDÍN ZOOLÓGICO, situado en medio de la ciudad, inmenso triángulo, perfectamente cercado de una reja de hierro, y adonde se entra por una gran puerta : dentro de él están hacinados, en diversos compartimientos, animales de todas las zonas,—aves, pescados, reptiles y cuadrúpedos,—y que el cuidado de la compañía empresaria ha reunido para ganar dinero exhibiéndolos.

Hay mil quinientos animales vivos. El hombre estudioso puede pasar allí la vida de sorpresa en sorpresa; pero para los que no tengan esperanza de verlos, les diré que se empieza la visita por los pájaros más tristes,—la lechuza, el buho, &c.,—después las aves de rapiña,—los gavilanes,las águilas, sin que falte una especie; después garzas, patos, ganzos y demás aves acuáticas; y últimamente los loros, guacamayos y las aves de hermoso color y dulce canto de Europa, Asia, Africa y América; hasta los cardenales y toches de nuestros bosques aparecen allí.

Entre los acuáticos están la foca, infinidad de pescados y un monstruoso hipopótamo, que entra en su inmensa alberca y sale de ella, como para espantar con su fealdad á los espectadores.

Hay grandes bosques para los venados, de los que conté treinta y siete clases diferentes; casitas enrejadas para las jirafas y antílopes; caballerizas para las cebras; los kangarús de Australia saltan entre empalizadas ; y



los camellos y los elefantes prestan sus servicios en conducir á los niño peregrinación al rededor del cercado.

La víbora negra de la India; la cascabel de nuestra tierra (*cro horridus*); la *taya equis;* el áspid que recuerda á Cleopatra, y el boa de Casanare, se desenvuelven perezosos entre calientes frazadas y vista del espectador horrorizado, que las observa al través de los cristal

Darwin no tiene razón; pero más de quinientos niños se reun todos los días á ver las gracias de la infinita variedad de monos y que allí hay, y de los cuales unos piden con la mano pan, otros h habilidades de volatín, amenazan á los espectadores, les hacen ges tantas morisquetas, que siempre se oye un estrépito de carcajadas en recinto.

El antro de las fieras es un largo claustro de cal y canto, con jaul hierro á uno y otro lado, dentro de las cuales están los más furiosos a les, ya dormidos, ya paseándose, rugiendo, ó forcejeando por romp grillos de su prisión. Está allí el león de Numidia con su enorme cabel siempre en regia y majestuosa actitud, satisfecho de su fuerza y tra en su prisión; el tigre de Bengala, insolente y audaz, desafiando á c lo miran; el ágil leopardo acechando su presa; la hambrienta hien y melancólica como la envidia; el jaguar americano, ostentando de su pintada piel y pronto á partir al desierto; y en fin, el humi fácil de educar, esperando las órdenes del que lo maneja.

Hay una hora terrible, las doce del día; cuando esa hora se ap empiezan á oírse los rugidos del león, que hacen temblar el edific salen como del fondo de la tierra; el leopardo se retira hasta el ext su antro, y de allí toma vuelo y se estrella colérico contra l hierro; la pantera despierta, bosteza y lanza un grito de muerte erizar los cabellos; los leopardos se agitan, saltan, brincan y ruge tosos, y se oye por todas partes un ruido sordo, aullidos, crugir d y horribles bramidos; es que las fieras tienen hambre y ya ha carne sangrienta. En aquel momento terrible devorarían á todos tadores si pudieran romper los hierros.

Los domadores se presentan con la sangrienta ración, y en fieras se revela la ansiedad y un gozo terrible. Todas las cajas t departamentos, separados por una puerta de hierro que se leva á voluntad, con un resorte. El domador repara en cuál pieza est toca el resorte y cierra la comunicación; entra á la pieza vacía, alimento, sale y abre de nuevo la puerta que á ella conduce.

Algunas fieras, como los tigres, se lanzan famélicos sobre la

devoran; otros, como el león, la lamen y saborean con deleite supremo, y la hiena la coge, la esconde y se la come, mirando desconfiada á uno y otro lado.

El sistema de Lavater es muy sabio, y en vez de contristar el pensamiento de que el hombre está animado de los sentimientos que se revelan en su fisonomía, debe servir y tenerse en cuenta en la educación de los jóvenes para corregir, modificar y aun aniquilar aquellos instintos que se revelan en un hombre por su semejanza con los animales. Mirando á las fieras atentamente en el jardín zoológico, ¡ cuánta semejanza no encontré entre varias de ellas y algunos hombres cuya fisonomía característica me había llamado siempre la atención !

Pero no sólo con las fieras la semejanza resalta: hay monos en este jardín, á los que pudiera ponérseles « Don Fulano»; zorros que contestarían por el nombre de «Don Zutano.» Vi un loro semejante á una vecina mía en Cipaquirá; una garza, á la que no faltaba más que el *puf* para ser la misma doña Catalina, que llama en Bogotá la atención por su figura ; una guacamaya estúpida y hermosa como algunas niñas que yo conozco; y la hiena, la sombría hiena, también se me pareció á cierto hombre..... !

Como deseaba poner á mis dos hijos en un colegio en Londres, y el señor Pérez también deseaba uno para su sobrino Raúl, y no conocíamos allí á nadie con quien informarnos, pusimos un aviso en que pedíamos recomendaciones y dábamos la dirección de *El 45*. Más de cien programas nos vinieron en el acto, con cartas de todos los directores; y caballeros y señoras fueron en nuestra solicitud á ofrecernos este mundo y el otro en sus colegios, ó á recomendarnos los de sus amigos y amigas ; ¿ qué hacer ? Confiar en la casualidad.

El señor Pérez escogió uno, según ciertas recomendaciones, y yo escogí el « Silecia College,» situado en *High Barnet*, á pocas leguas de Londres, y adonde se podía ir por ferrocarril. En el prospecto se ofrecía enseñar todo lo que constituye una completa educación, inclusive pintura y música. Voy á llevar dos artistas á Bogotá, dije entre mí. Y además se ofrecía dar á los niños un abundante alimento y todos los *conforts* compatibles con una vida sobria y severamente moral. Fuí á visitar el establecimiento, y quedé realmente encantado. Me recibió un joven muy parecido al señor Felipe Pérez, — y esto me previno en su favor, pues dije: hé aquí cómo la raza de los institutores es igual en el mundo,—y una inglesa blanca,

rubia y amable, que parecía la imagen de la bondad. La casa era preciosa, situada en un collado verde, desde donde se divisaba el Támesis, y con su jardín y huerta de árboles frutales. Había como treinta ó cuarenta niños internos, de buen aspecto; cerca estaba el pueblo, y allí había una iglesia católica donde los niños, conforme á las recomendaciones de su madre, podían ir á misa los domingos. Prometióme el director el mayor esmero y un cuidado especial con mis hijos; y yo, encantado, los dejé.

Partí para Francia, y á los pocos días recibí una carta de Evaristo en que me decía: «No nos dan de comer más que *bacon* (tocino) podrido y repollo, jamás *beaf;* la señora es una *tigresa;* y los *boys* no son como los de Bogotá, son *stupid* y *desagreables.*»—Magnífico, dije, ya va aprendiendo inglés mi hijo, y, lo que es mejor, á pasar trabajos.

Lo de *stupid* de los niños ingleses comparados con los de nuestro país y con los de los otros países americanos, es una observación generalmente hecha en todos los colegios en donde los suramericanos se distinguen por una chispa ingénita, por una facilidad de comprensión admirable, por una viveza intelectual y cierta gracia en el caminar y suavidad en los modales que aturde á los maestros; y por una razón precoz que los hace simpáticos, por lo cual generalmente se llevan todos los premios.

Los niños ingleses, al contrario, son fríos, desairados, de modales duros ó completamente abandonados; se ríen á carcajadas, sin motivo y sin razón; son pesados en sus chistes y juegos, y aprenden con dificultad; son lentos para comprender, y su razón es idéntica al sol de su país, pálido y sin rayos. Y, sin embargo, esos *boys* llegan á ser los grandes pensadores de la humanidad, los hombres más científicos, los inventores de máquinas, los fundadores de nuevas naciones y los que llenan el mundo con sus descubrimientos, sus fábricas, sus mercancías y sus progresos; mientras que los niños suramericanos, hombres ya, son *good for nothing* (no sé cómo decía Evaristo), no sirven para nada, y vuelven á su país á aumentar las dificultades políticas y sociales, á agitar la política, á gastar dinero ó á morir en las revoluciones.

Los *boys* de Inglaterra no son, es verdad, vivos, despiertos, animados y célebres como los de los países meridionales; al contrario, son desairados, duros de cuerpo, de modales ásperos, de caminar tonto; las piernas sumamente largas y los piés muy grandes, lo que les da el aspecto de unos pájaros que en Bogotá se llaman *paparotes;* pero son fuertes, vigorosos, alentados y capaces de desafiar los más rigurosos cambios de clima y las mayores fatigas.

En cambio ¡qué inocencia! ¡qué sencillez! ¡qué pureza de costumbres

reina entre los *boys!* El joven de diez y ocho años tiene el pudor de una virgen y la ignorancia más absoluta del vicio; así es que el joven en Inglaterra conserva el vigor de su alma, la pureza de su corazón y la salud del cuerpo; y entra á la sociedad como un hombre nuevo, útil, instruído y capaz de levantar una familia digna. Pero esto no es debido á la raza, aunque sí es cierto que la del norte es menos precoz que la del sur: es por la educación, por el *medium* en que el niño se cría; porque se encuentra lejos de todo lo que inicia en el vicio, de lo que hace despertar la tentación, alimentar los deseos y corromper el alma; porque el niño ignora en su casa que puede haber algo malo, no sorprende nunca una palabra equívoca ni una conversación maliciosa, y fuera del colegio está constantemente ocupado en el juego del *cricket* ó de la pelota, ó corriendo, saltando ó jugando bruscamente con sus compañeros; y su deseo es ganarles á todos al *cricket*. Jamás pasa por sus ojos una visión tentadora, ni cae en sus manos una novela perniciosa, ni las costumbres le permiten el menor desvío, ni está en los colegios más que para aprender aquello que necesita para ganar su subsistencia ó hacer gran fortuna, que es la aspiración general en todos los jóvenes ingleses.

En Francia las cosas pasan de otro modo: el vicio está en la atmósfera. La grandeza industrial y comercial de Inglaterra nace de las escuelas y colegios y del sistema de educación, que conserva intactos á los hombres, no inspirando á los niños más que amor á las diversiones inocentes, á los ejercicios físicos y un vivo deseo de sacrificar los goces del presente por la fortuna, la gloria ó la grandeza del porvenir. El mismo pudor que tienen los ingleses para hablar del amor, me obliga á no referir aquí lo que es la juventud en Francia, lo que haré en su respectivo lugar; pero sí debo glorificar la de Inglaterra por estas costumbres rígidas y severas.

Preguntábanle á un campesino por qué mandaba á un colegio demasiado caro á su hijo, que era un rústico labriego á quien nada le interesaba el griego ni el latín.

—No, yo no lo envío para que aprenda eso, contestó él, sino para que sea un *verdadero inglés*, útil, servicial, *gentleman* y verídico. Hé aquí lo que yo quiero.

Al cabo de mucho tiempo le preguntaron al chico cuál era su aspiración.

—Mi aspiración......contestó después de mucho reflexionar, es decir, mi deseo, es conquistar el número 1.º en el *cricket*, ganar en todos los otros juegos; saber servirme de mis puños para garantizar mi cabeza contra los

puños de los otros, y tener reputación de que de nadie me dejo;
que jamás le he pegado á uno más chiquito que yo.

Pues bien, de tal padre y de tal hijo se ha levantado esa Ing
terra gigante; porque detrás de los juegos rudos y bestiales, viene el ma
tro y, por bien ó por mal, le mete al muchacho la cartilla, lo sujeta alg
horas al trabajo, con lo cual su razón se aclara lentamente y su intelige
empieza á cultivarse, y cuando sale de la clase va á embarrarse, á manejar
remo, á estropearse, y despues llega rendido á dormir ; y al cabo de los a
presenta á la sociedad un joven vigoroso, inocente y bastante instru
para el oficio ó profesión á que se va á dedicar.

Los muchachos son, en general, rudos y de mal carácter, por lo
no bastan los estímulos, y los maestros tienen que valerse de medios c
citivos que ningún joven colombiano sufriría ; en muchos establecimie
privados los castigan con azotes (me han dicho), y se debe á la actual R
Victoria la prohibición de dar rejo en las escuelas públicas ; pero esta
ridad en las escuelas y en los colegios ha demostrado que es la causa
brutalidad con que en las clases inferiores los hombres castigan desp
sus mujeres y á sus hijos, y hay hoy una reacción poderosa contra
sistema penitencial.

Dice Mr. Taine, hablando de los niños en Inglaterra: « De cualq
manera que se vean las cosas, siempre se llega á la misma conclusión
hay en Inglaterra una separación profunda entre la vida del niño y
hombre ya formado, la escuela y la sociedad están al mismo nivel, sin
ni foso intermedio: la una prepara para la otra. La adolescencia no
como en Francia, de un invernáculo, de un régimen excepcional, d
atmósfera especial, al mundo corrompido. El niño no sale del
desorientado, turbado por el cambio de aire, sino con el espíritu culti
hecho su aprendizaje en la vida. No solamente tiene ideas, sino
tiene apropiadas al mundo en que va á vivir. En religión, en p
encuentra el hombre á los veinte años cuadros prontos á recibirlo
los cuales está listo. De esta manera el joven escapa al escepticismo,
menos para encontrar una fácil aplicación de sus facultades y para el
de sus fuerzas.

« Todos los niños que encuentro en las calles, que veo en las
jugando, tienen el aire *healthy and active* (sano y enérgico). E
mente son más niños y más hombres que los nuéstros ; más niños,
más amigos de los juegos, sin pasar los límites de su edad ; y más h
es decir, más libres, más fuertes y más capaces de gobernarse á sí
Al contrario, el escolar francés, siempre sumiso, hastiado, agriado,

y demasiado precoz, está entre una caja donde su imaginación se fermenta y se corrompe. Por estas razones, y en cuanto mira á la formación del carácter, la educación inglesa es mejor, prepara de una manera más conveniente para la sociedad y conserva las almas más sanas.»

Entre los juegos bárbaros de los niños, el más usado en Inglaterra y que hace el encanto de los hombres maduros, mirándose como una institución nacional, es el *cricket.* Consiste éste en una gran bola de madera que los jugadores se arrojan unos á otros en el campo por medio de unas palancas de palo, y como son muchos los que entran en él y no se sabe para qué lado es dirigida la bola, cada cual tiene que estar listo para rechazarla y empujarla con la palanca que maneja. Cuando alguno se descuida y no es bastante hábil, la enorme bola le da en las piernas, lo derriba, y con frecuencia le fractura algún hueso. La bola zumba por la cabeza, y al que no está alerta le parte el cráneo ó le revienta un ojo, le aplasta las narices ó le tumba los dientes; y en esto consiste el encanto supremo de los ingleses. El que crea que exagero, que pregunte á los estadistas cuántos inválidos hace por año el juego del *cricket.*

Entre las diversiones á que se dedican con pasión los adolescentes en Inglaterra, está la de remar, la cual los desarrolla y vigoriza mucho ; pero en las Universidades de Oxford y de Cambridge llega á ser una verdadera ocupación para los jóvenes, quienes pasan la vida en el agua, robándole sólo algunas horas al río para dedicárselas al estudio, y como el carácter inglés es amigo de la extravagancia en esta materia, la lleva hasta hacer morir á muchos jóvenes en el remo.

Cada año hay en el Támesis un desafío entre los mejores remadores de una y otra Universidad. Los botes, que son largos, delgados, livianos, ligeros como una pluma, se preparan con anticipación, untándolos de grasa para que deslicen fácilmente sobre el agua ; y los lidiadores se ensayan, y se preparan con alimentos secos, que los fortifican adelgazándolos.

El día *del certamen* las riberas del Támesis están colmadas de todos los profesores, de los que han sido alumnos de la Universidad, de los padres, madres y hermanos de los estudiantes, de los aficionados, de los extranjeros deseosos de presenciar el espectáculo, y de *toda la Inglaterra*, en fin, que da una grande importancia á esta fiesta.

Cuando el día se despeja, comienzan á llegar los botes montados por marineros blancos y rubios como niñas, en camisa interior, descubierto el cuello, abierto el pecho y recogidas las mangas, dejando ver unos brazos largos, secos y membrudos, y todos con gorrito en la cabeza del color de su colegio, y manejando unos larguísimos remos.

Allí va lord N., dice la multitud ; es el duque R. el que va en el otro bote, repiten; el que lo dirige es mi hijo, dice una vieja lavandera; allá va el hijo de mi vecino el herrero, añade otro; y mezclados los nombres de nobles y plebeyos en todas las bocas, se aguarda con ansiedad el momento preciso.

Los estudiantes de la Universidad de Oxford tienen la ribera derecha, los de Cambridge tienen la izquierda; el campo está despejado, el río como un espejo, el sol brillante, los botes de unos y otros lidiadores en fila igual, y todos los marineros encorvados hacia adelante, en actitud de remar, aguardan la señal.

A la voz de *ya !* un solo golpe de remo se oye sobre el agua y se levantan mil chorros de espuma ; se agitan las ondas ; los botes se deslizan suavemente ; trémulos, convulsos, se separan, como impulsados por fuerzas sobrenaturales, pasan por la orilla con gran rapidez, y el silencio es tan profundo, que no se oye más que el acompasado golpe de los remos sobre la superficie de las aguas.

Pero en la ribera no es así. Al silencio guardado en el momento de la partida sucede una algazara espantosa. Todos están locos: los unos juran, los otros dan gritos de alegría, aquéllos reniegan, los hombres botan al aire sus sombreros, las mujeres agitan los pañuelos ; todos quieren mandar, ordenar, disponer la *regata ;* y cuando los botes pasan por delante, las mujeres les envían besos á los remadores y los hombres aplauden con un entusiasmo frenético.

La carrera es larga: en ella algunos botes se han ido quedando, y los marineros, rendidos, dejan de remar; otros se disputan parejas, hacen esfuerzos inauditos, pero no pueden alcanzar á los que se han adelantado y poco á poco suspenden la ligereza de sus botes. Al fin, á lo lejos, se ven dos botes que van como saetas, y son de distintas universidades: la atención de todos los espectadores se fija en ellos, el silencio vuelve; se siguen con ansiedad los movimientos; ya van á llegar al término de la carrera y van iguales...—Mil libras por Oxford.—Van.—Un chelín á Cambridge. Ay! Ay! Va á decidirse en este momento; la barca de la derecha se inclinó, perdió terreno, la otra se adelanta ¡ un palmo !

Victoria por Cambridge ! Victoria por Cambridge !

Los triunfadores vuelven y recorren las orillas escoltados por sus amigos los vencidos, entre los gritos de la multitud alborozada.

Los jóvenes que pasan el año entero remando para ejercitarse y que son tan felices cuando triunfan, no pueden pensar ni en las grisetas, ni en la política, ni en el licor, ni en los dados. Hé aquí el secreto de la educación inglesa.

A los seis meses de haber dejado los niños en el colegio volví de Francia y los encontré transformados. De aquellos niños rollizos que había sacado de Bogotá no quedaba ni la sombra: habían hecho una verdadera campaña, sentido hambre, sufrido un mal carácter, y deseado su hogar y las comodidades con que antes vivían. Esto era cuanto yo quería.

—¿Qué tal de música? le pregunté á José.—Ya voy aprendiendo en la concertina, me contestó, que es el único instrumento que aquí hay y el único en que el maestro toca algo de *La cachucha*.

—Y ¿de pintura? Evaristo.

—Si aquí lo que dicen que enseñan es á pintar puertas, frisos, ómnibus, buques, &c., y yo no necesito aprender nada de eso.

—¿Qué tal de *conforts* de la vida?

—Horriblemente. Nos matan de hambre! Al principio yo no podía pasar el *bacon*: siempre *tea and potatoes: potatoes and tea.*

—Pero el inglés va muy bien, supuesto que ya has olvidado el español. Sigamos por otro año.

Le dí al maestro para *extras* de los niños cuatro libras más, con lo cual prometióme darles verdadero *beaf* los jueves y cerveza los domingos; y para ablandar á la *tigresa* le dejé un *toke of affection*, prometiéndole este y el otro mundo de maravillas *of South America* cuando volviese en las vacaciones. Así mitigué un poco la suerte de los niños, quienes fueron el objeto de la envidia de los otros por las comodidades que los rodeaban.

Creo no equivocarme al asegurar que en Inglaterra no hay colegios privados para el común de las gentes en que se enseñen tantos ramos del saber humano como en Bogotá; que en nuestro país se enseñan algunas materias muy bien, y que la única ventaja de llevar los niños á Londres está en que aprenden sin dificultad el inglés y en que forman mejor su carácter cuando están colocados en un colegio pobre, donde se ven un tanto obligados á atender á su persona para mejorar su condición.

Los gastos de Bogotá á Londres con mis dos hijos alcanzaron á $ 508.
El *boarding* en una semana nos costó para tres personas, $ 25.
El colegio para los dos en un semestre, $ 200.
Un vestido para mí, $ 25.
Dos para niños, $ 30.

Se exagera por los viajeros que vuelven á Bogotá la suma de los gastos o caro de la vida en Londres; y como esto desanima á muchos de viajar, ero rectificar.

La familia que de Bogotá pase á vivir á Londres, encontrará una

linda casa situada en cualquiera de los barrios aristocráticos, con diez piezas, jardín y *parterre*, por la suma de £ 60 anuales, ó sean, $ 300; y por $ 1,200 anuales, precio de una casa decente en Bogotá, vivirá en Londres en una magnífica residencia. El servicio doméstico es más caro, pero basta la mitad de los criados que se necesitan en nuestra ciudad; los vestidos son más baratos; los alimentos, las carnes y los frutos tropicales, como cacao, café y azúcar, son caros; pero son más baratos los granos, legumbres y frutos del país. Además, en Londres se pierden los hábitos de profusión y de despilfarro en la casa que se tienen en Bogotá. Juzgo que una familia en Londres vive con la mitad de lo que gasta entre nosotros y con mayor número de comodidades.

—Pero ¿quién le fía allá á uno la vela la noche que no tenga? me decía una muchacha á quien yo refería esto en Bogotá. Es la verdad. En Europa no se hace más que gastar, por económico que uno sea.

Además, en Bogotá vivimos tranquilamente encerrados en las casas; las señoras rezando, y los hombres discutiendo política; y el 1.º de Enero se junta con el 31 de Diciembre, sin que nada haya extralimitado los gastos, ni un placer ni una diversión.

En Europa, aunque se quiera llevar una vida económica, no se puede: los deseos se avivan, las aspiraciones se aumentan, los goces provocan, las tentaciones se suceden. ¿Cómo no tener coche cuando cuesta tan poco y da tanta importancia? ¡El teatro es tan barato! Las niñas convidadas con frecuencia á bailes y tertulias, ¿cómo no han de ir á ellos siquiera una vez? Pobrecitas! El amable vecino nos da *teas* en su casa, y es indispensable corresponderle. Además, somos suramericanos, es decir, *generosos*, desordenados, despilfarrados, ostentosos y sin moral práctica, sin costumbres severas, y al venir á Europa *alcanforamos* en pocos meses la fortuna de un rey.

Esta es la verdad.

Tienen las mujeres acomodadas de Londres una costumbre, quizás vicio, que llaman el *shopping*, es decir, pasar el día entero mirando las grandes vidrieras de los almacenes, reparando las curiosidades, pidiendo los géneros nuevos, y con este pretexto ver todo lo demás y ser vistas.

La mayor parte son pedestres, y otras llegan en sus coches, que hacen parar á la puerta de los almacenes. A todas las recibe un anciano, vestido de uniforme militar (que se supone ser un viejo veterano), lleno de cruces y condecoraciones y cuyo complemento es que le falte un brazo ó que ande con pierna de palo.

Pues bien: declaro que, como los indios que se pasean en la *calle real*

de Bogotá como atontados, el *shopping* fué en Londres mi principal placer, mi mayor diversión; y que recorriendo las calles, mirando las vidrieras, contemplando absorto cuanto la industria humana ha creado y cuando se encuentra reunido, acumulado, distribuído, clasificado y embellecido en los almacenes de Londres, pasé muchos días sin sentirlo y sin notarlo.

Londres tiene dos largas calles, casi paralelas al Támesis, cada una de ellas con una extensión de tres ó cuatro leguas sobre poco más ó menos, que son: la que está unida á los jardines de Kensington, cerca de donde yo vivía, que pasa por el arco triunfal (*Marble arch*), va á formar la de *Cheapside* que llega á la Bolsa, y que en su mayor parte lleva el nombre *Oxford Street* y tiene diez y nueve kilómetros; y la otra, que empieza con el nombre de *Kensington road*, después toma el nombre de *Picadilli* y luégo entra en el *Strand* (donde están los más ricos almacenes) y desemboca en la *Cheapside*, midiendo una distancia casi igual á la otra. Yo empezaba á las nueve de la mañana (porque Londres no es madrugador, y hasta esa hora empiezan á abrirse los almacenes) una de estas calles, y no concluía hasta las seis de la noche, siendo el más dichoso de los mortales.

Los almacenes, en general, son de grandes vidrieras, de la altura de seis metros, en donde se exhiben todos los objetos; y yo principiaba por pasar las horas contemplando la admirable belleza, la pulcritud, la elegancia y el despejo de las jóvenes que entran por la mañana á estas vidrieras á sacudir y á arreglar los objetos de la exposición. ¡Qué de divinidades! ¿Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos, decía yo, necesita la humanidad para tomar una mujer salvaje, una india como la de Casanare, ó pelicolorada como las antiguas sajonas, fea, repugnante, feroz ó indolente y llena de preocupaciones y de defectos, y formar una de estas lindas criaturas, blancas, rubias, de piel trasparente, de venas azules, manos delicadas, cuerpo gentil, moral, trabajadora, inteligente, con conciencia de su dignidad, y sirviendo por unos pocos chelines, en la esfera de su posición, á la obra de la industria y de la civilización en el mundo?

Esto era lo que me encantaba y me seducía en Londres, cuidándome poco de las enormes masas de piedra que llaman monumentos públicos, y en los cuales cuando más admiraba el pensamiento del artista ó el genio del que había concebido su creación: todo lo demás no me inspiraba grandes ideas ni me pasmaba como á los demás espectadores, y ni me sentí más cristiano en Westminster, ni más monárquico en Windsor de lo que salí de Bogotá.

Después iba admirando en los almacenes de diversas cosas (pues en

Londres cada almacén es una especialidad), todos los objetos que la industria ha inventado y perfeccionado para mejorar la condición del hombre, aliviar el trabajo, abrigar su cuerpo, detener el frío, mitigar el calor, matar el hambre, halagar el sueño, embellecer á la mujer y proporcionarle, en fin, el mayor número de comodidades, placeres y goces en el mundo. Y al admirar cada una de estas cosas, y al contemplar su conjunto, bendecía una y mil veces la civilización, cuyo rumor apenas se ha escuchado en mi patria.

En esta vagamundería pasaba los días sin sentirlos; pues empleaba una hora, por lo menos, en ver á los marineros escoger su *salvavida* en un almacén, y gozaba con la esperanza que á ellos animaba de que con eso se libertaban del naufragio; otra, delante de un librero, viendo libros con estampas para el mejor aprendizaje de los niños; y otra, contemplando los brillantes instrumentos de cirujía, con los cuales habían de ser redimidos de los sufrimientos y del dolor muchos de mis semejantes.

Con el apetito de un niño me detenía delante de los almacenes de frutas, á mirar esas manzanas enormes, rosadas y redondas que la industria del jardinero ha producido, las fresas frescas y del tamaño de una ciruela, los duraznos amarillos, que se deshacían al tocarlos, y las peras del tamaño de un aguacate; y decía para mí: es preciso llevar de esto para los escolares de Bogotá. Y cuando veía muñecas que se sentaban, que decían *mama* y que andaban y nadaban, después de largo rato de mirarlas exclamaba: ¡ quién pudiera llevárselas á las indiecitas de la sabana, que jamás saborean este placer ni tienen un juguete para divertirse!

Además de todo lo que ha creado la industria inglesa ¡ qué de maravillas no ha reunido su comercio en aquellos almacenes! A veces cree uno estar en Esmirna en un bazar de sedas y damascos, ó en Cachemira viendo pañolones y chales, ó en la China en medio de montañas de te, de pinturas extravagantes y de torres de porcelana, ó en el Japón entre muebles de laca, cañas de bambú y hamacas de cerda.

¡ Cuánto gozaría una linda bogotana al verse dueña de esa diadema de brillantes que resplandece como si fuera de fuego, y de ese collar que cede y refleja á cada movimiento del cuello!

Para ver transformada como por encanto la suerte de Inglaterra y de Colombia, no se necesita más que producir en ésta todo el café que requiere la población de Londres, que hoy se muere de hambre, y abastecer de todos los tesoros que hay en Londres, á Colombia, de los cuales se carece en esta nación.

Esto meditaba yo cuando iba mirando los almacenes; y cuando al volver á las seis de la tarde á la posada sabía que mis compañeros habían

visitado muchos monumentos, mientras que yo había pasado el día como las señoras inglesas, *shopping*, me daba vergüenza.

La *Regent Street* (calle del Regente) es casi circular, lo que le da un aspecto original: es el bazar de todos los objetos de lujo, muebles y trajes de moda, estatuas, bronces, vasos y vajillas de plata, joyas, relojes, y todo cuanto puede deslumbrar la imaginación; y allí viene naturalmente el pensamiento de que con la riqueza que está acumulada habría para poblar de inmigrantes toda la América, cubrirla de ferrocarriles, cultivar todas sus selvas, y devolver á Europa una mayor riqueza que la que allí está reunida para el lujo de unos pocos.

Pero llega uno hasta creer que nuestra raza es refractaria á la civilización, y que las costumbres y hábitos de nuestras ciudades son un obstáculo á todo progreso, al considerar que todas las empresas de carácter inglés que se han acometido en Colombia han fracasado; que todas las fábricas que en Bogotá se establecieron,—de tejidos, de loza, de cristal, de papel,—han caído; que todos los comerciantes ingleses han quebrado; mientras que las peluquerías francesas se multiplican y las confiterías se aumentan; y todos los comerciantes de modas y los choriceros y remendadores vuelven á París ricos.

La gran LOGIA MASÓNICA de Londres es un edificio tan elegante y de un estilo tan original, que no sé á cuál orden pertenezca. El antiguo Salón de grados de la Universidad, que hoy es Museo nacional, sería una miniatura tosca de la logia, cuya columnata se pierde á lo lejos y cuyas bóvedas parecen sostenidas en el aire. Son miembros de la logia los principales dignatarios de la corona; el Venerable era lord Arguile, casado con una hija de la Reina, y los lores son muy cuidadosos observantes de sus ceremonias.

Lord Wellington murió siendo Venerable del grande Oriente de Londres; y no hay fiesta en la ciudad en la que los masones no se presenten con sus estandartes é insignias.

A propósito de lord Wellington, voy á decir un despropósito que á la memoria me viene. La mala reputación de la América del Sur, en el extranjero, cuando se habla de ésta por casualidad, no nace tanto de sus malos hechos como de la exageración de los viajeros que la visitan y regresan á Europa, y que escriben ó relatan sus viajes; pues ninguno de ellos se conforma con no haber matado tigres en los caminos, con no haber sido atacados por tribus salvajes, ni haber tenido en las ciudades españolas citas á media noche y peleas á puñal. Y todo esto lo fraguan en su cabeza para dar al más pequeño accidente el colorido de una famosa aventura, que nos desacredita horriblemente. Nuestros viajeros en Europa,

por el contrario, al decir de los mismos, los emperadores los visitan, las duquesas se enamoran de ellos, y las ninfas les queman las naves como á Telémaco.

Digo que nada de esto es cierto; pues ¿ por qué había de ser yo tan desgraciado, que el mismo que fuí en Bogotá haya sido en Europa ?

Vuelvo á lord Wellington. Vino á comprar mercancías á Europa el elegante joven bogotano P...... P......, y al llegar á Londres (esto me lo refirió él), como era masón, se presentó en la gran logia, y fué muy bien recibido. Cuando la *tenida* se acabó, acercáronse á él varios ingleses, y entre ellos un viejo muy amable, quien le preguntó por su nombre, y de dónde y con quiénes había venido; díjole que era granadino, y que era su compañero el señor Juan P...... Convidólo á almorzar en su casa al día siguiente á las doce; y como estaba con el vestido de ceremonia, y no tuvo tarjeta con la dirección ahí mismo, le dió las señas de la casa con tal claridad que P...... P......no podía equivocarse.

Al día siguiente, vestido de frac y corbata blanca, pidió un coche y le dió al cochero las señas que había recibido : el cochero lo miró como asombrado, pero no hizo reflexión y siguió hasta una plaza donde le dijo : Aquí es, abriéndole la portezuela del coche.

Encontróse P...... en el vestíbulo de un magnífico palacio, adornado con dos enormes leones como el que está en el campo de Waterloo. Tuvo miedo de seguir, pero las señas eran tan claras, que se adelantó y presentó su tarjeta á uno de los dos sirvientes que con peluca, gran casaca galoneada y calzón corto, guardaban la puerta; aquél le hizo una reverencia y lo condujo hasta el pié de una escalera de mármol, donde lo entregó á otro criado gritando : Mr. P......P ......! Este nombre fué repetido de galería en galería por los diversos criados que iban recibiéndolo y dejándolo, hasta que llegaron á un espacioso y deslumbrante salón, lleno de caballeros, entre los cuales estaba un General vestido de grande uniforme, quien, al oír al criado gritar Mr. P......P......, se levantó á recibirlo.

¿Quién era el viejecito de la víspera ? ¿Quién era este General ? ¡ Lord Wellington !

A nuestro paisano C. G. diz que no lo dejó vivir de celos el Emperador Napoleón III ; y el jovencito A. V. fué *l' enfant gâté* de las princesas españolas.

Londres no tiene un aspecto imponente y magnífico como la antigua Roma ; al contrario, los monumentos públicos están de tal manera apartados unos de otros, en aquella vasta extensión, que se desaparecen y pierden, teniendo necesidad de ir á buscarlos el viajero entre la multitud

de calles, cuarteles y barrios, pueblos y ciudades que han ido formando la gran metrópoli.

La planicie de Bogotá, poblada por cuatro millones de habitantes (más de los que tiene toda Colombia), cruzada por un río caudaloso, á cuyas márgenes se levantaran palacios, iglesias, fábricas y casas; que estuviera atravesada por calles en todas direcciones, teniendo sus monumentos soberbios colocados, uno en el Puente del Común y otro en Soacha; una Catedral en Fontibón y una estatua en Fucha, y así repartidos y diseminados por Chapinero, Bosa, &c., &c., grandes edificios, daría para nosotros una idea de lo que es la famosa Londres del siglo XIX.

En los cuatro millones de habitantes que Londres cuenta, hay más católicos que en Roma, quienes practican pacífica y públicamente su culto, y tienen hermosas iglesias, conventos, si así pueden llamarse las casas de los Jesuitas, que están muy bien establecidas; y los domingos las campanas tocan á misa, como en Bogotá ó cualquiera otro país católico.

Los domingos de Londres tienen fama en el mundo entero por lo tristes y melancólicos, y por el aire místico y devoto que toma la ciudad. Desde por la mañana las campanas de los templos protestantes, con un tañido melancólico, empiezan á llamar al *servicio divino*. Todos los almacenes, tiendas, cafés, bodegas, dulcerías y tabernas están cerrados; los ómnibus quietos, los coches prohibidos, y solamente se ve por la calle la innumerable multitud de fieles que se dirigen á la iglesia á los oficios, que duran desde las nueve de la mañana hasta la una del día. A esta hora vuelven los habitantes á sus casas; y mientras que les sirven una comida fría, porque en domingo no se cocina, todos, hombres, mujeres, criados y niños leen la Biblia con admirable formalidad, creyendo en aquello que dice: «Escudriñad las escrituras; buscad y hallaréis; registrad y encontraréis.» Ni el eco de un piano, ni un grito en la calle, ni una voz que cante: todo esto sería una profanación.

A las tres de la tarde todo el mundo vuelve al templo á oír explicar las Escrituras, y allí se están hasta las seis de la tarde, hora á la cual salen silenciosos á la casa.

Se oye bullicio en una esquina y todo el mundo corre allí. Es un metodista celoso que ha levantado un púlpito para quejarse del poco rigor con que se guarda el domingo, y de las conquistas que en esos días está haciendo Satanás; ó un presbiteriano que con dos lindas hijas detiene á los transeuntes para recomendarles la lectura del Evangelio de San Juan, que le regalan perfectamente impreso.

Por la noche todo es silencio en la inmensa ciudad, y cuando más se

oyen las salmodias que salen de una capilla metodista, ó los lúgubres acentos de un sacerdote fanático que grita en una encrucijada.

—¡ Viva mi tierra católica ! decía nuestro amigo Pérez ; pues allá, después de oír uno misa el domingo, puede *parrandearla* en el boquerón ó pasear por Chapinero.

Cuando yo vivía en el Tolima, quise ir un domingo de la Villa de Purificación á la ciudad de Neiva, y me perdí en la inmensa soledad de esas llanuras, de tal manera que afligido, sin esperanza y sin tener auxilio humano, me creí el hombre más desgraciado del mundo. Y eso no era cierto. Un domingo en Londres, viniendo del Havre, perdí el tren que á las seis de la mañana debía conducirme á *High Barnet*, á ver á mis hijos, después de seis meses de ausencia, y hasta las seis de la noche no había otro tren. Para pasar el tiempo me fuí á una iglesia próxima, adonde se dirigía la gente; estuve allí media hora, y al salir tomé por la primera calle que encontré; seguí el curso que la gente llevaba, y fuí á dar á otra iglesia; entré, miré y salí, y no eran todavía las nueve de la mañana. Empecé á buscar en donde almorzar, y todo estaba cerrado. Mi bolsillo lo había perdido, lo mismo que la llave del baúl y el tiquete del ferrocarril. Volví en busca de la estación, y no pude saber cuál era, ni dónde quedaba. ¡ Qué doce horas tan mortales ! ¡ Qué soledad en medio de la ciudad más populosa del mundo ! ¡ Qué aislamiento y desamparo entre tantos hombres, que iban y venían y de nada me servían !

De los dos domingos más tristes que he pasado en mi vida, prefiero al de Londres el de las soledades del alto Magdalena.

Cerca de cien puentes atraviesan el Támesis, uniendo una parte de la ciudad con la otra ; y estando en el *London bridge* (Puente de Londres), se admira el espectáculo más suntuoso de la grandeza humana. Centenares de buques se afanan por remontar el río, cargados con las riquezas del extremo Oriente; ligeros vapores cruzan de una á otra orilla, llevando leve carga y ostentando su elegante penacho de humo ; y las barquetas, impulsadas por los marineros, depositan enormes bultos de frutos de la América en almacenes inmensos que están á uno y otro lado de la ribera. Por el puente cruzan pesadamente carros enormes tirados por cuatro caballos y cargados en demasía. Uno en pos de otro van los ómnibus repletos de gente, infinidad de coches se deslizan por entre la multitud, que á pie y formando dos cordones no interrumpidos, van el uno á la derecha y el otro á la izquierda ; y á cada instante el tren pasa con velocidad echando humo y fuego.

Como por orgullo nacional, más bien que por verdadera utilidad, se





abrió un *túnel*, ó camino por debajo del río Támesis, obra portentosa en la cual se agotó el ingenio humano y se consumió inmensa riqueza, logrando al fin coronarla. Lo que al principio fué sólo una maravilla sin positivo servicio, vino á ser muy importante luégo, pues aquel camino sirvió para extender un ferrocarril que sale desde la mitad de la ciudad, y que de otro modo no hubiera podido atravesar el Támesis.

Yo pasé por la parte destinada á los de á pié. Se baja por una escalera de piedra cómoda y espaciosa. Poco á poco se pierde la luz del día y se entra á un recinto alumbrado por gas. Allí hay dos arcos ó entradas: se toma el de la derecha y se encuentra uno dentro de un gran túnel que se prolonga en la oscuridad, y que es alumbrado, de distancia en distancia, por lámparas de gas. Se entra con valor, pero después preocupa el pensamiento de que al llegar á introducirse el agua en aquel momento, moriría uno ahogado indudablemente; pero se sigue avanzando; luégo viene la consideración de que en ese instante un gran buque puede estar pasando por encima; se oye como el rumor de las ondas; quisiera uno volverse, y mira hacia atrás; pero se ha avanzado ya tanto, y está tan lejos la entrada, que mejor es correr á buscar pronto la salida. Corre uno, y corre, y corre, y siempre la oscuridad; el Támesis encima, el miedo creciendo y las fuerzas agotándose. Así llega uno á la otra orilla del río, donde, al ver la luz y al respirar el aire libre, bendice á Dios.

De todas las maravillas de Londres, la que más llamó la atención al Schah de Persia en su visita á esta ciudad, fué la construcción y magnitud de los DOCKS sobre el Támesis, y decía, con razón: «Sólo viéndolos comprende el hombre cómo sin la conquista y ruina de otras naciones ha podido Londres acumular más riqueza que la antigua Roma, y sólo estudiándolos puede saber de cuánto es capaz la indústria humana para centuplicar las fuerzas que le dió la naturaleza y para aplicar en su provecho todas las leyes que dirigen el mundo físico.»

Son los *docks* grandes excavaciones hechas á uno y otro lado del Támesis, hasta estar al nivel del río, ó más bajo que éste, las cuales, comunicándose por anchos canales, atraen las aguas y las convierten en mares interiores y en bahías inmensas, rodeados de murallas y de elevadísimos edificios de piedra, que son los depósitos de la carga de los buques que allí entran, divididos estos edificios en tres compartimientos: en el que hay debajo del hondo lago se hallan los sótanos adonde van las maderas, el fierro, las jarcias, los vinos y licores; el que está al nivel, recibe el café, tabaco, azúcar y frutos tropicales, y al superior se suben todos los otros géneros y mercancías que van á Londres.

Estos *docks* son prodigiosos, imponentes. Allí se ve en cada uno de ellos una nueva ciudad, que en vez de casas tiene navíos, pero tan poblada como la de Londres; y únicamente se ven navíos, alineados en calles, mostrando la proa, en donde hay siempre esculpida alguna figura colosal, y la mitad del acorazado pecho. El uno viene de Australia con cuatro mil toneladas, el otro de la India con seis mil, éste de Nueva York con ocho mil, aquél de México y este otro de Colombia: hay setenta mil navíos que por año vienen á rendir á Londres su tributo de quince millones de toneladas de frutos; y en los *docks* se ven siempre alineados y en orden cerca de cinco mil.

Los principales *docks* son el de *Santa Catalina*, donde entran mil buques por año; los de *Londres*, que tienen una extensión de treinta y seis hectáreas y en ellos pueden estar trescientos navíos á un mismo tiempo; los de las *Indias occidentales* y *orientales* cubren una superficie de ciento diez y nueve hectáreas y pueden contener quinientos navíos inmensos; los de las *Indias orientales* miden siete hectáreas y contienen trescientos vapores de los que hacen la navegación del bajo Támesis; los de *Victoria*, de cuarenta hectáreas de extensión, pueden contener quinientos navíos; y los del *Comercio*, que son los menos importantes.

En los edificios y murallas que al rededor están, hay enormes mástiles, con garruchas y poleas poderosas, movidos por máquinas de vapor capaces de levantar un navío de mil toneladas en el aire en treinta y cinco minutos, y de hacer el descargue de cuatro mil toneladas (en el cual se empleaba antes un mes), en setenta y dos horas.

La carga y descarga de estos miles de buques, de estos millones de toneladas, ocupa un mundo entero de gente de todas clases, sexos y condiciones, y, sin embargo, reina el mayor orden y casi el silencio. Se ven volar por el aire, como por obra de encanto, los enormes bultos que salen del fondo de la bodega de un navío, que se mecen y entran por sí solos en el agujero que hay en lo alto de un edificio; otros que se colocan por sí mismos en unos carriles inclinados que van á dar á las salas de los edificios, y corren y se colocan en fila, y otros que van formando en los sótanos pilas enormes sin rodarse ni causar ruido.

Como máquinas humanas, los hombres entran en hilera con carretillas cargadas por una puerta, á tiempo que otros salen por el frente; y unos hombres-máquinas, con un lápiz en la mano, llevan la cuenta de los bultos que se levantan, de los que van al fondo, de los que arrastran los rieles, de los que llevan las carretillas; y el total da cifras y valores que son más fabulosos aún que la descarga de los buques. Por ejemplo: depositadas en el *dock Victoria* hay en vinos de Jerez cuarenta mil tonela-





Palacio de Cristal en Londres—Pag. 205.

s; en el de *Londres* ochenta y siete mil pipas de vino; en la sala de *Queen's are house*, veinticuatro mil pacas de tabaco; en los de las *Indias Occidentales y Orientales*, ciento cuarenta y ocho mil panes de azúcar, y así e todos los artículos y en todos los depósitos. Por estas mercancías, que valen muchos millones de libras esterlinas, dan recibo los dueños de los *docks*: recibos que son admitidos como dinero en los Bancos, lo que forma una inmensa masa de riqueza en circulación, sirviendo como moneda para las grandes transacciones. Los Bancos dan en cambio billetes que circulan también y facilitan los negocios, y así la riqueza flotante, la moneda representativa, se multiplica y anima el vasto comercio de la metrópoli.

No lejos de los *docks* está el *Astillero*, en el cual se han construído todos los navíos ingleses desde el tiempo de Enrique VIII; de allí salió la flota que debía combatir la *Armada Invencible* que mandó Felipe II, y que tuvo la dicha de que un huracán le ahorrara la derrota; allí trabajó como simple marinero Pedro el Grande, Emperador de Rusia, y de allí se botó el *Great Eastern*, que llevó el hilo telegráfico del uno al otro Continente; allí se ven los enormes esqueletos de los gigantes de los mares, recibiendo los ruidosos martillazos de millares de hombres que, subidos en sus costados, parecen liliputienses; allí una sierra terrible divide en dos al más grande navío; y de allí la barca nueva, joven y ligera, con alegre gallardete, se va al mar como una novia se arroja en brazos del esposo.

Hay dos maniobras que son sumamente curiosas:

Entra un navío flotante hasta una alberca llena de agua, en donde lo detienen y lo amarran. De repente abren la esclusa, el agua se va y el navío con toda su tripulación queda en el aire.

Cuando un buque está ya construído en seco, sobre enormes andamios, el ingeniero va quitando andamios y soltando ligaduras; el buque cruje, los cables chirrian y la catástrofe parece inevitable; pero como se arroja un cisne al agua, así el navío se deja deslizar por los carriles que le han puesto y llega al agua suavemente, levantando, eso sí, á la caída, una ola formidable.

Los chistes, el humor siempre alegre, las bromas eternas, el *sprit* de los colombianos son tan sorprendentes para los ingleses, que un caballero distinguido de Londres me decía:

—Entre nosotros, unos somos literatos (él había escrito muy buenas novelas), otros son políticos; unos conocen las finanzas, otros la guerra; pero más allá de lo que es su especialidad nadie sabe nada. Pues bien: hace cinco años que conozco y trato íntimamente á los colombianos que

vienen á Londres, y todos son literatos, políticos, economistas, filósofos, y saben más de literatura, de política, de economía política y de finanzas que los grandes hombres de nuestro país, y los juzgan y los estiman con tanto acierto, que sus juicios pudieran figurar con respetabilidad en nuestros periódicos ; pero son muy perezosos y no hacen más que conversar.

Para juzgar de la sorpresa que nuestra vivacidad debe producir en los ingleses, bastará referir lo que cuenta Dickens. Un día en la comida dijo ofendido que no estaban debidamente apreciados los chistes de sus novelas, y agregó : á los ingleses hay que echarles las gracias á cañonazos. Todos los concurrentes se quedaron serios y él creyó que se habían ofendido; mas al siguiente día, á la hora de almuerzo, todos se morían de risa y le decían : Ah ! Mr. Dickens, qué espiritual estaba usted ayer tarde ; muy gracioso: á cañonazos ! á cañonazos !

Las inglesas en el teatro son divinas; en coche, encantadoras ; bailando cuadrilla, distinguidas; atravesando una sala, desairadas ; y en la calle y á pie, horrorosas, pues parecen gallinazas mojadas, garzas en una laguna ó pájaros disecados. Caminan como hombres; la gorra ó el sombrero que usan las afea extraordinariamente ; parecen matachines ; no saben llevar la ropa; el traje se les enreda, y dejan ver un pie de sapo, largo, aplanado y sin movimiento ni flexibilidad que no es como el de las españolas ; de cada paso abarcan media cuadra, llevan la sombrilla como bastón ó al hombro como fusil, y por detrás van *comiéndose la ropa* y dejando ver unas pantorrillas secas y largas como las de la muerte.

He dicho pantorrillas, y debo manifestar que entre las inglesas hay la singularidad de que nombrarlas es un pecado, pero el mostrarlas no tiene nada de particular ni es contra el pudor ni las buenas costumbres. Es verdad que son tan flacas, tan feas y tan sin encantos, que á nadie le viene la tentación de mirarlas.

Por lo que pude observar, las señoritas inglesas simpatizaban con los colombianos, y éstos se enamoraban locamente de las de ojos azules. La causa del afecto en aquéllas depende, sin duda, de que los ingleses no son apasionados, usan muchas ceremonias, no malgastan el dinero, y ocupados en cosas serias, poco tiempo destinan á los coqueteos; mientras que los colombianos son ardientes, generosos, las colman de atenciones y de obsequios, y dan todo su tiempo al corazón.

Por esta razón el *boardinghouse* donde vivíamos parecía una Arcadia en la que cada cual tenía un idilio; y había alegría y chacota todas las noches.

Los errores y equívocos picantes cometidos por los españoles al hablar

el inglés hacían reír mucho á las inglesitas ; y los chascos y sorpresas dados á los colombianos recién llegados por los que ya eran veteranos en Londres, eran la diversión constante.

En todo país civilizado el nombre de la persona que habita una casa está escrito en la puerta; y varios colombianos le atribuían á un compatriota suyo, que habiendo visto escrito en muchas puertas *To be let*, había dicho: «Este señor sí que es rico; pues su nombre lo he visto en muchas casas. Inútil es decir que *To be let* quiere decir « Se arrienda.»

Tenía un señor Whitney, en el cuartel donde vivíamos, almacenes de diferentes artículos, desde frutas hasta relojes, y todo de tan buena calidad, que para ponderar una cosa bastaba decir: esta ropa es Whitney, esta rosa es Whitney, llegando á significar Whitney buena mercancía; y como esto lo oía repetir siempre un recien llegado, debió de creer que Whitney quería decir hermosa ; y en cierta ocasión, estando en plena mesa, y queriendo galantear á la dama que tenía al lado, le dijo en inglés: «Usted es una mujer Whitney» (que se vende).

Decir *infierno* en inglés es un horror ; y hay muchas otras palabras, perfectamente inocentes en español, que traducidas escandalizan á las niñas inglesas, quienes, gustando oírlas, hacen, sin embargo, tal aspaviento, que se tapan los ojos. Obligar al inocente colombiano, en el curso de la conversación ó estando en rueda en algún juego de prendas, á que sin saberlo caiga en esta falta, es el encanto de los que ya están hechos á las armas.

Después de cierta hora de la noche á nadie se abre en el *Boarding ;* la campanilla no suena, los criados se acuestan, y el que quiera estar fuera guarda su *llave de noche*. A nuestro amigo C. se le olvidó ésta una noche, y no lo advirtió hasta que, al volver del teatro, halló la puerta cerrada. ¿Qué hacer ? ¿ golpear ? Inútil cosa. Aguardó, sufrió, meditó, y por fin reparó que era muy fácil subir de la baranda del vestíbulo al terrado que estaba sobre la puerta y que comunicaba con mi sala, donde podía llamar. Dicho y hecho: empezó á trepar, y cuando estaba en el aire, sintió que una tenaza le cogía la pierna y lo bajaba como á un niñito. Era un agente de policía. En vano quiso referirle lo sucedido: ni él podía explicarse, ni el guarda quería entenderle, y por lo mismo resolvió éste llevarlo á la prisión como á escalador y ladrón nocturno. ¡Doctor Rivas ! ¡ doctor Rivas ! gritaba en la calle mi pobre amigo. Sorprendido me desperté, y lo encontré agarrotado.

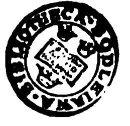
La hija de la señora del *boardinghouse*, *El 45*, tendría doce años de edad, que en aquellas regiones es ser niña todavía; pero era inteligente, agradable y bonita. Tomóme especial cariño : acompañábame á todas

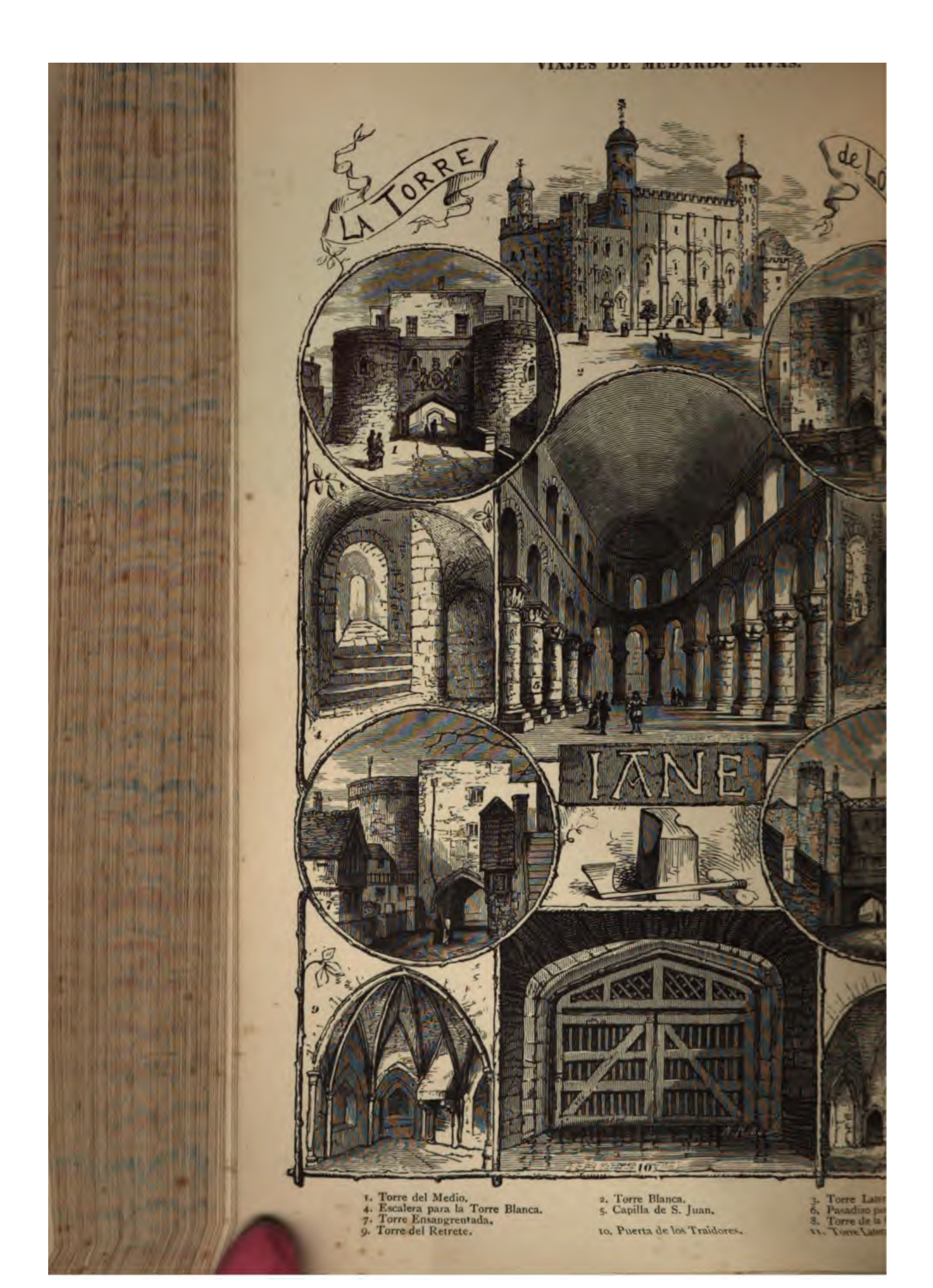
partes, me señalaba con particular interés los jardines; y sabiendo en mi tierra yo hacía versos, me presentó un día su álbum, delante de compatriotas, para que le escribiera unos en español, y la complací con és

Cuando los años,
Niña preciosa,
Tu blanca y fresca,
Tu pudorosa
Sien virginal
Cubran de flores;
Y en tu inocente,
Bella sonrisa,
Brille una ardiente
Luz celestial:

Cuando la vida,
Linda criatura,
Sencilla y dulce,
Te ofrezca pura
Felicidad;
Entonces, Fany,
Fugaz momento
Me des te pido,
Y un pensamiento
A mi amistad.

Acomodáronle música de sonsonete los compatriotas; aprendiéronse de memoria las damas del *boardinghouse*, quizás sin saber lo que decí y en coro los cantaban por la noche, mientras que coqueteaban los uno los otros.





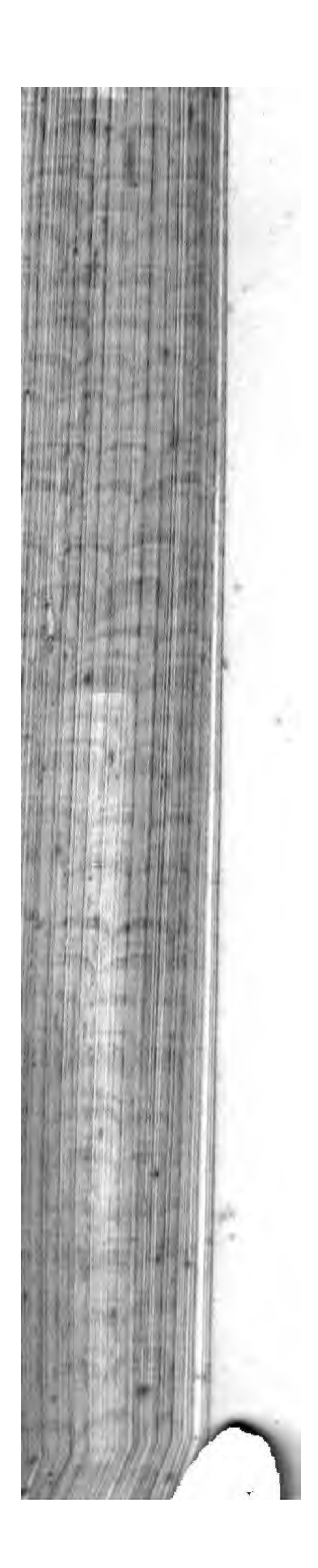
1. Torre del Medio.
2. Torre Blanca.
3. Torre Lan
4. Escalera para la Torre Blanca.
5. Capilla de S. Juan.
6. Pasadizo po
7. Torre Ensangrentada.
8. Torre de la
9. Torre del Retrete.
10. Puerta de los Traidores.
11. Torre Lan

CAPITULO XI.

La Torre de Londres—Diamantes de la Corona—Apertura del Parlamento—Casa del Parlamento—Reina de Inglaterra — Oradores ingleses — Idiomas modernos—Un recuerdo.

La Torre de Londres, la torre histórica, la torre sangrienta, estaba delante de mí, y las puertas que para tantos infelices prisioneros estuvieron eternamente cerradas, para mí estaban abiertas y podía penetrar dentro de sus muros inexpugnables, contemplar sus bóvedas sombrías y compadecer la agonía de los que allí perecieron de hambre, de tristeza ó bajo el hacha del verdugo. Con el alma profundamente conmovida, el corazón medroso y el espíritu exaltado, atravesé sus umbrales, crucé el puente levadizo y me hallé en un recinto estrecho, amurallado, paralelo al Támesis, flanqueado por infinidad de pequeñas torres con troneras que dan al río, y vi en el centro, como un gigante de piedra, la aterradora, fría y enorme torre cuadrada que ha desafiado á los siglos.

Para hacer más completa la ilusión, los guardianes de la Torre conservan el vestido de gala del tiempo de Eduardo III, que consiste en una ancha toga ó túnica de terciopelo negro y un bonete del mismo color, adornado con infinitas cintas de colores que flotan á uno y otro lado. Uno de estos guardianes me condujo al interior, donde fué señalándome, una por una, todas las cámaras de la Torre y relatándome la historia sangrienta. A la media hora, con la cabeza desvanecida y excitado por las emociones, veía espectros, esqueletos, armaduras y sangre por todas partes, y aun



los ruidos lejanos me parecían los ayes de los prisioneros ó los grit agonía de los decapitados.

A la izquierda está la *Torre de los leones*, en donde en otro tiemp reyes normandos mantenían, como emblema de soberanía, leones y leop Después se atraviesa por el patio, y se ve el cuartel de la guarnició luégo se llega á la *Torre de la campana*, la que debe dar el toque de al á toda la ciudad en caso de un ataque inesperado. La primera camp que hoy se diera allí resonaría en las orillas del Ganges, en el Cana Australia, en el cabo de Buena Esperanza, y sorprendería en el mun

Siguiendo el recinto amurallado se encuentra la *Torre sangrien*

El Rey Eduardo IV murió dejando al cuidado de su esposa dos hijos: Eduardo, de edad de quince años, rubio, blanco, serio, rel que debía ser Rey, y Carlos, moreno, de ojos lánguidos y hermos cuerpo esbelto, maneras gentiles y aire travieso, quien debía ser Du York. La ley daba la tutela de los niños al Duque de Glocester, h cruel, bárbaro y ambicioso, cojo y jorobado, que inspiraba desconfian amorosa madre, repugnancia á Eduardo y desprecio al niño Carlos, se complacía en remedarlo en su presencia y en herir su vanidad orgullo.

—Para que sea coronado Rey vuestro hijo, le dijo un día á la es preciso, conforme al ceremonial, que primero vaya á la *Torre de l* emblema de la fuerza del reino, de donde ha de salir á caballo y escolt todos los grandes, hasta la abadía de Westminster, donde será con el óleo santo y proclamado Rey. Vengo, pues, por él; mas soledad lo entristecería, permitiréis que venga también su lindo h para que lo acompañe y lo divierta remedando á su buen tío, que quiere y que va á hacerlo feliz.

—¡ Dejadme mis hijos ! le replicó la infeliz madre, como herió presentimiento, y en nombre de ellos yo renuncio la corona del todos los títulos y todos los honores.

—Madre de Eduardo V, no blasfeméis, le dijo el de Glocester; y á los dos niños de la mano, los condujo á la Torre, diciendo por de « Preparaos, Reina, para la gran fiesta.»

Los preciosos niños fueron conducidos á la Torre sangrienta, tras que Eduardo se entretenía en formar proyectos sobre el en miento de su reino, Carlos, desconfiado é inquieto, miraba al todos los que entraban, y tomando su puñal, se ponía al lado de su para defenderlo.

Era la víspera de la coronación : la ciudad se preparaba,

alegría y de esperanza, para una gran fiesta: los niños se duermen confiados; á media noche entra el tío, llama á un hombre de terrible aspecto y le da ciertas instrucciones. Este hombre se acerca al lecho de los niños, los envuelve en el colchón, los ahoga con las frazadas, y no se aparta hasta que no quedan extendidos los dos cadáveres en un mismo lecho.

Siguiendo en la visita de la Torre, se atraviesa un pasadizo para llegar á la *Torre blanca*, cuyos inmensos salones están llenos de armas de todas las épocas; las paredes cubiertas de manoplas, y en el centro las armaduras completas de veinticinco reyes y caballeros, armados sobre caballos disecados y cubiertos de acero; y este triste y lúgubre escuadrón le parece al viajero aterrado, que desfila para asistir á las sangrientas ejecuciones.

A la extremidad de la sala hay una puerta angosta, que atraviesa un muro de cuatro metros de grueso, y se penetra en una cámara estrecha, en donde por muchos años estuvo encerrado Sir Walter Raleigh; y más adentro todavía hay un antro tenebroso, donde se ven el banco en que dormía y la enorme cadena que llevaba al cuello, aún ensangrentada.

Los instrumentos de tortura usados en la Edad Media están reunidos en otra sala, y allí se ve también el banco de madera lleno de hachazos, donde los condenados ponían la cabeza, y el hacha que manejaba el verdugo.

Las paredes de los calabozos están llenas de inscripciones puestas por los infelices presos, que pasaron allí una vida entera de horribles agonías, y están escritas en letras rojas, pues para perpetuar la memoria de su martirio, después que con las uñas hendían la piedra, con sangre de sus venas teñían los caracteres; y allí se lee claramente «Jean Dudley,» «Howard,» «Leycester,» «Walace,» «Arzobispo Craner.» Al atravesar el patio se ve un lugar tinto aún con la sangre de las víctimas, pues allí era donde se decapitaba en secreto á aquellos á quienes hubiera sido peligroso matar en presencia de la multitud.

El Rey Enrique VIII se había casado muy joven con Catalina de Aragón, esposa que había sido de su difunto hermano mayor; pero más tarde dijo que tenía remordimientos; que ese matrimonio, por razón de estado, había sido un verdadero incesto, y sometió la causa al Papa, quien no anuló el matrimonio; la sometió á las principales universidades de Europa, y últimamente consiguió que un arzobispo protestante y un parlamento del reino convinieran en anularlo. Casóse entonces con Ana Bolena, la más hermosa mujer de la corte, llena de virtudes y de encantos, que ni solicitó ser reina, ni se sintió orgullosa de ser levantada á ese rango.

Mas Enrique VIII, déspota, feroz, cansóse de su virtud, se enamoró de Juana de Seymur, camarera de la Reina, y porque ésta en un torneo

dejó caer su pañuelo, inculpó que lo hacía para que lo recogiese un favorito; la acusó de infidelidad, encontró cómplices de la calumnia, hizo matar á todos los que él decía que habían profanado el lecho real, y envió presa á la inocente víctima á la *Torre sangrienta* para que fuese juzgada.

Desde su calabozo Ana le escribió al Rey esta carta:

« Señor:

« La desgracia que experimento por haber llegado á disgustaros, y la triste prisión á que estoy reducida, son acontecimientos tan sorprendentes para mí, que ignoro de qué puedo ser culpable y cómo debo defenderme.

« El que habéis enviado para recibir mi confesión es uno de mis más mortales enemigos: vos no lo ignoráis; así, me ha bastado verlo para conocer vuestro pensamiento.

« Si, como me lo aseguráis, la verdad sola puede salvarme, la esperanza debe entrar en el fondo de mi alma. Estoy pronta á llenar mi deber y á cumplir vuestros mandatos.

« Pero guardaos de creer que vuestra esposa pueda consentir en reconocer una falta, cuando no tiene que reprocharse ni un pensamiento impuro. Jamás príncipe alguno, me atrevo á asegurarlo, tuvo una compañera más celosa de cumplir sus deberes que Ana Bolena, cuyo nombre y modesto rango hubieran bastado á su felicidad, si Dios y Vuestra Majestad no lo hubiesen querido de otro modo. Nunca abusé de mi elevación ni dejé de temer la situación en que ahora me encuentro; porque esta elevación no estaba fundada sino en un amor pasajero, y yo sabía que este amor podía dirigirse á otro objeto.

« Vos me elevasteis de la condición modesta en que la suerte me había colocado, á la de vuestra esposa, y á la de Reina; esta condición, vos lo sabéis, no fué jamás objeto de mi ambición ni de mis deseos. Pero si en una época más dichosa me encontrasteis digna de ese honor, un ligero capricho y los consejos pérfidos de mis enemigos no deben bastar para quitarme el favor de mi Rey. Señor, no permitáis que la odiosa calumnia manche con una marca impura á vuestra fiel esposa y á vuestra inocente hija.

« Juzgadme, señor: yo consiento; pero hacedme juzgar por un tribunal legítimo, y no me deis á mis calumniadores y enemigos por jueces. Pido que mi proceso sea público, convencida como estoy de que ninguna vergüenza puede recaer sobre mí. Mi inocencia será reconocida ó mi crimen probado; y en este último caso Vuestra Majestad será libre entonces delante de Dios y delante de los hombres, no solamente para imponerme el castigo justamente merecido por una esposa infiel, sino que estará justificado vues-

tro amor por la mujer de quien hoy soy víctima. Su nombre pudiera yo citarlo, pues que Su Majestad desde hace algún tiempo conoce mis sospechas.

« Pero si mi suerte está ya fijada; si la calumnia triunfa, y si mi muerte y deshonor son precisos para poneros en posesión del objeto de vuestros deseos, pido á Dios que os perdone este crimen y que absuelva también á todos, á todos los que sean instrumentos de mi desgracia. Ojalá que Él no os llame á dar un día cuenta de vuestra injusticia y de vuestra crueldad conmigo! Se acerca el día en que vos y yo apareceremos delante de un tribunal supremo, en el que mi inocencia será justificada, sea cual fuere hoy el juicio del mundo sobre mí.

« Mi última y única petición es la de ser yo sola condenada á llevar el peso de vuestro odio, y que los fieles servidores que por mí sufren en este momento sean pronto puestos en libertad. Si alguna vez, acaso, alcancé gracia delante de vuestros ojos; si alguna vez el nombre de Ana Bolena fué agradable á vuestros oídos, permitidme, en nombre de estos recuerdos, pediros esta sola gracia, y cesaré de inquietar á Vuestra Majestad.

« Quiera el cielo escuchar mis ardientes súplicas por vuestra felicidad, y teneros en su santa guarda, dirigiéndoos en todas vuestras acciones!

« En mi triste prisión de la Torre el 6 de Mayo.

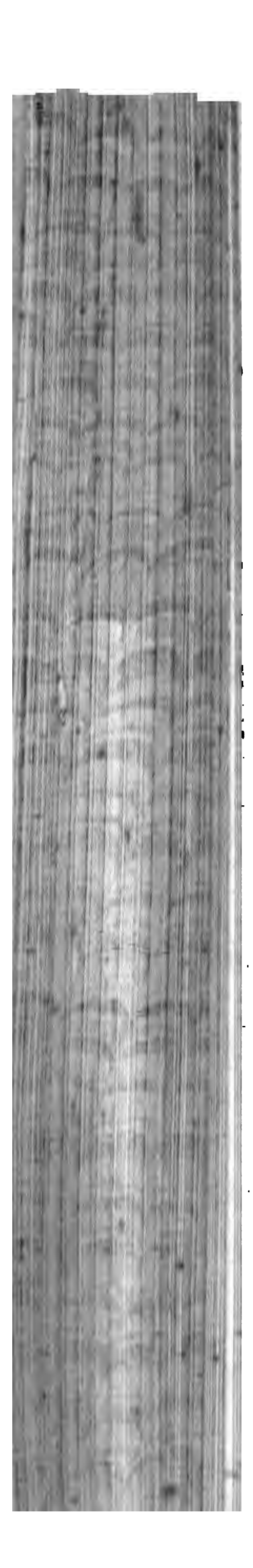
« ANA BOLENA.»

¡ Inútil esperar que esta carta elocuente pudiese conmover á un tirano, cuyas pasiones se habían excitado por otro amor! La Reina prisionera, desprovista de consejos, abandonada de todos, se defendió sola ante el tribunal de los Pares, al que fué sometida, y lo hizo con mucho valor y gran presencia de ánimo; y los que la oyeron no pudieron menos de reconocer su inocencia; pero el tribunal, con la declaración de lady Rochefort, la condenó, así como á su hermano, á ser quemada ó degollada á voluntad del Rey.

Al ver esta terrible sentencia, Ana levantó los ojos al cielo para pedirle socorro, y después, dirigiéndose á los jueces, les increpó de la manera más tierna la injusticia de su condenación; pero no hubo remedio: el Rey, *benigno y bondadoso*, escogió la cuchilla, y la ejecución tuvo lugar en esta Torre.

Por la mañana, el día de la ejecución, llegó el verdugo; ella le preguntó si era bien experto, y rodeándose la garganta con los dedos, añadió: « Mi cuello es tan delgado que no os dará trabajo.»

Juana Seymur no disfrutó por mucho tiempo de su infamia, pues el Rey, cansado de ella, determinó tomar otra mujer, repudió á Juana, y des-



pués de muchas negociaciones en el continente, contrató matrimonio Ana, duquesa de Cleves, esperando fortificar por este medio su alianza los príncipes de Alemania; pero Ana era fea, llegó á odiarla, y al tiempo resolvió desembarazarse de ella y del ministro Cromwell, que había buscado. La mujer se salvó por medio del Duque su hermano; por delito de alta traición, el ministro fué decapitado en esta Torre.

El Rey, implacable y feroz, sacrificaba á unos porque negab supremacía del Rey, y á otros porque seguían la doctrina de Lutero.

La mujer á quien más amó Enrique VIII fué Catalina Ho mujer hermosa, llena de ambición, y que á fuerza de astucia había ll al trono, ostentando orgullosa su poder y su grandeza.

Este matrimonio parecía haber colmado todos los deseos del tir belleza, la amabilidad y el talento de Catalina le encantaban de tal m que decretó que se diese en todo el reino acción de gracias al cielo felicidad de que gozaba. Esta dicha tuvo corta duración: los celos emp hubo testigos para acusar á Catalina de incontinencia, como los hub las otras reinas. Los supuestos cómplices de sus devaneos fueron d zados, y confesaron su delito en la tortura.

La Reina fué conducida con su hermano á la Torre sangrienta; lo fué lady Rochefort, como cómplice (la que había denunciad Bolena), y sus cabezas cayeron bajo el hacha del verdugo.

Conforme al testamento de Enrique VIII, la corona de In debía pertenecer primero á su hijo Eduardo, después á Isabel, hija Bolena, luégo á María, hija de Catalina, y á falta de éstos, á la hi hermana, Juana Grey.

El pobre Rey Eduardo murió envenenado lenta y cruelmen Duque de Northumberland, á la edad de diez y siete años, y antes varió el testamento de su padre, disponiendo que empezase la suc la sobrina.

Estaba la hermosa Juana Grey en el campo, pasando l miel con su joven esposo, huyendo de las intrigas de la corte, presentó el Duque de Northumberland con otros caballeros de los jueces que habían sancionado el testamento de Eduardo, l postrándose de rodillas, suplicaron á Juana que viniese á la Torre d á prepararse conforme al ceremonial para ser proclamada Reina. «J ignoraba todas estas medidas, dice el historiador Goldsmith, mo pesar como sorpresa, sabiendo lo que pasaba. Pareció incon con gran repugnancia cedió á las súplicas de Northumberla

Duque su padre. Fué conducida á la Torre, donde era costumbre que los soberanos pasasen algunos días antes de la coronación.»

Juana fué proclamada Reina en todas las ciudades de Inglaterra; pero la princesa María no había renunciado á sus derechos: todo un partido, entonces proscrito, tenía en ella sus esperanzas; muchos nobles la aclamaron soberana, y de ciudad en ciudad vino triunfante hasta Londres, donde el pueblo la recibió con júbilo y aclamación.

La dulce y tierna Reina Juana renunció, sin pena, una corona que no había ambicionado; pero su rival era implacable, vengativa y sanguinaria, y la hizo conducir como criminal adonde hacía pocos días había entrado como Reina, y la hizo degollar en la Torre sangrienta.

Tres reinas perecieron aquí.

En la capilla de la izquierda están los restos de estas ilustres víctimas.

Al atravesar una pieza larga y silenciosa, en donde las pisadas resuenan melancólicas sobre las baldosas, alumbrada sólo por una luz lejana, una voz me gritó:

¡Aquí fué asesinado Enrique VI!

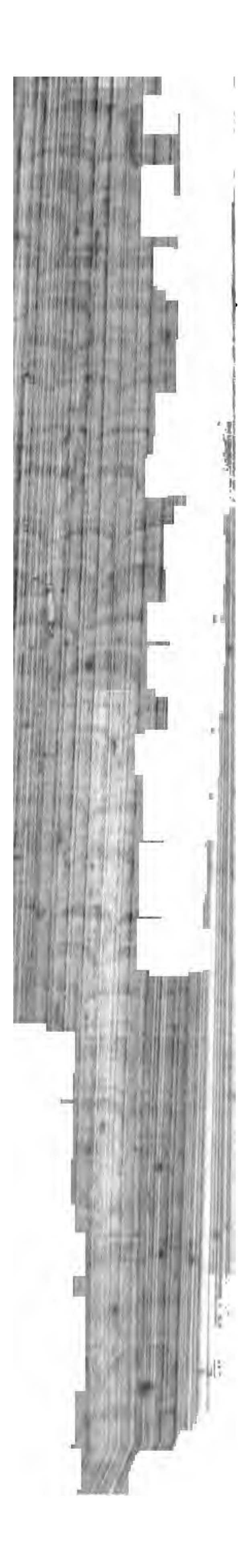
¡Cuánta sangre! ¡Cuánto horror! ¡Cuántos crímenes y perfidias de los reyes!

Bendita sea la libertad y la civilización del siglo XIX. Hoy los prisioneros de la Torre de Londres son los DIAMANTES DE LA CORONA y las ricas JOYAS DE LA REINA, que se exhiben entre cristales en uno de los lados del murado edificio.

Cuando uno es niño, los *Viajes de Simbad el marino* en las *Mil y una noches*, lo deleitan, y por la noche, dormido, se tropieza con los enormes diamantes, y le caen del cielo rubíes tan grandes como un huevo; por esto y porque á las damas de mi país les gusta hablar de joyas, voy á contar de qué se componen y cómo son las JOYAS DE LA REINA.

La *corona imperial* es obra moderna, pues fué fabricada para que la Reina Victoria se coronase «Emperatriz de la India,» y no es una diadema elegante, sino como las coronas que adornan á algunas vírgenes, formada de curvas de diamantes, que convergen á un centro, en donde hay una bola chispeante; y de ahí se levanta una pequeña cruz, en cuyo centro hay un zafiro que refleja como el lucero de Marte en una noche estrellada, y en la parte de la corona que corresponde á la frente, un rubí que despide luz de bengala que se comunica á los diamantes.

Los dos *cetros*, símbolos del mando, del poder y de la autoridad de los reyes, están hechos de diamantes que, unidos, forman una vara mágica de fuego, y el uno termina en una paloma y el otro en una cruz.



El *globo* que representa al mundo sobre el cual domina la Inglaterra, tiene quince centímetros de grande, es de diamantes, las equinoccial y del meridiano están trazadas con piedras de otros col la cruz que lo domina, levantada sobre un soberbio amatista.

Los brazaletes son una obra artística admirable, formada de tod piedras preciosas imaginables, mezcladas de perlas, y representan la de Inglaterra, la *Flor de lis* de Francia y el *Arpa* de Irlanda.

Otro cetro usado por la mujer de Jacobo II, que es sólo de m una paloma de óniz blanco. Esta es la más linda joya.

La corona estrenada por Ana Bolena (¡ qué irrisión !), la que Carlos I, el decapitado, el *cetro* de San Eduardo, y en fin, todas las históricas, tradicionales, que han llevado los reyes, y que represen riqueza y arte de su época, se ven acumuladas en aquel sitio, y están gladas de manera que todos los diamantes brillan sobre un fondo de pelo oscuro, y todas las piedras centellean como el firmamento de n

Estas joyas están allí, porque la Torre se considera el lugar más en Inglaterra para guardarlas; y sin embargo se descubrió hace poco un subterráneo que tenía ya tres cuadras de largo, y que debía pa debajo de las murallas y terminar en la cámara en donde están las

¡ Ojalá se las roben ! Esas joyas sirven sólo, y eso algunas d para adornarse la Reina cuando abre el Parlamento ; y con su podrían mantener por un año todos los mendigos de Londres.

La apertura del Parlamento por la Reina es una fiesta participando del carácter de las cabalgatas de la Edad Media, se todo el lujo, la elegancia y buen gusto de las fiestas modernas.

Desde el palacio de *Saint James*, residencia real, empieza á una procesión de guardias á caballo, con los vestidos de los re países; los escoceses con las piernas desnudas, túnica corta, chal con rayas de vivos colores, que indican el *clan* á que pertenecen, lado, espada corta y gorrito con una pluma de gallo en la mitad ; deses como si estuvieran en tiempo del Rey Arturo ; los del País con blusas marinas; y los regimientos ingleses, de calzón corto, b casaca colorada y kepis redondo. En interminable fila van pasar mientos y regimientos, alternando con bandas de música, y de cu cuando guardas que arreglan la ceremonia y hacen mantener Vienen después guardias de palacio, maestros de ceremonias, funcionarios que debieron tener ocupación en los tiempos antiguo ahora sólo tienen títulos, un vestido de ceremonias y bastante di gastar en una función de la corona.

Los coches se suceden á los coches, todos con escudos heráldicos, cocheros enormes y lacayos empolvados; y en ellos pasan cuantos lores, duques, barones y baronets tiene el reino, damas y camareras de la Corte y el Lord de la ciudad con su comitiva y sus empleados; los magistrados y jueces con *toga* y bonete, y, en fin, el tren administrativo en todos sus departamentos.

Viene la Reina en un coche antiguo, tirado por cuatro caballos blancos, pero que son de un blanco especial, como los que llamamos en Colombia *albinos* ó *bebecos*, y cuya raza se mantiene en Windsor. En pos de ella viene el Príncipe de Gales, luégo el Arzobispo de Cantorbery con las vestiduras sacerdotales más suntuosas, luégo el de York, luégo el de Westminster: después la familia real, luégo los almirantes, y últimamente todos los embajadores, ministros, enviados, agentes diplomáticos y consulares del mundo entero, cada cual con su vestido nacional; el turco con calzón ancho bombacho, dolmán bordado y turbante verde; el persa con feeckam rojo; el griego con gorro de terciopelo y borla de oro; el chino envuelto en un hábito negro, como fraile dominicano, y con una especie de patena en la cabeza, dejando flotante la gran trenza negra; el francés en grande uniforme bordado de oro; y el americano de frac negro, corbata blanca y sombrero redondo.

Al llegar á la puerta occidental de la *Torre Victoria*, en la casa del Parlamento, la comitiva se detiene un momento y luégo sigue hasta que la Reina llega al vestíbulo y echa pie á tierra, y la gran puerta que da al *Vestuario* se abre al estampido del cañón. Las damas la reciben, le colocan el manto real, la corona imperial, la cubren de joyas, de diamantes y ponen en sus manos el *cetro* y el *globo*, símbolo de su inmenso poderío.

En tanto que la Reina se adorna de tal manera, en la « Cámara de los Lores,» que es una sala gótica resplandeciente de dorados y llena de magníficas pinturas históricas; sala que tiene treinta metros cuadrados, iluminada por doce grandes ventanas, cuyos vidrios representan doce reyes de Inglaterra que parecen vestidos de gala para asistir á la ceremonia, en el centro de la cual hay un saco de lana donde debe sentarse el Lord Canciller, á derecha é izquierda suntuosas tribunas y en el frente el trono, macizo y serio como si fuese de los tiempos primitivos de la monarquía; entretanto, digo, todos van tomando su puesto para la ceremonia, en esta forma: á la derecha del trono el Príncipe de Gales; á la izquierda el primer Príncipe de la sangre; al pie del trono los Arzobispos de Cantorbery, de York, de Westminster y de Kent y otros Obispos; los Pares al frente, sentados en sus sitios respectivos, en tres órdenes, en forma de anfiteatro;

y la *Graciosa* Soberana del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irl
Emperatriz de la India, aparece en una de las grandes arcadas, s
trono y se sienta: luégo se pone de pie, hace una venia ceremoniosa,

« Mis lores y señores.»

Y pronuncia un discurso superficial, en el cual recomienda a
proyectos; y á esto se reduce la lujosa ceremonia.

Como el Parlamento es la primera institución en Inglaterra y el
de su libertad y su grandeza, natural es que la Casa del Parlamen
el más suntuoso edificio ; y en efecto, el levantado en este siglo es
del objeto á que está destinado, por su magnitud, su elegancia
magnificencia. Pero ese edificio no lo conocerán las generaciones veni
porque está construído de una piedra calcárea que la humedad del Tá
carcome y desmorona como si fuese de azúcar rosada ó de merengu

Esta obra es censurada por haber abandonado los arquitectos la r
de los perfiles griegos, por no tener un plan uniforme, y por estar
siado recargada de adornos arquitectónicos. Pero si el conjunto de l
es magnífico y bellísimo ; si hay armonía perfecta en su parte exte
admirable distribución en el interior ; y si los adornos, las ven
y las torrecillas le dan el aspecto de una verdadera filigrana, ¿ qué im
que la forma no sea griega ? ¿ Debemos tener la tierra cubier
partenones ? ¿ No es mejor en arquitectura, como en pintura, com
poesía, la libertad de las formas y la variedad de las creaciones ?

Trataré de describirlo de la manera más clara posible.

El Palacio del Parlamento ocupa la extensión de cuatro man
de las de Bogotá, pero tiene sólo dos lados visibles : el que da
Támesis, y el que, formando ángulo con éste, está sobre la calle que com
con la abadía de Westminster. La fachada que da sobre el Támesis
doscientos setenta y seis metros, y tiene salientes los dos extremos, lo

a fachada meridional que da á la calle es la que tiene las princi-
puertas de entrada, y aunque se ha conservado el mismo orden
ectónico, tiene una irregularidad muy notable, á saber: en la esquina
al río, la fachada está seis metros más adentro hasta la Torre
ia; y luégo, siguiendo la parte saliente de la Torre, está seis
s más afuera.

a *Torre Victoria*, que es cuadrada y la más grande del mundo,
omo separada del edificio (al menos no tiene armonía ninguna
), mide veinticuatro metros de ancho y ciento veinte de alto.
la está un magnífico reloj que marca y fija la hora de todos los
de Londres, el cual es manejado por un famoso astrónomo, que hace
mbién sus observaciones en el cielo.

n el interior del edificio hay quinientas cámaras, entre ellas la de
es, que ya he descrito, y la de los *Comunes*, que tiene veinticuatro
s de largo, donde se reúnen con comodidad y holgura seiscientos cin-
diputados, y donde hay, además, espacio reservado para el presidente,
nistros, el cuerpo diplomático, los estenógrafos y las tribunas para el
o. El edificio tiene también grandes salones de recepción, de pasos
los, y local para una Corte.

as SESIONES DEL PARLAMENTO son generalmente de noche; y se dice
ellas no se guarda siempre la moderación, compostura y decencia
s de esperarse de hombres que alcanzan tan alto honor, que están
gados de tan elevadas funciones, y que tienen por espectadores á
ran número de habitantes que reciben los periódicos ingleses.
os miembros se duermen en el curso de la sesión, y los ujieres tienen
lespertarlos á la hora de la votación, y otros se lanzan injurias del
l otro asiento. Por supuesto que la barra está siempre *como en misa.*

El procedimiento para hacer leyes lo han heredado de Inglaterra todas
ciones que tienen gobierno constitucional representativo, así las
rquías—Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia y las que están situadas
orillas del Rhin,—como las repúblicas suramericanas. Bastará, pues,
que las leyes en Inglaterra tienen siempre origen en la Cámara
Comunes; que aprobadas allí en tres debates, pasan á la Cámara de
ores; y si obtienen la aprobación en ésta, se someten á la Reina para su
ón; pero debe mencionarse esto: la Reina da su sanción por *Letras
tes*, lo que se anuncia á las Cámaras en viejo francés, diciendo: *La
veult* ó *Soit fait comme il est desiré*; y en la ley de subsidios: *La
remercie ses bons sujets : accepte sa bénévolence et ainsi le veult.*

El respeto, el amor, la veneración que sus súbditos tienen por la REINA

DE INGLATERRA, no tiene el carácter del afecto que los españoles profesab
amado Fernando VII, ni el que á los franceses inspiraba Napoleón:
al contrario, en esos sentimientos se revela el orgullo inglés y la ind
dencia de su carácter. La Reina Victoria es un *mito* que representa la
deza de su patria, el poder de su nación, el dominio de Inglater
todos los continentes y la libertad y el vigor de sus instituciones
con una niña primero, después con una fiel esposa y madre amante, y
con una viuda inconsolable, es como Inglaterra ha llegado, por la sa
de su gobierno y la expansión de su comercio, al más alto grado de
zación, de poder y de riqueza á que ha alcanzado una nación en la
los siglos.

Y los ingleses saben también odiar, deponer y guillotinar
díganlo Juan *sin tierra*, Carlos II y María Estuardo. Y la Reina V
sí merece el amor que le profesan sus súbditos. Cuando murió el Re
llermo IV, y cuando la exaltación al trono de la joven Alejandra V
Duquesa de Kent, parecía indestructible la influencia de los *tory*
aristocracia insolente é interesada disponía de los destinos del país
suerte de Irlanda; los conservadores obstinados se oponían á c
la menor libertad á los católicos, y cuando se propuso por Sir Jhon
en 1837, una reforma en este sentido, los debates en las cámaras fuer
apasionados, y lord Stanley, con sólo decir que « las leyes propue
tenían otro objeto que establecer una lucha entre el catolicismo y l
reformada, y que los ministros, asegurando mantener los derech
iglesia, probaban lo contrario con su lenguaje y sus acciones »; c
digo, bastó para que la suerte de los católicos siguiera lo mismo en
y para que la de los pobres en Inglaterra continuara siendo la de
hambre, por la prohibición de introducir trigo, por cuanto los l
productores de este artículo.

La Reina Victoria, llamando á los *wigs* y á los radicales
hizo perder al viejo torismo su influencia y á las cuestiones
el carácter apasionado que tenían. Educada en el amor de la
ción y de la patria, el gobierno representativo ha tomado bajo
la mayor amplitud. Penetrada del espíritu verdaderamente
de su siglo, ha emancipado á los católicos de Irlanda, ha afianzado
absoluta libertad de cultos en todo su reino, ayudado á la propag
cristianismo en las Indias orientales, y completado una verdadera
civil y política; conociendo las necesidades de su pueblo, ha pe
para que el hambre no vuelva á asolar las ciudades, la introducción
clase de alimentos; y con las medidas aconsejadas por la ciencia ec

ha establecido el libre cambio, extendido el comercio, engrandecido la marina, y logrado que en todo el mundo, el día del nacimiento de la Reina, se vea con alegría flamear el pabellón de Inglaterra.

En las cámaras inglesas no hay jamás discursos escritos; pocos son los oradores, así de la oposición como ministeriales, que se crean con derecho á hablar, y los lores y los diputados poca ó ninguna atención prestan al orador; y sin embargo, la elocuencia moderna tiene sus más elevadas notas en la tribuna inglesa, y las oraciones que en el parlamento se pronuncian todos los días son un modelo del bien decir y de la oportunidad y gracia del idioma. Los discursos de Brugham, Pit, Fox, Burk, Chatam, Canning y Gladstone, son elevados, dignos, correctos y estarían bien en boca de un romano en los heroicos tiempos de la república.

La nobleza inglesa es educada con el mayor esmero para el manejo de los negocios públicos; los oradores griegos y romanos les son á los jóvenes tan familiares como sus propios buenos oradores; la historia antigua y moderna la conocen admirablemente; todos estudian filosofía, y cuando van á ocupar un puesto en la Cámara de los lores, ya son hombres notables. Por otra parte, á la Cámara de los Comunes no van sino los hombres eminentes del país; de éstos no toman la palabra sino los que se han distinguido por una elocuencia dominadora, y no van al ministerio sino los que han conquistado una grande opinión en el país. De manera que en el recinto del parlamento no se oye más que la palabra inspirada de hombres eminentes que dan sabias lecciones de política á su patria y al mundo entero, que habrá de escucharlos.

Por otra parte, el inglés es un admirable idioma para la elocuencia; tiene la energía de las lenguas primitivas y la frase rotunda de los idiomas cultos. Sheridan habla de la patria como Temístocles pudo hacerlo á los griegos; y Burke habla en las cámaras como Cicerón en el Senado romano.

Es, sobre todo, en la cátedra sagrada en donde el inglés es más hermoso: las expresiones son armónicas y dulces, la composición sublime, el misticismo se engrandece, la unción se hace celestial; y de la palabra del ministro salen acentos que deben ser los mismos con que San Pablo conmovía á los Corintios.

Séame lícito, ya que he hablado de la elocuencia inglesa, exponer aquí mi juicio, quizás temerario en concepto de algunos, pero nacido en mí del estudio de diversos idiomas y de la impresión que sobre mi alma han causado los oradores y los poetas de las varias naciones.

Extinguido el griego y olvidado el latín, los dos idiomas modernos favorables á la elocuencia y á la poesía son el inglés y el español:

[illegible] la ventaja de ser más enérgico, y de [illegible] en sus formas; y el segundo es noble, [illegible] que el francés y el italiano, por la diver[illegible] de la frase y la entereza del discurso.

[illegible] pongo aquí el *Padre Nuestro* [illegible] que en cada uno parece decir [illegible] en español una plegaria; en inglés [illegible] y en italiano un canto.

[illegible] Sanctificetur nomen tuum: Adv[illegible] [illegible] sicut in caelo et in terra. Panem nos[illegible] [illegible] Et dimitte nobis debita nostra, sicut e[illegible] [illegible] nostris. Et ne nos inducas in tentationem [illegible]

[illegible] que estás en los cielos, santificado sea el tu nom[illegible] [illegible] hágase tu voluntad así en la tierra como e[illegible] [illegible] de cada día dánosle hoy, y perdónanos nu[illegible] [illegible] perdonamos á nuestros deudores; y no nos [illegible] líbranos de mal.—Así sea.

[illegible] Father [illegible] in heaven. Hallowed be thy name. Thy [illegible] be done on earth as it is in heaven. Give [illegible] and forgive us our trespasses, as we forgive [illegible] against us. And lead us not into temptation: but de[illegible] [illegible]

Notre Père, qui êtes aux cieux, que votre nom soit sanctifié; [illegible] règne arrive; que votre volonté soit faite en la terre comme [illegible] donnez-nous aujourd'hui notre pain de chaque jour: et pardon[illegible] nos offenses [illegible] et ne nous laissez point succomber à la tentation, m[illegible] [illegible] du mal. Ainsi soit-il.

Padre Nostro che stai ne' Cieli sia santificato il tuo Nom[illegible] [illegible] il tuo Regno, sia fatta la volontà tua come nel Cielo così [illegible] Dacci oggi il nostro pane quotidiano, rimetti a noi i nostri debi[illegible] [illegible] rimettiamo ai nostri debitori, e non c' indurre in tentazione m[illegible] dal male così sia.

El verso inglés es variado, musical, armónico y expresivo[illegible] español es sonoro y rotundo; el verso francés campanudo y [illegible] eterna repetición de los acentos agudos; y el italiano dulce y [illegible] poco enérgico y vigoroso.

Los héroes no pueden hablar sino en español ó en inglés. *A*[illegible] gangoso en el teatro francés y *Régulo* afeminado en la tragedia [illegible]

mientras que *Julio César* conserva su energía en Shakespeare, y *El Cid* habla su propio idioma en español.

Cuando bajo la liberal constitución del año de 12 se inauguraron las cámaras españolas, la Europa creyó que allí irían niños á balbucear el lenguaje político y á aprender á hablar en público, y se encontró con oradores sublimes, cuyos discursos improvisados eran modelos de elocuencia. Hoy mismo dicen que es un placer mayor que el de la ópera oír á Castelar.

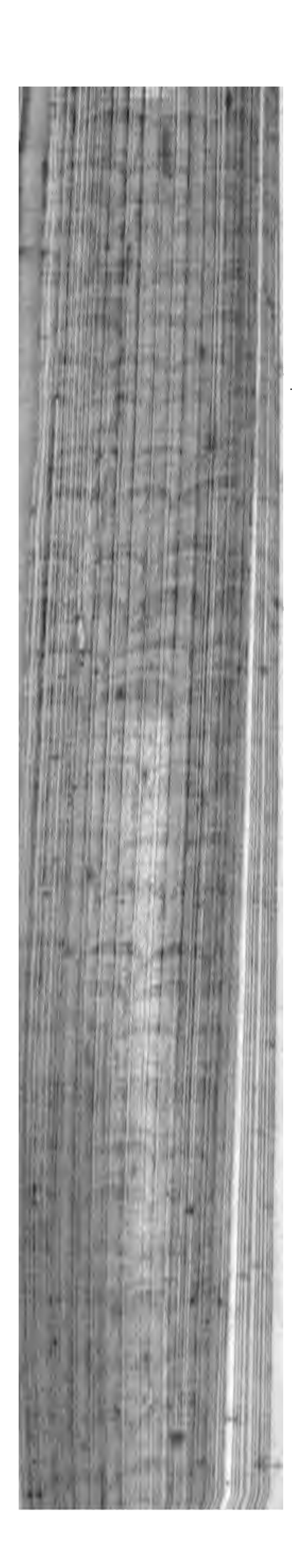
No me deslumbra el brillo de la patria ausente al afirmar que nada sorprende en materia de elocuencia sagrada al que oyó á Saavedra y hoy oye á Aguilar; que Rojas Garrido era sublime en la tribuna pública en los días de las grandes solemnidades de la patria; Arboleda arrogante en un discurso como Presidente del Senado; Mallarino admirable en la fiesta de la Universidad; Murillo irresistible en las luchas parlamentarias; y que nada hay más sonoro y más armónico que los versos de Piñeres recitados por él mismo.

¡GERMÁN PIÑERES! ¡Qué recuerdo á dos mil leguas del lugar en donde está su sepulcro!

Germán Piñeres, nacido para brillar; de una familia distinguida y que contaba entre sus miembros á muchos patriotas y á muchos mártires; educado por un sabio tan grande como Cicerón y tan virtuoso como Arístides,—el señor José María del Castillo y Rada; con genio precoz, corazón sensible, poderosa imaginación y un atractivo irresistible, dejó una lección severa para los jóvenes, enseñándoles cuán pérfida es la fortuna cuando á ella el hombre cede complaciente; pero yo, que admiro el encanto de sus versos y que lo amé en la niñez, no tengo por qué recordar las sombrías realidades de su vida.

Yo, que quiero que la riqueza de cada uno forme la riqueza del pueblo; que la gloria individual forme la gloria nacional; que á la diadema intelectual de Colombia no falte una chispa del genio de sus hijos, gozo en recordar que en las poesías de Germán Piñeres hay diamantes bastantes para adornar la corona de un dios.

Germán Piñeres, genio privilegiado, imaginación oriental, trovador sentido y amable, poeta melancólico y dulce, dejó un reguero de luz, de luz purísima que no alcanza á entenebrecer ningún recuerdo del pasado; y en cada uno de sus versos, en cada reflejo de su genio, vive esa vida mística, sublime, que gana los corazones, que exalta la fantasía, que embriaga la mente, que despierta el entusiasmo á toda hora y en todos los instantes; esa vida ideal, magnífica, que se llama gloria, que perpetúa un nombre, que inmortaliza un pensamiento y que alcanza no á una generación, sino á



muchas; que se identifica con la gloria de la patria y con la vida en todas las regiones donde hay amor, sentimiento, ecos, luz y ar

Qué virtud la del genio, que sobre los despojos de la humana alcanza á levantarse, lleno de atractivos y encantos, llamando á sí simpatías, haciéndose tributar incienso por los mismos que ayer nocían, y dando esa prometida inmortalidad que tan pocos alcan

Qué virtud la del genio, que conquistó para Germán Piñe no podría el avaro conseguir con el oro acumulado durante una l de privaciones y miseria, pues con la muerte se acaba todo en l avaro ; mientras que para Piñeres quedó lo que fué quizás el s compensaba sus dolores: un nombre sostenido por la gloria ! Sí ocupa en Colombia el puesto que le corresponde en la constelació hijos del genio, por sus poesías suaves, armónicas y hermosas.

Él recibió por dote del cielo el amor á lo bello, una noble in y una poesía fresca y dulce, depósito que entregó intacto á su habiendo aislado su alma de las tormentas de su vida, y encerrád en recinto misterioso, donde no alcanzaba á respirar la atmósfer nada y funesta en que vivía; haciendo contraste sorprendente deza de los sentimientos, el perfume de sus versos, la armo cantares, con su triste y miserable existencia ; y habiendo, por d conservado en su corazón un pequeño mundo de flores, de rocío

Lector ¿ habéis contemplado á la luz dorada del sol mag Oriente los restos de un templo griego, sencillo y aéreo, cuyas corintias se pierden en el azul del cielo y cuyas cornisas, admir delineadas, semejan á las ondulaciones de una cinta de gasa ?

¿ Habéis reparado que ese templo no tiene nada de impone que arredre, nada que lleve á la contemplación, pero que junto horas enteras encantado admirándolo, repasando en vuestra im las escenas de la vida poética de los griegos, rehaciendo su asistiendo á sus sacrificios y pareciéndoos ver sobre los restos d víctima palpitante aún y coronada de rosas ?

El mismo sentimiento dejan en el alma las poesías de Piñer un monumento que imponga por su grandeza y á cuyo aspecto sorprenda; no es el palacio augusto de las Musas; pero cada una una arcada magnífica, una obra de genio admirable, en donde co gusto están incrustados mármoles hermosos, que brillan con l luz con que su imaginación oriental supo iluminarlas.

La poesía de Piñeres es joven, á veces infantil, llega hasta se como la de Lamartine; y más bien natural, inspirada y espo

el amor, la mujer sobre todo, la mujer divinizada, y tributándole
ión y culto, han sido los objetos de su canto.

veces, sí, triste, melancólica y sombría como en su *Dolora*, en medio dicos recuerdos, el pensamiento de un negro porvenir está estampado modo desgarrador, y hace que el alma se empape en una lánguida colía, y que á cada estrofa reciba una gota amarga ; al fin la copa de amargura, y el corazón, oprimido por la congoja, se siente rado, como el del que á cada momento repetía:

« Yo vivo triste......»

[o es admiración el sentimiento que la lectura de las poesías de s inspira: es amor, es cariño, como el cariño que inspira la primera n, el sueño más bello de la vida, la voz de la mujer que se ha escogido posa ó el beso de la hija predilecta ; y es porque estas poesías son ro sueño, nuestro amor, y en medio de la armónica belleza de sus va el corazón sintiendo, gozando, amando, llorando ó riendo con es.

a lira de marfil de Piñeres sigue resonando, agitada por el viento. El desapareció, pero las musas conservan la memoria de sus versos, templo jamás fué profanado, levantándose, sí, muchas veces, en alas piedad, inspirado por la fe, para entonar cantos religiosos que sólo lma noble y generosa pudiera concebir, que sólo un labio santo pudiera nciar, y un corazón ferviente darles su fuego místico y sublime.

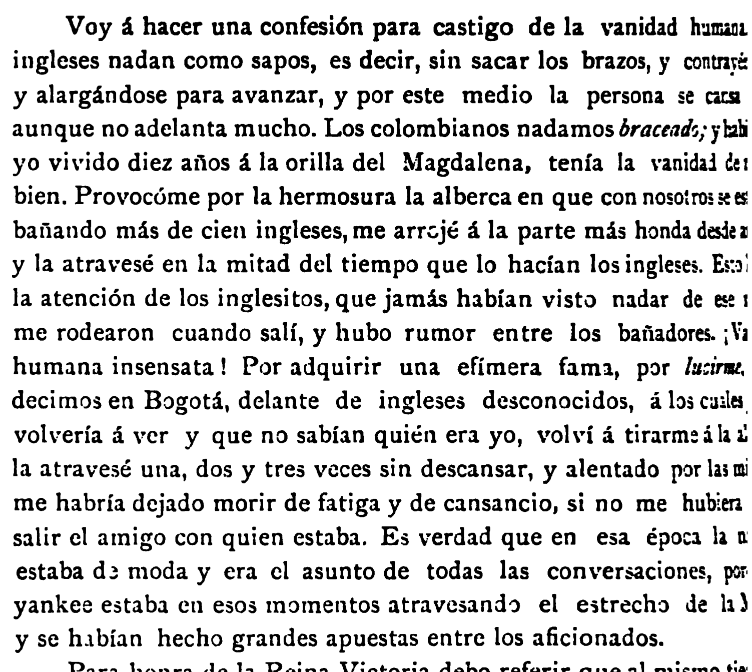
CAPITULO XII.

Casa de baños—Anécdota—Títulos con que se disfrazan los americanos—No hay burlas con el amor—Robo á tiempo.

DISPUTAN los sabios sobre si el Támesis que pasa por Londres es un río que baja ó un brazo de mar que se entra, y yo digo que es un inmensa cantidad de cola de la misma que usan los carpinteros para pegar los muebles, así es de espesa el agua ; y lo que me sorprende es que no se queden pegados los vapores y que no encallen los grandes buques ; pero la realidad es que el agua que allí hay, bien sea que suba ó que baje, no es potable, y que aunque hay baños establecidos en el río, sería temeridad usar de ellos.

Pero hay CASAS DE BAÑOS en donde por medio chelín se encuentra una alberca de una cuadra de largo, toda de baldosas de porcelana, con un piso inclinado que la hace poco profunda al principio y en el extremo opuesto muy honda, repleta de una agua fresca y pura que se está renovando constantemente. Allí van los ingleses desde muy temprano de la mañana en el verano hasta muy tarde de la noche; y allí se baña uno y nada por todo el tiempo que quiere. En la misma casa, pero en diverso departamento, están los baños para señoras y señoritas, las que gustan mucho de ejercitarse en la natacion.

Es tal la tendencia de los ingleses á la extravagancia y á las apuestas, que en esos baños se encuentran muchos hombres dando eternas vueltas en la alberca, é infinidad de niños ingleses en la orilla apostando chelines á si se cansan ó no se cansan.



Voy á hacer una confesión para castigo de la vanidad humana ingleses nadan como sapos, es decir, sin sacar los brazos, y contraye y alargándose para avanzar, y por este medio la persona se cansa aunque no adelanta mucho. Los colombianos nadamos *braceado*; y habi yo vivido diez años á la orilla del Magdalena, tenía la vanidad de bien. Provocóme por la hermosura la alberca en que con nosotros se es bañando más de cien ingleses, me arrojé á la parte más honda desde y la atravesé en la mitad del tiempo que lo hacían los ingleses. Esto la atención de los inglesitos, que jamás habían visto nadar de ese me rodearon cuando salí, y hubo rumor entre los bañadores. ¡Va humana insensata! Por adquirir una efímera fama, por *lucirme*, decimos en Bogotá, delante de ingleses desconocidos, á los cuales volvería á ver y que no sabían quién era yo, volví á tirarme á la la atravesé una, dos y tres veces sin descansar, y alentado por las mi me habría dejado morir de fatiga y de cansancio, si no me hubiera salir el amigo con quien estaba. Es verdad que en esa época la n estaba de moda y era el asunto de todas las conversaciones, por yankee estaba en esos momentos atravesando el estrecho de la M y se habían hecho grandes apuestas entre los aficionados.

Para honra de la Reina Victoria debo referir que al mismo tie el nadador luchaba, atravesaba también el estrecho un inglés maquinita de su invención, que podía dirigir un hombre solo y q ser un magnífico *salvavidas*. La Reina puso tres telegramas preguntaba por el éxito de la invención, y no se acordó del nadad

Una sociedad filantrópica también ha establecido baños bar los pobres y *abrevaderos* de agua pura en diversos puntos de la ci los caballos de los ómnibus y los coches, en donde hay empleados á los cocheros, y les ayudan á quitar el arnés á los caballos, á no sufran sed.

Hay en Londres baños *turcos*, *rusos*, *romanos* y *egipcios*: de *regadera* y cuantos hayan usado los pueblos ó inventado la ext ó la necesidad; y aunque yo no quise tomar ninguno de ellos Pérez, compañero de mis viajes, me hizo del baño *turco* la descripción:

«Llega el paciente (y se me permitirá la palabra, pues es la él usó estando en completa salud), paga dos chelines, y media introducido á un gabinete en donde se desnuda, gabinete que bien cerrado al salir, porque á la vuelta puede no encontrar dinero ó su ropa, y tiene que atravesar, como Adán en el paraís

de Londres, con riesgo de que la policía lo lleve á la cárcel por inmoral. Hecho esto, lo llevan á un cuarto muy grande, en donde, como *ánimas del purgatorio*, están entre un vapor espeso y húmedo más de cien hombres en actitudes diferentes, esperando todos la hora, no de la redencion, sino de los tormentos que se les aguardan; y allí van entrando ingleses de cara roja y feos como los diablos, y tomando á los que quieren bañarse, para llevarlos al martirio. Cuando al viajero le llega su turno, se le acerca un jayán y lo conduce á una especie de calabozo, húmedo y caliente, con una atmósfera espesa de treinta y tres grados, y adonde penetra la luz al través de unos vidrios empañados, permitiendo apenas ver á todos los condenados ahogándose del calor, sudando á mares, como en Tocaima ó en Nare, y algunos de ellos sentados y con lámparas para aumentar el calor. ¡ Qué fatiga ! ¡Qué agonía por falta de aire para respirar ! Pero todavía no es tiempo : hay que adelantar algunos pasos, pasar por delante de un horno con riesgo de quemarse medio lado; y... de repente ¡ puchulúm ! Cae el infeliz en el centro de un pozo de agua helada. Trata de escaparse, y las *duchas heladas*, los chorros que con las bombas le dirigen al cuerpo los demonios, encargados de su martirio, le dan por la cara, por la cabeza, por las piernas, lo tumban y lo encalambran. Después de eso, sigue lo mejor. Otros diablos lo extienden sobre un colchón, tan largo como es el infeliz, y desde la nuca hasta los talones lo van sobando más y más recio, hasta que no le dejan hueso bueno ni miembro en su lugar; y no lo sueltan hasta que ya *está mansito* como los potros indómitos que, á fuerza de rejo y de apretones, entregaba mansos en un cuarto de hora el americano Mr. Rarey.»

Si hay ó no en esto exageración, que responda el señor Pérez.

De él es también esta ocurrencia, que no quiero olvidar. Comían en París, en el hotel del *Príncipe de Gales*, junto con nosotros, una señora madre y dos señoritas, á quienes llamó la atención la figura de Pérez, su barba negra y larga, y sus modales francos, muy distintos de los que por allá se usan. Algo le dijo él á una de las niñas; y como yo hablaba entonces más francés que él, y con frecuencia me dirigía la palabra en español, la madre y las niñas, no pudiendo entenderse directamente, y habiendo concebido algunas esperanzas, se mostraban impacientes; y Pérez, con mucha calma, les dijo que yo era su intérprete.

Brasilero que lleva y paga intérprete, y un intérprete de cierta catadura, era sin duda sobrino del emperador ó dueño de un millón de matas de café, y por lo menos de doscientos esclavos. Digo *brasilero*, porque de la América del Sur los súbditos del imperio del Brasil son los únicos viajeros conocidos en Europa, y los únicos estimados en Francia. Ya los

lores ingleses que pasaban al continente á botar libras esterlinas, á g
una fortuna en un carnaval, como lord Sidney, ó que se enamoraba
las actrices, se casaban con ellas y las llevaban á sus palacios. se acab
Ya los príncipes rusos que regalaban entre *bouquets* aderezos de diam
y arrojaban los rublos en los bailes de Mabille, se han vuelto muy fr
ó no salen de Rusia por miedo á los nihilistas. París decae, y s
americanos del Sur, y principalmente los *brasileros*, forman la esp
de las francesas.

Tenemos, pues, á Alejandro Pérez de príncipe imperial del Br
la imaginación de aquellas señoritas, y á mí como su intérprete, a
mimado y convidado al teatro y á los paseos para saber la verdad y c
hasta dónde debían llevar sus esperanzas.

¿ Qué hacer ? De engañado á engañado. Pasear, divertirme, d
cuidar, y el día menos pensado escaparme para el Havre, y deja
príncipe que se desenredara como pudiera.

Una de las observaciones que hice por allá, fué la de que aquel
verdadero *baile de máscaras*, en el cual todos se disfrazan, por no
ninguno pasar por lo que legítimamente es en su tierra ; llegando
á ponerse títulos nobiliarios, siendo colombianos; otros, queriendo
como grandes personajes, y todos aspirando á representar un pape
les corresponde.

Cuando Luis XVI recibió á Lafayette con la pompa y lujo de
tosa Corte de Francia, fué invitado á la fiesta Franklin, el cuaker
cano ; y con grande escándalo se presentó en la Corte con su levi
y su sombrero negro de ancha ala, el cual no se quitó delante del I
¿ cuál sería la sorpresa de los cortesanos cuando, no pudiendo est
por el dolor de la gota, le pidió al Rey licencia para sentarse ?

Y sin embargo, es admirable la facilidad con que los Minis
americanos se endosan la librea de lacayos en las Cortes europea
que no hay exageración en asegurar que muchos cambiarían sus
puestos por el de cocineros del Rey ó caballerizos del Imperio.

En Francia es condenado el que se pone un título falso ó
condecoración que no le corresponde; pero hay agencias de otras
de reyes destronados y príncipes caídos, que venden cruces, i
condecoraciones ; y muchos americanos las compran tan sólo pa
una cinta en el ojal de la casaca ó llevar una cruz en los bailes de
Esto, como se ve, es perfectamente inofensivo.

Disimuladamente ponen muchos americanos una corona c
como adorno de sus tarjetas, y debajo el nombre, anteponiendo al

partícula *de*, que nada significa entre nosotros ; pero allá puede con esto asar el hijo del maestro Escandón, sastre remendón de Bogotá que onsiguió un Consulado, por el « Barón de Escandón ;» llega á persuadirse e que lo es, en efecto, si alguno cae en la trampa y así lo llama ; y hasta maldecir de la República y de su origen democrático y plebeyo.

En una casa respetable de Francfort encontré una tarjeta que decía: *Monsieur et Madame Z.* ; nombre de un joven de Bogotá que no ha sido nunca casado. En París todos los americanos son grandes dignatarios de su país, ó hijos del Presidente. Mi sobrino Carlos de la Torre se hacía pasar por artista italiano en Londres. Y es que todos se encuentran, en las estaciones de baños y en los bailes, á los cuales son convidados, con baronesas italianas, condesas españolas, duquesas húngaras y damas de la más alta aristocracia inglesa, y les da pena ser simples ciudadanos de la ignorada Colombia.

Quise en el Havre seguir adelante el chiste de algunos amigos míos que me pusieron *Alí-Pachá*, porque entonces la guerra entre Turquía y Rusia lo hacía todo turco, y me costó caro la chanza. Siempre que tomaba efectos de uso en un almacén, daba aquel nombre y la dirección de mi casa, y allí llevaban las cosas y pasaban la cuenta : cuando iba de paseo me llamaban también *Alí-Pachá*; y el nombre de mi pasaporte llegó á olvidarse. Esto no era más que broma, y yo no temía ninguna consecuencia.

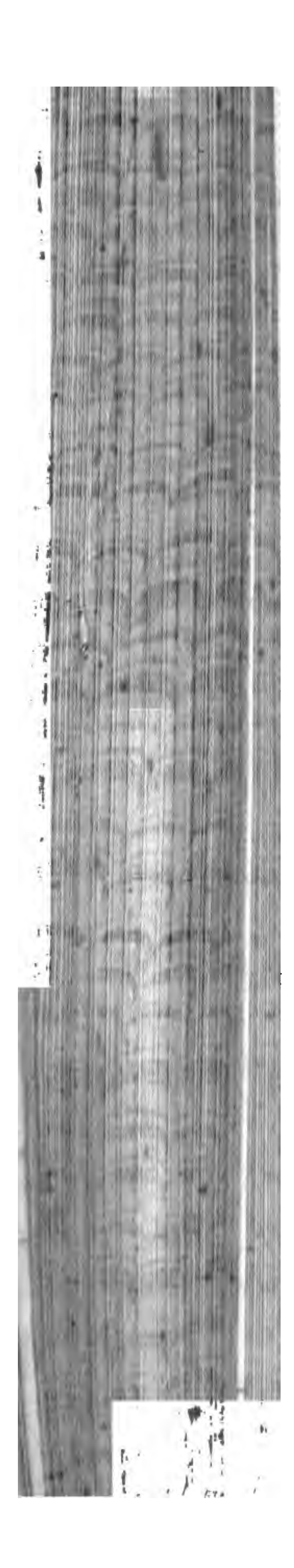
Un día se me presentó un hombre con la cuenta de Mr. *Alí-Pachá*, de doscientos francos, por vinos que yo no había pedido, é inmediatamente la protesté.

—Páguela usted, me aconsejó el Alcalde de la ciudad, porque esto es delicado.

En una estación de baños en Enghien estaba con nosotros, en la misma casa, la baronesa de Raffi, quien tenía un hermoso perro negro, al que había puesto *Moreno*, y como oír allí una palabra española era una gran casualidad, ella se divertía en sentarse en la alameda del parque, ó cerca del lago, y cuando pasaba alguno que tenía aire español, decir : ¡ Moreno ! Todos volvían la cara, se fijaban en la hermosa baronesa, y casi siempre éste era un principio de introducción.

Un día, en la comida, hubo una ligera discusión entre aquélla y una ondesa inglesa, sobre unos diamantes. La policía vino por la noche y rgó con la baronesa y con *Moreno*.

En Inglaterra no se juega con los amores como en Colombia, no se usa de la inocencia impunemente, ni siquiera se puede ofrecer, prometer, dar á entender á una mujer, sea cual fuere, que se casa con ella un



hombre. Las mujeres inglesas, en plena libertad de sus acciones de niñas, y sin otro pensamiento que el de buscar marido, son muy hál en preparar emboscadas, en las que caen con frecuencia los entusias inexpertos sur-americanos. Un desmayo repentino en los brazos del acaba de jurarles, á estilo bogotano, amor eterno para que pueda lleg padre y encontrarlos en esa posición ; invitaciones inocentes á un p los alrededores de Londres, con la claridad de la luna, para que e momento de entusiasmo el amante se declare; cartas llenas de ternur afecto, que exigen una respuesta comprometedora : hé aquí las tr puestas á los extranjeros, y esto no sólo por mujeres astutas y sino también por inglesitas buenas y puras, pero que buscan y encontrar marido.

Al menor desliz, demanda por *break of promise* (falta de lo prom para lo cual hay agencias y abogados en Londres que se ofre sólo la parte en las utilidades ; y el colombiano es citado, cogido ó arruinado en un momento. Y si es casado en su país, peor que peor, porque sin pensarlo ni quererlo aparece *bigamo*. de casado tiene que seguir el juicio de divorcio que su mujercit le entabla, es condenado en costas, á indemnización de daños y p y bien le va si no lo llevan al presidio.

En Londres me robé...¿ á quién creen ustedes ? ¿ A una h rubia inglesa ? Nada de eso : á un caballerito colombiano que h en el garlito, y á quien obligaban á que se casase mal ó á ir á u

El cómo, voy á contarlo.

Llegué con ese propósito de Francia, con todo mi equipaje, la misma casa en que vivía X, mi amigo, con ánimo de perm tres meses, comprando mercancías; hice subir á mi pieza, principal del primer piso, en presencia de todas las señoras, mis saco de noche, paraguas, sombrero en caja de cuero, bastón, cuanto un hombre acostumbrado á muchas comodidades pued Al día siguiente supe que un agente de policía estaba en la es casa á las órdenes de la madre de la señorita, para aprehender apenas intentase salir de la casa. Los novios, entre tanto, v en el interior.

Empecé por convidar á la señora de la casa á ir conmigo a noche, y aceptó. Estuvimos muy contentos, y le hablé de mis p comercio, de las dificultades que un extranjero encuentra de la necesidad de un intérprete que me llevase á las casas d

como de perilla; y las libras esterlinas que en dos meses encantaron á la abuela.

ías iba yo conociendo dónde vendían los mejores encurtidos, a y atún, artículos en que iba á emplear mi capital, según con mi intérprete á todas las tabernas á beber cerveza, y á á tomar el *lunch*, cuando no alcanzábamos á hacerlo en la oches convidaba á una ó dos señoritas á un café cantante, ó ar un paseo. Mientras tanto yo tomaba mis medidas para ncontraba que el colombiano temblaba como niño ante ver al guarda de la esquina, y que por miedo estaba dispuesto jarse morir, antes que tomar una resolución.

ñoras y señoritas habían paseado conmigo, y me pareció la madre de la novia á un teatro que había cerca de la *erloo*, que fué la que yo conocí más, y de la cual salen trenes á los distintos puertos sobre el canal.

eñora una inglesa fresca, de bellísima boca, amable y pongo yo, todavía con pretensiones de hermosa, aunque su veinte años; pero como era enormemente gruesa, se movía ultad.

os á Alicia? me preguntó.

nprender que la presencia de la niña sería un obstáculo es de mi corazón ....

ted amigo de bromas. Llevemos á Alicia, que ella se encanta

e á la niña, quien se consideró feliz, y le preguntó á la mos á X.

vaciló, meneó la cabeza en señal de negativa, y la niña, con có; por lo que la buena y condescendiente madre me ría yo que Mr. X fuese con nosotros.

iferente; pero no me gusta hacer gastos sino por las personas : yo tengo mis ideas.

ted razón, muchísima razón; pero él hará el gasto por él y

no lo consentiré yo de ninguna manera.

egló, pedí un coche, que llegó hasta la puerta; y X, á quien do decir yo, y que algo sospechaba, temblaba de pies á uitaba del balcón, mirando al aterrador guarda de la esquina. cuatro estuvimos instalados en el coche, la señora le hizo

una señal al guarda, en que claramente le indicaba que esperara hasta la vuelta.

Fuimos al teatro y nos divertímos un tanto viendo una función de pantomima que nos hizo reír mucho; pues figuraba un viejo buchón, tutor de una bonita muchacha, con quien quería casarse; pero ella tenía un amante, con quien se veía y se abrazaba en presencia del viejo; apareciendo y desapareciendo como por encanto, y haciéndole salidas, gambetas y escapadas, que hacían morir de risa á mi buena compañera.

Al salir del teatro, ¡ qué confusión, qué desorden ! Tomé el brazo de mi gorda compañera con un entusiasmo de enamorado novel, y ella, quizás, también tuvo en ese momento algún ensueño novelesco. Más adelante me atreví á tomarle una mano. ¿ Cómo conseguimos un coche ? le dije. Sigamos: más adelante tal vez. Pero Alicia y X se nos quedan. Alicia! Alicia ! Alicia! No parece.

—Volvamos á buscarlos.

—Vamos, Alicia !

—Señora.

Alicia pareció en el vestíbulo del teatro.

—¿ Mr. X ?

—Está allí llamando á un cochero: ya viene.

—¿ Por qué no siguieron ustedes en pos de nosotros? le dije á la muchacha; y ella sonrió y bajó los ojos.

—Se tarda, dije. ¿ Voy á buscarlo, ó nos vamos para la casa ?

—¡ A buscarlo! me gritó la señora, como si tuviese miedo.

—¡ A buscarlo ! ¡ A buscarlo !...

El tren para Southampton partía pronto; y medio muerto, tembloroso y como atacado de parálisis, metí al amigo á un coche, y fuí á tomar los tiquetes de viaje. Yo también temblaba, y temía, al volver al carruaje, encontrarlo ya cogido por la policía, y que precipitados por mí los acontecimientos, por mi culpa tuviera que casarse mal, ó permanecer encerrado en una prisión. No hubo nada. Partímos.

¡ Qué tren tan lento ! ¡ No camina más que treinta leguas por hora ! Cada vez que el guarda entraba á pedir el tiquete, creíamos que era la policía á prendernos; y en cada una de las estaciones nos arrinconábamos en el fondo del coche para que creyeran que estaba vacío.

¡ El telégrafo ! ¡ Ah maldita invención ! El telégrafo se nos adelantaba.

Llegámos á Southampton: mi amigo no podía dar paso; eran las doce de la noche y nosotros no conocíamos el embarcadero. Preguntarlo á un empleado de la policía era ponernos en sus manos. ¡ Solos en una ciudad

tan grande, con tantas calles, tantas plazas y tantos caminos! ¿Por dónde seguir?

Venía un marinero borracho, y le ofrecí un chelín si me conducía al embarcadero de los vapores que iban á Francia. Convino.

—Pero vamos á una taberna á tomarnos el chelín en ginebra.

—¡Imposible! No podemos perder tiempo.

—¡Ah! Vamos, hay tiempo. Hasta mañana á las tres de la tarde no se dará á la vela *El Borouse*.

—¿El qué?

—*El Borouse.*

—Yo soy marinero de ese bergantín que va á *Fort de France*.

—¡Por Dios! no es eso, no es eso. Adiós.

—No; vamos á tomarnos el chelín en ginebra, vamos; y cogiéndome del brazo, me llevó á la taberna.

Mientras tanto pensaba yo: la policía es advertida, ó el vapor parte.

Tomé un vaso enorme de ginebra, mi amigo otro y el marino cuanta quiso. Una mujercita que estaba allí y que aguardaba quizás algún socorro, y á quien preguntó el marinero si comprendía qué era lo que queríamos, dijo que conocía el embarcadero, y que nos conduciría; y nos fuimos con ella.

—Esta mujer nos va á llevar á alguna casa de ladrones, y quizás nos asesinen, le dije á mi amigo, y él lo temió también.

Nos sacó de la ciudad, y nuestras sospechas se aumentaron al ver que no íbamos siquiera por un camino público. Metiónos entre un cercado de tablas, por una puerta estrecha; y... llenos de contento vimos la ribera del mar y los buques anclados. Ella recorrió la orilla y nos condujo al punto mismo en donde estaba el vapor que buscábamos. Las mujeres son siempre buenas.

Estábamos de fortuna: el vapor partió pocos momentos después. Navegámos toda la noche. Nos amaneció en alta mar, y á las nueve de la mañana llegámos al Havre.

¿Hice bien ó mal en devolver ese jóven á su familia? Todavía tengo mis escrúpulos.



CAPITULO XIII.

División de Londres en cuarteles—La City—La Bolsa—Banco de Inglaterra—Edificio especial contra incendios y ladrones—Casa de Correos—Cuartel de la nobleza—La cacería y el *Derby*—Ocupaciones de los nobles; sus enfermedades—Cuartel industrial—Las máquinas—Almacenes de depósito de productos americanos—Cuartel bello Londres—Nuevos cuarteles—Sistema de construcciones—Las comidas inglesas y las nuéstras.

LONDRES está dividido, en su inmensa extensión, por cuatro cuarteles, completamente diferentes en aspecto, costumbres, vida y carácter; de manera que no cree uno al recorrerlos que está en la misma ciudad, ni aun en la misma parte del mundo; pero esta división no es política ni administrativa, sino nacida de las condiciones y necesidades del pueblo que los habita.

Uno de estos cuarteles es la CITY, que debió ser la primitiva ciudad á cuyo rededor se formaron pueblos, que ella fué adoptando; y en torno de éstos, otros, que también se incorporaron; y así la ciudad se ha ido extendiendo, dejando á cada barrio su carácter especial. En la *City*, que no tiene de extensión sino doscientas veintiuna hectáreas, hay de día una población de medio millón de almas. Esta multitud, que en calles estrechas y sombrías, y en medio de edificios altos, negros, fríos é iguales se agita, se estrecha y se atropella, se compone de banqueros, de ricos comerciantes, de dependientes y corredores, y en general de negociantes de documentos públicos y directores de grandes casas.

En este cuartel están la BOLSA, el BANCO NACIONAL, la DIRECCIÓN DE LA COMPAÑÍA DE LA INDIA, todos los bancos particulares, los grandes nego-

ciantes de quinas, los importadores de café y demás frutos tropic
allí están situados todos los despachos y oficinas de las casas que
negocios en las cinco partes del globo.

Allí no hay habitaciones sino oficinas y despachos; allí no se viv
que se negocia, se cambia, se escribe, se lee; allí se halla el cerebro co
del mundo, cuyas ideas están expresadas por libras esterlinas; allí un
vale una fortuna ganada ó perdida, y cada palabra, la caída de un i
ó la prosperidad de una nación; allí Rostchild lanza un emprést
cincuenta millones de libras, y en un cuarto de hora está suscrit
como en la antigua Roma lo hacían los Senadores, los ban
deciden de la suerte del Egipto, dándole ó no un empréstito al Vir
el Emperador de Austria es pesado, y á voluntad de los judíos vale
deuda, como es pesada una libra de café para que valga uno ó dos pe
más; y allí, en fin, están acumulados todo el oro, la plata, la platin
tesoros de toda clase que han producido las minas en el mundo.

Hay una cosa que me llamó mucho la atención. El alquiler
edificios es tan caro, que una habitación pudiera cubrirse de plata
que produce en un año; por eso se aprovechan hasta los últimos ri
para poner una oficina ó un despacho, y detrás de cada portón se
un judío para cambiar monedas. Por esta misma razón los edifici
viejos y tristes, pues nadie se atreve á perder las sumas inmen
arrendamiento mientras se derriban y vuelven á edificarse las casa
conservan las mismas habitaciones de la Edad Media converti
escritorios, tan oscuras, que á medio día y en verano se trabaja
artificial.

En otro tiempo había en esta parte de la ciudad un conve
Agustinos *(Austin Friars)*, que era un claustro de piedra largo, ilu
por altas claraboyas, con celdas estrechas á uno y otro lado, en
los frailes pasaban la vida encerrados, estudiando y meditando en
El edificio está lo mismo que hace cinco siglos (en él está la ofi
los señores Goschen Hermanos, que tienen vastos negocios en Col
y en cada una de esas celdas pasa la vida un millonario, estudi
comercio del mundo y meditando en el oro. ¿ La humanidad ha g
ha perdido ?

Este medio millón de hombres representa por sí solo mayor
que la que puede representar el resto de la humanidad ; hom
apenas hablan, jamás se ríen, que parecen dominados por un
extraño que los hace serios, sombríos y desgraciados, y que á las

la tarde emigran, quedando la *City* desierta y sombría y sus calles solitarias como las ruinas de Pompeya.

No habiendo podido penetrar en el interior de la BOLSA ó LONJA (*Royal Exchange*), sólo puedo decir que en el exterior no se nota el bullicio y movimiento que en la de París, por ejemplo, lo cual atribuyo á que el telégrafo que cada negociante tiene en su departamento, es el que funciona del interior al exterior. Es un edificio de piedra elevado, de extensión de cien metros, con dos fachadas, una al Oriente y otra al Occidente; la de Oriente es como la de la mayor parte de los edificios de Europa, un remedo del Partenón, cuyo frontis, sostenido por doce columnas corintias, tiene en el frontón un medio relieve que representa la Industria y el Comercio del mundo.

En la mitad de la plaza triangular que está al frente, hay una magnífica y colosal estatua de Wellington, vaciada con los cañones cogidos en la batalla de Waterloo.

Los franceses levantaron la columna Vandome y la estatua de Napoleón con los cañones cogidos por éste á los ingleses; y los prusianos han levantado la columna de la Victoria con los cañones cogidos á los franceses. Todas las grandezas de los héroes están levantadas sobre los huesos de los pueblos. ¡ Maldita sea la gloria !

El BANCO DE INGLATERRA (*Bank of England*) está situado al Norte de la bolsa y es un inmenso edificio que ocupa tres hectáreas cuadradas. Los muros y techumbre están á prueba de incendio; y hay en él grandes salas para la reunión del Consejo, para el despacho de billetes, para el saldo de las cuentas, para recibir los depósitos y para contener más de mil empleados, y enormes sótanos para depositar los caudales. El Banco de Inglaterra es el que tiene mayores capitales, no sólo del país, sino del mundo entero. No hay país civilizado en donde no sean conocidos los billetes de aquel Banco, y se asegura que en sus sótanos hay oro al cual no le da la luz hace más de un siglo.

He oído contar que algunas veces se han encontrado tendidos en las escaleras del pórtico los cadáveres de los que han muerto de hambre......

Hay en Londres un edificio construído sin una viga ni obra alguna de madera, que tiene por objeto el que las familias depositen en él sus joyas, y los ricos los valores que tengan, por una mínima cantidad, y estando seguros de ladrones y de incendios. El edificio es una elipse de piedra que tiene en los muros (como las navetas de un escritorio) pequeños nichos numerados y cerrados, con una puerta de fierro y con sus cerraduras respectivas, distintas todas unas de otras y con llaves

diferentes. El que paga cierto derecho deposita allí sus joyas, y cierra y se lleva la llave: á las cinco de la tarde, por medio de un resorte, se pasa una barra de hierro por detrás de todas las puertecitas de las gavetas, de manera que el dueño mismo no podría abrir; después se cierran las inmensas puertas del edificio,las cuales no podrían ser rotas por la multitud amotinada, ni falseadas por los ladrones; y últimamente se extrae todo el aire del recinto, de manera que si alguno lograse penetrar, moriría ahogado en el momento.

La Casa de correos *(Post office)* es tan grande como debe serlo un edificio destinado á las oficinas necesarias para recibir y despachar toda la correspondencia y periódicos que de Londres salen para los condados de Inglaterra, para las naciones del continente europeo y para todas las ciudades del mundo; para recibir, distribuir y entregar toda la que allí llega; y en fin, para colocar todos los artículos que por el correo se envían, hasta animales vivos, y para girar por toda suma que allí se deposite para ser cubierta en cualquiera plaza del reino en donde se solicite.

Y todo se hace con tal holgura, y está tan bien distribuído y con tal orden, que apenas se ve la concurrencia; todo el mundo es despachado en el acto que llega, jamás sufren retardo los correos que á cada momento parten, y no se pierde una carta ni una tarjeta de visita.

Cuando Colombia no estaba incorporada en la Unión postal de las otras naciones, y por lo mismo el porte de correo no era igual, era de dar risa llegar con una carta para *Bogotá*, y mirar la cara de sorpresa del empleado; pero éste tomaba un libro que á la mano tenía, y en el instante decía el precio del franqueo.

En Inglaterra hay una institución que sería de la mayor utilidad en Colombia si se estableciera en las administraciones principales de correos, es á saber: que depositando una cantidad en el correo, le dan un libramiento que es cubierto en la administración de correos que elija. Esto facilita el comercio, anula el correo de encomiendas, ahorra la pérdida de valores y suprime las distancias.

Por supuesto que el *Post office* no es más que la oficina central que recibe y expide la correspondencia recogida en las mil oficinas repartidas en todas las calles de Londres, oficinas que son todas servidas por mujeres.

Le han erigido en Londres una estatua al autor del proyecto que rebajó el precio de la tarifa postal, porque con esto mejoró la condición del pueblo, facilitó el comercio y triplicó la renta de la nación. *Los dioses se van.* Es curioso el detalle de que las cartas amorosas, los emblemas de Cupido y de Venus y los versos que se cruzan el día de San Valentín en Inglaterra por el correo, le dejan á la nación cien mil pesos.



PALACIO DE BUCKINGHAM POR EL LADO DEL JARDIN.

la carta llega á su dirección; y recuerdo que estando en Bogotá una nota del administrador de correos de Jamaica, en que me decía que ba detenida, por insuficiente porteo, una carta para mí; que mandara in que debía y otro por la comunicación en que se avisaba, y la carta su curso. Al mes recibí otra en el mismo sentido, pero ya debía tres chelines.

Ésta es, le dije á mi mujer, alguna herencia que me anuncian. Envié ines y recibí mi carta. Era de un boticario de Londres que me ofrecía edios.

CUARTEL GENERAL DE LA NOBLEZA está situado detrás de *Hyde Park* iende hasta Grosvernor Square; es allí donde residen los grandes rios del Estado, donde están los suntuosos y tradicionales palacios dad Media, cada uno de los cuales es hoy un museo de pinturas y las, como en otro tiempo lo fueron los palacios Patti &c. de los italianos; que se muestran á veces al público y están desocu- odo el año, excepto en el invierno, porque los nobles viven con ilias en sus haciendas. Allí están también los palacios de los Emba- y las casas de habitación de algunos millonarios.

s calles, largas y silenciosas, sombreadas de árboles y perfectamente osadas, le dan á esta parte de la ciudad un aspecto regio, como el oma antigua, que impone; y es curioso ver que hay calles cerradas público por verjas, y pertenecientes sólo á los individuos de cierto otras, por las cuales sólo puede pasar un lord, y otras que terminan nes que aparecen como por encanto.

las orillas del Támesis hay algunos palacios, como el de *Somerset*, en á la memoria los de Loredano y demás nobles de Venecia: tal es gnificencia y esplendor, con escalinatas sobre el río, como las aquéllos sobre los canales. Hay otros, repartidos por la ciudad, como *orthumberland*, que son verdaderas fortalezas, con torres y almenas; ece al viajero que á la puerta del castillo va á presentarse cabalgando lord, llevando á su lado la hermosa castellana seguida de escuderos, n la Edad Media.

asegura que en esos palacios de lores hay tanta riqueza y tantas las, que son verdaderos museos en que las familias han ido reunien- eneración en generación cuanto puede dar brillo y esplendor á un Se cita uno cuyo poseedor, conforme á la cláusula del testamento dador, está obligado á emplear cada año cierta suma de libras as en la vajilla de plata, y tiene reunido con tal objeto lo más

elegante que el arte ha producido, y entre otras, muchas obras de Benvenuto Cellini.

Miss Coots, lord Ellesmere y el Marqués de Westminster tienen salones de pinturas, rivales de los del Louvre. El Duque de Malborough posee una biblioteca como la antigua de Alejandría; y en la grande exposición, las porcelanas raras enviadas por un lord, llenaban el espacio de veinte metros.

Los lores son infatigables viajeros: á ellos se deben las más importantes exploraciones que se han hecho en las ruinas de Grecia y Asiria; les gusta mucho el Oriente, y todos ellos van allá, dejando sus palacios desocupados, y cuando vuelven, como les parece frío el clima de Inglaterra, y melancólica su residencia, se van para no volver, dejando encerradas tantas maravillas.

Un lord decía á un caballero francés desterrado: «Tengo un castillo en el país de Gales, que no he podido conocer, pero que dicen es bellísimo, y el cual, por mi rango, estoy obligado á mantener con todo el tren necesario y una numerosa servidumbre. Todos los días se pone el coche para recibirme y se sirve la comida como si estuviese allí. Hágame usted el favor de ir á vivir en él, pues así habrá más regularidad en el servicio, teniendo los criados á quién respetar.»

La nobleza de Inglaterra es la más rica del mundo; pero no es esto sólo: cada uno de los nobles es más rico que cualquier banquero de Londres; su riqueza consiste en las tierras de la isla, que están vinculadas, y de las cuales las dos terceras partes le corresponden; y como el valor y la renta de estas tierras va aumentando en proporción al desarrollo de la población, de la industria y de la riqueza, los nobles perciben rentas fabulosas que ordinariamente no alcanzan á gastar.

Algunas familias nobles han dado en arrendamiento sus tierras por noventa y nueve años, á condición de que todos los edificios levantados en ellas les pertenezcan al vencerse aquel término, con lo cual esas familias se han hecho dueñas de ciudades populosas y de una parte de Londres. Un lord es dueño de un canal indispensable para la navegación; cada buque que pasa le paga un derecho, y su renta excede de cien mil pesos por año.

Darán una idea de las rentas y gastos de los lores, los siguientes datos:

Habiéndose arruinado Mr. Cobden, sus amigos le regalaron siete mil libras esterlinas una vez, y después cuarenta mil.

La señora Bourder Couts dió al Obispo de Londres un día un cheque por cuarenta mil libras para una iglesia. Otra señora fundó un obispado en

la China. Lady Stanhope, quien figura en mi novela *Las dos hermanas*, reedificó un palacio junto á las ruinas de Palmira, en el desierto.

Un Duque gastó en unas elecciones cuarenta mil libras esterlinas para que no triunfase Mr. Cobden; y hay lord que actualmente da para limosnas y obras de beneficencia veinte mil libras anuales.

Las exigencias sociales obligan á cada uno de los nobles á mantener en mayordomos, ayudas de cámara, cocheros, lacayos, cocineros, reposteros y criados, una población entera de ociosos, que con sus mujeres é hijos podrían formar una aldea, y que, como plantas parásitas, viven al lado del noble y de las rentas del mismo. Esto se entiende del noble mayor en la familia, pues los segundones ó son militares y están en la India, ó son clérigos, y tienen las mejores prebendas del Estado.

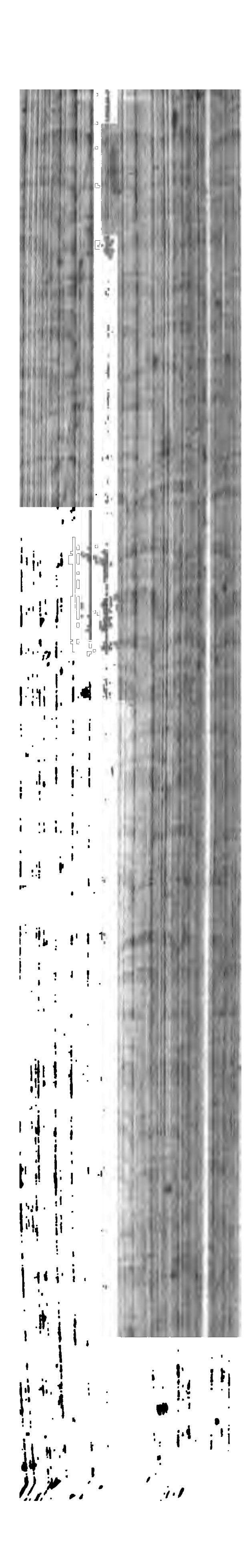
A cierto lord que vino una vez á Bogotá con su ayo, el señor Logan le dió un espléndido banquete. Todos los convidados saludábamos con muestras del mayor respeto á un caballero alto y muy bien vestido que nos presentaba el señor Logan en inglés, idioma que no sabíamos, y poco caso hacíamos de un inglesito flaco y entumido que nos presentaba también; y sólo cuando fuimos á la mesa supimos que el primero era el ayo y el segundo el lord.

En otro tiempo la embriaguez era un vicio general de la nobleza: el más distinguido era el que más bebía. Un noble que fué condenado á muerte, pidió ser ahogado en un tonel de Malvasía: en la mesa las señoras tenían que retirarse á los postres, pues en los banquetes se bebía hasta quedar debajo de la *caoba* (de la mesa). Hoy los nobles son sobrios, y se avergonzarían de presentarse ébrios en el Parlamento.

De los nobles, algunos gastan su renta útilmente, suscribiéndose á la fundación de hospitales y obras de beneficencia; ayudando á empresas marítimas y expediciones difíciles, ó mejorando las tierras, las semillas y las razas de animales, en lo cual hay orgullo benéfico; y otros la despilfarran locamente.

Dos son las grandes pasiones y las supremas DIVERSIONES DE LOS NOBLES: la cacería y las corridas de caballos.

Para la cacería, cada noble deja en su hacienda un terreno inculto donde podrían vivir y trabajar más de cincuenta familias, donde crece la maleza, se crían venados y se refugian los zorros. ¡Ay del que penetre en este terreno! ¡Infeliz del que matara un conejo de los nobles! Cada año, al principiarse la estación, por turno se van sucediendo las cacerías en los diversos condados; fiestas que duran más de ocho días, á las cuales concurren las damas, y en las que hay conciertos, bailes y banquetes al aire libre, lujo,



elegancia, y tal locura en la corrida de los venados y zorros, qu
frecuencia vuelven los cazadores al castillo con la cabeza ó las piernas

La otra diversión de los nobles ingleses es el *Derby* ó la corri
CABALLOS, diversión que es eminentemente popular en toda Ingla
Para esto hay un lugar á propósito, que es un gran circo abierto,
cual se levantan postes de trecho en trecho, que marcan la línea circu
la carrera; y á uno y otro lado tribunas para las damas de la aristoc
formándose en el suelo una verdadera pared de seres humanos que as
al espectáculo.

Los nobles llegan allí con sus familias en coches elegantes de
tamaños y de diversas formas; pero son tantos los carruajes que llegan
en el centro del circo se van acomodando, que se forma una nueva ci
La mejor colocación del coche es á la orilla de la calle donde se ve
la carrera, para que las señoras puedan presenciarla sin desmontarse;
como esto no es posible, se forman órdenes de diez y doce coches.

Los más ricos trajes, los sombreros más elegantes, las más va
joyas usan las señoras para asistir á las carreras : los hombres van ve
como si todos perteneciesen á un gremio, — con flux gris, sombr
fieltro y guantes de piel. El día entero se pasa en las carreras. E
coches toman champaña; y hay cantinas con licores helados, carnes
refrescos. Infinidad de ómnibus que van y vienen conducen al públ

El precio de entrada á las carreras es un chelín, para no ver
Un sitio regular para colocar el coche vale una libra esterlin
privilegiados cuestan hasta cinco ; y un asiento en las tribunas has
libras. Por penetrar hasta donde están los caballos hay que pag
libra ; pero sólo pueden verse á cierta distancia, pues se teme
jugadores que puedan hacerles mal á los caballos. Estos son d
especial, formada á fuerza de esmero y de constancia, modificac
la árabe, de la cual tienen origen : son altos, altísimos, delgados, h
mal formados, feos; son, en fin, una máquina animal, que no tie
instinto que correr para adelante rápidamente. No corren como
caballos, extendiendo el cuerpo, con gallarda actitud y rápido galop
que saltan una y mil veces, juntando las patas y las manos hasta q
al término de la carrera. Los precios de los caballos son fabulo
algunos que se venden por diez mil libras, y otros que no habría
qué pagarlos.

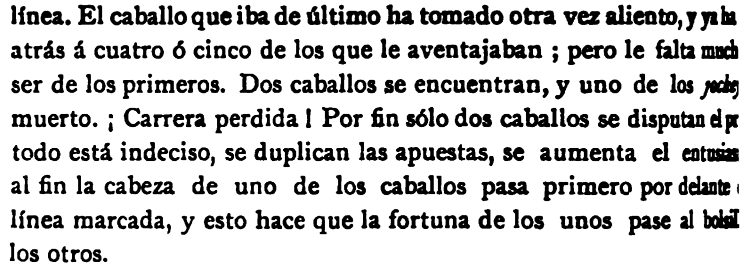
Los caballos no son montados por sus dueños, sino por unos
á quienes llaman *jockeys*, educados para eso; mejor dicho, forma
los caballos, con alimentos especiales, para que no pesen; y son larg

ıdos y horribles con el vestido que les ponen, que es un calzón muy sto y botas, chaqueta ajustada al cuerpo, con mangas flotantes, y gorro cho, de larga visera. Estos vestidos son del color que sus amos escogen, almente muy vivos, para poderlos distinguir á lo lejos; y con él se en al insecto que llamamos *matapiojos*. Estos *jockeys*, en cuya dad se confían miles de libras esterlinas, son muy bien pagados s amos; pero se dice que algunas veces, comprados por los contrarios, n sido infieles y los han arruinado.

Los caballos que han de correr se inscriben con anticipación, se can los nombres, que son siempre *Gladiador*, *Invencible*, *Rabia*, *Alí ima;* el de los dueños y el de los *jockeys* que van á correrlos; y hay as donde se lleva el registro de las apuestas escritas, las cuales se hacen umas fabulosas, además de las que se cruzan en los momentos de la ra, en medio de la pasión y el entusiasmo, y excitados por el amor o y el orgullo, que son todavía mayores. La verdad es que las carreras n una diversión sino un juego, como el dado, en el cual se ganan ó en fortunas.

En el momento en que va á empezar la carrera, todas las miradas se en hacia el punto oriental del circo, en donde van apareciendo los *s*, tratando de sujetar esos indomables caballos; y nada es más desairado er aquellos escarabajos, montados en enormes esqueletos vivos, con ernas encogidas, con los estribos cortos, una cuarta levantados del ago, y prendidos de las riendas, que no pueden manejar. Elegantes eros de Bogotá que, sentados en la silla y firmes en los estribos, jáis con destreza las riendas del dócil y flexible caballito americano, evuelve, gira y retrocede, salta y se lanza como una flecha; vosotros a poesía, y los *jockeys* la caricatura de la equitación.

Cuando á fuerza de mil trabajos los caballos han sido arreglados, la se da, y los caballos dan el primer enorme brinco, y siguen brincando, los: los unos se adelantan, los otros se atrasan; éstos se tropiezan, llos caen, y todos los espectadores siguen á los *jockeys*, fijándose más quel por quien se interesa ó por quien tiene simpatía; las apuestas son itas: no hay inglés que no exponga siquiera un chelín; y en medio de ayor ansiedad del público, los *jockeys* siguen recorriendo el inmenso lo, los minutos se cuentan en todos los relojes, los postes que han rido en la carrera se señalan, los caballos se pierden á lo lejos, los jinetes as se divisan, las esperanzas crecen en los unos, los temores se entan en los otros. De repente todo se desvanece: los rostros alegres ecen, los otros se animan. Esto porque el de adelante ha perdido una


línea. El caballo que iba de último ha tomado otra vez aliento, y ya ha atrás á cuatro ó cinco de los que le aventajaban ; pero le falta mucho ser de los primeros. Dos caballos se encuentran, y uno de los jockey muerto. ¡ Carrera perdida ! Por fin sólo dos caballos se disputan el pr todo está indeciso, se duplican las apuestas, se aumenta el entusias al fin la cabeza de uno de los caballos pasa primero por delante línea marcada, y esto hace que la fortuna de los unos pase al bolsil los otros.

Ese instinto cruel que hay en el corazón humano, esa gota in que se goza en el dolor, ó que por lo menos hace una diversión del pe instinto que fomentó en Roma la lucha con las fieras y el combat los gladiadores; que mantiene en los ingleses el amor á las peleas los *boxeadores* y despierta el entusiasmo de los españoles por los anima también á veces y hace cruel la diversión de las carreras, en la se ponen estacadas por sobre las cuales han de pasar los caballos, y anchos que tienen que salvar de un brinco extraordinario; y en estos difíciles y peligrosos, algunos caballos caen, los *jockeys* ruedan y se ro las piernas y las cabezas ; pero otros salvan todos los peligros, q victoriosos y son muy bien pagados.

El trabajo es el único placer que no cansa: él fortifica el cuerpo, el espíritu y da encantos á la vida. Por eso los nobles de Inglaterr tienen sus palacios en Londres y sus magníficas residencias en el c se imponen siempre un trabajo, cualquiera que sea. Unos dirig asuntos públicos, otros intentan viajes á todas las regiones del m éstos cultivan las ciencias, las artes ó las flores, y aquéllos se hacen cionistas ó miembros de sociedades filantrópicas, á las cuales consagr su tiempo. Y á los que nada de esto hacen, á los que gastan sus re la disipación, la naturaleza los castiga con dos enfermedades terribl

A los que andan siempre en coche, á los que sólo toman condimentadas y vinos generosos, les da la *gota*, que es un dolor vel que principia en el dedo gordo del pié, en donde aparece una manc una gota roja, que á medida que sube, aumenta la intensidad del d posibilitando todos los movimientos, hasta que, postrado el pacie mucho tiempo en la cama, llega la dolencia al corazón y lo mata.

La segunda enfermedad es el *spleen*, mal moral que m esperanza en la vida ; mezcla sombría de una tristeza profunda y angustia infinita; dolor del alma como el de la pérdida de los seres angustia eterna como la del pecador impenitente ; suprema

o infinito, desesperación cruel, que lleva con frecuencia á los ingleses i cidio.

Volvamos á Londres y al CUARTEL INDUSTRIAL por excelencia, que es la que está situada al Norte de la ciudad, sobre las riberas del Támesis. s el Londres admirable, orgullo de la humanidad, representante de o alcanza el genio y realiza la industria del hombre con sus propios zos; en donde en vez de monumentos se encuentran chimeneas que nden sus penachos de humo con las nubes del cielo; en donde los os son gasómetros circulares, sostenidos por columnas de piedra más que las del partenón, y los altares donde arde el fuego sagrado, esos s *à vapeur*, eternamente ardiendo, y produciendo artículos para enviar ndo entero.

Qué confusión! ¡Que ruido! Esas máquinas de vapor que se mue- odas á un mismo tiempo; esas calderas que se derraman con estrépito; pitos que resuenan en los aires; esos martillos que caen y hacen blar la tierra; esos molinos que eternamente giran; esas sierras que zan piedras y maderas; esas calderas inmensas como lagos, hirviendo l fuego de los infiernos; esas maromas levantando las rocas enormes encieron á Sísifo; esos monstruos de cobre que devoran fuentes de y vomitan torrentes de alcohol; esas serpientes ígneas que salen de la de un antro, y giran, y giran, y cuando caen muertas se convierten en lado acero; todo ese poder atribuído á los dioses en otro tiempo, todo orror de los infiernos, obedece al hombre y le tributa adoración. Esta grande apoteósis del genio y un verdadero Olimpo.

Y á la vista de todo aquello, exaltado el ánimo por esa poesía grave y rosa del trabajo, hasta hoy poco explotada, recordé las siguientes fas del inspirado Blasco, que parecen forjadas al golpe de los martillos ue habla el poeta y templados al calor de las fraguas que describe:

Del monte en las honduras cual ojos avizores
Distingo entre la niebla con tétrico fulgor
Las luces que en rojizos siniestros resplandores
Anuncian de las fraguas el infernal hervor.

Esclavas de su lumbre mis locas fantasías,
Seguir la luz me mandan y avanzo sin cesar;
Ya claras se columbran las hondas ferrerías
Y el són de los martillos se siente resonar.

¡ Avanza, ensueño mío ; desciende hasta los fondos
De la caverna inmensa do en sorda percusión
Las anchas catacumbas y los cimientos hondos
Retiemblan pavorosos al rechinante són !

Las encendidas fraguas derraman su tesoro,
Centellas lanza el horno con lumbre sin igual,
Y en chispas deslumbrantes de estrépito sonoro
Se rompe en mil chasquidos el tosco mineral.

Y al pensar que cada uno de esos humildes obreros, labrando l instrumentos que hacen pacífica la guerra de la vida, engrandecen l pueblos mucho más que aquellos que esgrimieron las armas de la muert me dirigí á uno de los trabajadores (que no me comprendía por el dob motivo de que le hablaba en español y en verso), y exclamé con el poet

¡ No más alardes vanos de bélicos trofeos !
¡ La nueva edad de hierro con santo ardor labrad !
¡ Forjad las férreas liras con que hoy nuevos Tirteos
Difundan las victorias de nuestra hermosa edad !

Labrad el férreo puente y el arsenal gigante,
Y el poderoso alambre que el orbe ha de extender,
Y la potente draga, y el alto cabrestante,
Y el casco de la nave que el mundo ha de correr.

Forjad la ancha caldera do el agua se evapora
Para estrechar los mundos en alas del vapor
La espléndida y gallarda gentil locomotora
Que hienda las montañas con silbo atronador.

Fundid los caracteres que con su ronco acento
Volando al terso pliego la prensa haga pasar,
La prensa resonante, que extiende el pensamiento,
Palanca con que al mundo la mente hizo girar.

Labrad épicas trompas que atruenen los espacios
Llamando á las naciones en gloria á contender,
Y las techumbres altas de espléndidos palacios
Donde la industria humana sus glorias haga ver.

Forjad la mansa esteva de brillo refulgente,
Y las brillantes hoces, y el rústico azadón,
Y el rutilante arado que con su corvo diente
Abra los anchos surcos que pingüe renta son.

Y cuando el hombre airado sus armas os demande
Y en són de guerra el mundo volviere á retemblar,
Cerrad las anchas puertas, y con misión más grande
Decid que vuestro templo no venga á profanar...

Pan, alimentos, abrigo, todo se produce sustituyendo á las fuerzas humanas las fuerzas de la naturaleza, al sudor del hombre el aceite de la máquina, á la inteligencia de la criatura el poder de la electricidad, y en tanta abundancia que satisfaga las necesidades del que vive en el polo ártico y del habitante del Ecuador, y tan barato que alcance para todas las clases y todas las condiciones; este es el gran problema que se resuelve á todas horas en Londres, y á lo cual debe la ciudad imperial su influencia y su grandeza.

La imaginación se pierde y el hombre de América se abisma al penetrar en cualquiera de esas fábricas, sin poder comprender, por ejemplo, cómo se logra que la barra tosca que el obrero tiene en sus manos, y que se arroja á las profundidades de un horno, vuelva en forma de lluvia de agujas brillantes, todas perfectamente iguales, pulidas, adelgazadas y con un ojo dorado, con tal pulcritud que no lo haría el mejor joyero; y esta lluvia no cesa, pudiendo así suministrar agujas suficientes para las necesidades de todas las mujeres del universo.

Las maravillas de la ciencia, las más curiosas invenciones, los mejores métodos, las máquinas más veloces, todo se ha reunido allí para producir en abundancia, sin peso ni medida; y si, como no hay duda, el mayor bienestar de la humanidad debe ser la aspiración del filósofo, yo tributo á Londres un homenaje de admiración en nombre de los americanos que recibimos de ese centro los elementos más necesarios para seguir en la vida civilizada que empezamos.

El poder de las máquinas apenas empieza; el vapor tiene sólo medio siglo de existencia; la electricidad apenas se ensaya, y con todo, las máquinas en este último siglo han producido cien veces más que en los siglos anteriores, y esos productos han sido llevados á las regiones más lejanas en la décima parte del tiempo, y han empezado á cambiar la faz del mundo y la suerte de la humanidad. El problema apenas está comenzando á resol-

verse, y hoy se sienten los estragos de la transición. Los trabajadores en las máquinas sufren aún mucho; y al lado de las máquinas, que todo lo producen, están los hombres que van quedando sin trabajo y muriéndose de hambre.

Éste no es más que un período de transición. Hay que atender á la suerte de los que sufren, aliviar á las clases menesterosas, ayudar á los que las máquinas han derribado; pero no se puede ni se debe contener el progreso social, ni el impulso ya dado; y una visión clara se representa fácilmente á los trabajadores de Londres, alimentados con las carnes, el café y el azúcar de América, y á los americanos vestidos y llenos de las comodidades que producen las fábricas de Londres. Saludemos con veneración á la industria inglesa, generadora del bienestar de la humanidad en todo el mundo. El error económico ha llegado hasta decir que el día en que la Reina Victoria, tirando de un cordón, pusiera en movimiento todas las máquinas productoras, no necesitándose del trabajo del hombre, su pueblo moriría de hambre. Basta reflexionar que el día en que felizmente esto pudiera suceder, ya ese pueblo estaría relevado de la maldición del trabajo, sería como si un jornalero encontrase otro que le desempeñase su tarea; y como á la Reina nada le costarían los productos, por nada se los dejaría al pueblo, como le deja hoy el agua que bebe y el aire que respira, porque son dones gratuitos de la naturaleza.

Pero sin llegar á ese término absoluto, es fácil ver que la suerte de la humanidad va mejorando á proporción que las máquinas van aumentando los productos, haciéndolos más baratos ó llevándolos á otros lugares con más facilidad; que el indio de Bogotá que antes no hubiera podido adquirir con gran trabajo un pañuelo para su esposa, hoy puede comprar uno de *rabo de gallo;* que con lo que antes se compraba una capa de paño de San Fernando para el noble bogotano, hoy se compran vestidos para toda la familia; que la mujercita del pueblo, envuelta antes en *frisa* azul hedionda, hoy luce un traje elegante de muselina inglesa; y que con iguales medios de subsistencia las familias bogotanas tienen más comodidades y una vida mejor que antes, debido á las fábricas inglesas.

La verdad es que el progreso tiene que ser armónico, de manera que al progreso fabril de Inglaterra corresponda, por ejemplo, el adelanto agrícola de Colombia, y que el tráfico incesante y el cambio recíproco dé á todos trabajo, y abundante consumo para todos los artículos.

Se está verificando en Inglaterra un fenómeno económico que parece inexplicable y que es funesto para el progreso de la América y para el desarrollo industrial de las manufacturas, y es el siguiente: los almacenes

pósito de los frutos americanos, como la quina, el tabaco y el café nviamos de Colombia, están repletos; todos los días bajan de precio no es negocio producirlos en ésta ni llevarlos á Inglaterra. Y como los enes de mercancías manufacturadas, como zarazas, lienzos y muselinas onsumimos en Colombia, están llenos también, estos artículos tienden r de día en día, y como ya no es negocio producirlos, las fábricas se n y la industria inglesa se arruina.

no se crea que hay superabundancia de productos; los pobres es mueren de fiebre por falta de quinina, no prueban el café, del cual ían con mucho gusto una taza todos los días; y en Colombia la ción es haraposa y mugrienta por falta de vestidos.

a causa de este fenómeno está en que los capitales destinados á ar los frutos tropicales, y con los cuales se ganaba una módica utilidad, que mantenían vivo el comercio y alerta la especulación, desde la a franco-prusiana, que consumió muchos millones y desde la indem-ión de los cinco millares de millones, se han destinado ahora á rar deudas de los diversos gobiernos, se invierten en fondos públicos dan más incierta pero mejor ganancia, y afluyen á satisfacer las idades de los gobiernos, necesidades crecientes por el mantenimiento mensos ejércitos, de manera que en el mundo sucede en grande lo n pequeño se ve en Colombia por todos, que no hay moneda para ransacciones, y que el desequilibrio daña todas las especulaciones.

En la parte del Oeste de la ciudad está el cuartel que pudiera llamarse LO LONDRES, y que se extiende hasta *Chelcea*, *Kensington* y *Nothinhill:* sas elegantes, calles limpias, anchas plazas, iglesias modernas, parques dines; siendo la cómoda residencia de la pequeña nobleza de segundo n, de los ricos comerciantes, de los banqueros y acaudalados ingleses que en de la India. Allí están los sitios más próximos á la *City*, á las calles rciales y á *Hyde Park;* y el inmenso espacio hasta donde se acaba la ad, poblado por las familias pudientes de todas las clases, oficios y iciones, en casas bonitas, aseadas, pequeñas, independientes y baratas, s las cuales tienen las comodidades compatibles con la fortuna y ión de los dueños.

La construcción de casas en Londres se hace por grandes compañías compran un espacio de terreno y acometen esa especulación, de rdo con un arquitecto, quien forma el plano y dirige la obra; de aquí ta que se deja la calle espaciosa, y todas las casas con tal regularidad, hay cuarteles enteros hacia los cuales se extiende la vista á uno y otro hasta donde ella alcanza, y se ven las casas perfectamente iguales,

con idéntica escalinata al frente, el balcón que la cubre sostenido por unas mismas cariátides, el pequeño jardín abajo á uno y otro lado de la escalera, los tres pisos con ventanas de una misma forma, y los tejados en línea recta.

Y esto desde la casa 1.ª, cuyo número se encuentra escrito en bronce dorado, al frente, hasta la 673, según observación hecha por nosotros mismos. A este propósito decía el señor Pérez que el cuento del borracho, de nuestro país, que viendo dar vueltas á las casas se puso á esperar á que la suya pasara para entrar, no podía realizarse en Londres, porque toda la noche estaría viendo pasar una misma casa.

Esta igualdad de construcción en los edificios hermosea mucho la ciudad y produce un fenómeno social digno de observarse. Como todas las casas de un cuartel tienen un mismo grado de respetabilidad (la cosa más importante para las familias inglesas); como todas valen lo mismo de arrendamiento, y como todas tienen unas mismas ventajas, vienen á habitarlas las familias de igual ó parecida renta, de igual categoría, de idéntica condición, y muchas veces de igual industria, oficio y profesión. Así es que hay cuarteles de residencia de agiotistas, cuarteles de comerciantes retirados, cuarteles de *indianos*, cuarteles de rentistas, cuarteles de dependientes y cuarteles de viudas y huérfanos de militares y de empleados que tienen pensión por el Gobierno. Como los inquilinos de estas casas tienen intereses y aspiraciones iguales, como la diferencia de comodidades y de lujo no los ofende, y como tienen un jardín común á todos y exclusivamente de ellos, sus familias se relacionan, se juntan, se estrechan, y generalmente se enlazan y tienen un mismo porvenir.

La edificación en Londres es muy barata, pues todas las casas son de ladrillo, y las máquinas botan adobe con una rapidez vertiginosa y los colocan ellas mismas en inmensos montones, altos como una montaña, los cuales se queman al aire libre, dando cada una de ellas con qué edificar una nueva población. Las paredes son ligeras, no como los muros que en Bogotá se construyen; son del ancho de un ladrillo á lo largo ó de dos al través, y los obreros tan hábiles, que cada uno pone en un día mil ladrillos sobre cal, artísticamente colocados. Como las puertas y ventanas son todas iguales, se construyen con máquina; los vidrios, todos iguales también, los dan como *regalados* las fábricas, y en seis meses se levanta y se puebla un nuevo cuartel.

Este cuartel no tiene nada de magnífico, pero es hermoso, higiénico y armónico. Aquí no hay grandes hoteles ni construcciones elegantes como en París, divididos en departamentos, en cada uno de los cuales vive

una familia, llegando á habitar en una sola casa, como la en que me tocó vivir, en la *Rue du Vieux Colombier*, cerca de San Sulpicio, como seiscientas personas, sino que cada familia vive en su casa independiente y allí reúne cuanto puede necesitar según la esfera de sus facultades.

La construcción más común de las casas en esta parte de la ciudad, es la siguiente :

Un solo cuerpo de tres pisos sobre la tierra, y uno más bajo, distribuidos así : en el primer piso (á cuatro varas sobre la calle), al cual se entra por una escalera que está en el exterior con pasadizo después de la puerta, y sin zaguán, hay una pieza á la izquierda, el *parlor* ó sala, y otras dos á la derecha; en el piso inferior (cuatro varas bajo de la calle) están el comedor, la cocina y la bodega ; en el segundo piso, piezas de habitación de las señoras, y alcobas, y en el tercer piso, cuarto de los jóvenes de la familia y de los criados. No hay patios, ni corredores, ni jardines, ni huertas como en Bogotá, en donde se ha seguido edificando al estilo sevillano del siglo XV; y las casas que ocupan menos terreno, cuestan menos dinero y tienen menos requisitos, son más bonitas y más cómodas.

Las casas están siempre cerradas, y el que llega toca un resorte que hace resonar en el interior una campanilla ; si es para menesteres de la casa, se toca en la puerta del piso bajo, que comunica con la cocina: allí llega todo lo necesario para la casa, — carbón, leña, carne, leche, legumbres y frutas,— de manera que no se sale á hacer mercado. Los que van de visita, á negocios ó á tratar con los amos (en Inglaterra no hay amos, y empleo esta palabra, porque es la que se usa en Bogotá al hablar de los señores ó dueños de casa), tocan la campanilla, é inmediatamente sale á abrir un criado ó una muchacha, según la riqueza y boato de los habitantes. Se dirige uno por el pasadizo lleno de estatuas de mármol, ó meramente adornado con una mesa y el ropero para poner en invierno el sobretodo, el sombrero y el bastón ó paraguas ; y de ahí es conducido al *parlor* ó sala, á veces ricamente adornada, ó bien con sólo una mesa redonda llena de libros, dos consolas en los extremos y unas bonitas cortinas.

Entro en estos detalles minuciosos, porque mis viajes están escritos para los que no han de poder viajar y para los pobres que no hayan leído obras mejores, y que quieran conocer realmente estos países, sus trabajos y costumbres, tan distintas de las nuestras. A éstos les diré, por si les fuere útil, que el ostentoso lujo de Bogotá en algunos salones, tan sin armonía con el resto de las comodidades de la casa, con la barbaridad y desaseo de los criados, y con el aislamiento y la soledad en que viven las familias es una insensatez ; que debemos empezar por lo verdaderamente útil y conve-

niente á la familia, por componer la cocina, la alcoba, el cuarto señoritas, poniéndoles todo lo que las inglesas usan, y después, sobra, emplearlo en el lujo del solitario salón.

El lechero que toca en la puerta inferior, llega en un coche ti dos caballos, lo recibe una inglesa vestida de color gris, con las recogidas, el traje cubierto con un gran delantal blanco, y pue pequeña cofia de encajes encrespados (signo de los criados) en cabeza. Recibe el pote de leche, se cruzan entre los dos algunas pal el cochero sigue á la carrera y la inglesa á su cocina.

Es ésta una pieza pequeña en cuyo centro está resplandeci fogón de fierro, colocadas sobre él las marmitas que hierven y un ó parrilla en donde se prepara el beafsteak. Las paredes son de ma como en un museo se colocan artísticamente las panoplias, así est colocados las sartenes, peroles, moldes, cucharones y demás útiles de cobre amarillo que deslumbra por su brillo, y á la mano para lo ofrece. El piso es de mármol ó de granito ; y la cocinera, al torc llave, obtiene un chorro de agua con el cual lo lava todos los días, gando el piso hasta que brille.

No hay en Londres esa abundancia de comidas ni esa profu platos que se usan en Bogotá, y hasta en las familias más ricas bas sola cocinera para una extensa familia; y como los potajes son po criadas se esmeran en la preparación.

Las comidas inglesas son sencillas y quizá parcas para los que de Colombia. Por la mañana, café, carne y huevos, después u sencillo para los que comen tarde, la comida compuesta de sopa, y papas, y por la noche, té sencillo ó tan suntuoso como lo quiera la

Hablando de la sobriedad de las comidas inglesas, debe hacer paración con las de Colombia, para lo cual referiré un cuento de Vargas, personaje inmortal en mi país por sus chistes y por la orig de sus aventuras.

Contaba que en una de sus campañas, pues era Coronel, había l Málaga, en García Rovira, y sido alojado en casa de un caballero obsequioso, quien le había dejado un recuerdo inolvidable de s talidad.

Al día siguiente de la llegada, el ordenanza le llevó el tr « chocolate entre la cama,» el que saboreó á su gusto, y siguió du hasta las siete, hora á la cual se levantó y fué conducido al comedo huésped á tomar el desayuno, compuesto de costillas de marran nadas, arepitas, pasteles y tamales.

se fué al cuartel, y á poco rato el huésped le hacía señas misteriosas, mado el *Mocho*, salió.

—¡ Que se nos enfría el almuerzo! mi Coronel.

Y tomándolo del brazo, lo condujo á la casa.

Qué almuerzo ! Sopa de dos clases, luégo guiso de pollo, en pos o beafsteak y papas ensortijadas, una enorme tortilla, frito abun, y, por último, café con leche y tostadas de mantequilla.

Daban las doce del día en la iglesia del lugar, cuando llegó al el la criada del huésped con *las once* para el Coronel, consistentes en un de cristal con labores dorados, lleno de mistela de café, y una copita ndeja pequeña ; en otro, cubierto con una blanca servilleta, muchos chos, roscones, bizcochuelos, barquillos, rosquetes, arepitas y toda de colaciones y dulces secos, y una garrafa de agua pura y transparente.

A las dos de la tarde se sirvió la comida con cuantas viandas, guisados, dos, tortas, asados, postres y dulces ha inventado el arte culinario y legado á esas regiones; y de todo lo obligaban á comer y á repetir el uioso huésped, su amable esposa y tres graciosas niñas á quienes no despreciar.

A las cuatro y media de la tarde, hora en que en la torre se da un e lento por unos veinte minutos, el *chocolate de los canónigos* hervía en gón, y con la última campanada el *Mocho* daba el último sorbo de la mosa jícara.

El *refresco* fué á las seis de la tarde, y la *cena* á las nueve.

Reposaba en su lecho el *Mocho* á las diez de la noche, cuando la criada cautelosamente á la puerta de la alcoba, y preguntó que si se podía ar.

—¿ Qué quieres ? Entra, contestó el *Mocho*.

—Vengo á traer á su merced el *gorro de dormir*.

¿ Qué era esto ?

Una taza enorme de mazamorra caliente y un jarro no menor de mante chicha. No había remedio, había que usar el *gorro de dormir*.

A media noche gritaban: ¡ Que se muere el Coronel ! ¡ Se muere ! ¡ Se re !

Levántase el huésped, va á su cama, le toma el pulso, y declara que lo tiene el Coronel es...... ¡ debilidad !

CAPITULO XIV.

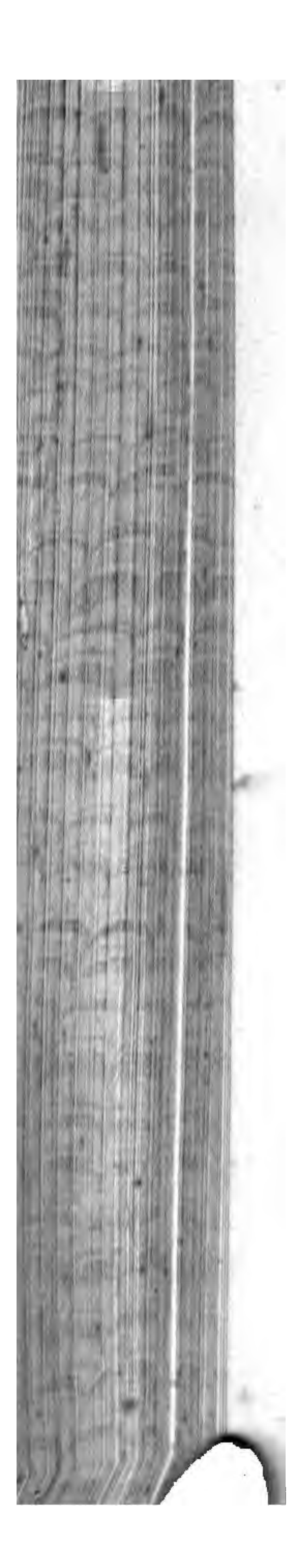
La sociedad en Inglaterra, Francia y Bogotá—El *Home*.

ES más fácil para el viajero conocer algo de la sociedad inglesa que de la francesa, pues, como dice un escritor americano, las tituciones, los jabones y la hospitalidad son en Francia para la rtación, porque habiendo allí los mejores publicistas, el gobierno es pre despótico; existiendo los mejores perfumistas, en los hoteles el 1 huele á rancio, y siendo un pueblo hospitalario, nadie conoce el ior de una casa.

Por pocas recomendaciones que el viajero tenga, quizás con ir á vivir n *boardinghouse* honorable, pronto se relaciona con una familia, que ivita á comer ó á tomar el te, lo que no implica gasto ni embarazo la familia, porque es costumbre tomarlo siempre en compañía. En casa encuentra el viajero otra ú otras familias á quienes lo presentan, e á su turno lo invitan á su casa. De manera que al cabo de un mes, tranjero tiene ya un círculo de relaciones sinceras y francas, donde e hacerse estimar por su talento, sus modales ó su generosidad.

No sucede así en París, en donde, en correspondencia á la más asidua orable recomendación, el viajero es invitado, cuando se le honra ho, á una comida ceremoniosa, en la cual ve por primera y última vez eñora. Pero lo más frecuente es que se le dé un almuerzo en un *circle:* *Café Riche* ó en el *Café anglais*, y con esto están saldadas las cuentas.

Un crítico de las costumbres de mi país ha escrito esto:



En Bogotá todo el mundo vive encerrado; todo forastero que lle
noche á la casa es un embarazo, un estorbo, un motivo de desorden e
hábitos de la familia, que inquieta á la señora, pasma á los niños y dis
profundamente al caballero. Cuando alguna persona golpea por la noch
el portón, todos se alarman; ¿ será alguna novedad en las otras casas
familia ? ¿ Será que vienen á imponer una nueva contribución ó á
algo prestado ? La criada baja corriendo á abrir el portón, pero
pregunta ¿ quién es ?

—Yo soy. (Naturalmente).

—Pero ¿ qué dice ?

—El señor y las señoras están en casa ?

—Sí señor.

Desde los corredores de arriba han estado todos acechando al impo
visitante, y al ver que es un caballero, mientras que él sube las esc
la señora hace aumentar las luces de la sala ó iluminarla si est
oscuras, pasa á la pieza inmediata para estar alerta y salir á la d
de su caro esposo, en caso necesario; y las niñas se deslizan á arregl
peinado *por si acaso.* Sólo el caballero padre, que había ya tom
capa y su sombrero y estaba arreglando los zapatones y el paragu
irse á la *casa del tresillo*, contrariado se queda aguardando al visi
con el ánimo y la cara del que aguarda un trabucazo á quemaropa.

Cuando el padre de familia sale del susto, viendo que la vi
inofensiva, se asoma á la puerta de la sala, llama á la criada y le da
de avisar á la señora que ahí está el señor Jiménez, por ejemplo.

¿ Qué querrá ? ¿ Por cuál de las niñas vendrá ? La una se lo at
á la otra ; ésta lo niega y se lo devuelve, con lo cual se forma cha
la pieza vecina.

Se presenta la respetable matrona como un retrato del siglo X
aire bondadoso y las manos cruzadas, para dejar ver todos los an
diamantes, de esmeraldas, de topacios y de rubíes de que tiene c
los dedos ; y el caballero se levanta apresuradamente.

—Siéntese usted, le dice ella. (El caballero se sienta.)

—¿ Qué milagro es ver á usted por aquí ?

—Por venir á ver á ustedes, mi señora.

—Mil gracias.

—Y ¿ qué tal ?

—Muy bien, mi señora.

—¿ No le ha dado á usted la *peste ?*

—Nó, mi señora.

—Pues yo he estado tan mala, que creía que era tifo lo que me iba á dar.

—Es que las calles están inmundas; la ciudad no se puede aguantar de pestilencia.

—Y las contribuciones que no cesan, apunta el marido.

—Y el servicio todos los días peor.

—Y los víveres ¡ cómo han subido !

—Y los sueldos que no los pagan.

—Y los caminos que no los componen.

—Y los arrendamientos más y más altos.

—Y la desmoralización que cunde.

Y cuando ya están acordes la visita, el marido y la señora en estos puntos importantes, ésta se levanta, llama á la criada y le dice:

—Díle á las niñas (hay una cuarentona) que salgan á recibir al señor Jiménez.

Las niñas lo han estado oyendo y viendo todo por detrás del bastidor de la pieza inmediata, pero el visitante, si es un poco avisado, nota también la chacota y la burla de las unas á las otras.

Las niñas dan la vuelta y van entrando de una en una por la puerta de la sala, tratando de contener la risa que les retoza en los labios, y repitiendo como escolares:

—Buenas noches, señor Jiménez.

—Buenas noches, señor Jiménez.

—Buenas noches, señor Jiménez.

Y sentándose todas en hilera en el sofá del frente, se dan de codazos y se dicen medias palabras; la una se pone roja como un tomate, á la otra se le contraen los músculos de la cara, y la otra, debajo del pañolón, se pone á colocar los dedos índice y pulgar de las dos manos en sentido opuesto, y en esto se entretiene.

—¿ Qué tal, señorita Mercedes ? dice la visita.

—Muy bien, contesta la belleza. (Y reina el silencio.)

—¿ Qué tal, señorita Leonarda ?

—Muy bien, muchas gracias. (El diálogo se anima.)

—¿ Y usted qué tal, señorita Nicanora ?

—Muy bien. Muchas gracias. Y á usted ¿ cómo le ha ido ? ¿ Qué tal? onque ¿ qué tal ?

La conversación ha llegado á tal franqueza y animación, que no puede ntinuarse sin faltar á las más triviales reglas de la etiqueta.

Continúa el silencio, interrumpido sólo por uno que otro bostezo de

la mamá, por salpiques de risa contenida que saltan de la fila de niñas, ó por la exclamación del padre, que de vez en cuando dice :

—Sí, mi amigo, mucho se nos ha dañado este nuestro Bogotá !

A las diez de la noche, para alivio del padre, que no sabe cómo sostener la conversación, para descanso de la mamá, que se iba y se venía de sueño, y para libertad de las niñas, que han estado conteniendo la risa por una hora y que están impacientes por remedar los modales y el metal de voz del visitante, á las diez de la noche, llueva ó truene, la visita toma su sombrero, se despide de la amena sociedad, la señora grita á la criada que le alumbre el zaguán, la cual sale soñolienta con un cabo de vela en la mano, abre el enorme portón y el caballero está en la calle.

En las casas vecinas se asoman cautelosamente las otras niñas, para pillar y conocer al visitante y poder darles broma á las vecinitas al día siguiente, al salir de la misa de ocho, ó para notificar á otras amigas que fulanita se casa con Jiménez.

Oh home! sweet home! Oh hogar mío! Oh dulce hogar! dice el inglés en cualquiera parte del mundo en donde esté fuera de su país, al considerar todo cuanto le es grato,—patria, familia, dignidad, reposo, lugar de sus afectos, aspiraciones de su alma, sueños de la niñez, esperanzas de la juventud, descanso de su vejez.

Y el inglés tiene razón, pues *home* no lo hay en ninguna otra nación: ni en España, ni en Francia, ni en Rusia; ni en ninguna otra raza, ni en la latina, ni en la semítica, ni en la india; ni en ninguna otra región, ni en ninguna otra ciudad más ó menos atrasada; ni con otras mujeres, bien sean más apasionadas, como las españolas, ó más sencillas,como las alemanas; ni con un pueblo más espiritual, como el francés, ni con uno más bárbaro como el ruso ; y el *home* es una institución inglesa, una civilización especial formada por una raza también especial, y que parece necesitar hasta de la chimenea y lo estrecho de las habitaciones para aclimatarse y desarrollarse.

En Colombia la familia es sagrada : levantar una familia digna, honrada, virtuosa y bien educada, es la aspiración de la clase elevada de la sociedad; los hombres trabajan sin descanso para dejarle riquezas, y las mujeres cumplen bien su misión difícil de madres de familia; y sin embargo, allí no se tiene idea de lo que es el *hogar* inglés. Y como nuestras esposas son afectuosas y buenas, sin duda está en las costumbres de la sociedad ó en los hábitos de los hombres esta diferencia.

El *home* es de todas las clases en Inglaterra; difícil, estrecho, miserable para el pobre; fácil, cómodo y espléndido para el rico; pero todo rayo

ıd que recibe el hombre, es para alumbrar su *hogar;* y son iguales *at* en su hogar) el obrero y el lord.

as como en el hogar inglés el padre es respetado, la madre digna, los bedientes, las hijas virtuosas, los niños robustos, y una atmósfera de dicha los envuelve á todos, creo que el viajero debe contar á sus triotas cómo es ese hogar, y de qué se compone, para que sea imitado país en cuanto los hábitos lo permitan.

l hogar inglés lo forman el carácter serio, honrado y formal del re inglés, y la virtud, dulzura y laboriosidad de la mujer inglesa, s con un solo propósito: el de ser felices dentro de su casa y estar ficados en ideas, principios, religión, placeres, gustos y aspiraciones; manera que el hombre siente herida su dignidad faltándole á su esposa, no concibe un pensamiento que no sea para glorificar á su esposo.

a mujer inglesa es la verdadera reina de su hogar, y la envuelve tal la de estimación, de respeto y de dignidad, que ningún hijo se atrevería ntar la voz en su presencia, ni ningún criado á faltarle á los comedi- os á que ella es acreedora. El padre es el *governor*, así se le llama as veces en señal de respeto á su autoridad; y tienen tal juicio, tal ad, y tan formales son en el desempeño de sus respectivos caracteres otra, que la familia se levanta, se forma y se educa sin ninguna ltad entre los dos y como por medio de una máquina.

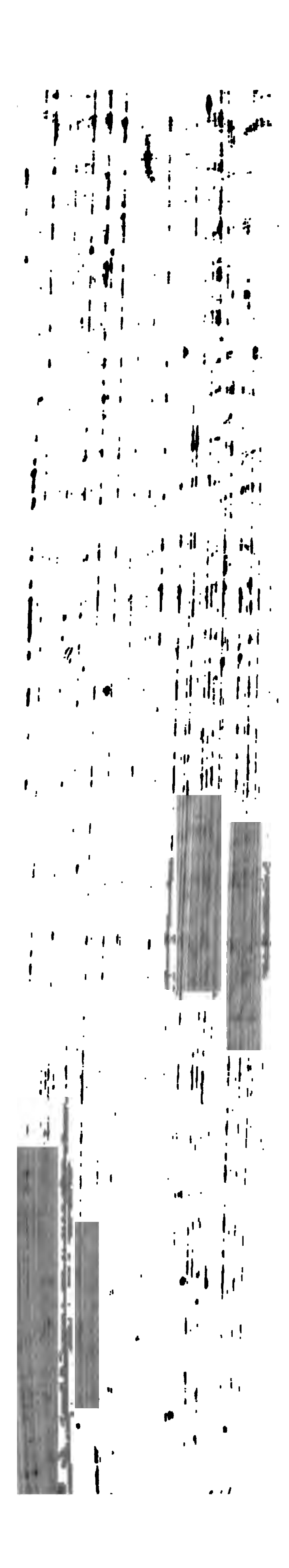
odo cuanto el hombre gana es para engrandecer, mejorar ó embellecer ar, hasta obtener en éste la mayor comodidad posible, y la mujer no sa en arreglar, limpiar y embellecer el hogar de su esposo y de sus hijos.

oy á describir el hogar de un caballero pobre á quien debí varias ones en Londres.

l anochecer se encendía la chimenea que estaba en la pared del medio a sala, que no era muy grande, y sencillamente amueblada, y que tenía ruesa alfombra y estaba alumbrada por una araña de gas, de la cual n pico estaba encendido.

penas se prendía la chimenea, bajaba una vieja de setenta y cinco de edad, casi ciega, caminando con dificultad, sosteniéndose en los muebles, vestida con traje de seda gris, bien ajustada con el corsé, es de piel, que se quitaba para poner las manos al fuego, y una cofia , de la cual salían dos bucles de cabellos perfectamente blancos, y se a en una silla que aunque colocada junto del fuego, ella bregaba y a por acercarla más. Esta señora era la madre del caballero de la casa.

ntraba jugando una muchachita como de siete años, á quien la abuela ba en vano, regañaba porque no cerraba pronto la puerta; aquélla sin



hacerle caso se ponía á jugar con una muñeca hasta que se le rompía á un brazo, y entonces se acercaba á la abuelita para que se la composie

Mrs. James, señora de la casa, entraba luégo, y preguntal *Mrs. James madre* con tono atento, pero frío, cómo estaba, y é contestaba quejándose horriblemente. La primera, como quien oye l se ponía á arreglar los muebles y á componer los adornos. En pos d entraban dos bonitas muchachas, la una de diez y seis y la otra de ocho años, vestidas de traje negro, con cuello y mangas blancas; cosiendo un pañuelo de batista, sin agacharse ni fijarlo en nada, y tejiendo unos guantes de lana. Mientras le hablaban á la abuela vueltas en frente de la chimenea, recogiendo el traje más de lo ne para que no se quemase, y tomaban asiento al rededor de una m carpeta, llena de álbumes, libros y vistas fotográficas.

Un inglés gordo, colorado, fresco, como de sesenta años, entra habiendo dejado su sombrero, bastón y sobretodo afuera; besaba á en la frente, á su esposa en la boca, á las dos muchachas en las tomaba á la niñita, que quería escaparse, por una pierna, la las rodillas ó le daba unas ligeras palmadas y la dejaba en libert

Mr. y *Mrs. James* se ponen á hablar de algún asunto, q muy serio, porque ella está animada, habla con rapidez y m cartera á su marido. Éste la toma, saca del bolsillo un lapice suma en alta voz lo que está escrito en la cartera, hace ob rectifica; ella insiste, y sigue la discusión. Es que falta un cuenta del mes.

Durante la discusión entran dos jóvenes, uno de veinte añ catorce; el uno viene del escritorio y el otro del colegio; le d un apretón de manos capaz de romperle los huesos, y sacudiénd le dicen *good evening* (buenas noches), besan ceremoniosament con efusión á la madre, con cariño á las hermanas: el un periódico y el otro se pone á cortarle á la muchachita muñeco que, contra la pared y con la luz de la lámpara, se ven como espantosos.

Un campanillazo anuncia al no esperado pero bienvenid bienvenido para la abuela, que tiene con quien echarle indirecta y á quien quejarse del abandono de sus dos nietos mayores y del de la chiquita, que le desarregla todo en su cuarto; para el padr hablar de la guerra con Rusia y echar contra los lores; para la tiene á quien presentar unos pastelitos de harina, calientes, q preparar; para las muchachas, que tienen á quien mostrar sus

encajes; para los jóvenes, que quieren hablar de caballos, y para la chiquita, porque él suele traerle almendras en el bolsillo. Una cordial y franca recepción, apretones de manos, sonrisas amables, un puesto privilegiado al lado de la chimenea, y luégo todos quieren monopolizarlo y al mismo tiempo hacerlo el íntimo de sus confidencias.

Una hora después la campanilla anuncia que el té está servido; y todos bajan á un comedor abrigado en donde arde un fuego delicioso, y en cuyo centro hay una gran mesa y sillas macizas en derredor ; en la cabecera de la mesa una bandeja con cafeteras relucientes y tacitas pequeñas, un pan negro en un plato de madera, un queso inglés envuelto en una servilleta, pan tostado en platos de metal brillante, y los anunciados pastelitos, que llaman la atención de todos.

La señora se coloca en la cabecera y su esposo al frente, la abuela en el lado de la chimenea y el hijo mayor al frente. El puesto del huésped es en medio de las dos muchachas, quienes lo colman de atenciones y de cuidados.

Una criada más bonita que las dos señoritas, pulcramente vestida con gran delantal blanco y una cofia crespa en la cabeza, va pasando á todos la taza de té, el pan y los bizcochos; y principia la conversación general, de la cual el huésped es el centro obligado.

—Mr. Rivas, ¿ hace mucho frío en su país ? dice la abuela.

—Nó, mi señora, allí no hay frío ni calor, es una *eterna primavera*.

—Delicioso.

—Intolerable, dice la señorita mayor: tener una que usar un mismo traje todo el año, mientras que aquí lo cambiamos cada cuatro meses.

—Dígame usted, Mr. Rivas, añade la mamá, ¿ allá se visten las señoras como aquí nosotras ?

—Nó, mi señora, se visten á la moda francesa, y muchas reciben sus trajes de París.

—Y ¿ son bonitas las bogotanas ? grita desde su puesto el mayor de los jóvenes.

—Son primorosas : vivas, agraciadas, y sobre todo, tienen un pié tan lindo, que todas podrían calzarse con cáscaras de habas.

—¡ Exageración ! dice el viejo desde su puesto, con la boca llena de pan. Ustedes los españoles todos son poetas y exagerados, pero no sirven para los negocios.

—¿ Es cierto que allá todos los jóvenes tienen su caballo, y que los caballos están sueltos en los prados ? dice otro de los inglesitos.

—Sí, mi amigo. Hay hacendado que tiene en sus potreros hasta trescientos caballos ; y todo joven tiene uno famoso.

—Ah ! ¡Me voy para Colombia !

—Pero allá, dice el viejo inglés, haciendo señal en el cuello como de cortarlo, en la primera guerra civil que estalle...... mira !

—Esa es exageración, digo yo á mi turno. Y usted no es español ni poeta.

—Dicen que es magnífica la poesía española: ya se ve, el idioma es tan dulce; y luégo todo lo de los españoles es como de los tiempos antiguos, añade la mayor de las jóvenes. ¿Por qué no traducirán al inglés á los poetas españoles ? Yo he leído en Washington Irwing y en Longfellow algo sobre los españoles.

—Pero, ¡ válgame Dios ! el señor no es español, ni ha estado en España, dice el mayor de los jóvenes, para darse ínfulas de hombre que conoce la geografía: es de las Indias occidentales, lo que se llama la Guayana, y que fué en un tiempo del dominio de la Reina; y ahora vienen despedazándose y matándose, sin embargo de que tienen la *tagua*, el *brasil* y la *quina*.

—Y oro, plata, diamantes, esmeraldas y perlas, añadí yo.

—¿ Eso es verdad ? dice la menor de las niñas.

—Se lo juro á usted.

—¿ Se pueden recoger arenas de oro ? ¿ Puede uno conseguir esmeraldas ? ¿ Hay de veras perlas ?

—De todo eso hay en abundancia. Se pisa el oro en algunos lugares; y de las minas se sacan esmeraldas por arrobas.

—¡ Ese es el paraíso ! ¡ Qué felices serán allá las mujeres ! Yo sí que tendría joyas, dice atolondradamente.

—¿ Y á las mujeres también las degüellan allá? grita la vieja desde su asiento.

—A las viejas imbéciles, iba yo á decir, pero me contuve; y me ocupé en hacerles una relación de la vida culta, civilizada y apacible que se lleva en Bogotá. Y mientras todos me escuchan atentamente, interrumpiéndome á veces para rectificar algunas aseveraciones, se pasan tres horas que nadie ha sentido.

—Vuelva usted pronto, dice la abuela.

—No nos olvide usted, dice la señora.

—Hasta pronto, dice el viejo.

—Venga, venga frecuentemente, repiten las señoritas.

Y los dos jóvenes lo sacan á uno hasta la puerta, y le suplican que repita sus agradables visitas.

CAPITULO XV.

el de los pobres ; sus costumbres—El pauperismo—La embriaguez y el alcoholismo— a civilización, la ley y la caridad—Hospitales y hospicios.

TRISTE y sombrío es el cuartel situado al Este de la *City*, detrás, muy lejos del *Leicester-Square* y que pudiera llamarse el LONDRES E ; y al contemplarlo fué, sin duda, cuando el economista Malthus ibió su terrible teoría sobre la propagación de la especie humana : funesto, pero disculpable, si se considera tanta miseria, tanta adación y tantos vicios como allí se ostentan, aquel exceso de avación que horroriza, y todos los delitos y crímenes que se cometen en llos lugares, donde la desgracia, en vez de compasión, inspira espanto.

A la manera que el río Bogotá va correntoso, alegre y bullicioso en su da carrera entre las selvas, cumpliendo su misión y su destino, y sobre ondas impetuosas la espuma se forma con los despojos del bosque, y en emanso se detiene, se aglomera y forma de todos los desechos focos nfección, de donde se levanta la fiebre aterradora, así en la corriente etuosa de la civilización, la hez humana se levanta, se reúne, se detiene rma focos de infección, y uno de éstos es el barrio de que hablo, de se ha congregado el pauperismo, y se levanta una atmósfera de os que aniquila los cuerpos y mata las almas.

Y el pauperismo no existe sólo en este cuartel de Londres : es una a del cuerpo social en toda Inglaterra, cuyas llagas se ven pútridas en s las ciudades populosas, pero que tiene fístulas hediondas en las parro- s y se muestra también en los campos con la carne viva.

Perdónenseme las expresiones repugnantes que empleo ex-profeso para dar idea de la mezcla de asco, de compasión y de horror que domina al hombre al encontrar en medio de tanto aseo, tanta civilización y tanto decoro, unas víctimas sociales destinadas á morir de hambre, á matarse de desesperación ó á matar á sus semejantes, á vender á sus mujeres y á prostituír á sus hijas inevitable é irremediablemente; desdichados seres á quienes aguarda la maldición pública y el presidio ó el cadalso.

A los que no han comprendido el generoso sentimiento de los innovadores en mi país; á los que jamás se han preocupado con los males de la vieja sociedad; á los adoradores del pasado; á los que están identificados con los *torys*, con los proteccionistas y los antirreformistas de Inglaterra, voy á presentar el cuadro de este cuartel.

Las calles son largas, torcidas y angostas, y tienen á ambos lados edificios sin estucar ni blanquear, de vetusto aspecto y aire sombrío. No se ven coches, y sólo atraviesan enormes carros que las obstruyen completamente, que andan con dificultad entre el fango, que causan daños á uno y otro lado, que son causa de tumultos y gritería entre los muchachos y que van cargados de leña, de carbón ó de cerveza.

Grandes portones con una reja de hierro que se cierra por la noche, dejan ver unos patios oscuros, á los cuales se penetra por entre una muralla de astillas de leña artísticamente colocadas, formando una bóveda, y en los que se ven también enormes pilas de leña, y al rededor una especie de cocinas tenebrosas, de donde salen vapores infectos, como de preparación de aceites; largos almacenes, en donde están colgados y empolvados, casacas, libreas, levitas, pantalones, fraques, chaquetas, botas, zapatos y botines, todos los artículos de uso personal, ya viejos; tiendas que se cierran con un bastidor de cristal, y que tienen encima una linterna que, aun de día, está encendida, y en cuyos cristales está escrito *Geen*, *Sherry*, *Brandy*; espaciosos salones de sastrería, en donde más de cien trabajadores cosen de día y de noche, sin hablar y sin descansar; en el rincón de una calle una tienda con cuanto el hombre ha inventado de bagatelas, dibujos de color, juguetes y baratijas; y en el otro una con todos los objetos de cocina, como sartenes, marmitas, cacerolas, &c.; pero todo usado ya, mohoso y sucio; tiendas de pescado, delante de las cuales hay que taparse las narices; almacenes de víveres cuyos dueños sacan hasta la calle los tercios de arroz dañado y de granos de todas especies en mal estado; enormes casas de piedra con series de ventanas simétricas en los diversos pisos, y cuya entrada no se encuentra; algunas casas muy buenas (las de los judíos), pero como enterradas y silenciosas; y una serie no interrumpida de tiendas

:cto, unas de carnes, otras de ropa y mercería, y otras en donde nada se vende.

e cuartel se refugian todos los obreros sin trabajo, todos los —franceses, alemanes, españoles, poloneses, italianos y griegos,— á Londres pobres, ó que se arruinan allí; los estudiantes vaga- s niños abandonados y las mujeres más perdidas de la ciudad; forma una población flotante ociosa, que atrae á los jugadores 1, á los de malas inclinaciones, á los quebrados y á los grandes como á un gran teatro de especulación, donde se forman expe- ntra la sociedad.

lles están llenas de hombres de triste aspecto, con un organito nente toca la *Cachucha* ó la *Jota aragonesa;* de niños sucios moreno, que salen por toda la ciudad á recoger limosna, can- iones cuyo estribillo es:

ı Garibaldi,
:or Emanuel!»

os viejos con unas levitas negras que les dan hasta los pies, de ca y prolongada, nariz aguileña y ojos vivos (idénticos á nen en un monumento de la iglesia de la Concepción en ue prueban que en todo el mundo se conserva la idea del tipo án ofreciendo navajas de barba, y, como si fueran de oro, fincas ; turcos con vestidos sucios y asquerosos, en chinelas ó descalzos, turbante que debió pertenecer al Profeta; españoles con una ıombro y gorro de paño de medio lado, ofrecen vino de Jerez en la misma calle), naipes de la *Real fábrica*, ó cigarros de olacos cargados de armas, como si fuesen á entrar en combate, y bordados y viejos, que quieren vivir de su hermosura en aquel miseria; irlandeses sin fin, harapientos, sucios, ociosos, inso- endo limosna, y muchos ingleses con la nariz roja y enormemente sombrero apachurrado, un bastón en la mano, y haciéndose los y otros furiosos, con los puños cerrados, amenazando á todos los

ujeres más horrorosas, llenas de pecas y lamparones en la cara, s, con el cuello y el pecho granujientos y descubiertos, sin asan del uno al otro la dode la calle; unas llevan enorme pa á la espalda y se apoyan en un fuerte bastón; otras están nte vestidas, con lujo viejo y extravagante, y tratan de llamar la e los que pasan; y allí hay niñitas que no han llegado á la preciosas como ángeles y corrompidas y perversas como demonios.

A estas fieras humanas no les dan, como á las del *Jardín Zo*
su ración de carne y de agua: ellas tienen que buscar su a
y su bebida: pero prefieren ésta siendo alcohólica, aunque estén en
y por eso, viejos, hombres, mujeres y niños andan siempre ebrios, o
y dispuestos á entrar en todas las maquinaciones y á cometer toda
crímenes.

Sea éste el momento de expresar el triste pensamiento que tu
esta turba de ebrios, es á saber: que la humanidad va á acaba
alcoholismo.

Durante diez y ocho siglos vivió bien la humanidad, porq
sólo vino, cerveza ó licores fermentados que no mataban: pero
cien años que se extrajo el *espíritu de vino* y luégo el alcohol, y
anticristo se ha llevado una cuarta parte de la humanidad, y
seducir el resto. En Inglaterra la embriaguez es horrible, y el a
arrastra una gran parte de la población. Lo mismo sucede en
Noruega y Suecia. En Rusia se consume más alcohol que en el
mundo. Los turcos prefieren ya el alcohol al opio, y violan sin
la prohibición del Profeta. En los Estados Unidos la embriag
vicio alarmante. Los chinos establecidos allí mueren alcoholiz
pocos años. Las tribus salvajes de Norte América lo único que
blancos es aguardiente. Los negros del Africa dan un hijo co
por un tonel de ron. En la América del Sur los goagiros no n
frutos de su suelo sino por pólvora, armas y aguardiente; y e
civilizada de las otras naciones, el vicio de la bebida hace estra

La embriaguez invade todas las clases y llega á todos los
distinción de personas ni de categoría. En mi país han caído
el licor hombres políticos distinguidos, guerreros victoriosos
comerciantes y eminentes literatos, de tal manera que ya la so
por todos los hombres de genio, como si estuvieran condena
Mucho, mucho esfuerzo se necesita, pues, de parte de los gobie
moralistas y de la sociedad entera para apartar este peligro ó
llegue demasiado pronto.

En aquel cuartel de Londres que describo, las furias i
pasean orgullosas, en forma de mujeres impúdicas y ebrias
amantes ó que arman pelea con las otras furias que encuentra
y que les van á quitar su ración de infamia. Gigantes ú hom
truos se imponen á la multitud por su fuerza brutal; otros, co
del averno, con la mirada extraviada y el paso vacilante, son
manera espantosa; y como los condenados que en los infiernos s

edio de la desesperación, muchos se revuelcan también entre los os paroxismos de la embriaguez.

Las bestias humanas condenadas á aquel cuartel no están sin ley ni omo pudiera creerse; la ley las sujeta hasta donde puede, por medio a vigilante y severa policía, las encarcela en oscuros calabozos, y las aza con castigos severos y con la muerte misma. Todo inútilmente. Estos son los remedios viejos. Habría un remedio fácil pero heroico acabar con ese cuartel de Londres y con el pauperismo en toda terra, y sería expropiar á los nobles todas sus tierras, acabar con las ilaciones y poner todas las tierras en el libre comercio de los hombres. Pero esto parece imposible. En Inglaterra vale más el conejo de un que la virtud de una niña, más el derecho de propiedad de unos que ito derecho de la humanidad, y valen más las tradiciones que las mas de la religión. Esto no es extraño. En Colombia se estimó más ano de oro que la vida de un negro, y se miró como un atentado á la edad la ley de libertad de los esclavos, que presentó á Dios todos ijos libres é iguales.

Mientras tanto la civilización, la ley y la caridad le van quitando io á este cuartel y súbditos al pauperismo; pues indudablemente todo res, según la historia, fué en un tiempo como este barrio, y hoy a espléndida ciudad habitada por cuatro millones de ciudadanos, mayor parte morales, civilizados y felices; y sólo le falta regenerar rupo, asilado en las tinieblas de la ignorancia y del vicio.

La ley ha provisto á la suerte de los desgraciados con las *leyes sobre* s, que obligan á todos los dueños de tierras á contribuír para la subsis- i de los pobres: con las *work houses* (casas de trabajo), en donde por a del Gobierno se da trabajo á los que no lo encuentran en otra y con escuelas que interrumpan las tradiciones de ignorancia, de dad y de vicio en las familias. Y la caridad, en lucha abierta pero ıal con las instituciones sociales, que engendran el pauperismo, tando los niños al nacer para llevarlos al hospicio, socorriendo á las es madres en el acto en que lo son, abriendo casas de asilo para las inocentes, hospitales para los inválidos de la industria, y llevando os á los hogares desolados, llena una santa y admirable misión.

La filantropía inglesa no es una caridad ardiente como la de San de Dios, quien, lleno de amor y entusiasmo, se echaba los apestados spalda, besaba á los leprosos, recogía á los locos en un solo lugar, y , á fuerza de prédicas y de oraciones, levantaba como por encanto tales, lazaretos y manicomios; no es como la de San Vicente de

Paúl, quien, lleno de amor, iba por la noche recogiendo niños bajo su manteo, y confiado en Dios los reunía en un hospicio que habían de sostener las mujeres de la nobleza, conmovidas por sus lágrimas; es más bien un sentimiento sencillo que todos experimentan: es una virtud suave, apacible, que no exige grandes esfuerzos, ni espíritus exaltados, ni imaginaciones ardientes, ni corazones de fuego; que reina en todas las almas nobles, alcanza á todas las inteligencias, dirige todas las acciones, y es tan universal como infinita, pues lleva el amor al niño, al adulto, á la mujer, al negro, al esclavo, al caballo, al perro, á la paloma, á todo cuanto hay con alma ó vida en el inmenso teatro de la creación.

Dice el señor Máximo Du Camp, de la Academia francesa, católico, en la « Vida de San Juan de Dios:» « He viajado mucho, me he mezclado con muchos pueblos, he visto la vida de muchas naciones, he oído la oración de muchas sectas, y ¿ cuál es la raza más caritativa, la que más socorre á los desgraciados, de las que he encontrado en el camino de la vida ? La raza judaica, cuya fe ha resistido á todos los odios y á todas las persecuciones.» Como los judíos ingleses son más libres y ricos que los otros, puede calcularse hasta dónde llevarán los beneficios de su caridad.

Pero esto no es nada ante el sentimiento hereditario, por no decir innato, de la raza inglesa, de un puro y sincero amor á la humanidad; y de ahí llevando la compasión á todo lo que, teniendo sensibilidad, puede sufrir, y que impone á cada inglés el deber de contribuir con cuanto esté á su alcance para evitar dolores á un hombre ó sufrimientos á un animal.

Nosotros nos burlamos de las leyes protectoras de los animales en un país en donde mueren de hambre los hombres; de los enemigos de la *vivisección*, que dejan á los hombres despedazarse vivos; de los hospicios de veterinaria en una ciudad donde mueren muchos niños arrojados por sus madres; y en fin, de ese amor á toda criatura, cuando la obra más perfecta de Dios, animada con su aliento, es abandonada á su destino.

No tenemos razón en estos juicios; y es preciso estar en Londres para ver cuánto ha hecho y hace constantemente la filantropía por los desgraciados en su propio país; cuánto ha alcanzado aboliendo la esclavitud y la trata de negros, acabando así con las guerras feroces en Africa, salvando de la hoguera á las mujeres en la India, é impidiendo que mutilen á los niños en Turquía; al mismo tiempo que ha mejorado las razas de los animales, impedido que se les maltrate ó que mueran de hambre ó de sed; en fin, es preciso reconocer que la filantropía completa el pensamiento de Dios, de que todo lo que sale de su mano poderosa viva y sea libre y feliz.

En Francia la caridad se hace bailando, oyendo armonioso canto ó en

medio del placer y la alegría, comprando una flor á una belleza en el BAZAR DE CARIDAD. Espiritual idea, como todo lo francés, que á uno brinda la felicidad y á otro ahorra las lágrimas.

En Inglaterra se hace la caridad quitándose cada familia algo de lo necesario ó consagrándole los hombres una parte de su tiempo (y todo el mundo sabe que para el inglés *time is money*); formando sociedades al estilo de las comerciales, con acciones en comandita con los pobres, sociedades que tienen su gerencia y despacho como uno de nuestros bancos; y en fin, sosteniendo periódicos de propaganda, en favor del pensamiento humanitario que anima á los miembros de un club, de una asociación ó de una empresa filantrópica.

En la vida de San Francisco de Sales se lee que el bondadoso santo iba muchas veces á las casas de los particulares á encargar que les pusiesen agua á las gallinas, porque le atormentaba la idea de la sed que experimentaban aquellos animales, sin poderlo manifestar; y esta misma idea anima á los ingleses acerca de todos los seres que puedan sufrir; pero como el corazón, los afectos, las inclinaciones son tan diversos, y el hombre es limitado, la filantropía inglesa toma diversos caminos y se impregna mucho del carácter un poco extravagante de la raza; y esto, y la dificultad de atender y remediar tantos males como los que existen, es lo que no nos permite admirar desde lejos esa filantropía en toda su grandeza y toda su magnificencia.

En ninguna parte del mundo hay, como en Londres, *cunas para expósitos, salas de maternidad, casas de asilo, depósitos de niños de obreras, casas de beneficencia, casas de trabajo para los muchachos; hospicios* para los ciegos, los mudos, los estropeados, los sordos y los locos; *hospitales* para los obreros, los marineros, los militares y los empleados; *casas de curación* para los caballos, los perros y los gatos, ni mayor número de institutos para ofrecer el bienestar á la clase desvalida de la sociedad.

Los hombres de la raza latina somos apasionados por lo bello; á los de la raza anglo-sajona les gusta lo útil. Somos los unos soñadores, capaces de rasgos sublimes de entusiasmo y de generosidad; y los otros, calmados, reflexivos, ni echan una carga demasiado grande sobre sus espaldas, ni la abandonan en la mitad del camino. Nosotros levantamos el *domo* de oro del *Hotel de los inválidos* en París, y nos reímos de unas viejas con anteojos y peluca, que andan buscando entre el lodo los perros que van á morir de frío; y ellos, á fuerza de paciencia y de calma, destruyen el edificio social de la esclavitud, y se ríen de las limosnas que damos en la puerta de la calle.

Los árabes de España, dice Du Camp, tenían asilos en donde todo forastero recibía pan y abrigo generosamente; y en España misma, entre

los cristianos, había monasterios en cuya portería había siempre una mano de hierro con un pan para que lo recogiera el necesitado. De la *sopa de los conventos* vivía la multitud de las ciudades. Los peregrinos eran recibidos en todos los hogares como huéspedes ilustres; y Cristóbal Colón, con su hijo hambriento, fué recibido con agasajo en el convento de la Rábida. Nada de ese esplendor, nada tan bello como eso encontrará el viajero en Londres; pero en cambio, ¡qué orden en la distribución de la limosna! ¡Qué bien resuelto está el problema de socorrer al mayor número posible con el menor sacrificio de los contribuyentes!

La siguiente anécdota hará palpable lo que yo no puedo explicar.

Una comisión llegó á la casa de un comerciante, en solicitud de auxilio para la fundación de un hospital, y llegó en los momentos en que aquél disputaba con la criada sobre el desperdicio de gas que había en la cocina. Deslizáronse bonitamente los de la comisión al encontrarse con ese miserable; pero él los llamó, preguntóles qué querían, é informado, les dijo: «Me suscribo por mil libras, pero á condición de que yo dirija el establecimiento, porque no quiero que nadie se coma mis ahorros y mi trabajo.»

En Londres está prohibida la mendicidad, y nada es más conmovedor que la manera como los ciegos se valen para inspirar la compasión de los transeuntes sin faltar á la ley. Van contra las paredes de los edificios, ó contra las piedras de los enlosados, con una varilla de hierro, haciendo un són particular, y apenas sienten que alguno se detiene, le presentan una caja de fósforos dañados para que los compre. Los transeuntes se los compran y luégo se los dejan. La necesidad inspira los mismos pensamientos. Recuerdo que en Bogotá, á las seis de la noche, salen unos muchachitos desnudos, ofreciendo un cuartillo de horqueticas para las flores á los comerciantes de la *Calle Real*, quienes no han de recibirlas en caso de comprarlas.

En Inglaterra cada parroquia mantiene sus pobres, y no se ve en ninguna ciudad esa exhibición de llagas y enfermedades que se hace en Bogotá en todas las calles; ni esa manifestación de miserias y dolores, que en Francia en otro tiempo movía la caridad, para lo cual se sacaba los ojos á las niñas, se les quebraban los huesos, se les doblaba el espinazo ó se hacía deformes á los niños, á quienes Vicente de Paúl redimió con sus hospicios; ni esa ostentación de miseria que llegó á ser una industria tal, que cerca de diez mil personas, entre hombres y mujeres, buenas y sanas, vivían disfrazadas de cojos, mancos y ciegos, y se reunían en un barrio llamado la *Corte de los milagros*, donde al llegar, todos arrojaban con la

humilde, la venda, las muletas y los envoltorios, y quedaban
los.

o se crea que no hay hospitales suntuosos en Londres: el llamado
Hospital (Hospital de Cristo), es el edificio que tiene la nave más
del mundo, como *enfermería ;* el *Bethlem Hospicio* (Hospicio de
tiene un magnífico pórtico de mármol, una cúpula suntuosa de
ta y cinco metros de altura, en el punto en donde se reúne el tramo
ado para los locos y el que sirve á las locas; y el edificio y los jardines
a una extensión de seis hectáreas. En el departamento de las locas,
s de los jardines, por donde se pasean libremente, hay magníficos
s, y sobre cada mesa jarrones de flores naturales : plantas trepadoras
lven las ventanas; hermosos cuadros y bustos adornan las paredes, y
centro hay una inmensa pajarera con aves vivas y raras, de varias
. En la parte destinada á los hombres hay menos lujo, y las flores
reemplazadas por libros, y los pájaros por gatos, perritos y conejos
uedan distraer la imaginación calenturienta de los locos. El Hospicio
los niños ciegos es inmenso: tiene una torre gótica muy elevada, y
io para que mil niños puedan vivir y aprender todos los oficios de
on capaces en su triste situación; y entre otros ciento que no alcan-
á citar, el Hospicio de Chelsea para los soldados inválidos, que tiene
capilla de mármol, y en donde esos descuartizados por la gloria
ına reciben alivio y consuelo.

El corazón se ensancha al visitar esos asilos; el espíritu se levanta al
los hombres ocupados en aliviar los dolores y remediar las desgracias
otros hombres como se ocupan de su propia dicha; y el filósofo, el
ano, el amante de los pobres dobla la rodilla para bendecir, en nombre
humanidad, los beneficios que hace en este siglo la paciente y dulce
ropía de Inglaterra.



CAPITULO XVI.

Palacio de cristal—Jardines de Kensington—Jenner—Iglesia anglicana—San Pablo ; ceremonias en esta iglesia.

EL PALACIO DE CRISTAL que sirvió para una exposición y que de los JARDINES DE LA REINA fué transportado á una colina, en los alrededores de Londres, es tan viejo, que no hay parte del mundo adonde no haya llegado una lámina de él, un paño de agujas que no lo represente, ó una caja de perfumería que no lo contenga ; y sin embargo de esto, nada hay más deslumbrador en realidad : es la gran maravilla de la industria humana ; y si algo merece las penalidades de un viaje, es una visita á ese recinto de la luz, á ese edificio de aire, á ese castillo de hadas, idéntico á los que sueña uno de niño al dormirse oyendo un sabroso cuento en el regazo de su madre.

Se llega allí en ferrocarril, y al salir de un túnel se encuentra el viajero en un hermoso prado, en el que sentadas sobre la yerba infinidad de familias, comen y beben, y hay además cantinas semejantes á los toldos de campaña de nuestros campamentos ; enjambres de niños bulliciosos corren por todas partes, y al frente está el deslumbrador edificio reflejando á los rayos del sol las cúpulas y sus torrecitas; y como un castillo de la imaginación que va á desvanecerse al despertar.

Se llega á él por una escalera expresamente hecha para mantener la ilusión y sujetar la impaciencia; y cuando se penetra, el sueño está en todo su esplendor y su belleza.

Una luz de ópalo desciende de los cielos; una atmósfera embalsamada por las flores embriaga los sentidos, y un jardín formado de palmas, de árboles floridos, de helechos gigantescos y de acacias se presenta á la mirada; plantas trepadoras envuelven las estatuas de mármol blanco de divinas formas, que son como mujeres hermosas que se han dormido allí en diversas posturas, aguardando al Genio que ha de venir á despertarlas; del cielo transparente cuelgan miles de plantas parásitas de vivos colores; mansos pájaros revolotean en los aires; el suelo está cubierto de una alfombra de césped bordada de flores naturales; y en el centro de la espléndida visión hay una inmensa fuente de cristal de donde salta el agua á borbotones, la cual, en lluvia de plata, se derrama luégo sobre el prado.

Y más allá...... ¡hijitas mías, vean, vean! ¡Ay! ¡qué dolor! Ellas no están á mi lado!...... ¡Lejos, muy lejos las dejé llorando!......

Más allá se ve que la luz viene por un bosque más espeso. Se ven á lo lejos como edificios suntuosos, la *Alhambra de Granada*, á la cual se llega por una alameda de naranjos y limoneros; la *Casa de Pompeyo*, con su pórtico y sus escaleras de mármol blanco; un *palacio griego*, hermoso, correcto y de admirables líneas. Allá deben ser las habitaciones del Genio.

Se oye una música celestial que sale del inmenso salón alto, que parece suspendido en una nube. ¿Les será permitido á los mortales ascender también? Sí, á derecha é izquierda hay escaleras de bronce, en cada escalón hay una mata de flores, y se pasa por entre una bóveda de verdura.

De la espléndida galería á que se ha llegado, la mirada descubre el verjel con la inmensa fuente que eternamente murmura, y en el cual todo está quieto, dormido, como debe haberse quedado el paraíso terrenal; á lo lejos el recinto se ensancha y se ven regios salones, adornados con cuanto lujo y suntuosidad puede soñar la imaginación; y allí está, al són de bulliciosa música, cantando una de las hadas habitadoras del palacio encantado, linda como un angel, y con una voz que debe ser del cielo.

¿Es sueño? Yo quiero ir á la Alhambra y entrar en sus salones. Estoy en el *Patio de los leones;* no puede haber engaño: la arquitectura árabe es tan hermosa, tan original é inimitable; y en el centro está la célebre fuente, en donde los reyes granadinos celebran algunas veces su consejo en las tardes del estío; las arcadas y las columnas son las mismas. Allí está la *Sala de la justicia;* pero todo se halla silencioso: más allá la de los *Abencerrajes,* con su admirable bóveda de estalactitas y sus ricos arabescos. Pero, ¿qué se hicieron los guerreros?

Todo es sueño, obra de la industria y prodigio de la nueva civilización.

Aquí vienen á la memoria los siguientes versos de Calderón:

« Cielos, si es verdad que sueño,
Suspendedme la memoria,
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas.
....
Y caso que fuere cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos.
....
Ni aun agora he dispertado ;
Que según Clotaldo, entiendo
Todavía estoy durmiendo :
Y no estoy muy engañado;
Porque si ha sido soñado
Lo que vi palpable y cierto,
Lo que veo será incierto ;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto,
....
.... Estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe ;
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡ desdicha fuerte !):
¿ Quién hay que intente reinar,
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte ?
Sueña el rico en su riqueza,
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece

Su miseria y su pobreza ;
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo, en conclusión,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
....
¿ Qué es la vida ? Un frenesí :
¿ Qué es la vida ? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño ;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

Desvanecido el sueño, se va el viajero á almorzar ó á comer á uno de los restaurantes que están dentro del mismo edificio, en donde no es caro el servicio; y refocilado el estómago y tranquilizado el ánimo, entra á la sala del concierto, ó se va á visitar tranquilamente todo el edificio.

Los grupos de historia natural están de tal manera arreglados, que plantas, flores, pájaros, animales y hombres están distribuídos como lo están en el globo terrestre : en medio de las plantas tropicales se encuentran los indios americanos con sus flechas y carcajes y su guayuco de plumas; al pie de las palmas de dátiles, los negros desnudos, bailando danzas guerreras, y en el extremo opuesto los samoyedos y los esquimales, de cara estúpida y aire encogido, como nuestros indígenas, envueltos en pieles de búfalo.

El aspecto de las tribus salvajes, de todas especies, es muy repugnante; duda uno de la comunidad de origen en el hombre, y se aflige al considerar que en su mayor parte la humanidad se encuentra en Africa y Oceanía en tal estado; que en América apenas empieza á sentirse la mejora de la condición indígena, y que muchos siglos han de pasar para que llegue á todas partes la civilización de Inglaterra.

Como señal de las diversas civilizaciones que ha habido en el mundo, se han reunido allí muestras de las diversas arquitecturas; y en efecto, nada distingue tanto un pueblo de otro como la manera de levantar sus moradas, sus templos y sus adoratorios; y el grado de cultura y adelanto de una nación se puede juzgar por la belleza, majestad y elegancia de sus edificios.

Con este propósito se ha levantado allí una imitación de una *Sala*

egipcia, que es una avenida guardada por estatuas de leones. Sobre los frisos, escrita con geroglíficos, la historia de Egipto; en el interior del edificio, pinturas de sacerdotes de barba larga y aire sombrío, y ocho estatuas de Ramese forman el vestíbulo del edificio; hay en el jardín una tumba tallada en la roca; y tanta tristeza en este recinto, como en tiempo de Osiris.

La *Sala asiria*, que es la más grande de todas, es el templo Rhosbad; y allí están los toros alados, los gigantes estrangulando leones como en tiempo de aquel rey.

La *Sala griega* tiene una fachada dórica, sencilla y majestuosa. Se entra á un *ágora* pintada de vivos colores é iluminada por encima, la cual alumbra las estatuas de la *Venus de Milo*, *El Laocoon*, *Juno*, *Ariadna* y el *Fauno dormido*. Todo respira allí voluptuosidad y poesía. Después se pasa á la izquierda á una sala destinada á los poetas griegos, cuyo atrio está sostenido por columnas cuadradas, como las del templo de Apolo en Arcadia, y luégo hay otra pieza en donde están *Niobe*, otra *Venus* y *Psiquis*.

La *Sala romana* representa la muralla exterior del *Coliseo;* después, entre columnas, se ven muchas estatuas como las de *Diana*, *Baco* y la *Venus victoriosa* del Capitolio.

La *Sala bizantina*, la *Sala gótica*, la *Sala del renacimiento*, todas son edificios perfectamente iguales á los que había en los lugares y en las épocas que representan. Por manera que el viajero puede creer que está recorriendo esos países y visitando sus monumentos.

Cuatros mil músicos pueden tocar á un mismo tiempo en la sala del concierto, donde hay todos los días una orquesta magnífica, canto de las mejores actrices de Londres, ó bandas militares que al resonar hacen temblar el edificio; y todos los días se añaden maravillas y curiosidades que atraigan la atención del público. Cuando ya anochece, el gas ilumina con admirable suntuosidad el edificio, que así aparece más bello; y en los jardines que lo rodean principian los fuegos artificiales, en donde el arte pirotécnico forma cascadas de fuego, grutas azules, luces de bengala, centellas que atraviesan el espacio y una lluvia de luz que cubre el inmenso recinto.

Todo esto cuesta un chelín al espectador.

Como nuestra casa estaba cerca, todas las mañanas íbamos con Alicia á *Kensington garden* (jardines de Kensington), que es un parque, continuación de *Hyde Park:* ocupa una superficie de catorce hectáreas, con calles rectas como en el jardín de Versalles, y tiene un magnífico palacio en el centro, rodeado de prados admirablemente cuidados, un lago donde

nadan libremente cisnes, garzas, ganzos y patos, un castillo de agua muy elegante y una estatua de *Jenner*.

¿ Quién es Jenner, cuyo nombre es tan grato á mi oído? Yo procuraba en mi interior adivinar con los recuerdos algo querido, algo sublime que me arrastraba ante la imagen de ese hombre que yo creía conocer, y aun haber visto la víspera sentado en el hogar de mis padres.

De repente me acordé de mi noble hermano Federico Rivas, aquel joven que se encargó generosamente con su compañero Zenón Salas de un hospital de virolentos en Bogotá, y me vino á la memoria un discurso que le había oído en una Academia, y que principiaba así:

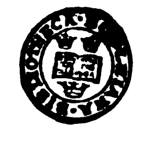
« Cuando Napoleón recorría el mundo en su carro victorioso, segando la vida de los hombres y recibiendo el tributo de los reyes, un pobre anciano, apoyado sobre un bastón de nudos, recorría también los campos helados del Norte, y de cabaña en cabaña iba repartiendo la *vacuna*, que debía quitar á la muerte el tributo que la viruela le rinde con la vida de los infelices. Este anciano era Jenner.......»

—Ya véis, generoso benefactor de la humanidad, dije yo, quitándome el sombrero, que no sólo alcanzasteis una estatua en la metrópoli del mundo civilizado, sino que también lograsteis inflamar un corazón tan generoso como el vuestro allá en el fondo de los desiertos del Nuevo Mundo.

La IGLESIA ANGLICANA, *evangélica*, *episcopal*, *alta* ó *reformada*, que es la Iglesia oficial de Inglaterra, al separarse de la católica, conservó casi todos los artículos de la fe, según se ve del acta de Ratificación, que dice así:

«Este libro de los susodichos artículos fué nuevamente aprobado y confirmado para ser tenido y ejecutado en el reino por el asenso y consentimiento de nuestra Señora y Soberana ISABEL, por la gracia de Dios, Reina de Inglaterra, Francia é Irlanda, defensora de la fe. Los cuales artículos fueron deliberadamente leídos y de nuevo confirmados, por haber sido signados y firmados de mano de los Arzobispos y Obispos de la Cámara alta y por todo el clero de la Cámara baja en la convocación en el año de Nuestro Señor de 1571.»

De los sacramentos conservó sólo los del Bautismo y la Comunión, abolió muchas ceremonias católicas, y conservó ó instituyó otras; desconoció la supremacía del Papa, pero conservó el orden en la jerarquía eclesiástica de Obispos, presbíteros y diáconos; quitó los misterios relativos á la Virgen, y la invocación de los santos, pero dejó muchas de las oraciones por ellos; suprimió la misa, pero estableció la lectura obligatoria de la Biblia en las iglesias los domingos; y quitando todas las imágenes de las iglesias y prohibiendo su adorno, dió al culto cierto carácter que voy á describir





CATEDRAL DE SAN PABLO

advirtiendo que mis viajes no son lecciones religiosas ni filosóficas; que yo no digo que esto es bueno ni que es malo. y que para que todo el mundo pueda leerlos, me limito á contar lo que vi y presencié.

Los sacerdotes se pueden casar, pero hasta ahora no ha habido un solo Arzobispo ni Obispo que tome esposa, mientras que todos los presbíteros y diáconos sí se casan y tienen familia. En la calle los clérigos no usan vestido talar ni traje ó sombrero que los distinga de los otros hombres; pero vi á algunos, que no supe á qué secta pertenecían, con un cuello blanco. Las inmensas rentas de los Arzobispos y Obispos en Inglaterra, provenientes de tierras que como nobles poseen y de asignaciones en el presupuesto, el lujo con que viven y el boato que gastan, son motivo de amargas quejas en el pueblo, y hacen contraste con la rigidez y severidad de costumbres de los ministros de otras sectas, como la de los presbiterianos. Los Arzobispos y Obispos son verdaderos príncipes del reino, miembros de la Cámara alta y tienen mucha influencia en la política.

Los templos de la Iglesia reformada fueron en su origen católicos; sin altares ya y sin imágenes, se ven como vacíos, y han perdido ese carácter que yo llamaría *democrático*, que tienen, por ejemplo, los de Bogotá, en donde la esposa del Presidente oye la misa al lado de la hija del obrero, y la rica y la pobre se arrodillan juntas ante un mismo altar á recibir la comunión. En Inglaterra hay hasta iglesias aristocráticas; y empezando por la Reina, que tiene su tribuna, todas las familias tienen su *pew* ó sofá para asistir á los oficios divinos, por el cual pagan un alquiler anual.

La Iglesia reformada tiene su ritual de ceremonias y previene esto: «Se deben retener y usar en las iglesias y por los ministros, siempre que hubieren de ejercer su ministerio, aquellos mismos ornamentos que fueron usados en esta iglesia de Inglaterra por autoridad del Parlamento en el año II del reinado de Eduardo VI.»

Pero en las iglesias yo no vi ornamentos, ni flores, ni ceras; y los ministros, para oficiar, sólo se ponen una especie de sobrepelliz. Oí decir, pero no pude presenciar esa ceremonia, que cuando en Westminster oficiaba el Arzobispo, había gran pompa. En las iglesias no hay orquesta ni canto de ... Un magnífico órgano ó un pobre armonium, según la categoría, eso ...do.

El lector va á acompañarme á San Pablo, la gran catedral de Londres, ... lo que yo vi; pero debo advertirle que no soy un instruído *ciceroni*, ...iendo de arquitectura, ni puedo enseñarle nada, sino decirle sim...nte *vea;* y cuando juntos hayamos recorrido las naves y asistido á

una ceremonia, nos hemos de separar, cada cual juzgando, creyen admirando lo que tenga á bien.

Empecemos. Estilo bogotano.

Mal colocada está la iglesia, pues por todos lados la rodean edi que no permiten contemplarla de lejos ni la dejan lucir, y l tiendas de madera y de tablas, construídas sin duda provisionalme afean y le quitan toda majestad. Estos ingleses no saben apreciar l tienen. Aquí debiera haber una gran plaza como la de la Catedral en Bo

El frente es magnífico, pero no es imponente: es como una g sostenida por diez y seis columnas enormes, pareadas, que sostiene corredor más corto, sostenido á su turno por ocho columnas de otro o más pequeñas, y terminando en un frontón triangular como el del Par en el centro hay un medio relieve de piedra que representa la Conv de San Pablo, y en la cúspide del frontón está la colosal estatua del Pero todo esto es tan grande, tan elevado, tan suntuoso, que el alma pequeñece y no se atreve ni á pensar. Detrás está la verdadera fachad catedral, de la cual se ven descubiertas sólo las elevadísimas torr miden sesenta y ocho metros de altura.

En los costados de la derecha y de la izquierda de la cated también magníficos frontones, adornados con estatuas, de mar puede decirse que hay en San Pablo tres entradas á cual más suntu

El interior de la iglesia es imponente pero frío, no tiene ningún sin embargo, se siente uno como inspirado de un respeto incomp al entrar y ver la majestad de sus bóvedas, la elevación y fortale columnas, que tienen doce metros de espesor ; y allá en el cielo la cúpula, á ciento veintitres metros sobre nuestras cabezas, inmensa piedra sostenida en los aires, por cuyas ventanas entra la única alumbra la iglesia, pues toda está en una penumbra como la del an

Desde el pie de una de las naves laterales, cada una de l forman un templo, la vista contempla las inmensas arcadas, q lejos parece que se achican, que se estrechan, que se pierden, que necen en la oscuridad, hasta que al fin se ve un ángel en med claridad y rodeado de luz, que parece volar hacia la iglesia. Es una claraboya que hay al extremo de la nave, adornada con un magnífi en que está la imagen de San Rafael, de colores.

La nave del medio es un nuevo templo, más grande, más más suntuoso que los otros, en el centro del cual está la sostenida por doce columnas, con una galería ó corredor con de piedra. Pasearse por allí y mirar para abajo, daría vértigo; y

encima está la gran cúpula con otra galería y otra balaustrada, y más arriba la inmensa linterna, maravilla del mundo.

La media naranja está adornada por ocho frescos cuyas figuras son tan grandes que de abajo parecen del tamaño común de los hombres, y tan naturales que parecen desprenderse de la pared, y da miedo pasar por debajo de ellas.

El altar mayor está en el semicírculo con que concluye la iglesia, erigido sobre cuatro columnas con adornos, y á su lado el púlpito levantado sobre una águila de oro, con las alas abiertas, y el solio episcopal, con poca diferencia como están en las iglesias católicas.

Un órgano que tiene dos mil ciento treinta y tres voces, ocupa todo un lado de la iglesia, y es una obra admirable de escultura.

Las naves no están separadas del cuerpo de la iglesia por columnas, como las de la Catedral de Bogotá, sino por enormes muros de piedra; pero los arcos que tales muros forman son tan altos y tan anchos, que el todo es un solo cuerpo de una extensión y anchura prodigiosas.

San Pablo es grande pero no hermoso; no presenta, como Westminster, un aspecto encantador, ni inspira, como las catedrales góticas, un sentimiento de veneración religiosa, sino de admiración.

Las naves interiores del templo, las infinitas capillas que hay en esas naves y las anchas columnas divisorias de éstas, están llenas de monumentos de mármol, en donde los artistas ingleses han desplegado todo su genio y dejádose llevar de su fantasía para inmortalizar la memoria de los héroes, de los sabios y de los poetas de la Gran Brétaña, ó las acciones benéficas de algunos de sus filántropos.

Hay una gran lápida con esta inscripción :

CHRISTOFER WREN.

Si requeris monumentum circunspice !

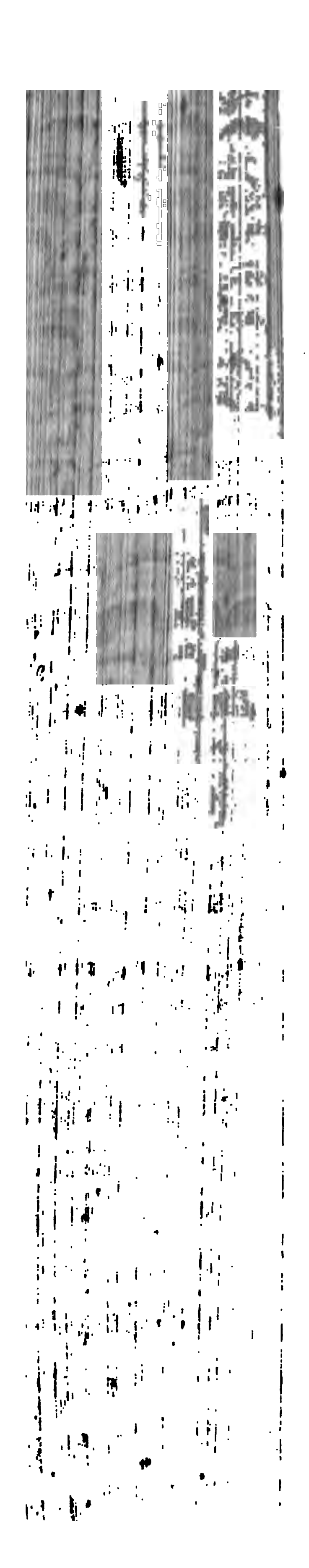
« Si buscas su monumento, mira todo á tu alrededor.»

Debajo está el cuerpo del arquitecto.

Allí está el monumento de *Juan Howard*, el filántropo; el de los pintores ingleses más acreditados, el de los arquitectos más famosos y muchos de generales y nobles no conocidos.

Pero debajo de la cúpula, con todo el orgullo inglés, se ha erigido la tumba de NELSON, que parece llenar la iglesia, que es toda de mármol negro; y sobre un sarcófago antiguo la obra más hermosa de escultura que ha producido el genio inglés.

Conocida la iglesia, vamos á asistir á las CEREMONIAS, para lo cual no hay



sino que tomar asiento en uno de los *pews* vacíos, apoderarse de Biblia de las que hay allí ó que generosamente le ofrece alguno de vecinos, y tener una actitud respetuosa, arrodillándose cuando los otro hacen, poniéndose en pié cuando todos se pongan, y quedándose sen si no ve hacer otra cosa. Con estas reglas se pueden visitar todos templos de Europa, y asistir á las ceremonias de los cristianos y de judíos.

Los ministros no tienen puesta más que una especie de sobre blanca; uno está en el púlpito y otros en el altar, en donde hay una mesa con panes de distinto tamaño, jarras de plata llenas de vino y del mismo metal.

Uno de los ministros que están en el altar, se vuelve al pueblo dice en inglés *Oremos* (en la liturgia anglicana no se puede emp latín).

Todos se arrodillan y con el ministro rezan el *Padre nuestro*.

Después lee esta oración :

«Todopoderoso Dios, para quien todos los corazones están ma todos los deseos conocidos, y ningún secreto encubierto. Purifica lo mientos de nuestros corazones con la inspiración de tu Santo I para que te podamos amar perfectamente, y celebrar dignamente nombre; por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

Y volviéndose al pueblo, clara y distintamente repite los diez mientos, y al concluír cada uno de ellos, el ministro y el pueblo re;

« Señor, apiádate de nosotros é inclina nuestros corazones á esta ley.»

El ministro reza esta oración :

« Dios Todopoderoso, cuyo reino es eterno y cuyo poder in propicio á toda la Iglesia, y dirige de tal manera el corazón de tu sierva VICTORIA, nuestra Reina, que conociendo á quien sirve, a cosas busque tu honra y gloria; y que nosotros y todos sus súbditos, presente de quién deriva su autoridad, la honremos, sirvamos camos con toda humildad y lealtad, en ti y por ti, según tu sant y tu disposición; mediante Jesucristo Nuestro Señor, que vive contigo en unidad del Espíritu Santo eternamente. Amén.»

El ministro que está en el púlpito lee entonces una epístol Pablo y un evangelio, y todos los asistentes toman su libro y le

Después en alta voz rezan el credo.

El mismo ministro predica un sermón, que es más bien plática que una oración elocuente.

do el sermón, el ministro en el altar dice en alta voz:
eráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el
olilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y
orad más bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay
la que los consuman, ni tampoco ladrones que los desentierren

haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que
con vosotros. Porque esta es la Ley, y los Profetas.»
tiene bienes de este mundo, y viendo á su hermano en nece-
ra sus entrañas sin compasión, ¿cómo es posible que resida en
de Dios?»
mosna de aquello que tengas, y no vuelvas tus espaldas á
e: que así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su

itativo según tus posibles. Si tuvieres mucho, da con abun-
oco, procura dar de buena gana aun de esto poco que tuvieres:
te atesoras una gran recompensa para el día del apuro.»
se compadece del pobre, da prestado al Señor, y éste se lo
us ganancias.»
venturado aquel que piensa en el pobre: el Señor le librará en
.»
s que esto dice, unos de los otros ministros bajan del presbi-
n plato de metal van recogiendo limosnas y las llevan á la mesa
á el pan.
stro dice:
os por toda la Iglesia de Cristo, militante aquí en la tierra.»
istentes rezan en voz baja una oración en sus libros.
estando todos arrodillados, el presbítero les dice:
nos en el Señor, los que intentáis venir á la santa Comunión
Sangre de nuestro Salvador Cristo, considerad cómo exhorta
todos á que se examinen y prueben antes que se atrevan á
quel Pan y beber de aquel Cáliz. Porque así como el beneficio
con corazón sincero y penitente y fe viva recibimos este santo
(porque entonces comemos espiritualmente la carne de Cristo,
Sangre; entonces nosotros moramos en Cristo, y Cristo en
mos uno con Cristo, y Cristo con nosotros); así es grande el
cibimos esto indignamente. Porque entonces somos reos del
ngre de Cristo nuestro Salvador; comemos y bebemos nuestra
, no haciendo discernimiento del Cuerpo del Señor; encendemos

la ira de Dios contra nosotros, y le provocamos á castigarnos con enfermedades y varios géneros de muerte. Por lo cual juzgaos á mismos, hermanos, para que no seáis juzgados del Señor; a verdaderamente de vuestros pecados pasados; tened una fe viva Cristo nuestro Salvador; enmendad vuestras vidas, y estad e caridad con todos; para que así seáis partícipes dignos de es misterios. Y sobre todo es justo que deis muy humildes y cordia á Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por la redención mediante la muerte y pasión de nuestro Salvador Cristo, Dios que se humilló hasta la muerte de Cruz por nosotros miserables que estábamos en tinieblas y en sombra de muerte, para hacern Dios, y exaltarnos á vida eterna. Y para que nos acordemos s excesivo amor de nuestro Maestro y único Salvador, Jesucris murió por nosotros, y de los innumerables beneficios que nos ad la efusión de su preciosa sangre; tuvo á bien instituír y ord sagrados misterios, como arras y prendas de su amor, y como memoria de su muerte, para nuestro grande y eterno consuelo. con el Padre, y el Espíritu Santo, demos (como estamos muy continuas gracias; sometiéndonos enteramente á su santa volunta y esforzándonos á servirle en santidad y rectitud verdadera to de nuestra vida. Amén.»

Y en común rezan esta otra :

«Omnipotente Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, todas las cosas, Juez de todos los hombres; nosotros confesamos los muchos pecados y maldades que en varias ocasiones hemos g cometido, por pensamiento, palabra y obra, contra tu divin provocando muy justamente tu ira é indignación contra nosotro nos arrepentimos, y nos dolemos amargamente de todas estas memoria nos aflige; su peso es intolerable. Ten misericordia d ten misericordia de nosotros, misericordiosísimo Padre; por tu H Señor Jesucristo, perdónanos todo lo pasado, y concede que en sirvamos y agrademos en novedad de vida, á honra y gloria de t mediante Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

Los diáconos reparten en sus asientos el pan y el vino á l á comulgar.

Y entre tanto el órgano resuena y todos cantan en los banc

Para concluír, el presbítero dice :

«Levantad vuestros corazones.»

El pueblo responde :

«Los levantamos al Señor.

«*Presbítero.* Demos gracias á Dios, Nuestro Señor.

«*Respuesta.* Dárselas es digno y justo.»

Y se termina con esta oración:

«Por tanto con ángeles y arcángeles, y con toda la compañía del cielo, alabamos y magnificamos tu glorioso nombre, ensalzándote siempre, y diciendo, Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria: gloria sea á ti, oh Señor altísimo. Amén.»

Esta es la ceremonia del domingo en que hay comunión.

La Iglesia anglicana se ha dividido con el tiempo en tres grandes grupos, á saber: la *high church* ó alta iglesia, que es la oficial; la *low church* (iglesia baja) que es independiente, y la *broad church* (ancha iglesia), que es la liberal; y como rota la unidad católica, el protestantismo se ha fraccionado en infinitas sectas, que se denominan *presbiterianos*, *metodistas*, *unitarios*, *puritanos*, *wesleyanos*, *cuakaros*, &c., cada una de estas sectas tiene en Londres sus templos, en donde practican los oficios divinos según su rito, y con las ceremonias que ha adoptado.

La Iglesia católica, poderosa en Inglaterra, tiene una organización independiente y libre, un Arzobispo Cardenal en Londres y Obispos en todos los condados como en los tiempos de la dominación en la isla, y grandes y magníficos templos; pero me reservo hablar del esplendor y magnificencia de su culto, para hacerlo al describir los templos de Francia.

Los judíos, en gran número establecidos en Inglaterra, y mezclados ya con la población, tienen también sus *sinagogas*, y de sus ceremonias hablaré en la parte relativa á Alemania.

Tiene también la *Iglesia griega* algunos sectarios en Inglaterra y una *capilla* en Londres.

Creo, sí, que no hay suficiente número de mahometanos para haber establecido una *mezquita;* pero la hay en el dominio inglés de Gibraltar.

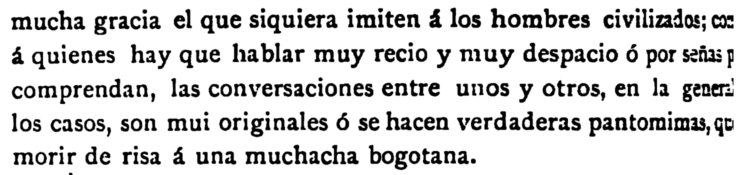
CAPITULO XVII.

**7 chistes—El teatro—Restaurantes y clubs—Las tabernas—*Publio-houses*—
e y D'Israely.**

:uento del gallego que escribía á su padre: « lo que más me ha
rprendido en Londres es que casi todos son extranjeros y hablan
›currencia de una señora de Bogotá, que creía que los ingleses no
ı porque eran sordos, y les gritaba siempre que tenía que decirles
'so aquél, tan viejo y conocido de todo el mundo:

« Admiróse un portugués
Al ver que en su tierna infancia
Todos los niños de Francia
Supiesen hablar francés.
—Arte diabólica es,
Dijo torciendo el mostacho,
Pues para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega á viejo y lo habla mal
Y aquí lo parla un muchacho»;

ue parecen absurdos humanos, son perfectamente verosímiles y
de uno cuando está en países extranjeros; y como, por otra
gleses, y principalmente las inglesas, miran á los colombianos,
le un país desconocido, como una especie de prodigios de la
á quienes hay que enseñarles todo y perdonarles todo, siendo



mucha gracia el que siquiera imiten á los hombres civilizados; co
á quienes hay que hablar muy recio y muy despacio ó por señas p
comprendan, las conversaciones entre unos y otros, en la gener
los casos, son mui originales ó se hacen verdaderas pantomimas, qu
morir de risa á una muchacha bogotana.

Y á propósito de PANTOMIMAS, este género de representacio
tanto entretienen y divierten á los *chinos* y á las mujeres de
en nuestra tierra, son hoy en el mundo las grandes represen
y las que ocupan todos los teatros, siendo preferidas á la ópera
á la comedia francesa y al drama moderno. Desde París hasta
desde Londres hasta Viena, las pantomimas de *La vuelta al m*
correo del Czar, *Fatiniza* y *Fantasca* se repiten todas las noches
las noches tienen espectadores.

La pantomima ha salido de Inglaterra y va en su carrera
fomentando el gusto del aparato y la fantasmagoría, hasta en
óperas francesas que se dan; y ha salido de Inglaterra, porque es
inglés, porque los ingleses son los mejores actores en este género,
mejores actores, por lo que decía mi amigo Luis Bernal: porque «lo
son muy bobos.»

Todos los payasos (*clawns*) que hay en los circos, en las fun
volatines y en las pantomimas de todas partes, salen de Inglate
payaso, cuyo único mérito era ser serio y estirado, se lo disputaro
teatros, pagándole como á una famosa cantatriz en otro tiempo,
mente lo vi en el circo *Rienck*, en Hamburgo, donde, apenas a
la escena, todos los espectadores reían á carcajadas.

—Ustedes nos ganarán en monumentos y bellas artes,
personaje colombiano, á quien la suerte no había dado más d
prontitud en las ocurrencias, á unos ingleses que vivían en Bog
nosotros les aventajamos en comer. Y esto lo aplico yo á la
chistes ingleses, el mejor de los cuales no es comparable á la
repentina de un *chino* descalzo de Bogotá.

Quizás mis lectores no conocen las ocurrencias del citad
eso pongo aquí algunas de las que recuerdo.

Cuando en la revolución de 1860, de repente fué ocupad
por fuerzas revolucionarias, G. salió á la puerta de la calle y pre
que pasaban :

—¿ Quién manda esta tropa ?

—El General Rico, le dijeron.

—¿ Quién ? le preguntaron los que estaban adentro.

—El General Latorre, contestó G.

—Nó, le dijeron los soldados, Rico.

—Vaya! en Colombia no hay más General rico que el General Latorre

Abría Cenón Padilla, en la misma época, algunas calles tapadas en el barrio de las Nieves, y G., que pasaba, le preguntó:

—¿Qué está haciendo ahí, don Cenón ?

—Abriendo calles al público.

—Hace usted bien, porque si esta revolución sigue, todos vamos á quedar en la calle.

Tenían preso en un cuartel á su hermano, y queriendo visitarlo, llegó á la puerta y dijo al cabo de guardia :

—Mi cabo, ¿ se puede entrar ?

—Sí señor, pase usted.

—Pero mi cabo, estando adentro, ¿ se puede salir ?

—Ah ! majadero, yo no sé.

—Entonces, la prudencia me aconseja no entrar.

Había dado en arrendamiento una de las tiendas de debajo de la casa en que vivía, á una mujer, y al oír que ésta golpeaba en la pared con el objeto de poner una percha, le dijo:

—Se me ha ocurrido una cosa: que donde se clava un clavo se arma un agujero; que el clavo se lo lleva usted, y yo me quedo con el agujero en la pared y el clavo adentro.

—¿ Por qué está usted tan pobre y tan mal trazado, habiendo heredado, y estando su cuñado tan rico? le preguntó un día un entrometido.

—POR ESO, le contestó G.

Se quejaba su hermana de que ni él ni ella hubiesen sido invitados á un baile de familia; y él, con sorna, la calmaba, diciéndole:

—Nosotros somos la *malva*. Si hay cólico en un niño, venga la *malva ;* le duele el estómago á mi cuñada, venga la *malva ;* pero habiendo baile, no sienta la *malva* en los floreros.

En una revolución le pidió como contingente el alcalde de la ciudad dos enjalmas ó albardas, suplicándole que se las mandara precisamente, pues quería quedar bien con el gobierno.

Él, sumiso al mandato de la autoridad, envió una enjalma, y le dijo al comisario:

—Dígale al alcalde que no sea exigente, que él con una albarda queda bien.

Al tiempo de morir mandó llamar con urgencia á su cuñado y al

escribano, quienes fueron apresuradamente, el primero creyendo algo que testar en su favor, y el segundo á prestar su oficio.

Llegaron cuando estaba agonizando, y le dijeron:

—Estamos aquí, reconózcanos; ¿qué desea?

—Morir como murió Cristo, en medio de dos...... Adiosi; dispensen!

Las pantomimas son chistosas ó serias: de las primeras Londres en infinidad de teatros, en donde se apuran los absurdos y vagancias más grandes, y son por lo regular los irlandeses los el pato. Es de maravillar en ellas la rápida variación de deco los fenómenos ópticos y engaños que pueden producirse con el luz, y las más chistosas mudanzas en el personal. Recuerdo que ellas, un galán, al tiempo de arrodillarse delante de la dama mano, se convierte en pavo, y la muchacha lo coge del moqui afuera de la sala. Así les debiera pasar á algunos galanes am mi tierra.

De los Estados Unidos vino á Inglaterra una diversión que llamada LOS NEGRITOS, que es una imitación de los moda reuniones, música y canto de los negros del Sur; imitación t uno se cree transportado á una provincia algodonera, y no p quienes hablan sean unos *catires* nacidos en la orilla del Tár

El gran teatro de las pantominas, de las farsas, de las ó y de las fantasmagorías es *La Alhambra;* y este vasto edifici contener cinco mil espectadores, se llena todas las noches d gentes del campo, obreros, estudiantes y mujercitas de mala hecho allí el centro de sus citas amorosas, y en donde se pre mayor lujo, queriendo cada una llamar la atención.

Hay allí un cuerpo de trescientas bailarinas de las muje y más bien formadas de toda Inglaterra, quienes han apre blemente el arte coreográfico y usan vestidos fantásticos y

Una noche que yo fuí, se representaba una fiesta en el veían al través de la luz, velada por las nubes, todos los dios majestad y de belleza, en las actitudes más elegantes, y ves adoraban los griegos. Esos dioses volaban por el espacio y su puesto al lado de Júpiter y Juno.

Reunido el Olimpo, empieza una fiesta original, fantás pintores la han ideado y los poetas cantado; y en ella hay b de ninfas, de seres alados, de mariposas, de escarabajos d y azules, que se mezclan y confunden como esas brumas d

yo de sol que entra por una ventana ; y las flores se animan y
ıturaleza baila y canta para las glorias del Olimpo.
nte la oscuridad invade el teatro, el Olimpo desaparece; y en
a noche estrellada, en el fondo del teatro, no se ve más que
de mármol, admirablemente delineada (esta estatua es una
niendo un reloj, cuyos punteros de luz pueden seguir marcando
e aparecen en números de fuego.
ce de la noche sale de entre el caos *una hora:* una mujer
un manto de terciopelo negro empieza un baile sombrío, lento
o, pero lleno de majestad. Viéndola bailar, uno se encanta; el
el reloj de luz marca la una, *la hora* se hunde, y por el oriente
arecer otra *hora:* una mujer vestida también de negro, pero de
ente, lleva por diadema una luna de diamantes que brillan
ad; la hora pasa, la ninfa se oculta, y en su lugar aparecen
como sombras, hermanas, que se abrazan, bailan y desaparecen
la estatua de mármol no se rinde, no se mueve, no pestañea
el reloj, que sigue marcando las horas, hasta que llegan las
r. Principia por unas ninfas que se divisan un poco más,
color indefinible, que bailan más alegres, y á quienes sigue
baile una luz indecisa que viene del cielo y que sólo á ellas
s ninfas se van cambiando, desapareciendo y aumentando
ras avanzan: ya son vestidas de azul transparente, y la luz que
es azul también; ya de rosado, y la luz del cielo es una ráfaga
Lo admirable es que la ninfa de la media noche es hermosa,
guida como una hija de Cartagena, ; y hermosas y de distinta
n todas las que siguen, hasta que las de la mañana son rosadas,
morosas como las niñas de quince años en Bogotá.
Aurora derramando ella misma una luz de oro que la sigue ;
carro, ninfas que tejen guirnaldas bailando; y al fin una luz
mo la del sol, radiante, ilumina el teatro: la naturaleza se anima,
s ninfas, aparecen, las flores se mueven, los seres alados, las
los escarabajos dorados, azules y verdes vienen bailando, y
atronadora se oye por todas partes.
elón y está uno en Londres en *Leicester-Square;* y oye el reloj
que da las once de la noche, hora á propósito para ir á un
á cenar.
STAURANTES ingleses carecen del lujo, elegancia y buen
s restaurantes franceses; mas como allá hemos de llegar
, me limitaré á explicar la causa de la diferencia. En Londres

todo el mundo vive en su casa y reúne en ella todo el *confort* posible; y en París todo el mundo vive fuera de su casa, y va á buscar el restaurante más elegante; en Londres no hay los millones de extranjeros que van á París á conocer y á gastar, y que pasan todo el tiempo que les sobra en los restaurantes; y en Londres el que va á esos lugares es á comer, porque tiene hambre.

Hay cierto orgullo en mantener las tradiciones; así es que hay restaurantes donde se come el mejor *beafsteak*; otros donde se sirven las mejores costillas de carnero; otros que conservan una fama secular por las tortillas, y otros, en fin, donde el pan y el queso son excelentes; pero en todos encuentra el viajero variedad de platos con que saciar su apetito; en la mayor parte sirven mujeres jóvenes, y reina un aseo y una pulcritud que después se extraña.

Los ingleses lo comen todo crudo, la carne sangrienta y las papas y legumbres cocidas simplemente en agua. Esto para el sur-americano es intolerable; y no le basta hacer lo que hacen allí: preparar la comida después de servida, poniéndole mantequilla, aceite, vinagre, mostaza ó pimienta, ó una de las mil salsas que en el taller se ostentan en infinitos frascos. En frente de la sala está el precio de cada plato; así es que el viajero puede pedir lo que le convenga según el estado de su bolsillo; y no le sucede lo que en Francia, esto es, que jamás puede saber cuánto le cuesta una taza de café negro ó un huevo, por la infinidad de socaliñas establecidas con tal propósito; pero no debe ser tampoco imprecavido en lo que pide, según la calidad. En un restaurante al cual fuimos con el señor Pérez y dos señoritas, una de ellas se limitó á pedir unos duraznos. Un durazno bueno en Londres vale un centavo; pero mi amigo, que en nada de gastar se fijaba, escogió una cestica que contenía cinco duraznos, y nos costaron nueve chelines.

El Club es una institución social en Inglaterra, de donde ha salido para fundarse en todas las partes del mundo; y de tal manera se ha generalizado, que todos saben hoy lo que es un *club*, y quizás no hay ya hombre civilizado en la tierra que no pertenezca á alguno. Un humorista ha dicho que cuando un inglés concibe un pensamiento, busca á otro que se lo comprenda, y conseguido esto, fundan entre los dos un *club*, del cual el uno es presidente y el otro secretario, y detrás vienen todos los que piensan de la misma suerte.

El número de *clubs* en Londres es infinito: toda profesión ú oficio, toda aspiración social, toda opinión, toda tendencia, toda inclinación, toda diversión tiene su *club* especial, que toma el carácter y color de las personas

siendo unos, verdaderas sociedades científicas ó literarias; nes de beneficencia; éstos, lugares de citas para negocios; evolucionarios, y la mayor parte sitios de conversación, de canso y de recreo.

son magníficos palacios, amueblados con suntuosidad y uminados, á los cuales sólo pueden penetrar los socios ó las os lleven, á toda hora en los días comunes, á la señalada el y reina en ellos por lo general un orden y compostura mayor ıras; y como los ingleses son tan amigos de tres cosas,— actitud y la costumbre,—hay *clubs* adonde se asiste de frac a blanca, y donde se reúnen á comer todos los días, desde ıcuenta años, unas mismas personas; allí los hijos suceden on tan estirados y serios como éstos fueron.

ιb hay comedor provisto de viandas y vinos para el consumo cada cual le conocen su gusto y su paladar y lo halagan, nero y lo atienden con especialidad; y ésta es la causa de le cierta posición no concurran nunca á los restaurantes biertos para el público.

ı á su inmensa población, hay en Londres pocos *cafés*, y concurridos por los ingleses; hállanse con más frecuencia ınos, franceses y españoles residentes en la ciudad.

ıs no son en Londres, como lo indica su nombre en os de vicios, sino grandes establecimientos y fábricas le van gentes notables á tomar una copa de vino ó un vaso unas han adquirido un nombre universal, como la *London* citas y *meetings* políticos, adonde concurren los mejores ıtar el programa de su candidatura á la Cámara, ó á explicar su conducta como ministros.

anos recordarán con placer que fueron los obreros de la quienes sacaron á látigo al general Haineau cuando fué á el dinero que había recibido del Austria por haber vendido niendo que intervenir la policía para salvarlo. Esta sanción rrible ha sido una de las más severas lecciones que ha lo.

-HOUSES (casas de venta de licores) sí presentan un aspecto e todo los situados en los barrios de los obreros; pues allí que lleva á los concurrentes, y se muestra en toda su ez.

nda, el *bar-room*, que tiene al frente un mostrador, en el



que hay pipas de metal, vasos de cristal é infinidad de copas de [illegible] y [illegible] en [illegible] en ella y formando u
se encuentran muchos barriles pequeños con rótulos que exp
contenido: Brandy, Agua, Ponche, [illegible] de manera que al tome
del barril correspondiente se le da al consumidor un vaso del licor

Fuera del mostrador como se ve á nuestros indios de las
domingos por la tarde en las tiendas tomando chicha, así est
bebiendo aguardiente siempre varios ingleses y muchas inglesa
de ellas muy hermosas, otras muy feas y vestidas como locas,
diversos grupos, animados por el licor, en los cuales hay con
estúpidas, y se oyen carcajadas estrepitosas.

—Dame ginebra, le dicen las mujeres que están en la pu
paso. Sí, dame, dame; y lo van tomando por el brazo y acaric
haciendo entrar.

—No, no, no, es preciso decir, y escaparse.

—¡Ah miserable mendigo! le gritan entonces.

Los sábados por la noche es muy expuesto pasar por alg
no debe entrarse nunca á un *public-house* desconocido, porq
la policía, ó le quitan el dinero al viajero, ó lo obligan á q
darles de beber, ó lo insultan y lo maltratan.

El *tap-room* es una pieza inmediata á la tienda, en dond
más formales, los que tienen con qué pagar, los que no estafan
sentados en unos bancos duros que tienen al frente me
sencillas, cargadas de copas.

Casi siempre el inglés bebe solo y callado, hasta que ya
su cabeza: otras veces se juntan dos (siempre hombres);
penoso que ver la ansiedad con que apuran, uno en pos de ot
ginebra.

En el interior de la casa está el *parlor*, que es una
alumbrada, aseada y dividida en pequeños departamentos p
de baranda que circunda las diversas mesas, al rededor de
grupos de personas *respectables* que van á beber; y en efecto
honrados comerciantes, algunos fabricantes, escritores oscuro
acomodados, á gastar sus ahorros en beber.

Como es natural, los *public-houses* son lugares de desor
peleas, de cuchilladas y de escándalos; y sin embargo, las
public-houses, en las últimas elecciones, en la gran lucha na
en que se ventila no sólo lo relativo á Inglaterra, sino tam
exterior de ésta, y de la cual depende la suerte de mucha

lición de muchos pueblos; en la lucha eterna entre *torys* y *wigs* esentada últimamente por lord Beaconsfield y M. Gladstone, inclinaron alanza y dieron el triunfo á los *torys*.

Voy á decir por qué:

Durante el ministerio de Mr. Gladstone, y más que por celo religioso, espíritu de moralidad, se dió la ley que sigue:

«Yo, Victoria Reina: considerando seria y religiosamente que es nuestro r indeclinable dedicarnos antes que todo á aumentar el servicio y onor de Dios Todopoderoso, así como á desalentar y suprimir todo o, práctica profana, relajación é inmoralidad, &c., prohíbo é impido las presentes, á todos nuestros fieles súbditos, de cualquiera condición ase que sean, que jueguen el día domingo á los dados, á los naipes ó á lquiera otro juego, en las habitaciones públicas ó en las privadas, ó en lquiera otra parte; y por las presentes los requiero y les prevengo que os mis súbditos asistan con decencia al culto de Dios, cada día del ior.

«Y prevengo á los magistrados que tengan el mayor cuidado en pedir que los dueños de tabernas ó de cualquiera otra casa de venta lica de licores abran en domingo, ó consientan en sus casas á nadie, ante los oficios divinos en el día del Señor.»

En Inglaterra hay que optar los domingos entre la iglesia y la taberna; omo la incredulidad gana terreno en este siglo, y el domingo es el que el obrero tiene tiempo para embriagarse y el en que recibe su jornal la semana, al impedir la venta de licores ese día y cerrar todos los blecimientos, se arruinó á muchas casas y se mató una industria de la l vivían millares de personas.

Pero no fué esto sólo: en las sesiones anteriores los *wigs* habían sentado una ley en que se prevenía que á las doce de la noche de todos días comunes se cerrasen todas las tabernas y *public-houses;* y por tivo de la política exterior el Parlamento se disolvió.

En las inmediatas elecciones los taberneros, cerveceros, destiladores aguardiente y todos los envenenadores de las clases pobres, formaron masa inmensa que, puesta en uno de los platos de la balanza política, un triunfo decisivo á los *torys;* y como consecuencia, Irlanda volvió mblar, los católicos á padecer, Inglaterra se anexó la hermosa isla de dia y se apropió el Canal de Suez, para ser dueño del Egipto.

No entro en detalles sobre la política inglesa, ajenos á mi propósito. los saben que en la Gran Bretaña «la Reina reina, pero no ierna»: lo hace en su nombre el ministerio que elige según la mayoría

de las Cámaras, constituído siempre por el primer ministro,
leader, es decir, el director de su partido : ministerio que toma e
de aquel Ministro, que, en realidad de verdad, es quien gobierna l
y dirige la política del mundo.

En la época en que estuve en Inglaterra, era el *leader* del par
Sir Gladstone.

GUILLERMO EDUARDO GLADSTONE, hijo de una familia distin
educó en la Universidad de Oxford, y muy joven todavía, impre
las doctrinas de esa universidad, escribió un libro en que pre
ardientemente la alianza del trono y del altar y el dominio exclus
Iglesia anglicana en todos los pueblos de Inglaterra.

Protegido por el Duque de Newcastle, entró como conserva
Cámara de los Comunes en 1832, y Sir Roberto Peel lo hizo *junio*
la Tesorería, y Subsecretario de Estado; y en 1845 Gladstone
Ministro de las Colonias, y Presidente de la Cámara de Comercio.

En este puesto fué el más activo colaborador del ministerio l
las leyes sobre libertad de comercio de granos, libre cambio y ba
derechos de aduana en los artículos para el consumo del pueblo.
época también hizo una manifestación despidiéndose de los elect
condado que lo había elegido, diciendo que él no era *tory;* pero la
sidad de Oxford lo eligió Diputado, y fué llamado varias veces a
de Ministro en gabinetes liberales ó de colisión, en donde se mostr
rado en todas sus opiniones, favoreciendo siempre las leyes prote
los pobres.

Fué en 1866 cuando Gladstone se levantó á la altura que hoy
primer hombre de Estado de Inglaterra y quizás del mundo
y esto tuvo lugar con motivo de las leyes sobre Irlanda y de los
de ese país.

Voy á expresar brevemente cuál era la situación de esta isla
ción á Inglaterra.

Por consecuencia de la conquista y de las guerras de religió
las tierras de Irlanda fueron de lores ingleses, que jamás iban á
piedades ; y los irlandeses eran simples arrendatarios de las tierras
que el lord los podía despedir á voluntad. Todas las propiedades
de la Iglesia católica fueron expropiadas y aplicadas al sostenimie
Iglesia anglicana, que no tenía creyentes en Irlanda ; y no había
versidad que la de Dublín, que era protestante. Además, había o
leyes vejatorias de los católicos y que se extendían hasta á los resid
Inglaterra.

ıpo atrás venía Irlanda luchando contra este orden de cosas, te había organizado á los FENIANOS en una gran conspiración ıancipar su patria, pero que de decepción en decepción había ı asesinatos y en hacer volar los edificios públicos, sin espe-ención ; y el último atentado, en que habían hecho los irlan-na prisión y morir á más de cien personas inocentes, les había simpatía en Inglaterra.

ı, un Diputado de Irlanda presentó á la Cámara algunas leyes su pueblo, y trazó el cuadro triste y miserable de la isla. El rió ; Mr. Bright, en la oposición, las defendió, y Sir Stafford Ir. Gladstone, en medio de la atención general, se levanta, glaterra es responsable de los crímenes de los irlandeses, ıbre la cuestión irlandesa la solución más radical que pudiera ue nadie, sino él, se atrevería á presentar. «La iglesia anglicana, glesia oficial, debe dejar de existir en Irlanda.» Las aclama-ıron por todas partes entre los liberales ; pero D'Israely estaba testó enérgicamente ; los dos campeones se reconocieron, se para combatir cuerpo á cuerpo, y comenzaron esa lucha de no cesó sino con la muerte del conservador.

mismas sesiones Mr. Gladstone presentó esta proposición: ı considera como necesario que la Iglesia episcopal de Irlanda ıtir como Iglesia del Estado ; bien entendido que los sueldos gos serán mantenidos durante su vida.» Esta proposición, na discusión de muchos días, fué al fin votada por trescientos inco votos contra doscientos sesenta y cinco. Lord Russell pensamiento ; y D'Israely, viéndose perdido, disolvió el y convocó á nuevas elecciones ; pero éstas le dieron á na mayoría de cien votos en la Cámara. Entonces ya no se lir la supresión de la Iglesia, sino que engrandeció su plan en Irlanda, á la que comparó con un viajero que se ha ajo de un MANZANILLO; y dijo: «Las tres ramas del MANZANILLO la Iglesia anglicana, el regimen de la propiedad y el sistema ión.» Esto, dicho por un ministro de la Reina, en Inglaterra y ante una iglesia poderosa é influyente; desafiando las cóleras ıd fanática, de los lores propietarios á quienes se iba á expropiar, bispos, obispos y clérigos que vivían de las propiedades y rentas ıdeses, exigía gran valor; era herir no sólo las creencias y de los favorecidos, sino también, en la rivalidad entre los dos ıerse de parte del conquistado, del débil, del oprimido, para

lo cual necesitaba tener muy firmes convicciones y despreciar la efímera popularidad que á los hombres públicos da siempre el ponerse al servicio de los favorecidos, apoyando las preocupaciones de su época.

En 1869, como jefe del gobierno, presentó formalmente la «Ley de abolición de la Iglesia oficial en Irlanda.» Por tres horas habló ese día en defensa de su proyecto, con admirable lucidez, y expuso su sistema: de las consideraciones morales más elevadas en favor de los católicos, bajó á las más áridas cuestiones de cifras, explicando cómo pensaba realizar esta gran reforma y qué recursos pensaba sacar de la secularización de los bienes de la Iglesia de Irlanda. Mr. Bright, jefe radical, lo apoyó, y dijo: «La Iglesia episcopal de Irlanda es la Iglesia de la conquista. Esto es verdad no sólo históricamente, sino también porque es imposible que el culto profesado por una ínfima minoría de protestantes haya podido establecerse durante tres siglos en medio de una nación eminentemente católica, sino por derecho de conquista. La Reforma protestante trae como principio el que cada pueblo elija su iglesia y su culto, y el hecho de sostener una iglesia protestante en un pueblo católico es la más flagrante violación de la Reforma que ha tenido lugar desde Lutero. He dicho, y lo repetiré: la política de Inglaterra con relación á Irlanda ha hecho del catolicismo una religión á la cual el pueblo irlandés se ha adherido con un heroísmo sublime, y por esa religión sus hijos están siempre dispuestos á pelear y á morir. Esta ley, aboliendo la iglesia oficial, promoverá una íntima y sólida alianza entre Irlanda é Inglaterra, y dará calma al pueblo. Me atrevo, pues, á pedir para ella el apoyo de todos los hombres pensadores, dentro de los límites del imperio británico, y no dudo que su adopción será bendecida por el Ser Supremo en sus benéficos resultados, porque ella está fundada sobre los principios de justicia y de bondad, que son los atributos de su eterno poder.» Gladstone triunfó: la ley se dió, y fué consumada la emancipación de un gran pueblo.

Quedaban aún dos ramas del manzanillo, que ahogaban á Irlanda: la principal, el régimen de la propiedad de los nobles ingleses, y la inseguridad de los arrendatarios, que mantenían estéril la isla, abandonada la agricultura, atrasado el comercio y miserable y hambriento al pueblo, que en masa emigraba, amenazando dejar desierta la isla.

El ministro Gladstone cortó esta rama y consiguió una ley en que se concedía á los arrendatarios el derecho de retener la propiedad, en que por siglos habían trabajado, hasta que el *land-lord* les diese una indemnización, si quería despojarlos, y les pagase las mejoras. Esto alivió instantánea-

condición del pueblo, pero hizo bajar el valor de las propiedades bles en un veinte por ciento ; y ellos no se lo perdonaron.

ctividad reformadora del gabinete Gladstone no se agotó con estas les medidas. De 1870 á 1873 hizo examinar todos los ramos de la ación, y en todos destruyó lo existente é introdujo novedades que á los *torys*. En 1870 estableció un sistema general de enseñanza eficaz para toda la Inglaterra y el país de Gales : creó comisiones electivas, en las cuales fueron admitidas las mujeres. En 1871 el sistema de reclutamiento. En 1872 estableció el sufragio secreto, ancipar al ciudadano de la influencia del propietario y sus agentes; la abolición del juramento universitario, que privaba á los católicos judíos de entrar á las universidades de Oxford y de Cambridge sto contra D' Israely); la abolición de la ley que prohibía á los pos y obispos católicos en Inglaterra usar sus títulos y dictar los s de disciplina de la iglesia ; y, en fin, la libertad de comercio y el ambio fueron establecidos.

uédaba la tercera rama del manzanillo en Irlanda: la universidad tante y el sistema de enseñanza; y Gladstone fué á cortarla; pero ró por delante á D'Israely, que en un discurso en la Cámara le dijo: is despojado las iglesias, amenazado á todas las corporaciones respe- turbado todas las profesiones, y os habeis mezclado en los negocios os en Irlanda; nadie está seguro de su propiedad allí ; nadie sabe á ligaciones estará sometido mañana ; y el país está cansado de a política de confiscaciones.»

os lores, los amigos de la *vieja Inglaterra*, los fanáticos, los taberneros edores de licores, como he dicho, se unieron, y Gladstone cayó.

ro no hizo tal cosa impunemente el pueblo inglés, pues á la política y generosa del jefe radical se sustituyó la hábil y suspicaz de ly en las relaciones con todas las otras naciones. Las rivalidades guadas con Francia se reanimaron; la Rusia desconfió ; y varias s se formaron contra la Gran Bretaña. Expediciones peligrosas ron á los hombres de Estado: los tratados sobre libre cambio, en glaterra fundaba su grandeza, fueron denunciados, la política se Irlanda se agitó de nuevo, y empezaron los asesinatos de las autori- la nación comprendió al fin que no se lleva la bandera liberal en ndo haciendo portaestandarte á un viejo *tory ;* y en medio del smo popular, llamó de nuevo al gobierno al jefe radical que tantos paz y de gloria le ha dado después á su nación.

ra el *leader* del partido *tory* D' Israely.

Benjamín D'Israely era de origen judío, raza mal mirada en despreciada por los nobles, perseguida por el pueblo y por redimida y levantada, á fuerza de trabajo y de combatir las pre populares, por los *wigs*, hasta lograr que los judíos fuesen i cristianos de todas las sectas y ciudadanos de Inglaterra. Su D'Israely, hijo de un banquero judío inmensamente rico, dejó y se dedicó á la literatura, y es el autor de las *Curiosities* *Calamities of authors* y *Amenities of literature*, y de otras dieron gran reputación, pero que no lograron alcanzarle una bu en la sociedad.

Benjamín recibió de su padre una brillante educación fortuna, que no supo emplear en sus primeros años. Escribió fueron aceptadas; redactó periódicos liberales, y no hicieron presentó como candidato á la Cámara, gastó su fortuna en la obtuvo éxito ninguno.

Pero él tenía genio y la impaciencia natural del que sien un fuego inextinguible que los otros no ven, y cambió de vía conversión sincera á las antiguas doctrinas, bien por ver m satisfecha su ambición; y empezó á escribir y á trabajar viejo *torismo* con el ardor que emplean siempre los nuevos co

No le costó poco trabajo el ser admitido en las filas co sólo después de muchos años de escribir y defender su causa enviaron á la Cámara, en donde fué tan mal recibido, q discurso nadie lo escuchó; y él, colérico, dijo: «Hoy no oyen pero mañana el mundo entero las escuchará.»

Así fué: los *torys* comprendieron que jamás habían tenid tan ardiente, y los liberales, que tenían al frente un enem por lo cual los primeros lo hicieron el *leader* ó el campeón d

En Inglaterra, como en Alemania y en Bélgica, los gr están marcados: no hay términos medios ni facciones d adhieren, se disuelven, y fluctuando eternamente, dan á carácter incierto y voluble que de ordinario la hace estéril, en Francia, en Italia y en Colombia. Además de esto, por de que no he podido darme cuenta, la ambición de los hom no llega, como entre nosotros, hasta desear todos ser los prim se van afiliando detrás del que ha levantado la bandera y abanderado por muchos años, cuando no lo es durante su vid

La formación del ministerio no es difícil por esto: constituírlo á contentamiento del *centro* ni de la *izquierda*, de

extrema derecha, &c.: basta que la Reina sepa quiénes tienen
Cámara, y encarga al *leader* de ese partido que forme el
on él gobierna hasta que pierde la mayoría.
que la tuvieron en la Cámara los *torys*, fué D'Israely
ierno, y prestó á su país importantes servicios en la política
ıanejó con grande habilidad, sin comprometer á la Ingla-
ıs con las otras potencias europeas, valiéndose de las que
ra obligar á la vencida á hacerle concesiones; extendiendo
n la India, y anexando cada día al Gobierno de Inglaterra un
ınte en la extensión del mundo.
ólo hacía esto, sino que, exaltando el orgullo inglés, proveía
ıgrandecimiento y á la nobleza de su raza. Napoleón era
Francia; Guillermo, Emperador de Alemania; Alejandro,
Rusia, y Francisco, Emperador de Austria; mientras que
a más que Reina, título más humilde y menos deslumbrador
tros, y que sonaba menos hermoso allá en Oriente.
ɔs ingleses no hubieran permitido que su Reina los gobernase
, y además, quieren tanto sus viejas tradiciones, que hubieran
ambio como una profanacion; pero D' Israely se acordó de
dominio inglés, más grande y más poderoso que todos los
uropa, que era sólo una colonia de Inglaterra, y que sin título
Reina, y propuso al Parlamento que se erigiera allá un
e la Reina Victoria fuese proclamada « Emperatriz de las

tectorado de las islas Sandwich, ni la compra del Canal de
exión de Candia, habían satisfecho tánto el orgullo inglés
izo este pensamiento; y la graciosa soberana, en recompensa,
y le dió el título de Lord Beaconsfield, título con que
gó á su familia y con el cual será conocido en la Historia.
padre de D' Israely es el libro *Literatury curiosities;* y
lector descanse de tantas descripciones, inserto algunos
de dicha obra traduje al español, en mis *ratos de ocio*, como
atos.

CAPITULO XVIII.

Curiosidades literarias por J. D'Israely.

POBREZA DE LOS SABIOS.

POCAS veces la fortuna ha condescendido en ser la compañera del genio: todos encuentran mil caminos para llegar á su palacio, pero no hay más que uno abierto, y éste muy difícil para los hombres de letras. Si nosotros erigiéramos un asilo para los genios venerables, como lo hacemos para los valientes y para la parte desvalida de los ciudadanos, este asilo podría llamarse *Hospital para los incurables.* Si la fama no protege al hombre de genio contra el hambre, la caridad debiera hacerlo, y tal acto no debería mirarse como una deuda pagada por la sociedad á un miembro desamparado, sino como un tributo ofrecido por nosotros al genio. Aun en estos tiempos ilustrados, ¡cuántos no han vivido en la oscuridad, mientras que su reputación estaba anchamente extendida, y han perecido en la pobreza, mientras que sus obras han enriquecido á los literatos!

Las historias de los héroes de la moderna literatura son tan numerosas como melancólicas.

Xilander vendió sus notas sobre Dión Cassius por una comida; él dice: «A la edad de diez y ocho años yo estudiaba para adquirir gloria, y á la de veinticinco para ganar pan.»

Cervantes, el inmortal genio español, vivió siempre miserable. Camoens, el único orgullo de Portugal, privado de lo necesario para la vida,

murió en un hospital de Lisboa. Este hecho ha sido referido en una nota escrita por un fraile, que fué testigo de la escena de muerte del poeta, que recibió de sus manos la obra que hoy conserva su melancólica memoria. «¡Qué cosa tan lamentable, dice, ver á un genio tan grande, tan mal recompensado! Yo lo vi morir en un hospital de Lisboa, sin tener una sábana ni cubierta alguna, después de haber triunfado en las Indias orientales y navegado cinco mil quinientas leguas. ¡Qué buena lección para los que se fatigan noche y día estudiando sin recompensa!» Un hidalgo reprochaba á Camoens no haber cumplido su promesa de escribirle unos versos, y él le contestó: «Cuando yo escribía versos, era joven, tenía bastante aliento, era amante, y amado por mis amigos y por las mujeres: entonces yo sentía un ardor poético; ahora no tengo espíritu ni paz en mi alma: ved allí á mi Juan, que me pide dos sueldos para carbón, y yo no tengo cómo dárselos.» Los portugueses, después de que lo mataron de hambre, le dieron el título de *Grande*.

Vondel, el duque de Shakespeare, vivió en la pobreza aun después de haber compuesto un crecido número de tragedias populares, y murió así á la edad de noventa años: entonces su ataúd fué cargado por catorce poetas que, sin tener su genio, participaban sí de su desventura.

El ilustre Tasso estuvo reducido á tal estado de pobreza, que se vió obligado á prestar una *corona* á un amigo para subsistir por una semana. Él alude á su posición, en un lindo soneto dirigido á su gato, suplicándole que lo auxilie por la noche con el brillo de sus ojos. «*Non avendo candele per inscribire i suiversi.*»

Cuando la generosidad de Alfonso habilitó á Ariosto para edificar una casa, ésta quedó tan mal adornada, que se le dijo no convenir á un hombre que había levantado tan hermosos palacios en sus escritos; y él contestó: «*Che parvile pietre e purvi le parole non é il tentores medesimo.*» Esta casa se muestra todavía en Ferrara. *Parva red opta* la llamaba él, ostentando que la había edificado con su dinero. Esto lo decía en un momento de buen humor de que no siempre gozaba, porque en sus *Sátiras* se queja amargamente de la esclavitud, de la dependencia y la pobreza. Entonces no pensaba él que *Il Comune* hubiera de comprar su casita para dedicarla como un monumento á su inmortal memoria.

El distinguido cardenal Ventivoglio, honra de Italia y de la literatura, pereció en la vejez acosado por la más espantosa miseria, y habiendo vendido su palacio para satisfacer á sus acreedores, á su muerte no dejó más que su reputación. El erudito Pomponio Laeto vivió tan miserable, que su amigo Platino, que escribió un libro de cocina, habla de

él en su obra, diciendo que si á Laeto le hubieran robado un par de huevos, no habría encontrado con qué comprar otros. La historia de Aldrovando es noble y patética: habiendo gastado una gran fortuna para formar un gabinete de historia natural, y habiendo empleado á los primeros artistas de Europa, murió después en el hospital de aquella ciudad, á cuya fama había contribuído eminentemente.

Du Rier, célebre poeta francés, tenía que escribir con la mayor rapidez y vivía en una choza, en un pueblo oscuro: los libreros le compraban sus versos de más de cien piés á cien sueldos, y los de menos á cincuenta. ¡Qué interesante pintura nos da un autor contemporáneo de una visita hecha al pobre é ingenioso autor! « En un hermoso día de verano, dice, fuimos á visitarlo á alguna distancia de la ciudad. Nos recibió con placer, habló de sus numerosos proyectos y nos mostró varias de sus obras; pero lo que más nos interesó fué que aunque estaba temeroso de descubrirnos su pobreza, nos dió, sin embargo, algunos refrescos. Nos sentamos debajo de una espesa encina, se extendió el mantel sobre la yerba, su esposa nos trajo leche, agua fresca y pan negro, y él nos limpiaba un canasto de cerezas. Nos invitó á comer, pero nosotros no tomamos un bocado de este hombre amable sin derramar lágrimas, al verlo ya viejo, tan mal tratado por la fortuna, y no teniendo nada más que dejar á su familia sino su gloria literaria.»

Vaugelas, el escritor francés más puro, que gastó treinta años en la traducción de Quinto Cursio (paciencia que los traductores al vapor no podemos concebir), murió sin poseer nada valioso, sino sus preciosos manuscritos; y dejó su cuerpo á los cirujanos para el pago de sus acreedores.

Luis XIV honraba á Racine y á Boileau con una audiencia privada cada mes. Un día el rey preguntó: ¿ qué hay de nuevo en el mundo literario ? Racine contestó que un espectáculo melancólico en la casa de Corneille, á quien había encontrado muriéndose y sin tener siquiera una taza de caldo. El rey guardó un profundo silencio, y mandó al poeta una suma de dinero.

Dryden vendió á Thomson por menos de trescientas libras diez mil versos, como puede verse en el prólogo con que han sido publicados.

Purchas, que en el reinado de Jacobo I gastó la vida en viajar y estudiar para formar su obra de *Relación del mundo*, cuando la publicó, en recompensa de su trabajo fué reducido á prisión por pedimento del impresor. Y éste era el libro que, según dice el autor en su dedicatoria á Carlos I, su padre leía todas las noches con provecho y satisfacción.

El marqués de Worcester, en una petición al parlamento en el reinado de Carlos IV, ofreció publicar los cien procedimientos y máquinas enume-

radas en su curioso *Centenario de invenciones*, con tal de que se le diese con qué « salir de las dificultades en que se había envuelto para conseguir sus útiles descubrimientos.» La petición no fué atendida, y muchos de estos descubrimientos se perdieron. El movimiento por vapor y el telégrafo estaban entre ellos.

Aparece por escritos de 1524, que Rushworth, el autor de las *Colecciones históricas*, pasó sus últimos años en la cárcel por deudas, en donde sin duda murió. Después de la restauración, cuando él presentó al rey varios de los libros de los Concilios que había preservado de la ruina, recibió por toda recompensa las *gracias de su Majestad.*

Rymer, el colector de la *Fœdra*, debió haber estado en una melancólica situación, según la siguiente carta, dirigida por Pedro Norroy al Conde de Oxford:

« Deseo por el bien de Mr. Rymer, dice el historiador, manifestar á su Señoría el estado de sus negocios. Él se vió obligado hace algunos años á disponer de todos sus libros impresos para subsistir, y ahora dice que vende todos sus manuscritos al mejor postor, si su Señoría no quiere comprárselos para la librería de la Reina : son cincuenta volúmenes en folio, sobre asuntos públicos, que él ha recogido pero no impreso ; y el precio que demanda es el de quinientos florines.»

Simón Ockley, erudito conocedor de la literatura oriental, dirige al mismo Conde una carta en que pinta su congoja con sombríos colores. Después de haber consagrado su vida á los estudios orientales, entonces muy poco conocidos, tuvo el sentimiento de fechar el prefacio de su grande obra en el Castillo Cambridge, en donde estaba confinado por deudas, y con un aire de triunfo manifiesta el entusiasmo de un mártir por la causa en que perece.

Publicó su primer volumen sobre la *Historia de los Sarracenos* en 1808, y ardientemente consagrado á sus estudios orientales, publicó el segundo diez años después, sin protección ninguna. Aludiendo al valor necesario para consagrar la juventud á remover los obstáculos para tales estudios, observa que los jóvenes deben venir valientemente con el prospecto de encontrar placer en una prisión, transcribiendo para la prensa aquellos papeles que han recogido con infatigable trabajo, frecuentemente á costa de su persona y de todas las conveniencias de la vida. « Aunque yo puedo asegurarles por mi propia experiencia, dice, que he gozado de más verdadera libertad, de más feliz descanso, de más sólido reposo *aquí* en seis meses, que en tres veces el mismo número de años en el tiempo anterior. Mala es la condición del historiador que emprende escribir la

vida de los otros antes de saber cómo debe vivir él mismo! No es que al hablar así tenga yo alguna causa de indignación contra el mundo; nó, yo siempre escogí de preferencia la posesión de la sabiduría á la de las riquezas.»

Spenser, el hijo de la fantasía, pasó toda su vida en la miseria. Mr Malone intentaba probar que gozaba de una pequeña pensión, pero los sentidos versos del poeta lo contradicen:

Poco conoces tú, que no has sufrido
Del infierno del hambre el padecer,
Humillarse, adular como un mentido,
Y nada al fin tus versos merecer.

¡Cuánto afecta la muerte de Sydenham, que consagró su vida á la difícil traducción de Plauto y que falleció en un hospicio! Su muerte dió origen al *Fondo literario para el recurso de los autores pobres*, establecido en Londres.

¿Quiénes se consagrarán á trabajos importantes, después de haber leído estas anécdotas, y las que referimos en *Las calamidades de los autores?* Sólo los que deseen tener sobre su tumba el epitafio del encantador Le Sage:

Sous ce tombeau git Le Sage abattu
Par le ciseau de la Parque importune,
S'il ne fut pas ami de la fortune,
Il fut toujours ami de la vertu.

SABIOS PERSEGUIDOS.

Aquellos que han trabajado con más celo en la instrucción de la especie humana, son los que han sufrido más con la ignorancia; y los inventores de las nuevas ciencias y artes, jamás se han visto dignamente aceptados en el mundo. Con un noble concepto de su propio genio, lord Bacon, en su profético testamento, se expresaba así: «Dejo mi nombre y mi fama á los que hablan con caridad, á las naciones extranjeras y á los siglos venideros.»

Antes de Galileo y de Harvey, el mundo creía en la estagnación de la sangre y en la diaria inmovilidad de la tierra; y por haber negado estos

errores aquellos hombres sublimes, el uno fué perseguido y el otro ridiculizado.

La inteligencia y la sabiduría de Sócrates fueron castigadas con la muerte. Cuando Anaxágoras intentó propagar una justa idea del Sér Supremo, fué arrastrado á una prisión. Aristóteles, después de una larga serie de persecuciones, se vió obligado á tomar veneno. Heráclio, atormentado por sus compatriotas, rompió toda comunicación con ellos. Los famosos químicos y geómetras Gubert y Roger Bacon, fueron ahorcados por magos. El Obispo de Otho refiere gravemente que el Papa Gilberto VIII obtuvo el pontificado por haberse entregado enteramente al diablo, y el pueblo creía que, en efecto, mantenía comunicación secreta con el demonio. ¡ Aquélla era, en verdad, una diabólica edad !

Habiendo afirmado Virgilio, Obispo de Salisburgo, que había antípodas, fué declarado hereje y condenado á las llamas por el Arzobispo de Ments ; y el abate Trithemio, que, deseoso de mejorar la estenografía ó el arte de escribir en *cifra*, publicó varias obras sobre este objeto, mereció que fuesen condenadas como obras llenas de misterios diabólicos, y que Federico II, Elector Palatino, mandase que esa obra original, encontrada en su librería, fuese quemada públicamente.

Galileo fué condenado en Roma á retractarse de sentimientos de cuya verdad estaba persuadido. ¿ Y son éstos mis jueces ? exclamaba retrocediendo al aspecto de los inquisidores, cuya ignorancia le espantaba. Encarcelado, fué visitado por Milton, quien nos cuenta que era entonces viejo y pobre. El ignorante confesor de su viuda, aprovechándose de su piedad, examinó los manuscritos de este gran filósofo, y destruyó todos aquellos que, según su *juicio*, no debían ser conocidos del mundo.

Gabriel Naude, en la defensa de los grandes hombres que han sido acusados de magia, recuerda un melancólico número de eruditos distinguidos que obtuvieron grande éxito en sus estudios, pero cuyo éxito los arrastró á persecuciones continuas, á la prisión y á la tumba.

Cornelio Agripa se vió obligado á abandonar su patria y el goce de una fuerte pensión, tan sólo por haber ensayado algunas experiencias físicas, que hoy ejecutan todos los muchachos de escuela; pero principalmente por haber negado mil absurdos populares fué tan violentamente atacado, que tuvo que andar huyendo de lugar en lugar. El pueblo lo miraba como un objeto de horror, y muy frecuentemente, cuando se aproximaba á una ciudad, encontraba las calles desiertas. Al fin murió en un hospital.

En aquellos tiempos era cosa común sospechar que todo grande

nicación con un espíritu familiar. Se creía que el her-
e Agripa era un hermoso demonio. Cuando Urbano
lucido al patíbulo, una mosca estaba sobre su cabeza, y
ı oído decir que en hebreo Belzebú significaba « dios de
ıba que él había visto á este espíritu venir á apode-
Mr. De Langeaux, ministro francés que empleaba
frecuentemente acusado de mantener comunicación
V, el Mariscal Faber, Roger, Alejandro VI, y César
según la historia, un demonio sirviente.

le creía mago : el hecho es que él era para su tiempo
, y entonces el que descubría algo del arcano de la
diatamente considerado como mágico. Aun los sabios
abían dedicado al estudio de la naturaleza parece que
de los mismos sentimientos que los ignorantes ; así,
nunmente llamado el Grande, epíteto que debió á su
construyó una curiosa obra de mecánica que lanzaba
culados, Santo Tomás de Aquino se aterró tanto con
edazos con su báculo, y con gran pesar de Alberto
trabajo de treinta años.

a el laurel, menos por el honor de merecerlo que por
le sirviese de escudo contra el rayo de los fanáticos, de
, también poeta, se veían continuamente amenazados.
dían imaginar que hubiese un poeta sin estar en comu-
lo. « Esto, dice el abate Resuel, era tener una idea muy
, aunque muy baja de los poetas.» Un antipoético
célebre persiguiendo á todos los que hacían versos,
á Lucifer.

osofía ha despejado todas estas decoraciones de magia y
ntosa cadena de errores y preocupaciones á la cual ha
ıanidad.

horriblemente perseguido en Holanda, cuando por
sus opiniones. Voeone, fanático de mucha influencia
de ateísmo, y aun había proyectado en su mente
ofo en un gran fuego, colocado en una eminencia, de
ser visto por las siete provincias. Mr. Hallam observa
ueba del fuego, era el gran purificador de los hombres y
esta persecución de la ciencia y del genio duró hasta el

—

LIBRERÍAS.

La pasión por formar vastas colecciones de libros ha existido necesariamente en todos los períodos de la curiosidad humana, pero por mucho tiempo se necesitó una munificencia real para poder fundar una librería; y ha sido sólo desde que se descubrió el arte de multiplicar las producciones de la mente, que los hombres de letras han podido rivalizar este imperial y patriótico honor. El gusto por los libros, tan raro antes del siglo XV, se ha hecho general, y en este corto espacio de quinientos años es que se ha formado la opinión pública en Europa.

Sobre librerías hay las siguientes anécdotas, que muestran el afecto ó la veneración que los hombres civilizados han sentido siempre por estos repertorios eternos de las ciencias. La primera librería nacional fundada en Egipto, parece que fué puesta bajo la protección de las divinidades; sus estatuas adornaban ese templo dedicado á la vez á la religión y á la literatura, y en la fachada tenía esta inscripción: « Alimento del alma.»

Los Tolomeos fundaron la biblioteca de Alejandría, que fué después la emulación de los monarcas rivales: el fundador infundió un alma á este vasto cuerpo con la elección del librero Demetrio Valerio, cuya hábil industria recogió de todos los pueblos las más escogidas producciones. Sin tal librero, la biblioteca hubiera sido un caos. Su ejercitada memoria y su buen gusto fueron siempre el mejor catálogo. Uno de los Tolomeos se negó á auxiliar á los hambrientos atenienses hasta que ellos no le diesen los manuscritos originales de Sophocles y Eurípides, y devolviéndoles tan sólo la copia de éstos, les perdonó los quince talentos que les había prestado con aquella prenda. Aun los tiranos y usurpadores, cuando han poseído tanto talento como valor, se han mostrado los más ardientes patronos de la literatura; ellos sabían bien que estaba en su interés distraer la opinión pública de los asuntos políticos, y dar á la inagotable curiosidad de sus súbditos en qué ocuparse con los dulces placeres de la literatura. Así se dice de Pisistrato, que fué el primero entre los griegos qué proyectó una inmensa colección de los sabios, y que fué él quien reunió las obras dispersas que hoy llevan el nombre de Homero.

Los romanos, después de seis siglos de graduales conquistas, debieron poseer una vasta colección de los escritos de todas las naciones que conquistaron; pues sabemos que entre los despojos de sus victorias, los manuscritos se consideraban más preciosos que los vasos de oro. Pablo Emilio, después de la derrota de Perseo, rey de Macedonia, llevó á Roma un gran número de escritos que había recogido en Grecia, y allí regaló los unos á

sus hijos y los otros los presentó al pueblo romano. Syla siguió su ejemplo. Después del sitio de Atenas encontró una gran librería en el templo de Apolo, y llevándola á Roma, fundó con ella la primera biblioteca de aquella ciudad. Después de la toma de Cartago, el Senado romano recompensó á la familia de Régulo con los libros que se encontraron allí. Una librería era un regalo nacional, y él más honroso que se podía hacer. Conocemos el magnífico gusto que por las librerías tenían muchos romanos ilustres: entre ellos son célebres por el esplendor de sus librerías, Pollio, Craso, César y Cicerón. Lúculo gastó una riqueza increíble en una espléndida librería, que era accesible á todos los sabios. «Era una librería, dice Plutarco, cuyos muros, galerías y gabinetes estaban abiertos para todos los que querían visitarla, y los literatos griegos, en los ratos de descanso, se retiraban á este recinto de las musas á hablar de literatura, en cuyas conversaciones tomaba siempre parte Lúculo.» Esta librería fué después aumentada con otras, y César pensó abrirla al público, nombrando de librero al erudito Varro; pero los puñales de Bruto y su partido malograron el meditado proyecto de César.

Los emperadores, á lo último, se mostraron ambiciosos de dar su nombre á las librerías que fundaban, no considerando la púrpura como su más brillante adorno. Augusto era autor, y en uno de aquellos suntuosos edificios llamado Termas, adornados con pórticos, galerías y estatuas, con sombreados, muros y baños refrescantes, manifestó su amor á la literatura añadiendo dos magníficas librerías, una de las cuales llamó con el nombre de su hermana Octavia, y la otra con el de «Templo de Apolo,» y que ha sido conmemorada por los poetas Horacio, Juvenal y Persio. Los sucesores de Augusto imitaron su ejemplo, y hasta Tiberio tenía una librería imperial, aunque sólo consistía en obras relativas al imperio y á los actos de los soberanos.

En una palabra, nosotros tenemos descripciones de los ricos adornos con que los antiguos engalanaban sus librerías, de sus pisos de mármol, paredes cubiertas de cristal y marfil, y estantes y escritorios de ébano y cedro.

La primera librería pública en Italia fué fundada por un hombre que no tenía gran fortuna; pero su crédito, su frugalidad y su energía fueron superiores á su tesoro. Este hombre extraordinario fué Nicolás Nicole, hijo de un comerciante, y comerciante él mismo en su juventud; pero después de la muerte de su padre abandonó esta carrera y consagró su alma al estudio y su fortuna á la protección de los estudiosos. Cuando murió, dejó su librería al público; pero sus deudas eran mayores que sus

bienes, y tuvo Cosme de Médici que realizar la intención de
añadiéndole además un departamento en que colocó manuscritos
hebreos, árabes, caldaicos é índicos. A la intrépida resolución de
V se debe la del Vaticano. Al amor del cardenal Besarión por su
debe Venecia los primeros fundamentos de una librería pública; y á
Botley debemos nosotros la inapreciable de Oxford.

La literatura, como la virtud, tiene en sí misma la recompe
entusiasmo que algunos sabios encuentran en los goces de una vasta
les recompensa del abandono del mundo y de las calumnias de que
veces han sido víctimas. Ricardo de Bury, obispo de Duckam y
de Inglaterra en 1343, levantó por primera vez una librería part
nuestro país. Compró treinta ó cuarenta volúmenes al abad de
por cincuenta libras de plata, y estaba tan enamorado de su gran
que compuso expresamente un tratado sobre su amor á los lib
titulo de *Philobiblión:* honroso tributo pagado á la literatu
edad nada literaria.

Henry Rantzau, caballero danés fundador de la gran libr
hague, cuyos días se deslizaron en los placeres de la lectura,
gusto por los libros en este elegante rasgo:

«Salve mis libros de oro, mi delicia, mi más rico tes
siempre regocijais mis ojos. Sabios que instruís deleitando
brillais al través de las edades, que dejan en vuestras hojas co
historia y que os encargan de ostentar sus glorias, vosotros
engañado. Libros queridos, yo os saludo.»

En 1364 la librería real de Francia no excedía de veint
poco tiempo después Carlos IV la aumentó hasta novecientos,
por las circunstancias de la guerra y por la escasez de dinero,
por el Duque de Bedford, quien la transportó á Inglaterra,
librerías hasta 1440 fueron mucho más pequeñas que en el c
una circunstancia digna de notarse, que el soberano francés Ca
que treinta luces y una lámpara de plata en el medio, estuvi
toda la noche en la librería, para que los estudios no se
interrumpidos á hora ninguna.

La historia de la *Bibliotheque du Roy* es un inciden
la literatura; porque los progresos de la mente humana y d
pública pueden trazarse allí exactamente, en el lento cambio
de insípida literatura, teología, jurisprudencia y medicina, á
y elegante literatura. En 1789, Necker encontró que los teso
tura alcanzaban á doscientos veinticinco mil libros impresos

manuscritos y quince mil colecciones de impresos. En un curioso volumen publicado por Mr. Le Prince, aparece que por primera vez, bajo el reinado de Luis XIV, se arreglaron y calificaron las obras de grabado. El gran Ministro Colbert compró la vasta colección del abate Marolles, quien merece ser colocado entre los padres de nuestros colectores de impresos.

Mr. Hallam ha observado que hasta 1440 la Inglaterra había hecho muy poco progreso en las ciencias, y que la Alemania estaba probablemente menos avanzada. Sin embargo, había un alemán, célebre colector de libros, Trithemio, abate de Spankeim, que murió en 1516; él había reunido cerca de dos mil manuscritos; tesoro literario que llamaba la atención general y que hacía que los príncipes y los hombres eminentes de aquel tiempo viajasen para visitar á Tritento y su librería. En aquel tiempo siete ú ochocientos volúmenes formaban una librería nacional, y su alto precio podía ser pagado por sólo un príncipe. Se había hecho sin duda un gran avance en las librerías, cuando al principio del siglo XV la librería de Luis IX contenía sólo cuatro autores clásicos, y la de Oxford en 1300 «unos pocos rasgos sobre hojas de papel.»

POETAS, FILÓSOFOS Y ARTISTAS HECHOS POR ACCIDENTE.

La casualidad ha despertado muchas veces el poder y la energía de los grandes genios. «Fué en Roma, dice Gibbon, estando yo sentado entre las ruínas del capitolio, oyendo á los frailes descalzos, que cantaban vísperas en el templo de Júpiter, que la idea de escribir una obra sobre la declinación y caída de la ciudad imperial, vino por primera vez á mi imaginación.»

El padre Malebranche, habiendo concluído sus estudios de filosofía y teología, sin más intención que la de consagrarse á una orden religiosa, no imaginaba la gloria que sus obras debían adquirirle. Estando un día, en una hora de ociosidad, registrando los estantes de un librero, encontró *El hombre*, de Descartes, lo abrió, leyó en diversas partes, y le causó tal placer, que las palpitaciones de su corazón le obligaron á dejar caer el libro. Esta circunstancia fué la que produjo esas profundas contemplaciones que hicieron de Malebranche el Platón de su siglo.

Cocoley fué poeta por casualidad. Cuando era muy joven, encontró en la Cámara de su madre *La Reina encantadora*, de Spencer, y por

un continuo estudio de la poesía de este libro, se hizo adorad
musas y poeta incorregible.

El D. Thomas nos informa que Sir Reinolds sintió incli
su arte, leyendo por primera vez el *Tratado de Richardson.*

Vaucanson desplegó un ingenio mecánico extraordinario, y
se determinó también por un accidente. Cuando muchacho,
esperar á su madre todos los días en la habitación de su confeso
tras que ella lloraba de arrepentimiento, él lloraba de hastío. E
de ociosidad, un día le llamó la atención el movimiento uni
péndola del reloj que estaba en la pared, y despertándose su c
acercó, estudió su mecanismo, y lo que no pudo descubrir
Entonces proyectó una máquina semejante, y por grados co
truír un reloj : alentado por este éxito, siguió con otras empre
que ideó un reloj por casualidad, con el tiempo hizo el au
mata que tocaba flauta.

Si la imprudencia de Shakespeare no le hubiese oblig
comercio de lanas y su ciudad: si no se hubiese enga
compañía de comediantes, y cansado de ser un cómico
hubiera hecho también autor, el prudente Shakespeare,
lanas, no habría sido jamás un poeta distinguido.

Un accidente determinó el gusto de Molière por la
Su abuelo amaba el teatro, y lo llevaba allí frecuentemente
en la disipación, y observando esto su padre, preguntó
cólera, si su hijo iba á ser cómico también, pues que no
cosa. Dios lo quiera, contestó el abuelo, pues sería tan bu
Montrose. Estas palabras impresionaron al joven Molière
odiado comercio de tapices, para entregarse á su querida
esta circunstancia debe la Francia su mejor escritor cómic

Corneille se enamoró, y correspondido de su querida
compuso para ella la *Medea,* y después sus otras obras céle
Corneille, sin haberse enamorado, habría permanecido sie
oscuro abogado. Así es que la devoción de una madr
Cromwell, el robo de un venado, la hermosura de una mujer
de un viejo, han dado cinco ingenios ilustres á la Europa.

Debemos el gran descubrimiento de Newton á u
sencillo. Estando de estudiante en Cambridge, se retiró a
el tiempo de la peste, y leyendo un día debajo de un m
fruta y le dió un golpe muy fuerte en la cabeza. Observ
de la manzana, se sorprendió de la fuerza del golpe, y

examinar la celeridad de los cuerpos en descenso, de donde, deduciendo el principio de la gravedad de los cuerpos, encontró el fundamento de su sistema.

Ignacio de Loyola era un caballero español que fué herido en el sitio de Pamplona. Durante su enfermedad, le dieron en vez de novelas, para leer, la vida de los santos; con esto se le calentó la cabeza, y concibió una loca ambición por ser el fundador de una orden religiosa; de aquí nació la sociedad de los Jesuítas.

Rousseau dice que la fuerza de su poder excéntrico se despertó con el aviso de un premio que ofrecía la academia de Dijón al que compusiese un discurso sobre cierto objeto, para lo cual él compuso en efecto su celebrada *Declamación contra las artes y las ciencias*, circunstancia que marcó su vida futura.

Lafontaine, á la edad de veintidos años, no tenía profesión alguna, ni se había dedicado á ningún estudio. Habiendo oído por casualidad unos versos de Malherbe, sintió un secreto impulso que presagió su porvenir. Inmediatamente lo compró, y estuvo tan encantado con el poeta, que después de pasar las noches atesorando sus versos en la memoria, de día se retiraba á los bosques á repetírselos á las Dríadas; y poco tiempo después repetía ya los suyos.

Flamstead fué astrónomo por casualidad. Habiéndolo echado de la escuela por ocioso, la ociosidad le hizo hojear un día el libro de la *Esfera*, de Sacrobosco, y le gustó tanto, que inmediatamente principió un curso de Astronomía. La inclinación de Penant hacia la *Historia natural* nació de la rápida lectura de la obra de *Los Pájaros*, de Mr. Wily.

Bonnet encontró un día sobre la mesa de su maestro el libro de Insectos, y no habiendo éste querido prestárselo, resolvió conseguir una copia á pesar de todas las dificultades: y una vez en su poder, la estudió por orgullo, y su lectura dió una dirección inalterable á su carácter; pues en adelante fué tan apasionado por este ramo de la ciencia, que perdió la vista por uso del microscopio.

El doctor Franklin atribuye la formación de su carácter á una circunstancia semejante. «Encontré, dice, la obra de Foe titulada *Ensayo sobre los proyectos*, y con su lectura recibí impresiones que han influído desde entonces en muchos acontecimientos de mi vida.»

Es notable la circunstancia que movió á Roger Archem á escribir su *Maestro de escuela*, uno de los más útiles y curiosos tratados que tenemos. En una comida dada por Sir W. Cecil en Windsor, adonde la Reina e había retirado durante la peste, y á la cual fueron invitados varios

hombres ilustres, Cecil dijo que algunos muchachos se habían huído por la mañana de la escuela, por la severidad del maestro, cuya severidad él había condenado, pues era un error emplear el rigor para educar á los jóvenes. Sir Pehy, duro de corazón, sostuvo lo contrario, y defendió ardientemente los azotes, asegurando como una cosa indudable, que el mejor maestro en Inglaterra era el mejor azotador. Indignado entonces Archem, exclamó «que si tal maestro tenía un discípulo aprovechado, era por el talento del muchacho y no por el castigo del maestro,» prometió escribir una obra sobre esta materia y á pocos días salió á luz su *Maestro de escuela.*»

prados es magnífico, y el césped está siempre fresco y húmedo. T[illegible] coche para ir por la mañana á Windsor, se disfruta inmensam[illegible] vista se extiende sobre la gran variedad de formas de la prader[illegible] cidas por la bruma é iluminadas por un sol tenue y apacible; y [illegible] objetos parecen vaporosos. La primera claridad del día se mues[illegible] lejano horizonte, tiñendo el oriente de rosa, y el Támesi[illegible] intervalos, como esos diamantes que los joyeros suelen mez[illegible] aderezo de esmeraldas. Sólo en los paisajes de Rambrant h[illegible] ahogada por la niebla, llena de vapores, con ligeros y continu[illegible] de un azul claro que embellece los contornos de todos los objet[illegible] entre la tierra y el cielo, á lo lejos, un límite que detiene la mir[illegible]

Todo es verde en los campos de Inglaterra, pero de un verde s[illegible] aclara á la distancia. Se siente la paz y la frescura de la vegetaci[illegible] De todos lados se levanta una bruma que desciende lentament[illegible] como un velo, no de gasa, sino de muselina, y se detiene y se ro[illegible] los grupos de encinas seculares y viejos robles, de que la p[illegible] cercada. ¡Qué espectáculo! Los castaños, los álamos, parecen vi[illegible] nobles criaturas que inclinan sus ramas al viajero en señal de s[illegible] sus pies el verde y húmedo césped, donde la virgen de la noch[illegible] sus lágrimas y que parece sonreírle aún de una manera encan[illegible] cielo, de la tierra y del aire parece desprenderse una especi[illegible] afectuosa, que acoge al alma cansada y rendida con el bullicio [illegible]

Las selvas de América, vírgenes y agrestes, son magnífi[illegible] aspecto regio y su sombría profundidad inspiran ideas mel[illegible] veces terror; las llanuras del Nuevo Mundo son espléndidas, pe[illegible] abruma, su inmensidad entristece, su salvajismo desconsuela, y [illegible] campos un aspecto primitivo; y tan desgreñada y vigorosa [illegible] naturaleza, que el ánimo, apocado, vuelve la mirada á la ciuda[illegible] asilo en donde ha de hallar hombres dispuestos á amparar[illegible] rigores de la naturaleza.

En Inglaterra la campiña es un verjel en donde los árbo[illegible] y la pradera, las frutas y las flores, todo canta y ríe y [illegible] hombre, con amor y dulcemente, sus ruidos apacibles [illegible] perfumes; y el hombre enamorado vive en la naturaleza y dis[illegible] de sus dones.

Imagínese el lector este paisaje: sobre ese verde inexp[illegible] prados de *ray-gras* se levantan los manzanos cargados de[illegible] cerezos de flor, y las abejas, haciendo allí su nido, llenan de rui[illegible] fera. Hay tantos árboles y son tan magníficos en la pradera, q[illegible]

puntos se mezclan sus ramas, y cruzando de uno á otro enredadas, forman un cielo de verdura, iluminado todo con una luz tenue, como pasando al través de una guardabrisa de cristal azul opaco. Más lejos están echadas, ó devorando el pasto, hermosas vacas; sus ubres, llenas de leche, llegan hasta el suelo. Al pie de unas encinas negras y sombrías juegan alegres los venados; más allá está el Támesis acariciando estos lugares; y sobre un pedestal verde é inmenso, entre las nieblas de la mañana y las brumas azules, se levanta una inmensa masa de piedra blanca que refleja á la luz del sol. Ese es WINDSOR.

Al aproximarse se ve la enorme torre redonda, tan ancha como alta, que se levanta á cuarenta y cinco varas del nivel del suelo, sobre murallas de piedra y con una azotea almenada, en donde hay un pequeño castillo, también de piedra, y allí flamea ese pabellón que luce en todos los mares. A uno y otro lado, paralelos á la torre, hay castillos, torres octágonas ó cuadradas, de distintas alturas, y muros que forman una calle prolongada, á la que se entra por una puerta de hierro. En el frente del castillo, que es una sola masa de piedra, compuesta de diversos cuerpos, hay unos edificios de ladrillo rojo, de aspecto secular; y en el medio está el espacioso patio, en donde la caballería de la guardia maniobra ampliamente, y cuyos centinelas, á caballo, puestos á uno y otro lado de la entrada, parecen también estatuas ecuestres de piedra.

Se entra á la torre por una puerta baja, que sin duda en los tiempos de guerra estaría cerrada; se sube por una escalera elíptica de piedra, pudiendo mirar en los diversos descansos, por grandes ventanas á uno y otro lado; en cada piso hay muchas habitaciones, salas de armas y museos, que en otro tiempo debieron ser la residencia del Gobernador de la torre ó los cuarteles de los cuerpos de guardia; y al fin se llega á la espaciosa azotea, en donde cree uno ver á los caballeros y á los vasallos sostener el sitio con tiros de ballesta y derrumbando piedras sobre los asaltantes, y á éstos con escalas intentando trepar por los escarpados muros.

Al pie de la torre se ha formado, en el terrado, un jardín que sólo contiene, sobre el musgo verde, estas letras enlazadas V R; y se goza de la más hermosa perspectiva de Inglaterra, pues se dominan doce condados, se ve el Támesis en una grande extensión, dando mil caprichosas vueltas, atravesado por muchos puentes y cruzado por muchos vaporcitos y barcas, que ligeras se deslizan; y á lo lejos se divisa la imperial Londres, alzando al cielo la cúpula de San Pablo.

En esta torre era donde se reunían en otro tiempo los *Caballeros de la Tabla redonda.*

Entrando al patio del castillo por una de las tres puertas que comunican con el exterior,—la llamada de *Enrique VIII*,—se tiene al frente la *Capilla de San Jorge*, el santo patrón en otro tiempo de Inglaterra, cuyo nombre se invocaba en las batallas, y se repetía en medio de la refriega ¡ San Jorge ! ¡ San Jorge ! como grito de aliento y señal para distinguirse los ingleses de sus enemigos, como los españoles gritaban ¡ Santiago ! Esta capilla es la obra gótica más perfecta que se conoce en Inglaterra, y como en ella se reunían los Caballeros de la orden de la *Jarretière* (de la liga), tiene los asientos de cada uno de ellos admirablemente esculpidos, y encima el estandarte y el escudo de su casa, lo cual forma un conjunto bellísimo.

Esta orden de caballeros, la más ilustre en Inglaterra, tuvo este origen :

Estando el Rey Eduardo III bailando con la Condesa de Salisbury, se le cayó á ésta una liga, que el Rey se apresuró á recoger ; y como el esposo de la Condesa se sonriera con amargura, el Rey volvió y dijo : *Honny soit qui mal y pense*. Y para cumplir su palabra estableció una orden de caballería, en la que eran admitidos sólo veinticuatro caballeros de la más alta nobleza, siendo el Rey mismo el jefe ; llevando todos una liga azul en la pierna izquierda ; y tan ilustre fué la orden y tanta gloria conquistaron los caballeros, que todavía en el escudo de armas de la Gran Bretaña, sobre el leopardo y el caballo unicornio, se ostenta la liga con las inmortales palabras *Honny soit qui mal y pense*.

El antiguo mausoleo de los Reyes de Inglaterra está cerca de esa capilla, y en el centro levantó la Reina Victoria el sepulcro del Príncipe Alberto. En las paredes de la capilla se han incrustado medallones de mármol blanco, en los que, en medios relieves admirablemente dibujados, están los más notables rasgos de la vida del Príncipe ; y en el centro se levanta un cenotafio de mármol amarillo, y extendida sobre él, de mármol blanco transparente, la estatua en actitud de dormir. Después del monumento erigido á la memoria de aquel Príncipe en Londres, me pareció excesivo el orgullo de la Reina en levantar este otro en Windsor.

El servicio de esta iglesia se hace por canónigos que viven todavía en comunidad, en el edificio de ladrillo que está al frente, conservando todas las prácticas, disciplina y horas canónicas que guardan los canónigos de Bogotá.

Para juzgar de la afición de los ingleses por todo lo antiguo, baste saber que este edificio ó convento, que parece el más viejo de Windsor, es nuevo, pues habiéndose quemado el antiguo, le pagaron al arquitecto porque lo reconstruyese tan feo y tan mal hecho como era el anterior.

nos al palacio.

a de audiencia de la Reina es una pieza larga y triste, con bre el jardín; las paredes cubiertas de tapices de los gobelinos, ya, y con sillas de brazos muy antiguas, de primoroso ofás ó canapés forrados en un género de seda que debió ser n fluecos del mismo color. En el fondo hay enormes cuadros de paisajes reales. El suelo está alfombrado.

, por una gran puerta que hay en el mismo cuerpo del edificio, a *Sala de presencia de la Reina*, donde se ven grandes espejos, con tapicería que representa paisajes de la Reina Ester y de ; dorados en las paredes, muebles también dorados, antiquísimos jarrón de malaquita del tamaño de un hombre, regalado por el de Rusia á la Reina, y varias curiosidades regias.

o no vi el solio resplandeciente en el cual creía que había de a Reina, ni nada de lo que mi imaginación había creído ¡ Famoso chasco !

medor es todo de madera tallada, de cedro oscuro las paredes y el una gran mesa de caoba en el centro.

la de baile, de construcción moderna, resplandeciente de oro, es dorados á la francesa, el cielo con pinturas alegres, y las frescos que representan la *Conquista del vellocino de oro.* Esta nita.

salas de museo de pinturas, que llevan los nombres de Vandick, y de otros pintores ; y después de muchas otras se llega á la *aterloo.*

stá, al frente, WELLINGTON, que parece que habla, vestido de un lado un cuadro, que es la *Vista de la batalla de Waterloo;* o *El campo de Waterloo, visitado por Wellington y la Reina inte años después de la batalla*, y al frente del primero el retrato orge III. Los muros están cubiertos de retratos de todos los que concurrieron á la batalla, del Emperador y Reyes aliados, naño; de todos los reyes y jefes de las naciones en ese tiempo, y os hombres notables y sabios de esa época.

ho miedo le tenían al hombrecito francés, decía en aquella sala rez, cuando tantos honores le tributan al majadero que lo venció o, y tanto inmortalizan esa batalla, que según el dicho de sólo fué......

s un sentimiento universal. La humanidad ve con pesar cortada

en Waterloo la maravillosa *Leyenda napoleónica*, y no le perdona á Wellington su victoria.

¡ Cómo es la humanidad !

Hay que reconocer que Napoleón, en la época de Waterloo, no era más que un revoltoso, del cual la Francia quería librarse,y de cuyas aventuras sangrientas estaba hastiado el mundo; que había sido el iniciador de la reacción en Francia contra la libertad, un usurpador y un tirano; que con su conducta turbulenta contribuyó á desacreditar la República y á que los Reyes adoptaran todas las medidas contra la Revolución, medidas acordadas como único medio de salvar la paz de las naciones; y que su caída y su envío á Santa Elena fueron un justo castigo infligido por los mismos reyes cuya alianza había solicitado.

En cuanto á Wellington, es preciso notar que no era un hombre de genio; pero que con el estudio y la reflexión logró abatir el genio de Napoleón y dar á la guerra el carácter que después ha tomado, á saber: el de un juego de muerte, en el que gana siempre el menos arrojado, el más reflexivo y el que menos expone á la casualidad y á la suerte.

Para los colombianos es antipático el nombre de Wellington, por un hecho inocente: por haber aconsejado al Rey de España que mandase á América al feroz Morillo como *Jefe del ejército pacificador* ; y su carácter frío, severo y desaliñado; su conducta en Portugal, nación amiga y aliada, á la que arruinó sin piedad como medida de guerra; el desprecio con que miraba el valor y entusiasmo español, diciendo siempre: *pelear por los españoles, pero no con los españoles ;* su influencia en la *Santa Alianza* y el no haber hecho nada por salvar al General Ney de la venganza de Luis XVIII, todo esto nos inspira aversión, y no podemos juzgarlo con imparcialidad.

La conducta que observó Wellington en la *guerra de España*, fué exactamente la misma de siempre, y con iguales buenos resultados. Nombrado en 1808 Teniente general del ejército inglés, fué enviado á la Península á sostener la guerra contra los franceses, y rechazó el ataque furibundo que le hizo el General Junot; pero no dió un paso adelante. Después de la catástrofe que las tropas inglesas sufrieron con Sir Moore, fué enviado á Portugal como General en jefe, obligó al General Soult á retirarse, y penetró en España, donde ganó la batalla de Talavera. Obligado á retirarse de nuevo á Portugal, lo hizo con calma y sangre fría, y allí se fortificó y resistió el empuje furibundo de Masena. Logró salir de Portugal y le ganó á Marmont la batalla de Salamanca. De nuevo obligado á retirarse ante la habilidad de Soult y

as acertadas maniobras de este gran General, maniobras que él no podía comprender ni contrarrestar, cruzó á Extremadura con una seguridad y una calma dignas del mayor elogio; pero al tener noticia de los desastres de los franceses en Rusia, volvió á salir, y con igual calma los fué echando de España, y entró á Francia en el momento mismo en que el imperio se derrumbaba en París.

Al regreso de la isla de Elba, Napoleón derribó en *cien días* la dinastía de los Borbones en Francia, representada por un Rey amado é ilustrado como Luis XVIII, levantó, con sólo el entusiasmo que su nombre producía, el más hermoso ejército que se haya visto, y con su genio lo organizó, disciplinó, regimentó, armó y movió, llenando de pasmo, de admiración y de terror á todas las potencias de Europa. Cuando Napoleón hacía esto, Wellington era nombrado *Generalísimo de los ejércitos* de las potencias aliadas; y todas le enviaron sus tropas, descansadas, organizadas con anticipación, todos los recursos necesarios, y generales experimentados y sumisos á sus órdenes.

La BATALLA DE WATERLOO, que tuvo lugar el día 18 de Junio de 1816, y que decidió no solamente de la suerte de Napoleón y de la Francia, sino de la organización definitiva de todas las naciones de Europa, durante un siglo; batalla que ha tenido resonancia en todos los ángulos de la tierra, que los más grandes escritores han descrito y los más grandes generales explicado, que hace llorar aún á los franceses y que es el orgullo de los ingleses, creo que sucedió de la manera como voy á relatarla para aquellos que no la conozcan.

Wellington estaba tranquilo y descuidado con el ejército inglés, el belga, el hanoveriano y el de otras potencias aliadas en Bélgica, aguardando el ejército prusiano que, á las órdenes de Blücher y Bulow, debía llegar, y que Austria y Rusia le enviaran más tropas, para, de acuerdo con ellas, emprender operaciones sobre Francia contra Napoleón, que estaba debatiéndose allí contra el prestigio del Rey, la opinión que ya lo había abandonado, el pueblo que estaba exánime y rendido, y sus propios generales, que, reconocidos en sus grados, llenos de riquezas y contentos con otro régimen, estaban al lado del Rey; y Napoleón se debatía, al parecer sin esperanzas, por levantar un ejército que en ningún caso podría ser igual al de los aliados, cuando de repente apareció en Bélgica, echó de *Charle-roy* á los aliados, obteniendo una famosa victoria, y sin aguardar á que se incorporase la gran parte de su ejército que estaba á órdenes del General Grouchy, se va sobre Wellington, y principia así la batalla:

El General Ney, que mandaba el ala izquierda, debía atacar á los

belgas y sus aliados, mientras que el grueso del ejército se diri
Bruselas. Ney cumplió sus órdenes, arrojó á los belgas de sus p
y los derrotó hasta una floresta que hay á la entrada de Bruselas,
había fuerzas inglesas y hanoverianas, y allí el combate se hizo s
pero los franceses avanzaban y entraban á la floresta. Por otro la
granaderos franceses peleaban encarnizadamente con los alema
pesar de su arrojo, tuvieron que retirarse, y lo mismo hicieron
habían apoderado de la floresta.

Napoleón dispuso una carga, y el Duque de Wellington
haber resistido los embates de Ney, tuvo que ordenar la retira
el ejército, porque Napoleón, atacando por el centro, había der
alemanes, y los perseguía implacablemente. La retirada, sin l
juicio de Wellington, hubiera sido una derrota.

Napoleón tuvo entonces que optar entre atacar al ejérci
Wellington ó seguir persiguiendo á los alemanes; pero temie
último expusiera á Ney, quien tenía que habérselas con el
ejército contrario, se determinó á atacar al ejército inglés,
dirigió la operación.

Cerca del bosque de *Soignes* se encuentra el monte *Sai*
allí adonde Wellington se retiró y organizó sus fuerzas, form
de tres líneas cada una.

La extremidad de la derecha de la una estaba hasta un
izquierda, formando un ángulo, se extendía por un terreno
de difícil tránsito, y el centro estaba ocupando el pueblecito d
Al pie del monte había una casa de campo con un jardín e
la que el General Wellington improvisó una fortaleza, y al
había una zanja profunda, de esas que va formando el curso
y en cuya parte baja corre el agua al nivel de la tierra; y d
levantaba una barranca escarpada y elevadísima.

A las doce del día el ejército de Napoleón atacó el mon
y en la quinta se trabó un terrible combate, que fué intermi
un lado las fuerzas asaltadoras, rendidas, se retiraban y
por otras; y de los que la defendían, muertos unos, era
por nuevos combatientes.

La caballería francesa, pasando por cerca de este puesto
pitadamente sobre el ala derecha del ejército inglés, y dió
impetuosa, que las tropas inglesas fueron deshechas, y la cab
volvió grupas y corrió. La infantería de Brunswich vino

ınte la caballería francesa; pero nuevos batallones alemanes se
:n columna cerrada, y detuvieron el empuje de la caballería.
nto la artillería de Napoleón, con sus cien piezas, destruye
ısas del ejército aliado, que sin embargo son inmediatamente
fríamente por otras alemanas, que vienen á morir sin

n lo aguarda todo del ataque del centro, donde están los
lí envía, á las órdenes del General Drouet, toda la caballería.
ínea inglesa cede y es arrollada; la segunda resiste, vacila y
pesar de ser reforzada por todos los batallones que no habían
húsares ingleses y la legión alemana, que vienen en su auxilio,
or carga tan terrible de los coraceros franceses, no pueden
stir y huyen, causando el mayor desorden y confusión en las
ballería inglesa, cuyos soldados mueren á sablazos.
la derecha el combate sigue formidable. Los franceses se han
e una línea de baterías inglesas, han cogido algunos cañones
los artilleros á retirarse, mientras que la infantería francesa,
xtensión del campamento, se bate con la de los aliados.
ıra que Napoleón dijo en aquel momento: «Grouchy debe haber
el ala izquierda, que está débil; y Wellington no comprende
rotado y me obliga á matar inútilmente á los pobres ingleses.»
estruída la segunda línea inglesa, y falta sólo la tercera para
ıt Jean y coronar la victoria. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante
llería!
gton, situado en el medio del centro del ejército, arregla la
is de la colina, donde apenas algunas bombas le alcanzan; de
todo lo ve y todo lo ordena con admirable sangre fría. Viendo
mientos belgas corren, que los hanoverianos pelean sin ardor
odas partes pierde terreno, espera ardientemente la llegada de
rusianas mandadas por Blucker y Bulow, sin las cuales no
:ir; y por toda proclama dice á su ejército:
(muchachos), no podemos volver caras, porque, ¡qué diría la
le nosotros!
elante! ¡Adelante toda la caballería! grita Napoleón.
El foso profundo del arroyo, la barranca inexpugnable está
ué hacer? ¿Volver grupas? Jamás lo han hecho los que fueron
Murat; y siguen, y caen en el fondo del foso los caballos,
y las armas de los escuadrones que van adelante; y los que
ás no pueden detenerse y caen también, formando una masa

horrible de lodo, sangre y carne, por sobre la cual, como por entre un pantano, pueden pasar los últimos escuadrones, hundiéndose hasta los ijares los caballos, pero pudiendo al fin salir para ir á encontrar la tercera fila del ejército inglés, que de pie y firme los aguarda.

La lentitud de las fuerzas prusianas aumenta la mala posición de Wellington, quien sólo cuenta con la obstinación y resistencia de la infantería inglesa, cuyas filas se aclaran á cada momento como un bosque abatido por los leñadores, y que, asaltada con la más violenta impetuosidad, se forma en cuadros y vomita metralla sobre los escuadrones; pero éstos se lanzan sucesivamente contra esas murallas humanas, que parecen de fuego, muchas de las cuales al fin son abatidas. En medio de sus ruinas se traba un nuevo combate entre la caballería francesa que avanza, y la inglesa, que viene fresca al socorro de sus hermanos. Veinte veces los cuadros ingleses son rotos y vuelven á formarse; veinte veces también los soldados de Kellerman y de Milhaud se lanzan sobre ellos y los dispersan, obligando al mismo Wellington á salir de los cuadros destruídos para ampararse en los que se reconstituyen, no debiendo su salvación sino á la inmovilidad de esos soldados que mueren en su puesto.

Al fin treinta mil prusianos, al mando de Bulow, llegan en refuerzo de Wellington y dirigen sus baterías contra el ala derecha del ejército de Napoleón, que ha estado peleando desde por la mañana, y que lleva siete horas de combate con diversas fuerzas que se han ido renovando.

El General Grouchy no llega...... Napoleón en vano espera á cada momento oír sus cañones.

La batalla se hace general; en todos los puntos se combate, y ya se ha peleado por ocho horas sin descanso. Napoleón dispone que se resista el ataque de las fuerzas prusianas antes de vencer el centro; pero su caballería, que se cree vencedora, avanza demasiado; y Wellington, que á todo atiende, y que ve adelantar á Bulow victorioso, al aspecto de esta horrible carnicería, llora y dice: «Serán precisas todavía algunas horas para volver pedazos á estos valientes! Quiera el cielo que la noche se apresure para no matar más gente.»

Llega el momento supremo: la *Guardia imperial* entra en pelea llena de confianza y segura, como siempre, de la victoria. Otras tropas se reúnen á ella y todas se dirigen hacia el *Mont Saint Jean*, llevando detrás una artillería formidable. Llegan hasta la colina; pero en lugar de desalojar á sus contrarios, son recibidos con una resistencia tan vigorosa que tienen que retirarse en desorden. El General inglés, alentado por esta circunstancia favorable, y viendo que Bulow y los prusianos tienen constante-

mente ocupada la derecha del ejército francés, en tanto que Blücher se adelanta también para tomar parte en la acción, coloca todas sus fuerzas en un solo punto, y da orden de atacar á los que se retiran. Toda resistencia de las tropas de Napoleón es entonces vencida, todo valor inútil: la carnicería es horrible; las tropas frescas de Blücher caen sobre las agotadas de Napoleón, y las matan sin misericordia; la confusión es espantosa; y en aquel momento terrible la *Guardia* lanza aquel grito inmortal: «La guardia muere, pero no se rinde.» Toda pereció.

Esta fué la batalla de Waterloo. Murieron treinta y seis mil franceses y más de cincuenta mil de los aliados.

¡Hé aquí lo que cuesta la gloria humana!

Pero no había ido yo á Windsor á recordar héroes ni á describir batallas, sino á conocer el palacio, y, sobre todo, á saber cómo vivía una Reina. Me fuí á ver las *caballerizas reales*, que son espaciosas y cómodas, pero no *románticas*, como decía un literato de mi tierra que estuvo en Europa, y que, hablando de las de la Reina de España, se expresó así:

«Nada más *romántico* que las cuadras, donde están *poéticamente* colocados los caballos; de un lado los rucios *herméticamente* encerrados; del otro los negros, también *divididos* por una verja de hierro dorada; luégo los castaños en piezas muy bien arregladas; y así todos los otros caballos, pudiendo ver el reloj y arreglar estrictamente *su* pienso los caballerizos que los cuidan.

«En la puerta de las caballerizas hay un letrero de oro, que dice: 'No se permite entrar con perros, y se advierte *á los dueños* de éstos, que si alguno entrare, *se le matará inmediatamente*.» Ley cruel que condenaba á un hombre sin ser sentenciado.

En las caballerizas de la Reina se mantienen el viejo caballo del Príncipe Alberto, que nadie monta; el *poney* (la jaca), en que de niñas montaron todas las princesas; muchos caballos rucios, y dos soberbios alazanes de coche, italianos, que son los más lindos que he visto, regalados por el Rey Humberto á la Reina Victoria.

Pero yo quería ver las habitaciones de la Reina, saber cómo una Reina duerme, se levanta, almuerza, pasea, come y pasa la prima noche; y para esto empecé por suplicar al guarda que nos conducía que me permitiera entrar á esas habitaciones.

—Eso es imposible, me contestó. A los departamentos privados nadie, que no sea de la servidumbre, puede penetrar: yo mismo nunca he entrado allí, y hace veinte años que tengo este oficio; y la Reina y la Princesa están ahora en Londres.

—Dígame usted, amiguito, ¿no conoce usted á alguna criada de la servidumbre?

—A muchas; pero le advierto que si usted quiere hablarles para que le permitan ver las piezas privadas, es inútil.

—Me voy, pues. Mil gracias por haberme usted mostrado lo que para el público está abierto. Tome usted dos chelines; y como deseo hacer algunos apuntes en mi cartera, le suplico que me acompañe aquí en frente, á la posada, á tomar conmigo un jarro de cerveza; y lo autorizo para que invite á los amigos que quieran refrescarse.

Nos fuimos por todos seis personas: el señor Pérez, mi sobrino Carlos de la Torre, tres guardas y yo, á tomar cerveza. Tomamos cuanta los guardas quisieron, y nos fuimos después al *Parque real* á ver los ganados y ovejas que allí se mantienen.

Esto sí es admirable: no se cansa uno de mirar esos castillos de carne, como bueyes, esas máquinas vivas de dar leche que llaman vacas, y esos envoltorios de lana, con ojos y orejas, dentro de los cuales se encierran dos quintales de carne de carnero.

—Dígame usted, le decía yo al más joven de los guardas: ¿no se aburre usted mucho aquí?

—No señor. Cumplo con mi deber. Me pagan mi sueldo, y así paso las semanas.

—Y ¿los domingos?

—Voy á la iglesia.

—¿Solo?

—¡Vaya una pregunta! Nó, con mi prometida.

—Y ella ¿en dónde vive?

—En el palacio.

—¿Su oficio?

—Asiste á la que ayuda á limpiar los muebles de la criada de la segunda aya de una hija de la camarera de la Princesa Elisa, hija de S. M. la Reina Victoria.

—¿Podría ella venir con nosotros á tomar un poco de cerveza?

—¡Imposible! Ella es *quite a lady*.

—¿Me presentará usted á ella?

—Con mucho gusto.

Desaparecimos; y mientras que mis amigos paseaban el parque, por milagro yo fuí presentado á la muchacha: ésta me llevó donde estaba su superiora, que vivía en el palacio. Vi algunos pasadizos, le di unos chelines, y me llevó á ver otra inglesa; y al fin pude atisbar una alcoba con una gran

cama de caoba y cortinas verdes ; un cuarto inmediato con muchos libros sobre las mesas, otro en que no me dejaron ver nada, y......total......¡ dos libras esterlinas de menos ! Ésta fué la única impresión que me quedó de las *Habitaciones de la Reina*.

Windsor ha sido la residencia habitual y favorita de la REINA VICTORIA; donde pasó los más bellos años de su vida al lado de su amado consorte ; donde levantó una familia de ocho hijos, instruída, moral y digna ; y donde ahora llora su viudedad y la ausencia de la mayor parte de sus hijas, que se han ido como reinas á lejanas tierras.

El día 21 de Febrero de 1837, á la muerte de Guillermo IV, la joven Victoria Alejandra, hija del Duque de Kent, fué exaltada al trono del Reino, y después coronada con gran magnificencia. Casóse poco tiempo después con el Príncipe Alberto de Saxa Coburgo Gotha, y vivió íntimamente con él hasta que éste murió, siendo un modelo de las mujeres casadas, fiel, amante y cariñosa, sin permitirse jamás un galanteo, como las antiguas reinas de Inglaterra, ni menos una cita sospechosa, como María Antonia de Francia. Fué también una madre ejemplar para sus hijas, y respetada de todos sus hijos, quienes se educaron con esmero. Mantuvo una corte rígida y severa, en donde no fué admitida nunca una mujer de dudosa reputación, ni hubo un escándalo, ni la menor libertad de costumbres entre todos los de su inmensa servidumbre.

Nadie estuvo jamás ocioso en su palacio. Ella escribía cuentos y libros serios (y aun escribe hoy la historia del Príncipe Alberto): sus hijas dibujaban en porcelana y grababan en acero, y sus obras eran vendidas en los bazares de caridad, á precios enormes, por los príncipes que aspiraban á su mano; sus damas, concluídas sus ocupaciones oficiales, hacían encajes riquísimos, destinados al mismo objeto.

Dando la Reina el tono á la buena sociedad, no es extraño oír decir que no hay nada más honrado, más digno y más elevado que las señoras de la aristocracia inglesa, de quienes sus esposos hacen verdaderas diosas, manteniéndose ellas siempre á esa altura, sin dejar acercar más que á ellos, llenos de veneración y de respeto.

Los matrimonios entre la nobleza se hacen por amor, pues siendo sumamente ricas las personas que han de casarse, no las mueve la riqueza; y por un amor tan sincero, tan novelesco, como el que une en mi país á los jóvenes y las señoritas. El hombre lleva una alma sana y un corazón noble, firme la idea del deber y la conciencia de la responsabilidad que asume ; y ella una alma pura, un corazón sencillo é inocente, impresos los ejemplos de moralidad de su familia y un talento cultivado.

Amándose, estimándose y respetándose mutuamente, forman una unión íntima de afectos, gustos, aspiraciones y deseos : ella tiene fe ciega en los mandatos de su esposo, él adoración por sus caprichos ; y, llenos de comodidades, sólo se ocupan en su felicidad y en levantar una familia ilustre, como la de sus progenitores, cuyos retratos adornan los salones del palacio, y cuyas crónicas gloriosas se conservan en los archivos : cada hijo que nace es una nueva alegría, un ilustre huésped que viene al hogar, y un nuevo vínculo de amor y de cuidados para los dos esposos.

Además del sentimiento moral, fuertemente impreso en la *lady* inglesa, y de la noción del deber, tan poderosa entre los ingleses, creo que hay otras causas que contribuyen á la fidelidad de los esposos y que hacen la unión y felicidad de los nobles, y entre éstas está la vida de campo que llevan, de donde no salen sino raras ocasiones á lucir sus equipajes en Londres.

Inglaterra es una nación *feudal*, como lo fué Francia en la *Edad Media* y hasta la época en que Luis XIV llevó á los nobles á la Corte, donde les preparó la ruina y desprestigio que había de consumar más adelante la revolución de 1789, confiscándoles sus tierras y palacios ; y así como en aquella nación el Barón era un Rey en sus dominios, y desde su castillo mandaba á sus vasallos, y la castellana la dispensadora de sus gracias y de sus beneficios, así en Inglaterra el *lord* es hoy el dueño de una grande extensión de tierra, en donde hay arrendatarios, lecherías, quintas, chozas, aldeas y aun ciudades que le pertenecen ; y la *lady* es la protectora de todos los desgraciados, y la que reparte los beneficios y las limosnas por todas partes; siendo amada, bendecida y adorada como santa por todos los que sufren.

Ocupada en tan sublime misión, rodeada de un prestigio mágico á los ojos de todos, nadie se atreve, por supuesto, á levantar hasta ella una mirada de amor, ni ella puede profanar el nombre del esposo, por quien se le tributan tantos honores, ni tiene tiempo para ocuparse en las intrigas amorosas, ni ocasión para delinquir, rodeada como está siempre de una numerosa servidumbre.

Para los nobles su hogar está en su *Country seat* (su palacio de campo): esa es su verdadera patria ; sus tierras son el círculo querido, unido á los recuerdos de la niñez, lugar de sus diversiones, en donde caza y recibe á los huéspedes, y en donde trabaja y encuentra á cada paso el recuerdo de su padre en una encina corpulenta. Allí se interesa en los asuntos de la parroquia como en los de su propia casa, y desempeña funciones secundarias con orgullo, con celo y con interés; forma sociedades agrícolas, hace lecturas

los domingos á los campesinos y hasta es *mayordomo de fábrica* de la iglesia que él mismo ha construído, ó de la que levantan los vecinos con su suscripción. Así como el Barón feudal iba en otro tiempo á la cabeza de su tropa á las cruzadas, así hoy el *lord* se pone á la cabeza de sus vasallos para ir á la cruzada contra los vicios, contra la embriaguez, contra la ociosidad y contra la miseria; y es él quien hace todos los gastos y toma el mayor empeño en la victoria.

Sin contar con la contribución que la ley impone para los pobres, que es de un chelín por cada quince de renta, el lord gasta más de la mitad de la suya en fundar hospitales para los inválidos y los viejos; se suscribe á todas las instituciones benéficas; forma concursos agrícolas; dota á las hijas de los campesinos virtuosos; socorre á los parientes pobres, á sus criados ya enfermos ó ancianos; da limosnas en los caminos, y contribuye á la colecta que todos los domingos se hace en la iglesia para los pobres. Y la dispensadora de casi todos estos beneficios es siempre su mujer.

La *castellana* va á la aldea é inspecciona la escuela de las niñas; les lleva modelos de encajes y de bordados; conoce á todos los viejos campesinos de su dominio y los saluda con cariño, y ellos le contestan llenos de amor y de reconocimiento; sabe cuándo está el antiguo jardinero con reumatismo, y le manda una botella del mejor vino de su bodega; los accidentes desgraciados que ocurren, — la caída de un carretero, una niña ahogada en el río, el incendio de una cabaña, — conmueven su alma, y va inmediatamente á aliviar á los que padecen; y envuelta así en una atmósfera de amor, de gratitud y bendiciones, como en un velo místico y sagrado, está exenta de la tentación y del pecado.

La moralidad de los matrimonios en todas las clases sociales en Inglaterra, la fidelidad de las esposas, está hoy en las costumbres, como el adulterio está en la atmósfera en Francia; por lo cual en la primera de estas naciones se levanta una nueva sociedad que todos los días crece, aumenta, se enriquece y va adelante; y en la otra la población se estanca, la sociedad se vicia, y la riqueza se conserva en razón del orden y de la economía.

Juzgo que la moralidad en los matrimonios nace en Inglaterra de dos causas, natural la una, obra de la educación la otra; porque no todo es verdad ni todo es mentira en aquello de que «la virtud es obra del temperamento.»

La inglesa es una mujer fría, que no tiene la imaginación ardiente y soñadora de las del mediodía, que tienen un volcán por corazón y un

cerebro donde bullen siempre ideas de amor, de dicha, de ventura y de goces supremos que las extravían.

La inglesa es naturalmente orgullosa.

La inglesa es libre desde niña, y aprende á usar de su libertad.

La inglesa recibe una educación sólida y severa.

El matrimonio se hace en Inglaterra por simpatía, por amor ó por agrado, y no por la dote de la mujer. No se crea por esto que Inglaterra es una Arcadia donde los pastores viven de amor y de caricias, nó ; pero allí no es, como en Francia, la dote el único móvil de los matrimonios. El matrimonio es un fin, — el de buscarse dos la mayor felicidad en la vida,— y no un medio de obtener riquezas, posición ú honores para conseguir después la felicidad.

El matrimonio está revestido por la sociedad de un respeto profundo; y bajo este aspecto no hay opiniones desfavorables á ese vínculo, ni en las conversaciones ni en las novelas; ni aun en los periódicos se permite una alusión ridícula al matrimonio, ni la menor excusa á una falta.

El hombre lleva al matrimonio un corazón nuevo y casto, y jamás corrompe á su mujer.

Entre la mujer y su marido no hay interpuestas ni ideas, ni creencias, ni preocupaciones.

El hombre vive eternamente ocupado, sin descansar un momento, ya en la dirección de los asuntos públicos, ya en su casa de comercio, ó trabajando catorce horas en una fabrica, y viene á descansar á su casa.

La mujer es instruída y conoce la política de su país, de manera que el *lord* le cuenta sus triunfos en el Parlamento ; conoce la fortuna y los negocios de su marido, y le habla de ellos y le ayuda á arreglar sus cuentas, ó ha trabajado en una fábrica, y comprende todos los sufrimientos de su marido.

Las familias son numerosas; y la ocupación con los hijos, su amor y sus cariños, entretienen los momentos de la mujer cuando su esposo está ausente, y aun la consuelan de la ingratitud de éste, alejan los celos y no le dejan tiempo para los devaneos.

Las diversiones donde la mujer luce la rica *toilette*, ó donde arranca aplausos de admiración de los hombres por su belleza, exaltando su vanidad y dañando su corazón, no existen, ó son pocas.

La mujer reza en su casa, en su casa llora ó es feliz, en su casa trabaja, lee ó canta, en su casa tiene todas las comodidades, lujo y elegancia, buenas comidas y amables amigos ; y no tiene que ir á la iglesia, ni al restaurante, ni al teatro, para hallar la calma, la felicidad y el contento.

El perfume del hogar, del cual jamás se aparta, como en una nube mística y divina envuelve á la hija, que crece entre el amor del padre, las solícitas caricias de la madre y bajo la presión de un trabajo constante que aleja de ella el ocioso pensamiento y la tentación del mal. Ante esa madre que llena sus deberes feliz, ante esa madre que recogió en la cuna su primera sonrisa y que día por día le ha hecho sentir el encanto del bien y la felicidad de la virtud, la ocasión no llega, y si llega, la hija, verdaderamente inocente, no la ha visto; y cuando su corazón palpita por el placer y cuando ella sueña con el amor, es por un placer inocente, por un amor casto como el que ha reinado en su tranquilo hogar.

La madre adivina sus pensamientos, previene sus deseos, comprende sus aspiraciones, jamás la manda á colegios lejanos en donde otra mujer ocupe su lugar y llene sus deberes; la asocia á los trabajos domésticos, á la crianza de los otros niños, á las labores del día; reina entre las dos una amistad franca y sincera, y la madre sabe cuándo su hija ama, y juntas preparan la felicidad del porvenir.

La moralidad de la madre es una garantía de la virtud de la hija. Muchas caen, sin embargo, pero éstas *mueren*. Se embarcan para Australia, se huyen al Canadá, buscan asilo en la India ó se refugian en una ciudad populosa entre la última condición de mujeres, con otro nombre, otras aspiraciones y otras costumbres; pero en su casa *mueren*, y no queda de ellas ni el nombre ni el recuerdo.

CAPITULO XX.

Ferrocarriles subterráneos —*Holy Day Banc*—Condados agrícolas y manufactureros — La agricultura y los paisanos—High Barnet—Manchester — Barrio de las fábricas, de los obreros y de los Príncipes de la industria—*Greves*.

QUEJÁBAME á la señora de la casa de que Londres era tan grande, los establecimientos públicos tan apartados unos de otros y las distancias que había que recorrer para hacer cualquiera diligencia tan inmensas, que se perdía el tiempo inútilmente, pues á pie no se llegaba nunca al lugar que se deseaba, en ómnibus había que seguir un rumbo determinado, y era tal el concurso en las calles, que aun tomando un coche estaba uno obligado á aguardar que todos los otros pasaran adelante ; tropezaba aquí con un carro, allá con otro, era detenido por los policías en cada esquina para que pasasen los que cruzaban, yendo los coches como en entierro ó procesión, unos después de otros, y jamás llegaba uno á tiempo al lugar requerido y gastaba más.

—Mañana, me dijo, voy á llevarlo á usted al punto de la ciudad que quiera, y tan pronto como no iría usted de su casa en Bogotá á la plaza central.

—¿ Adónde quiere ir ? me preguntó al día siguiente.

—A la *City Austin-Friars*, casa de los señores Goschen.

En la cuadra siguiente á la en que vivíamos había una casa de fierro pintada, de no mucha apariencia, en la cual yo no había reparado; y esta casa tenía dos grandes puertas: penetrámos por una de ellas, y nos encontrámos en un edificio mucho más grande de lo que podía esperarse, lleno

de gentes que entraban y salían, sin saberse de dónde. Penetrámos más, bajámos una escalera ancha y espaciosa, y nos hallámos en un claustro oscuro, alumbrado por vacilantes lámparas de gas. Este claustro se extendía indefinidamente á uno y otro lado, y muchas gentes estaban, como nosotros, aguardando, en un atrio superior al piso de la arquería.

De repente se oyó como ruido de cadenas á lo lejos, y un bramido especial; y antes de que pudiera yo preguntar qué era eso, en medio de la oscuridad apareció una boca de fuego, y llegó el tren del ferrocarril en frente del vestíbulo en que estábamos, y las portezuelas de los wagones se abrieron para los pasajeros. Se detuvo el tren quince segundos, y todos montámos; siguió por un *túnel* oscuro, abierto por debajo de las calles de la ciudad, hecho de ladrillo en forma de bóveda, y alumbrado, de cuando en cuando, por una lámpara que se escapa á la carrera, y que sólo sirve para aumentar el horror de la oscuridad.

Estábamos recorriendo el FERROCARRIL SUBTERRÁNEO, la obra más cara, más ingeniosa y más útil que se ha emprendido en Londres. La ciudad está atravesada por una inmensa catacumba que pasa por debajo de los palacios, las iglesias, las calles y las cañerías, cuidándose poco los ingenieros de los enormes edificios que pesan sobre la cripta, ó de las fuentes subterráneas que han brotado, y á las que ha sido preciso abrir cauces profundísimos: y allí se han establecido los ferrocarriles que llevan á los habitantes en un momento del uno al otro extremo de la ciudad.

Confieso que la emoción que se experimenta al atravesar con una rapidez vertiginosa este oscuro antro, no es nada grata; que el miedo de los peligros no se vence sino por la seguridad que le da á uno el ejemplo de los otros; y que hay yo no sé qué de triste y melancólico en ver á los hombres corriendo así en las tinieblas, cuando encima está la luz del sol.

El costo de estos ferrocarriles ha sido inmenso : los empresarios han tenido que comprar el terreno á los propietarios del suelo que está encima, á precios enormes; en la *City* á una libra esterlina cada yarda; á muchos han tenido que comprarles los edificios; á todos que garantizarles con enormes sumas la seguridad de sus casas; á la ciudad que pagarle la construcción de muchos acueductos, á los cuales ha sido preciso dar otra dirección, y en fin, han tenido que construír con toda solidez una obra tan difícil, y en la que un ladrillo mal puesto ó un arco mal construído haría derrumbar la inmensa arcada y arruinarse gran parte de la ciudad de Londres.

A ciertos intervalos el tren se detenía por quince segundos; algunos pasajeros se arrojaban de los coches, otros subían presurosos, y la gran

máquina seguía. Cuando se detenía unos momentos, la señora me decía: estamos en *Marble-arch* ó atravesamos á *Regent-Street* &c., puntos de la ciudad que me eran más conocidos, para que yo juzgase de la dirección que llevaba el socavón y de la ligereza con que marchábamos.

En el movimiento actual de Londres, con su inmensa extensión, estando el centro de la ciudad ocupado sólo por oficinas, almacenes, escritorios y establecimientos públicos, y obligada la población á vivir en las extremidades, sin los *ferrocarriles subterráneos* no podría comunicarse, todo se resentiría de la dilación por las distancias, y el tiempo se pasaría en la calle. Y la utilidad de estos ferrocarriles se mide por los provechos de la empresa, pues es tanta la concurrencia de pasajeros, que los capitales invertidos son muy bien remunerados; y las excavaciones continúan en todas direcciones.

Un cuarto de hora habíamos gastado de *Kensington-Street* á la *City*; y si hubiéramos tomado un coche, el tiempo habría sido de tres horas. A pesar de esto, la impresión que el ferrocarril subterráneo me dejó fué tal, que no quise jamás volver á tomarlo cuando hubo otro medio de transportación; y siempre entré á tomar el tren con miedo, atravesé el socavón con inquietud, alarmándome todo ruido, inquietándome toda dilación, y mirando á los pasajeros para convencerme de que iban tranquilos y que mi miedo era infundado; y de allí salí siempre con placer.

Trabajar de domingo á domingo, y los domingos rezar, sería una vida imposible para el francés, que ama el placer, la diversión y el vuelo del espíritu, y abominable para nosotros los colombianos, acostumbrados á no hacer hoy lo que podemos dejar para mañana, á descansar de día para dormir de noche; que hemos dividido el tiempo en días de trabajo y domingos, días de fiesta, semana santa, pascuas, 20 de Julio, natalicio del Libertador, fiestas públicas en la capital, fiestas en todos los distritos, certámenes y vacaciones de los niños, aguinaldos, salidas á tierra caliente y á veranear en el Diciembre, luto por los parientes, amigos y conocidos, cumpleaños del padre, de la madre, de cada uno de los niños, y en fin, días de jaqueca de la señora, de mal humor del marido, en los que no se puede trabajar y todo se suspende, amén de algunos otros que la imaginación inventa para no hacer tan pesada la carga de la vida ni tan rigurosa la existencia.

Los ingleses, cediendo á esa necesidad de descanso, han inventado el HOLY DAY BANC (el día de San Banco), destinado al placer y á la diversión de todo el mundo, y que tiene para ellos el atractivo y el encanto que tiene para los tolimenses el día de San Juan.

Ese día acostumbran los banqueros, los directores de compañías, los comerciantes por mayor y por menor, dar á los empleados y dependientes una gratificación según las utilidades de las empresas y el comportamiento de los empleados; y éstos, con los bolsillos repletos de libras esterlinas ó con unos pocos chelines, se van á *Brighton* ó á cualquiera otro campo; y desde las seis de la mañana empiezan los ómnibus (que en Inglaterra sólo se llaman con la última sílaba, *buss*, para ahorrar tiempo) á desocupar á Londres; el cochero lleva una corneta con que aturde á todo el mundo, ó en el pescante van músicos que, á los vaivenes del carruaje, acomodan el *God save the Queen*, ó los perros de caza anuncian la partida á los que se van á esa diversión; y en el interior de los ómnibus, viejos y viejas, jóvenes y muchachos, niños, nodrizas y criados, aglomerados, apachurrados, sentados tres donde cabe uno, y llevando sobre las rodillas enormes paquetes de provisiones, canastos de vinos, dulces y golosinas, se van á la gran fiesta, con la alegría en el corazón y la sonrisa en los labios.

No hay un espectáculo común, ninguna fiesta popular dispuesta para todos, sino que cada grupo, cada familia ó cada pareja tiene su fiesta propia y se proporciona la diversión como le parece, según sus inclinaciones y sus deseos; pero como de los cuatro millones de Londres, más de la mitad se derraman en el campo, éste está poblado por todas partes, y las escenas son infinitas y variadas.

Si una sociedad sombría y ceremoniosa como la de Bogotá viera las escenas que Londres presencia ese día, diría que todos se habían vuelto completamente locos; y sin embargo, á los ingleses les parece muy natural, y nadie nota lo que hace el vecino, ni se ocupa en reparar esto ó aquello para luégo censurar, sino que cada cual está en su propia diversión y en la de sus compañeros.

Como el inglés es dos veces más fuerte que el francés y tres más que el colombiano, necesita comer y beber mucho, y siempre lo hace con placer; las comidas son, pues, el primer atractivo de ese día, y todos comen y beben demasiado, al aire libre; unas familias sentadas sobre el césped, en tiendas de campaña levantadas para ese día, y otras en los hoteles y restaurantes que hay en los diversos pueblecitos adonde acude la muchedumbre; pero en todas partes las mandíbulas se mueven y las botellas se desocupan.

La fiesta no es una saturnal, ni el carnaval de Venecia, ni el baile campestre de los franceses : es una cosa original, en la cual se ve á los ingleses dando la mayor expansión posible á sus inclinaciones, placeres y deseos.

Todo estudiante de Londres, sea cual fuere la universidad, colegio ó

e esté, usa un bonete uniforme, que es un gorro de paño
e la cabeza, con un plato negro cuadrado encima, cuyas
an á los lados de la cabeza; y ese día, á lo lejos, se ve como
gallinazas por el aire; y es que los estudiantes arrojan á
nsa sus bonetes, que son recibidos por otros, y que van,
zan por el aire, sin que jamás caiga uno al suelo.
stos á un blanco y apuestan dinero; pero he dicho mal,
es á un pobre pavo que está detrás de una plancha de
or debe aprovechar el momento en que el pavo, por casua-
beza fuera de la plancha.
ios se ponen en cuatro piés y le hacen caballito á sus niños,
apuestas entre sí los vecinos á cuál corre más con su
inglesas, gordas, blancas y coloradas, miran encantadas á

chas y dos jóvenes, de pie en un coche, brindan con copas
ne levantan en el aire; en aquel momento el caballo, cuyas
dado sueltas, se menea, y las muchachas dan una voltereta
n por detrás sanas y salvas, pero llenas de vergüenza.
, la lucha, las apuestas á la carrera son en ese día, como
de ejercicio y de fuerza que hacen todos los jóvenes
el año que han de pasar en una vida igual y sedentaria,
e el escritorio ó constantemente haciendo una misma cosa.
colorado, con patillas color de azafrán, largas y duras, ojos
adamente abiertos, nuez puntiaguda y el cuerpo de *Don*
grupo de damas, le ha quitado á una de ellas la gorra, se
revés, y delante de todas, que ríen á carcajadas, está
inglés.
envuelto en una manteleta, debajo de la cual lleva un
paña, y con una flor en la mano y lleno de *melindres*,
puntas de los piés, imita el caminar de las francesas; y
cho y volviendo los ojos para uno y otro lado cuando
ita los modales de aquéllas, con gran risa y contento de las

tan enorme como una pipa y mofletudo y apoplético, perdi-
rado de una jovencita de mis amigas, animado por el
opuesto darle pruebas de su agilidad, salta en un pie
s espantosos para su enorme peso; y ella y todos nos
costa.
o á otro, por diversión, se tiran con los huesos de las

gallinas, con los restos del pavo, con los corchos del vino, y acaban por arrojarse las botellas en medio de la algazara y la gritería más atronadora.

El *cherry* empieza á hervir en las cabezas, y la alegría aumenta: se baila cuadrilla, se canta en coro, se deslizan algunas parejas de novios á hablar á solas ese lenguaje lleno de encantos para ellos y tan necio para los demás; se pronuncia uno que otro *speech* elegante, dirigido á las damas. lleno de afectación y de floreos; y los hurras atruenan los aires.

El *brandy*, el *geen*, el *whiskey* empiezan á hacer estragos: disensiones, alborotos, tumultos, insultos, tropelías, riñas por todos lados, que inmediatamente evita la policía; siendo de admirar que apenas se presenta un *watchman*, los ebrios lo reconocen y lo obedecen, y si no lo hacen, los compañeros del ebrio se ponen del lado del policía y le ayudan á contener y á sujetar al desobediente.

Al anochecer, las buenas familias van recogiendo sus niños, llamando á las señoritas dispersas, arreglando con los criados los platos, manteles cubiertos que trajeron para la fiesta; y si han venido en coche ó en berlin los maridos, un poco *half and half*, enganchan los caballos, montan en pescante, hacen subir á toda su gente, y azotando á los caballos y haciendo crujir el látigo en el aire, ponen al escape su carruaje para Londres, levantando una nube de polvo y tropezando aquí y allí con otros carruajes, sin que haya, por fortuna, muchas desgracias. Si han venido en ómnibus, suben á él; y allí, generalmente, el marido, la mujer y los niños se duermen.

El verdadero *Campo de Agramante* es lo que se ve á esas horas. Bandas de cincuenta ó sesenta hombres, cogidos de brazo, forman una sola fila, cantan en coro y pasan por sobre los toldos, los ómnibus y los coches que están detenidos, sin soltarse y sin cuidarse de lo que se interpone en su camino.

Arengando se ve á uno, á voz en cuello y con grande ardor, delante de un árbol, creyéndose en medio de una multitud de oyentes entusiastas; y á otro haciéndole gestos y mostrándole la lengua á todo el que pasa.

Hombres, mujeres, niños, todos tambalean, y con la mirada extraviada y los vestidos en desorden, se dirigen á Londres, pero sin esperanza de llegar, pues parece que el camino se les escapa por entre las piernas, las casas les dan vueltas, y á cada paso que dan hacia adelante, creen que los empujan, y retroceden dos.

Visitar los CONDADOS de Inglaterra para conocer íntimamente la nación y sus costumbres, fué mi más vivo deseo; pero esto es muy difícil para un extranjero sin relaciones en una ciudad donde la diaria y productiva

ión de todo el mundo no permite á nadie consagrarse al forastero: casi todos van á sus negocios, y no por el mero placer de viajar, le no hay organizado, como en Francia, un tren especial para los jeros que acuden á conocer el país.

ade observar que los Condados se dividían naturalmente en dos clases: *as* y *manufactureros*, con clima, terreno, habitantes, costumbres, es y aspiraciones del todo diferentes.

stuve en *High Barnet*, pueblecito situado al norte de Londres, que nuy bonita iglesia, construída de piedra sin labrar, á estilo gótico, muros presentan un aspecto rústico original y muy curioso. Había teles poco concurridos, algunas tiendas de comercio semejantes á las idres, varias tiendas de licores ó *public-houses*, y una serie de casas specie de tiendas, de dos piezas, en donde vivían gentes pobres que n el día en el campo y la noche allí. En todas estas tiendas noté mucho lgunos muebles, y ese *no sé qué* que caracteriza el hogar de una mujer ida y lo diferencia de las casas y ranchos de las pobres mujeres de o país.

omé con mis hijos una berlina, que manejábamos nosotros mismos, y mos por los caminos públicos á ver el campo y á conocer algo de las ibres de los campesinos. El paisaje nos encantó; pues en verano el de Inglaterra, verde y lleno de árboles corpulentos, cruzado por s tranquilos y canales que se aprovechan para echar botes con y lleno de paisanos con botas altas, vestido gris y sombrero de , y de campesinas rubias, vestidas más ó menos bien, pero todas emente; el campo, digo, le parece al viajero de América una pintura s que llegan á su país, y que no le es dado ver animada y llena de vida.

eneralmente el terreno es plano, y los pequeños accidentes que hay anzan á limitar la vista, que se dilata en un inmenso manto verde ibre la tierra, hasta donde las torres de una ciudad ó los muros de tillo feudal, rodeado de árboles, limitan el horizonte, que entre s azules se extiende por todos lados.

o hay casitas esparcidas en el campo: se nota en él poca cultura, o se pasa una legua sin que se encuentre una aldea ó una buena ión, y casi nunca se ven los ganados en los prados, pues los mantiecuidan en establos; de manera que, relativamente, reina en los s la soledad, y el encanto que el alma busca después del bullicio y las ones de Londres.

allarme sólo con mis dos hijos en ese país en donde á nadie conocía-nadie nos conocía; gozar con las varias impresiones que las diversas

cosas hacían en la imaginación infantil de los mismos; mirar aquí una capillita gótica, de piedra, cubierta toda de una enredadera tan espesa, que parecía una gruta; más allá la portada de un parque, en cuyo extremo se divisaban las torres de un castillo antiguo; llegar á un pueblecito, detener el caballo, bajar de la berlina, entrar á una posada cuya sala es la misma cocina, y sentados en un banco de madera, en medio de campesinos rústicos y fornidos, como los antiguos sajones, tomar un poco de cerveza en jarro de peltre, es disfrutar de una de las novelas de Walter Scott, y asistir en cuerpo y alma á las escenas tan bien descritas por él.

Este fué el día de mayor placer para mí en Europa; y su recuerdo es tan grato para mí, que gozo aún al tratar de describirlo.

Correteamos mucho. Cada uno de nosotros llevaba un rato las riendas del caballo y dirigía el coche, para dar prueba de habilidad. El caballo era inteligente, fuerte y sumiso; y unas veces íbamos lentamente, viéndolo todo, y contemplando la forma de los cercados, que son en su mayor parte de un arbolito espinoso que se cubre de flores azules; la infinidad de patos blancos que habia en un potrero, que eran más de quinientos; la belleza de las campesinas que nos encontrábamos, que parecían láminas de aquellas que, como modelos de pintura, se ponen en los colegios de Bogotá, ó el aspecto de algunas señoritas, que por sí mismas dirigían su coche; y otras veces poníamos el caballo al escape, sin cuidarnos de las reglas que exigen que todo coche ó carro vaya siempre á la derecha del que se encuentra.

Al anochecer volvimos á *High Barnet*, y nos quedámos en la misma posada en donde en otra ocasión, que había llegado yo á la madrugada, me habían alojado; cenamos tajadas de jamón frito, una tortilla suficiente para saciar el hambre de tres personas que habían correteado mucho, pan exquisito y cerveza con profusión.

Conversámos con los dueños de la posada muy sabrosamente, admirados ellos de que mis hijos, venidos de *South America* (de la América del Sur) fuesen blancos, no usasen plumas y hablasen inglés, y de que yo anduviese por esas tierras; y yo encantado de oír á mis hijos por primera vez expresarse en su nuevo idioma con soltura y naturalidad. A las diez de la noche nos fuimos á dormir en una cama franca, aseada y mullida, que en el suelo de una pieza alta nos había preparado la señora.

Total de gastos en la posada: dos y medio chelines, ó sean cinco reales, por tres personas. ¡ Cómo roban en Europa !

Como he dicho, Inglaterra es una nación feudal: la mitad de la isla pertenece sólo á ciento cincuenta propietarios, y de éstos hay varios que tienen treinta leguas de dominio; pero he dicho mal: no son propietarios,

sino tenedores de las tierras, pues éstas son mayorazgos inenajenables, de los cuales se tiene únicamente el dominio útil durante la vida. En el resto de la isla, en donde hay veintidos millones de habitantes, sólo hay treinta mil propietarios; y como todos los lores tienen grandes rentas, compran más tierras en la parte libre, que vinculan en favor de su familia. Además los que en el comercio hacen grandes fortunas, las emplean en comprar tierras, que ponen al nivel de las de los lores, y que muchas veces vinculan también en favor de los hijos mayores de su descendencia. De esto, de no ser la tierra muy fértil, y de la costumbre secular de vivir los lores en sus *residencias*, depende que la agricultura tenga el carácter que voy á tratar de explicar:

La estadística arroja los siguientes guarismos respecto de la población agrícola de la isla:

Propietarios	30,000
Arrendatarios	300,000
Jornaleros	1.600,000
Pastores	30,000
Otros oficios	40,000
Total de hombres y mujeres	2.000,000

La renta de Inglaterra, según Mr. Dudley Baxter (*On national income*), proveniente de rentas y salarios de particulares, es de mil millones de libras esterlinas.

No habiendo propietarios en pequeño, no hay tampoco cultivo en pequeño, y las tierras se dedican en general á la producción de pasto para la cría y ceba de animales que se tienen en establos; de manera que en el campo no hay más que dos clases de habitantes; propietarios, uno ó dos en cada parroquia; y jornaleros que van á trabajar en los dominios.

Había en otro tiempo una clase intermedia, —de la que salían los verdaderos *gentlemen* de Inglaterra,— la de los *arrendatarios*, que eran casi dueños de la tierra, que poseían y cultivaban de generación en generación, con sólo la obligación de pagar un arrendamiento ó canon anual al *lord* de quien dependían, teniendo de su propiedad una casa ó quinta, ganados é instrumentos de labranza. Pero esta clase tiende á extinguirse, y sólo quedan de ella algunos restos en los Condados más retirados de la isla.

Los colombianos antiguos recordarán que en las haciendas había antes muchos arrendatarios que tenían sus estancias y pagaban al dueño un exiguo arrendamiento; pero todos han ido saliendo, porque los dueños han convertido las haciendas en potreros ó las cultivan ellos mismos. Así

ha pasado en Inglaterra; el arrendatario ha salido, y los *lores* explotan sus dominios por su cuenta, haciéndolos producir inmensamente.

Puestas en competencia la riqueza, la inteligencia, la actividad, el interés, la rivalidad y el orgullo de los lores en los diversos dominios, han levantado la agricultura inglesa en todos sus ramos á una altura y á una perfección tal, que causa envidia á las otras naciones; y con razón, porque todo es allí gigantesco y hermoso: prados, frutos, legumbres, animales y trabajadores.

Los terrenos están cubiertos de *ray-gras*, pasto que les da cuatro cosechas en el año, y que cortan con unos cilindros que ruedan rápidamente, dejando á la misma altura el corte, ó con grandes guadañas manejadas con habilidad por hombres que en un día siegan más de una cuadra, y colocan á uno y otro lado, tendido al sol, el pasto cortado, para que seque, el que da un olor á campo que devuelve la vida á los pulmones.

Otros trabajadores recogen el pasto con grandes tenedores de fierro, y lo echan en carretas tiradas por dos caballos enormes, gordos y lustrosos, que con dificultad contiene el carretero, y que arrastran doscientas arrobas, y lo conducen á la casa para convertirlo en *heno* y darlo á los animales del establo.

En los establos se mantiene ese ganado famoso *Durham*, del cual ya han llegado á Colombia reproductores; los establos son muy aseados y las reses están tan cuidadas y limpias como el caballo en que monta los domingos un *cachaco* en Bogotá; y se sabe con precisión lo que cada res engorda diariamente, ó da de leche ó de mantequilla con cierta cantidad de pasto y otros alimentos.

Esas razas de ganado, que tanta carne dan, las que producen más leche, y aquellas cuya leche da más mantequilla, no son *razas naturales*, sino *artificiales*, es decir, formadas por el transcurso del tiempo, obra de la constancia, de la observación y del trabajo, escogiendo de cada generación los mejores reproductores; no confundiendo nunca las especies (las que deben dar carne con las que deben dar leche), y corrigiendo los errores de la naturaleza, hasta obtener esos animales que sorprenden por su tamaño, hermosura y mansedumbre.

En la hacienda todos los edificios son de cal y canto, perfecta y científicamente adaptados á su objeto, y hay máquinas de todas clases,—para prensar y empacar el heno, para subirlo á los graneros, para despedazarlo antes de darlo á los ganados, para humedecerlo, para barrer los establos, y para hacer los quesos y la mantequilla en el menor tiempo y con la mayor perfección posible.

Cuando la tierra se cultiva, generalmente es en grande extensión; y el que ara va montado en un arado, como en un coche, tirado por dos enormes caballos, que deja un surco de media vara de profundidad y á uno y otro lado los cespedones vueltos al revés, para que el surco y los cespedones puedan recibir el aire, el sol, la luz y el ázoe que hay en la atmósfera. Otras veces es una máquina de vapor la que, rápida y poderosa, escarba el suelo y remueve toda la tierra.

Viene después la *regadora*, que riega todos los granos de trigo á igual distancia y los coloca á una misma profundidad, de manera que no deje uno solo de nacer, ni nazca una mata que impida el crecimiento de otra ; y así se economiza la mitad de la semilla.

Refiere un viajero que en un sepulcro de los Faraones se encontraron granos de trigo; y en el acto el *lord* manda un comisionado especial á Egipto á comprarlos á peso de oro; conseguidos, los siembra en un cuarto con estufa, para darles el clima de Egipto ; logra que uno nazca, y á fuerza de esmero y de cuidados consigue una espiga, y con los granos de ésta, nuevamente sembrados, obtiene unas tantas matas; y al cabo de los años presenta una nueva especie de trigo, aclimatado en Inglaterra. Hé aquí una gran gloria, justamente adquirida, y que la sociedad inglesa sabe reconocer y premia con honores.

El prado inmenso está cubierto de espigas doradas que se inclinan á impulso del viento, formando olas, como un lago apacible y sereno: miles de ruiseñores cantan alegres en los cercados ó atraviesan en bandadas el sembrado, produciendo con las alas un ruido semejante al del roce de la seda, y la campiña está llena de esos olores que recuerdan la infancia y embalsaman el alma, cuando la tropa de labradores, regimentados y disciplinados, se presenta para la siega del trigo, cada uno con los instrumentos que le corresponden, y preparado al trabajo en muchos años de práctica. Los hombres con grandes sombreros gachos, mangas de cuero hasta el hombro, y delantales de vaqueta; las mujeres con largas gorras de paja, el traje muy alto, delantales de lino, y una soga en la mano, como las escolares que saltan en un lazo; y los niños de ambos sexos, como hijos del sol, rubicundos, gordos y alentados, conteniendo la risa y aguardando la tarea.

Rum, rum, rum, rum, hace la máquina de vapor *segadora*, que va como un rayo cortando el trigo, haciendo los atados y dejando en medio de la sementera un gran sendero, por el cual se precipitan más de cien trabajadores á recoger los atados, á ponerlos en carretas y á hacer las gavillas; y cuando van por la mitad del camino, ya la máquina, que ha ido hasta el extremo del dominio, viene otra vez, cortando más allá el trigo y ensan-

chando la vía, hasta que no queda una sola espiga en pie en la extensa sementera.

Del lado de las *montoneras* del trigo segado en el año anterior, y que parecen un pueblo de los antiguos indígenas de Cundinamarca, con sus casas redondas y sus techos pajizos, se oye un ruido sordo y continuado, y se alza un torbellino de paja, como si el viento del desierto soplara y levantara al cielo las montoneras. Esa es la *máquina de trillar*, que recibe por una gran boca los atados de espigas, y como un chorro de granos de oro arroja al otro lado el trigo limpio y escogido.

Todo esto representa una riqueza inmensa, y el lord que la recoge goza no sólo con lo que gana, sino con el placer que siente todo el que trabaja y ayuda á la obra de la producción y al mantenimiento de sus semejantes.

Pocos meses después llega el invierno, y no hay ni un árbol ni una planta; el sol no sale, el cierzo húmedo sopla del norte, y la campiña aparece cubierta de una inmensa mortaja de hielo.

La condición de los trabajadores en el campo de Inglaterra me parece la mejor entre la de todos los proletarios. Viven al aire libre, en trabajos sanos y agradables; tienen una familia numerosa y robusta, y ganan un jornal que si no les alcanza para obtener su independencia, en cambio, nunca les deja de dar para satisfacer sus necesidades.

Los *land-lords* se interesan realmente por la suerte de esos trabajadores, y tienen como una especie de cariño por los de la aldea de su dominio, á quienes han visto trabajar desde niños en su hacienda; los conocen personalmente, los auxilian en sus necesidades, fundan para ellos escuelas y casas de asilo, y, hasta cierto punto, los hacen miembros de su casa.

Las jóvenes son respetadas por las costumbres rígidamente morales que en el campo reinan, pueden tener sueños de amor y de ternura, y quizás un esposo y una familia respetables y un hogar tranquilo.

Y sin embargo, se nota la corriente de campesinos que se van á los condados industriales, en donde su personalidad se convierte en máquina humana que trabaja hasta que se rompe, y para estar al servicio, no del lord que lo ama, sino del capital, que no tiene corazón ni sentimientos; para cambiar su vida apacible y libre por la vida de esclavo en una fábrica, donde no vuelve á ver la luz ni á tener aire.

Y no es esto lo más cruel: las lindas niñas, castas y confiadas, se van en manadas, como las palomas de los campos, de los condados agrícolas á las grandes ciudades, creyendo encontrar un porvenir brillante, y no

hallan allí ni un amante sincero, ni un esposo digno, ni hogar honrado, sino el trabajo, el vicio y la muerte.

Las ciudades del interior conservan su interés histórico, pero han perdido su importancia y su rango. En la Edad Media cada una de ellas era rival de Londres, y por mucho tiempo la nobleza estuvo dividida según los condados, y tenía ciudades que eran teatro de sus hazañas, de sus amores, de sus rivalidades y sus odios; y los nobles, si iban á la corte, era al través de mil dificultades y peligros, teniendo que hacer un largo viaje, abandonando sus ocupaciones y sus placeres. Hoy ningún noble vive en las ciudades secundarias, sino en su campo ó en Londres; y en las ciudades sólo están las familias de los comerciantes de menor escala.

Además, es un hecho que los ferrocarriles tienden á destruir las ciudades pequeñas, á despoblar los campos para formar esos grandes centros donde se reúne todo, — población, riqueza é industria, — y que son como Londres, una ciudad de cuatro millones quitados á toda la isla, ó como Berlín, que en pocos años ha triplicado el número de sus habitantes, quitándoselos al resto de Alemania.

En mi corta peregrinación me faltaba ir á Manchester, á Glasgow ó á Liverpool á conocer las ciudades fabriles, industriales ó comerciales de Inglaterra, y escogí la primera, de lo que me arrepentí después, porque habiendo conocido ya las grandes fábricas de Londres, no tuve sorpresa ninguna al ver las de Manchester; y la impresión desagradable que me dejó no he podido dominarla.

El ferrocarril pasa por entre pilas de carbón de piedra tan altas como las pirámides de Egipto; el sol se muestra rojo en medio de una atmósfera color de cobre; las chimeneas elevadísimas arrojan humo y fuego como el cráter de los volcanes; el aire está impregnado de ácido carbónico y se respira con dificultad; las chispas vienen á apagarse sobre los vestidos, y todo está lleno de hollín; y así se entra en esa nueva Babel de las fábricas y de los obreros.

Las excavaciones que se hacen para sacar el carbón de piedra que debe calentar en invierno todas las casas, alimentar constantemente todos los hornos, mover todas las máquinas é impulsar todas las locomotoras y todos los navíos, y á las cuales no quise entrar, son tan enormes, que en el fondo no hay ya aire que respirar; reina en ellas una eterna oscuridad, y allí viven y se extinguen las generaciones de los mineros, condenados, no por Dios sino por la industria, á trabajar, como Encélado, en los abismos de la tierra.

La ciudad está naturalmente dividida en tres barrios; pero se

piso, sin balcón ni vidrieras, y cuando más con unas persianas q
siempre abiertas.

Estas casas, que son las fábricas, son tan grandes, que mu
ellas comprenden toda la manzana ; y adentro, en los diversos pi
las máquinas de tejidos, que contienen más de veinticinco mil tel
se mueven todos á un mismo tiempo á impulso de las máquinas
arrojan automáticamente la carretilla, pasan la hilandera, traban l
entregan en pocos minutos una paca de algodón convertida en
de lienzo, blanqueado, almidonado y doblado.

Allí mil quinientos ó dos mil trabajadores en cada fábrica,
tados y disciplinados, están desde el amanecer, mudos, silenciosos,
y estrictos, haciendo cada uno su oficio, como lo hace la rueda ó
los unos atando los hilos que se revienten, los otros poniendo acei
máquinas cuando chirrían, éstos, tirando cada cinco minutos
agua sobre los tejidos, aquéllos recogiendo las pelusas del algodó
están hasta el anochecer.

Estos obreros no saben hacer otra cosa que el oficio
corresponde, lo mismo el hombre que la mujer ; aquél no es c
disparar una escopeta, y mucho menos de escribir una carta; y ésta
lavar, coser, ni ninguna de las ocupaciones de su sexo. Pasan los añ
niño que entró á unir los hilos que se rompen, es ya viejo. ¿ Qué hac
los hilos que se revientan; y lo mismo hacen los que aceitaron las m
ahora cincuenta años ó los que cada cinco minutos echaban unas
agua sobre el lienzo.

Esa vida sería una esclavitud horrible para nosotros los colon
que somos abogados, agricultores, impresores, generales, come
literatos y viajeros; y todo lo ejecutamos mal ó bien, pero haciendo
destino, gozando con los cambios, y estando prontos para todos los
cimientos, y á sacar nuestra tarea social en todo sentido; pero esa
muy natural para el flemático inglés, y la lleva contento y sin aspir

fuertes como una torre, cuyas caras rojas están iluminadas por la llama de la forja, y que manejan una vara de hierro, la cual alzan, levantan, doblan y entorchan con la facilidad con que una niña hace un canasto ó un aro de flexible mimbre.

Hombres que han pasado el día en la forja, ardiendo, machacando el hierro con enormes martillos, doblando barras ó tirando rieles, salen de allí naturalmente sedientos, y van á saciar su sed en los *public-houses*, donde se embriagan y pasan la mayor parte de la noche. Los que han estado doce horas mortales encorvados ante un telar, van también allí á buscar descanso; las mujeres que se fatigan con trabajos superiores á sus fuerzas, y las que nada saben hacer en sus casas, van también á aquellas tiendas á llenar las horas de la ociosidad; aquellas cuyo jornal es escaso, van por necesidad; y así los obreros dividen la vida entre el trabajo y la embriaguez.

Hay un Barrio de obreros inmenso para los cuatrocientos mil que trabajan en la ciudad, y en el cual viven con mucha decencia los menestrales, mayordomos, dependientes de las fábricas y obreros formales, según sus facultades, en casitas bonitas y aseadas, con el *confort* á que todo inglés aspira y que no es conocido por los colombianos, y abrigando una familia hermosa, alentada y moral; allí viven también los pobres en miserables y húmedos antros, que se ven repletos de criaturitas rubias, pálidas y macilentas, y allí es el teatro de los escándalos de los obreros perdidos y de los borrachos y tahures.

El Barrio de los príncipes de la industria es tan elegante como el mejor de Londres; tiene parques, jardines, estatuas, estanques, y se compone de casas magníficas, en donde las libras esterlinas suministradas á los empresarios por las fábricas que alimentan el comerçio del mundo entero, se han empleado en pagar hábiles arquitectos y acreditados decoradores, cuyas obras hacen la admiración de los viajeros.

Estos ricos son verdaderos príncipes, que tienen por Estados sus fábricas, las que les dan rentas superiores á las que en otro tiempo daban sus dominios á los príncipes italianos, y tienen por pueblo á los trabajadores que de ellos dependen, á quienes mandan, pero á quienes tienen que complacer para evitar las *greves* (huelgas ó insurrecciones de obreros); pesa sobre ellos la responsabilidad de muchos millares de familias, tienen que atender al comercio de las diversas plazas en el mundo, como los príncipes tenían que atender á la política de sus rivales y vecinos; y llevan, en fin, el tren y gastan la arrogancia de los príncipes de sangre pura.

En la lucha terrible del capital con el trabajo, del empresario con los

obreros, casi siempre gana el primero; y sin participación ninguna en las utilidades de una especulación, los hombres trabajan sin estímulo, sin esperanza y sin aspiraciones; y trabajan la vida entera, sin mejorar su condición, ni la de su familia, ni la de sus hijos. Esto es en verdad bien triste, y ha engendrado las ideas *comunistas* en Francia y Alemania, que tienden á acabar con la actual civilización, y ha encendido en las almas nobles el deseo de mejorar la condición social de los trabajadores por medio de diversos sistemas que se han llamado *socialistas;* pero que no por ser hijos del más santo deseo y de concepciones generosas, dejan de ser absurdos, pues no hay más que una resolución para todos los problemas políticos, religiosos y sociales que agitan al mundo: LA LIBERTAD.

En Inglaterra no han penetrado las ideas comunistas, porque el espíritu nacional es más práctico y menos generalizador; y allí, cuando los obreros están exacerbados por una injusticia, ó no pueden vivir con el jornal que les asignan, apelan á la huelga, que es la resolución que toman de no volver á trabajar si no les disminuyen las horas de trabajo ó les aumentan el jornal.

El día menos pensado, las fábricas están vacías y los obreros paseando con sus mujeres y sus hijos. El fabricante se va á arruinar; los hornos, una vez enfriados, hacen perder los millares de toneladas de hierro que se estaban derritiendo; los pedidos para la India son urgentes y los buques aguardan en el puerto los géneros que se estaban acabando; la bancarrota es inevitable para todos, suspendidos los trabajos.

Los trabajadores están coléricos y rechazan á los comisionados que van á rogarles que vuelvan al trabajo; la policía ha tenido que intervenir para salvar á un viejo obrero á quien querían matar sus compañeros porque, con cinco hijos y sin pan, ha querido ir á la fábrica; las mujeres se vuelven insultantes y provocativas contra los fabricantes y contra la autoridad; la ciudad ve la multitud amotinada contra los obreros extranjeros, y principalmente contra los irlandeses, á quienes detestan; todos se interesan por un arreglo; y ...... ¡ victoria por los obreros! Han logrado el alza de medio chelín en la semana.

Las fábricas continúan; los obreros están contentos con este medio chelín, que representa más pan para los hijos, ó un pedazo de carne los jueves, ó una infinidad de placeres y goces en el hogar, cuya perspectiva les encanta. ¡ Vana ilusión! La fábrica se arruina con este gasto más; las zarazas salen recargadas con un penique, y no pueden soportar la competencia en el mundo. ¿ Qué hacer? Suprimir el medio chelín.

Nueva huelga. Los obreros resisten; muchas fábricas se arruinan,

muchas casas quiebran, el pánico llega hasta Londres, y el telégrafo lo comunica á los Estados Unidos. Los obreros resisten, y llevan ya tres días de huelga; pero están sombríos, las mujeres lloran, los niños gritan de hambre, y en vez del alboroto de los primeros días, las calles están desiertas, y los hombres rujen en sus cuevas como fieras. Empiezan á morir sobre los embaldosados de las calles viejos enérgicos, como los héroes de Sagunto, ó los del sitio de Cartagena. En vano los niños quieren exprimir el seno vacío de leche de las madres, y desfallecen en sus brazos con la mirada extinguida, las mejillas transparentes y los labios amoratados. ¡ Si pudieran salvarlos! Tristes procesiones de obreros al cementerio llevando sus niñas de quince años, que fueron las primeras víctimas de la resistencia. El llanto, la congoja, la agonía por todas partes, y al cabo de algunos días de heroica resistencia, los obreros, flacos, extenuados, macilentos, entran humildes y rendidos á la fábrica á continuar su mísera existencia.

En presencia de estos estragos de la miseria y de la triste condición física, moral é intelectual de los proletarios, ansiosa el alma de buscar remedio para tantos males, vuelve la mirada á la patria ausente, inculta aún, desierta y solitaria, pero que, libre y feliz, con sus instituciones se levanta á un alto grado de civilización; y naturalmente ocurren estas reflexiones:

En Europa la naturaleza es ingrata: el sol, avaro de sus rayos, apenas alcanza á calentar una región cubierta por la nieve en la mayor parte del tiempo; no hay flores, ni palmeras, ni pájaros que pueblen los aires con su canto. Aquí la raza humana vive penosamente, atacada por el frío, arrancándole á la tierra un difícil alimento, y encorvada bajo el peso de un trabajo abrumador y constante. La raza es blanca, fuerte y hermosa; y ¡cosa extraordinaria! es en toda la tierra, en todo el globo, en donde la raza se agita y se mueve más, realizando en una generación lo que en otras partes no se ha hecho sino en muchas; levantando ciudades y elevando torres en un día; yendo á todos los puntos del globo á despertar á las otras razas que duermen, y á arrojar los productos de su labor constante.

Esta raza encierra hoy cuanto los siglos han acumulado, cuanto el ingenio humano ha creado, cuanto la civilización de todos los siglos y en todas las regiones ha producido; se comunica con la celeridad del rayo, se mueve con la rapidez del pájaro; y el hombre tiene con las máquinas más fuerza que el elefante.

Y sin embargo, vive esclava del hambre, del frío, de la miseria y del dolor, que la rodean por todas partes, y de cuyos males sólo se libertan los pocos seres humanos que gozan de la vida, en cambio de un martirio

lento, perpetuo, inconcebible, que le imponen al niño al alumbrarle la y que lo acompaña al sepulcro sin descanso y sin misericordia.

Aquí el hombre ha renunciado á la libertad de los bosques d disfruta el africano; al aire puro, á contemplar la naturaleza, á recib rayos vivificantes del sol; y en ciudades envueltas en bruma asfixi y en fábricas donde ve aparecer y perderse un escaso rayo de luz por día va descontando todos los instantes de la vida, todos los goce alma, todos los sueños del espíritu: juventud, belleza, amor y gloria, un salario que sólo alcanza á prolongar por algún tiempo más esa vida de privaciones y dolencias.

De todas las formas que ha tomado la esclavitud en el mundo varios siglos, la más triste, la más degradante, la más miserable e esclavitud moderna del proletario en Europa. El esclavo asiático acomp á su amo á la caza del elefante; puede mirar el sol cuando lo lleva e palanquín; goza en la gloria de su señor, de la que se desprenden r que lo cubren, y no tiene inquietud por su porvenir, pues que su amo de vestirlo de seda ó de algodón, según su suerte, y alimentarlo para le dure. Pero el obrero de Europa no tiene un amo á quien servirle ni se interese por su suerte: jamás ve el sol, ni hay emoción en su alma; n lo ama como ama el hacendado sus rebaños; es esclavo del capital, qu tiene corazón ni entrañas; trabaja, trabaja, y nadie agradece su trabaj estima sus servicios. Fija en su mente la idea del porvenir siempre fun y dueño de una suerte que no puede mejorar ni para él, ni para su mu ni para sus hijos, vive en la miseria. Enferma, y no tiene un amo llame al albeitar; muere, y á nadie le hace falta, porque mil esclavos hambrientos y degradados como él, vienen á pedir su puesto en la et labor.

Y este estado de la humanidad se llama civilización, y se dice que ella ha alcanzado el hombre el más alto grado de progreso y de di ¡Maldita civilización! ¡Malditos los hombres que se empeñan en ma nerla como una cosa santa, justa y benéfica!

El africano va al combate: si triunfa, es señor; si pierde, es sie pero hay suerte, hay lucha, hay emoción, y entre el vencedor y el ven existen siempre las relaciones de dos hombres que han podido estima mutuo valor, su audacia y su genio guerrero. Para el obrero de Eu jamás hay esperanzas, nunca hay lucha. Su destino está trazado y es i table, terrible, espantoso, y á él tiene que someterse; y entre él y el di de quien es esclavo, no hay nada de común, y su único aliado es la mu

¡Cómo es que á estos millones de esclavos no les ha llegado el pensamiento de buscar una lucha y triunfar ó perecer como Espartaco !

En América, en esa tierra verdaderamente nueva, que brotó del océano cuando la Atlántida se hundió en el otro hemisferio: en esta tierra hermosa cubierta de selvas vírgenes y de magníficos desiertos, hubo una raza en armonía con la suntuosidad de la naturaleza, con condiciones físicas y morales aparentes para la mansión que estaba llamada á ocupar : era débil como las llamas y vicuñas del Sur, pudiendo apenas llevar una leve carga de fatiga y trabajo; y, como los búfalos del Norte, había nacido para vivir en libertad : era sobria para que las necesidades no la encorvasen ante el yugo del trabajo ó las cadenas del despotismo ; era soñadora y melancólica para contemplar la regia naturaleza y deleitarse en escuchar el ruído de las cascadas solitarias ó el rumor que el viento modula en las palmeras, sus compañeras y sus amigas, que le daban sombra, abrigo y alimento, y era indolente para vivir entre el oro sin inclinarse á recogerlo.

De muy lejos fué raza extranjera, más fuerte que ella, acostumbrada á la esclavitud y á la matanza ; llevó consigo el trabajo, la codicia y el fanatismo religioso, y á su peso la raza americana sucumbió.

La que hoy existe no es la aborigen, es muy escasa para tan vasto territorio, y por lo mismo vive en lucha abierta con una naturaleza que parece resistir la civilización ; hoy la vence para que mañana no quede ni rastro ni señal ; y las selvas cubren con su eterno verdor en un día lo que había costado un siglo de trabajo ; el Cocatache en una noche destruye la ciudad de Ibarra, levantada por muchas generaciones ; las raíces de un caucho derriban los cimientos de la más hermosa catedral, y á su paso la langosta destruye las inmensas plantaciones que el hombre había sembrado.

Pero la resistencia física es nada ante la resistencia moral que existe, y que obligará á la civilización á sufrir notables modificaciones para poder aclimatarse en América ; y de las cuales son prueba los siguientes ejemplos:

La civilización de Europa importada á la América trajo por fórmula social el despotismo de los reyes, y por tres siglos las generaciones estuvieron educándose en esa doctrina y recibiendo como mandatos de Dios las órdenes que los déspotas de Europa transmitían. Un día la raza existente en América, y que participaba ya algo de su naturaleza, como conservando algún recuerdo de la extinguida en otro tiempo, no quiso recibir más órdenes, y se hizo independiente. ¿ Siguió gobernándose con reyes, como manda y previene la civilización europea ? Nó. Fué á buscar en la Historia los pocos siglos de existencia de Grecia, ese pueblo que realizó

prodigios y que vivió bajo un cielo hermoso como el de América, y á su ejemplo proclamó la República : el gobierno de todos y para todos, maldecido y proscrito por Europa, no conocido en Asia é imposible para las tribus africanas.

Y esta forma social que asegura la libertad y que está en armonía con los desiertos y las pampas, no podrían destruírla ya todos los déspotas coligados del mundo.

La esclavitud doméstica, el derecho del hombre sobre el hombre, fué la idea social enseñada en América y la que por tres siglos estuvo practicándose como único medio de llevar estas regiones por el camino de la civilización, de la industria y el progreso. Y sin embargo, todas las naciones de América, apenas independientes, acabaron con la esclavitud de los negros y proclamaron la igualdad de condiciones.

Evidentemente en América la raza humana tiene que transformarse, y algún cambio físico ó una revolución social que apenas se columbra, le ha de dar nueva vida, en la que desaparecerá para siempre la esclavitud en favor del señor, del déspota ó del capitalista.

Todos los proletarios deben emigrar á América, en donde hay luz, aire y tierra para todos; pero dejando sus creencias, hábitos, costumbres y tradiciones, de manera que bajo la forma republicana en los gobiernos, y con plena libertad personal; mezclándose todas las especies, confundiéndose todas las condiciones, sobre el pie de la más perfecta igualdad, todas las fuerzas individuales se unan para conseguir una civilización en que no haya ni señores, ni siervos, ni reyes, ni vasallos, ni príncipes, ni nobles, ni parias, ni plebe, ni canalla ; en la que el trabajo físico, agobiador y terrible, se reparta entre todos aliviando la carga, y en la que los goces de la virtud, de la inteligencia y de la civilización sean comunes, á todos alcancen y á todos favorezcan.

Sólo así se realizará el hermoso sueño del progreso indefinido de la humanidad ; sólo así llenará la América la misión á que está destinada; levantándose así Colombia, libre y feliz, á su magnífico destino.

CAPITULO XXI.

Exposición de Madame Touseau—Carácter inglés—La prensa—Partida de Londres.

EN un pueblecito que está situado en la arruga que forma la cordillera entre Fusagasugá y el Puente de Pandi, en una capilla de paja hay una linda cabeza de cera, que allí pasa por la de una santa, y que es la de *María Antonia, guillotinada;* una igual vi en Londres en la EXPOSICIÓN DE MADAME TOUSEAU.

Aquella cabeza, según tradición, pertenecía á una Exposición de estatuas de cera que por allá en 1825 llevaron los señores Barreras á Bogotá; al mismo tiempo que Madame Touseau empezaba á formar la más completa galería histórica de estatuas de cera que hay en el mundo, y que se exhibe en Londres.

Entra aquí el viajero, abriendo un cancel de vidrio, á una sala sumamente grande, iluminada como para baile, y en ella, en infinita confusión, ve muchas personas, como en un baile de disfraz, con diversos y fantásticos vestidos; unas que se mueven y pasan del uno al otro lado en diversas direcciones, y otras quietas, en grupos distintos, como conversando.

A la izquierda, contra el cancel, está un chino que le extiende á uno el brazo con un platillo de plata.

—Acabo de pagar á la entrada, dice el viajero, creyendo que le cobra, y el chino ni contesta ni retira la mano.

Un guía lo conduce á uno á presentarle á Madame Touseau. Es una vieja amable, vestida de traje negro y gorra de paja, con el pelo demasiado negro para su edad, lo que hace conocer que se lo tiñe ó que usa

estatuas, y otras, las que exhiben éstas ó los visitantes; pero e
distinguirlas.

En 1875 tocóme, en medio de la revolución, conducir de Cipa
Bogotá á algunos diputados al Congreso, que venían llenos de pánic
llegar al puente del Común y divisar la cordillera oriental, gritó
ellos aterrado:

—Allí están los enemigos, señalando al cerro.

—Esas son matas, le dije yo.

—Sí, de esas matas, unas son árboles y otras son hombres; y
distingo muy bien.

En la galería de Madame Touseau yo no pude distinguirlas b
ésta una verdadera galería histórica; así es que allí están los
todos los personajes célebres con sus verdaderos trajes ó con una i
perfecta. Enrique VIII es un inglés gordiflón, metido entre una a
de fierro, y está rodeado de sus mujeres, vestidas todas de rein
magníficos mantos.

Pasa uno por delante de un anciano de sombrero de pelo alto
grasiento, levita de paño raída, hasta los tobillos, botas viejas, y
sacando un pañuelo de seda colorada del bolsillo. ¿Es verdad, ó es
Es ficción. Es *Rostchild*, el jefe y fundador de la familia qu
repartido en todas las cortes, y cuya casa es la más rica de Europ

En otra parte están el Papa Sixto V con las vestiduras po
un fraile franciscano demacrado, y un personaje misterioso, vestid
negro desde la cabeza hasta los piés, del cual solamente se ve
brillantes y siniestros. Inspira miedo este personaje, cuyo n
significación ignoro.

Kosouth, Garibaldi, Mazzini, todos los héroes republicanos d
están en figura natural y en su propio vestido, lo mismo que Thie
y el Mariscal Mac Mahon.

de Gales es la más hermosa. En un salón paralelo, y separado del primero por una cortina, está Napoleón vestido de general, con el Emperador Alejandro y todos los reyes que fueron sus aliados. Se halla también allí el coche dorado que sirvió para la coronación de aquél, y en el que fué aprehendido en Waterloo; y todo arreglado de tal manera para impresionar el ánimo y formar ilusión, que después de algunos instantes ve uno real y positivamente al vencedor de la Europa.

En otra pieza está la cámara mortuoria de Napoleón III, la capilla tal como fué adornada el día de su fallecimiento, y en el centro el Emperador muerto.

Mirando á estos personajes hay otros entre la multitud, que son también estatuas, y que no se distinguen; algunas de éstas que, como visitantes cansados, están sentadas en diversos puntos de la sala, y otras que parecen adelantarse hacia el viajero para hablarle.

Tantos chascos habíamos sufrido después de dos horas de dar vueltas, que por chiste el señor Pérez le dió con el pie á una que creyó estatua, diciendo: «Usted sí no me la pega»; y sorprendido un pobre inglés de aquel ataque, le dijo: «Señor, ¿por qué me falta usted?»

Tuvimos que darle mil satisfacciones en medio de la risa que nos causó este nuevo chasco.

El pueblo inglés es serio, individual y colectivamente. Su gobierno es eminentemente grave é indestructible, porque tiene por base la tradición y la libertad; la primera, que inspira ese sentimiento de veneración y de respeto que siempre ha subyugado á la humanidad desde el tiempo de los reyes judíos y de los Faraones en Egipto, que engendró el *derecho divino*, y que en el pueblo inglés sólo es el deseo de conservar una forma de gobierno, á cuyo amparo ha sido por siglos fuerte y respetada la nación; y la segunda, que lo levanta á un alto grado de prosperidad y ampara el hogar, la familia, la propiedad, el trabajo, el pensamiento, la creencia, y todo derecho con cuyo ejercicio no se dañe á otro.

Tiene una religión demasiado severa para unos, muy fría para otros, pero la más sencilla en las manifestaciones del culto.

El matrimonio es una institución seriamente guardada por los esposos, respetada por los extraños y custodiada por la sociedad.

La familia está muy bien organizada: cada esposo tiene sus derechos y sus obligaciones claramente definidos; los hijos son siempre respetuosos; y si no reina el amor, la ternura, la sublime abnegación que forman el vínculo de las familias bogotanas, y que hacen el encanto y la alegría de

nuestro hogar, en cambio hay más orden y cada cual cumple bien c su deber.

Los hombres son serios en su carácter, en su amor, en su amistad, sus negocios, en sus promesas, en sus conversaciones, en la palabra dada hasta en su fisonomía.

Desde Roger Bacon, Locke, Newton, lord Bacon, Bentham y Adan Smith hasta Stuart Mill y Darwin, sus sabios no son especulativos metafísicos y abstractos; y sólo después del estudio formal del hombre y de la naturaleza á que se consagran, exponen claramente los hechos observados, como la única ciencia que poseen.

Sus más famosos poetas, Milton y Shakespeare, son profundamente serios.

La educación que la juventud recibe en los colegios, ajena de especulaciones abstractas, de teorías científicas ó de la filosofía del derecho, es realmente práctica, para que el joven, al entrar al mundo, esté en capacidad de ejercer las funciones de la profesión que adopta ó del oficio que le corresponde.

La literatura inglesa es grave: la historia, la novela de costumbres y el drama son sus objetos favoritos; las historietas *folâtres*, las comedias chistosas y los cuentos picantes son raros en ella.

La prensa tiene dignidad ; se contrae á la política nacional ó la extranjera, á las noticias, viajes, estadística y difusión de conoc mientos útiles; son pocos los periódicos chistosos, y muy raras esas hoj cuotidianas á semejanza de las que suele haber en Francia, llenas c anécdotas escandalosas para la sociedad, que se burlan de todos y de tod

La PRENSA INGLESA ha sido la madre y generadora de la nueva socieda la que ha encaminado y dirigido el engrandecimiento de la nación, formac las costumbres, engendrado el uniforme espíritu nacional, regimentado moral, enseñado la tolerancia, fortificado la constitución, defendido libertad y levantado ese pueblo, el más altivo y más libre de la tierra.

La prensa es el gran poder moderador de los abusos del gobierno, las exigencias de la iglesia dominante, de las pretensiones de la noble de las exageraciones oclocráticas de los caudillos, de las tendencias an quistas de los políticos, de los abusos de la autoridad paterna, de la ar gancia de los ricos, de la envidia de los pobres ; y la que ampara, auxili protege á la Reina, al Parlamento, al lord, al propietario, al obrero, pobre, al delincuente, al criminal y al bruto.

Voy á referir algo de lo que presencié :

Como en Inglaterra hay muchos y muy distinguidos republican

los periódicos representantes de este principio atacan siempre al gobierno monárquico, en que el Rey manda pero no gobierna, como perfectamente inútil y costoso; censuran los excesivos gastos de la corte, la ridiculez de las ceremonias en palacio y la indignidad de que una nación libre esté de rodillas delante de una mujer; y como éstas son opiniones, los otros pensadores las acogen, las censuran ó las combaten. Pero un periódico dijo que la Reina se embriagaba con brandy, y esto no lo soportó la prensa inglesa, porque ese periódico atacaba la parte sagrada de la persona de la Reina.

Hace muchos siglos hubo una conspiración para hacer volar con pólvora el Parlamento, conspiración que se descubrió y por la cual fué ahorcado el jefe de ella; y todos los periódicos ingleses celebran este aniversario y se asocian al pueblo, que en las calles quema un mamarracho de papel, imagen del conspirador. Esto, para que jamás y en ningún caso, ni por el Rey ni por el pueblo, vuelva á ser atacado el Parlamento.

Un día en que la Reina iba á abrir el Parlamento, estaba un carretero descargando unos muebles en la vía por donde debía pasar la procesión, y la policía lo obligó á retirarse. La prensa condenó el hecho, amparó al carretero y obligó á la Reina á darle una indemnización.

Un lord, celoso de su esposa, quiso llevar el escándalo de su supuesta injuria, hasta practicar la antigua costumbre, sin ocurrir á los tribunales del Reino; y la prensa amparó á la esposa é hizo comprender al lord que esa era una doble vergüenza ó una injusta iniquidad.

Toda arbitrariedad y toda violencia de los dueños de fábricas contra los obreros, es denunciada al público y severamente castigada por la prensa.

Un famoso aeronauta ofreció ascender en globo montado en un caballo, y descender en él. La prensa tomó la defensa del caballo, y dijo que el hombre podía hacer de su persona lo que quisiera; pero que no tenía derecho de disponer de la vida de un pobre animal que sin duda no querría ascender ni descender. El caballo ganó su causa ante la policía, la cual impidió la ascensión.

Para las experiencias biológicas y fisiológicas, los animales vivos eran sometidos por los médicos á ensayos más ó menos crueles, pero que en todos los países se han practicado para el adelanto de las ciencias. La prensa tomó la defensa de los perros, gallos, gatos, conejos, renacuajos y zancudos, y declaró que el hombre no tenía derecho de martirizarlos, y ganó la cuestión, habiéndose prohibido la *vivisección* en Inglaterra.

Hay algunos caracteres especiales en la prensa inglesa, según observé en mi breve permanencia en ese país, que quisiera hacer notar, aunque con la desconfianza del que tiene que emitir voto respecto de una sociedad de

la cual apenas le es dado hablar superficialmente, sin que jamás pueda penetrar en el fondo; á la manera que Gall tuvo que diagnosticar sobre el carácter de un hombre sólo por su fisonomía.

La libertad de la prensa se ha moralizado tanto en Inglaterra, que no hay un solo periódico inmoral: el jurado de imprenta no funciona casi nunca, y no hay escritores como Pablo Cassagnac en Francia y varios en mi país, que deben su posición y su fortuna á lo descomedido del lenguaje, lo virulento de los ataques y el olvido completo de todas las reglas de urbanidad.

El sabio autor de las *Lecciones de Derecho constitucional*, doctor Florentino González, expresa el pensamiento de que la libertad de la prensa está restringida en Colombia por la pistola y la espada. Esto y la consideración de que la mayor parte de los duelos, muertes y atentados que tienen lugar entre nosotros, son originados por las publicaciones de la prensa, nos haría pensar que la absoluta libertad no era conveniente, si no viésemos lo contrario en Inglaterra.

En primer lugar, haré presente que la libertad de la prensa no ha podido venir á turbar las relaciones de los hombres en la sociedad, ni á borrar las distinciones sociales nacidas de la virtud, la honradez, el talento, la ilustración, los servicios á la Nación, y todas aquellas que se juzgan indispensables para la marcha armónica de la sociedad.

Pero la creencia general en Colombia es que la libertad de la prensa abrió un palenque en donde todos los vagamundos pueden entrar á luchar como iguales con los hombres honrados, y, más aún, obligar también á bajar á la arena, á su llamamiento, á los que ellos quieran, según el capricho, el odio, la venganza ó la maledicencia lo inspiren.

La libertad de la prensa en Inglaterra es igual en todo á la libertad personal, que permite á los hombres hacer lo lícito y honesto ó que no dañe á los otros; y así como con el uso de esta preciosa garantía no se expone ni la santidad del hogar, ni el respeto á la honradez, ni la consideración debida al bello sexo, porque la sociedad se cuida de amparar contra el descomedido, el insolente, el descortés ó el malvado á las personas buenas; así el uso de la prensa tampoco expone el honor, la virtud ó los hábitos pacíficos y moderados de los ciudadanos al capricho de los malévolos.

Pero no es esto lo que pasa en Colombia por errores, preocupaciones y perversión de los principios morales de la sociedad.

Escrito un artículo por un hombre, sea cual fuere, se juzga que para este escritor están ya suprimidas todas las distinciones sociales, y él igualado á todos los hombres honrados y virtuosos. Todavía más: sus palabras se

miran como la sentencia de un tribunal que sólo otro tribunal de sangre puede revocar; y que tienen el poder absoluto de formar opinión y causar deshonor, mengua ó vituperio, según su voluntad ó su capricho.

Tal persona, que no sería admitida en la buena sociedad, á la cual no se recibiría en la casa propia ni se tendría de amiga, por mala voluntad, por rivalidad política, por interés, escribe en un periódico un artículo, más ó menos acre, contra un pacífico ciudadano que cumple con sus obligaciones sociales, y que quizás por cumplir con los deberes públicos de que está hecho cargo, origina esa odiosidad. El ciudadano pacífico tiene que abandonar sus ocupaciones privadas ó sus funciones públicas y entrar en polémica con el autor del artículo, y aducir pruebas; y si el artículo es apenas injurioso, ir á la imprenta, averiguar por el autor y retarlo en el acto.

No nace esto de la libertad de imprenta, que, como todas las libertades, es santa y benéfica; nace de la preocupación que ha quedado de los tiempos en que la prensa estaba restringida, y en los cuales el que escribía tenía una pena, por lo cual se revestía, al injuriar ó al escribir en estilo hiriente, de cierto aire heroico, y la sociedad lo amparaba y lo ennoblecía por el interés que mostraba en favor de la prensa.

Las ofensas no forman ni pueden formar opinión respecto de las personas. Al hombre honrado y virtuoso á quien en un periódico llaman ladrón ó libertino, no le alteran en nada sus relaciones domésticas, la estimación de sus amigos y la consideración social de que disfruta; y al día siguiente es el mismo caballero á quien todos le tienden la mano; así como al pícaro nada le quitan en el concepto público. ¿Por qué, pues, ha de estar el hombre honrado obligado á contestar un artículo injurioso, ni mucho menos á exigir reparación y batirse contra el que lo escribió?

La libertad de la prensa no pudo venir á borrar las condiciones sociales; y si en el curso común de la vida un caballero, conforme á las leyes del honor, no está obligado á batirse sino con otro igual, no es racional, no es justo que, escrito contra él un artículo, tenga que ir á averiguar el autor á las imprentas para encontrar con un perdido, un falsificador, un estafador ó un perverso, con quien tiene que batirse para satisfacer á la sociedad.

Son condiciones sociales para el uso de la libertad de imprenta, según he visto en Inglaterra:

1.ª La conservación de las reglas, distinciones y rangos que la misma sociedad ha establecido para su marcha fácil y armónica;

2.ª La moralización de los juicios del público acerca de las publicaciones de la prensa;

3.ª La civilización de la misma sociedad, poniéndose á la altura de la

Tampoco dan lugar en Inglaterra los artículos de periódicos, p
é insultantes que sean, á reparaciones y desafíos como en Francia,
á cada momento se ve á un ministro batiéndose con un chisgara
dijo pícaro, ó al respetable redactor de un periódico atravesado por
de un soldado. No se ha visto tampoco en Inglaterra el escánda
un hombre ilustrado, honorable, digno y de alta posición, com
Girardín, mate en duelo á Armand Carrell, *el caballero de la de*
noble y generoso joven, esperanza de la República, por riva
artículos de periódicos, y tener que lamentar después su muerte.

Por supuesto que mucho menos hay aquello que se usa en m

«AVISO.

Anoche se robó la custodia de la Catedral el señor Mariano
Secretario de Gobierno.—R. P.»

«FALSEDAD.

Miente el escritor villano y procaz R. Peñalver, que tiene t
mano ensangrentada por el asesinato perpetrado en su propia ma

Mariano Andra

Los que así usan de la prensa, se arman, cada uno con su rev
cuestión de honor, de vida ó muerte para ambos), y se encuent
Calle Real: en el ataque, el uno cae muerto, y el otro ha lavado con s
honor. Y esto pasa todos los días, se repite á cada instante; y está
costumbres que el que escribe un artículo debe insultar, el que lo
debe devolver un insulto sangriento, y ambos prepararse para mo
en un circo, rodeados de espectadores.

Y á propósito de Girardín, coloco aquí dos cartas, en las
mismo dió solución á las cuestiones de la prensa.

«Miércoles por la tarde, 14 de A

«Señor: Antes de contestar en *Le Siecle* á vuestras injuri

«Después de vuestro artículo de esta tarde, creo tener el derecho de reclamar una reparación de este género, y os ruego me hagais conocer vuestras intenciones.

« *Anatole de la Forge.*»

«Jueves por la mañana, 15 de Abril.

«Señor: Vuestros escrúpulos son tardíos, porque es sobre el tono injurioso de *Le Siecle* que *La Liberté* ha arreglado el suyo, no por violencia, sino por cálculo, y con la intención muy firme de llevar la polémica tan lejos como *Le Siecle* lleve la suya. Continuad, pues, sin ninguna consideración, como habeis comenzado. Sin razón haceis intervenir en esta discusión un nombre que no debe figurar en ella.

«Vuestra carta, que traiciona vuestro profundo embarazo de contradecir mi mentís de ayer, apoyado con pruebas materiales, y vuestro ardiente deseo de ahogar el debate, al cual habeis dado paternalmente nacimiento, no me ha sorprendido, yo lo había previsto y lo aguardaba, mi respuesta estaba preparada y sólo me faltaba escribirla y dirigirla; héla aquí:

«Las balas de pistola ó los tiros de espada no han sido jamás razones, ni han ilustrado jamás una controversia.

«Vos teneis en las manos la misma arma que yo, y yo tengo la misma arma que vos; servíos de la vuestra como yo me sirvo de la mía.

«En todo caso, si teneis á bien arreglar este duelo con la pluma, yo consiento gustoso en que nombre cada uno dos testigos que juzguen cuál de vos y yo ha herido más profundamente á su adversario, para que encuentren lugar de declarar que el debate debe suspenderse y que la verdad está satisfecha.

«Preferís vos que tomemos cada uno una hoja de papel, una botella de tinta y una caja de plumas, y que el combate no acabe sino después de agotar completamente las plumas, la tinta y el papel?

«Escoged.

« *Emile de Girardin.*»

En Inglaterra se publican relativamente pocos libros, atendida su población, su riqueza y su cultura intelectual: en libros su prensa es demasiado exigua comparada con la de Francia, en donde todos los días aparecen infinidad de libros sobre todos los ramos del saber humano, sobre todos los sistemas filosóficos conocidos, y todas las teorías sociales; de historia, de viajes, novelas, cuentos, poesías y dramas. También es muy pobre la prensa inglesa en este ramo comparada con la alemana, respecto de la cual basta referir que Napoleón III, siempre que le era presentado algún alemán,

de haber servido para cucuruchos en las dulcerías de Bogotá!

A cada cual según sus obras.

El número de los periódicos también es corto comparativa
población, pero su circulación es inmensa, lo que prueba que en
dominan grandes partidos, á cuyos intereses, aspiraciones y de
los grandes periódicos que diariamente se publican en edición abu
Del *Times* se tiran setecientos mil ejemplares, del *Standard* me
del *Ilustrated London News* trescientos mil y del *Punch* igual

Los periódicos son enormes. El *Times*, por ejemplo, es
de grandes dimensiones, de letra pequeña, de ocho columnas en c
y ordinariamente de diez y seis páginas.

Los periódicos, además de la causa política á que están c
tienen obligación de servir á todas las aspiraciones, gustos y de
suscritores, por lo cual contienen las últimas noticias política
los países del mundo; relatan todo lo que sucede, dan cuen
los descubrimientos y razón de lo que se enseña, piensa y cree e
países, y de lo que dicen y hacen todos los reyes y personajes n

Los redactores escriben diariamente admirables artículos
económicos acerca de todas las cuestiones en que tiene interés
remoto la Inglaterra; artículos lapidarios, claros, eminentes,
opinión pública y que son el eco del sentimiento nacional. Se ci
artículos en forma de cartas, publicados en el *Times* durante la
francesa, de un autor desconocido, que firmaba *Junius*, com
luminosos que en el mundo se han publicado, y de los cuales
sabe algunos párrafos.

Mencionaré aquí dos cosas relativas á la prensa inglesa, q
derán mucho á los colombianos:

Primera. La prensa tiene un gran poder y los escritor
ninguna influencia; la mayor parte son desconocidos, y el le

Segunda. Los hombres públicos no tienen un periódico que sirva de órgano de sus ideas, como Girardin *La Presse* ó *La Liberté* y Gambetta *L'Opinion*, en Francia; ó como Murillo *El Tiempo*, en Bogotá, sino que tienen que servirse de los periódicos particulares para emitir sus opiniones.

En todas las ciudades del mundo civilizado tienen los periódicos *corresponsales* encargados de dar cuenta exacta, detallada y minuciosa de lo que allí pasa física, política y moralmente; de lo que se dice en las academias y cuerpos científicos y de cuantos inventos y descubrimientos se han hecho.

Los detalles y minuciosidades de cada artículo ó de cada correspondencia son infinitos y parecen enojosos al que toma el periódico, pero son indispensables, por esta razón: nadie se lee diariamente un periódico de gran tamaño, de diez y seis páginas y ocho columnas en cada una, sino que cada cual lee aquello de que tiene necesidad, lo que le interesa ó le es útil; y desea que eso que lee sea tan completo y tan minucioso como si para él sólo se hubiese escrito é impreso el periódico.

Los *reporters* son personas encargadas de comunicar noticias personales de hombres importantes, con los cuales tienen entrevistas y conferencias, ó los más vivos detalles de una guerra ó de un acontecimiento de actualidad. Stanley fué, como *reporter* de un periódico yankee, en busca del doctor Livingstone al centro de la Africa; y la segunda exploración, que ha costado más de treinta mil libras, la hizo por cuenta de un periódico inglés.

Los *reporters* se entran á todas las casas, á los palacios, á las chozas, saltan á los buques que llegan, acuden los primeros á un incendio, interrogan á los criminales, asisten á los jurados, hacen campañas á pie y con su rifle al hombro, se mezclan en la pelea, caen prisioneros y son á veces fusilados, como el *reporter* del *Times* en la guerra de Túnez, que lo fué por un general francés por haber violado un bando militar.

Las aventuras de un *reporter* en la guerra entre Rusia y Turquía, contadas por él mismo, son una curiosísima novela; y bastará decir que los rusos lo apalearon por espía y los turcos por delator; que fué encerrado en una fortaleza, de donde se evadió para entrar de remero en una falúa guarda-costas; que viajó por tierra en elefante, en caballo y en asno, y por agua en buque de vapor y en una canoa dirigida por él mismo; que habiendo atravesado el Danubio, bebió champaña con el Gran Turco y whiskey con el General Menchekoff; que tuvo amores con una ninfa del serrallo, y volvió á Londres casado con una princesa de Valaquia.

En la guerra americana un *reporter* del *Times* tuvo una ocurrencia

« In principio erat verbum et verbum erat » &c.

El telegrafista escribió un rato y transmitió los versículos d
tales como se los dictaba ; pero al cabo de una hora sospechó si
ese individuo. Los redactores del periódico en Londres tambi
sorprendidos.

Dos horas más de dictar textos, y éstos no acaban, y ya va
quinientos pesos en el calograma ; los otros *reporters* están i
porque acabe; y el director del telégrafo se atreve á hacerle una
indicación. Por toda respuesta el *reporter* saca un rollo de billetes
los entrega al telegrafista y continúa dictando : «In illo tem
Jesus discipulis suis parabolam hanc » &c.; y así, dictando
Nuevo Testamento, pasa tres horas; pero poniendo el oído á lo qu
sucede; á las cinco horas de textos sabe el resultado de la lucha, y
General Grant ha ganado la batalla, y se acabó la guerra ameri

Los telégrafos están de día y de noche funcionando en
ciudades de la tierra para transmitir noticias á los periódicos i
con tal eficacia, actividad y celo obran los corresponsales, que la
Thiers se supo en la mayor parte de las ciudades francesas por
que de ese acontecimiento hizo el *Times* de Londres.

Los avisos son la base de sostenimiento de los periódicos, y n
de las suscripciones, pues se ha hecho la cuenta de que el papel
guardado y vendido en un año para cucuruchos de dulces, vale
precio de la suscripción.

Todo se anuncia en los periódicos una y dos mil veces, sin
en la confianza de que el último aviso puede ser el que ac
mercancía ó facilite un negocio, con lo cual se gana una fortuna. L
página de los periódicos está siempre colmada de avisos, clasific
nados metódicamente y por departamentos, de manera que el
encuentra con facilidad el aviso que necesita. El precio de inser
avisos es muy caro; y hay unos que llaman *reclamos*, que son

Fué una espléndida dote la otorgada á su hija mayor por el propietario del *Times*, cuando le cedió la primera columna de avisos.

El mérito de los avisos puede medirse por esta anécdota:

A M. Mennier, de París, fabricante de chocolate, se le dañó gran cantidad de ese artículo, porque se le blanqueó al prepararlo.

—Daría cinco mil pesos por remediar este daño, le dijo un día á su secretario.

El secretario le oyó, guardó silencio y mandó al *Times* este aviso:

«Chocolate *blanco* y carmelita—Unicos fabricantes, Mennier y C.ª—París.»

Los pedidos de chocolate blanco hechos de Londres no alcanzaron á despacharse con el que se había dañado; y el dependiente recibió sus cinco mil pesos.

Hay avisos de todas clases, de todas las profesiones y oficios; avisos corrientes, avisos monstruos, avisos estúpidos, y parece que también hay avisos criminales.

He aquí algunos ejemplos de avisos que vi en el *Times:*

—

«La señora Steevens, dotada del poder de la adivinación, después de haber recorrido el Oriente y estudiado con los magos de Egipto, puede decirles á todos su porvenir—Vive en *Regent-Street*, número 76.»

—

«Te vi, me gustaste, y ya no vacilo.»—A.

—

«Tengo mil libras para colocar á bajo interés, y no exijo más seguridades que la honradez del que las tome.» (Aquí la dirección).

—

«No soy fea, recibí buena educación, soy virtuosa, tengo una dote y quiero casarme con militar—16 box Post Office.»

—

«A W.

Mi padre quiere matarte. Escóndete.»

—

«Las señoritas que quieran pasar hoy por delante de la Botica central, pueden hallar una conveniencia inesperada.»

—

«Se necesitan mil libras para una persona honrada, que da toda clase de seguridades y abona un fuerte interés.»

«Más de setecientos matrimonios de mujeres feas y p:b este año, acreditan la casa de Murfy & C.ª—Picadilly, núme

—

« P......
« Nos veremos en el teatro.»

—

« Si X + Y = A puedes K × N con mucho cuidado.»

—

« A L:
Esta noche me arrojo al Támesis.

—

« *Salvemos las almas de los infelices negros del Cong* á la sociedad que para llevarles pañuelos instructivos, con del Evangelio, se ha formado, y que tiene su reside Street—L. N.»

—

« LA ALHAMBRA.

« Se ha pasado con sus farsas, sus ninfas, su papelillc otro lado del río y exhibe á « Orfeo en los infiernos.»

—

« Una dama respetable y rica, aunque de edad pı esposo joven, pobre, sumiso y buen mozo. Enviar l dirección R. Q. Al que sea elegido se le devolverá el retr *sí*. Los otros serán todos quemados.»

—

«¡ Cuánto te amo ! ¡ Ingrata ! ¿ Qué harás á mi mue

—

« Se compran cadáveres frescos para la escuela de a

—

Fuí á visitar la famosa imprenta del *Times*, por ser villas de Londres, y porque siendo yo impresor, quería traer á mi país, algo que pudiera ser útil. Quedé pasm pero, como sucede con todo lo de Londres, es tan grand ninguna aplicación de lo que se ve en ella se puede hace

En aquella imprenta no se comprenden ni se pueden y el conjunto deja tal impresión en el alma por la inme que agobia el ánimo y no deja siquiera pensar ni reflexic

Ese sentimiento de la enormidad de la población, la civilización, de los *docks*, de las fábricas, de las máqu cenes, embargaba mi espíritu ; y viendo esa raza gig

iclópeos, esas construcciones babilónicas, dejé á Inglaterra; y esa enormidad me agobia aún y me imposibilita para definir ese gran pueblo.

El día de la despedida recibí de la señora del *boardinghouse*, de las eñoritas que allí vivían, de todos los huéspedes y de la linda niña Fanny, os testimonios del más vivo cariño y de la más sincera amistad; y debo confesar que no sin pena dejé esa ciudad, adonde había llegado siendo indiferente á todo el mundo, y sin más amor que el que tenía á mi hermano, que conmigo se iba.

Había en frente del *boardinghouse* un almacén alto, de objetos de cristal, despachado por dos señoritas; á una de ellas, novia de un caballero á quien me había presentado, le había regalado yo una mariposa de Muzo; y á la otra, niña de trece años, unos moscardones brillantes; y juntos habíamos paseado algunas veces. El día de la partida no me acordé de esas amigas, y sin embargo, ellas, desde las ventanas, me hicieron notar mi falta, derramaron algunas lágrimas, y batieron su pañuelo blanco mientras podía verlas.

Ese sentimiento sincero de las señoras del *boardinghouse* al tiempo de mi partida, esos adioses con el pañuelo blanco, me revelaron lo que yo ya sabía y que tres hechos más me confirmaron: que hay elevación de alma, nobleza de sentimientos y generosidad espontánea en la mujer europea, sentimientos que no han sabido apreciar los que la muestran fría, egoísta ó interesada.

Hé aquí algunos de mis recuerdos:

En el vapor *Thasmanian* la comida era malísima, y la de mis hijos peor, pues no les servían ni frutas, ni postres, ni dulces. Una señora danesa, rica como una americana y bella como una diosa, debió de comprenderlo, y siempre retiraba de la comida pasas, almendras y dulces para regalarles á mis hijos, haciéndoles mil cariños, como si fuese su madre.

Cuando vivíamos en una *pensión* en París, mi hijo Evaristo enfermó, y la señora Moreau, la señorita Tourrele y todas las otras señoras y señoritas lo cuidaron con esmero, lo acariciaron con afecto, y se distribuyeron de dos en dos las noches para velar á su cabecera.

Yo viví, durante el tiempo que estuve en el Havre, con dos señoras, una que era viuda y que debió de haber sido rica, y la otra, que había sido siempre soltera, y que tenía consagrado todo su amor á un lindo perro amarillo, *épagneul*, que ocupaba todo su tiempo y era su alegría y su encanto. El perro me quiso mucho, sin duda porque yo era el único que lo sacaba á la calle.

Cenámos en casa en la *Noche buena* varios amigos, y para hacer los

honores de la casa, la anciana viuda sacó á lucir un brazalete de cornelina, tan antiguo como ella, pero que todos, por burla, le ponderámos.

El día de la partida llegó; y la una quería que yo me trajese su perro y la otra que le aceptase el brazalete.

La criada que en Hamburgo me sirvió por un año, era una infeliz criatura más fea que Gestas y más desairada que un recluta, pero muy inteligente; yo le pagaba sesenta marcos mensuales; cada mes ella dejaba dos marcos sobre la chimenea de mi cuarto; y como sólo por señas nos entendíamos, no pude saber para qué eran esos dos marcos.

En el último mes llamé á un amigo para que nos sirviera de intérprete, y ella le dijo:

—No tengo con qué pagarle al señor Rivas el cariño con que me ha tratado, y por eso resolví rebajarle dos marcos por mes de mi salario.

Estos recuerdos embalsaman el alma!

Pensaba tomar el camino que va á París pasando por Douvres y Calais; y al efecto, mi sobrino Carlos de la Torre, siempre oficioso y servicial conmigo, tomó un coche, en el cual acomódose el equipaje, y marchámos con una hora de anticipación de la en que debía partir el ferrocarril; pero no habíamos contado con que el cochero puso el caballo paso á paso, se detuvo al frente de todos los otros coches que querían pasar adelante, y guardó tan ceremoniosamente la regla de ir en procesión uno en pos de otro todos los coches, que cuando llegámos á la estación ya el tren había partido. ¡Maldito cochero! ¡Vagamundo! ¡Perezoso! Cuantos insultos sabía yo en inglés se los irrogué en el tránsito, y creo que hasta rompí, en mi impaciencia, un cristal del coche.

Cuando llegámos al término, el cochero me empujó y un agente de policía ocurrió; el cochero puso su queja, de la Torre su demanda; citáronlos para el día siguiente, y yo me escapé de Londres en un tren que iba á Folkestone, y de ahí en vapor á Bolonia, primer puerto de Francia.

El canal estaba hermoso, el mar tranquilo: en una hora de travesía vimos de un lado apartarse los buques que estaban cerca del vapor, después quedarse atrás, luégo separarse y huír á la ribera de Inglaterra, escaparse la tierra, perderse en el horizonte y no verse más que mar y cielo; y del otro lado notámos que la tierra viene de muy lejos, que se aproxima primero lentamente y con pereza, después aprisa, y últimamente con una rapidez como si quisiera venir á estrellarse contra el buque, que se mece en las ondas. Esta que viene es la tierra de Francia.

CAPITULO XXII.

Francia—Bolonia—Encomiendas de Bogotá—*Nuits charmantes* de París—¿ Cómo es París?—Los boulevares—Los colombianos.

¡ HERMOSA FRANCIA ! hogar del pensamiento, que en cada siglo ha de ser el embeleso de todas las naciones ; corazón sensible en donde con supremo amor son acogidos todos los goces y todos los dolores de la humanidad ; espíritu sublime que te has levantado á la región excelsa, desprendido del polvo de la humana miseria, para reinar sereno, y que llamas á todos los espíritus elevados para formar la gran constelación de los sabios, de los poetas y de los filósofos ; virgen abnegada y generosa, que te ofreciste en expiación y marchaste al martirio coronada de rosas, por la redención de los pueblos que sufrían en la extensión del universo ; fuego inextinguible del que robó á los cielos Prometeo, y que da vida y vigor á la rebelión eterna del bien contra el imperio de la iniquidad ; luz inmortal que en lampos te derramaste por toda la extensión del mundo, cuando vivía entre las tinieblas y el error, la ignorancia y la esclavitud, y alumbraste el camino que cada pueblo y cada hombre debía seguir en su larga peregrinación, para llegar al fin á la cima sagrada, en donde siempre habrá luz y libertad. ¡ Hermosa Francia ! yo, en nombre de la ciencia y de mi pobre patria, te saludo !

Vengo á cumplir una peregrinación que, sin duda, fué el voto misterioso y último de los próceres de la Independencia y de los mártires de la Libertad en mi país, región lejana de la hermosa América, llena aún

de bosques, atravesada por desiertos, iluminada por un sol ardiente, pero destinada en aquel continente á una gran misión providencial en favor de la libertad ; vengo peregrino á tus playas á relatar el gran misterio de la redención de ese país, obrado sólo por el influjo poderoso de tus palabras inspiradas, que llegaron hasta allá, iluminaron los bosques, inflamaron los volcanes y conmovieron la tierra en donde por tres siglos había reinado el despotismo.

Era mi patria una colonia ; humilde esclava del más bárbaro de los reyes, que sumisa besaba su cadena y adoraba el látigo con que la azotaban, y así vivía sin esperanza, como olvidada de los favores del cielo y de los bienes de la tierra, cuando la casualidad hizo que cayera en medio de sus bosques una chispa de las centellas celestiales que la REVOLUCIÓN FRANCESA despedía para todas partes ; y la esclava se levantó, se miró hermosa, sacudió su cadena, ensayó romperla, y entre luchas y sangre, después de mucho lidiar, logró vencer. ¡ Salud, oh Francia, en nombre de mi patria libre !

Hubo allí un hombre que, como Lafayette, rico, caballero y noble, recogió el testamento de la gran Asamblea constituyente ; este hombre se llamaba Nariño, y con ese testamento de LOS DERECHOS DEL HOMBRE, que mostró al pueblo, alcanzó á redimirlo. En nombre de Lafayette, tu hijo y libertador de la América del Norte, y de Nariño, Libertador de Sur América, yo te saludo, ¡ oh Francia de la Revolución !

La historia de veinte años de prostitución, bajo el poder de un tirano, afligió profundamente á los republicanos de mi patria: la historia de tus guerras y de tus sufrimientos conmovió todos los corazones, porque tú eres ¡ oh Francia ! la madre común de todos los republicanos.

A la corona de encina y de inmortales que la Historia te ha decretado, vengo á agregar yo una flor agreste, pero llena de perfume, nacida en la cima de los Andes; á ofrecértela como tributo de amor y á saludarte ¡ oh Francia ! en nombre de Colombia.

¿ Quién no se sentiría conmovido, cual yo lo estaba, al llegar á pisar esa tierra clásica del heroísmo, cuya historia conocemos desde niños los colombianos más que la de nuestro propio país, cuyos grandes hombres se nos ha enseñado á admirar, como los de Grecia ó los de Roma, cuyos sabios han escrito los libros en donde hemos aprendido alguna ciencia, cuyos héroes hacían palpitar nuestro joven y entusiasta corazón en otro tiempo, y cuyas glorias han deslumbrado siempre nuestros ojos ?

Algo sublime animaba mi espíritu en el momento en que pisé tierra de Francia, y estuve absorto, como en éxtasis, dispuesto á la

contemplación, y lleno de entusiasmo; y el sol, que sobre los campanarios de la ciudad de Bolonia lanzaba en una tarde de verano sus últimos rayos, me pareció tan hermoso como el de mi patria, y tuve ímpetus de unir mi pobre himno al himno sublime que todas las naciones levantan á Francia.

¡Qué nación! Cuando el espíritu de la época hacía considerar las cruzadas contra los mahometanos poseedores del santo sepulcro, como la más grande obra de civilización y de piedad, la Francia se puso á la cabeza de todos los cristianos; y en Bolonia nació y se educó, y de Bolonia salió ese héroe novelesco,—Godofredo de Bouillon,—que mandó á todos los cruzados, venció á Saladino, entró á Jerusalén, rescató el sepulcro, lo cubrió con la bandera francesa y se hizo rey como lo había sido David; pero que no quiso llevar corona de oro en donde el Redentor había llevado la de espinas, y cuya estatua está en Bolonia y fué la primera que encontré en Francia.

En Bolonia se ha levantado también una estatua á Jenner, propagador de la vacuna; y las dos naciones rivales, que erigen, la una estatuas á Napoleón y la otra á Wellington, se hacen hermanas para la gloria de un sabio!

El placer voluptuoso que experimentan los sentidos y de que participa el alma de los hombres apasionados; el deleite supremo, que sólo los colombianos podemos disfrutar, cuando de un páramo donde sopla el cierzo helado bajamos en pocos instantes á Ubaque, Fusagasugá ó cualquiera otro de esos paraísos de la tierra templada, que Dios puso en nuestra tierra para que no olvidásemos aquél en que Eva vivió, amando, gozando y disfrutando del amor de Adan, del suspiro de la fuente y del murmurio de la brisa embalsamada que venía á robarle el ruído de sus besos y el fuego que ardía en su mirada; el que disfruta el viajero que, al través del hielo y sobre la cima de los Andes, camina en una noche de invierno para bajar al recinto de la mujer amada, que lo aguarda anhelante en una recámara embalsamada y embellecida por la luz de una lámpara que se refleja en la pupila de sus ojos; ese es el mismo placer que se experimenta al atravesar de Inglaterra, por el canal lleno de bruma, á las costas de Francia.

Esta es la razón por qué Bolonia es un lugar de recreo para los ingleses, y por qué la ciudad está llena de isleños, y sus alrededores sembrados de *casinos, châteaux, villas, seatings* y *residences* de los ingleses é inglesas que no pueden ó no quieren resistir el frío ambiente de su patria y desean vivir cerca de ella.

¡A París! ¡A París! *Il n'y á qu'un Paris au monde!*

El tren partió, y yo ocupé mi coche de primera en Francia, con el

billete que había tomado desde Londres; advirtiendo que todo era más sabroso aquí, y que estaba más *à mon aise* en la nueva nación.

Me tocó de compañero, por desgracia, un inglés que iba á París por tres días, y que llevaba: una maleta enorme, con toda clase de vestidos; una manta para cubrirse los piés, chinelas para ir en el tren, sobretodo para el frío, cachucha para el viaje, gorro para dormir, zapatones y paraguas (como ciertos guerreros de Bogotá), anteojos verdes para el polvo de camino, idem de larga vista para admirar los paisajes, y gemelos par el teatro y los salones. Entró al tren, ocupó todo un lado con sus arreos viaje, y las dos terceras partes del frente, donde yo iba, con su persona; poco á poco me disputó el resto, porque se sentó, se quedó dormido, se cayó encima y me atronó con los ronquidos, hasta que llegámos á la ciuda

Esto de pagar tren de primera clase es, ó vanidad ó tontería, por que yo pude observar después; y me pareció muy juiciosa la observaci de un padre muy rico y miserable, á quien su jactancioso hijo le dijo un dí

—Papá, ¿ por qué vamos nosotros siempre en tren de *tercera clase*

—Hijo mío, le contestó el sesudo padre, porque no lo hay de *cuarta.*

De noche atravesámos el territorio francés, y muy tarde de ella llegám á la estación de París; los empleados de aduana registráronme todo equipaje, revolcáronme todas las camisas, y hubo......conflicto internacion á media noche.

....

—« Recadito le manda á su mercé mi señá Eduvijis; que sabe q se va su mercé para París, y que le haga el favor de llevarle esta *encomiendita* para los niños que están en San Petersburgo.»

Recaditos como éste se reciben en Bogotá un mes antes del viaje, y hasta la víspera de él, y las *encomienditas* son tercios de galletas, cajas de bocadillos, millares de chocolate, centenares de cigarros ó cajones de dulces que se derriten y derraman en la Costa y dañan toda la ropa del viajero, quien, además, tiene que pagar una bestia para las *encomienditas*, las que son un embarazo para los ferrocarriles.

El conflicto provino de las *encomienditas.*

—¿ Qué es eso ? preguntaba el empleado de la aduana.

—Yo no sé.

—Entonces no puede pasar ; y cae en comiso.

—No señor. Me mataba doña Eduvijis al volver á Bogotá.

Entre las encomiendas iba una botella de un remedio específico que un doctor *homeópata-eléctrico-mesmérico-espiritista* de Bogotá me había dado

para la señora de un amigo á quien quiero mucho, y estaba en París enferma; y cuando la vieron los empleados, me preguntaron:

—¿ Qué es eso ?

—El *Antimorphorio insidoloribus et honnes preventis et curantur, indigena bogotano*, contesté, de acuerdo con el rótulo.

—Eso no está en el arancel de Aduanas: queda decomisado.

—¡ No lo permita el cielo!

—Diga usted bajo de juramento: ¿ es sustancia peligrosa ?

—La creo eminentemente peligrosa.

—¿ Será dinamita ?

—Peor que eso, en mi concepto.

—¿ Por qué la trae usted ?

—Porque estoy obligado á ello, y sin poder libertarme del compromiso.

—¿ Será enviada por algún conspirador ?

—Sí señor, un conspirador contra la humanidad, en mi opinión.

Por motivo del específico bogotano, el registro de mi equipaje no se acabó hasta el amanecer, hora en que me permitieron ir á dormir á un hotel próximo á la estación.

No pude dormir el resto de la noche, por dos causas; la primera lírico-poética, y la segunda no tanto.

Estás en la bella Lutecia, tan amada de César, me decía. ¡ Despierta y vela, que tus momentos son breves para gozar de tanta dicha! Estás en esa ciudad hermosa, donde el Emperador Juliano quería siempre pasar el invierno, sin embargo de que era *Lutetia oppidum Parisiorum quae in insula est non magna in fluvio sita quod eam ex omni parte cingit;* y quieres dormir como se duerme en Bogotá. ¡ Insensato !

¡Despierta ! que aquí reinaron los *Merovingios*, los *Carlovingios*, *Capetos*, *Valoix*, *Borbones* y *Napoleones*, dejando cada dinastía una huella de luz que aun no has visto! ¡Hijo de las montañas! en este mismo sitio quizás reclinó su poderosa cabeza Carlo Magno, y tú duermes como un boga en una playa del Magdalena ! ¿ No te despierta el ruído de las edades que han pasado sobre esta hermosa ciudad, agrandándola, ilustrándola, fortificándola, embelleciéndola tal cual vas á contemplarla mañana á tus anchas, y como si todos esos acontecimientos y todos esos trabajos se hubiesen hecho para ti, para ti sólo, viajero de América, que vas á gozar de sus atractivos y sus fiestas ? ¡ Despierta ! ¡ Despierta !

La segunda causa era que estábamos en verano, y en aquella época hay en las camas de los hoteles en París mas *chinches*, *chiribicos* y *cuescas* que en Tocaima, en Villavieja ó en el infierno, y me picaron sin miseri-

cordia, me pusieron monstruoso y no me dejaron pegar los ojos. Y cuando me dormía, en horrible pesadilla, exaltado mi cerebro por los recuerdos históricos y ardiendo el cuerpo por las picaduras de los insectos, veía á Carlo Magno con corona imperial, subiéndoseme por las pantorrillas, á Carlos IX chupándome sangre hugonota, á Ravaillac equivocándome con Enrique IV y con un largo *pito* que me sacaba sangre del pecho; y últimamente me vi conducido por todos los chiribicos en figura de revolucionarios de 93, y subido al cadalso, guillotinado y despedazado entre la furia de la multitud, llevándose cada chiribico un pedacito de mi cuerpo.

A este capítulo de mis viajes puse este nombre :

Nuits charmantes de Paris.

¿Cómo es París ?

Cretziano, poeta albanés, lo ha descrito así:

O ville dorée
Où j'ai passé les belles années de ma jeunesse,
Toi que les arts, les sciences et le génie illustrent
Dans le sein libre de laquelle j'aurais voulu être né.

Era una espléndida mañana de verano: el cielo estaba azul, el aire tibio, el día brillante, cuando yo descendía por una ancha calle, sembrada de árboles á uno y otro lado, y que, prolongándose hasta muy lejos, se estrechaba y se cerraba, limitando la mirada una tapia de verdura. A lo lejos el sol se reflejaba sobre una cúpula de oro y se partía en mil rayos; mientras que por el oriente iluminaba los perfiles de suntuosos palacios de piedra primorosamente labrada, y de formas aéreas y elegantes.

Una majestad como la de Atenas reinaba por todas partes; y parecía que el bullicioso pueblo que debía asistir á la plaza pública, á la Asamblea, ó á oír á Demóstenes, había dejado solitaria la calle de palacios por donde yo iba; y sólo se veían algunos hombres debajo de los árboles, ocupados en leer.

Los palacios se suceden á los palacios, y la serie se interrumpe sólo por grandes recintos cuadrados, sembrados de árboles, donde se han erigido estatuas á los dioses y á los héroes. Aquí se ve una gran plaza, en el centro de la cual hay una columna inmensa, coronada por la diosa de la Libertad, que parece va á volar al Empíreo; allá arcos de triunfo llenos de majestad y de grandeza ; de este lado hay suntuosos pórticos de teatros, todos guardando la forma griega; de aquel otro se ostenta un edificio mucho más elevado que todos, cuya hermosa fachada no es ática, cuya altura excede al mayor de los templos egipcios, y el cual está rodeado de estatuas medio desnudas, que levantan hermosos candelabros, y está

do también de estatuas de diosas tocando lira y bailando. Este er el templo de las Musas.

odo aquí es bello, todo es poético, todo es griego: el clima, los os, el cielo; los palacios de piedra y de cristal apenas dejan ver otras de árboles que se cruzan, al fin de las cuales se divisan nuevos s; y si por un momento se extiende la mirada á lo lejos, se ven s y torres altísimas que cortan el azul del cielo en formas caprichosas, extremo una gran plaza y un nuevo templo: ¡El Partenón!

o bajaba por el *boulevard* de los Capuchinos, habiendo llegado á la n del Este, y pude ver esa inmensa calle, cuando todavía estaba sin y contemplar, lleno de admiración, la arteria principal de París, el de moda, el foco del movimiento de la ciudad, y que lleva por exce- el nombre de *los boulevares*, aunque hay muchos en el mismo París; ue principia arriba de la ciudad y que en forma circular va hasta la e la Magdalena. Al principio no más de este *boulevard* está la *Puerta Martín*, que es un magnífico arco de piedra, erigido en memoria de rias de Luis XIV; más abajo está el teatro de San Martín, una de las llas salas, de muy elegante fachada, y en donde se representan piezas oción para el pueblo, y el *Teatro del Ambigú*. Aquí concluye el *ard de San Martín* y empieza el *boulevard del Templo;* allí está el *Dejazet*, más allá un *Hipódromo*. Sin interrupción en la serie de , palacios, teatros y hoteles, sigue el *boulevard Beaumarchais*, donde as de habitación menos ostentosas son más bonitas y más coquetas, le está el famoso *Teatro Beaumarchais;* y por fin, la gran *Plaza Bastilla;* pero en lugar de la fuerte ciudadela y terrible prisión í había, y que el pueblo tomó y derribó el día 14 de Julio de 1789, por esta razón hoy el día clásico en Francia; en vez de la enorme le piedra que representaba el poder sombrío de los reyes, se levanta COLUMNA DE JULIO, erigida para inmortalizar el combate que por as sostuvo el pueblo, en 1830, contra las tropas del Rey Luis XVIII, uya traicionada revolución vino la dinastía de Orleans, siendo su Rey Luis Felipe de Orleans, hijo del ciudadano *Felipe Igualdad*. llí una gran plaza rodeada de palacios, en cuyo centro se levanta una na de piedra, coronada por un ángel como el *Genio de la Libertad*. umna es muy elevada y muy elegante, y el ángel, dicen los franceses, ueriendo volar al cielo, lo que hará si hay otra entrada de los Napoleo- Francia. Aquí, aun más amplios, siguen los *boulevares*, y á no gran cia está la *Puerta de San Dionisio*, otro arco triunfal levantado al OL, á LUDOVICO MAGNO á su vuelta de Holanda. En esta parte la calle

toma el nombre de *boulevard Montmartre*, y es el centro de los grandes almacenes, donde se venden estatuas de bronce, porcelanas de sevres y hermosos espejos, lo que le da un aspecto de lujo y de magnificencia que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo; allí está el teatro *Gimnasse*, y un parque de encinas cerca de la calle *d'Hauteville*, de precioso efecto ; palacios más suntuosos y de más reciente construcción, almacenes de libros y el *Teatro de Variedades*. Continúa el *boulevard de los Italianos*, lleno de restaurantes, cafés, salas de recreo y gabinetes de cristal; la linda avenida de la *Grande Opera*,—el monumento más hermoso levantado por el genio en el siglo XIX,—otros palacios que parecen hechos sobre columnas de oro, y que son simplemente cafés, y el *Pasaje Jeaufrois*; mil construcciones diferentes, rivales en altura y elegancia, y al fin la *Plaza de la Magdalena*, mercado de flores, en cuyo centro se levanta la sin igual iglesia *La Magdalena*, que tiene la forma, tamaño y elegancia del Partenón.

Si para conocer la ciudad de Londres y visitar sus monumentos se necesitan por lo menos seis meses, basta una ojeada para conocer á París; se creería que esta ciudad no la han hecho los hombres, y que el genio que la levantó, sin duda en una hora ó quizás en un momento, fué colocando los grandes monumentos uno frente á otro; por ejemplo, la *Magdalena* frente á la *Plaza de la Concordia*, desde donde se ve el *Arco de la Estrella*, el *Palacio de la Justicia* y las *Tullerías*, y éstos frente al *Louvre;* todos los palacios, templos y plazas unidos por alamedas rectas y espaciosas, y el Sena con sus cien puentes uniendo como una cinta de plata todas estas maravillas.

La casualidad fué la que me llevó en esta larga correría; porque, como dije, llegué á la *Estación del Este* y bajé hasta encontrar el *Hotel del Príncipe de Gales*, que está situado en la calle *Saint Honoré*, junto al edificio de la Magdalena, y en el cual hotel vivía el señor César C. Guzmán, de quien yo esperaba, como lo hizo en efecto, lleno de amabilidad y finura, que me guiara en mi vida parisiense.

El señor Guzmán, que es uno de los hombres de Colombia que se han levantado más alto á fuerza de estudio y de trabajo, que tiene ideas muy avanzadas y un bello carácter, se había establecido allí y vivía dignamente con su trabajo intelectual, cosa muy honrosa para él y para su país ; y se había hecho el centro de todos los compatriotas y el amigo común de toda la colonia colombiana.

Nada sorprende más que el descrédito en que nos gusta vivir entre nosotros, y el gran mérito que los colombianos tienen en el extranjero y la posición respetable que se saben conquistar cuando logran salir de su país, y no ser víctimas de los rencores y de la envidia.

ı todas las Repúblicas de la América del Sur los colombianos han ıtado gran nombre, como el doctor Florentino González en la ica Argentina, en donde fué profundamente estimado su talento y da su erudición, ó el doctor Teodoro Valenzuela, que dejó gran ión como jurisconsulto en el Perú.

ı el Ecuador los colombianos están á la cabeza de la industria y del io, ganan mucho dinero, fundan bancos y son muy atendidos ; y lo sucede en Guatemala, Costa Rica y las otras naciones de la América

s colombianos se distinguen en Europa.

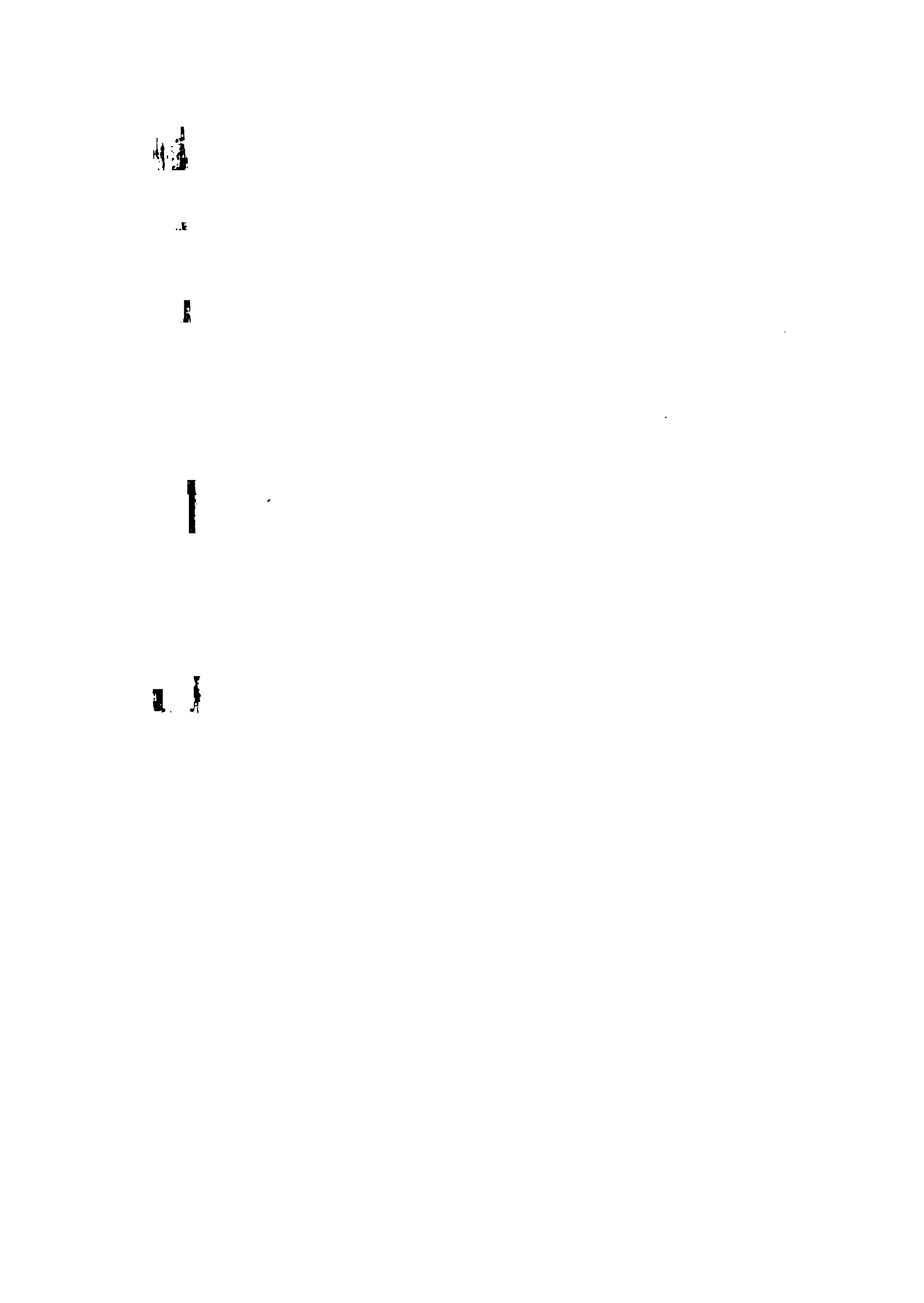
ıa de las primeras casas comerciales de Liverpool fué la de Santa- C.ª En Londres ha establecido una respetable casa colombiana el ınrique Cortés. En París existió la muy acreditada casa de Granados a ; hoy existen la servicial y generosa casa de Vengoechea y C.ª, onaria y respetable del señor José Germán Ribón, la de Uribe y ıos, la de Samper y Merino, y otras muchas de colombianos que han establecido con grandes negocios en la América del Sur.

ı Nueva York los señores Diego de Castro & C.ª, Pérez Triana, y & Espriella han tenido una gran reputación comercial ; y donde han dejado bien puesto el nombre de los colombianos.

ís tarde nos tocará hablar de los que se han levantado conquistando ıición literaria ó social en París ; por ahora volvamos á César C. n.

n él pasámos en sabrosa plática, *en castellano*, el día entero, hablando ›bre y atrasada patria y haciendo votos por su prosperidad; y hago ue fué *en castellano*, porque no hay descanso ni placer igual al de ese idioma sabroso, sonoro y sobre todo propio, después de haber un año apretando las quijadas ó arrojando viento por las narices.





CAPITULO XXIII.

Comida de amigos — Los Campos Eliseos — Fiestas de París — Las colonias en París: la colonia inglesa, la suramericana, la colombiana.

LOS señores Ignacio y Simón de la Torre partían para Bogotá al día siguiente, y daban esa noche de mi llegada á París un banquete de despedida á sus amigos, en la *Maison dorée*, al cual tuvieron la fina galantería de invitarme.

Ésta fué una novedad para mí; y su encanto se aumentó, sin duda, con el humo del champaña, que copiosamente fué servido en el banquete. De esa noche me ha quedado una hermosa ilusión.

Grandes salas doradas, cubiertas de espejos y alumbradas por enormes arañas de luz de gas que reflejaban y se quebraban por todos los ángulos; y, como en el *Palacio de Loredano* en Venecia, damas y caballeros en diversos grupos y repartidos en toda la extensión del edificio, cenando, bebiendo, conversando y riendo. Solícitos criados vestidos de rigurosa etiqueta, atendiendo á todos los lugares; y como los salones son inmensos, se comunican unos con otros y los espejos devuelven la imagen de la fiesta, yo no sabía cuál era la realidad ni qué lo que se miraba como una ilusión ó como un sueño.

A las doce de la noche salímos del banquete y tomámos un coche; y la sorpresa creció para mí con lo que pasaba en las calles. La ciudad parecía la mitad del día: estaba en plena claridad, resplandeciente de luz y repleta de una multitud alegre, bulliciosa y feliz, como en la más suntuosa fiesta; las aceras de los *boulevares*, las plazas, las alamedas,

estaban atestadas de mesas, y al rededor de ellas, grupos dichosos de jóvenes de ambos sexos cenando, levantando al aire las copas de champaña y cantando versos amorosos; muchas mujeres elegantemente vestidas se paseaban entre la multitud; los coches se cruzaban llenos de parejas que pasaban cantando, y detrás de ellos nos fuimos nosotros. La *Plaza de la Concordia* se mostraba con todo su lujo, su magnificencia y su esplendor; el grande obelisco parecía una línea negra sobre un fondo de luz; las enormes pilas que levantan á lo alto las aguas como chorros de luz, y luégo las dejan caer como un hermoso manto de brocado, se veían por todos lados; los estanques, semejantes á espejos de Venecia, con marcos de flores de porcelana, reflejaban también; y los edificios, iluminados, eran como una decoración teatral: todo era divino, y estaba animado por los cantos y la alegría de los que paseaban.

Entrámos á los Campos Elíseos, inmensa alameda iluminada por miles de reverberos que hay á uno y otro lado entre los árboles y por muchas linternas rojas, azules, de todos colores, que ostentan los diversos establecimientos de placer que allí hay. Como en un salón de baile estaban sentados, en larga fila de asientos, alegres concurrentes, y entre los árboles se veían también grupos de gentes que cantaban y bebían.

Aquí una gran puerta, ricamente iluminada, señala la entrada al concierto á grande orquesta, con dos mil espectadores; mas allá hay un teatro ambulante donde la multitud escucha; luégo unos volatines, y en la cuerda, bien tirante, vestida de diosa, una mujer; del otro lado el teatro *Grignol*, de títeres, en el cual se hallan todos los criados, campesinos y muchachos riendo á carcajadas; junto canta una *prima donna* en un teatro levantado entre los árboles; y luégo las sartas de bombas y guardabrisas de colores están señalando á *Mabille;* el famoso *Mabille*, donde loca y alegremente se ríe y se baila.

Pero es preciso seguir: el espectáculo se engrandece; á uno y otro lado hay grandes palacios, todos iluminados; la alameda se prolonga, y á lo lejos parece terminar en una portada. Se adelanta, y la majestad se impone; allí está, para cerrar la escena, el Arco del Triunfo, á cuyo pie la multitud se divierte.

—Esta fiesta es de todas las noches, me decían mis amigos. París no duerme, París existe para el placer y la alegría: los cafés, los teatros, los conciertos, los bailes, los paseos se cambian, se suceden según las estaciones; pero no se acaban, no hay reposo, no hay descanso, y en una embriaguez de lujo, de amor, de emociones y de fiesta se pasa la vida en el poético París.

oda nación tiene una capital, muestra de su civilización, reflejo de stumbres y centro de sus placeres. España, á Madrid; Inglaterra, á es; Colombia, á Bogotá; pero hay una capital del placer para todas ciones, que de todas partes se ve; y no hay más que una, y ésta es y como á su propia capital van allí el ruso, el chino, el colombiano, cio, el griego, el alemán, el inglés y el francés de, las provincias á ar, á gastar y á gozar. Y París los recibe como á sus propios hijos; llos levanta palacios, funda teatros, paga óperas, abre avenidas, ene diversiones; pero también va consumiendo y devorando la vida, d, la fortuna y la felicidad de todos los que llegan, y en medio del y la alegría vive y goza y pasa su vida en fiesta eterna.

esto no es de hoy: ya en tiempo de Felipe Augusto, en 1180, decía to el Grande: «¡Oh París, recinto de la ciencia, de todos los placeres odos los vicios! ¡Oh fuente de todo mal! ¡Oh flecha del infierno! atraviesas tú el corazón de los jóvenes aturdidos!» Y en el Louvre n hermoso cuadro que representa *Una fiesta pública bajo Felipe sto*, que es el mismo París de hoy, ebrio de amor y loco de placer y gría.

el tiempo de Felipe el Hermoso hay una crónica que dice: «El er del parisiense es alegre, pronto y móvil; el *bourgeois* es industrioso; *geoisie* es espiritual. No hay buena charla sino en París. El estu- es burlón é indócil; los domingos, después de haber sufrido en la a sobre el *trivium* y el *cuadrivium*, se va al *Pré aux Clercs* á refo- cantando, á batirse á puños y......»

En tiempo de Carlos VII, cuando todavía los lobos se entraban á París, modo que un historiador dice: «Mientras que el Rey estaba en París, n tan furiosos y acostumbrados á comer carne de hombres, de mujeres iños, que en la última semana de Septiembre estrangularon y se on catorce personas, grandes y pequeñas,» las costumbres estaban das; pues, según el mismo historiador, «Isabel de Baviera había lucido los cuernos en el peinado, y los usaba de un lado y de tal ra, que era preciso volver la cara y besarse para pasar de una pieza á Añádase que los trajes estaban abiertos de cuello hasta la cintura, ie pensaba más que en los placeres.» Cuando Luis XI hizo su entrada rís, hubo tales fiestas, que se vieron tres mujeres que representaban, udor y sin velo, el papel de sirenas.

La historia ha consagrado el esplendor de la Corte de Luis XIV, y el le fiestas, de lujo y de placeres que ostentaba en París; pero hay esa época la relación de un viajero italiano, que es muy curiosa:

«Los extranjeros, dice, son bien recibidos en París, con tal que no pidan nada. No tienen otra ocupación que la de divertirse. Aquí es preciso alabarlo todo; así es que yo me he hecho doctor en cumplimientos y sobre todo en decir *pardon*. Estas ceremonias son más triviales en Francia que los suspiros en Italia. Las amistades, los amores, las promesas, los ofrecimientos de servicios son aquí como los ruiseñores. *Vox, vox, prœterque nihil.*

«En cuanto á París, no sé por dónde comenzar para haceros la pintura de una ciudad cuyos habitantes se alzan hasta sobre los puentes de los ríos y los techos de las casas, siempre alegres, y cuyas mujeres, que no engendran sino valientes, se divierten y mandan á los hombres. Esta gran ciudad es un tumulto.»

En tiempo de Luis XV el vicio, más que el placer y la alegría, reinó en París; pero las fiestas no cesaban. Respecto de ellas dice un escritor contemporáneo: «Los hombres iban de zapatos, y las mujeres se cubrían el rostro de moscas ó lunares; los unos y las otras se mantenían estirados sobre enormes tacones. Se usaban los trajes de *canasto*, es decir, la desvergüenza llamando á la deformidad en su ayuda. ¿No hay que recordar esos peinados erizados y empolvados que rodean la cara de las mujeres, ni su postiza aureola? El número de peluqueros para las señoras (industria nueva) alcanza á mil doscientos, y el de las prostitutas á treinta y tres mil.»

Las fiestas del matrimonio de Luis XVI con María Antonia, los regocijos y contento del pueblo en aquella época, los placeres que á la Corte llevó la joven Reina, y hasta las desgracias sucedidas en los fuegos artificiales el día de su coronación, son conocidos del mundo entero, como preludios de la Revolución; y sólo copiaré de un cronista esto: «Es preciso seguir ahora por la larga línea de los *boulevares* y bajo las arcadas del *Palais Royal*, para ver ese mundo alegre de otro tiempo y para el cual iba á sonar la última hora. Encontraremos allí la misma riqueza, la misma alegría y la misma extravagancia que antes. Los hombres han dejado las espadas y llevan cañas, las mujeres usan bastones como en el siglo XI; éstas se peinan en forma de caracol, y los hombres llevan sombreritos de tres picos á la *Boston*. Una rabia de placer los devora. El olor de esencias y de polvos odoríficos os fatiga, tanto en el dueño de la tienda de la esquina como en el petimetre: criados, notarios, procuradores, dependientes, cocineros y nobles, todos se divierten, se encrespan y derraman polvos sobre la cabeza.»

Durante el tiempo de la Revolución las diversiones, los placeres no cesaron en París; en los teatros se admiraba á Talma y á la Rachelle; durante el *terror* mismo había bailes de máscaras, y ni un solo día se cerró una sala de bailes situada en el bosque de Bolonia, llamada *La Bagatelle*.

El gobierno mismo decretaba grandes fiestas populares, cuya descrip-
sin duda, interesará al lector. Por esto incluyo aquí la que hace Luis
de las fiestas celebradas en la gloriosa época de la Revolución francesa:
Durante la *Asamblea Constituyente:*

Brilló por fin el día en que debía solemnizarse la GRAN FEDERACIÓN.
cita á los federados en el *boulevard* del Templo, y de ahí partieron,
dos por departamentos, á la sombra de ochenta y tres estandartes
ados, blancos, en cuyo centro se veía una corona de encina. Sendos
os llevaban los estandartes; y en señal de la futura abdicación de
ércitos, los Diputados militares, con la espada depuesta, iban en medio
Diputados de Departamentos, que llevaban el sable en mano. Atra-
el cortejo las calles de *Saint-Martin*, *Saint-Denis*, *Saint-Honoré*, y
al punto denominado *Cours la Reine* á un puente de embarcaciones
ntre la multitud que estaba reunida en las plazas, recorría las calles,
los malecones. Al pasar la comitiva no se oían más que bendiciones y
sos; corrían los hombres al encuentro de los federados y les estre-
n la mano; las mujeres regaban flores á su paso. En la calle de la
nerie detuviéronse algunos y saludaron con respeto y en silencio
ar donde Enrique IV fué asesinado. En la plaza de Luis XV la
blea reunida á la comitiva, se instaló entre el grupo de ancianos y el
ños, viva imagen de las fiestas de los lacedemonios de que nos habla
rco. A las ocho de la mañana empezó á desfilar la comitiva, y sólo
las tres de la tarde llegó al *Campo de Marte*.

Allí había un espectáculo de grandeza imponente, unido á cierto
to de ternura. Cuatro mil espectadores de ambos sexos y de todas
ciones se hallaban sobre las gigantes escalinatas de un circo al cual
traba por un arco de triunfo, y que concluía frente al edificio de la
ela Militar. De este lado había ocho vastas galerías adornadas y
rtas, en cuyo centro se alzaba el trono ocupado por el Rey. Éste
sencillamente á la francesa; no llevaba cetro en la diestra, ni corona
sienes, ni manto de púrpura sobre los hombros, ni una sola de esas
ias tan seductoras para los pueblos que aún se encuentran en la infan-
que ya se hallan en la decadencia. La Reina llevaba un tocado de
as con los colores nacionales. En medio del *Altar de la Patria* y
sus gradas, había doscientos sacerdotes, con el rostro vuelto hacia el
su cabeza se hallaba Talleyrand con su mirada eternamente irónica
onrisa eternamente falsa.

las tres y media se dió comienzo á la ceremonia. Después de la misa,
ada al són de los instrumentos militares, el Obispo de Autun

bendijo las ochenta y tres banderas. Luégo tronó el cañon, y Lafayette avanzando hacia el altar y colocando sobre él la espada desnuda, prestó gravemente el juramento. Y entonces, unido al redoble de las cajas de guerra y al estampido de cien piezas de artillería, que de eco en eco se extendería hasta las fronteras llevando la augusta nueva, un grito, un solo grito, lanzado por cuatrocientos mil pechos, se elevó á los cielos; al tiempo que, movidos por la misma inspiración, todos los brazos se extendieron hacia el *Altar de la Patria*. A lo lejos, los espectadores que estaban en las ventanas se unieron al propio sentimiento, y se refiere que un padre, tomando á su niño entre la cuna, le hizo extender la mano para tomar parte en la sagrada promesa.

El Rey, con general sorpresa, no se acercó al *Altar*, sino que desde su puesto, si bien con voz satisfecha y alta, pronunció estas palabras: "Yo, Rey de Francia, juro emplear el poder que me ha delegado el Acto Constitucional del Estado, en mantener la Constitución decretada por la Asamblea nacional y por mí aceptada."

En este momento el cielo, que había estado cubierto desde por la mañana con nubarrones que arrastraba el viento del Norte, brilló repentinamente, las nubes se abrieron y un rayo de sol iluminó en todo su esplendor el *Campo de Marte*.»......

Durante *la Convención :*

«En medio de las agonías que por entonces sufría la Francia toda, en vísperas de descargar un golpe cuyo eco aún resuena, tuvo la República uno de esos días que, levantando al hombre de las amarguras y combates del presente, lo transportan á gozar de antemano las horas de calma que prepara el futuro.

La Constitución de 1793 había sido aceptada, con inmensa mayoría, por el pueblo francés: los emisarios de las asambleas habían llegado de todas partes de la nación á la capital con la ratificación dada por los departamentos. Según la expresión de uno de ellos, « ya no estaba París en la República, sino que la República toda se encontraba en París.» Faltaba sólo consagrar esa unión; restaba concentrar todas las aceptaciones particulares en una aceptación general. Y para la celebración de tan augusta ceremonia se fijó el día 10 de Agosto de 1793.

Y ¡ cuáles no serían las sagradas emociones que despertaría esa fiesta forjada por el genio de David ! En la relación que de ella se conserva palpita aún el alma del pueblo en aquellos días heroicos. No hubo allí vanas ostentaciones, ni lujosos bordados que se destacaran sobre los harapos del pueblo, ni escuadrones que se abrieran calle por entre rebaños de hombres,

ıban sueltos penachos sobre los áureos cascos, ni se tendían bayonetas zantes, ni había sables que brillaran con los rayos del sol: en una a, no se veía allí aquella vana pompa que seduce á los pueblos recien á la vida, y que diviniza los instrumentos de su propia degradación. on las primeras luces de la aurora dióse comienzo á la fiesta levan- sobre las ruinas de la Bastilla, un himno á la Naturaleza; y púsose ella en el campo de Marte, ya en medio de los esplendores del sculo, depositando un juramento sublime ante el altar de la Patria.

odo fué allí símbolo de paz, de fraternidad, de amor: iban en un los alumnos del *Instituto de Ciegos*, en representación de la acia honrada y favorecida; la República invitó á sus hijos, los desamparados; doquiera se enseñaban los instrumentos del trabajo; toria de Britón y Cleobis, que Heródoto refiere con tanta ternura, se dujo en un grupo de jóvenes que, uncidos á un carro, llevaban á sus s, ya débiles; y en recuerdo de la importancia que los legisladores antiguas repúblicas dieron á la agricultura, cada representante del o llevaba en la mano un haz de espigas y un ramo de frutas.

No se observaba ni vanidad en los vestidos, ni distinción alguna en el de la comitiva: confundidos con la multitud pasaban los dignatarios Comuna; el juez iba al lado del curtido obrero; y la escarapela de los ros, así como el plumaje negro del segundo, sólo servían allí para más notable la igualdad entre los ciudadanos todos.

Para adquirir esa igualdad, ¡en cuántos sangrientos combates había preciso luchar, y en cuántos más sería necesario, en lo futuro, vencer! en el cuadro no se encontraba en aquellos momentos ninguna sombra: rreas picas, llevadas por los comisionados de los departamentos, se ıban entre gajos de oliva. Si bien es cierto que el estandarte de los inos representaba un ojo que se abría entre nubes, cierto es también se ojo avizor no brillaba sino para disipar esas sombras. Y en la plaza a donde se hizo correr la sangre de un rey, se levantó una estatua tesca de la Libertad, en cuyos pliegues, por acaso, vinieron á guarecerse alomas fugitivas.

Montaigne dice: «Vuestra muerte constituye una parte de la vida rsal.» Y con cuánto mayor razón no puede decirse que la muerte da por engrandecer la verdad y la justicia, es parte esencial de la de las naciones! ¿Por qué, pues, verter lágrimas sobre los mártires a buena causa?

En las fiestas del 10 de Agosto de 1793, la República no incurrió en error: apartó el ciprés de la urna que encerraba las cenizas de sus

mártires; que ella había reservado el gozo de la victoria á aquellos que ya dormían el sueño eterno. La República, ceñida la frente de flores, invocó á los héroes difuntos al grave són de las torcidas trompas; ¡ noble y justa manera, en verdad, de invitar para la regeneración de un gran pueblo á los sacros manes de los que, por la muerte, ya viven en la inmortalidad!

Después de pararse en varios puntos, donde se celebraron ceremonias significativas, el cortejo, constante de un millón de hombres sobre poco más ó menos, llegó al campo de Marte para publicar allí la ratificación hecha por los votos de las Asambleas seccionales. Y allí, desde el punto más elevado en las gradas del altar de la Patria, Hérault de Séchelles, Presidente de la Convención, pronunció las siguientes palabras:

« Franceses: vuestros mandatarios han interrogado en ochenta y siete departamentos vuestra razón y vuestra conciencia, y en ochenta y cuatro departamentos se ha aceptado el acta constitucional. Jamás un voto más unánime ha organizado una República más grande y más popular. Há un año que vuestro suelo era hollado por el enemigo; proclamámos la República, y fuimos vencedores. Hoy día, en tanto que constituímos la Francia, Europa la ataca por todas partes. Juremos defender la Constitución hasta la muerte. La República es eterna!»

Al concluír esas palabras, un grito formidable, atronador, compuesto de ochocientas mil voces, subió á los cielos; tronó el cañón, y una banda de los colores nacionales reunió en un solo haz, en señal de indivisibilidad de la República, las picas que los ochenta y siete comisarios de los departamentos llevaron en la comitiva.

La Constitución de 1793 fué proclamada como el primer pacto social que, desde el origen del mundo, fundara la libertad en la igualdad, y constituyera ese dogma político de la fraternidad humana».......

Durante *el terror:*

«El 8 de Junio había sido fijado para la FIESTA DEL SÉR SUPREMO. Por fin llegó ese día, que era aguardado por Robespierre con religiosa impaciencia; y amaneció con todo el esplendor que tiene el sol en el estío. Desde la aurora toda la ciudad estuvo en movimiento; mostráronse las casas ornadas de festones y guirnaldas, así como las calles alfombradas de flores. No se veía en los edificios una ventana en la cual no flotara un estandarte, ni en el río una barca que no bogara dando al aire vistosas banderolas. A las ocho de la mañana llamó el cañón al pueblo al jardín de las Tullerías, donde un vasto anfiteatro estaba preparado para la Convención, y donde colosal estatua se alzaba sobre la superficie ocupada por la fuente central.

Todo se llevó á cabo como David, que había ordenado la fiesta, dispuso

iciera. Las madres llevaban ramilletes de rosas, las jóvenes cestos s, los hombres gajos de encina.

nstrumento del suplicio se ocultaba bajo ricas telas. ¿ Quién que cordialidad que reinaba en las agrupaciones de hombres y la afabi-ue se leía en el rostro de cada individuo, no habría creído para pasada la época de los odios ?

a nación en lucha con los opresores del género humano, y que, sin o, suspende sus trabajos heroicos para elevar su pensamiento al Sér o que le diera la unión y la fuerza de llevar á cabo tan sublime é ahí el espectáculo más digno de atraer las miradas de los hombres, Robespierre. Éste concluyó su discurso diciendo: « El Autor de la eza había ligado á todos los hombres con una inmensa cadena de d y de amor. Ay ! de los tiranos que osaran destrozarla !»

ncluído su discurso, descendió las gradas y se dirigió hacia un grupo struos: el *Ateísmo*, el *Egoísmo*, la *Discordia*, la *Ambición*, grupo bía ser reducido á cenizas y que, al derrumbarse, dejaría ver tras sí, lio de los escombros, la estatua de la *Sabiduría*. Empero, sobrevino ente de que el velo que cubría esa estatua se incendió también, con tiznó la efigie, que apareció desfigurada y oscura, presentándose así pueblo como funesto presagio.

spués de haber pronunciado algunas palabras el Presidente, encami-Convención, seguida de todo el pueblo, al Campo de Marte. Pasaba corporación rodeada por una banda tricolor que llevaban algunos un grupo de adolescentes, unos cuantos hombres de edad madura y número de ancianos, ornados ellos, respectivamente, según su edad, ioletas, ya de mirtos, ora de encina, ora de pámpanos. Los diputados como representantes del pueblo en desempeño de su cargo, esto es, acho en el sombrero y cinturón tricolor, pero no ceñían espada. no de ellos tenía en la mano un ramillete compuesto de espigas de lores y frutas. En medio de los representantes rodaba un carro á ntiguo, al cual estaban uncidos ocho robustos bueyes de cuernos s ; y sobre el carro brillaba un trofeo compuesto de todos los ins-tos de las artes.

a sobrado natural que Robespierre, en su calidad de Presidente de ención, rompiera la marcha. Sus colegas, que habían jurado perderle, ban á su lado, acortaron el paso intencionalmente, dejando grande entre el Presidente y ellos, á fin de que el pueblo viera á Robespierre arse y darse un puesto avanzado que haría pensar en su orgullo y deseos de abrazar la dictadura.

de grandeza incomparable. La invocación al Eterno, lanzada á una
millares de pechos, el claro són de las trompetas mezclado á los
de un pueblo maravilloso y maravillado, el pontificado de la filosof
tado ante el mundo entero, esa inmensa muchedumbre en es
inmenso, la hermosura del cielo que los cobijaba, la satisfacción
los semblantes, la alegría con que las hermosas jóvenes arrojaban
aire y la firmeza con que los adolescentes, después de haberse i
ante la bendición de sus padres, levantaban la frente llenos de ho
sacudiendo los recios sables juraban envainarlos sólo el día en que
los esfuerzos conjurados de la tierra toda, hubieran salvado la Fra
República, todo, todo ello era, según el testimonio de los contemp
la más augusta ceremonia que registra en sus páginas la historia.»

Durante el primer imperio, Napoleón entretenía á París con e
de sus victorias y el aparato de sus fiestas, y una de las más suntu
ha presenciado el mundo fué la de su coronación.

La *Restauración* quiso reconciliar la dinastía de los Borbone
pueblo, siendo magnífica y generosa, fomentando las artes, f
teatros y haciendo fiestas.

Luis Felipe fué sobrio en placeres públicos ; pero París se eng
bajo su reinado, la riqueza se aumentó y los placeres y diversione
capital adquirieron nuevo esplendor.

El segundo imperio llevó el lujo y el fausto de su corte h
extremo á que no había llegado el de Luis XIV ; transformó la ca
un paraíso ; hizo exposiciones universales, levantó la grande óper
nuevos *boulevares* y avenidas: dió grandes fiestas, introdujo en las
bres nacionales el lujo de su corte, corrompió todo vínculo soci
noción moral, toda dignidad personal ; y mientras que las fan
arruinaban, la Francia se degradaba, el tesoro público empobre
riqueza nacional se aniquilaba, pasó el pueblo veinte años entre l
de París.

ciudad una mansión de delicias, y de la vida de París un sueño en el que todo son fiestas y alegrías.

La vida he dicho, y éste es un error: en París no hay vida, pues que no puede llamarse tal la serie no interrumpida de placeres y emociones en que se pasa el tiempo desde la mañana hasta la noche, desde la noche hasta la mañana, sin que haya un momento de reposo ni de quietud para pensar, ni de sosiego para descansar; y parece que el dolor no ha llegado á su recinto, y que la muerte jamás ha pisado sus umbrales.

El aire que se respira está impregnado de los olores de la fiesta; la mirada sólo contempla alamedas, bosques, jardines y prados que invitan al placer; estatuas griegas de formas voluptuosas, niños que juegan, mujeres que sonríen, y un pueblo el más culto, el más sobrio y el más espiritual del mundo, entregado á una franca y eterna diversión.

El día llama urgentemente al placer, y además de los museos, palacios, templos y jardines abiertos para todo el mundo y que están siempre repletos, ocupan todos los momentos los juegos de agua de Versalles, las carreras en *Chantilli* ó en *Long-champ;* los paseos á *Saint Cloud*, las exposiciones universales ó particulares, ó de flores, de animales, ó de objetos de industria, ó las regatas en el Sena, ó las grandes revistas del ejército, ó la apertura del *Salón de pinturas*, ó las carreras en velocípedo; pues todos los días del año hay una nueva y particular fiesta, á la cual es preciso concurrir; y todo el pueblo va, se agrupa y se divierte con sin igual placer.

Además, el paseo diario al *Bosque de Bolonia* es indispensable para cierta clase de la sociedad, de tal manera indispensable, que si el coche de la señora de un banquero faltara, se creería que éste había quebrado; si el de una baronesa, que había emigrado; si el de una embajadora, que su marido había sido retirado; pues todas las grandes damas tienen obligación de ir á lucir allí sus magníficos equipajes, sus arrogantes caballos, su habilidad en manejar un alazán, ó lo gallardo de su talle; y el *Bosque de Bolonia* es un torneo diario de la belleza, del lujo y de la elegancia de las parisienses, al cual ninguna puede faltar; es también el lugar de las entrevistas, de las citas y de las palabras dichas en público, al descuido, y sin que nadie las oiga.

Pero no hay ni un instante que perder descansando; son las seis de la noche, y hay que vestirse ligero para comer en gran reunión, en banquetes aristocráticos, en un club, en un restaurante, en un *duval*, según condición, relaciones y fortuna de la persona: para todo el mundo la comida es una fiesta de amigos, y se hace en medio de una concurrencia

bulliciosa y alegre. Aprisa, aprisa dan las ocho, la hora de los teatros. Ciento están abiertos, y á ellos se dirige la población apasionada. El teatro es la suprema diversión para el pueblo de París, una necesidad del alma, una costumbre inveterada ; y no ir al teatro el noble, el rico, el propietario, el empresario, el obrero y el pobre, es una gran desgracia con la que no puede nadie conformarse.

Están la *Grande Ópera* y la *Ópera italiana*, para la aristocracia; y todos los nobles y todos los ricos tienen allí palcos suntuosos, van todas las noches y las salas se colman siempre. Están el *Teatro francés* y el *Odeon*, que tienen para las piezas clásicas los mejores actores del mundo ; el teatro de la *Puerta de San Martín* para los dramas; *Variedades* para las comedias; y en esos teatros hay magníficos palcos que cuestan mucho, y elevadísimos pisos donde no cuesta sino un real el puesto ; y hay cien teatros de distinta naturaleza, donde todas las noches dan función y los cuales están llenos de gente todas las noches.

El teatro se acaba; los *boulevares*, las avenidas, los paseos están llenos de gente en busca de nuevas diversiones; además del alumbrado público, las salas de cristales de los cafés y de los restaurantes, abiertas de par en par, arrojan á la calle torrentes de luz y el ruído de la alegre fiesta. Son las doce de la noche, hora precisa en que principian los bailes, á que es necesario concurrir. La aristocracia á las grandes recepciones y bailes del barrio de *San Germán*, en donde reina, más que el lujo, la fácil elegancia y el gran tono de los amigos de los reyes; las *finanzas* á las fiestas famosas que los banqueros se dan unos á otros para mostrar, por el esplendor y gasto, la solidez de sus fortunas; el *demi-monde* á las tertulias, donde se baila, se canta y se juega con condesas, marquesas y baronesas; el público á *Valentinois*, el *Casino*, *Madrid*, *Frascati*, &c., y las hijas del placer, los estudiantes y los jóvenes ociosos, á *Mabille*.

Por este torbellino eterno de placeres son arrastrados los extranjeros residentes ó que están de paso en París; la fiebre arde en sus venas, la cabeza se les desvanece, y locos, delirantes, aumentan el bullicio y la esplendidez de las fiestas. Son tantos los extranjeros que hay en París, que se clasifican por *colonias*, que son las grandes agrupaciones de individuos de una misma nacionalidad, formadas en el seno de la ciudad, que tienen unas mismas costumbres y asisten á iguales diversiones.

La *Colonia inglesa* es naturalmente la más notable y la más rica, y se divide en tres clases: la de personas respetables que viven en París, y que por su seriedad y costumbres no asisten á los placeres bulliciosos de la ciudad, pero á quienes se ve en los museos de pintura ó en magnífic

coches, las señoras muy temprano de la mañana en el *Bosque dé Bolonia*, las señoritas cabalgando, y los lores á pie; la de los ingleses que van á matar el esplín, á olvidar las brumas de su tierra y las buenas costumbres de su país, que de la manera más tonta malgastan su fortuna y que se ven siempre en *Mabille* entre las damas, que los aceptan sonriendo; y la de *Los peregrinos*, si así puede llamarse.

Hay en Londres una casa con sucursal en París, cuya especulación es pasear á los ingleses por cierta suma determinada; y el viaje á París se hace en la forma siguiente: Se reúnen en la estación de Londres todos los ingleses é inglesas que han pagado su real contingente, y que no bajan nunca de trescientos, todos vestidos de la manera que creen más elegante, pero que en Francia parece en extremo ridícula; cada uno recibe una *Guia del camino y ciudad de París*, un anteojo, que por medio de un tahalí lleva consigo, y su *tiquete* respectivo. Para ellos marcha un tren expreso á Douvres; para ellos parte un vapor expreso á Calais; para ellos sigue un tren expreso á París; para ellos salen á la estación ómnibus expresos á recibirlos y conducirlos al *London & Universal Hotel;* para ellos hay departamentos especiales en el hotel, y carruajes destinados á llevarlos á todas partes.

Lunes por la mañana: *Visita al Louvre.* Marchan en procesión los trescientos ingleses é inglesas, cada uno con la *Guia de pinturas* en la mano; y desfilando uno por uno, van viendo cada cuadro, marcan en la *guia*, hacen sus observaciones todos iguales, admiran todos unas mismas cosas y salen á su fonda.

Por la tarde: *Paseo al Bosque de Bolonia;* y los trescientos ingleses é inglesas, con la *Guia de forasteros* en la mano, en coches descubiertos, van á pasear; dan vuelta al lago, admiran la vegetación, examinan cada sitio y vuelven satisfechos.

Por la noche: *Grande Opera.* Los trescientos ingleses é inglesas, con el *libreto de la ópera* en la mano, y sin frac negro y corbata blanca los hombres, como allá se acostumbra, ni un elegante traje las señoras, entran al edificio, toman los asientos que les están destinados, y con la mayor devoción siguen el libreto y oyen la ópera.

Martes por la mañana: *Visita á las catacumbas.* Id. id.

Por la tarde: *Jardín de aclimatación.* Id. id.

Por la noche: *Baile de Mabille;* y los trescientos ingleses é inglesas van allí á ver bailar el *cancán* ó á admirar á las *cocottes* y á gozar ampliamente de su libertad.

Así regimentados pasan diez días; van en un *tren de placer* al Havre,

y de allí vuelven á Inglaterra, felices de haber hecho un viaje tan largo, tan peligroso, tan *lleno de emociones*, y de haber podido estudiar las costumbres, hábitos é inclinaciones del pueblo francés, y de haberse mezclado con él y participado de sus fiestas, sus locuras, sus amores y sus diversiones. Cada uno de ellos escribe después un libro titulado *Pick nick to París*.

La *Colonia sur-americana* es, sin disputa, la más loca, la más pródiga y la más feliz de París; y su popularidad crece todos los días en los salones, en los bailes públicos y en los restaurantes, porque las damas americanas, con sus negros ojos, cuello torneado, cutis moreno y terso y pequeño pie, encantan á los franceses, que en cada una de ellas, viéndolas cargadas de diamantes, miran *una esperanza*; así es que no hay baile en el *Hôtel de Ville*, en *Versalles* ó en las *Tullerías* á que no sean invitadas: y las viejas condesas del barrio de San Germán las llevan á sus casas con la ilusión de *redorar* el escudo heráldico de sus hijos. Así, no hay fiesta espléndida sin las americanas; porque ellas aman con ardor el placer y se entregan á él sin restricciones.

Los hombres, por su parte, son los únicos que gastan mucho dinero, que tienen orgullo en figurar como espléndidos y generosos en los clubs, en los hoteles y los restaurantes: dan limosnas de á cinco francos en las iglesias, ocupan los cuartos de primera en los hoteles, gastan todas las bujías que les encienden, jamás reciben á los criados el dinero que les sobra en los pagos, y dejan por donde pasan un *pourboire* en plata que conserva su recuerdo.

Usan mucho los americanos del sur un clavelito rojo al ojal de la casaca. A diez pasos de distancia parece que están condecorados con la cruz de honor, y á tres dejan conocer que son unos majaderos.

Pero ya advertí, y lo recuerdo ahora, que todo sur-americano es llamado *brasilero*, bien haya nacido en Lima ó en Bogotá, ó vaya de Chile ó Guatemala, sin duda porque el *brasilero*, siendo el que más gasta, es también el que se hace más notable en todas partes, ó porque su color moreno, más pronunciado que el de los otros sur-americanos, lo hace distinguir más de los franceses. Por supuesto que el *brasilero*, sea cual fuere su patria y su educación, es en la mente de las francesas rico, amante, celoso y feroz; pero así lo aman, y lo prefieren á los extranjeros de toda otra nacionalidad.

La familia de Erazo, de México, gastaba tal lujo en París, que era considerada como poseedora de las más ricas minas de la Sonora y se creía que los galeones que antes le llevaban el oro á Carlos V, ahora iban cargados de oro en polvo para ella. El señor Alfonso, de la Habana, hecho Marqués,

en cada invierno tres recepciones en París, cada una de las cuales le
ba cien mil francos. La familia Arcos gastaba un lujo de príncipes y
ró el mejor *hotel* en los Campos Elíseos. Guzmán Blanco daba fiestas
e asistían todos los banqueros. La Condesa Gibacoa, de la Habana,
en un baile un collar de diamantes que á todos hacía recordar la
ia de *el collar de la Reina*, de María Antonia; y en el matrimonio de
una de sus hijas, el señor Calderón, de Lima, gastó lo que jamás han
do los príncipes de Orleans en las bodas de su dinastía. Una familia
eña verdadera, llegó á París con cincuenta y cuatro cargas, diez y
criados, y tomó la mitad del Grande Hotel.

Todo esto da idea de fortunas colosales en América, de rentas enormes
o existen en efecto; y estas familias, por mantener el tren con que han
nzado, arrastradas en la vorágine parisiense, se arruinan, desaparecen
reemplazadas por otras que corren la misma suerte, ó que dan lugar
ndalos que entretienen las crónicas parisienses.

La señora de un general sur-americano es sorprendida robándose unas
en el palacio real; una señorita de Chile, al cumplir veintiun años,
ancipa, deja el hogar materno y disipa su fortuna de placer en placer
s mujeres más perdidas, hasta que la familia la hace encerrar por la
a en una casa de locas.

La prisión de *Bicetre* se llena de jóvenes *sur-americanos* que giran en
ó estafan miserias, después de haber gastado fortunas fabulosas; y
el juego del *revólver*, que tanto usamos en América, no lo abandonan
rís, los tiros que se disparan en *Mabille* ó en las casas de juegos
idos, aterrando á las mujeres, resuenan al otro día en todo París, y
en conocer en los periódicos.

l *brasilero* está tan á la moda en París, que ha venido á ser, como el
en otro tiempo, un personaje de fantasía en los *vaudevilles* y
s, en donde sale como personaje ridículo Maneiro de Pereira y Placao,
de semejante apellido, vestido extravagantemente con calzón claro
co rosado, lleno de cadenas y colgajos, con diamantes en el cuello,
puños y en la pechera, y un anillo enorme; se enamora de todas
pasan, les hace morisquetas, las amenaza con el puñal, intenta
á una de ellas; y al fin lo cogen en un escondite, habiendo perdido
ngo diamantes, cadenas, anillo y puñal.

r. Taine, hablando acerca del arte en París, dice lo siguiente, que
a mis observaciones:

Es preciso tener en cuenta el gusto de los extranjeros ricos. Un
o, un moldovo, ó un americano (yankee), que han hecho fortuna ó

que se hastían de vivir entre los esclavos ó sus paisanos, viene á París á gozar de la vida. Hace cien años, un mundo elegante daba el tono de la sociedad; el placer debía ser delicado y espiritual: era preciso seguir un riguroso código de delicadeza y saber vivir bien. Hoy la sociedad superior ha perdido. Antes había cien salones, hoy hay dos mil. Antes no había más que un solo gusto y un solo arte, y hoy hay veinte. Los instintos y los placeres del brasilero, del moldovo, del americano, nadie los contiene. Compra un coche, pasa revista en el *Bosque de Bolonia*, muestra prendedores de diamantes, frecuenta los bastidores, va á los bufornerios de los teatros pequeños, saborea la exposición de figurantes, le manda pintar á los artistas Venus, que no son más que retratos de las vagamundas, y el artista le sirve á su gusto.»

La *Colonia colombiana*, compuesta ya de más de quinientas personas, ha estado siempre muy bien representada en París; ocupa un lugar digno, se hace todos los días más respetable; y de tal manera se ha identificado con las costumbres serias de la sociedad en que vive, que con frecuencia las señoritas contraen ventajosas alianzas con caballeros franceses; y los hombres, ocupados en sus negocios, prestan también el contingente social que el buen tono exige para el placer y posición de sus familias.

Estando en Enghien, sitio de baños muy concurrido, donde la Emperatriz tuvo en otro tiempo su *chateau*, y cuyo mágico lago está rodeado de quintas y verjeles habitados por la aristocracia en el verano, una tarde todas las señoras que había en el hotel habían sacado á la calle sus mecedoras para tomar el fresco y ver las damas de paseo, y entre ellas llamó la atención una que iba vestida de traje de gro rosado pálido, sombrerito de paja de Italia, que no se sabía en dónde estaba puesto, pues dejaba ver una hermosa cabellera rubia artísticamente peinada; la leve cintura se doblaba como un mimbre, y el pequeño pie, que calzaba botín de seda del mismo color, apenas pisaba con la punta el suelo, teniendo al caminar toda la gallardía de una andaluza; y pasó por delante de la fila en que estábamos, causando rumor de admiración; ¿quién era? La señora Carlina París de Lehmann, nacida en Bogotá y residente en París.

Menciono esto para dar idea del buen gusto y elegancia con que visten las señoras de la *Colonia colombiana* en París, buen gusto que se admira en los bailes que con frecuencia se dan en ese círculo, y para tributar aquí á la señora Lehmann el testimonio de mi gratitud por las atenciones y cariños que dispensó á mis hijos en su linda residencia de Enghien.

En otro tiempo la *Colonia colombiana* estuvo representada por el señor

Francisco Martín y su señora, que eran muy ricos, buenos amigos los hermanos Rafael y Federico, muy respetables, y cuya hospitalaria el centro de toda la colonia.

la época en que yo estuve, el señor José María Torres Caicedo, ano distinguido por sus talentos y su ilustración, que ocupa alta social, es miembro del Instituto de Francia, Ministro del Salvador, a recibido varios títulos y condecoraciones por su mérito, era, sin persona más notable de la Colonia colombiana, y se había grangeado, amabilidad y trato finísimo, las simpatías generales, representando en al país.

cía veinticinco años que por última vez habíamos entrado juntos á stros de la Universidad en Bogotá; y separados por opiniones s desde aquella época, viviendo en lugares distintos y en diversas ones, figurando él en un vasto círculo y ocupado siempre en graves s, no creía que conservase el señor Torres de la amistad de nuestros s años recuerdo alguno; y sin embargo, apenas llegué á París, recibí s visita, y luégo en su *hotel* muchas pruebas de afecto y de cariño. sabido con placer que después de mi venida contrajo matrimonio a hermosa americana, y que su casa es el encanto de la buena d.

millonario colombiano José Germán Ribón, tan caballero como tablecido en París, después de haber hecho su fortuna en Nueva iene una señora muy amable é hijas primorosas, una de las cuales es esposa de nuestro estimable compatriota Ignacio Gutiérrez Ponce. *l*, que está en la *Avenida de la Emperatriz*, cerca de los Campos lo ha construído al estilo americano, y en él da en los inviernos nes suntuosas, á las que concurren las más distinguidas familias, nde reinan el lujo, la elegancia y la franqueza de los salones de la ra aristocracia en Francia. Este millonario fué conmigo en París el y fino amigo del colegio, y de su señora conservo el más vivo y cuerdo.

señor Miguel Vengoechea tiene establecida en París, con su hermano una respetable casa de comercio, con grandes negocios en la a, y es franco y generoso con los colombianos. El señor Vengoechea re de Barón, vive como tal, y con su amable señora obsequia á los anos con preciosos *soirées*; y allí es donde se ve lucir la belleza de s mujeres tropicales, de cutis terso, cuerpo gentil, seno abundoso y de fuego. Los *soirées* del señor Vengoechea deberían tomarse por en Bogotá; y la bondad de la señora y la cultura de la señorita

El doctor Ricardo Pereira, joven instruído y generoso, cuy lució en los salones de Bogotá por algún tiempo, vive ahora en P su familia, que es de Venezuela. En su casa volví á gozar del s ameno trato de la sociedad caraqueña.

El General Aníbal Currea y su encantadora esposa la señora Manrique, vivían en un elegante departamento en el primer pis magnífico hotel, lejos de los placeres y bullicio de la sociedad, en m las comodidades, consagrados á la educación de sus hijos; y en la in de su hogar, recibido y tratado por la señora como un antiguo obsequiado y atendido por él, pasé los días más agradables permanencia en París.

El señor Andrés Santamaría, cuya pérdida lamentaron to colombianos que han estado en París, vivía entonces elegantement la finura de sus modales y la bondad común á su familia, era muy q

Tocóme la fortuna de estar en París en la misma época que la Magdalena Santamaría de Mier, quien, con sus dos amables hij hijo, mi amigo Joaquín de Mier, vivía en los Campos Elíseos, y me h disfrutar de ratos tan placenteros, que jamás olvidaré.

En general, la *Colonia colombiana* se compone de hombres rico los señores Garcías, que de Colombia han trasladado sus casas de co á París, ó de familias respetables que van por unos meses á disfru pero que no son millonarias ni pretenden pasar por tales; educad hábitos modestos en su país, y que encontrando un centro de socieda ni llaman la atención por sus gastos, ni dan motivo para hablar mal d

Es muy notable y muy honroso para el país el que los jóvenes q á educarse á ese lugar de placeres, de perdición y de vicios, conser carácter serio, principalmente los que ya van formados y con e preparatorios; y que los que van de doctores en Medicina á perfecci allí, sorprendan por sus conocimientos, sobre todo en anatomía.

Ciencia, valor, genio, virtud, el instinto de todo lo generoso y

Y es en París donde se ve á José Triana en la constelación de los sabios, y donde se encuentran otros muchos colombianos que se han enriquecido en las Repúblicas vecinas, llevando una gran reputación ó una fortuna cuantiosa, para aumentar el brillo de la *Colonia colombiana.*

Hay, sí, algunos pajarracos, entre los cuales se cuentan muchos de los que van como Cónsules á otros lugares y se quedan en París, que no entran á la buena sociedad, que se aíslan de los colombianos, se deslumbran con las *baronesas* que encuentran á su paso, ó van más abajo, gastan, gozan, fían, estafan y obligan á los compatriotas á hacer suscripciones para pagarles el pasaje á Colombia, ó á andar en carreras para librarlos de la policía.

A París todo el mundo va á gozar y á gastar, y como no puede aceptarse una copa de vino sin retornarla, ni hay derecho de gozar de los favores de un amigo sin ofrecerle otros iguales, y mi fortuna no me permitía hacer muchos gastos, ni el orgullo aceptar ninguna invitación á que no pudiera corresponder, poco á poco fuí aislándome de la sociedad, de los amigos y compatriotas, y haciendo sólo mis visitas á los edificios públicos, á los museos y á lo que más me llamaba la atención.

CAPITULO XXIV.

Capilla expiatoria — El *pourboire* — Plaza de la Concordia — Grandes *avenidas* — Los palacios — Habitaciones de París — El canal.

CUAL si fuera un piadoso legitimista, mi primera visita fué á la CAPILLA EXPIATORIA, objeto de muchas peregrinaciones pocos años antes, cuando se esperaba la entrada de los Borbones otra vez á Francia con el Conde de Chambord bajo el título de Enrique V, y ahora completamente abandonada y desierta. Y fué mi primera visita, porque recordaba que cuando yo era muy niño, habían llevado á casa una novela que pasaba de mano en mano haciendo llorar á todas las mujeres, novela que se llamaba el *Cementerio de la Magdalena;* y como esta capilla está levantada en donde fué el cementerio, y fué la primera iglesia que vi al salir del hotel, me movió la curiosidad el recuerdo, entré, y no me pesó la visita.

Luis XVI fué guillotinado el 24 de Enero de 1793, el *año terrible*, según lo llama Víctor Hugo; y María Antoñeta el 16 de Octubre del mismo año; y sus cuerpos fueron enterrados en el *Cementerio de la Magdalena*. Este cementerio, con el tiempo, vino á ser propiedad de un particular, quien tuvo gran cuidado de los sepulcros de los dos reyes hasta la *Restauración;* y entonces Luis XVIII dispuso que los restos pasasen á San Dionisio, antiguo panteón de su dinastía, lo que se hizo en efecto con gran solemnidad; pero la duquesa de Angulema mandó erigir allí, en memoria, una capilla, que fué la que yo visité. Es un paralelogramo de cincuenta varas de largo por treinta de ancho, lo que le da el aspecto de un vasto y fúnebre salón, más

bien que de iglesia, coronada por un domo de piedra con cúpulas de uno y otro lado, por donde viene la luz. Nueve arcos forman el salón, y en los espacios intermedios hay tumbas con medallones de mármol blanco, rodeados de ramas de ciprés esculpidas en la piedra, y algunas inscripciones conmemorativas. Al frente hay dos sepulcros con emblemas funerarios, y esta inscripción:

Has ultra metra quiescunt.

El vestíbulo ó presbiterio tiene también la forma de una tumba y conduce á una plataforma, sobre la cual se levanta un pórtico consistente en cuatro columnas dóricas, y se desciende de él para entrar por dos anchas escaleras á un subterráneo, en el cual se levantan dos estatuas de los reyes, de mármol blanco.

Todo es triste y sombrío, y deja una impresión de dolor por la historia de estas víctimas de la Revolución.

Pero en el mismo cementerio yacen enterrados, y por allí cerca deben de estar también, los restos de Camilo Desmoulins, Hebert, Brissot, Vergniaud, Gensonné, Bailly y otros mártires de la Revolución, y á ellos nadie les ha levantado un monumento, ni hay quien por ellos derrame una lágrima al visitar estos lugares!

Un caballero muy bien vestido y de excelentes modales había salido á recibirme cuando entré, y lleno de comedimiento me había mostrado todos los lugares y contado la historia que ahora refiero, en lo cual habíamos gastado más de dos horas; al despedirme de él no sabía qué hacer; ¿pagarle? Quizás se ofendía, pero quizás también éste era su oficio y de esto viviría su familia. Metí la mano al bolsillo para sacar una tarjeta y cambiarla con la de él, ó el portamoneda; y él me sacó de la duda extendiendo la suya para recibir el inevitable *pourboire*.

Es en Francia el *pourboire* (ó para su trago) una verdadera institución social, en que se han fundado las costumbres y vinculado los intereses de una gran parte de la población, y de la cual no se puede prescindir, ni por el nacional ni por el extranjero.

En Francia todos los grandes edificios,—museos, iglesias y monumentos públicos,—están abiertos gratis á la multitud, que puede visitarlos el día y á la hora que quiera; pero en todos ellos hay guardianes á quienes hay que dar el *pourboire*.

En todas las casas hay un portero, dependiente del propietario, quien le da una pieza en el zaguán, pero no tiene sueldo; y el portero y su familia viven del incierto *pourboire* de los huéspedes de la casa.



Plaza de la Concordia en Paris-Pag. 425.

En el hotel hay que estar dando diariamente el *pourboire* á los criados; y el día de la partida eso es muy curioso. El conserje se encarga de pedir el coche, y solícito entra al cuarto del viajero, y sale llevando algunos objetos. Cada uno de los criados varones toma un baúl, y cada una de las hembras una maleta, ó la caja del sombrero ó el paraguas; la cocinera sale á desearle *bon voyage*, y todos se colocan en fila á esperar el *pourboire*.

Va usted al teatro: entrada, cinco francos; pero hay que formar cola y esperar turno; mas un mozo diligente le ofrece su boleta por el mismo precio y el natural *pourboire*. Está usted dentro del vestíbulo, y tiene que dejar capa, paraguas y sombrero á una señora, quien le da un número, y al devolvérselo hay que dar el *pourboire*. Entró usted á los corredores; ¿por dónde es la entrada al teatro? ¿dónde es su puesto? Una dama comedida se encarga de conducirlo y de señalarle su asiento, mediante el *pourboire*. Luégo una pobre vieja viene y le pone en los piés un banquito para su comodidad, pero hay que darle el *pourboire;* y á pocos momentos es una linda muchacha, muy bien vestida y risueña, quien le extiende el programa de la función, y se queda con la mirada diciendo: *mon pourboire*.

En una polémica sostuvo el *Times* que el Secretario de Relaciones Exteriores de Francia recibía el *pourboire* de los Ministros extranjeros. Solemne mentira; pero sí es cierto que éstos tienen que dar á los porteros de los Secretarios el *pourboire*, y que en todas las oficinas tiene que empezar el que quiera ser recibido, tener audiencia ó que se le despache, por dar al portero un buen *pourboire*.

El cochero, antes de pagarse del viaje del coche, descuenta su *pourboire;* y los puestos de criados en los restaurantes y cafés concurridos se compran al propietario dándole una parte de lo que les produce á los sirvientes el *pourboire*.

En todo presupuesto para viajar por Francia debe votarse una partida doble á la de alimentos y habitación para pagar el *pourboire*, y quizás no alcanza.

Como tenía el día entero para pasear y conocer á París, fuíme solo á la PLAZA DE LA CONCORDIA, la más grande, más hermosa y más concurrida del mundo; pero á las diez de la mañana está quieta, tranquila y silenciosa, de manera que se puede examinar todo con calma y admirar sus monumentos muy despacio. De *La Magdalena* allá se va por la *Rue Royale*, que forma ángulo con los *boulevares*, y aquella iglesia, que de todas partes se ve, situada en medio también de una plaza, á la que dan muchas calles, fué mi centro de partida y mi norte en todas las excursiones en París. Jamás busqué en Europa ni guía ni intérprete, y lo mismo aconsejo á todos los

ómnibus, y pide uno una boleta para la *Magdalena,* da m
vueltas, cambia dos ó tres veces de carruaje, pero á la *Magdalen*
logra esto, le pregunta al primer transeunte por la *Magdalena;*
que se cruce, á la muchachita que lleva el pan; é inmedia
transeunte, la señora ó la niñita se detienen, y con una amabilid
parable retroceden á señalarle al viajero la dirección más recta;
que esto hacen, le conversan, averiguan de qué país viene y
gustado más de París, y se despiden como de un viejo amigo.

¡ Qué instintiva cultura ! ¡ Qué amabilidad la del puebl
Y lo mismo es el obrero que la *dame du comptoir* (dama del mostra
restaurante ó el director de un establecimiento público; todos pr
amables, insinuantes, no molestar á nadie, prestar el servicio
pide ó que pueden ofrecer, y tratar á las personas con las consi
que merecen. Luégo los modales enamoran: hay tal ruda no
obrero, tanta elegancia en la señora que uno encuentra, tanta i
en la niñita que lo guía, que uno se encanta y no quisiera dejarl
razón los que abandonan todo en su país por vivir siempre
de ese pueblo encantador.

Por otra parte, perderse en una gran ciudad de Europa es
emociones más raras, y por lo mismo más gratas para el
Sur América; verse entre una multitud desconocida y sin qu
conozca; ver á todos agitarse,—movidos por diversas pasiones,
deseos, de los cuales uno no participa,—como ondas de un mar
estuviéramos sumergidos; aparecer en un mundo nuevo para ser
nuevo, sin el pasado que atormenta ; confundirse, desaparecer si
todo eso más delicioso que ir á la ópera ó asistir á una fiesta.

El mejor guía es la *Guía de forasteros,* la que debe leer un
ir á ver un monumento, y si es posible, repasar algo de la historia

e, y me puse en marcha; y como quiero que la descripción de esta
ga interés para el lector, voy á contarle algo sobre ella.

ndo el matrimonio de Felipe II, Rey de España, con Isabel, de se hicieron grandes fiestas y faustosos torneos en París; y el Rey II, en un palenque levantado, tuvo el capricho de luchar en persona Conde de Montgomery, en frente del palacio de Tourrelles, á lo puso tenazmente su esposa Catalina de Médicis, entre otras razones, el infiel esposo llevaba los colores de su dama Diana de Poitiers. torneo resultó que el Rey murió de una lanzada ; y tan vivo dolor e su esposa, que mandó derribar el palacio y arrasar los jardines había, quedando un vasto desierto, en donde hoy se levanta la *le la Concordia*.

chos años después de aquel acontecimiento había en ese mismo 1 mal hotel, al cual llegó una noche, después de vísperas, la linda d'Estrées, favorita de Enrique IV y muy aborrecida de María de pidió un pastelito de salmón, y comiéndolo se quedó muerta por racia de los venenos italianos. Enrique IV se quedó inconsolable, llorar al lugar donde su amada había muerto. Sully, que era un hombre, se aprovechó del dolor del Rey para aconsejarle que a allí una hermosa plaza, lo que se hizo en efecto, habiendo tomado re de *Place Royale*.

medio de esta *Plaza real* levantó Richelieu una estatua ecuestre Luis XIII, de quien era primer ministro; y la adornó y embelleció se paseasen en ella los nobles, que temblaban ante él y le obedecían; laza se hizo el centro de los placeres de París.

tiempo de Luis XIV la *Plaza real* adquirió un renombre universal legancia, su lujo y su alumbrado. «Ver la *Plaza real*, y morir!» entonces las mujeres. Dícese que allí sucedió este caso : Marion ie era la mujer más linda y más loca de su tiempo. Un ministro se enamoró de ella, le llevó unos tantos miles de francos, y ella iró á la cara. Él insistió en sus pretensiones, y entonces ella morirse, convidó á su entierro á todos los grandes personajes, y os al ministro: el cortejo se reunió en la *Plaza real*, el féretro fué do en hombros hasta el cementerio; y mientras el ministro lloraba, tomaba champaña con otras locas como ella.

ndo el que fué después Luis XV era todavía el Delfín, la ciudad le decretó una estatua ecuestre, en cuya construcción duraron más seis años, y en la cual aparecían el Rey como romano, y al pie las de la Fuerza, la Prudencia, la Caridad y la Paz ; y para colocarla,

Les vertus *sont à pied*, le vice est à cheval.»
(¡ Qué linda es esta estatua ; qué lindo el pedestal !
Las virtudes abajo y el vicio va triunfal).

En la Plaza de Luis XV tuvieron lugar los fuegos artificia
en celebración del matrimonio de Luis XVI, entonces Delfín, c
Antonia, en cuya fiesta, por un accidente desgraciado, hubo
confusión, y las víctimas llegaron á setecientas, lo que se miró
funesto augurio para los Reyes ; y con esta desgracia princip
escenas terribles de la plaza.

El 14 de Agosto de 1793 la multitud furiosa escala la verja
dorado que había costado treinta y seis mil libras, y que rodeaba
y quita todos los medallones que tenía la imagen de los Borbones
se precipita sobre la estatua de Luis XIII y la derriba. Abajo la d
III y el pedestal en honor del Cardenal Richelieu! Abajo la de L
libertino ! La plaza queda vacía; y por un decreto de la Convenc
llamó la *Plaza de la Indivisibilidad* y luégo *Plaza de la Revoluc*

Allí fueron guillotinados Luis XVI y María Antonia, par
se habían preparado pocos años antes los fuegos artificiales; y en
de aquél fué cuando dijo su confesor aquellas hermosas palabras:
Cielo, hijo de San Luis!»; Madame Roland, quien murió diciend
libertad querida, cuantos crímenes se cometen en tu nombre!
Corday, el *ángel del asesinato*, como la llama Lamartine ; el
Orleans,—*Felipe Egalité*,—que encontró el cadalso en el lugar d
hallar el trono ; Anacarsis Clootz, que soñaba con la libertad
humano ; el sanguinario Flavio Eglantine, que lamentaba que «l
quedara sin acabar»; y Dantón, quien decía al verdugo : «M
cabeza al pueblo ; » y al fin la República se decapitó ella
Napoleón se hizo Emperador.

Entonces se llamó la *Place des Vosges*, y por allí se hacían l
triunfales, y allí se celebran las grandes batallas

compuesta de nuevo y adornada, llegó así hasta el tiempo de Luis *Rey ciudadano*, quien la concluyó tal como está hoy, y le hizo ombre que conserva de *Place de la Concorde*.

aza es inmensa; y á la verdad que sólo tiene límites por el oriente, está el hotel de la Marina como para decorarla, y al lado derecho, hay altos y soberbios edificios; pues al frente sólo la dividen de *s Elíseos* dos enormes caballos de piedra, levantados sobre los piés n actitud de brincar, con la crin flotante y la nariz inflada, y el se prolonga indefinidamente; y por el sur linda con un inmenso las Tullerías, que es como una prolongación de la misma plaza. recinto está colmado de árboles á regulares distancias, de y de candelabros de bronce para sostener muchas linternas de gas oche, y atravesado por una alameda de encinas que marca el hasta los *Çampos Elíseos*: tiene grandes medallones de verdura, os de flores, ó estanques donde hay flores acuáticas; y á uno y otro colosales fuentes de piedra. La una con estatuas de los grandes ríos ia (en francés femeninos), en forma de mujeres desnudas, teniendo una ánfora debajo del brazo, del cual sale un chorro diagonal de cae en la gran taza, la que se llena, rebosa y arroja el agua en obre las mismas estatuas; y la otra con estatuas druídicas, formando al de la pila, y recibiendo en la cabeza los chorros de agua, que n como con un velo las desnudas formas. En el centro de la á el *obelisco de luxior*, elegante, magnífico, altísimo, majestuoso.

famoso monumento era una de las *agujas de Cleopatra*, regael Virrey de Egipto Mehemet-Alí al Rey de Francia, quien mandó un buque especial y á una comisión científica; y traída, fué levanel centro de la plaza, empleando todas las fuerzas y habilidad de hacer uso la civilización moderna.

ante el día la plaza está silenciosa, á las tres de la tarde empieza á , á las seis de la noche es grande el concurso ; pero es á media ando está repleta de gente, á pie y en coches, que van, vienen y se formando la luz de las dos linternas que cada uno de los coches cordón que se enlaza, se teje, se divide y se hace un enmarañado o; y mientras tanto la multitud está ebria de amor y de placer.

rís, como ciudad, es muy superior á Londres, y tiene un aire de a y de magnificencia que en vano intentará adquirir la metrópoli al. En París sólo hay PALACIOS: suntuosos, elegantes, ricos, los que bre los *boulevares*, en las plazas y en las avenidas; feos, vetustos, s, los que están en los arrabales y barrios secundarios; pero todos

son palacios; y todo el mundo vive en palacio: el potentado, el banquero, el comerciante, el noble, el rico, el artesano, el pobre y...... creo que también el mendigo.

Los nobles que aun conservan su riqueza y su antiguo esplendor viven en los *Palacios* del *Barrio de San Germán*, construídos con la magnificencia propia del tiempo en que eran pequeños soberanos, dirigidos por los mismos arquitectos que levantaban el Louvre ó el Luxemburgo, y desplegando en las fachadas todo el orgullo de que estaban poseídos sus dueños; y esas masas inmensas de piedra labrada están aún intactas y conservan su noble carácter.

Los *nababs*, los *príncipes de la Bolsa*, los *potentados de la época*, los *Rostchild*, hacen construír, en la plaza *Vendome* ó en las calles más elegantes, *Hoteles* (este es el nombre fashionable) de piedra, magníficos, como en otro tiempo los de los nobles florentinos, en donde el arte moderno copia todo lo antiguo, excediéndole á la antigüedad en buen gusto y formas aéreas.

En los *Campos Elíseos* tienen sus *palacios* los Orleanes, queriendo conservar el regio boato; y otras grandes familias de príncipes de diversos países que han perdido sus tronos, y van á París á vivir con esplendor en medio de sus fieles servidores, como en otro tiempo Cristina de Suecia.

Las embajadas tienen sus *Palacios* de la nación que representan.

Háy calles enteras, como la *Rue de Rivoli*, con diez y seis cuadras de largo, formada á uno y otro lado de arcadas de piedra perfectamente iguales, que se prolongan indefinidamente, como debieron ser las arcadas romanas, y sobre las cuales se levantan también magníficos palacios.

Napoleón III, para embellecer á París, bajo la dirección de un arquitecto Hausemann, inventó abrir las GRANDES AVENIDAS, y lo cruzó con ellas en todos sentidos, invención que es muy original. La ciudad, tal cual fué levantada desde el principio, tiene sus calles más ó menos rectas, y sus manzanas más ó menos regulares; pero sin atender á esto, Napoleón decía: «Vamos á abrir *una avenida* que del extremo de la ciudad llegue recta al frente de la *Nueva Opera.*» El ingeniero tomaba el mapa de París, trazaba dos líneas rectas y paralelas que cayesen perfectamente perpendiculares sobre la Opera; y como quien saca una rebanada de un gran queso, iba cortando con miles de obreros una rebanada de la ciudad, sin cuidarse de nada. Aquí caía la cocina de una casa, allá partía un suntuoso salón de otra; más adelante se llevaba la sacristía de una iglesia, más allá derribaba el Circo olímpico; por una parte pasaba rozando con la esquina de una calle, por otra cruzaba una alameda.

Sin atender á nada ni á nadie, el ingeniero con sus operarios iba

derribando, como se hace una brecha en nuestras montañas, e con una precisión matemática la nueva, ancha y elegante legaba á la Ópera. Los dueños de casas eran indemnizados, éstas no quedar así, unas sin frente á la calle, otras sin cocina ó partidas como los sitios eran magníficos para edificar, en todas las *aveni-* rantaron palacios del mayor gusto, todos de piedra; y natural- las calles que á ellas desembocan sucedió lo mismo.

grandes almacenes como los del *Louvre*, *La Primavera* y mil los más grandes y más bellos de los palacios, teniendo siete ú os y fachadas elegantes.

por todas partes *Palacios* reales, y como no es natural que junto e levanten chozas, se han levantado otros palacios de habitación particulares.

odo el mundo vive en un palacio en París, porque desde tiempo rial la construcción de los edificios tiene esta forma ; y la descrip- e voy á hacer, aplíquela el lector á escaleras de mármol, á salones y á comedores de cristal, ó á escaleras de madera, sucias, oscuras ías, á cuartos desenladrillados y sin papel, y á boardillas heladas y sas: para todos los edificios sirve. El palacio en que yo vivía con ilia, *Rue du vieux colombier*, cerca de San Sulpicio, era un término

entrada al palacio es espaciosa : pueden pasar los coches y llegar centro del patio, y esta entrada se cierra por una gran puerta, ya de de la noche. El primer cuerpo del edificio es perfectamente del frente, y ambos completamente independientes: lo mismo on los de los lados ; las ventanas de todos dan al patio, y su cons- es igual, de manera que descrito el uno, se han visto los demás.

entrada hay una escalera á la derecha, entre la pared del edificio, la por ventanas que del patio le traen la luz en los diversos pisos, te hay otra exactamente igual; y ésta y aquélla conducen á depar- s separados, perteneciendo muchas veces á dueños diferentes. os la escalera de la derecha, y sépase que hubiera sido lo mismo de la izquierda.

ocos pasos hay una pequeña explanada y una puerta cerrada, aquí piso, que es la *rez-de-chaussée*, de muy alto alquiler y habitado lias muy ricas. A esa puerta, siempre cerrada, no llama nadie, ni por ella sino las personas de la casa, después de tocar una lla; y el que se atreviere á llamar para preguntar por alguien, ó á mosna, sería despedido con cajas destempladas.

la boardilla.

Son aristocráticos, caros y de alto tono la *rez-de-chauss*
y *le premier.*

Después del primer piso, el lujo del hotel empieza á decaer, damientos bajan en razón inversa de lo que suben los escalones: son habitados por familias de distinta condición, fortuna y cost que jamás se ven; pero la distribución del *departamento (appart* perfectamente igual.

Abierta la puerta que está en la explanada del primer piso, diatamente se cierra, se ve un corredor muy largo, sin puertas á la con varias á la izquierda, que son las que comunican con las hab La primera puerta da á la sala, que es pequeña, cuadrada y pri ésta se comunica por dos puertas con otra pieza inmediata, y el las dos puertas está cubierto con un gran cristal del tamaño de que á discreción se levanta ó se deja dividiéndolas. En cada u piezas y en los muros opuestos hay una chimenea. ¡Qué primor ¡Qué lindura de chimeneas! Cada una es una obra artística. Lo resplandecen, las cornisas son de flores realzadas, los florones de de medio relieve, y el oro y los colores rosado ó azul mezclados recinto divino.

La chimenea es el lugar preferido, y está adornada con estatuas de mármol de los primeros artistas, con bronces sacados peya, y con jarrones de porcelana de Sevres. ¡Qué muebles acabados de sacar del taller, y son como de un antiguo castillo, todo perfectamente esculpidos, cómodos, pequeños y graciosos. Las veces entapizadas, están cubiertas con copias de los mejores cu Louvre, y la alfombra amortigua las pisadas. De día estas s siempre á media luz, pues cubren las ventanas grandes y pesada

ás espeso, sillas de tafilete oscuro y una mesa de encina, forman el

preciso volver á salir al corredor para entrar al cuarto de la señora, pa el espacio de dos ventanas y que es un nido de seda embal-, y morada en donde la poesía, el amor y los sueños han tomado materiales que no es posible describir.

ue la habitación del caballero, á la que se entra ordinariamente por ta del corredor, pero que comunica con la de la señora por una oculta entre las cortinas. Generalmente se compone de dos cuartos: imero hay muebles sólidos, en los adornos mucha imitación de los abitaciones inglesas ; en forma de panoplias los arreos de cacería, lioteca abundante, muchos bronces raros, y muy buenos cuadros al n el segundo está una cama, el guarda-ropa, el bañador de mármol, pacioso sofá para sentarse á leer ó fumar.

r otra puerta del corredor se entra á un dormitorio común, en donde la comodidad y el lujo; luégo, por otra, se penetra en la pieza del de la señorita; después, por otra, á la del criado ó criadas; y al frente, o el edificio, y con ventana sobre el fondo, está la cocina, muy a.

s ocho departamentos colocados en los diversos pisos están ocupados ilias que jamás se ven; y á propósito de esto hay una novela en que una madre y una hija buscándose una á otra, las que, á pesar de ivido en una misma casa durante cinco años, jamás se encuentran. casa en que yo viví se componía de cuatro cuerpos: en cada cuerpo s escaleras, por cada una de las cuales se subía á ocho departamen-a de las boardillas; y calculando que en cada departamento viviesen sonas, había un total de seiscientas cuarenta personas habitando un palacio, y que no se conocían.

aquellos sitios adonde la renovación de París no ha llegado aún, tampoco casas de uno ó dos pisos, como en nuestras ciudades, sino mucho más altos que los palacios modernos, de formas caprichosas, e rematan en forma de torre, otros que tienen arcos góticos por balcones de piedra volados, ó especie de miradores como en las españolas ; y tienen tal aspecto de grandeza y de vejez, y las n tan pintorescas, que olvida uno en dónde está y á qué siglo e.

pisos bajos de los que fueron palacios de Montmorency ó de se hallan convertidos hoy en cervecerías; y en los altos viven odas clases en completa confusión.

París es todo de piedra, y como sin duda las cantera
la piedra la llevan de muy lejos, por un canal, del que j
á los viajeros, y que me pareció la obra más portento
antigua en Europa.

Este CANAL le recuerda á uno el canal de Babiloni
y revela una gran ciencia; muchos siglos debió de du
y grandes caudales se emplearían en ella; y se constr
establecer una comunicación más fácil entre las ci
comercio en los siglos en que no había ferrocarriles ni
pero hoy está destinado sólo á la conducción de las
peso, enorme volumen y poco valor, y al comercio
mineral.

El canal empieza en París, atraviesa todos lo
Francia, toca en muchas ciudades populosas, entra á
también, y el punto donde concluye lo ignoro. Es n
pequeños, tirados por caballos que manejan las mujer
la derecha, los otros vienen por la izquierda, forma
y animando el paisaje.

La gente que navega en el canal forma una pc
nacionalidad propia, que eternamente está moviéndo
grinación y con costumbres y hábitos propios de ella. I
residencia en ninguna parte ; las mujeres son los v
los que preparan la carga: los niños nacen en los buqu
se hacen entre los navegantes.

Al entrar en Bélgica, viniendo de Alemania, se e
después el ferrocarril lo atraviesa muchas veces, sigue
lela, se aparta, y se pierde de vista; se pasan muchas
diversos territorios, y cuando menos se piensa vuelve á
con sus buques, sus mujeres y su poesía. Entra en
tren, ir al canal, mezclarse con ese pueblo, tomar
concluír así una ignorada existencia.

CAPITULO XXV.

Palacio de la Justicia—Magistratura francesa—La Santa Capilla—Saludo de amigos—El baile de la ópera.

El Palacio de la Justicia, situado á la margen del Sena, en el sitio mismo donde estuvo Lutecia, la primitiva ciudad, conserva el aspecto de la más venerable antigüedad, y aun el nombre de la *Cité*; y habiendo sido la mansión de los antiguos reyes, y hoy asiento de la magistratura y tribunal de justicia, llamóme más que ningún otro la atención, y fué el primero que visité, trayendo antes á la memoria cuanto de él había leído.

La magistratura francesa, íntegra como la romana, pero más elevada y más digna, porque ha resistido á los vaivenes y agitaciones de la nación sin ceder nunca los derechos de la humanidad ante las exigencias del poder; verdadero sacerdocio encargado de hacer cumplir los mandatos divinos de la justicia eterna en una nación gobernada unas veces por el despotismo y otras por la demagogia, cuya historia en todos los siglos ha sido gloriosa, y que ha contribuído más que ninguna otra institución á hacer grande y poderosa á la nación; la magistratura francesa, representada por Dagueseau, Molé, D' Hopital, Leuville, hombres á quienes yo conocía por sus elocuentes discursos y defensas, que me habían parecido siempre superiores á los de Cicerón, me inspiraba veneración; y quise ir á conocer el lugar en donde antes se sentaron aquellos magistrados como miembros del Parlamento ó de la Corte superior, y hoy como miembros de la Corte suprema, Tribunal de casación y Justicia correccional.

Creo que no será inoportuna la cita de algunos rasgos de los magistrados franceses, que realzan su carácter y que pueden servir de ejemplo en nuestro país, agitado eternamente por las revoluciones, y en cuyos tribunales, como recinto de la justicia, quizás pudieran asilarse los derechos de la inocencia.

Francisco I quería dictar una ordenanza opresora para su pueblo, y se la pidió al Parlamento (que administraba justicia y ejercía funciones civiles). El Presidente Olivier de Leuville le contestó: «Señor, no podréis jamás hacer que un acto inicuo sea justo, por el hecho de dictarlo con vuestro carácter de Rey.»

El insolente Duque de Guisa, verdadero Rey en París, al día siguiente de las barricadas, en tiempo de Carlos IX, se presentó arrogante delante de Bussy-le-Clerc, Presidente del Supremo tribunal que debiera juzgarlo. «Señor, le dijo éste, cuando la majestad del príncipe ha sido violada, la magistratura no tiene ya autoridad; pero sabed que yo os juzgaré sin miedo, porque mi alma es de Dios, el corazón de mi Rey, y mi cuerpo está en las manos de los malvados para que hagan de él lo que quieran.»

El poderoso Napoleón quería imponerse á la Francia por medio del terror, como se había elevado por la gloria; y estando en sus manos el General Moreau, su rival, envió emisarios á Clavier, Presidente de la Corte Superior, pidiéndole que lo condenara á muerte, y prometiéndole que él inmediatamente perdonaría á Moreau.

—Y á mí ¿quién me perdonará? contestó Olivier.

La Francia, además, tiene la mejor legislación del mundo, clara, ordenada, filosófica y digna. Los Códigos de Napoleón, obra de Cambaceres, quien, para formarlos, había recogido toda la ciencia que Montesquieu, Tracy y Beccaria enseñaron en su tiempo, son el monumento más glorioso del Imperio; y es tan firme, tan duradero, que cuando Luis XVIII entró á Francia y no dejó ni las águilas que adornaban los monumentos públicos, dió la siguiente

« ORDENANZA DEL REY,

« CONCERNIENTE Á LA PUBLICACIÓN DE LOS CINCO CÓDIGOS.

«En París, á 30 de Agosto de 1816, Luis, por la gracia de Dios Rey de Francia y de Navarra, á todos los que la presente vean, Salud!

«Vista la relación de nuestro amado y fiel caballero, el Canciller de Francia, encargado de la justicia,

«Hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

«Desde el día de la presente ordenanza no podrán ser citados ni empleados en los actos privados, auténticos, alegatos, defensas, consultas, ordenanzas, juicios y sentencias, ni en ningún otro acto público, otros textos que los que siguen :

« 1.° Código Civil ; 2.° Código de Procedimiento civil ; 3.° Código de Comercio ; 4.° Código de Instrucción criminal ; y 5.° Código Penal (Los de Napoleón).

LUIS.»

Desde entonces estos Códigos son la legislación común en Francia: ellos han dado vuelta al mundo, se han adoptado en todos los países; y sobre ellos se fundó la legislación en Colombia por una respetable comisión de abogados, de la cual hicieron parte los señores Miguel Chiari, Manuel Pombo, Manuel I. de Narváez y José María Rivas.

¡ Pobre hermano mío ! Quizás en esta nación que ha levantado una estatua al autor de los Códigos, en el recinto mismo de la justicia ; quizá aquí en este palacio, tu ciencia, tu probidad y tu virtud te hubieran dado un nombre ó conquistado gloria, ya que en tu país no recogiste más que dolores, decepciones y penas!

Te dió Dios hermosa figura, vasta inteligencia, amor al estudio y un instinto inflexible hacia el bien, y todo fué inútil; más virtuoso pero más débil que yo, no resististe á la desgracia, te aislaste, desapareciste del seno de la sociedad, renunciaste á todo en el mundo, y al fin moriste olvidado de todos !

Las estatuas del Canciller de L'Hopital, de Molé, de Leuville, de Daguesseau y de muchos otros magistrados dignos, adornan el *Palacio de la Justicia*; y en un gran corredor, á la entrada de la sala de audiencia, están á uno y otro lado dos estatuas, la de Malesherbe, el generoso defensor de Luis XVI, y la del Ministro de Francia que prohibió la *tortura* y el *tormento*, y cuyo nombre desgraciadamente he olvidado. Este palacio fué edificado por el Rey Roberto, hijo de Luis Capeto, y engrandecido por todos sus sucesores, fué la habitación ordinaria de los reyes, y por lo mismo, el lugar de sus crímenes, fiestas y amores, que á nadie interesan, hasta Luis llamado el *Hutin* (el tenaz), pues aquí sí debe el lector saber que en este palacio fué donde dictó una ordenanza por la cual libertaba sus siervos, y concebida así:

« Considérant que selon le droit de nature, chacun doit naître *franc*, que notre royaume est dit et nommé le *royaume des francs*, voulant que chose en verité soit accordant au nom, avons ordoné et ordonnons que rvitudes soient ramenées à franchises.»

ıente una cárcel de *detención* y de *corrección*. Allí hay unas trampas sas, sobre cuyo piso pasaba sin ser notado y era conducido el ıdo á quien no se quería matar públicamente; éste se hundía bajo das y rodaba por un plano inclinado, lleno de puntas de hierro y de cortantes que lo despedazaban antes de llegar al suelo, en donde el vivo ó muerto, permanecía hasta que el Sena, en sus avenidas, á esas cuevas y arrastraba el cadáver.

ıántos crímenes han cometido los hombres con el deseo de corregir s de sus semejantes! ¡ Cuántas virtudes han sido castigadas en npo como faltas! ¡ Cuántos delitos no ha engendrado el rigor le los castigos! ¡ Y todavía se quiere armar el brazo del hombre, erca de la verdad, falible en sus juicios, y movido por las pasiones, r terrible de la *pena de muerte!*

ómo, al recorrer los salones de la Conserjería y ver el calabozo en ıé encerrada, no recordar á *María Antoñeta*, no por ser Reina y do degollada, sino por aquel grito terrible que profirió cuando fué de haber corrompido á su hijo—« Yo apelo á todas las madres! »

ma parte del palacio la SANTA CAPILLA, el más bello modelo del ótico que hay en Francia, y en donde el arte de la Edad Media se rado más pródigo de imaginación y de poesía, dando una suntuosa pensamiento místico, y elevando á Dios en la tierra un santuario arece que habita con todo el esplendor celestial.

fe sincera y la poesía del alma son como dos hermanas venidas al ara entusiasmar la especie humana: reina la una con diadema de luz imaginaciones ardientes, y las lleva por regiones desconocidas á enir que les muestra lleno de esplendor; la otra, coronada de flores, los corazones generosos y los lleva por senderos bellos y apacibles, ntos de amor y de ventura, doblando las espinas de que está a la tierra, y dejando á su paso un reguero de rosas. A veces las dos as se unen, y juntas levantan monumentos como el de la *Santa* erigida por San Luis, que es la poesía ardiente de la fe, templo de alabar al Sér Supremo.

aquí su historia:

Imperio de Oriente se derrumbaba, y el cristianismo estaba amena- r el bárbaro Otomano: San Luis, el Rey que fué á las cruzadas y isionero, el que murió yendo á la conquista de Túnez, entonces oderoso, lleno de fe, no quería que las reliquias del Salvador, por Constantino á Bizancio, cayeran en poder de los infieles;

envió una embajada al Emperador para rescatarlas, y
consiguió la corona de espinas, la lanza y la esponja de
guardar tan precioso tesoro levantó esa iglesia.

Lo más sorprendente es que al entrar por la gran p
encuentra una iglesia gótica de arcos que se cruzan
forman una bóveda elegante; y al entrar por la puert
se ve otra iglesia completamente distinta, que es aérea
joya de oro de primorosa labor. Ésta, que es la *Santa*
la bóveda maciza de la otra.

Sobre columnas sumamente delgadas y muy altas,
rojo dorado transparente de la porcelana, y chapiteles d
arcos ojivos muy agudos ; y el espacio que hay entre c
lo llenan vidrios de colores que representan pasajes de l
los muros de la capilla.

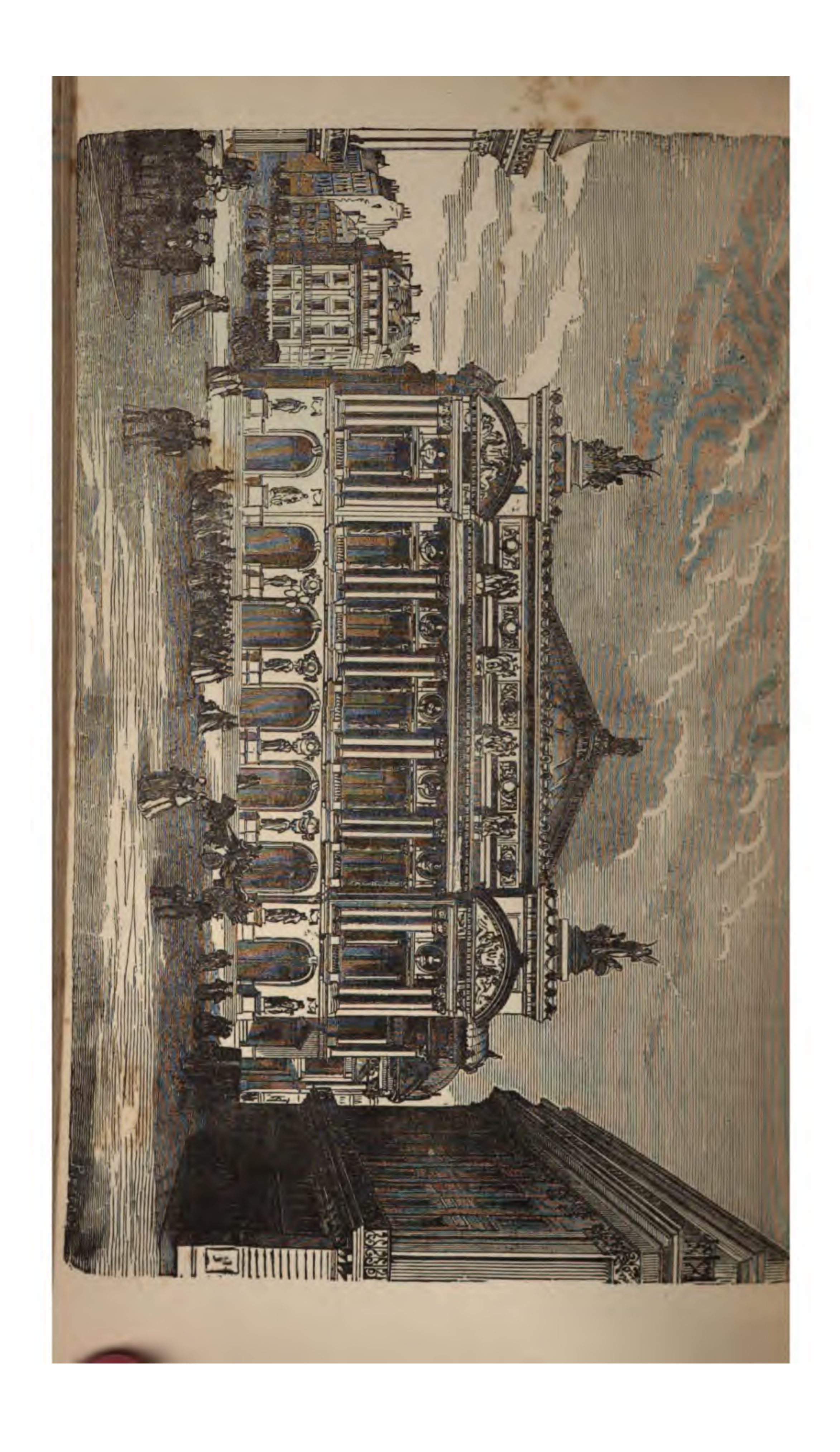
El cielo está formado de arcos muy agudos que,
las columnas, se levantan y se cruzan en sentido i
dejando ver, al encontrarse, una flor de oro colgada;
éstas dejan por entre filigrana de oro, hay unos roseto
por donde pasa también la luz.

Al frente está el tabernáculo, que resplandece de c
todo el recinto, mezcla de colores, de cristales y de oro
todas partes, transporta al creyente á esa región c
también llena de luz, donde los siglos se acaban, y re
fuego la inmutable y eterna voluntad de Dios.

Dió la feliz casualidad de que á mi llegada á París
tores de *La América* unos caballeros suramericanos
correspondencia conmigo, recibido mis periódicos y
amigos personales, lo cual me valió un generoso y
aquel periódico; saludo que, por contener exagerados e
y de mis escritos, no inserto aquí, y al cual contesté po

« Señores Redactores:





para mí recibir su entusiasta y fervoroso saludo, y saber que aquí en la metrópoli de la civilización hay para mí corazones que me aman y amigos á quienes abrazar.

«Reciban ustedes, pues, señores Redactores, el testimonio de mi más vivo agradecimiento.

«Medardo Rivas.»

Valióme esta amabilidad de *La América* la visita de varios caballeros venezolanos con quienes había tenido amistad en Caracas, y residentes entonces en París, entre ellos la del notable jurisconsulto Ricardo Ovidio Limardo; la de varios colombianos que supieron así mi llegada, y la de otros distinguidos suramericanos. El hecho fué que á pocos días se había formado ya un grupo de americanos, poco más ó menos de una misma condición, y que visitábamos juntos los monumentos.

El Baile de la Ópera es, sin duda, el espectáculo más á propósito que puede presenciar un extranjero para juzgar de la suntuosidad de los placeres en París, de la embriaguez de ese pueblo, del refinamiento de las costumbres, del lujo en todos sentidos, del amor á la alegría y al bullicio en las mujeres, y de la cultura, elegancia y buen gusto de las clases ínfimas de la sociedad ; y á disfrutar de él nos convidámos todos los del grupo, vestidos de frac, y con corbata blanca, como es de uso ; y allá nos fuimos unos tantos amigos, de diversas edades y carácter, los que formábamos un batallón ; y para contar esto fué para lo que traje á colación el susodicho saludo del periódico.

La Grande Ópera es el más vasto y el más hermoso monumento que al través de los siglos se haya levantado á las bellas artes; y es tan hermoso, que cuando la historia haya de juzgar del grado de cultura y civilización de la Francia en el siglo XIX, las ruinas de ese templo bastarán para ello, así como las del Partenón ó el Coliseo bastan para juzgar de la civilización de los pueblos griego y romano.

Se llega al frente de la *Grande Ópera* por los dos amplios *boulevares* en cuyo centro está levantada, y por la *grande avenida* que termina sobre el vestíbulo, concurriendo también seis ú ocho calles que vienen á parar á la plaza que se ha formado á su alrededor. Y el edificio está rodeado de grandes estatuas de bronce negro, con los brazos levantados para sostener enormes candelabros iluminados por la luz eléctrica.

Un atrio de piedra de seis escalones rodea los cuatro lados del edificio.

La fachada se compone de dos pisos : encima una gran cornisa con emblemas musicales, y en cada extremo dos estatuas doradas: la Música y la Poesía. La parte baja es de arcos que forman un corredor, y entre

arco y arco hay estatuas de piedra de todos los grandes compositores; la parte alta es de balcones, adornados los de las esquinas por columnas y una cornisa de arco, y entre balcón y balcón hay medallones de los principales músicos. Este mismo orden se conserva en los otros tres lados del edificio; pero en el de la izquierda hay una escalera que avanza, cubierta por un templete de piedra, que es la entrada especial del Soberano á la Ópera.

Por todos los arcos del frente se entra al vestíbulo, y al frente está la GRANDE ESCALERA, que presenta la vista más hermosa, y que es la obra de arquitectura más graciosa, más aérea y más coqueta que se haya podido realizar. El arquitecto era poeta, y decía: «Sólo el mármol da vida y brillo, completa la decoración y realza los monumentos. Los arquitectos italianos de la Edad Media y del Renacimiento, artistas llenos de fe, de audacia y de vigor, no dejaron de emplear nunca este auxiliar poderoso, y sus edificios, algunas veces sublimes y otras mediocres, todos son graciosos, debido al empleo del mármol, y tienen un movimiento y una ligereza que la piedra jamás puede dar. La piedra produce una impresión grave y enérgica; es el elemento masculino del arte: el mármol da una impresión más dulce y más graciosa; es el elemento femenino, con su vivacidad, su coquetería y su elegancia perfecta. Entre los edificios que exigen mármol, la Ópera es el que más lo reclama, porque es el templo dedicado al arte, al lujo, al placer y al que protegen los más amables dioses.»

Preparado con estas ideas el lector, vea el panorama.

Una amplia escalera de mármol blanco, de veinte metros de ancho al principiar, que se estrecha en semicírculo, vuelve á abrirse y se divide en el descanso en dos, á derecha é izquierda, formando dos magníficos arcos, de mármol también, y cuyas escaleras mantienen la misma amplitud. Las barandas son gruesas balaustradas de mármol verde de Suecia, y el pasamano, que tiene más de un metro de ancho, es de ónix de Italia. Al frente y á los lados de la escalera, formando la decoración, hay tres órdenes de balcones volados, circulares, también de mármol verde, y sostenidos por dobles columnas de mármol *serracolin* rojo brillante, que suben hasta el cielo y terminan en chapiteles de mármol blanco. En el medio, frente al descanso, hay una portada en que se mezclan todos los mármoles, y que está guardada por dos estatuas de bronce.

Principia la baranda con dos estatuas, medio desnudas, de bronce amarillo, sosteniendo en la cabeza un candelabro con veinte luces; hay en el descanso dos iguales, y con dos acaba la escalera.

Sobre los arcos de mármol blanco que forman las columnas hay una

, y el cielo está decorado con el *Carro de Apolo y las Musas*, tirado s caballos que pisan en el aire.

sta escalera está esa noche resplandeciente de luz: los balcones llenos eres, con la garganta, brazos y parte del pecho descubiertos; y subien- ella ó bajando, en alegre confusión, unas mujeres vestidas como diosas s, con toda la desnudez que las costumbres permiten; otras como s, con el traje corto y el lindo pie descubierto; éstas, como reinas, ando largas colas y mantos de terciopelo; aquéllas, como ninfas, con tido de seda rosado, estrecho y de falda corta; y por todas partes la de todos los matices adoptando las formas y los más bellos trajes de os siglos y todos los lugares para mostrarse llena de esplendor.

s corredores adonde llegan las escaleras están también repletos de de disfrazados alegres, y sólo en el *Bufet*, que es un magnífico salón á la plaza, de cincuenta metros de largo, y adornado con regia mag- cia, se ven mujeres disfrazadas con trajes negros y mantilla española, ndo una seriedad y compostura que sorprenden, y que jamás se quitan a. Estas disfrazadas son las señoras extranjeras y muchas del país, ieren ver esta fiesta sorprendente sin mezclarse en ella, sin ser cono- que buscan el lugar más serio y menos concurrido del edificio.

teatro no tiene esa noche ni asientos, ni decoraciones, ni división : todo es un salón de baile; y el que quiera admirar el mérito deslumbrador edificio, debe aprovechar una noche de baile, que es se ve en toda su amplitud y su gallarda construcción. En esa sala bailan en diversas cuadrillas dos mil mujeres con una gracia y d incomparables, con dos mil caballeros disfrazados; y no hay una cación de la figura ni un importuno que atraviese por el medio.

tas dos mil damas tan apuestas, son las muchachas locas de la ciudad; dos mil caballeros, llenos de comedimiento y de atención, son los ntes, los jóvenes artesanos y los calaveras. Sólo en Francia pudiera sto.

l Baile de la Ópera es una de las palpitaciones de la fiebre de amor acer del mundo parisiense. Es un totilimundi en donde se ven todas es, todas las edades, todas las condiciones rindiendo culto al placer, y rdado todo el mundo con una careta; y las tradiciones cuentan que s veces han bailado juntos los esposos sin conocerse; y refieren mil tas picantes y chistosas que le dan un grande encanto á esta diver- ra los parisienses.

ada indigno ni contra el decoro vi; y así como no es mi intención la apología de esas costumbres ni dar al placer una forma que

que más pronto se coge un embustero que un cojo; que el pez por la boca muere; y si, como dice el dicho, el que hace un cesto hace ciento, nada quiero de ti, y voy á buscar mi pareja para una polka, que es más sabrosa que nuestro fandango. Hasta la vista; y aquí vendré por una calilla de jerez, que aquí lo hay, y del bueno.

¿Por qué tanta virtud? ¿Por qué estas ninfas no aceptaban mi oferta? Porque estas mujeres estaban en ayunas, y el champaña que yo les ofrecía les embriagaba sin haber tomado nada sólido. Y todas esas diosas tan lindas como Venus, todas esas reinas tan majestuosas como María Teresa de Austria, y todas esas ninfas, vaporosas y aéreas, estaban lo mismo; y esos vestidos de brocado, esos bordados, encajes y gasas eran alquilados, tenían que entregarlos á la salida del teatro; y con eso se acababa para ellas la comedia, en la que habían pensado todo el año.

El grupo de suramericanos que había entrado estaba todo disperso; de él solo quedábamos los de *un certain âge*, viendo, observando, moralizando y filosofando sobre las costumbres de los pueblos, y admirando el de París, qne parecía decir, «reid, cantad, gozad, y sobre todo bailad;» y la prueba está en que cada *baile de la Ópera* da á la municipalidad doce mil francos de derechos y á los hospicios cuatro mil. Así, la caridad se hace en Francia bailando.

Empieza la polka, y todo el salón se convierte en un lago brillante, cuyas infinitas ondas se mueven á compás y llevan un mismo movimiento: tal es la regularidad con que se baila y el entusiasmo que á todos anima. Las parisienses aman los bailes por el baile; se embriagan con sus propios movimientos, inventan los pasos más audaces (y obligan al mundo á seguirlos); llevan la cabeza con elegancia y coronada de felicidad, siempre conservan las actitudes académicas, pudieran servir de modelo al estatuario; y mueren bailando, orgullosas como las vestales, de no haber dejado apagar el fuego sagrado en París.

En la infinidad de mesitas, gabinetes y recintos dispuestos para las cenas, hay muchos grupos cenando y bebiendo champaña; pero es fácil observar que las parisienses no beben sino que juegan con el champaña, y que gustan más del ruido que hace el corcho de la botella al destaparse, y de la espuma rebosante en las copas, que del licor mismo que las embriaga. La sobriedad es un rasgo característico de este pueblo.

Más tarde, ya al amanecer, se baila valse de straus, y entonces es delirio, frenesí, locura lo que anima á las que bailan; ya han arrojado las caretas, giran en vueltas vertiginosas, no ponen los pies en el suelo, atraviesan del uno al otro lado el salón inclinadas sobre el hombro de la

pareja; y no dejan de bailar hasta que cesa la música y caen agitadas, anhelantes, moribundas, sobre los cojines de terciopelo, cuando ya el sol ha invadido el recinto.

He dicho que cada baile da de contribución diez y seis mil francos; ahora diré que, según un cálculo ya hecho, da ocupación por unos días á cinco mil seiscientos obreros, y esto me hace entrar en otro género de consideraciones.

Cada sér en la creación tiene su utilidad y cada pueblo su destino. El elefante lleva las torres enormes en que viajan los Nababs ó pelean los Jefes indios; y las palomas de Venecia sólo llevaban los correos de la *serenísima República* ó mantenían la correspondencia de los amantes. No echéis sobre un pueblo más carga que la que puede soportar; y basta el que la lleve bien, y que alegre y contento saque su tarea.

CAPITULO XXVI.

La industria de París—Fábrica de tapices de los Gobelinos—Porcelana de Sevres—La industria del lujo—Joyas preciosas—La ebanistería—La moda.

LA INDUSTRIA DE PARÍS, comparada con la de Londres, es un entretenimiento; sus fábricas son una miniatura, y sus productos un juguete; bastará, para probarlo, decir que en un taller tan vasto sólo se emplea el vapor con la fuerza de once mil caballos, representada por mil ochocientas máquinas de toda clase; que no hay un solo establecimiento que emplee mil obreros; y que en el solo puerto de Londres hay siempre más buques que en todos los puertos de Francia. Si yo pudiera hacer palpable mi pensamiento, el lector comprendería la causa de la diferencia, y no la atribuiría á mayor actividad en los ingleses ni á mayor pereza en los franceses, sino á la notable diferencia entre las dos industrias.

La industria de Londres se consagra á producir mucho, muy ordinario y muy barato; y todo para enviar al mundo y llenar las plazas de Singapore, Afganistan, Botany-bay, Guatemala, Bogotá y, en fin, todas las del mundo, con artículos de primera necesidad que consume el pueblo.

No es la exportación el motor todopoderoso de la industria en París, que hace prodigios; es el mismo París, que es un horno encendido en que vienen á fundirse las ideas, las opiniones, las fantasías, las ilusiones y las riquezas del mundo entero; y para satisfacer las necesidades de los afortunados del mundo se ha levantado un pueblo de artistas que mantiene los museos, pinta cuadros, edifica los palacios y los adorna, escribe é imprime

libros, funde ó talla estatuas, levanta teatros, los decor forma los actores; hace óperas y forma músicos, y que es, de sabios, de literatos, de pintores, de artistas, de arquit dores, de perfumistas, de estatuarios, de peluqueros y de contribuír á elevar el espíritu ó á conmover el corazón, ó á embellecer la existencia y colmar el deleite de los s el consumo interior el que da vida á la industria parisie

Por otra parte, no se pueden esculpir estatuas al va necesita el pensamiento concentrado del artista que las c del obrero que las talla. No se pueden hacer óperas ó co el martillo ; no se pueden hacer trajes elegantes y al cuer dama en máquinas cortantes, sino que se necesita la co hábil y llena de gusto que sabe seguir las variacione hacer joyas de diamantes en la fragua común. Esta es l la grande industria se ha sustituído en París la *peque* depende del talento, habilidad y genio del obrero ; p París produce menos, aunque trabaja mucho ; y porque que sin París, las bellas artes, las artes de agrado y la c irían muy atrasadas.

Hay una vida intelectual superior en necesidades que eleva el espíritu, ennoblece el alma, mejora el coraz puros y sublimes la existencia; y París, la Francia enter en el mundo estas necesidades del alma, con su literat cuadros, sus modas y su lujo.

No es éste el lugar de juzgar la literatura frances París mantiene numerosísimos sabios, escritores, lit novelas y de dramas, impresores y libreros, que mand producto de su ingenio.

No menos grande es el mundo de los artistas, pint escultores, que residen también en París, y que enví producto de su trabajo artístico.

Mantiene París la Ópera, la Escuela del Conservato sitores, cuyas obras van después á llenar de armonías t la tierra. En fin, París llena la misión que en otros siglo ñando Corinto, Atenas, Roma, Florencia y Venecia, de y difundir el gusto por el mundo; y la llena más amplia otra nación en la antigüedad.

Visitaremos después con los lectores los museos, ir veremos los periódicos ; ahora hablaré únicamente

l y valiosa de París, que sólo podría estar á cargo de un pueblo tan tan profundamente artístico.

La extremidad de la calle Moriffetard una gran puerta entre dos as, y sobre la cual está aún el escudo del imperio, muestra la entrada BRICA DE TAPICES DE LOS GOBELINOS, en donde una multitud de es y de mujeres del pueblo, convertidos en verdaderos artistas, n esos mosaicos de lana que imitan las mejores pinturas; mosaicos égo se regalan los soberanos entre sí, yendo á adornar los muros de lacios, y cada uno de los cuales vale una gran fortuna.

llí, por cuenta del Gobierno, más de quinientos obreros pacientemente an en filas, teniendo cada uno conciencia de lo que hace. El obrero las primeras líneas de la obra que va á producir, después combina lmente los colores que van á entrar, luégo desvanece estos colores, les sombra, traza las caras de los personajes, da vida á los objetos y anima onomías, presentando, al fin, satisfecho, su obra.

n la fábrica de PORCELANA DE SEVRES mantiene el Gobierno un ro igual de artistas que realizan maravillas en la industria cerámica, aventajan á todo lo que se había producido en este género en el o.

n artista toma un poco de arcilla y modela una Venus; una niña, s dedos pequeños y rosados, mezcla la greda, la deja en unas partes la, en otras gruesa, coloca una capa sobre otra, la alisa y pone lo hecho la luz, y se ve *la Magdalena del Correggio* con toda su belleza y todo or. En las manos de un rústico anciano la arcilla se convierte en so etrusco, y en las de una mujer en un jarrón chino ó en un vaso eyano.

espués otros artistas pintan en el fondo de los platos ó en el frente floreros retratos admirables de mujeres célebres ó de personajes icos; gajos de frutas que provocan, ó ramos de flores naturales; la porcelana con el secreto que conquistó Bernardo de Palissy, ó le esmalte árabe ó el verde de la China; todo con tal primor, que si la se salva, viene á ser una maravilla.

ero aquí está la gran dificultad: todas estas obras tienen que ir al y cocinarse al fuego; y allí el jarrón que tanto trabajo costó puede se, el retrato borrarse, las flores desteñirse; y para salvar esas obras, los ros se han convertido en verdaderos hombres científicos que miden nsidad y la duración del calor que cada objeto necesita, y que después neterlas al fuego devuelven los objetos tan bellos como salieron de la de los artistas, pero ya pudiendo resistir la accion del tiempo.

A imitación de estas dos grandes fábricas, los particulares han establecido por todas partes otras de porcelanas ricas y de tapicería exquisita para enviar á todos los mercados de la tierra.

La Industria del lujo tiene sus cuarteles en París, haciendo de sus artículos verdaderos objetos de arte, conservando la tradición del gusto en los diversos siglos, y dando todos los días pruebas de cuánto puede el ingenio humano consagrado á cambiar lo que la tierra produce espontáneamente en objetos que cautivan la mirada y fascinan los sentidos.

Las estatuas de bronce de todos tamaños, imitación perfecta de las griegas, ó creación del genio francés, que son tan apreciadas; los relojes de sobremesa, admirablemente cincelados, ó los de bolsillo, exactos y sencillos; los bronces de costosísimo primor que adornan los salones del mundo, son de París, y constituyen una gran parte del comercio de exportación.

Las joyas preciosas, las perlas, los diamantes, desde la más remota antigüedad, han sido el objeto de la codicia de los hombres, de la ambición de las mujeres y el adorno de los reyes. Una romana vendió su patria, con la condición de que todos los que entrasen á la ciudad le fuesen echando las joyas que llevaban en el brazo derecho: ella creía recoger los brazaletes y anillos de los caballeros, y le echaron encima los escudos y la ahogaron. Cleopatra debió á sus joyas el influjo que ejerció, y la mejor de ellas la rompió para ofrecérsela á Marco Antonio en un manjar.

Los emperadores llevaban coronas de diamantes, y los reyes afeminados, como Sardanapalo y Eliogábalo, estaban cubiertos de joyas, tenían abiertas las orejas y usaban zarcillos; y todos eran coronados con coronas de oro (excepto el Rey de Cerdeña, que prefirió la de fierro, y por eso es hoy Rey de Italia); y hasta Napoleón, el más grande cómico que el mundo ha contemplado, sabiendo cuánto el aparato impone á la humanidad, mandó hacer una suntuosa corona, é hizo que el Papa fuera á coronarlo; y cuando éste iba á ponerla sobre su cabeza, la tomó con su propia mano, la colocó en sus sienes y gritó á la multitud: «Dios me la da, desgraciado el que la toque.»

Los hombres, aun los reyes, han renunciado ya á las joyas, pero las mujeres todas hacen lo que María Antoñeta, que por el *collar de diamantes* comprometió el nombre de su esposo, su propia reputación y el porvenir del reino. La *toilette* de la mujer hoy en todos los países exige piedras preciosas; todas las piedras han conservado su prestigio, pero en particular los diamantes y el oro artísticamente trabajado llaman la atención; y tener ricas joyas es la ambición y el sueño de todas las mujeres del mundo.

En nuestro siglo, como las damas venecianas de los siglos prósperos

—enisima República, todas las mujeres quieren que corran por su
— sus espaldas torrentes de luz, esparcida por los aderezos de
—es; que sus ojos azules vayan en armonía con el color de las
—s; que el transparente verde de las esmeraldas haga resaltar la
— de su pecho, ó que el ópalo misterioso lleve y guarde el secreto de
—res; y además es preciso que todas estas piedras vayan enlazadas,
—das y dispuestas para que produzcan efecto, para que brillen y
—e deslumbren.

París están para esto los mejores artistas joyeros; allí hay casas
—en joyas por millones; y en el *Palacio Real* se exhiben todos los
—evas tentaciones que van á recorrer el mundo entero, ganando los
—es de las bellezas é incitando á todas á comprarlas.

—n las joyas están representadas las diversas épocas y los gustos de
—s siglos; y así sucede también en la EBANISTERÍA y en los *muebles*,
—nos distinguidas industrias de París, y que conservan las tradiciones
—s XV, las bibliotecas de la Pompadour, las mesitas á la du Barry, las
de la *renaissance*, &c.; y tales muebles, de salón, de comedor, de
—, de recámara, son todos diferentes; deben ir con sus alfombras que
—icen y sus cuadros en consonancia, constituyendo todo un arte
—l que sólo los parisienses poseen.

—os muebles tan primorosamente tallados, que las guirnaldas de rosas
—abezas de los cupidos parecen tan fácilmente hechas como si la
— se hubiese plegado y cedido á la presión de los dedos; esas incrus-
—s de marfil ó de bronce; esas sillas doradas que parecen una joya, ó
—fás *capitonnés* en seda, y que provocan al descanso, son un ramo
—ante de la industria parisiense y ocupan infinidad de obreros artistas
—o ellos saben hacerlo.

— MODA impone á todas las mujeres de la tierra su voluntad y su
—o; se hace rendir culto y adoración por todos los corazones feme-
— ha realizado el pensamiento de los espíritus más ambiciosos de una
—quía universal; extiende sus dominios día por día sobre los bosques
—érica ó sobre las cataratas del Nilo; á veces sujeta también la voluntad
—a de los hombres; y como en otro tiempo al decir «El Rey,» todas las
— se abrían, todas las espadas se bajaban y todas las cabezas se
—rían, hoy hay una palabra poderosa y ante la cual todos se inclinan:
—*da*.

—a Moda puede más que la naturaleza: la cambia, la varía, la adultera,
—rma, y cuanto ella hace es bello; y de este modo tiene en sus
—lo que vale más que la vida de la mujer: su belleza. Aguarda

sus decretos para atreverse á ser hermosa la Venus que ha salido de las espumas del mar llena de juventud y de encantos; y el orgullo instintivo, la independencia personal, las gracias de la naturaleza, la sonrisa inocente, el recato del pudor, la libertad de los movimientos, todo es pasivo y obediente, todo se oculta si lo quiere *La Moda*.

Este hecho no puede ser negado; y en vano disertarán los filósofos, predicarán los moralistas, dictarán leyes los soberanos, se escandalizarán los puritanos, renegarán los esposos, se resentirán las costumbres y se arruinarán las familias: *La Moda* imperará, dará vuelta al mundo y desafiará á todos sus enemigos impotentes.

La Moda nace en París, y nadie conoce su origen: reina en París, y nadie sabe quién la impone; sale de París, y nadie sabe quién la envía; muere en París, y nadie sabe quién le dió la muerte. Interrogad sobre su origen á todo el mundo, y todos os darán una contestación distinta, ninguno acertada ni siquiera verosímil. Fútil parecerá la cuestión, y sin embargo es un fenómeno sicológico muy raro de la humanidad, y que interesa vivamente á la riqueza pública.

No es la *parisiense* la que inventa la moda: ella la adopta, la populariza y la hace amable; pero con frecuencia es víctima también de ella y la obliga á abandonar sus ricos trajes de la víspera, sus joyas y su coche, de miedo de parecer ridícula. No son las modistas las que la inventan, que, bien al contrario, tienen que estar alerta, y muchas veces adivinar la última moda, haciéndole grandes sacrificios para no quedarse atrás. No son los fabricantes que viven de la moda, pues frecuentemente también se arruinan por un rápido cambio, que les deja los almacenes repletos.

Nada hay más lindo que un sombrero de señora á la moda, y ¡qué bien le queda á la cara de una muchacha hoy! Pero ¿qué cosa más ridícula que ese sombrero mañana, cuando está *pasado de moda?* Las plumas son tan elegantes, y por eso hoy se usan plumas en los sombreros, para los bailes, y de plumas se hacen todos los adornos. Pasa la moda de las plumas, todos los almacenes que estaban repletos de ese artículo quiebran; los comerciantes que buscaban en Africa las de avestruz, en América las de tominejo, se arruinan; y los que se ocupaban en matar pájaros y arrancar plumas, se quedan sin ocupación, ¿por qué?

La necesidad de cambiar la moda es incontestable, y nadie se explica tampoco por qué unas veces la belleza de la mujer está en aparecer aérea como una sílfide, y otras redonda como un globo; y por qué ciñe indecorosamente las formas ó usa miriñaque. «Cuando la mujer es joven, dice Emelina Raymond, espera embellecerse más variando sus adornos; pero cuando ya

persigue un sueño que se le escapa, sin que por esto se desaliente
ación; y así como los enfermos incurables esperan siempre mejo-
el cambio de médico, de medicamentos ó de clima, lo mismo las
que no son ya jóvenes, adoptan con frenesí todos los cambios para
ese espectro odioso que se presenta á sus ojos y que se llama vejez;
vanta detrás de ellas y proyecta sobre su espejo una sombra lívida,
ren alejar.

cambio perpetuo es la esperanza renaciente de todas. Quizás la
oda va á modificar el aspecto de este rostro fatigado; quizás el
einado oculte algunas canas. Sí, pero él descubre también las
marchitas ó deja sin protección el óvalo de la cara, del cual
años han adulterado la pureza de las líneas. ¡ Qué importa ! Esto
mañana, pero hoy con este cambio tienen la esperanza de
se de un modo más favorable: esta esperanza, siempre engañada,
npre renaciendo, nos explica por qué las mujeres que no son ya
hacen siempre tentativas que, por sus resultados, dejan muy atrás
jos de Sísifo, de mitológica memoria, y por qué componen ellas el
más dócil de los regidos por la vara mágica de *La Moda*.»

se las avengan las mujeres con esa explicación que da una de sus
ras; á mi propósito basta decir que *La Moda* reina en el mundo
que la moda varía, que sus necesidades son más exigentes que las
a real, y que la principal industria de París está en proveer al
ntero de artículos *á la moda*.

o lo que una mujer necesita para su vestido ó su adorno, desde el
el cabello,—calzado, medias, ropa interior, trajes, joyas, manteletas,
eines, pomadas, sombreros, sombrillas y coches,—todo se lo ofrece
ueno, elegante, primoroso y perfecto; y para esto hay miles de
lenas de hombres que saben su oficio con perfección y de mujeres
ajan con primor; hay enormes almacenes de artículos riquísimos,
famosos, costureras de reputación é infelices también, que á las
la noche y á la luz de una lámpara cosen á mano un traje, ó
n un encaje que ha de llevar con indiferencia una dama de Bogotá.

npre es cierto que la industria parisiense produce dos millares de
de francos anuales; que de esta suma, mucha se consume en París
or los extranjeros, otra se envía á los departamentos de Francia, y
l exterior, por cantidad de cuatrocientos millones, por lo menos,
os así, en bronces, muebles, papelería, vestidos, carruajes, joyas,
entos de música y otros objetos de fantasía pura:

A La Unión Americana	80.000,000
Á Inglaterra	35.000,000
A Rusia	25.000,000
Á España	20.000,000
A Suiza	15.000,000
Á Alemania	10.000,000
Á Italia y otras naciones de Europa	15.000,000
Á la América del Sur	100.000,000
Á la Oceanía, el Africa y la India	100.000,000
Francos	400.000,000

Los dos millares de millones de francos que produce la ind
parisiense por todo, se distribuyen así:

Impuestos de todas clases	220.000,000	ó sea el	10/100
Materias primas	660.000,000		30/100
Arrendamientos	110.000,000		5/100
Intereses del capital invertido	132.000,000		6/100
Gastos, deterioros &c	154.000,000		7/100
Sueldos de empleados &c	66.000,000		3/100
Intereses del capital de obreros	418.000,000		19/100
Utilidad líquida	440.000,000		20/100
	2,200.000,000		100/100

CAPITULO XXVII.

Versalles—Parque del palacio—El Instituto y la Academia.

EL domingo siguiente á mi llegada á París llevóme el amable señor Guzmán á conocer á VERSALLES; y el paseo desde por la mañana fué alegre y variado, empezando por llegar á la *Estación del Norte*, que es la más grande y hermosa en París, yendo después en un tren de placer que no iba rápidamente, como los otros, y que permitía ver los alrededores de París, que me parecían más bellos que la ciudad misma, pues son jardines, quintas y arboledas formando un bello panorama; después se atraviesa por entre huertas de verdura y árboles frutales; luégo por un territorio todo cultivado, en cuadros pequeños, unos rojos con las sementeras de remolachas, otros amarillos con la flor del nabo, verdes éstos con las plantaciones de lechugas y repollos, y morados los campos de amapola; poblados los caminos; á cada instante una alquería; muchas aldeas y pueblecitos llenos de animación; varias fábricas de loza, de jabón y de cristal; *Saint Cloud*, que está á la vista; y así se llega á la ponderada ciudad y al gran Palacio.

Versalles, en otro tiempo apartado de París por muchas leguas, con ermosos campos y aguas en abundancia, fué un sitio de campo precioso y gar de fiestas y regocijos de los parisienses; convertida en *sitio real*, asladada allí la corte, y vecina del magnífico palacio habitado por los yes, fué una ciudad espléndida, y llena de vida y movimiento. Ahora parecíó triste y melancólica; y es el lugar adonde se retiran los literatos ando ya quieren dejar la mente en reposo, los generales cansados de

luchar, algunas damas que se fatigan de las diversiones de París, siendo aún jóvenes y ricas, y muchos artistas que en sus campos encuentran inspiración para sus cuadros ó notas sublimes para sus armonías.

Se asegura que en los salones de Versalles se conserva la tradición elegante de otros tiempos; que la sociedad es muy animada y cordial, y que hay *un mundo* con exigencias, costumbres y placeres como el de París. El extranjero nada de esto conoce.

Contra dos dificultades tiene que prevenirse el que da cuenta de sus viajes, al volver á su país: la *pedantería* casi inevitable al hablar de monumentos y edificios, para describir los cuales tiene que emplear términos científicos ó frases exageradas, por la impresión que en su alma dejaron, y cuya sensación quiere transmitir al lector; y contra el error de juzgar de un país, de un pueblo ó de una sociedad, generalizando lo que ve ó adivinando lo que no ve, para dar de ello cuenta después. Así, yo digo que Versalles es triste y melancólico; y los franceses saben que es alegre, risueño y encantador.

En cuanto á las costumbres y hábitos de un país, casi siempre el viajero no se encuentra sino con lo peor de la sociedad, no conoce sino lo peor, y no puede hablar con propiedad sino de lo peor.

Mr. Hollton, viajero americano en Bogotá, dice: «Hay en todas las casas un cuarto retirado en una esquina, misterioso, al cual no se permite entrar á nadie; pero yo entré, creyendo que era un adoratorio, y encontré que era el cuarto donde se fabrica la chicha, y que está en comunicación con la tienda donde aquélla se vende.» Esto lo vió, indudablemente, Mr. Hollton, en Bogotá ¿en qué casas? En las peores de los arrabales de la ciudad.

Mesonero Romanos, en un artículo famoso, hace la misma observación acerca de los franceses que van á Madrid: tienen aventuras con las peores mujeres de la ciudad, y luégo vuelven á su país y escriben sobre las costumbres de las españolas.

Baste esta advertencia para decir que con un amigo como el señor Guzmán, que haya residido por mucho tiempo en París y le enseñe á uno á distinguir el oro fino del oro francés, y los diamantes de las piedras francesas, se hace una adquisición admirable para poder visitar con provecho aquella ciudad; y que él, como buen *cicerone*, fué quien me explicó todo en el *Palacio de Versalles*.

Para visitar este palacio del gran Rey Luis XIV, cuya estatua colosal está al frente y cuya sombra parece pasearse en los suntuosos salones, es preciso embeberse en el sentimiento monárquico de aquella época, que

ar al Rey como á un Dios, admirar el esplendor y brillo de sus
participar de la fascinación que ejercía sobre todas las almas y
orazones, por su magnificencia, su sabiduría, su belleza y sus

XIV, que dió nombre á su siglo, que llenaba el mundo con el
is conquistas, tuvo en este palacio la corte más suntuosa que se
, rodeada de los Embajadores de todas las naciones, y compuesta
de sabios, de artistas, de poetas, de compositores y de mujeres
nobles y ricas, que aumentaban su gloria y su esplendor.
e había de más grande en Luis XIV era su destino. ¿Por qué
indo Colbert, financista que se adelantó á su siglo sólo para ser
de Hacienda y corregir los desaciertos de aquel monarca despil-
Corneille, Racine, Boileau, el noble Lafontaine y todos los grandes
la Francia brillaron bajo el reinado de Luis XIV; y sin embargo
él de quien recibieron su grande inspiración; bien al contrario,
il corrompió su alma y abatió el vuelo de su inspirada musa.
gran Bossuet, sublime revelación de los acentos de la eternidad
iden *en la nada las grandezas humanas*, vino en esa época sólo
á Dios el pensamiento del Rey, para inmortalizar los dolores
sus magníficas oraciones *A la muerte de Condé*, y *En la muerte
a de Inglaterra;* y para dar á la corte de Francia el inmenso
e su palabra poderosa. Massillón el severo, cuya colección de
llamada *La pequeña cuaresma*, es un ay de dolor del arrepentido,
gudo á la penitencia y cuya lectura causa aún la emoción que
r á los penitentes de otro tiempo, con los piés descalzos, el saco
s y la cabeza llena de ceniza; Massillón, que parecía uno de esos
ue anunciaban á Jerusalén la ruina y la desolación, ¿por qué
corte de orgullo y de esplendor? En esa corte fué donde pronunció
ermón *Sobre la limosna*, y de él son estas palabras: « Decidme:
as ciudades y los campos son víctimas de mil calamidades;
ue hombres creados á la imagen de Dios y rescatados con su
ncan la yerba como animales para comérsela, y en su extrema
an á buscar al través de los campos un alimento que la tierra
do para el hombre y que viene á ser para ellos un veneno,
valor para ser vos solo feliz? »
lad de siete años ya se representaba á Luis XIV coronado de
r las victorias que sus ejércitos obtenían; y luégo Condé y
encargan de triunfar en todas partes para la gloria del gran
chesne de llevar por todos los mares su bandera victoriosa.

en ese *Palacio de Versalles*; que allí se representaban las grande
de Corneille, se coronaba á Turena, se lloraba á Condé, se adn
Montespán; y que en medio de tanta gloria y magnificencia,
una eterna fiesta, en la cual la nobleza se arruinó, la nación se
Luis XIV, radiante como el sol en medio de la espléndida corte de
podía decir, y dijo al mundo: « El Estado soy yo.»

En el GRAN PARQUE del palacio, los recuerdos hablan en ca
los árboles que se encuentran ó en cada una de las innumerabl
que se ven; estatuas de dioses, de diosas, de ninfas griegas, d
blanco, que inspiran amor y convidan á la voluptuosidad, y á c
camareras de la Reina, antes de que ella se levante, se reúnen p
mitirse los secretos de la corte y contarse los escándalos que pa
los señores y las damas que, como en una gran población de duqu
y marqueses del reino, allí ha llevado el Rey para que gocen.

En la espaciosa y prolongada alameda que principia en el t
castillo y que va por una extensión de veinte cuadras hasta la reja
que limita el dominio; alameda que la forman árboles en forma de
de obeliscos ó de candelabros, grandes jarrones de mármol blanco
que se mezclan y alternan con los árboles: el Rey se pasea con el
Perrault, quien le muestra la grandiosa concepción de ese jardín, ya
y le hace admirar el encanto de la *Sala de baile*, formada de
verdura y una *bóveda* de enredadera; el *bosque de la Reina*, hecho
de un verde alegre y claro; *las tristezas del Olimpo*, de árboles
sombríos; y últimamente, el *bosque de naranjos*, cargados los
frutos, que inspiraron á Fenelón su preciosa palabra *manzanas d*

Esta obra admirable, vista desde la escalera del palacio, es u
de calles rectas que se cruzan; de alamedas, unas anchas y otras
que se encuentran; de prados que, como medallones, se distribuy
y otro lado; de triángulos de flores que alternan; de árboles que

Al pasar por delante de una jardinera se quita el sombrero y la saluda. Luis XIV era un Rey galán, y no solamente su belleza, sino también sus modales y la manera insinuante y apasionada con que les habla á las mujeres, lo hacen amable. Él no es corrompido como lo será su nieto Luis XV; pero tiene un corazón entusiasta, una imaginación notable, y el instinto de lo bello lo domina; por eso todas las mujeres bellas lo embelesan.

El Rey se casa con la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, en virtud del Tratado de los Pirineos de 1659. ¡Pobre Reina! ¡Pobre mujer! única persona que llorará en el alegre palacio de Versalles.

En el *Bosque de Apolo*, retrete misterioso y encantador, hecho de verdura, adonde no llega ni el murmurio de la brisa ni el susurro del viento, el Rey tiene entrevistas con la marquesa de Montespán, suprema belleza, llena de ardor y de pasión, de poesía y de juventud; y allí pasa él las horas mientras la Reina llora.

Ese poema de ternura, de amor y de lágrimas, de una alma inocente, sencilla y candorosa que vamos á presenciar, pasa en ese *carmen* formado de pinos de los Alpes y de encinas seculares; es allí donde por primera vez la señorita de Lavalière conoce al Rey, y lo ama á su pesar. Y combatiendo en su alma ese amor funesto, y luchando sin esperanza, porque todo la empuja y la lleva al abismo, el bosque llamado *Rocailles* presencia su desgracia.

¡Ay, infeliz! En combate á muerte con una esposa legítima y con una rival altiva, inteligente y poderosa, sucumbiste, y fuiste á un claustro á llorar tu amor y tu deshonra!

Hay en el extremo del parque un edificio que los griegos no lo tuvieron igual, y que es el ideal de un poeta ático, realizado en Versalles. Muchas columnas de mármol, unidas por una cornisa muy ancha, forman un círculo perfecto de grande extensión, en descubierto, y en el espacio que media entre columna y columna hay una fuente, también de mármol, que levanta muy alto las aguas. Estando en el centro del círculo se ve el palacio, aéreo, formado de columnas de mármol y de agua, y la cornisa en el aire; y todo se mueve y parece que se levanta y que es un sueño. Allí el Rey, mientras que Madame Fontaines se embelesa, le estrecha la mano y le habla de sus sueños de amor y de ventura.

Entremos al palacio; y en el primer salón, al que se llega por un ancho corredor, veremos á millares de cortesanos cuchicheando, mientras *el sol se muestra*; la puerta se abre, y el gran *salón de recepciones* está al frente, inmenso, deslumbrador, magnífico, tapizado de rojo, y en el centro el trono

del Rey, al cual llegan humildes, por su orden y según su
Embajadores de otros reyes, y los Duques y Condes de su
Allí llegan en ese momento los heraldos de *Turena* anuncián
atravesado el Rin, que ha derrotado á los prusianos y que
doscientas poblaciones de Alemania.

En celebración de esos triunfos se da esa noche en el teatr
que es la más bella, sencilla y artística sala de espectáculo
Francia, *El Cid*, de Corneille; y las damas y los caballeros
asisten con los más ricos tocados y hermosos vestidos. Los
palcos, la sala, están llenos. Al entrar el Rey, todo el mund
pie y se descubre.

El orgulloso Rey revoca el *Edicto de Nantes* y desp
arruina la industria y mata la ciencia; hace la guerra á
ejércitos son derrotados; los aliados lo abandonan, y él,
naciones impuso su ley, tiene que recibirla para salvarse. E
de Maintenon lo lleva de la mano á la *Capilla Real* á qu

Aquí es preciso detenerse para admirar, no una obra
la gracia con que el arquitecto supo dar á un templo pequ
jestad de las grandes basílicas, é inspirar respeto, unción
alegre del palacio, al pisar no más sus umbrales.

¡Murió el Rey! La corte se dispersó, los salones q
pasaron los siglos sobre el palacio de Versalles, conser
aspecto y su belleza sin igual; pero ya su destino ha cam
convertido en Museo histórico, y habiendo escrito en e
Luis Felipe:

«Á TODAS LAS GLORIAS DE LA FRANCIA

En un salón están todos los cuadros de las cruzad
pie de los reyes y guerreros de aquella época.

En otro salón están los retratos de todos los condest
del Reino desde su origen.

Y en el salón de recepciones *las glorias de la F*
cuadros de las grandes batallas y los retratos de todos
generales de la República y del Imperio.

¡Con cuánto placer vi allí el retrato, y en el *Ar*
nombre, de MIRANDA! ¡Me parecía que algo de su gloria r
momento!

El rigor de la justicia divina es infalible: Bossuet lo
expiación ha de perseguir al delito al través de los siglos.

llegado. Ejércitos extranjeros están formados en la plaza de Versalles ; el palacio está lleno de vida y de animación ; una gran solemnidad se prepara; cien cañones se disparan á un mismo tiempo ; los clarines, cornetas y tambores resuenan; las músicas de todos los regimientos atruenan los aires; las banderas se despliegan, las espadas se levantan, las armas se presentan.

En el salón de recepciones de Luis XIV, el Rey Guillermo de Prusia es proclamado EMPERADOR DE ALEMANIA !

EL INSTITUTO es una fundación simpática, como es antipática la Academia : el Instituto es republicano por su fundación, su objeto, sus hombres y su gloria ; la Academia es monárquica por su origen, su objeto, sus hombres y su gloria : el uno es el genio de la ciencia que abre el templo al culto á toda aspiración y á todo progreso ; la otra es la tradición que guarda y oculta el fuego del pasado, temiendo una profanación, y que sólo admite á cuarenta sacerdotes iniciados en los misterios de su culto : el Instituto es la creación más gloriosa de la Revolución, y generoso como ella ; la Academia fué fundada por Richelieu, y conserva el carácter de su fundación : el uno es la Francia actual, la otra quisiera estar todavía en los tiempos del Rey Dagoberto.

Muchos países tienen academias que son el ensimismamiento de la ciencia, y quizás superiores á la de Francia por la ilustración de las personas que la componen y por la importancia de sus trabajos. España, por ejemplo, cuya Academia es una reunión de sabios filólogos que han renunciado á toda grandeza en su patria, con tal de mantener la pureza del idioma; pero sólo la Francia tiene un INSTITUTO donde todos los esfuerzos del espíritu humano están como ligados en un solo manojo; y en donde el poeta, el filósofo, el historiador, el matemático, el físico, el astrónomo, el naturalista, el economista, el jurisconsulto, el escultor, el pintor, el guerrero y el músico pueden llamarse hermanos y obreros en la gran construcción de la ciencia universal. El Instituto fué creado por la Convención el 25 de Octubre de 1795, y dos pensamientos dominaron á los grandes hombres que lo fundaron; el uno admirablemente verdadero, á saber: que todas las producciones del entendimiento humano se enlazan y sostienen y son solidarias; y el otro, que quizás no es aceptable por nosotros los colombianos, es el de que las ciencias, las letras y las artes son una cosa del Estado y materia de gobierno, pues nosotros creemos que todo esto debe dejarse al cuidado del interés y esfuerzo individual.

El objeto del *Instituto* fué fomentar el *progreso* de la ciencia y ayudar á la gloria de la República; y todos los años debía ese Instituto dar cuenta

de sus trabajos al cuerpo legislativo como cualquier otro
nación.

El Instituto fué dividido en tres *clases:* 1.ª de cienci
políticas; 2.ª de ciencias naturales y matemáticas; y 3.ª de
bellas artes. La institución era democrática en su objeto y en su
el nombre mismo de *clases* correspondía á su origen, y fu
Carnot, Laconal y Daunou; y ellos incorporaron en el Instit
Academia.

El Primer Cónsul veía con malos ojos ese cuerpo libre é i
aunque limitado á la pura especulación científica, pero m
límites en el vasto campo del espíritu, que siempre busca la
1803 le dió al Instituto una organización nueva y suprim
ciencias morales y políticas.

La *Restauración* no pudo soportarlo; y en 1816 el Rey, c
hipócrita de toda reacción que mata asegurando dar la
ordenanza:

«La protección que los Reyes nuestros predecesores
siempre á las ciencias y á las letras nos ha hecho considerar
particular los diversos establecimientos que ellos fundaro
los que las cultivan; así, no hemos podido ver sin dolor
Academias, que habían contribuído tan poderosamente á la
las letras, y cuya fundación ha sido un título de gloria
augustos predecesores»; y el Rey acabó con el Institut
veintidos personas de las más notables, como al pintor
Gregoire y á Sieyes; y las clases respectivas las convirtió e

Acabada la revolución de Julio de 1830, los legitim
mayoría en todas las academias; pero el Rey Luis Felipe,
clara razón, volvió á crear la Escuela de ciencias morales y
filosofía; buscó á los antiguos miembros del Instituto q
borrados, los incorporó, y desde aquella época hasta 18
habiendo renacido, se engrandeció; la Academia de cienci
Arago, adquirió un renombre universal: la de *Inscripcione*
incontestables; Letronne y Burnouf inmortalizaron sus tra
Le Clerc siguió la obra empezada por los Benedictinos, q
ciencias y la historia.

La República de 1848 favoreció el sentimiento liberal
el Segundo Imperio tampoco dañó su organización; de mane
cuerpo científico más ilustrado, más libre y más benéfico de
cual es el Instituto, más bien por el espíritu del siglo, que h

su recinto, que por sus constituciones, es no solamente un elemento esencial del trabajo intelectual de Francia, sino que ha venido á ser uno de los tres poderes que se sienten en aquella nación: el Gobierno, la Opinión y el Instituto.

Además de los miembros natos de cada una de las academias, hay gran número de miembros libres y de correspondientes, que llevan á esos cuerpos la vida intelectual y el movimiento progresista del siglo y su carácter democrático. Además, en el Instituto se hacen lecturas de los trabajos de los primeros sabios de Europa.

El Instituto tiene un famoso palacio, que es el *Palacio Mazarino*, situado al otro lado del Sena, casi en frente del Louvre, y al cual se llega por el *Puente de las bellas artes :* allí hay una vasta y rica biblioteca y la antigua capilla está transformada en *Sala de sesiones públicas*. Es vasta, clara y hermosa, pero no lujosa: en un círculo-central están los asientos de los miembros; el público es admitido á las tribunas, y en el muro está un inmenso cuadro, que fué el más natural y perfecto, á mis ojos, de los que vi en Europa, que representa á *La Fama* distribuyendo y arrojando al aire coronas de laurel á los artistas y á los sabios.

La Academia francesa legalmente hace parte del Instituto hoy, pero no en realidad, pues el nombre mismo con que es conocida indica que es un cuerpo independiente, con carácter y tendencias enteramente distintos.

Fundada, como he dicho, por Richelieu en 1635, y adoptada como hija por Luis XIV, es la más antigua de las instituciones en Francia : ella sola ha sobrevivido á todas las convulsiones sociales y se ha salvado, como el arca de Noé, del gran naufragio de la Revolución ; y es hoy, como en el tiempo de su fundador, una institución esencialmente monárquica y reaccionaria, con sus *cuarenta inmortales* y un secretario perpetuo, que recoge la tradición é inmoviliza ese cuerpo en medio de las agitaciones de la democracia.

La Convención tuvo la imprudencia de incorporar la Academia al Instituto, por respeto á Camus ; pero cuando Luis XVIII acabó con el Instituto, la Academia dijo, levantándose altiva, y extendiendo su mano al siglo anterior : « Queda reanudada la cadena del tiempo.»

César Cantú, en su *Historia Universal*, refiere que cuatro siglos después de anunciada la religión de Cristo, todavía los retóricos, los gramáticos y los académicos eran paganos y oponían una resistencia tenaz á la nueva religión ; y esto no puede tener otra explicación sino la de que, consagrada la mente de esos hombres al estudio de la antigüedad; representantes de las tradiciones, y ocupados completamente en los juegos del

espíritu, lo despreciaban y no pudieron comprender en
que debía unirse con todo lo que ellos adoraban, par
pueblos.

La Academia francesa, consagrada al culto de la antig
fuese depositaria de toda la ciencia en materia de lenguaje,
considerar muy atrás en el movimiento del espíritu hum
literatura en cuanto siglo y medio; he aquí cómo obra:

En 1807 combatía á Delille como á un innovador peligr
y Delille era el autor-goût del público parisiense, que adm

Desde 1818 en ese que parecía venir de lejos, y que t
con entusiasmo, aunque nadie sabía qué decía, ya reso
recónditos dominios del alma y conmovía las fibras más deli
eco algo sublime que jamás se había oído ni en el arpa de l
canto de los pastores, y era melancólico y bello como el
tarde, y como él correspondía á las divinas tristezas del al
alcanzó á oír André Chénier antes de ir al patíbulo; que l
el corazón de Byron, producido el «Werther,» é insp
briand, á Lamartine, á Víctor Hugo y á Dumas creaci
juzgó había producido la humanidad, y que en todos los á
se admiraba y aplaudía; ese eco que no podía extinguir el
ni la agitación de la política, ¿cómo fué acogido por la A

En una reunión pública decía su Presidente: «Un nue
se manifiesta hoy. Muchos hombres educados en un reg
las antiguas doctrinas, consagradas por infinidad de o
inquietos ya y se espantan con los proyectos de la secta
que se les dé contra ella seguridades suficientes. ¿La A
permanecerá indiferente ante esta alarma? y ¿el prime
de la Francia temerá comprometerse interviniendo en
interesa á toda la literatura francesa?» Y en la recepción
Mr. Auger redoblaba sus anatemas contra «esa poética
quería acreditar, y que violaba bajo todos aspectos la *ortod*

En 1830, en el concurso para la *Gloria literaria de la*
la glorificación del siglo XVII y «de los grandes escri
quienes los *románticos* insultaban, queriéndolos destronar.

La Academia ha pasado por siete regímenes en Francia
el Imperio, la Restauración, la Monarquía constitucional,
48, el Segundo Imperio y la nueva República; y de estos
sólo con la Restauración ha simpatizado. Soportó y e
Napoleón, pero la mayoría de sus miembros la han comp

mixtas; limitándose en los diversos regímenes á elegir uno ó dos de los personajes más influyentes, como á Thiers y Guizot en la monarquía de Julio, á Emilio Ollivier en el Segundo Imperio, y al Duque d'Aumale en la éra republicana.

Las sesiones ordinarias de la Academia son privadas y secretas: en el acta se suprimen los nombres de los académicos y se pone: «Un miembro dijo,» «Un miembro replicó» &c.; y Mr. de Tocqueville, académico, decía: «Lo que pasa en una elección académica es más refinado que lo que se ve de ordinario en las elecciones políticas. Esto depende, añadía, del estado *muy avanzado* de los que en ellas toman parte; y es más bien un cónclave que un cuerpo electoral.»

La ley dice: «La Academia está especialmente encargada de la confección del Diccionario de la lengua francesa, y hará, con relación al idioma, el examen de las obras más importantes que se publiquen en literatura, en historia y en ciencias. La colección de estas observaciones críticas se publicará cuatro veces por año.»

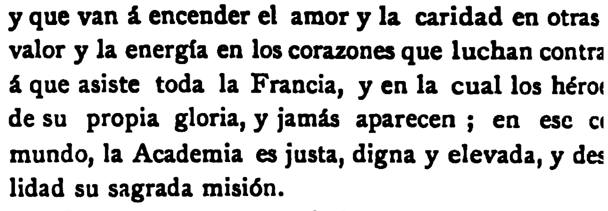
En cuanto al Diccionario, Littré ha publicado el suyo, que es el monumento más grandioso elevado á la lengua francesa; y la Academia está en la letra B del suyo, ha publicado una entrega de la A, y no ha aparecido aún el primer juicio crítico de la Academia.

La *Academia francesa* no abrió sus puertas á Alejandro Dumas, el gran vulgarizador de la historia de su país, el escritor más fecundo, el autor de mil novelas, entre ellas *El Conde de Montecristo*, de cien dramas, entre ellos *Catalina Howard*, y de otras tantas obras que llevaron el idioma francés á todas las regiones del mundo, despertando por él interés y simpatía; y las abrió á su hijo, porque en un drama, *La mujer de Claudio*, ésta muere á manos de su esposo por adúltera.

Littré, miembro del Instituto, y autor del *Diccionario de la lengua francesa*, fué rechazado por consideraciones é influencias ajenas á la ciencia. Creo que habiendo desaparecido esa influencia, la Academia ha reparado su falta.

Dejó de coronar una obra de Colmenín, el autor del inmortal libro de *Los oradores*, tan sólo por estar firmado *Timón;* y coronó siempre aquellos que nadie ha de leer por falta de interés.

La Academia es rica é influyente. Ella distribuye el premio que el noble filántropo Monthion dejó para recompensar *Al francés pobre que haya hecho en el año la acción más virtuosa.* Y en este palenque de generosidad, de heroísmo, de abnegación, de sufrimientos, en el cual salen á luz las más hermosas virtudes privadas y sociales, que sin él hubieran quedado ocultas,



y que van á encender el amor y la caridad en otras valor y la energía en los corazones que luchan contra á que asiste toda la Francia, y en la cual los héro de su propia gloria, y jamás aparecen ; en esc c mundo, la Academia es justa, digna y elevada, y des lidad su sagrada misión.

Pero cuando se trata de los premios de *Elocuen* dos por el Gobierno, no sucede lo mismo ; se procur nada de lo que entusiasma y apasiona á la Francia mia, y se premia una cansada disertación sobre la el poesía que el público no admira; así es que en las C suprimir este premio, pues la poesía hace mucho tie concurso, y no se ocupa de los objetos que la Acader

Con el premio fundado para *El libro más útil q en el año*, la Academia ha favorecido estudios serios Tusidides, sobre Tito-Livio ; pero no ha levantado Horacio Mann ; y parece haberse olvidado de las exi piden luz ! más luz ! luz para el pueblo ! luz para la

« Nosotros seremos los últimos académicos, » Broglie á Mr. de Saint-Beuve, otro *de los cuarenta* « No; hay muy buenas razones para que la Academia que viviendo se rejuvenezca, que se mantenga en r la sociedad en que vive y que á cada momento camb quiera que sean sus gustos y sus votos por la libertad la autoridad, cuando está de su parte la antigüedad, una Francia completamente democrática, como tie todos los días, la Academia francesa merece guardar s una autoridad benéfica.

« Lo indispensable es que en presencia de las otr que trabajan mucho, ella se persuada de que no es u una institución que se cree libre cuando da dos por año.»

Pero no se necesita ser profeta para asegurar que democrático la Academia francesa se hundirá.



Templo de la Magdalena en' Paris–Pag. 467.

CAPITULO XXVIII.

Plaza y templo de la Magdalena—Iglesia y Cementerio de San Medardo—La prensa.

A MI entrada á París, lo que más contribuyó á que la ciudad me pareciera de aspecto ateniense, fué el templo griego con que concluye la calle de palacios que llaman *boulevares;* y hoy nos toca visitarlo cuando el carro del sol aparece para alegrar con su luz á la naturaleza, que ríe y canta, y en la hora en que los mortales van á los templos á encender el fuego sagrado y á ofrecerles flores y sacrificios á los dioses.

¿En dónde estamos? En un espacio libre de edificios, adonde llegan grandes carros cargados de plantas aromáticas y llenos de flores; adonde afluyen muchas mujeres llevando cada una un ramillete de rosas blancas ó de flores de loto, niñas con guirnaldas y hombres agobiados bajo el peso de los ramos de laurel, ó niños que ofrecen el acanto, amado de los dioses. Los carros se descargan en el atrio del templo, que en el centro de ese recinto se levanta; allí colocan también los hombres sus fardos, las mujeres sus ramos y los niños sus coronas; y el recinto, más que un jardín, es un tapiz de flores, extendido en el atrio del templo.

El templo no tiene torres, ni campanario, ni arcos, ni cúpula, ni gran portada, como usan los cristianos en los suyos. Tampoco parece dedicado á una de las divinidades druídas del país, bajo cuya protección se había puesto la ciudad, porque sus líneas rectas y su elegancia revelan una civilización muy adelantada y un tipo aéreo que sólo en Grecia ha conquistado el arte.

El templo es pagano. ¿A qué dios está dedicado? Sin duda á Flora;

«Al rededor de la sala serán esculpidos bajos relieves, en que estarán representados los coroneles de cada uno de los regimientos, con sus nombres, y agrupados en torno de sus generales de división y de brigada. Las estatuas de los mariscales serán colocadas en el interior de la sala.»

En fin, las armas, los cañones, las banderas cogidas al enemigo, debían formar el adorno del templo; y cada año únicamente debía abrirse éste para celebrar una fiesta militar el día del aniversario de aquellas batallas.

Este templo pagano fué, pues, dedicado á la Gloria; y por una rara casualidad, á su alrededor se ha establecido el MERCADO DE FLORES de París, en donde se ven tazas florecidas ya, flores de todas clases y colores, ramilletes ya hechos, y todos los adornos de verdura, musgo y flores que se emplean en las fiestas diarias de la ciudad.

En 1813 Napoleón ya no era el mismo. «¿Qué haremos con el templo de la Gloria?» le dijo un día á su ministro. «Nuestras grandes ideas revolucionarias se han extinguido en la nación. No hay hoy, en el estado en que están las cosas, otra creencia posible que el culto católico, y es á los sacerdotes á quienes debemos confiar el cuidado de los templos, pues ellos saben mejor que nosotros hacer las ceremonias y practicar el culto. Que el templo de la Gloria sea, pues, en adelante iglesia, porque es el único medio de conservar ese monumento. Más tarde también se dirá misa en el Panteón.»

La iglesia católica recibió el templo, lo apropió al culto, lo reformó, lo embelleció y lo llenó de imágenes sagradas y medios relieves que le quitasen su carácter profano y trajesen á la mente más piadosas ideas; pero no ha podido borrar el pensamiento pagano en él impreso, ni el aspecto ático que el edificio tiene, y que lleva el alma al culto de los griegos.

Permítaseme una nimiedad para seguir mi relación de viaje, que de otra manera no tendría encadenamiento. Desde muy niño he sentido el peso de una mano armada contra mí, y la inclinación en todo el mundo á hacerme el mayor mal posible en todas ocasiones. Resultado de esta creencia son estos versos, que compuse hace ya muchos años, empezando apenas la carrera de la vida, y de los cuales no tengo que borrar nada, porque he apurado mucha hiel:

Al sol de la mañana ave canora,
De blanca pluma, de gentil volar,
Levanta al cielo su canción sonora,
Y alegre canta de su amor la aurora
Y su querido hogar.

¿ Por qué dejó para cantar su nido,
Teniendo allí sus hijos y su amor ?
¡ Pobre infeliz ! su canto interrumpido
Será, sintiendo el corazón herido
De plomo matador.

Libre animal, feliz ciervo inocente,
Después que bebe en fresco manantial,
Por la pradera, altivo, independiente,
Con gallarda actitud, alta la frente,
Ostenta su ramal.
¡ Ay ! que de pronto rápida se lanza
Hambrienta jauria huchada contra él ;
Huye veloz, y el cazador lo alcanza,
Y sin rencor, sin odio ni en venganza
Lo degüella cruel.

Tímido el gamo, apenas pisa el suelo,
Deja su cueva y brinca un paso más,
Mira al redor, escucha con recelo,
Tiembla al mirar la claridad del cielo,
Y vuelve para atrás.
¿ De qué le sirve su carrera breve
Y ante el rumor de la hojarasca huir ?
En su caverna, cazador aleve
Un lazo puso, y allí terminar debe
Su tímido vivir.

Sobre la playa de la mar quemante,
Girando alegre en remolinos mil,
Mirando al sol con ojos de diamante,
Y de color cambiando á cada instante,
Vive el lagarto vil;
Y al mirarlo tan vivo y tan ligero
Correr, cruzar, volverse, ir y venir,
El ocioso, indolente marinero,
Por pasar un momento placentero,
Condénalo á morir.

Es que al nacer ya tienen su destino
El ave mansa, el gamo y el chacal ;

Es que ya vienes con funesto *sino*,
Y cuando el hombre busca su camino
Es para hacerles mal.
¡ Ay ! infeliz del hombre á quien preside
Este *sino* antipático al nacer !
Ponzoña y hiel por cántaros le mide
El mundo para que beba, y lo despide
Siempre con gran placer.

Más dichosos aquellos que la vida
Aterrados dejaron al dintel ;
Que ellos no sufren la constante herida,
Ni que apurar tendrán esa medida
De ponzoña y de hiel.
Que es tan triste mirar cuando uno es niño
Sencillo, alegre, bueno y juguetón,
Que los otros rechazan su cariño
Y le quitan su mora ó su mortiño
Por sólo diversión.

Más tarde ya, saber que sus iguales,
Con quienes quiere dividir su pan,
Los compañeros que juzgaba leales,
Emulos suyos son ; que son rivales,
Y á atormentarlo van.
Entrar al mundo lleno de poesía,
Lleno de amor el joven corazón ;
Sin distinción buscar con alegría
En todos amistad y simpatía,
Sincera estimación ;

Y el mundo en su carrera detenerlo ;
Dar pena á los demás verlo feliz ;
El que no es su enemigo, desear serlo,
Y otros dejar en su mejilla, al verlo,
Sangrienta cicatriz.
Tímido, audaz, gigante ó pobre enano,
El que trajo al nacer *sino* fatal,
Nunca en el mundo encontrará un hermano ;
Y cuando á él le tienden una mano,
Es para hacerle mal.

Náufrago, combatido por los vientos
De una constante y recia tempestad,
Que alegre vió la playa unos momentos,
Mas que después botáronlo violentos
Allá á la inmensidad :
En su triste abandono, en su agonía,
Debe confiarse sólo en su virtud,
Dejar que brame la tormenta impía,
Y en su dolor, llamando la poesía,
Morir con su laud.

La nimiedad consiste en haber creído de niño que el nombre con que fuí bautizado, nombre raro, poco conocido en mi país, cuyo santo nadie invoca, y que no tiene ningún templo en Bogotá ni creo que día en el calendario, contribuía á esta fatalidad.

A mi llegada á París, como San Medardo es francés, quise saber algo de él, y supe que era muy venerado, que había fundado una hermosa institución llamada *La Rosière*, que consiste en coronar en público, de rosas blancas, y como un alto honor, en cada aldea, el día 8 de Junio, á la doncella más virtuosa; y que esta institución había contribuído poderosamente al mantenimiento de las buenas costumbres en el campo, y servía de estímulo á las pobres labriegas.

Tuve, pues, simpatía por mi santo ; y como en París tiene una iglesia y un cementerio, me fuí á visitarlos ; y encontré que la iglesia de San Medardo es la más chiquita y la más pobre de las iglesias de París. Está situada en la calle Moufetard, existe desde el siglo XII, y en su recinto se libró un combate terrible entre los católicos y los hugonotes en 1561 ; y en 1795 fué entregada a los *Teofilántropos* y convertida en un templo al *Trabajo*.

Esta iglesita, restablecida para el culto católico, es hoy dependiente de la parroquia de San Esteban, y no posee más objetos artísticos que una *Santa Genoveva*, de Wateau, y el *Matrimonio de la Virgen*, de Caminadé; y es una iglesia cural de tercer orden.

El *Cementerio*, convertido ya en jardín, tiene una historia curiosísima, que paso á relatar :

Francisco Paris, hijo de un consejero del parlamento, renunció su herencia en favor de sus hermanos, se hizo diácono y se retiró á una casa en el barrio de San Marcelo, llevando allí una vida de humildad y penitencia, hasta que murió el 1.° de Mayo de 1727, cuando los *jansenistas*, á consecuencia de la bula *Unigenitus*, agitaban el país y producían por todas partes

tumultos. París fué enterrado en el cementerio de San Medardo, y los jansenistas hicieron de su tumba un objeto de devoción; y entre los peregrinos, algunas muchachas que allí iban, empezaron á sentirse con convulsiones. Estas convulsiones fueron presentadas por los *jansenistas* como milagros del diácono, y todos concurrieron al cementerio; pero las convulsiones eran contagiosas, y de las unas muchachas se transmitían á las otras; y el contagio era tan rápido, que al cabo de dos años ya ochocientas personas tenían convulsiones.

Unas muchachas mostraban una agitación violenta, hacían movimientos extraordinarios y daban vueltas, por lo que eran llamadas *las bailadoras*, y otras daban espantosos gritos ó imitaban los aullidos de los perros ó el maullido de los gatos, y recibieron el nombre de *maulladoras*.

Pedro Vaillant, fraile relapso y condenado por su obispo, se asoció á los CONVULSIONISTAS, se hizo el jefe, y por eso ese partido se llamó el *Vaillantista;* y el jefe anunciaba en sus sermones que el profeta Elías se levantaría de su tumba para convertir á los judíos y á la corte de Roma; y algunos aseguraban que él mismo era el profeta.

Agustín Darnaut apareció en el cementerio, y se presentó como el profeta Henoc.

Los *vaillantistas* y *agustinistas* se unieron á los *melangistas*, á los *marguillistas*, á los *figuristas* y á los *socorristas* y formaron un gran cuerpo de *Convulsionistas*. Los *melangistas* eran los que distinguían en las convulsiones dos causas: una mala, que producía acciones pueriles é indecentes, y otra buena, que producía acciones divinas y sobrenaturales. Los *marguillistas* eran los inspirados; y los *figuristas* los que durante las convulsiones representaban las diversas escenas de la vida del Salvador.

Los *socorristas* eran los que prestaban á las convulsionistas sus servicios, rompiéndoles los dientes con piedras, macerándolas con disciplinas, hundiéndoles el pecho á golpes y cometiendo las más crueles barbaridades.

Desde la muerte del diácono París hasta 1731, las convulsiones en el cementerio de San Medardo aumentaron en número y en maravillas. Muchos pretendidos milagros y curaciones se publicaron; y las palabras dichas por las convulsionistas fueron recogidas y publicadas bajo el nombre de *Colección de predicciones interesantes hechas en 1733;* las convulsiones tomaron un carácter atroz, y los *socorristas* se convirtieron en verdaderos verdugos de esas mujeres enfermas, ilusas ó fanáticas, hasta que el gobierno tuvo que intervenir para impedir estos actos bárbaros y salvajes y evitar los escándalos, y para esto cerró el cementerio. El Arzobispo de París

que relatar.

LA PRENSA en Francia es casi libre para la publicación de li
completamente esclava para los diarios y periódicos políticos, de t
que se creería estar en Turquía ó en Rusia al ver la multitud de co
y garantías que se exigen y las fórmulas que es preciso llenar par
un periódico; las medidas despóticas y arbitrarias á que está some
penas severas en que incurren el empresario, el editor, el redacto
borador por cualquier artículo que aparezca en él y que sea, en
del gobierno, sedicioso, de la policía, contra la moral ó las buena
bres ó inconveniente, y del jurado, injurioso, calumnioso, inc
delito ó en algo agresivo contra una persona ó una institución so

El doctor Ricardo Pereira quería fundar un periódico en es
sirviera á los españoles y americanos residentes en Francia, y que
tiempo se pudiera enviar después á América, como órgano de l
liberal y republicana de Francia, y que contuviera las últimas n
Europa; y con este motivo tuve ocasión de saber cuán difícil es
periódico allí, y la poca libertad de que disfrutan.

Se bendice á Colombia, y se le ve un gran porvenir, al re
Francia nuestras instituciones liberales sobre la prensa, adoptadas
los partidos; y al ir de Inglaterra, en donde ella es la que gobiern
como soberana, se comprende por qué en Francia no hay un gobi
ni un régimen duradero; pero admira uno también cómo
conservador del mundo no ha advertido que el mejor medio de
lidad á un gobierno, bien sea monárquico, como en Inglaterra, ó re
como en la Unión Americana, sin que esté expuesto á las us
napoleónicas, á la *comuna*, ó á las revueltas, es el de dejar lib
prensa!

El Conde de Maistre, hablando de los gobiernos de Asia, dic
no hay más que absolutismo; que el pueblo le da á un homb
poder social, y que cuando abusa, el déspota ó de él se cansa, el

capricho del público, sin que ninguno tenga estabilidad, firmeza, opinión ni otros defensores que los que representan y figuran en la decoración; y que esto sucede porque no hay prensa libre que impida los abusos del poder ni las tramas de los revolucionarios.

Por fortuna la moda asiática de apuñalear á los déspotas no ha entrado todavía en Francia; pero tienen tanta fuerza las instituciones en ese país, como seguridad la vida de los tiranos en Asia.

En un siglo no se ha alcanzado á fundar una sola institución en el país; y de reacción en reacción han pasado, en el gran cosmorama, á los gritos de la multitud de ¡ Abajo los reyes !: 1.° la República de 89—¡ Abajo el *terror!* 2.° el Consulado—¡ Más esplendor ! 3.° el Imperio—¡ Abajo el usurpador ! 4.° la Restauración—¡ Abajo la reacción ! 5.° los *Cien días*—¡ Abajo el ogro de Córcega ! 6.° Carlos X—¡ Abajo los Borbones ! 7.° Luis Felipe—¡ Abajo los reyes ! 8.° República de 48—¡ Abajo los comunistas ! 9.° Napoleón III—¡ Abajo el cobarde ! 10. La República.......

Y mientras tanto la Inglaterra vive feliz bajo la autoridad de una mujer, y los Estados Unidos, con Presidentes que duran cuatro años, levantan el pueblo más grande, más ilustrado y más digno de la tierra, tan sólo porque en ambos países la prensa libre hace marchar al gobierno de acuerdo con la opinión.

Veamos lo que pasa en Francia:

Para fundar un periódico se necesita autorización ó licencia del Gobierno; y esto, como se ve, no es más que poner la prensa bajo el régimen del privilegio y del favor. Es natural que la administración guarde el privilegio para sus amigos y que no se lo dé á los contrarios. Todo régimen se cree de derecho divino y en posesión de la verdad; dejarle voz á los otros partidos, sería, en su concepto, armar á los *eternos enemigos del orden ; autorizar la vocinglería de los ambiciosos y turbulentos, y someter el país á rudas pruebas;* lo mejor es, pues, *mantener la armonía que dichosamente existe en la nacion*, y negar toda autorización.

En vano, á veces los católicos, á veces los republicanos y otras los napoleonistas, se quejan de este régimen y piden libertad; el Gobierno les hace ver que están *infatuados con las quimeras que han aprendido de Stuart Mill, y que ellos mismos serían las víctimas, más tarde, de un régimen más libre, si él no velara paternalmente por la salvación de la sociedad.*

El periódico sale si da bastantes garantías al Gobierno ; pero esto no basta: se necesita depositar, además, una fuerte suma en dinero como garantía del porvenir; y así, no pueden fundarse periódicos de opinión, sino por hombres ricos, y no para sostener una causa, sino como una especulación.

Supongamos que todo se ha allanado, que el periódico existe ya. El Gobierno tiene el derecho de *advertirlo* ó *prevenirlo* cuando se incline ó se desvíe algo, y de *suspenderlo* ó *suprimirlo* en el momento que quiera, arruinando así al empresario y haciendo callar al redactor.

A cada instante los periódicos reciben esas advertencias, que los hacen temblar, como temblaba Damocles debajo de la espada: *La Presse* estuvo suspendida por mucho tiempo; *L'Univers*, redactado por Luis Veillot, y órgano de los intereses católicos del mundo, fué suprimido; y lo mismo le pasó á *La Lanterne*, redactada por Rochefort.

Después de esto, si no hay una censura previa, hay, sí, un Código que castiga los *Delitos de la prensa*; y ¿ qué no es delito en un escritor que contraría nuestras opiniones ó ataca nuestras creencias ? Ese jurado, á quien le presentan una ley rigurosa y escrita para que la aplique como venganza; que se reúne en medio de las agitaciones políticas, de las pasiones del momento, enconado él mismo y lleno de preocupaciones ¿ no es el verdugo de la nueva sociedad ?

El periódico perfectamente inocente quiere circular, pero no puede hacerlo sin haber pagado el derecho de timbre; y no va por las estafetas sino pagando un fuerte porte de correo.

Todavía más: no puede ser ofrecido en las calles sino con previa autorización, ni vendido sino en los kioskos públicos que son del Gobierno, y por las mujeres que allí lo expenden, y que son sus dependientes.

Éstas son y han sido las leyes bajo todos los regímenes, y contra ellas claman en vano hoy los republicanos; pues estas leyes son las costumbres asiáticas de Francia.

Se creerá que la prensa extranjera suple la falta de la libertad en la francesa; pero es necesario saber, para conocer la triste condición de aquel pueblo, que todo periódico es detenido en la frontera, y que no va á su destino sino después que el censor del Gobierno ve que no tiene nada de malo, y por eso lo deja pasar.

Contra este régimen tiránico luchan algunos espíritus generosos; pero encuentran una resistencia tenaz en los partidos que suben al Gobierno apoyados en la ignorancia y las preocupaciones: estos partidos abusan; los gobiernos, como es natural, se corrompen, y como no hay libertad, sus enemigos se hacen *conspiradores* y traman y traman hasta que tumban ese régimen. Hé aquí la causa de las eternas revoluciones en Francia.

A pesar de este régimen, hay en Francia tal espíritu y tanto vigor, que se han mantenido los siguientes periódicos:

DIARIOS OFICIALES.

Le Journal Officiel.
Le Moniteur Universel.

MONARQUISTAS.

La Gazette de France.
Le Constitutionnel.
Le Globe (consagrado á la Iglesia).
La Presse.
Le Siècle.
Le Monde (católico exclusivamente).
L'Avenir National.

BONAPARTISTAS.

Le Figaro.
Le Pays.
La Liberté.
Le Soir.
Le Petit Caporal.

REPUBLICANOS.

La Patrie.
L' Union.
L' Opinion Nationale (radical).
Le Temps.
La France (oposicionista).
Le Rappel (socialista).
L' Etendard.
L'Intransigeant (comunista, redactado por Rochefort).
Le Cri du Peuple (id.)
L' Epoque (noticioso).
L' Estafette.
La Tribune.
L' Avant garde (comunista).
Le Matin.
Le Petit Parisien (anti-clerical).
Le Petit Journal (noticioso).
Le Gil Blas (literario y
Les Débats.

De estos periódicos, los que tienen mayor circulación s

Le Siècle, que tiene cuarenta y cinco mil suscriptores; y

que tiene cincuenta mil, y es el periódico favorito de todos

Los periódicos desempeñan briosamente su encargo en poder, son siempre muy bien redactados por hombres polític posición; y día por día se ocupan en todas las cuestiones pol de su país, con tanta claridad y elocuencia, que con la co periódicos de contrarias opiniones, se tiene ya la historia de Francia. En general los periódicos son pequeños, mal ir correctos.

Pero lo que hay admirable en ellos son los *folletines*, e primeros literatos como Balzac ó Federico Soulié, por far como Zola ó críticos como Saint-Beuve, ó por viajeros, q número del periódico el valor y el interés que jamás periódicos ingleses.

En estos folletines se publican obras inéditas, que se caras á los autores; pero han de ser obras de sensación, capa el interés y la espectativa de uno á otro número; mas com tiene tiempo para leer la obra, y muchas veces ni el que apa la ha escrito, sucede con frecuencia que no pueden poners el precio; y para obviar este inconveniente se inventó el el folletín: pero entonces á Federico Soulié se le ocurrió

—¿Me amas?

—No.

—¿Por qué?

—¡Traidor!

—¿Cómo?

—¡Sí!

—¡Ingrata!

—¿Yo?

—¡Muere!

—¡Ay!

....

....

Lo cual, visto por los empresarios, los obligó á ser má los literatos.

Para llenar el folletín de un periódico y llamar la lectores, fué para lo que el Cor abriac escribió aquellos nos puso de vuelta y media y l de los caníbales.

La Francia, sujeta por malos gobiernos, es la imagen de la Pitonisa sujetada por los sacerdotes sobre el fuego sagrado,y cuyos gritos de desesperación eran el oráculo de los dioses y la revelación de sus sentencias. La Francia lleva en los libros á todos los extremos de la tierra verdad, ciencia, poesía y el gusto literario; y el mundo entero se embelesa con lo que ella piensa ó con lo que ella canta.

Veintisiete lenguas de fuego, de diversas formas, salen de un volcán inmenso que se llama la prensa; unas son lava ardiendo que inflaman cuanto tocan; otras son como luz de bengala, que embellecen cuanto alcanzan á alumbrar; otras son meteoros que iluminan en un momento el sendero que la humanidad debe recorrer en un siglo; otras aclaran el camino que por entre tinieblas pasa; aquéllas penetran en el fondo de la tierra y muestran al hombre sus entrañas y los veneros de oro que se encierran; otras van al fondo del alma humana para hacerla visible; y confundidas en el espacio y mezcladas, forman el gran alfabeto cabalístico que se lee en los cielos, con tanto esplendor como el lenguaje de los astros.

Suprimid por un instante la prensa de Francia, y vendrá la oscuridad sobre el mundo, y todas las antorchas se apagarán en la tierra, las glorias de las naciones se extinguirán como si de repente se oscureciese el sol que hace brillar los mares y los lagos, que da luz al arco iris, hace alegre el amanecer y da su encanto misterioso al crepúsculo de la tarde.

Murió el latín, y se rompió con esto uno de los vínculos que en un tiempo unieron á la humanidad: la universalidad del lenguaje que transmitiera la tradición de la ciencia de una generación á otra, y comunicara las ideas de una á otra tribu, de una á otra nación, del uno al otro pueblo, de continente á continente.

¿Cuál fué la civilización de los griegos?

Francia tiene sabios que estudian á Tusidides, que adivinan á Sócrates, que traducen á Temístocles, que, como los habitantes de Atenas, se pasean bajo los plátanos de la Academia, y van á escuchar á Platón; y toda la sabiduría griega y su poesía divina las transmite la prensa al mundo en la lengua francesa, que ha venido á ser casi tan universal como el latín.

Bossuet, Segur y Anquetil son los que han enseñado á todos los países la historia del mundo. ¿Quiere rivalizarlos César Cantú? Preciso es, para que el mundo lo conozca, que abandone su patria, olvide el suave italiano y se haga ciudadano francés por la ciencia, y que su *Historia Universal* sea traducida para que el mundo la conozca.

¿Quién es Humboldt? No es necesario que vaya el americano del sur á buscar en los archivos de la sabiduría de Berlín su nombre glorioso; la

la constelación de los sabios?

¿Por quién conoce el mundo á *Fausto*, todas las admirables de Goethe y los cantos sublimes de Schiller?

¿Creéis, sabios ingleses, que podéis rehacer la cosmogonía Demostradlo. Pero en francés, para que los habitantes de la t reunirse en un gran jurado científico y salvar ó condenar vuest

Tú, Darwin, ¿deseas saber por qué á tu cadaver se abriero de Westminster? Es por tu sistema absurdo ó verdadero, francés, porque en inglés sólo se leen las Gáitaras.

¡Stuart Mill! no fué para un pueblo libre y constituído y expusiste tus doctrinas y el resultado de tus investigaciones, pueblos esclavos ó las naciones incipientes; pero es á la prens quien debéis la propagación de tu doctrina.

Francia es el gran corazón de la humanidad que atrae electricidad, todos los elementos de que se compone la vida y esparcidos en el universo, y con generoso impulso los difunde d sangre benéfica y restauradora.

Francia lo entregará todo: la libertad del pueblo á los el territorio de Alsacia y Lorena á los vencedores; París *aliados* ó á los prusianos,—llorando, maldiciendo, protestando el desquite,—pero jamás entregará lo que ha conquistado co trabajo y de estudio: el *Cetro de la literatura*.

Si España produce al inmortal *Don Quijote*, Francia hace esfuerzo y nos da á *Gil Blas;* en los días de su grandeza aq Calderón de la Barca, y Francia levanta á Corneille, á Molière y luchando así en todos los siglos con la nación más avanza época, ha dado prosadores y poetas que mantengan la lid e intelectual al cual asisten los hombres civilizados, y que cad

Comenzando desde el siglo de Luis XIV por Malherbe ¡qué sin número de prosadores y poetas hasta la época actual! Pocos nombres bastan á llenar ese siglo: en él aparecen Molière y Corneille, glorias del arte escénico; Descartes y Pascal, de los cuales el uno estaba destinado á enseñar la filosofía bajo la más bella forma, y el otro la severa moral en el mejor francés que se haya escrito; Duchesne, llamado el padre de la Historia; Moreri, el Littré de su tiempo; La Rochefoucauld, cuyas *Máximas morales* pintan á la humanidad; Lafontaine, «quien escribió cosas inmortales creyendo perder el tiempo;» Racine, el más ático de los poetas clásicos; Boileau, cuyos versos han sido tan populares en el mundo; el célebre orientalista Herbelot; Madama de Sevigné, admirable en sus Cartas; Labruyère, que pinta á los hombres de todas las naciones en sus inimitables *Caracteres;* las voces de Bossuet, de Bourdalou, de Flechier y de Fenelón cuando hablaban en la cátedra sagrada conmovían todas las almas; Bayle, que fué el primero que llevó la libertad de pensar á todas las materias que abrazó su vasta imaginación; y con estos nombres se cierra este siglo.

En el siguiente la fecundidad de Francia se aumenta; pero el giro de la literatura cambia en la mitad de él, sintiéndose ya los síntomas de la gran convulsión con que habría de terminar.

En el primer período, Massillon, solemne y triste en sus oraciones sagradas; Le Sage, el rival de Cervantes; Vauvenargues, cuyas *Reflexiones* bastan para formar el alma de un hombre virtuoso, y Duchesne, que honró la magistratura y las letras.

Crebillon, que sostuvo el peso del teatro francés por mucho tiempo; Montesquieu, que reveló una sabiduría que parecía venir de otras regiones; Rousseau, que fué el escritor más elocuente y más tierno del siglo; Helvecio, que empezó la tarea filosófica; Condillac, que interrogó los secretos del alma humana y dió al lenguaje la precisión lógica de sus reflexiones; Diderot, D'Alembert y Condorcet, que escribieron *La Enciclopedia*, monumento inmenso que encerraba toda la sabiduría humana; Buffon, que dió el encanto de la sublime poesía al estudio de la naturaleza, y Voltaire, que está en todas las bocas, que jamás será olvidado en el teatro, perdonado en filosofía ni criticado en historia; y con los nombres de otros muchos filósofos que prepararon la Revolución, cerró gloriosamente la Francia esa época literaria.

En medio de las tremendas convulsiones políticas, Francia no desmaya: Andrés Chénier, celeste inspiración de la melancolía y del amor, canta y escribe; Favart continúa con la tradición satírica de Voltaire;

patria y da á la humanidad un himno de Libertad y de Victori

Pero la literatura de esa época grandiosa en donde está r es en la prensa, que adquirió un vigor y un poder hasta entonc cidos, y en la tribuna política, empezando por los sublimes d Mirabeau y concluyendo con la elocuencia fría, cortante y Robespierre.

Bajo el Consulado, la nación, agotada ó rendida, alcanzó á Demourtier, el amable autor de las *Cartas á Emilia*, y á L Quintiliano francés.

El Imperio desoló el país con las guerras, llenó el mu gloria y mató la prensa de Francia; pero aun así, el historiad sobrepasó á todos en la extensión y sabiduría de su obra; Lebr el título del nuevo Tácito, y José María Chénier escribió tr mantenían en los franceses el amor de la libertad; Delille trad conocer en el mundo al divino Milton; Madame Stael elevó regiones que hasta entonces sólo habían habitado las divinidades y Bernardino de Saint-Pierre escribió lo que nadie ha de llorando: á *Pablo y Virginia*.

Durante la Restauración, el Conde de Maistre levantó el úl mento monárquico en el mundo escribiendo *Las veladas de San P* Chateaubriand, con su genio incomparable, su constancia en e su estilo florido, produjo obras como *Los Mártires* y *El genio* *nismo*, que devolvieron á la religión todo su prestigio, y su ceremonias del culto católico; Cuvier daba á la ciencia el co poesía y mostraba todos los encantos de la naturaleza; Arago, en la Europa entera como sabio, era, sin duda, entre los escri siglo, el mejor, pues ninguno le aventajaba en la amplitud, claridad de estilo, teniendo algo de deslumbrador que lo hacía a multitud y lo presentaba como uno de los más grandes vulgar

Casimiro Perrier, Odilon Barrot, el General Cavaignac y otros hombres políticos produjeron obras oratorias de un mérito admirable; la prensa adquirió un vuelo desconocido y, como era natural, la literatura produjo maravillas. Entonces fué la época de los historiadores Thiers y Guizot; de Alfredo de Musset, Jorge Sand, Michelet, Girardin, Beranger, Luis Blanc y Julio Favre; de los oradores sagrados Lacordaire y Lamennais, del viajero Lamartine, del dramático Alejandro Dumas, del novelista Eugenio Sué, del escritor de costumbres Balzac, del ingenioso Scribe, del crítico Saint-Beuve y del inmortal Víctor Hugo.

Olvidemos el Segundo Imperio, época de dolor para la Francia, y en la cual el brillo falso de un déspota no dejó brillar las glorias de aquella nación.

Actualmente, ¡ qué fecundidad ! Así como en nuestro país, cortado el vástago de un plátano, salen á su alrededor infinitos retoños, llenos de savia y de vigor, que crecen, se desarrollan y engruesan, y cada uno de esos vástagos da un racimo de frutos, hermoso, provocativo y suculento, así la República, pasando la cuchilla democrática, ha influído en la literatura francesa. Por dondequiera brotan los ingenios, salen los historiadores, se improvisan los escritores, adquieren fama los poetas; Luis Ulbach, Emilio Souvestre, V. Sardou, Pablo Feval, Renán, Augusto Nicolás, Littré, Luis Figuier, Dupanloup, Eugenio Pelletan, Eduardo Fournier, Berthelot, Michelet, Pouchet, Guillemin, Peyronnet, Perdonnet, Michon, Laboulaye, Vallet, Huillard-Bréholles, Federico Morin, Vacherot, Eugenio Despois, Hauréau, Beulé, Amb.-Firmin Didot, Teófilo Gautier, Pablo de Saint-Victor, Pablo Mantz, Penguilli-L'Haridon, Leon Renard, Carlos Blanc, W. Burger, Alberto Jacquemart, Fernando de Lasteyrie, Arsenio Houssaye, P. Lanfrey, Eduardo Plouvier, Alfredo Assollant, Gabriel Guillemot, Edgar Quinet, Viollet-le-Duc, Atanasio Coquerel, Alejandro Dumas, Emilio Augier, Nestor Roqueplan, H. Taine, Ambrosio Thomas, Gustavo Chouquet, Alfredo Darcel, Federico Lock, Alfonso Carr, F. Copée, Octavio Feuillet, A. Daudet, E. Zola, Victor de La Prade, Javier Marmier, y otros mil; y todos juntos levantan un canto á la gloria eterna de Francia, que el mundo oye feliz y que lo transmitirá á las posteridad como el eco final de la voz de este siglo.



Arco del Triunfo en Paris-Pag. 485.

baño y tenía las extremidades (muy buena preca
cuerpo donde otros se habían bañado); y el
servilletas, una camisa con que yo debía entrar al l
después; todo blanco, pulcro y caliente.

—¿Quiere el señor su baño con agua de C
aromático?

—Estoy por el agua de Colonia.

Vaciaron un frasco dentro del baño.

—Esto no es caro, francamente, decía yo pa
de las delicias de mi baño perfumado.

—¿El señor quiere que le frote las espald
muy agradable.

—Si usted se molesta, cómo no!

¡Qué sabrosura! Deslizaba desde la nuca
esponja con un deleite supremo.

—¿Enjabono á usted?

—Muy bien.

En el acto rompió el envoltorio de una pasti
me la disolvió en el cuerpo.—Esto es muy barato,

—¿Le lavo y limpio á usted la cabeza?

—Vaya, pues.

En el acto un cepillo monstruo bajó del tech
con rapidez por mi ayudante, me limpió la cabeza

—Juzgo, me dijo el otro ayudante, que mientra
para que le haga provecho, yo pudiera hacerle la b

—¡Magnífico pensamiento!

—¡Esto es baratísimo! me decía yo.

Salí del baño limpio y afeitado, me pusier
abrigada, y mientras que uno de los asistentes m
servilleta, el otro me enjugaba las espaldas con otra;
hasta la última de la docena en los piés.

—¡Esto es de balde!

Primer ayudante—Yo voy á cortar á usted la
¡Qué obsequioso!—¡Muy bien!

El otro.—¡Ah! El señor tiene un callo que
el invierno. Si me permite, yo lo extirpo en este m

—Convenido; pero que no me duela.

Segundo ayudante—Ah! ah! Le prometo á us

Primer idem.—Voy á peinar á usted y á

establecimiento tiene la mejor...... (no sé qué) en botellas de madera, que se cierran perfectamente, para viaje; ¿quiere usted que le ponga un poco en el pelo ?

—Por complacer á usted....

Salió y trajo un frasco, un cepillo de marfil y un paquete de cosmético.

—Se conoce que el señor es muy delicado, y me he tomado la libertad de traer para usted este *cepillito*. Es tan desagradable para los señores usar lo del público !

—¡ Muy bien ! Muy bien !

Salí de allí fresco, limpio, joven y hermoso.

—Esto es suyo, me dijo el criado dándome un frasco, un cepillo de marfil y un paquete de cosmético; y presentándome la *petite* cuenta.

Un baño..fs.	4	...
Completo......	3	...
Agua de Colonia..	2	...
Servicio de frotar &c. &c	1	...
Enjugar..	...	50
Cortar las uñas..	...	50
Extracción de callos..................................	4	...
Afeitar..	...	50
Peinar..	...	25
Un frasco de ¡ Diablos !..............................	5	...
Un cepillo de marfil..................................	2	...
Un paquete de cosmético..............................	...	10
Total..fs.	22	85

¡ Santa Mónica de mi tierra !

¡ 22 francos 85 cs. !

Y nuestro *pourboire*, señor, *s'il vous plaît*.......

En un domingo durante mi permanencia en París nos convidámos el señor Pérez, el señor Parga y yo á una excursión al *Bosque de Bolonia*, y tomámos desde muy temprano un coche, encargando al señor Parga de los gastos comunes, por ser más juicioso y más práctico en la materia que mi otro amigo.

Tienen mal gusto los parisienses en no ser madrugadores, pues la mañana en el verano es risueña, y el sol, dorando los edificios y derritiendo el rocío que la noche ha derramado sobre los árboles y las flores, le da á

sólo jardines se ven, á derecha, á izquierda y al frente, y que lo
no se sabe dónde principian ni dónde acaban, y esto por legu
no es mentira.

Atravesámos muy temprano la plaza mencionada, que term
he dicho, en dos enormes caballos de mármol, y entrá
Campos Elíseos, inmensa avenida de tres calles de árboles,
por su extensión y su amplitud, que á cada momento pre
nueva decoración, á la cual vienen otras alamedas, y que en el e
hay entre las hileras de encinas que forman el camino y los pal
cados á uno y otro lado, tiene *jardines ingleses* de sólo verdura;
flores unidas, surcos de geranios que con el olor de las violetas er
el aire, círculos de rosas, senderos caprichosos, grupos de árboles
la mirada y graciosos cenadores de enredaderas. Este es el sitio c
y de la alegría de París ; de las iluminaciones *á giorno*, de la
revistas y el tránsito para el bosque de Bolonia.

A uno y otro lado hay restaurantes, cafés, teatros pequeño
de madera donde se venden juguetes de niños, naranjas ó ag
Allí está el *Concierto Mozard*, á que asiste la aristocracia, el
Emperatriz, *Mabille* y el DIORAMA, al cual entrámos.

Este espectáculo, en el cual la ciencia ha logrado reunir
es preciso para engañar los sentidos á la luz del día, es uno de los
que se exhiben en París, y creo que es único en el mundo enter
Hay un edificio redondo, alto, al cual se sube por una e
tanto oscura, y al acabar de subirla se halla uno en presenci
durante el sitio. Se ven el dombo del Panteón, las torres de Nues
Montmartre &c., todas las calles que uno conoce, envuelto todo
humo, y la multitud que acaba uno de dejar alegre y bullicios
y furiosa, defendiendo la ciudad, llena de cadáveres; los cuerpos
repletos de soldados acechando; los obreros rehaciendo las m
Hermanas de la Caridad curando á los heridos; los cañones

Una hora habíamos pasado sin cansarnos, y el señor Pérez nos dijo:

—¡Qué demonios! Yo voy á descubrir en qué consiste la ilusión.

Se acercó á un extremo del espectáculo y tocó. Un cañón real y verdadero fué lo que encontró.

Fuése del otro lado, y se halló con un soldado vivo y armado. Entonces empezó entre nosotros y otros espectadores la chacota y el deseo de distinguir dónde acababa la realidad y dónde empezaba la mentira, y á apostar si un soldado que veíamos caminaba de veras ó era efecto de la luz; y como niños de escuela pasámos divertidos más de dos horas.

Mientras tanto el coche aguardaba en la puerta, ganándonos su alquiler, y feliz el cochero de que hubiera en el mundo hombres que hicieran tan bien su negocio. Seguímos nuestro paseo, y en el primer punto que nos detuvimos, á petición mía, lo despedímos, habiéndole pagado conforme á la tarifa y dádole su *pourboire*. Tomamos por economía otro coche, no por horas sino á la *course* (por la carrera); pero esto fué absurdo, pues en el primer punto que se me ocurrió desmontarme, la *course* estaba concluída y había que pagarle, darle el *pourboire*, y seguir á pie otra parte de nuestro paseo.

En Francia está todo reglamentado por el gobierno; todo es privilegio, todo es concesión; y el esfuerzo individual, la competencia, el estímulo no existen en el ejercicio de ninguna industria ni profesión, en lo que tenga relación con el servicio del público. Los ferrocarriles están sujetos á mil reglamentos y prevenciones para los pasajeros, que no existen en Inglaterra ó los Estados Unidos. Los ómnibus obligan al que los necesita á permanecer una hora en la oficina donde se expenden las boletas para tomar un puesto; y cuando el ómnibus pasa por allí, ya está *completo*, y tiene el pasajero que aguardar otras horas y correr la aventura de no hallar un lugar ni en la imperial; mientras que en Londres, al volver á mirar, ya se encuentran un ómnibus y un cochero solícito que lo invita á montar.

El servicio de coches en París no se hace por los particulares sino por una compañía poderosa que tiene el privilegio, mantiene los caballos y paga á los cocheros; y entre el gobierno y la compañía se han dictado reglamentos los más sabios para que el servicio sea caro, difícil y escaso. La verdad es que tratándose de cocheros, excepto en Bogotá (¿ por qué será ?), en todas las partes del mundo hay que sufrir por su rapacidad y malas maneras.

La mente humana está habituada á considerar los grandes monumentos siempre entre ruinas y levantándose á despecho del tiempo para transmitir la historia de generaciones que se extinguieron, de razas que pasaron, de héroes perdidos en la noche del tiempo, y esto quizá aumenta su majestad

El grandioso Arco del Triunfo, llamado *Arc de l'*
levanta imponente para inmortalizar la gloria del pueblo franc
contar la historia contemporánea de esa nación de héroes, y en
los hijos de los gigantes, cuyos nombres están allí inscritos, y q
rándose en esos recuerdos esperan también la hora del comba
gloria.

Este monumento es en verdad imponente; y allí la piedra ha
la majestad severa que caracterizaba los monumentos romanos, y l
relieves inspiran las pasiones del patriotismo, de la gloria y la
que animaron á los grandes republicanos.

El *Arco del triunfo* fué mandado erigir por Napoleón á la
grande ejército en 1805, y desde entonces se ha estado trabajando
pensamiento más generoso hizo que se concluyese para todas las
la Revolución.

Hé aquí las dimensiones de ese arco colosal y la descripción
puedo hacer:

Altura, ciento cincuenta y dos piés; ancho, ciento treinta
espesura del muro, sesenta y ocho piés. El gran arco ó entrad
tiene noventa piés de altura y cuarenta y cinco de ancho. Cada u
arcos pequeños que están á los lados tiene cincuenta y siete piés
por veinticinco de ancho.

Esta inmensa masa de piedra está en el centro de una plaza
rodeada de palacios de príncipes, en la cual terminan los *Campo*
y doce *avenidas* más, que se abren en forma de estrella, llevando
sus alamedas de encinas y nogales. El arco es una portada n
piedra, que termina con una cornisa volada; y es esto lo que l
Campos Elíseos. Presenta dos grandes frentes y dos más peque
lados, y da entrada á la *Avenida de la Emperatriz.*

En los muros de los dos grandes frentes hay cuatro medios

da el grito de alarma y muestra con la espada al enemigo. Es r hermosa, enfurecida, que parece gritar :

¡ Quoi ! ces cohortes étrangères
Feraient la loi dans nos foyers !

....

Aux armes, citoyens ! Formez vos bataillons !
Marchons ! marchons !
Qu' un sang impur abreuve nos sillons !

orazón de los colombianos es de estopa ; y el cuadro tiene tanta n, tanta vida, que un movimiento común y espontáneo nos agrupó nsamiento en torno de Colombia.

rupo que está del lado opuesto, representa *La Resistencia*.

soldado joven defiende á su país, invadido por el enemigo ; de un adre, herido, le abraza las rodillas; su mujer quiere detenerlo, en los brazos un niño ; pero un genio simbólico impulsa al joven á

dolor de las guerras civiles de Colombia ! ¿ Quién entre nosotros to á la mujer que llorando y con el hijo en los brazos quiere l esposo, el cual sin embargo se ve obligado á partir en defensa icciones que son á sus ojos la verdadera patria ? Extravío del mo ! Fuego sagrado caído del altar que incendia el templo ! ue embellece el campo de la muerte ! ¡ Ojalá nunca vuelva de la guerra en mi patria á despertaros en el alma de los nos!

rupo de la derecha representa *El Triunfo*. Napoleón, en pie, centro, y está coronándolo la Victoria, mientras que la Historia s hechos que la Fama publica.

pre que tres colombianos están juntos, hay tres opiniones dife- ue se defienden con ardor, con pasión y con vehemencia. El rez era admirador de Napoleón, y se sentía entusiasmado ; y yo he querido ni admirado ; y al pie del *Arco del Triunfo* se formó, l grande hombre, una discusión tan acalorada como las que nte se presencian en el atrio de la Catedral de Bogotá.

retanto el señor Parga se había pasado del otro lado y contemplaba l grupo de *La Paz*. Un guerrero guarda la espada, inútil ya, y á a una madre dichosa, rodeada de dos niños, los mira enamorada. do vuelto á su hogar, y todavía con la blusa de la campaña, se domar un toro para uncirlo á la carreta de trigo que está cerca.

Encima está Minerva, protectora del orden y maestra de las ciencias y de las artes.

—Esto es lo que á mí me conmueve y lo que quisiera para mi patria, nos dijo el señor Parga, cuando nos acercámos.

En la decoración exterior, treinta Victorias sostienen la cornisa; y en el interior ¡ trescientos veinticuatro ! nombres victoriosos de mariscales, de generales en jefe y generales de división, cada uno de los cuales realizó prodigios y es un héroe legendario, están grabados sobre la piedra.

—Hé aquí, decía yo, siguiendo como buen colombiano la discusión con el señor Pérez, que este arco es el símbolo de la historia de Napoleón apoderándose de la Francia por el entusiasmo, la que le da tres millones de héroes para la defensa común, haciendo suyas las glorias de trescientos veinticuatro generales, que valieron é hicieron tanto ó más que él desde el principio de la Revolución, alzándose con el poder y levantando para él solo un monumento que á todos pertenece.

Almorzámos en uno de los muchos restaurantes que en el tránsito hay, al aire libre, muchas cosas exquisitas y vino blanco.

—El día de gastar se gasta, nos decía el señor Pérez con su eterno buen humor, y haciendo alusión á un compatriota nuestro, que había dicho pocos días antes lo mismo, y había concluído por pedir, para obsequiarlos, entre dientes y para que no entendiesen, *Une demi bouteille du vin ordinaire* (media botella de vino común), que vale tres cuartillos.

Concluído el almuerzo, fuimos al JARDÍN DE ACLIMATACION, que se abre al principiar el Bosque de Bolonia, junto á la puerta *Sablons*. Es éste un establecimiento privado, fundado y sostenido por una compañía anónima; y cuyo objeto es mantener toda clase de animales raros para exhibirlos al público, aclimatar los de otros países que puedan ser útiles en Francia, y mantener y mejorar las razas de los animales domésticos del país. Colocado en un valle accidentado y lleno de árboles, atravesado por un riachuelo que se convierte á veces en lago, y lleno de un sinnúmero de animales mansos; de vacas hermosas que se dejan ordeñar y elefantes que reciben en la trompa los frutos que se les dan, de conejos que se cruzan, de pajaritos que se posan en el hombro, y de otros animales mansos, no diré yo que es el *Paraíso terrenal*, sino que se parece mucho al paisaje ideado por los pintores, en donde se representa á Adán dormido.

Pero más de cuatro mil niños que allí van de uno á otro lado, le dan pan al elefante, acarician los venados y se ríen de los micos, dejan ver que Adán despertó teniendo á su lado una bonita compañera, y que después por cuatro mil años á todos ha tocado una linda compañera. El jardín

de entradas ciento cincuenta mil francos, debido principalmente á ιachos.

:ue quiera gozar en este jardín y tenga hijos, que lea primero el ınto de Víctor Hugo *Le poeme du jardin des plantes*, traducido ıijo José Rivas Groot, del cual es este fragmento:

Te quiero confesar, Juana querida,
Que con inmenso amor amo las fieras;
Te divierten al par que á mí me instruyen,
Y siento, al contemplar esas cabezas
Con terribles fulgores en los ojos
É hirsuta salvajez en las melenas,
Que Dios con algún fin puso en sus frentes
El claro oscuro de las hondas selvas.

Soy el bardo curioso que, nacido
Para creer y amar, busca y sondea
(Al ver el aspid que con giro mudo
Hasta la rosa por los tallos trepa,
Sin que la rosa su contacto esquive)
La ley contraria por la cual se ordena
Que no teman las flores á la sierpe
Y que las niñas al Demonio teman.

En tanto que cual reyes oprimimos
Con nuestras plantas la anchurosa tierra,
Y con lucha tenaz nos agitamos
En el pequeño afán de la grandeza;
Allá, como en un antro misterioso,
A nuestros pies, entre la vaga y negra
Confusión del no sér, un mundo extraño
Con el grave mirar de la sorpresa
Y el mudo asombro que el humano infunde
Nos mira; en tanto que la pobre bestia
Y el ignorante mónstruo á nuestro yugo
Con majestad humilde se doblegan;
Y al sufrir la maldad de aquel imperio
Y el dolor á que el hombre lo condena,
Siente el bruto que el hombre es un demonio
Y que el hombre es un dios el bruto piensa.

Oh! Cuán extrañas leyes busco y hallo
Al hundirme en la gran Naturaleza,
Y al detenerme extático y confuso
Del sagrado misterio ante la puerta!
Y cuánto asombro llena el alma mía
Cuando, á la luz tranquila de la ciencia,
Miro que el vientre de Behemot horrible
Un ángel lleno de dulzura engendra,
Y que se agita monstruo repugnante
En el seno de Venus Citerea !

Oh transfiguración ! altura ! abismo !
Mi espíritu arrobado te contempla;
Sé que por ti la repugnante larva
Se torna mariposa en primavera,
Y que por ti también el alma pura,
Cuando el harapo de las carnes deja,
Cobra sus alas, mira lo infinito,
Y el vuelo tiende á la ignorada esfera.

En fin, ya estamos en el renombrado Bosque de Bolon
á pasar el día.

Éste es el jardín de Armida en la imaginación de t
del mundo que han oído hablar de su belleza ; pero en real
más que verlo, al oír contar que éste es el lugar en donde t
ostentan, todas las elegancias se despliegan, todas las coquete
para atraer, y todas las fantasías se mezclan para seducir, y
de la belleza, yo creo que todas lo que desean es estar allí p
recibir su tributo de admiración y los homenajes debidos á

El *Bosque de Bolonia* es un inmenso espacio, en donde
dero bosque de encinas seculares y de agrestes pinos; dos ó t
como Passy, que son nidos entre el follaje; otras, como Autev
de quintas fantásticas, veladas por cortinas de verdura y pa
didos, como dispuestos para una luna de miel ; que á lo l
campo abierto, y un circo para carreras de caballos, y que al
es un vasto jardín, en el cual se encuentran lagos espacios
un río que lo atraviesa en todas direcciones, formando
Calipso, más allá un recodo sombrío, atravesado por pue
ó rústicos de madera, ó simplemente por una vara, por la cu

en pasar los amantes, diciendo: «el primer paso es el que cuesta trabajo,» con una magnífica cascada; kioskos chinos, senderos extraviados y todo cuanto pueda embellecer el paisaje y deslumbrar la mirada.

Siguiendo una de sus largas alamedas se va á la orilla amena y verde del Sena y á una vasta pradera en donde está el circo de las carreras. Nada más risueño y más encantador que este sitio. Todo está dispuesto para encantar la vista, que descansa sobre los paisajes más risueños y variados, de colinas caprichosas, de bosques y de prados, y cerrando la decoración un viejo molino rústico, cuyas paletas eternamente mueve el viento. De otro lado hay senderos embalsamados por el olor de las encinas empapadas de rocío; el murmurio que el viento produce al agitar las hojas de los árboles, el ruido amortiguado de la cascada y el lejano de la ciudad, resuenan en la sombra, y se ve allí paseándose una que otra pareja, que recuerda

«El dulce lamentar de dos pastores.»

El aspecto del bosque iba cambiando con las horas del día: apacible, sereno, tranquilo, por la mañana, sólo se veía atravesar á los caballeros y señoras de á caballo; á medio día alegres caravanas á pie, compuestas de jóvenes y señoritas, iban llegando y estableciendo su campo de placer. Una novia con el vestido blanco, el velo y la corona de azahares, á pie, de brazo con su esposo, y una larga comitiva de gentes de la clase de artesanos, daban vuelta al lago y se preparaban para una comida debajo de los árboles. Muchos hombres vestidos de marineros, con el cuello descubierto, gorro de paño en la nuca, riéndose con estrepitosas carcajadas, admirándolo todo, saludando á todo el mundo con cortesía, y marchando de dos en dos para tenerse mutuamente; y muchos ómnibus que llegan y vacian en distintos lugares familias que vienen á pasar el día, empiezan á animar el paisaje. Por la tarde, las avenidas, los caminos desaparecen, y sólo se ve un cordón de coches, como las cuentas de azabache de un collar, cordón que se extiende y prolonga por todas partes en eterno movimiento; y el campo cubierto por la multitud, vestida de abigarrados colores, que en grupos y esparcida en el inmenso campo, baila, canta y ríe.

Junto á la cascada, y oyendo su ruído armónico y monótono, teniendo delante este animado panorama, debajo de un emparrado, y al frente de un hotel de construcción morisca, comimos nosotros; y acabámos la comida de noche.

Nos fuimos entonces al HIPÓDROMO, que está situado en una de las avenidas de la Estrella, y que es un vasto edificio de fierro, cubierto de cristal, que puede dar cabida á diez mil espectadores, colocados en anfiteatro,

CAPITULO XXX.

Melancolía—Carta á un amigo—Murillo.

ɔrofunda tristeza dominaba mi espíritu al día siguiente. La ıegra melancolía invadía mi alma, como si una grave enfer-me llenase de remordimientos; y recordaba en mi dolor las ɪrtas del Magdalena, en mi patria, donde había pasado diez la consagrado al trabajo y feliz con la contemplación de la oír el ruido de las ciudades ni sentir el fastidio del placer.

placer! Mentido sueño de la juventud; atroz suplicio de la imposible tormento impuesto al alma, que la degrada, escla-ierta edad!

o el trabajo que la purifica y la ennoblece, como purifica el olcanes al formar el diamante.

las filosofías la peor es la del deleite, que enerva el alma y u, sin estímulo, en un mundo de pálidas sombras, á las ıe dar vida con su propio aliento, amortiguado ya.

acer sino en el trabajo que fortalece, el cual en medio de ilusio-iendo de día en día el horizonte, perfeccionando las facultades dando vigor al cuerpo y estimulando el corazón, ofrece ıevan su belleza y su virginidad, como las huríes del paraíso maginad un deleite, saboreadlo, repetidlo. Ya el placer pierde repetidlo aún, ya es insípido; repetidlo, ya se hace enojoso; s intolerable; dadle la forma de la eternidad y tendréis la

idea del infierno. Además, esas civilizaciones del delei
esclavitud y el cortejo de dolores y lágrimas de las v
sacrifica. En los triunfos de los emperadores romanos ib
reyes de los países extranjeros. La riqueza en Roma ac
taba el despojo de todas las naciones del mundo. La di
romano costaba la vida y la sangre de los gladiadores.

¿ Cuál es la víctima de la nueva civilización ?

Ay ! ¡ La mujer !

Este es un poema de dolores y lágrimas, para el cu
encontrado ecos humanos, y que debe conmover tod
desgarrar las entrañas de todas las madres.

Un ángel coronado de la luz de la inocencia, rápido
y el esplendor de su belleza y el perfume que trascien
del firmamento una vía láctea, que en medio de la noch
alegre y feliz es el ángel que canta esas canciones, que
niños en su cuna, y que son sólo los recuerdos del cie
como tristeza al verse solo en medio de los mundos, qu
y describen en los diversos cielos, con letras de fuego, e
nombre que él puede leer, porque es espíritu puro, crea
servicio del Eterno; siente como tristeza y quiere volv
común de los ángeles, en la cual tenía su trono de oro, p
Cansado, pliega las alas luminosas y siente que á su pes
á abismos desconocidos para él. Hace un esfuerzo, se de
mira arriba y ve la gran portada de su hogar celeste;
demasiado lejos, y nadie en la morada sabe que emprend

Más cerca está un mundo hermoso, que tiene verde
rantes arroyos, en donde puede descansar, y á él empre
sienta el pie, y sus alas se incendian espontáneamente,
belleza suprema para encantar á todos, como encanta un

Volar ya es imposible, y la primera lágrima ino
consagrada al recuerdo de su patria, que era el cielo, y á l
de volver; y siente el dolor de todo desterrado que ent
ve á su patria.

Arde en su alma el fuego desconocido de las pasiones
supremo y de tormento indefinible, pero que la conmuev
á su pesar la impulsan por senderos desconocidos, en don
frente llevaba va extinguiéndose; y el dolor humano, en
la hiere y le desgarra los pies.

Lleva á la frente las manos como para buscar inspi

contacto de esa mano que tocó la tierra, estalla y cae en pedazos la corona inmortal que Dios le dió; y ya como reina destronada, los pies desgarrados, sigue por el mundo, dejando en los zarzales jirones de su vestido y parte de su belleza. Al extremo del camino se encuentra desnuda, y de misericordia pide la piel de una bestia para cubrirse, y como una bestia el mundo la ve pasar; pero ella conserva aún el recuerdo del cielo que perdió, y la inteligencia y la razón que le enseñan cuán triste y deplorable es su actual estado.

La bestia tiene sed y hambre; la bestia es perseguida y se enfurece, y se vuelve contra los que la persiguen, con la melena encrespada, el cuello recto, la mirada encendida y armada de garras formidables, como esas visiones del infierno, mitad mujeres y mitad monstruos, que beben ponzoña y que vomitan llamas.

Del un lado el ángel de Dios y del otro la furia del infierno; hé aquí el poema de la mujer escrito por esta civilización.

¿De qué le sirve al padre que ve este poema escrito para su hija, la magnificencia del Louvre, el esplendor de Versalles ni el Arco de la Estrella? ¡Maldita la civilización que no redime al esclavo, al mendigo y á la mujer perdida!

Profundamente disgustado con París, me fuí al Havre á desempeñar el destino de Cónsul que el Gobierno de Colombia me había dado, y escribí antes al doctor Manuel Murillo esta carta:

París, 15 de Abril de 1878.

Señor doctor Manuel Murillo.—Bogotá.

Mi querido amigo:

Estoy confundido y procurando explicarme por qué Francia, gobernada casi siempre por los hombres más ilustrados de su siglo y dominada sólo á veces por el espíritu militar, es una nación enervada, y Alemania, habiendo tenido gobiernos menos ilustrados y convertida siempre en una monarquía militar, es una nación joven y llena de esperanzas.

Todo el mundo sabe que el pueblo francés es más inteligente, más culto y más espiritual que el pueblo alemán. Francia es más rica que Alemania, y la propiedad y la riqueza están aquí mucho mejor repartidas que allá. ¿De qué proviene, pues, la palpable decadencia de esta nación y el engrandecimiento de la otra?

¿De las escuelas?

Indudablemente.

Pero es necesario reconocer que las escuelas no hace un siglo que

paso, para ver si encuentro la causa de su diversa organización, y poder así apreciar los buenos y los malos elementos que han entrado en su constitución. Sin que niegue en absoluto la influencia de la raza sobre las costumbres, creo, sin embargo, que hay causas poderosas que modifican esta influencia hasta llegar á destruírla; y que todo pueblo, sea cual fuere la raza á que pertenezca, puede llegar á un alto grado de civilización y formar una nación libre y poderosa, si logra apartar los malos elementos que hay en toda sociedad, y si llama en su ayuda las fuerzas ocultas que impulsan á la libertad y al progreso.

Las instituciones políticas determinan la belleza de la forma ; pero la constitución de la sociedad se refiere á causas superiores y mucho más poderosas. En mi opinión, las convulsiones y las guerras civiles tienen origen en la falta de armonía entre la constitución social de un pueblo y sus instituciones políticas. En Inglaterra habría guerras permanentes si por casualidad un dictador arrebatase el poder público, ó si fuesen violadas las garantías individuales. En Francia, los tradicionistas, los imperialistas y los legitimistas harán siempre guerra á la República, y mantendrán el país en eterna ansiedad.

¿Qué es, pues, lo que forma y caracteriza de distinta manera á los pueblos de Europa, que deberían formar una sola familia ?

Hasta ahora he podido descubrir dos influencias :

1.ª La religión.

2.ª La mujer.

La primera es universalmente reconocida ; pero en mi opinión, no se le concede toda la fuerza que en realidad tiene, sobre la moral, las costumbres, las ciencias, las artes y el porvenir de los pueblos.

Estudiando la religión de Egipto, leyendo su historia y viendo en el «Museo Británico» sus estatuas y muchos restos de sus monumentos ; y comparando estas muestras de la civilización egipcia con las que han quedado de la civilización helénica, he adquirido la convicción de que la religión *imprime carácter*, y que un pueblo, hasta en sus manifestaciones sobre la belleza y el gusto, se resiente de la idea religiosa.

Sobre la segunda influencia puedo asegurar á usted esto : allí donde la casualidad, los instintos generosos del pueblo ó la religión elevan á la mujer, la nación se engrandece; y por el contrario, la esclavitud material ó moral de la mujer trae la degradación inevitable de la sociedad que la esclaviza.

Veamos lo que pasa hoy en Europa :

En Inglaterra las costumbres tienden á hacer de la mujer un *traba-*

jador como el hombre en la obra de la civilización, y
jornal. En Alemania se quiere que sea *centro de la fa*
que la ley y las costumbres reconocen. En Francia l
[illegible] en España es una *monja*.

La Inglaterra es la nación más rica, más indu
sólidamente constituída que hay en Europa; y bast
leyes sobre la propiedad raíz y los mayorazgos p
impasible las más serias tempestades que se desencad

La Alemania crece, llena al Nuevo Mundo co
condición de las familias y el porvenir del pueblo me
de las enormes contribuciones de sangre y de dine
exige.

En Francia la población se estanca, y no alca
proclamación de la República ni sus leyes admirable
si hubiese una catástrofe. París es un monstruo
riqueza, sino las víctimas que de todos los Depart
tributo á su civilización.

Es que la corrupción está en la médula de los h
una absoluta regeneración de su sangre para volver á a

La República, la prensa libre, el sufragio univ
los telégrafos y cuanto la ciencia moderna ha inventa
á las naciones, todo se ensaya en España, y esta na
vista al Escorial para saludar la sombra de Felipe II

Hasta dónde llega la maléfica influencia de las
Luis XIV en Francia y la depravación de costumbre
no lo puede medir nadie sino es viniendo á París,
todos los encantos y refinamientos de la civilización
y la ciencia, una sociedad completamente estéril y
situación, porque la corrupción, convertida en atmós
todas las clases y en todas las condiciones de la vida

La prostitución es la forma de la esclavitud mo
¡venturosas las mujeres de Oriente que son esclavas
que tienen algunos derechos en la casa de su amo, d
señor! En Occidente la mujer es esclava del vicio, á
son sus dueños; y ella, renunciando virtud, honor, fam
pudor y cuanto es grato al corazón y forma el en
tiene que pasar la vida en un mercado eterno, vendie
para vivir mañana.

Esta esclavitud, como la de los vencidos en Ro

negros en América, no sólo clama al cielo por redención, sino que es un mal social inmenso que trae mil peligros para el porvenir.

Voy á hablar á usted de uno solo de ellos.

La sociedad se encarga de corromper cincuenta mil niñas de las más bellas y de las más graciosas que necesita París para sus placeres y sus casas de prostitución.

Para conseguirlas, le dice al oído á cada una de las jóvenes en las familias:

—¿Queréis ser esposa y madre?

—Sí.

—Es preciso entonces que tengáis dote ó que os preparéis para una vida de trabajo, de privaciones y de sufrimientos.

—En vez de pediros dote, los hombres os darán dinero, si sois artista, cantatriz ó *cocotte*. Pañolones de cachemira, trajes de seda, diamantes y joyas te sobrarán, y llevaréis una vida de fiesta, de alegría y de placer. Y quién sabe! Quizás más tarde seréis duquesa de Inglaterra, princesa rusa ó Reina de Baviera. La *cocotte* ha sido todo esto; y ella tiene á sus plantas el porvenir de las familias honradas.

O no les dice nada, y las niñas van, arrastradas por la miseria, por una desgracia, por la perfidia de un hombre ó por su propia espontánea voluntad ó mala inclinación, entrando día por día en el templo de la prostitución, de donde creen que jamás saldrán.

El tiempo pasa, y las mujeres que entraron jóvenes y hermosas, acostumbradas á la ociosidad y á los placeres, con necesidades exigentes, habituadas al licor, depravadas de alma y marchitas ya de cuerpo, son despreciadas y arrojadas á la calle, sin quien cuide de ellas, sin pan y sin asilo.

Estas cincuenta mil mujeres son entonces furias infernales, que viven del delito, del robo, del asesinato y del envenenamiento; y que aguardan un momento propicio para derramar el *petróleo* y ver incendiado á París.

El gobierno francés mandó por centenares á las *petroleuses* de la Comuna á morir sobre las costas de Nueva Caledonia; pero las *petroleuses* del porvenir las he visto yo en la Opera, en los teatros y en los *boulevares* de París.

En los desiertos de Africa, los habitantes de un oasis cubren sus palmeras para que el polen fecundante no vaya á las palmeras del oasis de sus enemigos, y que así, no produzcan frutos en el porvenir. Inútil empeño. Las palmeras aparecen siempre cargadas de racimos. Eso sucede en Francia, en donde se cree que el germen corruptor puede encerrarse en una sola

clase de la sociedad. Engaño. Los frutos de la corrupción las clases sociales.

Balzac escribió la *Fisiología del matrimonio* para de clase rica, elevada y distinguida de la sociedad, apenas ur las esposas legítimas podían salvarse de la corrupción mo Y Alejandro Dumas hijo ha escrito el drama de *La mujer* demostrar que hay derecho y deber en el marido de adúltera ! ¿ Concibe usted que pueda subsistir semejante

Ésta es sólo una de las causas que, en mi opinión, e hacia un abismo, y he tratado de ella, porque el Monsieur Caro daba en la Sorbona conferencias sobre con gran sorpresa de mi parte, lo oí siempre hablar con la primitiva y severa Roma, sin volver jamás la mira donde vive, y en la cual apenas si una que otra mujer s nares de miles de desgraciadas nacen, viven y mueren s la sociedad se cuiden de su suerte.

Yo le atribuyo una grande influencia á la mujer en l mismo me preocupa mucho la posición de las de nuestro tadas de los asuntos serios y en abierta contradicci creencias é intereses de sus padres, de sus esposos y de el dilema es inevitable. O ellas caen del puesto que de miradas sólo como un objeto de amor, de ternura ayudan á la marcha de la sociedad, y sufren con su nu otro caso graves conflictos se preparan para el porvenir.

A usted y á sus amigos de todas las épocas ha fundar la República democrática en nuestro país ; pero á viene le corresponde dirigir el movimiento social de la su rango como en Inglaterra.

Para lograrlo, es necesario aclarar su espíritu y ele carácter. Lo primero será la obra lenta de la educación segundo depende enteramente de la posición que se le y en el desempeño de deberes que á ella corresponden.

Esta será una reparación de la falta que todos hem mujer en nuestro país.

La mujer colombiana es de tan diversos tipos com donde vive: generalmente hermosa, de ojos grandes, mir de rosa, cuerpo esbelto y pie ligero, participa de la nat nuestro suelo, tiene grandes pasiones, corazón ard pronta, viva y despejada, é instinto generoso para

costumbres le tienen asignado un lugar ínfimo en la sociedad, haciendo estériles para el bien sus grandes dotes morales é intelectuales; y esto no es bueno para nuestro país.

Yo veo que el serrallo acabó con la civilización y el prestigio de los árabes; que la prostitución acabará con la civilización y la grandeza de los franceses; pero también veo que el aislamiento y la condición inferior de la mujer en nuestra patria no son los más propios para el desarrollo rápido de la civilización entre los colombianos.

Hacemos de la mujer, cuando el amor que ella inspira nos domina, una diosa á la cual rendimos adoración y culto, y le llevamos como ofrenda joyas, perfumes, flores y poesías; pero en la realidad de la vida apartamos la diosa de toda influencia en nuestro destino y de toda influencia en nuestro porvenir.

Nosotros, exagerando un amor y una ternura con los cuales hemos engañado siempre á la mujer, la hemos tratado en realidad como á un sér de cuya debilidad de espíritu y exagerada sensibilidad hay que preservarse.

¿Cuál es el hombre que en Colombia ha asociado la esposa á sus negocios? ¿Cuál le ha mostrado, alguna vez, el estado de su fortuna? ¿Cuál, siquiera, la ha iniciado en los medios de ganar la vida y la ha interesado en el porvenir de la familia?

En nuestro país los amigos de un hombre no son los amigos de la esposa de éste; ella de ordinario no los conoce, y no puede, por lo mismo, preservarlo de la traición, ni hacerse amable á los ojos de aquellos que pudieran serle útiles.

De toda reunión seria se aparta á la mujer; ella es extraña á toda conversación científica, y de la política apenas trasciende ella lo que el vulgo alcanza á comprender.

Si tenemos un compromiso de honor, lo ocultamos á nuestra esposa hasta que ella lo sabe por extraños ó porque nos ve cubiertos de sangre. Si la guerra estalla y es preciso ir á defender nuestro partido, nos cuidamos de que lo sepa la mujer, como nos cuidamos de un espía; y hasta en la desgracia quizás guardamos nuestro dolor, más bien que pedirle á ella lágrimas y consuelo.

En la dirección de la familia el esposo es todo. En la educación de los hijos jamás se le consulta, y hasta en el desempeño de los deberes domésticos, su razón se extingue ante la obediencia pasiva á que vive sujeta.

La mujer así abandonada, degradada, si me es permitido usar esta expresión, sin ocupación seria para su inteligencia, sin encantos para su

si no á la esclavitud, por lo menos al acatamiento respetuoso de lo que está establecido y encuentra ya fundado.

Murillo no nació en una rica y populosa ciudad, sino en un pueblo muy pobre y el más apartado del Estado del Tolima: en el Chaparral, lugar situado al pie de la gigantesca montaña del Barragán, y sobre una llanura que en inmenso horizonte se extiende, iluminada siempre por un sol abrasador. Y allí creció, llevando la vida libre de los niños de nuestras aldeas, que en presencia de la naturaleza, siempre sin calzado y mal vestidos, apenas conocen las conveniencias sociales, y sufren con pena el lazo que los retiene bajo el hogar, y la autoridad que los obliga á asistir á la escuela.

Hacemos notar esas circunstancias, porque cuando *Murillo*, casi niño, fué á Bogotá á estudiar las ciencias políticas, tenía su espíritu libre y no pesaban sobre él ningunas de las preocupaciones que rodean á los jóvenes criados en las grandes ciudades; y la ciencia que en los libros aprendía no estaba en contradicción con el mundo moral y social que hasta entonces había conocido. Y porque de aquí hacemos nosotros nacer la audacia con que después encabezó reformas y sostuvo el principio democrático, que tan en contradicción estaba con la sociedad á que dirigía sus escritos y sus predicaciones.

Murillo nació apartado de esa situación de la riqueza que coloca á los hombres en una de dos condiciones; ó de señores, inspirándoles instintos, hábitos y necesidades autocráticas, ó de criados, inspirándoles humildad y hábitos de obediencia.

Los que nacen en una elevada posición, de una familia distinguida y colmada de consideraciones, son muchas veces los mejores y los más fervorosos demócratas; lo son sólo por convicción; pero éstos son espíritus escogidos, y le hacen á la causa que aman y al partido que defienden, el sacrificio de sus instintos y de su posición.

Murillo fué natural y forzosamente demócrata; y al consagrar los recursos de su poderosa inteligencia y de su vasta instrucción al servicio de esa causa, lo hizo sin esfuerzo y en cumplimiento del deber que le dictaban su conciencia, la posición que ocupaba en la sociedad, y la convicción que el estudio le había inspirado.

El de los primeros años de su juventud fué asiduo, constante y fecundo; pues habiendo llegado muy pobre á Bogotá con este propósito, jamás lo distrajeron los placeres de la capital; y mantuvo siempre la convicción de que era preciso levantarse con sus propios esfuerzos, y que sólo la ciencia podía abrirle las puertas de ese mundo dorado que tan hermoso aparecía á sus ojos.

Por fortuna los dos colegios de la capital, San Bartolomé y Señora del Rosario, jamás han cerrado sus puertas á los jóvenes po sedientos de ciencia y ansiosos de posición, han venido allí á b y en ellos recibió *Murillo* la educación literaria y científic entonces podía aspirarse; y después de una larga y penosa ca graduado de doctor, y luégo recibió el título de abogado de los de la República.

¡Admirable poder el de la ciencia para llevar á la Repúb camino de la libertad! Esos colegios de antiguas y atrasadas in han sido siempre templos de donde han salido los hombres á predicar la libertad y la democracia entre nosotros; y allí se han educado, perteneciendo á posiciones distintas y familias, la mayor parte han sido republicanos sinceros, liberale y hombres llenos de abnegación y patriotismo. Todos los pr patria fueron hijos de esos colegios, y los nombres de Santa Azuero, E. Rojas y Florentino González y de otros hombres ilus en la historia política de Colombia una pléyade brillante.

En 1837 entró Murillo á la política, y los hombres q oposición lo recibieron como á un eficaz, inteligente y útil co

Entonces se asoció á los escritores de la oposición, que re periódicos *El Correo* y la *Bandera nacional;* y los escrito en aquella época dejaban ver al periodista que más fama había en el porvenir, y al que más servicios había de prestar democrática. Por aquella época escribió un opúsculo sobre la ad del doctor Márquez, que mereció el honor de ser combatido p de aquella administración, como una obra que se creyó del mi Santander.

La prensa ha tenido en nuestra nación, en la marcha influencia sorprendente y poderosa, así para el bien como par prensa periódica en este país, de vasta extensión y de dificil ciones, ha realizado milagros y contribuído poderosamente á la Ella ha difundido, más que los libros, las nociones sobre mor administración que estaban en la mente de algunos hombres y que han llegado ya á todas las poblaciones. La prensa ha voluntad la marcha política de la República, formando la opinió las dictaduras, y ha constituído gobiernos, hecho revoluciones la agitación constante en que hasta ahora hemos vivido.

Noble, filosófica y razonadora á veces; procaz, difamadora otras, siempre ha llenado su propósito, y se ha hecho sen

pueblos, de manera que toda palabra escrita ha ido á formar una opinión, á iluminar una inteligencia, á promover un incendio ó á excitar una pasión.

Los gobiernos se han valido de la prensa más que de la fuerza para anonadar y aniquilar á sus enemigos; y la prensa de la oposición, haciéndose con frecuencia facciosa é incendiaria, ha armado á los pueblos contra los gobiernos.

Ni un día, ni una hora ha cesado la agitación de la prensa en su eterno oficio de recoger los votos de la opinión para devolverlos al pueblo, instruyéndolo ó apasionándolo; y la vida de los periodistas ha sido una vida agitada y tormentosa, que ha participado de las tempestades por que ha atravesado la República.

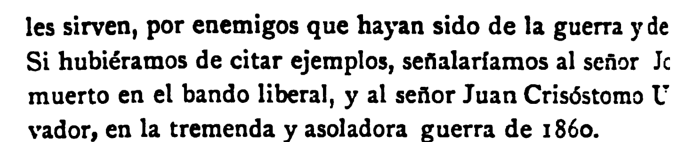
Murillo comprendió que los periodistas serían por mucho tiempo los jefes de los partidos; que gobernar el país, dirigir sus destinos y preparar su porvenir era escribir; y escribió siempre en favor de la democracia; y llevó la agitada vida del que identifica su suerte con una causa y se somete á los vaivenes del destino.

Sus escritos de todas las épocas son su vida pública. Todas las cuestiones políticas y sociales que han agitado al país, fueron tratadas por él con ciencia, lucidez, maestría y genio; y ningún problema se resolvió sin que la nación hubiese antes pesado su voto, emitido siempre con la franqueza y con la energía que cumple á un escritor republicano. En lucha abierta con los escritores más eminentes del partido contrario, nunca se le encontró débil, y sus trabajos estuvieron siempre á la altura de la situación.

Y tal importancia tuvieron sus escritos, que en épocas de embriaguez ó de cólera popular, sobre su persona se hizo pesar el odio que inspiraban las doctrinas que defendía, como si se tuviese la convicción de que persiguiendo al apóstol perecería la doctrina. Pero en cambio, el pueblo después tuvo fe en sus escritos; y la juventud, en las grandes crisis y en las épocas más notables, se apresuró á rodearlo.

Compárese la nación de 1848 con la nación de hoy: sígase lentamente la carrera de reformas que se han hecho en este tiempo; véanse los escritos constantes de *Murillo* en favor de cada una de estas reformas; mídase la influencia que ellos han tenido en el país, y así podrán estimarse sus trabajos políticos, buenos ó malos.

Los partidos en Colombia han mantenido un duelo perpetuo, habiendo sólo momentos de interregno, cuando el uno ha quedado debilitado por la guerra, mientras se repone, ó cuando la falta de opinión hace inútiles sus esfuerzos. Con justicia ó sin ella, cada uno ha hecho la guerra al que está en el poder, y ambos han arrastrado en sus revoluciones á los hombres que



les sirven, por enemigos que hayan sido de la guerra y de
Si hubiéramos de citar ejemplos, señalaríamos al señor Jc
muerto en el bando liberal, y al señor Juan Crisóstomo U
vador, en la tremenda y asoladora guerra de 1860.

En la de 1840 fué envuelto Murillo, joven aún, e
como Secretario de uno de los caudillos.

Sometido al vaivén revolucionario, fué arrojado
extremo de la República; y ya la revolución agonizante,
de representar al Jefe Supremo del Atlántico en las n
para la pacificación se entablaron con el señor Stward.
que hacía de medianero.

Murillo no volvió á figurar hasta 1846, en que volve

En 1847 fundó en la ciudad de Santa Marta un peri
Gaceta Mercantil; y como todos estaban acostumbrados
miento intelectual y político fuese de la capital á las pro
la aparición de este periódico, verdaderamente iniciador
y que escrito con brío, con talento y con moderación, ve
los derechos del partido liberal, hasta entonces proscrito
intervención en el manejo de los negocios públicos.

El sentimiento liberal se despertó: la prensa de la
actitud favorable á este partido; y al cabo de dos años
Hilario López, liberal, fué nombrado Presidente de la R

Es necesario detenernos en esta época memorable
más brillante de la República; porque jamás pueblo algu
tan colosales reformas en más corto período, y porque
poderosa influencia *Murillo.*

El partido liberal, al llegar al poder no tenía ent
instinto de sus grandes destinos, y la confianza en sus
pero sus hombres públicos habían desaparecido durar
anteriores; las grandes reputaciones políticas eran co
cuanto á la misión del partido, todos creían que sól
contrario de lo que el conservador había estado practic
en el poder.

Murillo, que era ya personaje de grande influenc
por sus escritos y su conducta en las Cámaras, á las que
en diversas ocasiones por las provincias de Mariquita y
impuesto por la opinión al mismo Gobierno; y con el apo
tantes del pueblo y de una generación que acababa de e
mente hervían las más generosas ideas, como en su co

ás bellos sentimientos, encabezó el movimiento democrático más l y más enérgico que en la América se ha verificado. Un deseo te, apasionado, de reformas, se apoderó de todos los ánimos; y hubo espíritu público un movimiento muy semejante al que había tenido en Francia en 1789: confuso, indeterminado al principio, pero que aba evidentemente la idea democrática, de la que los jóvenes eran les y defensores.

Murillo llevó al Gobierno del General López ese espíritu; y pronto una alianza íntima entre los jóvenes reformadores, el pueblo, que en ubs manifestaba enérgicamente sus aspiraciones, y los hombres del o liberal, que sin pretender que todo fuese innovado, ofrecieron, sin go, generosamente el decidido apoyo de la fuerza que poseían. ces el partido se sintió omnipotente; y audaz comenzó esas reformas principio se creyeron irrealizables, y que una á una han venido ándose; y que hoy se imponen con la lógica de los hechos cumplidos.

n Gobierno que se hacía liberal y que encabezaba él mismo las as; un partido que se lanzaba sin reserva por una vía hasta entonces ocida; un pueblo que en vez de ser refrenado en sus aspiraciones era do por los que gobernaban el país; esto intimidó á todos. El o conservador, con ese instinto infalible que le hace adivinar el peligro recaverse de él, pone en contra todas las fuerzas de la sociedad; y los minentes escritores, como los señores Ospina, Cuervo, Gutiérrez a y Caro, empeñaron una lucha á muerte contra el Gobierno y el o liberal: combatieron las doctrinas, desacreditaron las reformas, on las pasiones y proclamaron al fin abiertamente la revolución.

más tempestad tan furiosa se había levantado contra un gobierno y tido, como la que entonces levantaron estos valientes escritores de sición. Entonces el Gobierno fué combatido en nombre de la moral, , decían los escritores, ésta era la cuestión única, y el Gobierno y el o liberal la conculcaban con sus procedimientos; en nombre de la n, cuyas bases se desconocían por los volterianos del Gobierno; en e de la propiedad, que iba á ser destruída; en nombre de todos los pios fundamentales de la sociedad, porque la anarquía, y nada más anarquía, sería la consecuencia de las reformas que se anunciaban.

a prensa liberal, por su parte, encabezada por *Murillo*, continuó ando reformas y defendiendo las doctrinas liberales; y tal talento, erudición y genio tanto se mostró por una y otra parte en esta gran política y social, que la prensa de aquella época estuvo á una

liberales la inmediata libertad de los negros, desafiando l
encono de los amos.

La prensa estaba restringida, el pensamiento comprimid
la palabra calificada de buena ó de mala; y se anunció la abs
del pensamiento en todas sus manifestaciones.

La instrucción pública había sido el privilegio de las
dadas y la cuna de una aristocracia titular; y se atacaron las U
se acabó con los títulos de doctores, y se fundaron escuelas de

Se proclamó la justicia gratuíta.

Las revoluciones eran castigadas con la pena de muerte;
se castigaban la mayor parte de los delitos, y el Código Pe
severo; y se empezó por combatir la pena de muerte en los de
para acabar proscribiéndola por completo en la República.

Por último, la sociedad política estaba basada en una
central, en un gobierno fuerte, en un sistema tributario c
predicó una reforma constitucional que levantase entidades p
seno de la Nación, y que preparase al fin la federación; se des
las rentas y se fundó la contribución directa, con la que
acumulados y los grandes propietarios fueron gravados par
públicos.

¿Qué quedaba de la antigua sociedad? Nada. Algunos
poco á poco fueron cayendo luégo en poder del partido reform

Como Pombal en Portugal, como Florida-Blanca en
Ministro *Murillo* cargó con la fama de todas esas reformas y
de todos los hombres cuyos intereses ellas vinieron á herir.

La guerra estalló formidable, ayudada por el pueblo, p

defensor y el amparo de los vencidos, contra los cuales se había levantado la cólera del partido vencedor.

En las grandes crisis, y sobre todo en las épocas revolucionarias, en que todas las malas pasiones se desencadenan, y en que el interés por la defensa común se confunde con el odio á los contrarios, la popularidad y el prestigio son siempre para aquellos hombres que representan los odios, las venganzas, el terror mismo de que está apoderado un partido; para los que presentan como medidas de salvación pública la violación de la ley, las horcas, la persecución, los fusilamientos en masa y el exterminio de aquellos enemigos sobre los cuales alcanza el poder social de que disponen. No de otra manera puede explicarse el prestigio de los hombres feroces que en la Revolución francesa se quedaban en París ordenando las matanzas, mientras que los verdaderos defensores de la libertad morían sin gloria y sin prestigio en defensa de las fronteras.

El inmenso bien que hacen los hombres como *Murillo* en estas épocas terribles, que arrostran la impopularidad pero desarman el brazo de los amigos, pronto á descargarse sobre los vencidos; que aparecen como débiles, pero que levantan el prestigio de la ley; que se dejan calificar como poco patriotas, pero que hacen que triunfe la razón y la justicia; el inmenso bien que hacen los que logran desviar los rayos de la cólera popular, en estas ocasiones sólo puede apreciarse por los que son vencidos en las revoluciones.

Ésta es la parte más gloriosa, que á nuestro juicio corresponde á *Murillo* en la historia de la República; porque á esa doctrina se debe la conservación de las instituciones, y el que los hombres que ayer fueron enemigos políticos, hoy puedan entenderse para trabajar en el desarrollo del bien público.

Las revoluciones pasan, las pasiones se extinguen, los ciudadanos vuelven á sus hogares, y nadie tiene en cuenta la sangre economizada, las lágrimas no vertidas y los dolores ahorrados; pero la Historia hará siempre justicia á los hombres que trabajaron por dar á la política esta dirección, evitando las ejecuciones sangrientas, las represalias feroces y el exterminio alternativo de los partidos; y preparando así la paz del porvenir y apartando la República del salvajismo en que otras han caído.

El General José Hilario López amaba la República como Lafayette la amaba, por lo que tenía de noble, de hermosa y de benéfica; y gustoso abrió la éra de la libertad y de las reformas, en la seguridad de que esto daba bienestar á los pueblos, brillo á la Nación y gloria á su Gobierno: esa gloria que deslumbra, que entusiasma y que atrae á los pueblos en torno del que sabe conquistarla. Pero cuando conoció que cada reforma traía una tempes-

tad, y que su administración se concluía sin una ho
paz dulce y benéfica que trae la libertad y que él hal
consolidar las conquistas que se habían hecho, m
adelante en las reformas, y por consecuencia de esta
salió del ministerio.

Pero el impulso estaba comunicado y era impos
revolucionario. Los jóvenes siguieron reclamando la
á *Murillo* como jefe; le retiraron sus simpatías á l
partido que hasta entonces había obrado unido, se d

La administración del ciudadano General Oba
dido el partido, y reinando una efervescencia y una
podía dominar: las pasiones se agriaron, el ejérc
atacado por los reformadores, y la crisis terminó cor
de Abril, en la que el General Melo, Comandante
apoyado en el ejército, se proclamó dictador y revivid
de 1849. Esta revolución, si hubiera tenido un cará
dicho que era contra *Murillo*: pues en él estaban e
que se iban á echar por tierra, su nombre era repe
revolucionarios, y su persona buscada con ahínco.

La sociedad entera protestó contra la dictadura
vador, que dió entonces una prueba espléndida
régimen legal que la reacción ofrecida por la dictad
sus principales Jefes, y se puso al lado de los brav
Franco, que defendían la Constitución y que murie
contienda.

La dictadura no duró más que ocho meses; y e
1854 las tropas constitucionales tomaron la capital.
había llevado el curso vario de la revolución; que ha
reunido en Ibagué, olvidando antiguos agravios, se l
vencidos, contra los cuales había un encono terrible.
prisioneros militares fuesen sometidos á los consejos
consejos sólo habría salido la condenación á muerte
incansablemente porque hubiese un indulto general.

Por consecuencia de los acontecimientos de 1854
volvió al poder á gobernar con la Constitución de
reformas que el partido liberal había iniciado; y la po
la administración digna y prudente del señor Mallari
Murillo, como periodista, se limitó á enseñanzas doc

Fundada la Federación, *Murillo* fué el primer

berano de Santander, cuyo honor él supo estimar más que todos los otros ue después recibió; porque aquel Estado ha representado siempre al radicasmo puro y elevado, y allí ha tomado la República una forma enteramente e acuerdo con las tendencias democráticas, forma que más tarde habrá de xtenderse á todos los demás.

El señor Mariano Ospina, jefe por muchos años del partido conservador, ué elegido Presidente de la República al tiempo mismo en que se planteaba a federación, y poco tiempo después sobrevino una revolución liberal.

Triunfante ésta, la República eligió para su primer Presidente constitucional, por el sufragio de los Estados, á *Murillo*. Fué ésta la época en que él desplegó sus grandes dotes de hombre de Estado.

La República había atravesado una época terrible; lo que necesitaba entonces era tranquilidad y quietud, y *Murillo* supo dársela. La República había hecho grandes reformas y muchas conquistas que no quería perder, y *Murillo* supo conservarlas, sin que durante el corto período de su administración, se diese un paso atrás, ni se cediese un palmo del terreno conquistado.

La República era víctima de los mil elementos de desorden que se habían agitado durante la revolución, y *Murillo* supo aplacarlos.

La República quería que hubiese una tregua entre los dos partidos que por tanto tiempo se habían despedazado, para que cada uno siguiese predicando sus doctrinas y sosteniendo sus principios, y *Murillo* inició esa reconciliación, siendo justo con el partido que no había obtenido la victoria.

La República quería que las instituciones se acreditasen y que fuesen aceptadas por el partido vencido; y *Murillo* obró de manera que el partido conservador comprendiera las ventajas que él podía obtener de las libertades concedidas, y que haciendo una egida de la Constitución, fuese al fin su más decidido partidario.

Y, sorprendente fuerza la de la justicia! Después de que la Nación, presa de un vértigo terrible, sólo pensaba en la guerra y en las batallas; cuando todo el país parecía arder con fuego inextinguible, de repente los ánimos se aplacan, sobreviene la calma y las revoluciones se estrellan ante la opinión que hace la fuerza del nuevo funcionario.

Es un hecho muy notable en la historia de nuestro país el que el gran reformador, el enemigo político más formidable de las ideas conservadoras, viniese á ser el hombre más simpático para ese partido; y esto sin que le hiciera ninguna concesión y sin que abandonara ninguno de sus principios. Pero este hecho tiene una fácil explicación; y es la de que sobre las aspiraciones de cada partido hay una aspiración común, y

sobre los intereses del momento, un principio que á todos los cubre todos los protege; y esta aspiración es la justicia que ampara los derec[illegible] que guarda las garantías y que deja vivir en paz á los hombres pacíf[illegible] y trabajadores; y la justicia fué el carácter distintivo de *Murillo* co[illegible] Magistrado.

En la política sur-americana guiada por grandes y generosas tenden[illegible] democráticas, pero llena de tempestades, de rivalidades de partido, de o[illegible] de raza, de mezquinas aspiraciones, de pasiones vulgares y de sangre y lodo, hasta inspirar horror á los hombres que de lejos la contempl[illegible] en esa política, que tantas cosas representa y tan pocas cosas realiza, [illegible] han llegado á asentar algunas máximas que tienden á perpetuar lo q[illegible] tiene ella de odiosa, y á apartar la lucha leal, franca y decidida de lo[illegible] partidos que se disputan su dominio.

Y para impedir esta desgracia no hay más que un camino, fundar l[illegible] República y sostenerse por todos, esto: libertad absoluta para que cad[illegible] partido defienda sus ideas, sus principios, y hasta sus exageraciones, y par[illegible] que busque los medios legítimos de conquistar la opinión y llegar al poder Y cada partido debe realizar en el poder su programa y llamar á él á lo[illegible] que lo han defendido; sin más limitación que el respeto á los derechos [illegible] á la libertad del partido contrario, y á la intervención que á ambos le[illegible] concede la constitución nacional en los negocios públicos.

Esta política fué característica en *Murillo*; pues inflexible en principio[illegible] políticos, morales y religiosos, si jamás persiguió las ideas que profesaban lo[illegible] contrarios, tampoco llamó á éstos al poder, para que con su influenci[illegible] hiciesen ineficaces las del partido vencedor.

Murillo fué nombrado más tarde Ministro de la República en los Estad[illegible] Unidos del Norte y en Venezuela: logró en Washington, por sus eminent[illegible] capacidades, figurar con distinción en el Cuerpo diplomático, y que s[illegible] tuviese la idea de que Colombia ocupaba un lugar muy elevado en la[illegible] Repúblicas americanas, y que sus hombres públicos eran todos eminente[illegible] En Venezuela fué altamente estimado; y en poco tiempo celebró todos lo[illegible] tratados que debían mantener las relaciones políticas y comerciales de lo[illegible] dos países.

Vamos á recordar un hecho que parecerá de poca importancia en [illegible] historia política del país, pero que para nosotros, que de lejos hemos obse[illegible] vado atentamente su marcha, tuvo una influencia grande en los aconte[illegible] mientos de aquella época.

El Gran General Tomás C. de Mosquera, reelegido Presidente de [illegible] República en 1864, tuvo á su vuelta de Europa una recepción t[illegible]

fervorosa como las que en la época de la gloriosa Colombia se le hacían al Libertador cuando volvía precedido de la fama de sus triunfos; y aquél abrigó la convicción de que era dueño y señor de la República.

La República se sentía humillada de tanto prestigio en un hombre que hacía oscurecer la faz serena de la misma, y temblaba de que la energía de ese hombre, que tan alto había sido elevado, intentase más tarde acabar con sus instituciones. No faltaban nobles caracteres que aguardaban sólo á que él diese el primer paso para detenerlo; pero nadie podía medir la fuerza moral y material de que dispusiese el Gran General; y reinaba un silencio profundo que hacía medir lo solemne de la situación.

Entonces *Murillo*, que estaba, después de haber sido Presidente, retirado de los negocios públicos, pero siguiendo atentamente la marcha de la opinión, y con la fe, que jamás le faltó, en el poder de la República, con motivo de una publicación de la prensa ministerial, volviéndose á Mosquera, le dijo: « Caudillo voluntarioso! si habéis encontrado á vuestro paso algunos hombres de rodillas, sabed que detrás está de pie, y armada, la dignidad de la Nación! »

Palabras tan oportunas y de tan poderoso efecto sólo se habían pronunciado por Mirabeau en la Asamblea francesa, cuando dijo al ministro de Luis XVI: « Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas. »

La vida pública de los hombres de América, brillante y pura en su principio hasta conquistar el amor y el entusiasmo de los pueblos, después se ve palidecer por el egoísmo, la ambición y el orgullo, y concluír en el olvido desdeñoso de sus amigos, ó execrada y maldecida por los pueblos; pues todos en el poder aspiran á la dictadura y se erigen en tiranos, asumiendo títulos pomposos de *Protectores, Regeneradores* ó *Salvadores* de la República.

Murillo, elegido por segunda vez Presidente de la Unión, fué el más puro, quizás el más bello modelo que haya habido entre nosotros del ciudadano que gobierna con la ley á sus conciudadanos, dejando funcionar ampliamente el sistema parlamentario, libre la prensa, reducido el ejército á setecientos cincuenta hombres esparcidos en la vasta extensión de la República, y atendiendo á las indicaciones de la opinión para arreglar la conducta del Gobierno.

Envuelto en la bandera tricolor, símbolo de la democracia en el mundo,—como en otro tiempo los Faraones, envueltos en el manto de púrpura real, eran sometidos á juicio después de su muerte,—*Murillo* aguarda hoy el juicio de la posteridad, porque él reinó sobre la juventud

por mucho tiempo, levantó tempestades populares con el prestigio de sus ideas, influyó poderosamente en el destino de su país en una larga época, y gobernó la República en dos períodos constitucionales.

Abone el porvenir la fe en su doctrina, que pudo guiarlo ciega; la pobreza en que murió habiendo manejado los caudales públicos; su respeto á la ley en América, que sólo engendra dictadores; y el hecho de que nunca con sangre manchó su mano, en una tierra conmovida por las guerras civiles, que piden siempre venganzas y levantan patíbulos.

CAPITULO XXXI

Salida de París—Los campos—Ruan—Agricultura—Frascati—Baños de mar—El Havre—Dos amigos—La *jetée*—Sainte-Adresse.

EL viaje de París al HAVRE, atravesando la verde y fértil Normandía, es el más pintoresco que puede hacerse, pues el terreno es accidentado ; colinas elíseas dejan ver sus perfiles azulados ; valles risueños cubiertos de alisos, por donde corren arroyos cristalinos, recuerdan los de la patria ; *châteaux* y quintas colocados en los sitios más poéticos, y rodeados de jardines, se ven por dondequiera ; aldeas del más rústico aspecto se atraviesan volando ; bosques de corta extensión esmaltan la pradera ; dos ó tres ciudades se presentan de repente, ponen en espectáculo sus animadas calles, una iglesia gótica, un fantástico campanario, giran sobre sí y desaparecen; y el campo se ve todo cultivado y lleno de multitud de trabajadores que van, vienen y se agitan en diversas ocupaciones.

Es verdad que los ferrocarriles han quitado la poesía á los viajes, no porque ese medio de comunicación impida ver y admirar bien todas las cosas que al paso se presentan, sino porque habría encanto para el viajero que antes iba á pie ó en coche, en detenerse, mezclarse con las gentes, conocer sus costumbres, encontrarse en un mundo nuevo para él, y participar del bienestar ó de las incomodidades que tenían los lugares por donde atravesaba. Hoy viajar es salir del hotel de una ciudad inmensa, subir al carruaje, presenciar los cuadros de un esplendente y encantador panorama durante el día, é ir á dormir á otro hotel de una ciudad igualmente civilizada y grande.

victorias anteriores, sirvió para arrojar á los ingleses de Franci
con un crimen inútil; y siendo el martirio de Juana de Arco
histórica que debe aprovechar la América para saber que la
engendra en todos los corazones, que sus voces jamás deben ser
ecos del patriotismo, y que son inútiles é infames las hoguera
y los patíbulos que los perversos y sanguinarios levantan er
civiles.

Como tenía libre el resto del día, me fuí á recorrer los can
de alegría empecé á observar esos bosques de manzanos y
todos los árboles frutales que allí se producen ; fuí á mirar las
trabajadores, á ver cómo araban sus tierras y á juzgar qué tan
y felices vivían ; de todo lo cual quedé sumamente co
mismo hice en el Havre durante un año que allí permanecí, lo
parme de la ciudad por días enteros para ir á los pueblec
juntarme con algunos trabajadores á tomar sidra, levantarme á
las vacas, y reparar todos los métodos de cultivo. En los divers
hice al través del territorio, me detuve también: hice lo mism
conocer algo de Francia que no se mostrase en la ciudad, y al
años de residencia y de observaciones deduje la exposición que

Dieu protège la France, dice el cordón de las monedas
y tal era el lema del escudo real ; y en efecto la protección
que empezó por dotar á Francia de un territorio admirable,
los Alpes y los Pirineos, situado entre los 42° y 51° de la
distancia del polo que del ecuador, con un clima templado y d
no participa ni del calor de Italia ó de España, en el veran
de Alemania, en el invierno; territorio casi todo plano y
inclinado de las montañas al océano, cruzado por grandes río
en toda su extensión, como el Sena, el Loira y el Garon
cambia de aspecto, de producciones y de climas á cada

marquesados que eran independientes y que sucumbieron en la común nacionalidad; pero no han podido las leyes unificar la raza, amalgamar los caracteres ni cambiar las costumbres: así es que viajar por Francia es atravesar naciones diferentes, ver poblaciones distintas, ciudades que en nada se parecen, y conocer una agricultura de frutos totalmente diversos.

Si la civilización que en París se ha acumulado deja mucho que desear al filósofo y al moralista, la Francia de los campos, la Francia joven, la Francia trabajadora, la Francia nacida de la Revolución, que unificó las leyes, dividió la propiedad y dió libertad á la industria y trajo la civilización del siglo, que todo lo mejora y todo lo embellece; esa Francia es el bello ideal para el poeta, para el filósofo y para todos los amigos de la humanidad.

Francia es un país esencialmente agrícola; la agricultura emplea veintidos millones de habitantes de los treinta y seis que componen la nación; y estos veintidos millones son libres, morales, honrados, y llevan una vida, si no espléndida, por lo menos sin grandes trabajos, sin sacar una tarea superior á las fuerzas humanas, sin morir por el rigor del frío ó el exceso del calor; y la dulzura de su carácter y su festiva imaginación dan á la vida un colorido poético que la hace llevar alegremente.

¿Cuál es el país más rico del mundo? Inglaterra. ¿Cuál es la nación más poderosa? Francia. Y esta diferencia depende de la diversa constitución de la propiedad en uno y otro país. En el uno se hacen acumulaciones inmensas de riqueza, fortunas colosales, que si contribuyen al aumento de la riqueza pública, en poco ayudan á la felicidad del pueblo y á la grandeza de la nación; y en el otro se difunden el bienestar y la riqueza en todas las clases y todos los individuos, se levanta un pueblo feliz y se forma con la fortuna individual, muy repartida, una masa inmensa de riqueza que derrama los beneficios en el interior y sostiene la grandeza de la nación en el exterior.

Gime la Francia porque su territorio está ocupado por hordas enemigas que exigen como rescate cinco millares de millones de francos; suma que jamás se ha contado, que nunca se ha reunido, que ninguna nación había poseído hasta el siglo pasado. ¿Qué hacer? Pedírsela á la Francia de 93, que acabó con los mayorazgos y las vinculaciones, los condados y los marquesados, y que puso la propiedad territorial en el comercio humano, permitiendo así que toda familia tuviese un palmo de terreno que cultivar y un pan para sus hijos; pedir esa inmensa suma á los pobres labradores que andan en *sabots* ó en zancos; y ellos, como por encanto, sacarán todo el oro necesario y libertarán el territorio.

Esta es la más bella apoteosis de Francia!

puesta, delantal blanco, de tela fuerte y medias rojas, se las ve entregadas á su tarea; mujeres pequeñas, de formas graciosas, que llevan en los carrillos la salud, en los labios la risa y en los ojos la pasión; y á hombres robustos, gruesos, con vestidos algo parecidos á los de los andaluces, y que cuando no cantan están eternamente conversando.

Todo es fiesta, todo es diversión para este pueblo de viñadores. Parece que el vino, del que jamás abusa, le hiciera ver la vida fácil y sabrosa, y la existencia poética; y es sobre todo en los meses de la vendimia cuando se les oye cantar, y se les ve trabajar y reír á todos, hombres, mujeres, viejos y niños.

Vive la cidre de Normandie
Qui nous fait sauter comme ça!

dicen los alegres normandos y todos los habitantes de la REGIÓN DE LAS MANZANAS, de que se fabrica la sidra, la región de las cerezas y de todos los árboles frutales que se cultivan en Francia; y donde hay vacas normandas rivales de las inglesas, caballos *percherones* mejores que los de pura sangre; y esos enormes caballos normandos que pueden arrastrar miles de arrobas.

En fin, los más alegres bailes á campo abierto, de mujeres preciosas, blancas y rubias como las pastoras de la Arcadia, y de hombres de una pureza de facciones que indican bien su origen del Norte, nos muestran LA REGIÓN DEL TRIGO, en donde se cultiva este precioso cereal, no en grandes extensiones como en Inglaterra, ni con sus máquinas poderosas, sino todavía arando la tierra con el tardo buey ó el gigante caballo normando; haciéndose el corte por alegres segadores y llevando ellos mismos sobre los hombros los amarillos haces. Sólo allá en Bretaña ó en la temible Vendée hay una población huraña, esquiva y poco simpática.

Hay en Francia también grandes praderas en donde pastan tres millones de caballos; los elegantes *percherones* de tiro, los poderosos *normandos* para carro, los *bretones, loreneses y lemosines* de silla, y los de la Camargo, ágiles como los nuéstros. Cincuenta mil asnos, trescientas mil mulas y doce millones de vacas; treinta millones de corderos, dos de cabras, cinco de cerdos; y tantos conejos, patos, gansos y gallinas, que hay para el consumo interior y para proveer los mercados de Inglaterra.

Los cultivos de muchas otras plantas útiles mezcladas con las ya mencionadas, y que forman las grandes siembras, como las amapolas para sacar opio, la linaza para el lino, el tabaco de fumar, las papas, cuyo cultivo aumenta de día en día, y el maíz, cuyos preciosos granos irán pronto á regenerar las poblaciones hambrientas del Viejo Mundo, son muy numerosos; y el siguiente rasgo característico completará este cuadro:

« Se calcula que hay dos millones de hectáreas de
dice un estadista, destinadas al cultivo de hortali
jardines.»

Números:

Los olivos dan cuatro millones de hectólitros de
producen frutos por cuatro millones de francos. Los
millones cuatrocientas mil hectáreas de tierra, y pr
millón y quinientos millones más. El trigo se extienc
de hectáreas, y su producto total se estima en seis mil
francos.

Los prados artificiales y los naturales mantienen l
mencionado y dan de producto aproximado tres mil
todos los otros productos de la tierra no se estima
millares de millones en un año.

La suma de estos millares de millones se repart
mente, por lo menos sin una monstruosa desigualdad,
corto haber, que le hace producir á su tierra el dobl
grandes propiedades en Inglaterra, y los jornaleros, cuya
moral é intelectual va mejorando diariamente, gracias
cajas de ahorros que hay en todos los distritos, por lo
ser los más firmes é interesados sostenedores del ord
contra las tentativas de los comunistas.

Hé aquí cómo se contienen los malos gérme
la sociedad: no es matándolos, sino fomentando
gérmenes benéficos que ella encierra y que impedi
los malos.

Penetrar un poco en el fondo de la vida camp
comedia de Scribe, pues se encuentran todos los carac
jador y regañón; la vieja arreglada y tacaña; la m
curiosa, y el enamorado rústico y majadero que ha de
Se ve la familia, se ve el hogar; y el ánimo, sin la
trabajo eterno que mata á los trabajadores, y una co
consume á las jóvenes, se siente feliz y se asocia á la sue
y participa de sus placeres inocentes y sus fiestas lle
alegría.

Mi llegada al HAVRE fué por la noche; y á la est
salieron al encuentro de los viajeros muchos coches
llevárselos á ellos, disputándoselos. Entre los nomb
pronunciaban los cocheros, me decidí por el de FRASCA

ención porque en Bogotá había en otro tiempo una quintica en la eda, que llevaba el mismo nombre.

El coche me llevó, atravesando la ciudad, á un hotel cuyo vestíbulo orprendió por su elegancia; y apenas me detuve vinieron á recibirme íados, de vestido negro y corbata blanca, y el conserje de la fonda, con in y calzón corto á la antigua española, instándome para que entrase rgándose de mi equipaje y de pagar y despedir al cochero. Sorpren- también, para una ciudad relativamente pequeña, la amplitud del or de la entrada y la vasta escalera que estaba al frente, llena de as que sostenían las lámparas, en donde fuí recibido por el mayordomo; e condujo á un cuarto de primera, iluminado por dos candelabros de razos llenos de bujías ardiendo; y que se componía de una pieza osa, tapizadas las paredes de paño verde, con iguales cortinas y ra del mismo color, resaltando dos grandes espejos y el mármol de la chimenea y de los muebles. Adentro había una alcoba que ondía al salón, amueblada lujosamente.

a primera necesidad del viajero es siempre comer, y para eso me on á un lejano y espacioso comedor de cristales, en donde había lad de mesitas, unas con caballeros, señoras y señoritas, y otras vacías; alado en una de ellas, fuí servido con cuantos platos y manjares quise, rme á la *carte* (lista) que me pusieron para escoger. Estando en la la principió en la pieza vecina un magnífico concierto de cuerdas, do cuadrillas y polkas. Era que comenzaba el baile del hotel, el cual ver después de la comida, encontrando una concurrencia numerosa de as y señoritas, con elegantes *toilettes*, y de caballeros de frac y corbata a, llevando en la mano, en vez del sombrero doblado como en París, ombrerito de paja de Italia. Mas como ni tenía ánimo ni me creía idado á la fiesta, fuíme á dormir.

Al día siguiente abrí la ventana de mi cuarto y... el mar inmenso, y solitario se veía en el horizonte; y al pie del palacio, entre los uichuelos que pasaban, multitud de *ondinas* jugueteando con las olas, ndose llevar voluptuosamente sobre su blanca espuma, y luégo arrastrar emente hacia la playa.

Tan sorprendente y raro era para mí este paisaje, que me frotaba aún ojos para ver si dormía; y no me persuadí de la realidad sino mucho rato ués que vi que las ondinas, casi todas blancas y rosadas, estaban orosamente vestidas con un traje compuesto de chaqueta holgada y no pantalón flotante, de merino azul, cuyo traje las cubría desde los hasta el cuello, y que llevaban una gorrita de género impermeable

para no humedecer los cabellos. Era que estábamos en el veranc así como Trouville, es una estación de baños muy conc palmente por familias inglesas ricas, que allí se trasladan miembros, y que prefieren el hotel *Frascati*, por estar sobre la allí más cómodos los baños. La fonda, para corresponder á gasta un lujo regio, y da en sus salones conciertos y bailes, y e retretas con la música militar de la guarnición.

La costumbre de bañarse las mujeres en público y ciudad entera, me sorprendió mucho; y sorprenderá también de mi país, por lo cual voy á referir cómo sucede.

En la playa abierta del mar se cerca hasta cierta extensi y esta cerca entra y se acaba en donde está hondo. En la larga barraca ó corredor de madera, con una sola entrada pa y dividida en muchos cuartitos. Las señoras entran, toma cuarto, deja en él sus vestidos, se pone el de baño y se deja las ondas que á sus pies llegan; avanza, y ya está en pleno m de todo el mundo.

La estación del verano es la de los baños, y entonces repleta de extranjeros; y las calles, llenas de mujeres elegan de señoritos presumidos ó de gotosos acaudalados, y los paseo de lindas inglesitas, con sencillo traje de muselina, calzado gr de paja de anchas alas, y un ramo de flores rústicas en la m

Al primer soplo del viento frío todo desaparece como el Havre adquiere su carácter serio, industrioso y comercia le han quitado.

El Havre de gracia es hoy una ciudad preciosa; fu Francisco I al norte de la desembocadura del Sena en el m es de *gracia*, porque aquel monarca le concedió la de que refugiado allí pudiera ser ultimado; y después la humanitar impedido allí las ejecuciones. Es pues el Havre una ciudad los colombianos.

Es tan linda la ciudad, que Casimiro Delavigne decía:

> Le Havre...... charmante ville,
> Elle fut mon berceau: doux climat, sol ferti
> D'aimables habitants... Un site. ¡ Ah quel
> Après Constantinople il n'est rien d'aussi b

La ciudad está situada sobre la ancha playa del mar, q todas partes, viniendo las olas á morir á sus plantas; y el m

sus calles por canales estrechos, y forma en las plazas fondeaderos profundos, siendo uno de los espectáculos más curiosos ver un navío á velas desplegadas atravesar una bocacalle de las centrales, ó un vapor que viene de América y que ha zozobrado, depositar los náufragos en el atrio del teatro. Sobre la ciudad está la costa formando colinas suaves y variadas, cubiertas de verdura y llenas de casas de campo y de aldeas pequeñas y que le da fondo al hermoso paisaje.

Al llegar los buques á la *jetée* ó muelle, los reciben como para darles la bienvenida, dos ilustres hijos del Havre: *Bernardino de Saint-Pierre* y *Casimiro Delavigne*, cuyas estatuas en bronce están al frente del Museo y mirando al océano.

La primera representa á un hombre bondadoso, dulce y tierno, que mira con amor de padre dos niños desnudos que duermen debajo de una mata de plátano, y que son *Pablo y Virginia*.

La segunda representa á un hombre de fisonomía espiritual, en cuya frente se ha modelado el genio, el cual está sentado en actitud de escribir con la pluma en la mano, la mirada en el sol como el águila, atento á recibir la inspiración.

Ser recibidos por huéspedes tales, es llegar á tierra de amigos, sea cual fuere el lugar de donde se venga; porque a todas partes y traducida en todos los idiomas ha llegado la preciosa novela de Saint-Pierre; y muy conocidos son los versos de Delavigne.

Al pie de la estatua de Bernardino de Saint-Pierre, pasaba yo horas enteras admirando el genio del artista que tan bien inspirado había sido al modelarla, recordando el poema de la inocencia y del amor ingenuo; y todas las bellezas de ese idilio encantador.

« Si Pablo lloraba, le mostraban á Virginia, y viéndola sonreía y se apaciguaba. Si Virginia sufría lo sabían por los gritos de Pablo. Jamás llegué aquí, (dice el viejo) sin encontrarlos desnudos, según la costumbre del país, pudiendo apenas caminar, teniéndose de las manos ó abrazados, como representan la constelación de los Gemelos. La noche misma no podía separarlos y los sorprendía frecuentemente acostados juntos, mejilla contra mejilla, pecho contra pecho, las manos mutuamente pasadas en torno del cuello y dormidos el uno en los brazos del otro......»

Nada mas común que las novelas escritas para enseñar piedad, virtud, heroísmo y abnegación ; y en general, nada más infeliz que estas novelas que tienen un propósito deliberado; y tengo que confesar que hasta en la famosa *Fabiola* del ilustre cardenal Wiseman, me ha parecido

que los héroes se mostraban demasiado, y que hay algo de ostentación sus virtudes y en su heroísmo.

La virtud, el sacrificio y el martirio se inspiran como en *Pablo y Virginia* haciéndolos amables y de manera que la sublime lección vaya entre las lágrimas de ternura que el relato precioso hace derramar.

Casto y puro es el amor que se pinta en estas líneas, en que Pablo animado con el fuego de la adolescencia, dice á Virginia :

« Dime Virginia, ¿ por qué encanto has podido tú hacer que te adore? ¿ Por tu talento ? Nuestras madres tienen más que nosotros dos. ¿ Por tus cariños? Pero ellas me besan con más frecuencia que tú. Creo que es por tu bondad. Jamás olvidaré que tú fuiste descalza hasta el Rio Negro para pedir el perdón de una pobre esclava fugitiva.»

Virginia le responde:

« Yo quiero mucho á tu mamá y á la mía, pero cuando te dicen *hijo* mío las quiero todavía más. ¡ Me preguntas por qué me amas ! Porque todos los seres que juntos se crían se aman. Mira, los pajaritos, nacidos y criados en un mismo nido, se aman como nosotros y están como nosotros siempre juntos.»

Esta es la inocencia en el amor, y no la lección retórica de un novelista.

Como Bernardino de Saint-Pierre ha criado á Virginia, así todo padre puede formar á su hija, sin que jamás esté expuesta al peligro de las emociones violentas del corazón ni á las malas inspiraciones del amor.

Pero nos falta el sacrificio y el martirio. Qué espectáculo el de Virginia sobre la proa del navío en el momento de la tempestad y del naufragio, expirando á los ojos de Pablo, en frente de su madre y sobre las playas de la patria, y pereciendo por un esfuerzo de su propia virtud, y por no faltar al pudor, y esto sin ostentación en su martirio !

Un marinero, que es el único que ha quedado con ella en el navío, se le acerca y le dice que arroje su vestido para salvarla, y ella lo rechaza; y todos los que en la playa están le gritan que se deje salvar. Nosotros también le habríamos gritado: « Desnúdate y sálvate, Virginia!» Pero ella, « viendo venir la onda terrible, pone una mano sobre sus vestidos, otra en el corazón, y levantando á lo alto sus ojos serenos parece un ángel que torna su vuelo hacia los cielos.»

Séame permitido contar una anécdota á propósito de *Pablo y Virginia*.

Vivia yo en Caracas, y era amigo mío un señor polaco, que había elegido por esposa á la muchacha más sentimental, más *romántica* y más extravagante del mundo: y su marido, queriendo desimpresionarla, me pidió consejo sobre una novela que la señora pudiera leer sin acabar de

ar su ya ardiente imaginación. Aconsejéle á *Pablo y Virginia;* y yo no le llevé la novela.

Pocos días después fuí á visitar á los esposos, y en el curso de la ersación le dije á la señora, en presencia de su marido:

—¿ Le gustó á usted la novela ?

—¡ Oh ! sí, me contestó. Es divina, arrebatadora; mas ¡ ay ! ¿ en dónde ntraré yo un Pablo ?

Va otra:

Cerca de la casa de mi familia, en Bogotá, vivía un matrimonio de dos s amantes, que salían siempre juntos y de brazo, y aunque el marido se ba Leoncio y la mujer Bernarda, el público dió en llamarlos *Pablo* y *inia ;* y como no tenían hijos, se habían dado á cuidar canarios, cuyas medades conocían y sabían ya curar. Un día á mi sobrina Adela se ermó el predilecto canario, y en el afán se fué donde los vecinos, y el pie de la escalera les gritaba, confundiéndolo todo:—Don *Canario,* á *Virginia* que me salve mi *Pablo !*

Esto les pareció una burla, se pusieron furiosos y dejaron morir al animalito.

El Havre tiene cien mil habitantes, como Bogota ; y ocupa dos veces ensión de ésta; está dividida en dos: la *vieja ciudad*, de piedra negra, de angostas y dedicada á depósitos y almacenes de frutos tropicales y á ación de constructores de buques, pilotos y marineros; y la *nueva d*, toda de palacios, casas elegantes y hoteles magníficos, atravesada es grandes *boulevares*, con calles anchas y rectas, y que es el sitio del cio y la residencia de las autoridades y de los ricos armadores y es negociantes de frutos tropicales.

Pasé en el Havre un año entero sin volver á París y mi permanencia ubiera sido feliz, si mi familia hubiera estado conmigo ; pero envié is dos hijos que había dejado en Londres, los puse en una pensión sa en el campo, á donde podía yo ir todos los jueves en la noche á con ellos y siempre que tuviera necesidad; y ellos venían á la ciudad á conmigo los domingos. En esa pensión no olvidaban el inglés, poco á poco aprendiendo el francés, y yo podía vigilar su educación. as casas de educación en que estuvieron en Europa fué la que más me fizo.

Instaléme en la calle *Gustave Casavan*, bien central, en una muy ita casa de esquina, en donde vivían dos señoras de quienes ya he lado: Madame Augé y su hermana, sin otro huésped que un joven és Blumentall, de noble carácter y sencillas maneras ; y era asistido

por ciento ochenta francos mensuales (treinta y seis fuertes), teniendo u sala para el despacho del consulado, otra para recibir á mis amigos, u alcoba con muebles, ropa de cama, servicio, desayuno, almuerzo y comid con vino.

Puede juzgarse que por tan módico precio ni la comida sería abundante ni el vino bueno; pero yo lo encontraba siempre todo exquisito, pues las señoras me estimaron mucho: jamás tuvimos una disputa con ellas, y al cabo del año, en que nos separámos, éramos muy buenos amigos, y conservo de ellas una grata memoria.

Es el Havre el puerto principal de Francia, sobre el Atlántico, grande astillero y estación de los vapores inmensos y suntuosos que hacen la travesía entre Francia y los Estados Unidos. Además, es la plaza principal del mercado de café, después de Londres y La Haya, y de muchos otros frutos tropicales, todo lo cual produce grande animación y da vida cómoda al pueblo, compuesto de marineros, carpinteros y pilotos. Y para seguridad y acomodo de los buques se han hecho allí magníficos canales de piedra que van hasta el centro de la ciudad, y una obra llamada la *jetée*, que es una lengua de piedra que se avanza mucho entre el mar, viniendo las olas embravecidas á estrellarse contra la punta, y que está siempre bañad por las que llegan á uno y otro lado.

Allí iba yo á las seis de la mañana siempre, á respirar el aire vivi cante del mar; á ver el sol iluminar y dar color de fuego á sus mil onda á ver entrar las barquetas de los pescadores que habían pasado la noc mar afuera echando sus redes y cantando; y sobre todo á ver llegar co fatigados, esos gigantes que venían del otro extremo de la tierra, naves largo curso que parecían traer los recuerdos de sus maravillas y el eco d ruido de sus montañas.

Hay en la *jetée* una corneta enorme, que al impulso de una máqui de vapor da sonidos roncos y prolongados como el bramido de monstruo marino, cuando el mar está agitado y el canal oscuro; sonid que se oyen á cinco millas de distancia, y que indican á los bajeles dón está el puerto, y que no cesan un punto mientras reina la oscuridad.

La casa de los pilotos está cerca de la *jetée*; todos ellos tienen en gorro el número del bote á que pertenecen, y éste se halla listo en el pue para ocurrir en el momento del peligro, según el orden que le correspon y todos los días tienen que entrar en batalla para cumplir con su deber alegres y contentos desafían la muerte.

Un día, yo lo presencié, la corneta sonaba sin cesar, pues el horizo estaba oscuro y tenebroso. De pronto se oyó á lo lejos un cañonazo pidien

salvación. El capitán de los pilotos estuvo en el acto en el puesto; y al enviar el bote de salvamento y al ver el mar terriblemente embravecido, él, que estaba habituado á domar las tempestades, se sintió conmovido, y les dijo á los marineros:

—Valor y serenidad, muchachos! Yo quisiera irme con ustedes, pero no puedo. ¡ Valor ! ¡ Es preciso ! Adiós !

El bote estaba montado por doce marineros y un piloto.

Al día siguiente todos acompañábamos á la iglesia los féretros de los trece marineros.

El navío que habían ido á socorrer se había refugiado en Dieppe.

Se han levantado sobre la costa y en la colina de *Sainte-Adresse* dos torres elevadísimas, en las que se ha puesto un faro iluminado por luz eléctrica, producida por máquinas de vapor; y pude observar en un viaje que hice á Southampton, que el mar está de noche alumbrado y claro como si fuera de día, y en una extensión de más de una legua.

SAINTE-ADRESSE es una aldea poética y sencilla que domina al Havre, y en la cual hay una iglesia gótica, erigida á *Notre Dame des Flots* (Nuestra Señora de las Olas): iglesia que está siempre como una capilla ardiente, por los mil cirios y bujías que allí van á encender las esposas de los marineros, por promesas que hacen con sencilla fe cuando están ausentes, y que juntos y gozosos van á cumplir á la vuelta; y los muros están completamente cubiertos de ex-votos, inscripciones en mármol y relación de los beneficios hechos por la Virgen cuando la invocan en el mar.

El camino que á *Sainte Adresse* conduce no tiene rival, pues se va ascendiendo lentamente: á la izquierda se divisa el mar, tranquilo ó agitado, siempre hermoso, los navíos que salen, ó los que entran á la ciudad, la playa llena de mujeres bañándose en verano, de pescadores que enjugan sus redes ó recogen cangrejos en la arena ó que se lanzan á las ondas en el invierno. Y del otro lado se ven quintas preciosas de todos los ricos de París que allí vienen á pasar el verano, ó de los comerciantes del Havre que allí viven; y cuyos jardines se pueden admirar al través de las verjas de hierro ó en las grandes portadas.

Allí tenía una casa rústica Alfonso Karr y un precioso *château* la Reina Cristina, de España, á donde se retiró después de haber gobernado en medio de la mayor grandeza y esplendor la hermosa Península.

Visité la primera por amor. Fuí al segundo (¡oh vanidad de vanidades!) por conocer al *Duque de Riánsales*, marido de la Reina, y hermano del señor don Juan Gregorio Muñoz y Funes, Ministro de España en Venezuela, cuando yo estuve allí, y mi amigo en una época en que yo, joven todavía,

Si de nuestra parte está la ventaja de una eterna primavera y la de flores y frutas juntamente, no debemos desperdiciarlas, dejando sin vo nuestros campos, y desierta, agreste y desapacible una región como ana de Bogotá: é incultos y salvajes esos paraísos de la tierra templada, e la naturaleza es tan fecunda y tan hermosa.

Cuando en Europa se ve en el centro de la ciudad, y en la ventana de buhardilla, á una pobre costurera cultivar con amor una mata de aca; cuando se ve felices á las familias que tienen media porción de , con una casita que llaman *château*, cubrir de flores esa cuarta de y pasar allí el verano cultivándolas; cuando se ve á las ciudades hacer s enormes para mantener parques y jardines públicos, como una nece- social, es cuando se comprende el poco amor que la naturaleza inspira colombianos, el salvajismo en que vivimos en los campos, y el repug- aspecto de nuestras ciudades.

En el Havre hay varios parques; uno de ellos es espléndido, está al del *Hotel de Ville*, adornado con dos hermosas pilas, y en él, con gual esmero, se cultivan las flores de la estación; y es curioso ver te una semana el jardín cubierto de anémonas, cuya vida es breve, y mingo siguiente no encontrar sino rosas de todas clases y de todos los es. Después venir los lirios, blancos y morados, y así sucesivamente r de flores, hasta que con los últimos rayos del sol vienen las dalias.

Este parque tiene varias calles que, tomando diversas direcciones, ergen todas á un centro común ; y en él se ha levantado una plata- a, en donde la banda de la guarnición da retretas los domingos á las e la tarde, y todas las damas van allí, en su coche ó á pie, y asisten al erto, paseándose por las diversas calles para lucir los trajes elegantes, tadas en cómodas sillas de fierro que están repartidas por el parque.

Dale á la ciudad esta costumbre un aire de animación y de fiesta muy al extranjero, y con frecuencia da ocasión para que los amigos lo nten á las familias con quienes se encuentran, aumentando así todos las el círculo de sus relaciones.

Hay otro parque, siempre solitario, adonde apenas llega el rumor de itada ciudad, cubierto de árboles seculares, cuyas hojas, agitadas por la que sopla del mar, producen el ruido melancólico que se oye en tros bosques; y allí, pensando en los seres amados que en la patria dejado, pasaba yo largas horas haciendo planes de parques y jardines había de levantar, y que habian de encantar las risas y los juegos de hijas.



CAPITULO XXXII.

Un colegio de Jesuitas—Iglesias—Matrimonios—Hoteles—Entierros—Comidas—Bailes—Teatros—Despedida.

EN el centro de un vasto parque de árboles frutales, y en medio de jardines tienen los padres Jesuitas el colegio de *San José*, en el Havre; mi balcón lo dominaba, yo me entretenía viendo á más de doscientos niños salir en comunidad á jugar y á divertirse: á un toque de la campanilla disolver la comunidad, dispersarse por el parque, dar vueltas al rededor, correr y saltar uno tras de otro y alcanzarse, mientras que dos padres vigilantes se paseaban por el centro del parque conversando y tomando un rayo de sol. Ninguno de los niños atravesaba un palmo más allá del recinto señalado á sus juegos, ninguno trepaba á un árbol ni cogía una fruta ; y en el momento en que el campanillazo sonaba dejaban todos interrumpidos los juegos y venían á tomar contentos su puesto en la comunidad.

Estos niños eran casi todos bonitos, estaban muy bien cuidados, dentro del colegio andaban con sus vestidos de paño gris bien arreglados; y los domingos salían de uniforme, consistente en una levita militar con botones dorados y una cachuchita de paño con el nombre del colegio bordado en letras de oro.

« Los padres de familia, me decía un amigo, que no quieren enviar sus hijos á los liceos y colegios que el gobierno sostiene, los mandan todos á los colegios de Jesuitas, que son los más aristocráticos, y que tienen sobre los privados las ventajas de que la educación que en ellos se recibe es más

clásica y más amplia, y que como tienen rentas cuantiosas no especulan con el infeliz colegial, quitándole por economía los alimentos necesarios ó privándole del fuego en el invierno. Además, apenas salido un joven del colegio, siendo digno, ya tiene una posición conquistada con el apoyo que le da *la Compañía* y con las relaciones que del colegio saca con los nobles y ricos del país que han sido sus condiscípulos.»

Dos grandes iglesias tiene el Havre: *Notre Dame*, situada en la calle de París, que es un templo latino, pesado, de arcos elevados y un arco toral muy atrevido, y que es la iglesia matriz; y *San José*, templo nuevo, de torres elegantes y muy hermosas pinturas, que es el de la parroquia donde se practican todos los matrimonios y todos los entierros. Esta iglesia estaba frente á mi casa, y esto me dió ocasión para observarlo todo.

Siempre está guardada por un *suizo*, el cual, vestido de calzón corto, gran casaca y sombrero de tres picos, lleva una larga cadena de fierro al cuello; pero en los días de ceremonia este vestido está todo bordado de oro, como el de un general, el sombrero galoneado y con plumaje blanco, y la larga cadena es de plata, lo mismo que una gran maza que en la mano lleva.

Los matrimonios se celebran en Francia primero en la *Mairie* (alcaldía), á donde se dirigen los novios en un coche especial, según la riqueza; pero generalmente adornado de paño blanco con bordados, el cochero, con lujoso vestido, y dos lacayos de librea blanca.

Es preciso que las novias sean muy pobres para que no vayan vestidas de blanco (creo que habrá trajes de alquiler para la ceremonia), ó para que no vayan en coche; y detrás del de ella van el del novio, los de los padrinos, parientes, amigos y convidados á la boda. Como diariamente hay cincuenta ó sesenta matrimonios en la *Mairie*, todos de diversas condiciones y categorías, es de verse la entrada y salida de coches en el jardín, y el ruido y la algarabía que hacen los cocheros para mantener su puesto y estar listos para, cuando su respectiva pareja salga, seguir á la comitiva.

De la *Mairie* viene la comitiva á la iglesia para la celebración del matrimonio católico, ceremonia que por fuerza es la misma que en nuestro país se celebra; pero en algunos casos se hace con tal solemnidad y pompa que la iglesia se llena de convidados, se canta en el coro durante el acto, con orquesta magnífica; y en vez de un padrino y una madrina, cuatro caballeros y cuatro señoras vestidas de blanco desempeñan estas funciones. No siempre sigue, como entre nosotros, una misa á la ceremonia, acabada la cual, recoge la novia una colecta para los pobres.

Concluida la ceremonia, salen los felices esposos á celebrar *la noce* en su palacio ó en su casa, en un hotel ó en el campo, pues todo matrimonio

tiene fiesta: toda novia pasea en coche descubierto por la ciudad, ó á pie y precedida de violines por el campo; y hay hoteles en *Sainte Adresse*, que dicen «*Para novios*, almuerzos abundantes y con vinos exquisitos, á cuatro reales por persona.»

Los matrimonios en Francia, en general, no son la unión de dos amantes; la posición social, la fortuna, la conveniencia ó la identidad de profesión ó de intereses, entran por mucho en las uniones. Pero á despecho de Balzac y de todos los escritores de costumbres, yo creo estas uniones felices, porque se identifican los esposos en gustos, creencias y aspiraciones, de tal manera, que al cabo del tiempo el uno no podría vivir sin el otro; pues el hombre complace todos los deseos de su esposa y ésta se interesa vivamente en el porvenir y fortuna de su marido.

Habiendo tan distintos rangos sociales en Francia, que tienen costumbres tan diferentes, difícil es describir caracteres que puedan comprender á personas que pertenecen á estos rangos; pero exceptuando la nobleza y la *bourgeoisie* ó clase opulenta de la sociedad, en las otras esferas la esposa es una eficaz cooperadora de la suerte de su marido, y corresponde dignamente á su misión.

La esposa del comerciante va al almacén, lleva las cuentas, se interesa en los negocios y comprende que todo cuanto aquél gane es de la fortuna común, y que cuanto ella economice será más tarde patrimonio de sus hijos. Lo mismo le pasa á la del artesano, fabricante, &c.

El orden y la economía, virtudes tan absolutamente desconocidas entre nosotros, son cualidades distintivas del pueblo francés; y así como en Inglaterra los grandes capitales se deben á las empresas sobre la India ó sobre América, en Francia la fortuna pública está levantada sobre los ahorros acumulados por los particulares, que se van multiplicando repetida é infinitamente, y formando una masa inmensa de riqueza, debida principalmente á las mujeres.

Antes del matrimonio se otorga entre los que van á ser esposos la escritura de esponsales, en la que consta lo que cada cual lleva para ayuda de las cargas del matrimonio. Esto es un depósito sagrado contra el cual no atentará ninguno de los esposos; y calculada la renta que este capital ha de producir, agregado el trabajo personal cuando lo hay, se arregla el presupuesto de la vida de los esposos en el porvenir, ley que jamás se viola.

No se crea que hay avaricia en esto; no es un vicio lo que allí reina, es, al contrario, la virtud, grande en un francés, que ama el placer y goza tanto en él, de sacrificar algo de estos placeres, por la tranquilidad del porvenir ó la dote de su hija ó la educación de su hijo.



El amor á los hijos, instintivo en todas las criaturas, t
hombres diversas formas, según las costumbres y la educac
pueda asegurarse cual es la más benéfica para la humanidad.

Se interesan más los franceses en el porvenir de sus
colombianos, les hacen más sacrificios que los ingleses, son m
en su amor de padres que los alemanes, y sin embargo, de ell
con más facilidad que todos los otros; y los confían de niños
del campo, y después los tienen en los colegios, liceos ó co
internos, y de allí no salen hasta que deban tomar estado ó
profesión.

Las niñas, en general, son educadas en los convento
excelentes planteles de educación, que abrazan todos los ra
útil á la mujer, y en los que se cuida á las niñas con amor y so
cultivando su virtud y su inteligencia; y las madres ponen
esos establecimientos á sus hijas, las cuales serían un grande e
hogar, porque hay que estar en la fábrica, en el taller, en el a
tarea diaria, sin poder atender á ellas; y las madres quieren ed
hijas y luégo colocarlas lo mejor posible y que sean felices.

Ordinariamente, cuando la hija hermosa, culta y bien ed
del colegio, es el encanto y la alegría del hogar. Para ella hay
y diversiones, en los cuales casi siempre encuentra al hombre
ha de desposar, y en el cual ya sus padres habían pensado.

Una niña que nada del mundo conoce, sencilla é i
encuentra un hombre que la estima y la hace disfrutar de una
y de placeres que ella había imaginado, no concibe que haya
le hace falta nada; y, como un dócil rosal, se deja guiar dic
hombre, y toma la forma que él quiere darle, á fin de que s
vida, uno en el trabajo, uno en la gloria y uno en el dolor.

Sea cual fuere la condición de la pareja, si no es la de la miseria, siempre hay tiempo de dar una vuelta por el parque de la ciudad ó de recorrer las calles iluminadas; y la pareja, antes de ir á su casa á dormir, se proporciona ese placer inocente, que juntos gozan y saborean. El marido y la mujer han trabajado cada uno en su taller hasta que oscurece, y en vez de ir entonces á prender candela la cansada mujer para hacer una mala sopa, se van á una *asistencia pública*, en donde por medio real encuentran dos tazas de caldo refocilante y nutritivo, que les devuelven las fuerzas.

Los consumos en común son más baratos, según lo enseñan los principios económicos; y en Francia se ha resuelto el problema de dar á estos consumos toda la comodidad, sabrosura y elegancia que se quiera, haciéndolos siempre más baratos que en las casas particulares.

Una pareja acomodada, en vez de mantener un sin número de criados, enojosos y muy caros, y de imponerle á la señora las indispensables molestias de la casa, come los más delicados manjares en la *Maison d'Or*, ó varía todos los días, á su capricho, de restaurante; toma ricos vinos, está en agradable sociedad, y todo esto por un precio inferior al que le costaría uno solo de esos platos preparado en su casa.

Las costumbres, muy plausiblemente, autorizan la concurrencia de las señoras á los clubs, hoteles y restaurantes; y los hay para todos los rangos, desde aquellos en que se sirve en porcelana magnífica y cubiertos de plata, como el *Frascati*, en el Havre, en mesas ó gabinetes especiales, hasta el *table d'hôte* (mesa redonda) de una cantina de marineros; desde el comedor fantástico, en donde come un lord con su familia, hasta el sencillo *Duval*, á donde va el literato con su amada mujercita á improvisar el folletín del día siguiente.

Hablemos del *Duval*. Un francés de este apellido observó que los espejos, los dorados, el lujo y la ostentación, que no se comen y que se usan en los hoteles, y sobre todo, el terrible *pourboire* encarecían mucho las comidas, sin provecho para los concurrentes; y se propuso fundar restaurantes sin lujo, tan sencillos que la comida se sirve hasta sin servilletas, y por pobres muchachas que no aguardan el *pourboire*; pero con carnes exquisitas, tortas deliciosas, vejetales frescos y vinos legítimos. Los *Duvales* se llenaron de todas las gentes que sí quieren comer bien y que no gustan de la ostentación. Duval hizo una gran fortuna, y los *Duvales* se han extendido por todas las ciudades de Francia.

Una mañana que amanecimos de buen humor el señor Caraballo, mi amigo en el Havre, y yo, resolvimos ir á almorzar á la *Asistencia pública;* establecimiento que tiene por objeto dar á los pobres de comer, á un ínfimo



[illegible] y [illegible] entrámos no sin aprensión, á un salc
á los antiguos refectorios de los colegios públicos de Bog
de madera para sentarse y mesas fuertes para servir la c
[illegible] había poca gente, y sólo se notaba bullicio
donde se expendía el caldo para la calle, pues allí mucha
agrupadas aguardando impacientes, y hacían mucho albo

En el salón, y en una mesa cerca á la que nos tocó, e
[illegible] dos señoras pobres y una niña descolorida, co
noticias del día, mientras les alcanzaban su caldo; y lo ha
misma cultura y gravedad, como lo haría Mac-Mahon
duquesas en el comedor del Elíseo.

En tazas de peltre le fueron alcanzando á cada c
serviasele éste sin agregado alguno al que presentaba u
centavos con un pedacito de pan al que la daba por valor
y á quien la traía por cinco, añadíanle un pedazo de carne e
conversación no se interrumpió por esto, mezclando las pa
y las sentencias del soldado á las cucharadas de caldo. N
ni de grosería entre estos mendigos.

Servido nuestro caldo, nos mirámos el señor Caraball
á la verdad mal aspecto; pero lo que para nosotros iba á s
para otros iba á ser una delicia. Yo ofrecí el mío á la niñi
Caraballo á una cieguecita que llegó después.

Estábamos en medio de los mendigos, entre la últim
pueblo; y ni las personas presentaban aspecto repug
[illegible] el lenguaje y las maneras de la buena sociedad.

Otra noche nos fuimos al centro de la ciudad vieja, á
que entraban artesanos con sus mujeres; y nos encontrám
mejores restaurantes, una *dame de comptoir* (señora del m

tósigo que llamaban *vermouth*): lo saboreaban, lo ponderaban, y seguía el narrador con sus aventuras de mar.

En otra mesa todos hablaban, se arrebataban la palabra, se contradecían, hacían gestos, señas de horror y aspavientos. Era que conversaban sobre un ratón que había salido de entre el entablado á recoger las migajas que caían. Aquéllos tomaban entre todos una botella de vino tinto.

Retirado en un rincón estaba un ebrio, queriendo desenmarañar de su cabeza algo como de política; y su mujer le hablaba al oído con tono misterioso y señalaba á los otros, como para indicarle que callase.

Tenía las manos juntas sobre el hombro de un joven de cachucha, pálido y extenuado, que parecía ser estudiante, una muchacha bonita; y sobre la mesa había dos copas, una con *ajenjos* y otra con una fruta en aguardiente, él bebía con frecuencia, ella le daba pequeños mordiscos á la fruta.

En varias mesas jugaban formalmente á los naipes, *ecarté*, grupos de cuatro personas como en el mejor salón de París; y se oía de vez en cuando que decían: el uno *¡Roi de trèfle!* el otro *¡Roi de carreau!*; y después de que contaban y arreglaban las cartas, el que perdía se levantaba y pedía que renovasen las copas.

Empeñados en un juego de *dominó* estaban otros; y supongo que el que lo perdía pagaba; pero lo jugaban tan despacio que no lo vimos acabar.

Muchos no tomaban, sin duda, porque no tenían con qué pagar; se paseaban en la sala, veían á los jugadores ó tomaban parte en sus conversaciones.

Una partida de marineros que entró haciendo sonar los cristales de la puerta, pisando recio y haciendo alboroto, apenas llamó la atención de los diversos grupos, que siguieron con sus respectivos entretenimientos.

Los marineros, por su parte, como si estuvieran ellos solos, tomaron sus bancos, pidieron coñac y empezaron á beber, á reír y á cantar.

Indudablemente el pueblo francés no es pendenciero ni beodo; y en la noche del *28 de Julio*, día de la celebración de la fiesta nacional, yo vi á todo el pueblo de París entregado á la más loca diversión, y no noté un ebrio ni presencié una sola pelea. Los franceses forman el pueblo más culto de la tierra.

Los ENTIERROS en Francia corren á cargo de una gran compañía encargada de las *pompas fúnebres;* y son más ó menos suntuosos, según el caudal del muerto y la vanidad de la familia; pero hay una costumbre muy bella que no la practica nuestro clero, y es la de que todo el que

muerto, por miserable que sea, es conducido á la iglesia, donde le rezan u responso; y el sacerdote mismo le va pasando el hisopo de agua bendita cada uno de los hijos del muerto para que, como de despedida mística tierna, rocíe con el agua santa el cadáver del pobre.

En los entierros de los aldeanos en los campos, hay la rara costumbre de que el cadáver, llevado en hombros por los otros aldeanos, va precedido d un hombre tocando trombón ; y haber oído esos lúgubres sonidos en medi de la soledad, al atravesar un sendero cubierto de árboles sombríos, y ver sencillo y triste cortejo, y escuchar el eco que se repite en las paredes d rústico cementerio, es una de las emociones más poderosas que mi alma h experimentado.

El cadáver no se viste como entre nosotros, sino que es envuelto e una sábana blanca, lo que es más respetuoso ; y no se exhibe, sino qu permanece en el lecho hasta que es puesto en el féretro para ser conducid á la iglesia. La sala mortuoria y la entrada de la casa se enlutan ; y en puerta se pone una gran cortina de paño negro con las iniciales ó nombre entero del muerto.

El cadáver es conducido á la iglesia, á la hora misma de la ceremon en un coche de lujo, y tirado por dos ó más caballos negros con penach de plumas en la cabeza.

La puerta de la Iglesia se cubre con una gran cortina de paño terciopelo negro con las iniciales del difunto ; la iglesia se enluta, pero hay la profusión de luces que se acostumbra entre nosotros. La ceremon en general, no es suntuosa ; pero la concurrencia aun de los entierr pobres, es muy numerosa.

Asisten todos los miembros de la familia y todos los pariente amigos, que van llegando en su coche y tomando su puesto en la ce monia. Mientras ésta dura, los coches están en la calle aguardando, cocheros bebiendo y peleando ; y cuando se concluye la ceremonia, colocan en orden. Va el coche mortuorio adelante, luégo el de la viu luégo los de los hijos: el médico, los parientes, los amigos y los convidad formando una larga fila hasta el cementerio.

Allí, todos echan pie á tierra y van desfilando delante del hijo ma ó del más próximo pariente, quien, parado en la puerta, despide el cort con tal serenidad y ceremonia como si estuviese en una recepción dip mática.

La suntuosidad en los entierros está en el lujo desplegado en la iglesia y en el mayor número de coches que forman el cortejo ; y según que las iniciales sean de plata ú oro, y la altura de los penachos que los caballos

del coche llevan, puede calcularse la fortuna del muerto. Pero todos los entierros tienen su tasa, su arancel limitado; y la *compañía de pompas fúnebres*, no puede hacer lo que *las agencias mortuorias* de Bogotá: pedir por un entierro lo que forma la fortuna de una familia.

Cuando yo refería en París que el entierro del señor Santamaría había costado quince mil francos en Bogotá, lo tuvieron todos por una exageración increíble de mi parte. Los entierros buenos y comunes cuestan allí cincuenta pesos.

Todo cadáver es enterrado en el suelo; el cementerio público queda fuera de la ciudad. Las familias ricas se hacen construír, en el suelo también, osarios sobre los cuales hacen levantar capillitas góticas; los acomodados cercan el recinto con una verja de hierro; y sobre las huesas de los pobres se pone una cruz.

Los cementerios están muy bien arreglados y cuidados; y como la costumbre de colocar coronas de inmortales, de abalorio negro con letras blancas ó de rosas sobre las huesas de las vírgenes, es muy general, el aspecto que presentan no es sombrío ni aflictivo.

Los hijos, la viuda ó los más cercanos parientes, reparten tarjetas en la ciudad y las envían fuera á todos los amigos, relacionados ó conocidos, dando parte del fallecimiento de la persona, con su edad, títulos y condecoraciones, si las tiene; y en muchas se indica también quién es el heredero del título ó el sucesor de las funciones de padre de la familia.

LAS COMIDAS en Francia son muy sabrosas, el pan exquisito y el vino delicioso; pero hay el pequeño inconveniente de que si el viajero se descuida, los alimentos no nutren, el pan no es de trigo ni el vino de uvas; y por esto la policía tiene que estar en las panaderías, en las bodegas y en los restaurantes, evitando las falsificaciones peligrosas y dejando correr las pegatas inocentes.

Almorzar, comer ó cenar en un buen restaurante, es un placer de gastrónomos, pues la cocina francesa, reunión de todas las del mundo, ha venido á ser la mejor. Cada plato, cada manjar, se prepara con arte: va con la salsa que le corresponde y es servido en la forma que conviene, caliente y entre llamas, ligeramente tibio, frio ó helado, siguiendo las diversas sensaciones del paladar, y satisfaciendo los caprichos del estómago.

El que quiera tomar *nidos de golondrinas* tan bien preparados como los que se le sirven al Emperador del Celeste Imperio, allí los encuentra: al que le gustan los caracoles, se los sirven tan frescos como los que hay en los campos de Fucha, y las ostras vivas y palpitantes se sirven en el fondo de la concha; pero el que quiera buen beafsteak, papas bien cocidas y sopa

suculenta, es igualmente bien atendido. El café es malo, el té no sirve; y el chocolate es delicioso.

Tiene el pan un precio señalado por el Gobierno, y siendo de superior calidad al nuestro, es más barato. Dos libras de pan valen un real; y se fabrican panes de una vara de largo, tostados hasta el centro y que se rebanan con facilidad.

El vino puro es el más difícil de obtener; pues los viñedos no alcanzan para el comercio del mundo, y el consumo interior es sacrificado. Cuesta una botella del legítimo ordinario, de dos á cinco reales. El fino es muy caro.

Las mismas cosas, é igualmente sabrosas, se sirven en otras fondas y restaurantes por la mitad y hasta por la cuarta parte del precio. ¿ Se puede hacer esa economía ?

La exquisita sopa de tapioca que allí sirven, no es precisamente de tapioca, sino de los restos del almidón que van en la ropa sucia y que las lavadoras no desperdician, ni los hoteleros tampoco. El delicioso pescado con salsa blanca, viene de los muchachos que por donde quiera buscan lagartijos y toda clase de animales. Las chuletas provocativas, no tienen del cordero sino los huesos que han servido para el uso de tres generaciones sucesivamente, y en los cuales todos los días se arman nuevas chuletas con los despojos de los otros hoteles ó de las casas particulares. Esas verdes aceitunas y alcaparras, son bodoques de masa con hueso ó semillas postizas, dado el color con óxido de cobre, y producen cólico. El conejo es gato ó ratón; el beafsteak es de carne de caballo ó de asno; el pan es de harina de papas inflada con soda; el vino, sumo de palo campeche de Colombia; el café, agua de chicoria quemada, y la mantequilla espumas del Sena.

Son tan generales las falsificaciones y tales los estragos que causan en la población, que el Gobierno mantiene en todas las ciudades un laboratorio químico, abierto constantemente, para que á toda hora del día y de la noche se puedan llevar allí los licores y alimentos que se expenden al público, á fin de que sean examinados, y se vea si contienen venenos ó sustancias dañosas, é impedir de este modo la muerte de muchas personas y el envenenamiento de las poblaciones.

Fué una fortuna para mí el que durante mi permanencia en el Havre, por no haber en la casa donde vivía mas que cuatro personas y entre ellas las dos señoras interesadas en los alimentos, y ser mesa común la que allí había, no me tocara comer estas porquerías, aunque la comida era muy ordinaria y muy sencilla.

Para complaceneia mía en la casa de la madre del señor Caraballo, á la

que con frecuencia era invitado á comer, encontraba todo lo exquisito de la comida francesa, y algunas veces platos á la *criolla*.

Era esta señora una mujer de sesenta años de edad, de carácter enérgico, franca como las americanas, de trato admirable: ciega, y madre de un jóven á cuyo cargo estaba el consulado de México, y que desempeñaba el de Colombia cuando los cónsules se ausentaban.

Su historia había sido bien triste. Nacida en la opulencia, en el seno de una familia de Santo Domingo, se enamoró de un español que á la isla llegó, casóse con él, tuvo una niña y luégo entregó su fortuna al marido. El español se fué á París, estableció un tren magnífico, y olvidóse de la linda criolla entre el juego, el champaña y los atractivos parisienses; pero ella le amaba mucho, fué á buscarlo, y logró atraerlo á su hogar. Era ya tarde, la fortuna estaba disipada, el vicio había gangrenado el corazón del esposo, tenia muchas deudas; y perseguido por todos, se levantó la tapa de los sesos, dejando á su señora próxima á un alumbramiento, y con una niña de cuatro años.

Encontróse en tierra extraña, sin parientes, ni amigos, echada de la casa en que vivía, embargados los muebles ; y sin amparo en la vida no hizo más que llorar, y de llorar se volvió ciega, antes de que viniera al mundo su segundo hijo. Cuando esto sucedió, hubo para ella, como una transfiguración en su espíritu: la débil y sensible mujer se hizo fuerte ; y la falta de la vista la suplió con los recursos de su fecunda inteligencia. Puso á la niña en un convento, y se estableció, con lo que pudo realizar de sus joyas, en una ciudad secundaria, atendió á su subsistencia y educó perfectamente á su hijo. La hija grande ya, no quiso dejar el convento y profesó.

El joven era, cuando yo lo conocí, un cumplido caballero español, con toda la cultura y elegancia francesa ; supo devolver á la madre en amor, atenciones y cuidados, el esmero que ella había tenido con él ; y en la casa de la ciega y del hijo, pasé mientras que estuve en el Havre las mejores y más sabrosas horas. ¡ Qué talento de mujer ! Indudablemente el cerebro americano está mejor organizado ó tiene más fósforo que el cerebro europeo; y esa espontaneidad del pensamiento, esa claridad de ideas, esa facilidad de comprensión, esa luz que despide en donde más se pueden apreciar es en una mujer como la señora Gordon de Jovec, olombiana que conocí en Caracas, ó en la señora Caraballo en el Havre.

La señora Caraballo tenía la particularidad de que ella misma, siendo completamente ciega, ayudada de una sirvienta, preparaba la comida con

na y sombrero de anchas alas ; las mujeres redondas, cachetudas y as, usan zapato delgado, medias de listas rojas, traje que llega hasta la la, corpiño ajustado por delante y una alta cofia almidonada. Estas as más célebres y las que más me gustaron.

Los BAILES PÚBLICOS en Francia son muy frecuentes, se dan por el erno en Versalles, por la Municipalidad en el *Hotel de Ville*, ó Casas istoriales, por el Presidente en el Elíseo, en París, y por muchas otras dades é instituciones en diversos lugares ; pero en ellos lo que hay de rable es que jamás se confunden los rangos, ni las clases, ni las condi-s, y esto sin esfuerzo de la policía ni de las autoridades. No hay en ellos dalos ni retraimiento de las señoras, ni preocupaciones sociales que dan su concurrencia, ni nada de lo que existe en nuestro país y que ibuye á hacer de la ciudad de Bogotá, unas veces un monasterio, otras artel y otras una penitenciaría donde sólo se ven hombres.

En el Havre fuí invitado á tres bailes públicos, de diversas categorías, stinto círculo y con diversos propósitos; á todos los cuales concurrí.

Fué el primero un *Baile de caridad* dado por las autoridades en el l de Ville para levantar un hospital; y al cual llevé á mis dos hijos que vieran una fiesta suntuosa antes de volver á su país, y para ibuír á la obra de caridad. La boleta costaba veinte francos.

El Hotel de Ville es un hermoso edificio, cuya fachada ocupa más de cuadra, teniendo en el medio una gran portada, por la cual pueden r y salir á un mismo tiempo muchos coches; y está situado en la parte tal de un hermoso parque que tiene más de cuatro cuadras de sión. Esa noche el parque estaba doblemente iluminado, y la fachada dificio resplandecía de luz.

Nuestros coches (yo iba con la señora y señorita del Cónsul inglés, mis con una familia inglesa, y el Cónsul inglés había cedido su coche á la ra de la pensión en que estaban mis hijos), se detuvieron al pie de la era, convertida en un recinto de luz; de ahí subímos á los vastos dores, adornados de laurel y flores, y entrámos á los salones, suntuo-nte preparados para la fiesta.

No había tenido hasta entonces ocasión de ver el lujo que en Francia sta en el vestido y en las joyas, el buen gusto de los vestidos y la za en diamantes que cada mujer llevaba en el cuello, y quedé sorpren-. Trajes de terciopelo ó de moaré, colas que arrastraban más de tres s, llevadas con majestad romana ; flores artificiales de admirable ación; y cuanto la imaginación mujeril puede soñar para seducir y r estaba allí reunido por las señoras de los ricos armadores, las

del Departamento, el cual había venido de Ruan á la fiesta
grande uniforme; y la señorita Bernal, su hija, vestida de gró col
se hallaba al frente con el cónsul italiano, de edad de sesenta a

Tan feliz se mostraba la señora, como satisfecha la seño
las nociones sociales en Francia son totalmente distintas á la
en donde una señora casada no tiene puesto en los bailes, una
sólo á la iglesia, y las chicas no gustan sino á los *pepitos* con qui
coquetear.

En los intermedios cada caballero tomaba á la señora ó s
quería, daba vuelta por los salones, paseaba por los corredores
á tomar helados, dulces ó champaña á la cantina.

Esto último era más caro de lo necesario, y con hacerl
bastaba para arrepentirse de ser obsequioso.

Una copita de helado costaba un franco, y media botella d
treinta.

Pasámos una noche muy sabrosa ; el cónsul del Perú estu
destapar champaña para obsequiarnos; y en uno de los int
pregunté :

—Dígame usted, que es viejo de residir en la ciudad, ¿en
no se desliza una que otra de esas mujeres de dudosa orto
teniendo los veinte francos para la entrada y diamantes para
pudiera conseguir una tarjeta de invitación?

—Jamás, fué su respuesta.

El baile produjo cuarenta mil francos libres.

En la *Logia* dieron otro baile los *Masones* con el propósito
á las familias de trece marineros que habían muerto ahogados
un buque; y como el acontecimiento estaba reciente y había cau
impresión, todos los invitados dieron sus diez francos y conc
baile.

deliciosa. La cercanía del mar, el mejor aire, ó quizás algo de sangre del Sur, hacen á las mujeres del Havre más atractivas que las de París, y esa noche me parecieron más hermosas.

Noté por primera vez en ese baile que en las piezas vecinas al salón donde se bailaba, había mesas de juego de naipe, en donde apostaban, á una especie de monte, piezas de oro. Me dijeron que ésa era una costumbre general en todos los bailes públicos en Francia.

No tenía visos de acabarse la función, y eran las tres de la mañana, cuando el señor Jean Couvert ofreció llevarme á casa en su coche, y acepté.

—Dígame usted, le dije en el camino, ¿cómo hace la policía para impedir que una mujer de malas costumbres vaya á rozarse con las señoras en estos bailes públicos?

—Ellas no vienen nunca; y la policía no tiene nada que hacer, me contestó.

Los dependientes de las casas de comercio, almacenes y tiendas, que son muy numerosos en el Havre, dieron, para divertirse, un baile que costaba la entrada cinco francos; y como el joven Blumenthall, mi compañero de habitación, era uno de los promovedores del baile, convidóme con instancia, y fuí también.

Si la fantasía de los americanos puede soñar, la imaginación de las mujeres francesas puede realizar sus sueños, presentando todo cuanto tiene de encantador, de dulce, de simpático el sexo llamado por su belleza, por su dulzura y por sus gracias á dominar la sociedad; y esa noche pude estimar más que nunca la superioridad de las señoritas francesas en el trato social sobre todas las otras del mundo.

Toda mirada era una caricia; la sonrisa amable y espontánea no se borraba de sus labios de rosa, y ese misterioso y suavísimo encanto del pudor sencillo, y no huraño ni salvaje, embellecía las sienes de más de quinientas señoritas, que se mostraban allí radiantes de alegría, de placer y de belleza.

O en Francia todos son ricos, ó pródigos, ó despilfarrados, decía yo entre mí, ó las francesas tienen el arte de lucir todo cuanto se ponen, pues no extrañaba allí ni los diamantes ni las ricas *toilettes* que había visto en el Hotel de Ville.

Volver á mi casa antes de que amaneciese, fué cosa imposible, pues presentado á todos los dependienticos por mi amigo Blumenthall, cada uno quiso obsequiarme, hacerse mi amigo en el porvenir y darme muestras de sus simpatías.

A uno de ellos pregunté:

concurrían señoras; y que con frecuencia era también conve
de baile para diversos rangos sociales. Unas veces para las act
que viven del oficio, y otras para gentes... *comme ci, comme ç*

El teatro del Havre está situado en la plaza princi
frente del mar y se halla rodeado de restaurantes espléndidos.
de piedra que da cabida á más de mil espectadores; y en el in
es elegante sino precioso. Hay en él funciones todas las noch
Havre es rico, paga los mejores actores, y ofrece la ventaja
piezas se renuevan con frecuencia, lo que no sucede en París,
eternamente unas mismas.

Tenía un famoso escritor dramático una pieza que ofreci
Variedades en París, leída la cual, fué aceptada para ser
inmediatamente que se diera una opereta de Alejandro Du
La fille de madame Angot. La opereta, sobre la cual ninguna
había fundado, se representó, gustó y se repitió. Esto pasaba
1878 el autor del drama estaba esperando su turno. Represent
una pieza por cinco años seguidos, no tiene nada de partic
que es poco cómodo para el viajero es llegar á Londres,
encontrar que representan el *Correo del Zar;* seguir á Parí
de moda el *Correo del Zar;* ver en el Havre el *Correo del*
para Alemania, y en Colonia encontrar que se le ha adelanta
del Zar; ver todas las noches el *Correo del Zar* repr
Hamburgo; y una vez que por casualidad se va á Bremen ser
por el *Correo del Zar* en su precioso teatro.

La soberanía popular no es efectiva en Francia sino en el
noche en el Havre el director del teatro y luégo el alcalde
salir á las tablas para dar satisfacción al público por haberse

Unos gritan *no*, y silban, otros *sí*, y aplauden; la mayoría decide de la admisión ó rechazo de la actriz.

«Viajar, dice Madama Stael, es bien triste, pues se llega á una ciudad sin conocerla y sin placer; y se la deja con amigos y con dolor.» Habiendo el Gobierno dado el cargo que yo desempeñaba en el Havre á otro caballero, dejé esa ciudad para seguir á Hamburgo á donde me habían destinado; y me despedí con dolor de mis dos viejas amigas y patronas, quienes lloraron por mí y me decían:—Los buenos ó se mueren ó se van. *Los buenos:* jamás título más lisongero me había sido tributado en la vida, y yo también lloré. Despedíme también con tristeza del señor Caraballo y su virtuosa madre, del señor cónsul Bernal, su digna señora y su encantadora señorita, quienes me habían colmado de favores, y del caballeroso joven Blomenthall.

¡Adiós hermoso país, arrullado por las ondas y alumbrado por un sol suave y benéfico, donde sólo horas de sosiego pasé! ¡Adiós, poético Havre! Tu recuerdo será siempre para mí tan hermoso como los versos de tus cantores, y tan suave como el murmurio de tus brisas! ¡Adiós! ¡Adiós!

CAPITULO XXXIII.

El Rin—Edad Media—Colonia—Iglesias—*Rathaus* y *Gurzenich*—El Dombo de Colonia—Puentes—La *Patria común*—El Imperio alemán—*Kindergarten*—Escuelas—Música.

CUANDO se llega á una gran nación, vienen de repente al espíritu del viajero los recuerdos de la más venerable antigüedad, las épocas más brillantes de la historia de ese país; á la vez que se presentan el estado actual de su civilización, sus costumbres, sus hábitos, su vida política y literaria, y en tan atropellada confusión y en tal desorden, que es imposible dominar la emoción, quedando el hombre absorto y como anonadado por mucho tiempo.

El Rin inmenso y caudaloso, el histórico Rin, lleno de majestad y de grandeza, poblado de recuerdos y palpitante de inspiración y de poesía, corría á mis pies lento y perezoso, y en el murmurio de sus ondas cristalinas me contaba la historia de diez siglos de guerras y combates que habían ensangrentado sus orillas y teñido la pureza de sus aguas; me refería la crónica de cada uno de sus castillos arruinados, que adornan sus orillas, hoy envueltos por la hiedra y melancólicos, y en otro tiempo sitio de fiestas y placeres, de crueldades y crímenes; y por fin me relataba el poema de esa Alemania descuartizada, despedazada y repartida como presa sangrienta entre los déspotas que se habían levantado al otro lado de sus aguas, y que resucitada por la unión, joven y hermosa, pedía su puesto en el banquete de las naciones y deslumbraba por sus costumbres y su civilización.

El agua es siempre hermosa, tiene movimiento y voz, y el genio le da vida, recuerdos, ecos y suspiros: por eso el aspecto de un gran río como el

Rin, inspira siempre un sentimiento de admiración y
el que inspiraban los dioses inmortales, al decir de los
los ríos son los dioses benéficos de la tierra, los que anir
vivifican el comercio, y tienen para su historia la grandeza d

« Cæsar his de causis, quas commemoravi, Rhenum tr
sed navibus transire, neque satis tutum esse arbitrabatur,
populi romani dignitatis esse statuebat.»

« César quiso pasar el Rin, pero pasarlo en naves :
digno de la majestad del pueblo romano.» (Comentarios (

Y me parecía en aquel momento ver por primera vez :
Rin por leve puente, y creía yo ver atravesar por él,
las legiones armadas de César, que dominada la Galia,
esas regiones desconocidas, habitadas por bárbaros ger
desnudos y en medio de las selvas primitivas de entonces.

Pero en vez de la sombra de los bosques agrestes, la:
ahora los muros de una gran ciudad, y las torres de la ba:
y más hermosa que los hombres han levantado, y q
obra de muchos siglos, durante los cuales, sin notar los c
las ondas de ese río han pasado reflejando la obra de los h

Entre murallas de piedra negra, espesas y sombrías,
orilla del Rin la ciudad de Colonia, tan antigua como
pueblo alemán, pues que los romanos con César fuero
que lleva impreso el sello de la Edad Media, que inspira i
al viajero, quien cree ver en sus calles angostas y torcidas
hombres vestidos de armadura y ocupados en la guerra,
piedra habitados por príncipes y caballeros cruzados, qu
voz de su soberano el Arzobispo, á quien á cada momento
sagradas se le cree ver entrar bajo el soberbio dombo.

Este pensamiento viene siempre al visitar todas las c
mania ; pues que dividida esta nación en otra época, en
ducados, ducados, arzobispados, principados, margraviato
habiendo levantado ciudades rivales y poderosas en la:
ciudades en las que se acumularon todas las riquezas y ci
época; parece que se hubiera dormido durante ocho siglos,
á sacarla de su profundo letargo los gritos del *Renacin*
llegó Napoleón y derribó sus murallas ; y luégo las escue
y los ferrocarriles la atravesaron, llevando el ruído y la al
civilización.

Esa edad de fe, mística y devota, en que el pensami

esperanza en la otra vida eran un refugio de las imaginaciones aterradas por las pestes, las guerras, el hambre y la tiranía de los señores que ahorcaban y mataban á sus súbditos, como en Colombia matan hoy los generales verdugos en las guerras civiles; esa edad verdaderamente cristiana se ve en Colonia por todas partes. En las murallas, en medios relieves hay grandes cristos admirablemente tallados; en las puertas, á uno y otro lado, estatuas de piedra de los santos; en las paredes de los edificios, nichos en donde se colocaban las imágenes, delante de las cuales se encendía una luz por la noche: un calvario está á la vista del público al extremo de la calle, y la catedral, como un águila cubre el nido de sus hijos, cubre el recinto de la gran ciudad.

Colonia lleva de tal manera impreso el sello de la antigüedad, que de las doscientas iglesias que había al tiempo de su secularización en 1815, sólo quedan unas cincuenta, habiendo sido las otras convertidas en oficinas públicas, arsenales y almacenes, que conservan su aspecto exterior negro, secular y sombrío, y esas iglesias son tan antiguas, que apenas puede darse cuenta de ello un americano, cuya patria no había sido aún descubierta cuando fueron levantadas.

Santa Maria sub Capitole fué consagrada en 1049; y es una basílica de grandiosas proporciones, de pilares romanos que desafían la accion del tiempo; clara, sencilla, majestuosa y de un estilo que no se ve ya ni en Francia ni en Inglaterra, y que, sin duda, han olvidado los arquitectos de ambos mundos.

Aposteln-kirche (la Iglesia de los apóstoles) es del año de 1200, tiene un aspecto imponente, una gran cúpula y tres torres enormes.

Saint Gereon es una iglesia la más particular que he visto; es un decágono irregular, rodeado todo de un coro casi circular, por lo cual más parece una pagoda que un templo cristiano, como los conocemos en nuestro país; es del año 1227.

Saint Cunibert, sobre el Rin, es una iglesia gótica del año de 1248.

Pero no son las iglesias, son las murallas, son los palacios, son las casas particulares las que cuentan por decenas de siglos la existencia; y las que mantienen los mismos balcones, los mismos caprichosos gabinetes y el aire triste, cauteloso y desconfiado de la Edad Media. Son también los edificios públicos: el *Rathhaus* (casa consistorial), que fué edificado en el siglo XIII, que tiene aún su inmensa torre y su ancho portal, que está hoy tal cual asistieron allí á la reunión primera los *margraves*, y en el cual se reúne hoy el concejo municipal; y el *Gurzenich*, el más imponente de los edificios profanos de Colonia, el cual tiene dos estatuas á la entrada, la de

al Emperador Enrique V, á Santa Isabel, á Federico Barbar
gíame á la catedral, cuando levantando la mirada leo sobre la
una tienda *Joanes Maria Farina.*

—Contemporáneo! Compatriota, condiscípulo, compañero y
muy querido!—quise gritar al encontrar un nombre de esta époc
que había leído tantas veces en Colombia, que había vivido co
mi casa, en mi alcoba, sobre los frascos *de agua de Colonia ;*
almacén, compré uno de la *legítima*, de la *véritable*, lo hice
respiré su olor que me recordaba tantas cosas, y sobre todo, el
mi esposa y su retrete siempre embalsamado; y para ella guard
que tantas emociones me había producido en Colonia.

La catedral, llamada en el mundo el Dombo de Colonia,
comparable ni admite descripción. Baste decir que es el más
monumento gótico del mundo; que se comenzó el año de 1248;
las generaciones han ido trabajando en él y le falta aún mucho pa
clusión; que sus torres deben llegar á la altura de ciento cuaren
metros, y que tiene cinco naves y está rodeada de capillas later
una de las cuales es un soberbio templo.

Pero no es su grandeza lo que constituye el inmenso mérito
es su hermosa construcción: aérea, ligera, formada como d
columnas, terminando en agudas agujas en el exterior; y magní
nente y severa en el interior. Es que cada una de las puertas de
una obra gigante y portentosa; cada nicho una maravilla; ca
milagro, y cada piedra del edificio una escultura admirable; y
armónico y grandioso y aparta el pensamiento de que sea
hombres.

La portada del frente bastaría para justificar la fama de est
pues está formada de diversos arcos ojivos; elevado, inmenso el
más bajo el segundo; disminuye el tercero, y así van reduci

estatuas silenciosas que leen en el libro eterno del Evangelio, y en cuyos rostros se refleja la unción y la piedad.

Más de cien estatuas forman el dintel de la portada, en cuya labor no puede haberse gastado menos de cien años; y todas las otras portadas y la iglesia entera está llena de estas estatuas, que representan personajes del Antiguo y Nuevo testamento y todos los ángeles y santos de la Corte celestial.

La catedral fué dirigida por el diablo, y él es quien impide que se acabe, según las consejas del pueblo.

Hé aquí la crónica:

El arquitecto, acostado en el medio de un prado, estaba contemplando el plano que tenía en la mano, cuando á él se acercó un caballero y le preguntó si él había trazado ese dibujo.

—Sí, le contestó el arquitecto, es el plano de un templo en que estoy meditando.

—No, le dijo el desconocido, es simplemente la capilla de San Humberto, pero más grande.

El arquitecto se fué á conocer la capilla, y vió que el desconocido tenía razón.

Trazó otro plano completamente distinto, y se lo llevó al gobernador para que lo aprobase; y estando examinándolo el gobernador, entró por casualidad un viajero, y al ver el plano dijo: «Esta es una copia de la catedral de *Westminster*.»

El arquitecto se enfureció, pero tuvo que reconocer la identidad.

Trazó otro nuevo plano, y orgulloso con él, deseaba que el impertinente desconocido viniese para ver qué defecto le ponía, lo que no dejó de suceder, pues un peregrino se acercó á él, y le dijo: «Vengo de la *Tierra santa*, y al pasar por Constantinopla he visto la iglesia de *Santa Sofía*; y traígo aquí la pintura, ¿queréis comprármela?» Y le señaló una iglesia igual á la que el otro había trazado.

Pasó el arquitecto diez años meditando un templo nuevo, y cuando concluyó el plano, lleno de orgullo dijo:

—Esto no lo ha concebido ni visto nadie.

—Yo, le dijo el impertinente desconocido, que se hallaba á su espalda. Tal es la *catedral de Strasburgo*.

—El diablo solo, exclamó desesperado el arquitecto, es, pues, capaz de inventar un nuevo templo!

—Exacto, le contestó el otro; y hé aquí el plano, añadió, enseñándole el de un templo que jamás se había visto ni soñado; pero, dijo el diablo,

Dos hombres llenarán la historia de este siglo, pues son los únicos cuyos trabajos dejarán un recuerdo grande para la posteridad: Cavour, que unificó la Italia, y Bismarck, que hizo de todos los Estados alemanes una gran nación, bajo el amparo y por la influencia de la Prusia.

Los alemanes no tenían patria ni más vínculo común que el idioma; y siervos de infinidad de soberanos, seglares y eclesiásticos, de príncipes enemigos que los esquilmaban para sostener las guerras ó los vendían para las que hacían los países extranjeros; formando naciones distintas con fronteras fortificadas en cada territorio, aduanas distintas, moneda diferente, legislación opuesta é intereses rivales, apenas tenían la vaga aspiración á formar una sola y común nacionalidad, aspiración manifestada en la creación del *Sagrado Imperio romano*; pero esto no era más que una sombra; y el título de Emperador, tan sólo un honor concedido al más poderoso de los monarcas.

Entre los soberanos menores de Alemania había uno que no alcanzaba á ser rey, sino duque, y el territorio de sus dominios pertenecía á los caballeros templarios de los cuales era prior. Este soberano logró al cabo secularizarse y se alzó por completo con los Estados. En 1711 consiguió darse el título de rey de Prusia; y absorbiendo lo que estaba á su lado y usurpándose lo de otros, llegó á hacer grandes sus Estados; empero, no llamaba seriamente la atención del mundo, hasta que, á mediados del siglo pasado, el reino llegó á manos de un hombre llamado Federico II, espíritu inquieto y atrevido; hombre audaz y emprendedor, cuya política maquiavélica y genio militar habían de conmover el mundo.

Tan temido ó aborrecido llegó á ser ese rey, que en 1757 se unieron las dos emperatrices Isabel de Rusia y María Teresa de Austria al rey de Francia, y celebraron un tratado así concebido:

«No pudiendo estar seguro el reposo de la Europa, á menos que se llegue á quitarle al rey de Prusia los medios de turbarlo, sus Majestades imperiales harán todos los esfuerzos para hacer este servicio á la humanidad.»

La guerra duró *siete años*, Federico II triunfó sobre las emperatrices y la Francia; de lo cual provino la grandeza de Prusia, y por consiguiente, la de la actual nación alemana.

La guerra de conquista formó la Prusia; la guerra de defensa la hizo grande y poderosa.

En muchas de las naciones alemanas, cuyos nombres solos no alcanzaba á retener la memoria humana, y que estaban perdidos entre las brumas del norte, por un esfuerzo del indomable espíritu humano, se habían fundado

para el estudio de la teología, única ciencia de su tiempo, en Tubinga, en Heidelberg, en Leipzick, en Kænigsberg, en Jena y en Munich, Universidades que eran soberanas é independientes; y que llenas de estudiantes de todos los Estados, habían adquirido gran reputación y mantenido en todo el vasto territorio la unidad del lenguaje, el amor á la ciencia y la fraternidad entre todos los que en ella se educaban, fraternidad que reemplazaba á la común nacionalidad.

No teniendo los alemanes una agricultura fecunda, porque en general el terreno es estéril, estando entrabado y limitado el comercio, no llevando vida pública ni libertad política, la mente humana se concentró, sin duda, en las investigaciones filosóficas y científicas : la poesía y los libros fueron comunes entre los alemanes, las aspiraciones comunes ; y para satisfacer la necesidad común, Guttemberg inventó la imprenta y conquistó una gloria para todos.

La luz que ilumina la cima de los montes se refleja en los valles; semejantemente la ciencia que brillaba en las universidades fuese poco á poco reflejando en las escuelas, en donde se enseñaba en todas partes por unos mismos métodos: absurdos al principio, mejorados después, pero siempre uniformes.

En este estado de cosas llega Napoleón á Alemania, la encuentra dormida, hace y deshace reinos, vence á Prusia, que era la única nación capaz de resistirle, y se vuelve á París lleno de gloria.

« Todo cálculo de lo que nos pueda venir en el porvenir, decía en aquella época Elena Jacobi á su hermano, es imposible de conocer aun á los más hábiles políticos. No vemos más que la máquina que nos ha aplastado. Somos testigos del fracaso, estamos aplastados ó simplemente maltratados, según que las ruinas nos han caído encima ó más lejos, pero no nos queda más que una silenciosa resignación.... »

« Todo está perdido, decía el rey de Prusia, único soberano que había resistido; ¿ de quién nos vendrá la salvación ? »

En los Estados menores, laicos y eclesiásticos, del oeste, del centro y del sur, no se tenía idea de la patria, ni se sabía qué cosa era la independencia nacional; el duque de Guttemberg se creía engrandecido porque Napoleón lo había hecho rey; y un famoso político escribía: «Ese hombre es demasiado fuerte para que podáis romper el círculo dentro del cual os ha encerrado.»

Pero en Berlín, después de haberse entregado á una profunda tristeza, el pueblo pasó del estupor á pensar en el porvenir; comprendió que había una cosa necesaria á los prusianos, y era la *Independencia nacional*, y algo grato á los alemanes, que podía ser la *Patria común*. El Estado había sido

abatido, pero la noción del Estado no se había extinguido. En Prusia tenían una reina encantadora, que por sí misma había pasado revista á sus tropas y á quien el pueblo amaba; una reina que, comprendiendo la situación, decía: «Nos hemos dormido sobre los laureles de Federico el Grande; hemos dejado de marchar, y el tiempo se nos ha adelantado ;» y en torno de ella todos se pusieron á reconstruír el navío que había naufragado.

Stain se consagró á regenerar el Estado, aboliendo privilegios, asegurando la propiedad, haciendo caminos, é interesando á los ciudadanos en la cosa pública; y reanimando el amor á las ciencias políticas, amor que se había debilitado pero no extinguido. Scharnhorst lo hizo mejor, creando un ejército democrático y nacional destinado á ser una verdadera escuela de patriotismo; y el efecto moral de esta institución se hizo sentir en toda la Alemania, pues llegaban de todos los ángulos á incorporarse á ese ejército prusiano que, según la expresión de la época, había hecho «de las galeras escuelas;» y Humboldt estableció en Berlín una nueva universidad, sobre la cual dice un historiador: «Napoleón era ciego cuando se trataba de cosas impalpables. Vigilaba con celo el levantamiento de tropas y los ejercicios militares, y no se preocupó con esa gran máquina de guerra que Humboldt y sus amigos levantaron en el centro mismo del reino derrotado.»

Toda la Alemania estaba llena de medios de resistencia, pero éstos estaban esparcidos, y era necesario agruparlos y concentrarlos; en los alemanes ardía el odio contra los franceses, pero eran impotentes para resistirlos; muchos sentían el amor á la patria, pero no había una patria común; y en medio de la desolación y de la rabia, todos se volvieron del lado de la Prusia, rodearon esa dinastía, concentraron sus recursos; y Fichte, extranjero en Prusia y creador de la regeneración alemana; Niebriht, del Holstein, Scharnhorst de Hanover, Savigny de la Hesse, y Stein de Nassau, todos esos grandes fundadores de la nueva nacionalidad, no vieron sino en la Prusia la salvación de toda la Alemania, y fueron á afiliarse bajo la bandera negra y blanca del águila de dos cabezas, y se apresuraron á ayudar al rey. Hael decía: «De esa dinastía que nos ha hecho conocer en Europa con Federico II nos ha de venir todo beneficio, y yo no me avergonzaría de besar la orla del vestido del rey.»

El sentimiento que distingue el patriotismo alemán de aquella época es el dolor, la rabia y el deseo de ser esencialmente prusiano.

Arndt compone entonces el himno patriótico que con música diferente se ha cantado por cincuenta años en toda la Alemania; Shenkendorf hace oír su *marsellesa* sentimental: «Libertad, dulce imagen de los ángeles, que vives en medio de las estrellas, á ti te invocamos.»

el generoso niño Steps atentó contra la vida de Napoleón en me
tropas.

He hecho estas reminiscencias para comprobar el dicho de Hi
«¿ Quién no ve que fué la invasión francesa ó, para hablar más exa
Napoleón quien hizo la Alemania?» Y para hacer notar que
segunda guerra de defensa á la que esta nación debe su existencia

La idea de una común nacionalidad ha nacido del odio al e
y un escritor contemporáneo decía entonces: «Cuando el A
Prusia sucumbieron fué precisamente cuando mi corazón
amar la Alemania con un amor verdadero, y á odiar á los fra
verdadera cólera.»

«La lucha de las armas ha concluído, exclamaba Ficht
comenzar la lucha de los principios, DE LAS COSTUMBRES y del c
y para triunfar se fundó la Universidad ya mencionada, se fome
antiguas, y se establecieron escuelas por todas partes.

Así, pues, en una nación nacida de la guerra, creada para
constituída definitivamente en medio de la guerra con Francia
habiendo sido proclamado el Rey de Prusia en Versalles Emp
Alemania el día 18 de Enero de 1871; en una nación que para r
fundó una Universidad y *que debió sus últimos triunfos á las*
sólo debemos encontrar ejércitos, escuelas y universidades.

El IMPERIO ALEMÁN regido por la Constitución de 4 de May
es una confederación, cuya soberanía hereditaria corresponde a
Prusia, y á un Consejo federal compuesto de Representantes de
de los Estados confederados del Imperio. El poder imperial está r
por un cuerpo soberano y legislador llamado *Reichstag* (parlame
puesto de Representantes libremente elegidos por todo el puebl

Forman el Imperio los siguientes Estados soberanos: Prusia

s, Schaumburgo-Lipa; y las ciudades libres de Bremen, .ubeck.

alemán tiene su población distribuída de la siguiente manera:

ADOS.	POBLACIÓN.		TOTAL.
	Hombres.	Mujeres.	
....	13.414,866	13.864,245	27.279,111
....	2.578,910	2.705,868	5.284,778
....	1.445,330	1.527,475	2.972,805
....	951,600	1.019,518	1.971,118
....	765,310	804,944	1.570,254
....	464,917	471,423	936,340
o Schwérin......	284,479	292,576	577,055
nar	151,063	158,514	309,577
o-Strélitz	49,161	51,108	100,269
....	167,838	169,640	337,478
....	174,226	175,141	349,367
ingen	101,418	105,657	207,075
nburgo............	75,784	79,252	155,036
rgo y Gotha	94,299	100,417	194,716
....	115,079	117,513	232,592
-Rudolstadt....	39,144	41,152	80,296
ndershausen	34,675	36,432	71,107
....	26,938	29,584	56,522
principal).........	24,984	25,798	50,782
undaria)..........	49,566	51,764	101,330
-Lippe............	17,732	17,642	35,374
....	59,910	60,336	120,246
....	30,981	32,590	63,571
....	75,593	81,130	156,723
....	221,522	232,347	453,869
na..................	770,108	796,562	1.566,670
	22.185,433	23.048,628	45.234,061

ón de la población según la profesión:

ra	18.838,653
ra, caza y pesca..	384,593
ón de minas, fábricas &c......................	16.054,291
....	4.529,780
oméstico..	938,143
úblico, eclesiástico y profesional............	2.223,184
ión..	2.245,257
Total......................................	45.213,901

Distribución de la población según los cultos:

	Evangelistas.	Católicos.	Otros cultos cristianos.	J
Imperio de Alemania.....	28.318,592	16.229,290	93,894	5

Prusia tiene pues una población de veintisiete millones de habita dirección de la política y el prestigio de la victoria; y el mayor de los E confederados, Baviera, sólo tiene cinco millones; los otros meno rivalidad constante y gobernados por jefes sin prestigio, no tienen i cia alguna, de manera que en realidad de verdad, Prusia es Ale y «el fundador de la unidad alemana, señor de Bismarck, como dice Marx, obtendrá siempre lo que quiera de una multitud de paisano tiemblan á la palabra guerra y que están siempre esperando la rev de la Francia.»

Un cuartel y una escuela son en Alemania una misma cosa. Como antigua Lacedemonia, los niños no se educan sino para la guerra; y escuelas rurales apenas el niño empieza á hablar se le enseña el nomb Emperador, y mostrándole el retrato se le pregunta:

—¿Quién es éste?

—Es su Majestad el Emperador de Alemania.

—¿Qué le debemos al Emperador?

—Patria y familia; y estamos obligados á prestarle obediencia, fid y respeto.

Jahn, el vulgarizador de la gimnasia en Alemania, y á quien levantado una estatua, á cuya inauguración enviaron diputados to ciudades del Imperio, cuando pasaba, antes de 1815, por la *puerta de l deburgo*, famoso arco de Berlín, preguntaba siempre á sus discípulos: qué pensáis? Si no le contestaban aprisa, los castigaba; y los disc habían de responder:

—En que somos hijos de los vencidos, y que nuestro deber será, que seamos hombres, ir á París á rescatar el *Carro de la Victori* Napoleón se llevó de esta ciudad.

El Estado es todo en Alemania; y los hombres son simple soldados del Estado. «Todo converge en la enseñanza, dice Tissot, hacia un objeto único, la sumisión ciega y absoluta al pod Estado. No se habla jamás de Dios, de miedo de que le haga som Emperador. Estudiando de cerca este sistema, llega uno á pregunt patriotismo de los alemanes no es un producto facticio, resultante exaltación de imaginación, cuidadosamente mantenida desde la niñ

Haya ó no exageración en este dicho de un francés, sí es preciso reconocer que el amor patrio es el sentimiento más vigoroso en el pueblo alemán, dispuesto siempre para la guerra y á cumplir voluntario y sin resistencia todas las leyes, que para otra nación serían opresivas, y que el gobierno dicta, á fin de inspirar este sentimiento desde la niñez por medio de la educación.

Esta principia en el niño ó niña en el KINDERGARTEN (jardín para los niños), en donde desde la edad de cuatro años lo deja la lavadora que se va al río, la obrera que va á la fábrica, la costurera que va al taller, la vagabunda que sigue en su camino de vicios, para que juegue con los niños de su edad, bajo la amorosa inspección de unas mujeres nacidas para amarlos, educarlos, formarlos y, sobre todo, para entretenerlos. Las niñitas, en diferentes grupos, según sus edades, juegan al *repollito*, á los *contados*, á la *mariposa*, á las *muñecas* ó les hacen vestidos, ó trabajan en el jardín. Los varoncitos echan barcos de papel en el estanque, hacen muñecos de cera, castillos de barro, corren y saltan, montan en caballitos de palo, ó sacan su tarea de desherbar en el jardín, y ganan con esto un dulce ó un juguete.

El ruído, la algazara, la gritería que hay en ese jardín con doscientos muchachos: todos hablando y riendo ; las peleas que se forman, los llantos que se escuchan, las caídas que se dan, las exigencias que hacen, lo comprenderán sólo las pobres madres de una familia numerosa, por lo que en sus casas pasa ; á todo atienden con solícitos anhelos esas mujeres encantadoras que los cuidan. Se hacen sordas, levantan al caído, impiden las peleas, corrigen á los indómitos, y llevan su mundo de muchachitos por un sendero de diversión y de placer.

Cuando el sol calienta, ó el frío aumenta, los recogen, en una gran sala: cada señora toma un grupo de niños, que nunca pasa de veinte, y los lleva á un rincón á conversar, á contarles cuentos ó á enseñarles algo, si ya están en estado de aprender.

Para los niños de Colombia, que tienen viva imaginación, que todo lo comprenden y que adivinan lo que no han comprendido, pero que olvidan en el acto lo que aprenden, este método de enseñanza sería enojoso; pero para los niños alemanes, de más difícil comprensión, y más reflexivos, y en cuyo cerebro se estereotipa todo lo que á él llega, el método es admirable.

—¿ Qué es esto ? pregunta la maestra á un grupo de niñitas.

—Una flor.

—¿ Qué flor ?

—Una rosa, dice la una ; un clavel, la otra ; una trinitaria, responde otra ; muchas no saben qué contestar, jamás han visto flores.

—[illegible] usted [illegible]
—[illegible] usted nos la señaló el otro día.
—[illegible] todas
—[illegible]
—[illegible] muchas voces á un tiempo.
—[illegible]
—[illegible]
—[illegible]
—[illegible]
—[illegible]
—[illegible]
—[illegible]
—¿[illegible] los pájaros?
—[illegible]
—¿[illegible]
—S[illegible]
—¿[illegible]
—[illegible]

[illegible] todas las niñitas se ponen á hacer q[illegible] [illegible] con el ejercicio las p[illegible]

[illegible] con su maestra están ap[illegible] [illegible] cuando ya cada cual tiene la [illegible] [illegible] tambor que él a va tocando, al [illegible] primero y luégo el [illegible] á gritos ¡hurra! y todos lo[illegible] [illegible]

—[illegible] á cantar, y la maestra empieza ma[illegible] [illegible] como esta:

Mi tata.
Mi mama.
Mi hermanito
Y yo.
Comimos
De un huevo
Y la mitá
Sobró.

Los maullidos de los gatos durante una pelea s[illegible] comparación con este canto: pero todos levantan la vo[illegible] el compás.

Nada se hace por más de un cuarto de hora, y variando de diversiones y de enseñanzas se pasan las horas de la mañana. Todos los niños salen al jardín á comer su almuerzo. ¡ Qué miseria ! Los más ricos tienen una tostada ó un salchichón para satisfacer un apetito voraz.

—Queridito, usted va á ensuciar su mantequilla con esas manos tan sucias. Vamos á lavarlas.

—¿ Por qué no me ha dicho usted que le corte las uñas ?

—Vamos á ver quién tiene las manos más limpias y las uñas mejor cortadas. El que gane se lleva este bizcocho.

Todos corren á señalar sus manecitas.

Si alguno es díscolo, la señora le dice : mañana no puede usted venir á jugar aquí. El niño llora, suplica y consigue que lo dejen volver al jardín.

Pasado el desayuno, en el cual pueden los niños, como si fuesen príncipes, gastar una hora, principian de nuevo los juegos; y ahora vamos á seguir á los más grandecitos.

—¿ Qué está usted haciendo, Francisco ?

—Una casita.

—¿ Con cuántas paredes ?

—Cuatro; pero no me alcanzan ni el barro ni los palitos para el techo.

—Es porque usted ha empleado muchos palos en las paredes, con cuatro en cada una basta. Vamos á hacerla de nuevo.

—¿ Usted qué hace ?

—Un muñeco de cera.

—Magnífico está; pero se le ha olvidado que los hombres tienen pescuezo, y usted le ha pegado la cabeza á los hombros. Vea cómo hago yo.

—Mire, señorita, grita uno, el molino de *Sans-Souci* que acabo de construir.

—Muy bien ! pero según ha puesto usted la rueda para moverla, era preciso que el agua corriera de abajo para arriba. Vamos á cambiarla.

—¿ Por qué ha hecho usted el molino de *Sans-Souci ?*

—Porque es una lección histórica.

—¿ La conoce usted ?

—Sí, porque usted la ha relatado cien veces.

—Acá todos, oigan este cuento que va á contar Fernando, y que es muy divertido.

Y el niño repite, palabra por palabra, la conocida historia de *Sans-Souci.*

—Pero ¿ quién era Federico II ? le pregunta la señora á otro niño.

—Era el rey más grande, más hábil y más benéfico que ha habido en el mundo, y ascendiente del actual Emperador de Alemania.

—¡ A la escuela !

—No quiero que mi hijo se corrompa en las escuelas del Estado.

—¡ A la escuela !

—Mi hija es muy delicada.

—¡ A la escuela !

Hambriento, haraposo y descalzo, el niño marcha á la escuela; y la delicada niña se echa un morral á la espalda, toma el canasto de sus provisiones y á la escuela se va.

Los niños y las niñas andan en las ciudades de Alemania perfectamente solos; y todo escolar es conocido, porque el varón lleva una cachuchita especial, además del vestido más ó menos abrigado, y la niña una gorrita de paja; pero ambos cargan á la espalda, sujetado por correas que les pasan por debajo del brazo, un morral en que llevan la pizarra, el papel y avío de escribir, y todos los libros y útiles que necesitan en la escuela y en los juegos y entretenimientos. Esta costumbre, además de que les da un aire encantador á las niñas, contribuye á que mantengan recto el cuerpo y á que sean fuertes.

Enfrente á mi casa en Hamburgo estaba el río *Alster*, del que se ha formado un hermoso lago en medio de la ciudad, y en él se ha levantado una casa de baños. En el verano era de ver á las niñas de todas las edades pasar por mi ventana con su morral á la espalda, sudando de calor, llegar cada una á la casa de baños, pagar sus cinco *phenis* (un cuartillo), y salir del baño frescas y lindas, con la rubia cabellera suelta y flotando sobre el negro morral.

La instrucción es obligatoria, gratuita y uniforme para todos los niños; pero hay diversas escuelas á las cuales pueden mandar los padres á sus hijos según sea su fortuna, á saber: las *Armen-skule*, para los miserables obreros; allí algunas veces la caridad llega y les da alimentos ó viste á los niñitos; las *Volk-skule* (escuelas populares), á donde va el hijo del artesano, y la *Burger-skule*, á donde va el hijo del que tiene con qué pagar; pero todas son escuelas públicas, sostenidas y vigiladas por el Gobierno y sujetas á unos mismos reglamentos y métodos. El Imperio sostiene inspectores que vigilan las escuelas en todos los reinos, ducados y ciudades libres que hoy componen la Alemania.

A Colombia alcanzó una ráfaga de la luz de las escuelas de Alemania, cuando en la progresista Administración del General Salgar se hicieron venir algunos profesores alemanes. Ya esa ráfaga se extinguió.

Nada hay más rudo, más desairado y más áspero que el niño alemán; y sólo á virtud de los admirables métodos es como puede hacérsele concebir

sus deleites; Italia por muchos siglos fué la señora, la reina y la inspiradora de todo lo que el mundo adoraba como bello en música, porque allí la melodía era espontánea como su idioma; el genio, dón común que Dios les había dado, y la música, necesidad del alma como el aire, la luz ó los perfumes que embellecían la patria.

Avara la naturaleza, ninguno de sus dones había repartido más allá del Rin. El campo era triste; sombrías *selvas negras* se veían por todas partes; volcanes extinguidos comunicaban al vasto espacio el silencio de la muerte; el cierzo helado y el triste hielo reinaban como genios de la tumba; y en medio de esas soledades se levantó una raza guerrera, fuerte pero insensible á los encantos de la naturaleza, sin el estímulo del genio, que parecía refractaria á las bellezas de la música.

Por mucho tiempo Palestrina, Bellini, Donizetti y Paganini encantaron al mundo con sus óperas y sus creaciones divinas; la música italiana con sus dulces melodías, interpretada por mujeres inspiradas, se oía por todas partes; y sus ecos llegaron hasta las orillas del Elba, cuyos habitantes apenas se conmovieron con el divino acento.

—Enseñemos música en las escuelas, dijeron algunos espíritus entusiastas, quizás esto mejore la índole del pueblo; y á cada escuela llevaron un piano ó un armonium.

Y al poco tiempo el pueblo se transformó como por encanto; todo alemán fué músico, toda mujer, una cantatriz; en cada regimiento hubo una banda, en cada ciudad una academia, en cada pueblo un concierto, en cada casa un piano; y, ¡prodigio misterioso de la ciencia!, la música alemana fué la música clásica por excelencia, la ópera italiana se cerró en París; y Wagner con sus óperas *Thanhowser*, *Wallkures* y *Longegream*, llegó á ser el sublime maestro de su época y á fundar lo que él ha apellidado *la música del porvenir*.

Por unos instantes dejemos las escuelas para mostrarle al lector lo que, por consecuencia de ellas, hay en Hamburgo.

La opulenta y regia ciudad se ha dado el gusto de formar en medio de ella un gran lago, tan hermoso como el de Constanza, lago que llega á las principales calles, donde hay magníficos palacios, y se extiende á lo lejos hasta el campo en el cual están las famosas quintas de los potentados que han llevado de América sus millones; y en el extremo occidental del lago hay un gran parque, que de noche se ilumina, se llena de mesitas para servir refrescos y donde se da un magnífico concierto.

De todas las esquinas de las calles que sobre el Alster dan, sale cada quince minutos un ligero vapor iluminado que conduce á los que quieren

encia del público los vasos de vino ó de cerveza que los espectadores envían, y aun *bajan del Olimpo* y vienen á brindar con ellos, vestidas asa y coronadas de flores.

En todos los teatros hay orquesta en los intermedios; y en las ciudades lemania hay innumerables teatros.

La Opera no es un soberbio templo de oro como la de París, ni tiene jo, el aparato y las mágicas decoraciones de ésta; pero en concepto s conocedores, la orquesta es infinitamente superior y más crecido el ero de los artistas, lo que da á los coros magnificencia regia.

El *viernes santo* se cerraron todos los teatros, y se cantó en la a el *Stabat mater*, de Mozart. Hasta entonces yo no tenía idea del r de la música sobre el alma, ni de la influencia que la sagrada puede er sobre los corazones entusiastas.

Como si lo que hay en Hamburgo no bastase para satisfacer la pasión s habitantes por la música, mientras estaba yo allí llegó á dar conciertos compañía que contaba trescientos músicos, entre ellos los mejores esores de toda Alemania, dirigidos en el piano por una señora ciega. recio de entrada era el de cuatro *thalers*, (moneda que vale algo menos n peso) y no se daban más que tres conciertos en toda la estación. mil personas tomaron boletas de entrada; y para satisfacer las encias del público, la compañía convino en admitir á tres *ensayos*, á n de dos *thalers* la entrada, y en cada uno de los *ensayos* se llenó el o de espectadores.

Es tan abundante y tan barata la música en aquella nación, que endo hecho yo un viaje de Hamburgo á Bremen en compañía de los res Eduin Isaacs y Aníbal Villegas, ambos amigos míos, cuando me é al cuarto de mi hotel á dormir, quisieron darme una sorpresa, ron á buscar música, y á media noche, debajo de mi ventana, tocaba magnífica banda piezas militares; y en español gritaban: ¡ Viva General Rivas! Esta broma no pudo costarles mucho dinero.

Nos fuimos una mañana al campo, á una aldea pobre y retirada, con ras, mis amigos Leigdig, Daitlezuait y yo, á pasar el día; y, como de siempre, las señoras quisieron bailar: á los pocos momentos se nizó en la aldea una orquesta de más de diez músicos, que tocó el día ero por sendos pesos.

Es tal la constancia de los alemanes en el estudio de la música, que la noche, cuando se atraviesan las aldeas, se oye siempre el sonido clarinete, el bramido de un trombón, ó el silbo de un flautín, del

aprendiz que ensaya por sacar un són. Enfrente de mi casa vivía una señorita que salía al jardín común á tocar violín todas las mañanas.

Los vapores del Elba que llevan de Hamburgo á Blankenessi á los paseantes, conducen siempre á bordo una alegre banda, que busca quien la emplee durante el día, y que se alquila por muy poca cosa.

Una cosa curiosa. En una reunión que el señor Leigdig dió en su casa para obsequiarme, todas las señoritas tocaron y cantaron, después los hombres lo hicieron en coro, en todo lo cual hubo muy buen humor; en un momento de silencio, una señorita se levantó y tocó, con muchos tropezones y dificultades, la *Oración de una virgen*. Los aplausos más estrepitosos y los más vivos *hurras!* cubrieron á la señorita.

Yo recordaba haber oído la pieza; pero no comprendía tanto entusiasmo.

—Es debido, me dijo mi amigo, á que ésta es la primera pieza que en todos los colegios les ponen aquí á las niñas, y la que tocan en todos los certámenes para complacer á los papás tal como ella, remedándolos, acaba de hacerlo.

Esa misma pieza la había oído yo ensayar en el Colegio de la Merced, de que fuí Inspector por mucho tiempo, y tocar en todos los certámenes. ¿No es una gran casualidad, y no indica cierta uniformidad en el gusto universal?

Volvamos á las escuelas.

En todas las ciudades, pueblos y aldeas hay el número que la población exige, y en los campos hay escuelas rústicas, cuando la del poblado queda distante á los niños; y estas escuelas son lo mismo en Berlín que en el último caserío, y lo mismo las de varones que las de hembras: hay algunas mixtas; los métodos son iguales, y se enseña lo mismo al habitante de la ciudad que al rústico campesino; y al decir lo mismo, entiéndase que no es solamente las mismas materias sino que lo mismo que lee un niño lee el otro; lo mismo escribe un alemán que su mujer; tanto sabe de hacer cuentas el uno como el otro, y al salir de la escuela, el hermano y la hermana llevan á su casa una misma tarea.

La asistencia diaria de los niños á las escuelas, desde la edad de siete á catorce años, es indispensable, sin que haya disculpa ni excusa, y no sólo deben ir todos los días, sino que es necesario hacerlo á la hora fija, con exactitud militar; y esto imprime un carácter de cumplimiento y formalidad, que de los niños ha pasado á las familias, de manera que en las casas, así del rico como del pobre, todo se hace con una precisión matemática.

Los maestros y maestras, en cuya formación tantos años ha empleado la sociedad, son los mejores del mundo; y no se crea que son sabios profundos,

nada de eso, son hombres y mujeres de conocimientos limitados, en general muy limitados, reducidos á saber los métodos, y de las ciencias, hasta donde deben enseñar á los niños. Ir más allá sería extralimitarse, para lo cual no tienen ni facultades ni tiempo, pues frecuentemente los maestros son de la clase pobre de la sociedad, y personas que se resuelven á llevar una vida monótona, triste é igual hasta morir.

Los métodos son todo, y examinados con paciencia y reflexión están reducidos á nada; pues ese todo consiste en el orden que reina en la escuela, y en la atención á que obligan á los muchachos, de manera que toda palabra del maestro es comprendida y toda acción imitada.

Enseñan en las escuelas á leer, escribir, contar, geografía, historia, botánica, zoología, física, dibujo, química y música; pero sólo un cuadro sinóptico de cada ciencia ó arte, sencillo, claro y exacto, de manera que el niño y la niña al concluir sus estudios escolares son personas aptas para seguir una carrera, profesión ú oficio, sin carecer de los conocimientos más necesarios en la sociedad.

Les dan en las escuelas una importancia grande á los ejercicios corporales, así es que en todas las escuelas de mujeres hay clases de gimnasia; y en las de hombres es más el tiempo que se emplea en marchar, jugar, saltar, dar volatines y aprender el ejercicio militar, que el gastado en estudiar.

Había en Hamburgo, en los extramuros, un *Liceo* ó escuela de hijos de ricos, en medio de un gran parque, donde se encontraban unos trescientos niños de varias edades, los cuales salían todos los días al parque para ejercitarse en la gimnasia en presencia del público.

La idea de los diablos desencadenados y entregados á las más locas diversiones y á los ejercicios más peligrosos se podría ver realizada allí. Los diablitos pequeños querían ser como los grandes, y hacían que los llevasen de la mano á hacer juegos de equilibrio en un palo, y al llegar á la mitad de éste, se bajaba, repentinamente, y tenían que saltar bastante para no romperse las narices. Los más grandecitos se divertían en hacer rodar toneles estando ellos montados ó de pié encima, y echaban así carreras y apuestas con los de su edad. Otros cogían varitas flexibles y jugaban unos con otros al florete, y se atacaban y se defendían, no sin peligro de ponerse un ojo negro. Más de cuatro trapecios se mecían en los aires con espantosa rapidez, mientras los maestros, haciendo el oficio de los payasos en los volatines, estaban debajo, previniendo los accidentes; y dondequiera había gritos y silbos como en una plaza de toros.

De todos los ejercicios el más sorprendente para mí fué el de los muchachos ya grandes, que tomaban una vara más ó menos larga, según

á la vieja que se ha embelesado en mirar; y trabajo cuesta á lo
reunir la bandada de muchachos, que de todos lados vuelv
vestidos rotos, y muchas veces con las narices reventadas, por
de los cerezos se han cogido á puñetazos.

Al terminarse las tareas del día en las escuelas, y antes d
los muchachos, se cantan por todos y en todas las escuelas *him*
ticos, de los cuales el gobierno ha formado una colección y rep
escuelas del Imperio, de manera que á una misma hora en el vast
alemán cinco millones de niños pronuncian unas mismas palabr
un mismo canto y están animados de unos mismos sentimientos

El tiempo de siete años para la escuela es, en verdad, dema
para un país pobre, donde el jornal es muy barato, y donde
numerosas y una boca de más y dos brazos de menos para el tra
en conflicto á los padres de familia; pero este sacrificio lo h
gustosos por el porvenir de sus hijos y la prosperidad de su país

Como uno de los graves inconvenientes con que en mi
encontrado las escuelas es la preocupación de que ellas harían in
niñas del pueblo, pues, educadas primero, no querrían después se
ni ocuparse en oficios inferiores, voy á contar cómo era mi si
Hamburgo, pues la ocasión se presenta para acabar con esa pr

A mi llegada á esa ciudad fuí á vivir al *Hotel de Francia*
sobre el lago Alster, en la calle principal, hotel que es muy ele
muy costoso; y el excelente caballero Eduin Isaacs, de quien habla
viendo que esto no me convenía, me buscó una linda casita, si
abajo, también sobre el lago, sombreada de árboles, con vista p
un hermoso jardín, construída casi toda de mármol: baja c
pasadizo de entrada, una sala, una alcoba, un cuarto al frente
arrendar, y el servicio doméstico debajo. La casita estaba me

sin embargo nos entendimos durante diez y ocho meses por señas, y ella me sirvió con solicitud y lealtad en ese tiempo.

Levantábase al amanecer y lavaba el exterior de la casa, las vidrieras y el enlosado de la calle con agua fría, y con caliente las baldosas de mármol de la entrada. Luégo sacudía las cortinas y muebles de la sala, y limpiaba la araña del gas.

A las siete de la mañana bajaba á la cocina y preparaba el almuerzo que servía á las nueve, y que bien podía enfriarse y dañarse si yo no me había levantado y vestido, ó si me dilataba en la calle. Mientras que yo almorzaba, ella cerraba las puertas de comunicación de la alcoba, abría las ventanas que daban al jardín, y empezaba el aseo con el rigor y la escrupulosidad más grande; levantando los colchones, quitando las tablas, frotando la madera y barriendo las alfombras. En vano, cuando yo había olvidado algo en la alcoba, llamaba ó golpeaba: ella estaba en su ocupación y no abría.

Debajo de la servilleta, y encima del plato sopero, estaba siempre á la hora de almuerzo la cuenta de los gastos del día anterior, escrita en una letra elegante, perfectamente detallada, y hecha la suma con exactitud. Esta era la única cosa que yo comprendía; porque los números son iguales en todos los idiomas, y sabía que las monedas corrientes eran *marks* y *phenings*. Jamás la cuenta alcanzó á cuatro *marcos*, ó sea un peso de nuestra moneda, y la comida era exquisita y sumamente variada.

A las cuatro de la tarde servía la comida, y concluída ésta, se entraba á arreglar sus cosas, según supongo; y algunas noches me pedía licencia para ir al teatro en que costaba un real la entrada. Tenía su libreta de la *Caja de ahorros*, en la cual se veía que mes por mes depositaba más de la mitad de su jornal; y me pedía con instancia que la trajese á Colombia. ¿ Sería malo para las señoras, ó perjudicial para la sociedad, el que las escuelas formaran entre nosotros criadas como la que yo tuve en Hamburgo?

Hay una edad para los niños en la que las escuelas se transforman; en las unas se enseña á las mujeres las labores y oficios propios de su sexo, y á los hombres, los ejercicios militares.

Para los jóvenes pobres, que después de tener catorce años quieren seguir educándose sin perder el trabajo del día, hay escuelas nocturnas de diversos ramos; y los jóvenes ricos pasan á los *Liceos* y *Escuelas politécnicas*. Colegios científicos, cuya reputación ha alcanzado á todos los países, y en donde, además de alemanes, se educan americanos, rusos, ingleses y daneses.

El gran número de alemanes que emigran de su país en busca de fortuna, y cuyo dato curioso quiero colocar aquí, aunque no es oportuno,

bandera de Colombia, y celebra el *20 de Julio* con el entusiasmo con que en otro tiempo lo hacían en Bogotá.

Tiene una amable y simpática señora, que habla francés y algo de español, y que hace admirablemente los honores de la casa, en donde pasé deliciosos días. Ésta se halla situada sobre el *Alster*, y pasaría por palacio en cualquiera otra ciudad.

El señor Eduin Isaacs fué mi amigo íntimo en Hamburgo: debíle toda especie de obsequios y atenciones; el haberme relacionado con muchas de las familias respetables del país; conocer los templos y edificios públicos de Hamburgo y de Berlín, y haber sido iniciado en las costumbres y hábitos del pueblo alemán.

Voy á contar una trama urdida contra mí, de la que me salvó el señor Isaacs:

Un día recibí una esquela en español, en la que se me decía que una señora que había estado en América como sirvienta, y que estaba enferma en esos momentos, quería saludarme; al día siguiente fuí á la casa que me indicaba. Encontreme una buena y gorda señora que hablaba mejor que yo el español y que me recibió con un abrazo, y me contó que desde niña había pasado á México, que había regresado á su país y lo encontraba todo feo, y que sólo quería á los americanos.

Propúsome ir á casa como sirvienta, hacerme todo á la americana y acompañarme mientras estuviese en Hamburgo. Le di las gracias y le dije que mi criada estaba comprometida hasta el día 1.° de Noviembre, pero que después tendría mucho gusto. Preguntóme cuánto ganaba la criada, le dije que sesenta marcos, y ella se apresuró á decirme:

—Ah! yo me comprometo con usted por cincuenta. ¿Le parece bien?

—¡Magnífico!

Convidóme á comer *puchero* dos ó tres veces en su casa y con amigos; hablaba de nuestros proyectos, y yo, encantado, nada le contradecía y me dejaba cuidar. Vino á visitarme con dos amigas más, vió un cuarto desocupado y dijo: aquí me instalo yo, y quedo como una princesa.

Yo la creía un poco locata y alborotada, por lo que ni se me ocurrió darle entrada en casa.

Pasaron los meses, y yo olvidé á la *americana;* pero el día 1.° de Noviembre, al volver del paseo, encuentro la casa llena de baules, catres, petacas, mesas, sillas y muebles de toda clase, de tal manera llena, que no tengo por donde entrar; y á la *americana* instalada y previniéndole á mi criada que desocupe en el momento.

Aquello me pareció una mala visión, y en el acto le hice comprender su atrevimiento y la despedí con cajas destempladas.

Inmediatamente la *americana* me demandó ante los tribunales. Por *daños y perjuicios* me exigió su abogado seis mil marcos; y según la relación que presentó, yo estaba obligado á pagárselos, pues tenía las declaraciones de que yo no había dicho *no*, y algunas veces *sí*, á todo lo que ella me había propuesto. No había remedio, debía pagar esa suma á la bondadosa señora gorda que tanto quería á los americanos.

El señor Isaacs intervino y preguntó al abogado:

—Dígame usted, ¿el señor Rivas dió á la señora delante de testigos el thaler, que es la señal del compromiso con una sirvienta?

—No señor.

—Entonces no hay contrato.

Así me salvó de la trama de esa buena y gorda señora que tanto quería á los americanos.

Colombia estaría representada dignamente nombrando como Cónsul general permanente al señor Isaacs en Hamburgo; y como ha sido agente de la emigración á la República Argentina, pudiera dirigir su corriente benéfica sobre Colombia.

CAPITULO XXXIV.

Hospitalidad—Morir de amor—Doctores—Universidades—Estudiantes—La cerveza.

EN Alemania la hospitalidad, virtud de los pueblos antiguos que aliviaba la suerte del proscrito y consolaba al desgraciado peregrino, tiene aún una hermosa significación; la acogida cordial, sincera y franca que al extranjero se le da en la familia, ó la serie de atenciones y agasajos que recibe de los caballeros del país.

Los señores Julio y Guillermo Daitellzuait vinieron casi niños á Colombia, aquí se acabaron de formar, hicieron parte de nuestra sociedad, se identificaron con nuestras costumbres, ejercieron el comercio por muchos años y ganaron una gran fortuna, de que disfrutan ahora en Hamburgo. Como hablan con igual facilidad el español que el alemán y tienen nuestras maneras y nuestros gustos, cuando uno está con ellos en Hamburgo cree encontrarse entre compatriotas; y ellos hacen por su parte cuanto es posible para que sea agradable al colombiano su residencia en aquella ciudad.

Presentóme Guillermo en su casa, donde fuí muy obsequiado, á su anciana y venerable madre, á dos primorosas hermanas suyas y á su linda hija, encantadora criatura, que nació en Bogotá; Julio me llevó á todos los teatros, á todas las fiestas que había en Hamburgo, dióme banquetes; y siempre, fino y generoso, no sabía cómo distinguirme y darme pruebas de su amor á Colombia.

Como prueba de la misma hospitalidad fuí invitado por el señor Fernando Cugellmann, caballero comerciante de Hamburgo, que negocia

esposa á la mujer amada, y por dote la inmensa fortuna que el señor Pardo había llevado de Curazao.

—¡A Reimbeck! ¡A Reimbeck vamos! le dijo á su novia, que allí, donde he vivido sufriendo, allí quiero morir de amor.

La joven esposa notaba que las manifestaciones de dicha y de ternura de su marido eran exageradas, las miraba con sorpresa, y hasta llegó á tener miedo cuando con él se encontraba sola.

La tarde que comíamos en Reimbeck con el señor Cugellmann, era espléndida y serena, la brisa apacible estaba impregnada de las aromas del jardín; las nubes de Occidente formaban como bajeles de fuego navegando en un cielo de luz, iguales á los que sueñan los amantes; empezaba á salir la luna por Oriente, y todo convidaba á la dicha melancólica y dulce del amor.

El joven Karor toma á su tierna esposa entre los brazos, la contempla con muda admiración, le da un beso en la frente, luégo la deja, y como si fuese á cumplir un voto ó un terrible sacrificio, se arroja adelante del tren del ferrocarril que en ese momento cruza, y es despedazado......

Ya que he referido la historia de este infeliz *doctor*, indicaré que este título es una gran cosa en Alemania desde muchos siglos atrás, como si el pueblo hubiese comprendido que la ciencia era la columna de luz que había de guiarlo, y que los hombres que al cabo de muchos años de meditación y de estudio, siguiendo el curso de los astros, sorprendiendo los secretos de la naturaleza ó buscando las plantas que habían de aliviar los dolores, tienen algo de divino, los ha mirado siempre con veneración; y el personaje legendario que Goethe puso en escena, *El doctor Fausto*, vive en la mente de todos los alemanes.

En Colombia también la Ciencia ha precedido á la Libertad. La «Expedición botánica» dió los próceres de la Independencia. Los hijos del Colegio del Rosario murieron en los patíbulos, y á los *doctores* de la Universidad se deben hoy las instituciones liberales que son el orgullo de América.

Más de cincuenta mil jóvenes buscan en Alemania el título de *doctor*: los unos en Derecho, otros en Medicina, en Teología, en Ciencias naturales, en Filología, en Literatura, &c., &c.; formando todos una gran *República literaria*, que vive en medio de las monarquías, y con costumbres y hábitos que es preciso describir.

Las Universidades de Alemania, fundadas la mayor parte en los siglos XIV y XV, (la de Heidelberg lo fué en 1336) eran cuerpos soberanos é independientes al principio, y han conservado muchos de sus

ria de Alemania, república que es federativa, pues aunque hay diversas Universidades, ellos forman un solo cuerpo y tienen unos mismos derechos, exenciones, usos y costumbres en cada una de ellas, lo que ha contribuído poderosamente á form ir la nueva nacionalidad.

No hay alumnos internos en las Universidades, y el estudiante *matriculado* no depende del padre, ni del tutor, ni está sujeto á otra autoridad que á la del *Rector*, ni tiene otros jueces que los *bedeles*; y desde que tiene su matrícula en la Universidad es libre é independiente para llevar el género de vida que quiera, según sus inclinaciones y sus recursos.

Repetiré aquí lo que tantas veces he dicho: sólo refiero en mis *viajes* aquello que he presenciado, sin decir si es bueno ó malo, y velando únicamente aquello que el pudor exige, por lo cual no he contado nada de la vida de los estudiantes en París, y sí voy á referir la de los de Alemania.

Los jóvenes prefieren *matricularse* en las Universidades de Jena, de Heilderberg y otras, situadas en pueblecitos pequeños, que viven de la misma Universidad, más bien que en las de Berlín ó Leipzick y las grandes ciudades; porque en las primeras están más á sus anchas y viven más pobremente, pues allá, como en todas partes, decir estudiante es decir pobreza, hambre y desnudez; pero allá, como en Colombia, esos desamparados que á todo se sujetan, vienen á ser después los primeros hombres del país.

El estudiante compra una cachucha de ceremonia y un gorrito para el diario; una chaqueta de ceremonia, que generalmente es de terciopelo, y una levita de bayeta para el diario; un ceñidor de cuero y unas botas eternas, dentro de las cuales mete no solo las piernas sino todo el cuerpo; y así prevenido, desafía las estaciones, y empieza su vida universitaria, que dura largos años y que no tiene igual en el mundo.

Los estudiantes lo son por vocación, y al entrar á la Universidad y durante todo el tiempo que allí están no dejan de tributarle culto á la ciencia; pero tampoco pierden ninguna fiesta, ninguna feria, ninguna diversión; andan por todas partes en bandadas, se embarcan en el Rin, van á la *selva negra* en busca de aventuras, atraviesan los caminos á pie para asistir á la inauguración de un monumento, están en todos los tumultos populares, en todos los conciertos públicos, y dondequiera que hay algún espectáculo.

El estudiante no es una persona, no es más que un estudiante; y armado de su matrícula, que le sirve de pasaporte, con su vestido tradicional, pasa por todas partes sin ser notado; él no tiene pretensiones de ninguna naturaleza, y si comete falta en una reunión lo echan sin escándalo, y si comete un delito, en cualquiera parte que sea, la policía lo empaca y lo

un color distintivo y un lugar llamado *local*, donde pueden r
sesiones solemnes ó juntas generales, como las que se celeb
elección del Rector, la del Presidente del gremio, el natalicio d
de los socios, la entrada de uno nuevo, ó con motivo del gra
por alguno de ellos, ó la muerte de un compañero; pero de
están distribuídas estas funciones, que el estudio no se perjudi

Los que hayan asistido á las *aulas* de una Universidad en
habrán reparado que los profesores tienen la cara llena de cicatr
de menos ó los labios cortados; y deben saber que esto depende
tumbre del duelo á espada entre los estudiantes; de que el recién
obligado á batirse con todos los que quieran desafiarlo; que entre
Verein y *Burchenscaft* hay frecuentes rivalidades que se dec
duelo, y que diaria y constantemente están riñendo dos es
espada, y por la noche se oye en medio de las calles y al volve
las esquinas el ruído que hacen al cruzarse los aceros.

No se ve á los estudiantes en íntima sociedad con las muj
todos viven enamorados de un ideal, de una niña que en su pue
de la hija del tabernero, de la dama de un castillo á quien de le
y entregados á este amor fantástico ó real, pasan la vida co
versos, dirigiéndole endechas y hablando de sus amores con loco

Porque decir estudiante es decir poeta, soñador, romántic
Espronceda; y cada uno, llevado de *su destino*, hace de su vid
que quisiera realizar con grandes hechos, con acciones heróica
extraordinarias; y sintiendo el vacío á su lado, mientras que el
concibe, pone en verso el poema y pasa las noches escribiendo
leyendo sus creaciones.

El *local* de sus reuniones está adornado con las banderas
con bustos de Goethe y de Schiller, de los grandes maestros m
de los más famosos contemporaneos. En algunos están los
Emperador y de Bismarck; en otros están proscritos, pues los

« Gaudeamus igitur
Juvenes dum sumus,
Post exactam juventutem,
Post molestam senectutem
Nos habebit humus.
Vivat academia,
Vivant profesores.»

Los estudiantes alemanes tienen cantos latinos tradicionales como el anterior, con los cuales se abre la sesión, según el caso, cantos alemanes, también tradicionales, al amor, al vino y á la cerveza, é himnos patrióticos que entonan en las grandes solemnidades de *pro patria.*

—*Silentium !* grita el presidente cuando ya todos los estudiantes están sentados al frente de los bancos de madera, donde lucen, repletos de cerveza, enormes jarros de peltre.—*Silentium !...* y empieza á cantar él sólo:

« A la salud de los Renanes sajones y brandeburgueses también. Vamos, suave y rubio color ; corre en nuestras gargantas y danos nuevas fuerzas. Es así como debe beberse (vacia su jarro). Arriba, hermanos, cantemos en coro, y que los que puedan digan: Juchhe Burrhe, Juchhe Burrhe. Sa ! Sa ! Sa ! Sa !»

El coro repite:

«Sa! Sa! Sa!»; y canta:—«Hermanos alemanes, lanzad un gozoso grito, cantad vuestras canciones más alegres, y que todo el que pueda que grite, aquí en medio de los vasos de cerveza: Sa ! Sa ! Aquí se consuela el corazón, el corazón enfermo. Oh buena y fermentada cerveza ! Delicia de la vida ! Tú nos procuras cien mil goces ! Sa ! Sa ! Sa !»

Entonan otra canción en latín, imposible de entender; pero cuyo estribillo, que todos repiten á cada estrofa y en coro, es: *¡ Sic vivimus !*

« Joven novicio,» cantan en la recepción de un estudiante, «bueno y piadoso hijo de Alemania, corazón ingenuo, indomable valor, sin hiel y sin veneno, yo te reconozco. Delante de la joven inocente, ¿ por qué tu mirada se dulcifica ? El espíritu de Alemania habla en ti, y la Alemania es casta.»

Canciones, viejas como las Universidades, canciones absurdas que nada dicen para el extranjero, y que para el alemán están llenas de filosofía; canciones que son cuentos de fantasmas de edades pasadas; canciones locas y desenfrenadas, tales son las que se cantan y se repiten en todas las fiestas, apurando vasos de cerveza; y pasados los años de dos estudiantes que juntos entraron á la Universidad y se metieron en idénticas botas, el uno puede ser un gran borracho y el otro el primer sabio de su siglo.

En la muerte de un estudiante, después de haberlo conducido al

fundar la nueva sociedad, trayendo sus hábitos de orden y de trabajo y encontrando amplia libertad á sus esfuerzos.

Pero ¡ ay ! el amor á la cerveza no ha podido extirparse ni entre los estudiantes ni entre las clases elevadas de la sociedad; el pueblo se embriaga como antes, y para los hombres de Estado este vicio, que no han podido extinguir, es motivo de gran preocupación, pues amenaza de serio la prosperidad de la Alemania.

En Alemania se bebe cerveza á todas horas y en todos los lugares; y en vez de los elegantes y lujosos cafés de Francia, á donde concurren gentes de todas las condiciones á conversar, hay allí unos salones debajo de la tierra, más ó menos lujosos, según para quienes están destinados; pero todos sombríos y oscuros de día, medianamente alumbrados por la noche. Si los salones son para los elegantes y los ricos, son de madera de encina, admirablemente tallada, adornados con magníficos cuadros al oleo, mesas de nogal esculpidas y asientos de marroquí oscuro; y si para el pueblo, dejan ver desnudas las vigas del techo, negras las paredes; las mesas son sencillas, y los asientos, bancos de palo. Allí van llegando los comenzales, al anochecer, unos con sus mujeres, que se ponen á *tricotear*, y otros, más generalmente solos; toman un asiento, y en el acto reciben en un enorme jarro de loza con tapa de peltre la cerveza, encienden un cigarro ó la pipa, y sueñan. Pasa un cuarto de hora y cada uno apura el jarro de cerveza, que inmediatamente es renovado; pasa otro cuarto de hora, y cada cual consume la cerveza que tiene delante, la cual instantáneamente es renovada, y así hasta que dan las doce de la noche. Si hay cien concurrentes, todos ciento hacen igual cosa; todos serios y taciturnos, al través de la atmósfera de humo que los envuelve; y sin que se cruce entre ellos un chiste ni una palabra alegre. En algunas de estas tabernas se permiten *convents*, ó sociedades de amigos, que van allí á tomar; y entonces los salones resuenan con cantos parecidos á los de los estudiantes.

No se ven en Alemania los restaurantes y cafés repletos de mujeres elegantes, más ó menos hermosas, ostentando sus encantos y sus trajes, como sucede en Francia, ni alegres grupos de amantes comiendo y bebiendo juntos; porque las costumbres son completamente distintas en el uno y en el otro país, mostrándose en el segundo la relajación en el amor y en el primero el exceso en la bebida.

CAPITULO XXXV.

Moralidad—Carácter y costumbres: fiestas de familia—Hogar—Banquetes—Mis amigos—Bremen—El señor Leigdig.

EN cuanto á MORALIDAD y consiguiente fecundo desarrollo de la población, el siguiente cuadro estadístico, comparado con los de igual clase en Francia, habla muy alto en favor de Alemania, y le promete un grado de prosperidad y de grandeza á que en vano aspira su vecina rival, dejando con esto justificado mi pensamiento en la carta que dirigí al doctor Murillo desde París, y colmados los votos de los patriotas que iniciaron la lucha de LAS COSTUMBRES en Alemania en 1845.

Movimiento de la población en un año.

ESTADOS.	Matrimonios.	Nacimientos.
Prusia	209,585	1.054,639
Baviera	35,538	211,205
Sajonia	25,881	129,932
Wurtemberg	12,294	79,729
Baden	10,028	57,172
Alsacia-Lorena	10,051	52,051
Hesse	6,423	32,323
Otros Estados	29,108	131,595
Total en el Imperio	338,909	1.748,686

Todavía un dato más para demostrar cuánto *las c*
que deciden de la suerte de las naciones. Hay en Franc
por cada treinta y cinco habitantes y en Alemania uno
cuatro ; y lo que es más notable aún, por consecuencia
de las costumbres de las madres en Francia y Alemania.
mil habitantes, ésta es la proporción de los niños en las

	Francia.	
De 1 á 10 años	880	
De 10 á 15	881	
De 15 á 20	832	
De 20 á 25	802	

Atendido el aumento progresivo de la riqueza en Ale
que toma su comercio día por día, la mejora intelectual y
lo que aumenta el desarrollo de la población, por c
mejores costumbres, dentro de cincuenta años la Aler
millones de habitantes y la Francia cincuenta, con lo q
lucha entre las dos rivales.

Y los datos que acabo de presentar son tanto más d
que Francia tiene un clima suave y Alemania ingrat
suelo fértil y la segnnda uno estéril ; la una es rica y la
pobre. A Francia van los extranjeros por miles, á cons
buscar los artículos de su preciosa industria, y Alemania
sus hijos fuera del país á buscar mercados para colocar s
obra de la imitación y frecuentemente falsificados.

« Los vicios de la humanidad, dice Edgar Bourla
desgraciadamente, y sólo se puede decir que en Alem
generalizados en la clase media, que ha conservado n
tradiciones y las viejas *costumbres*, más bien que en las
que copian brutalmente la ligereza de las costumbres ext
para ser preservados contra sus groseras inclinaciones,
delicadeza naturales.» Y yo debo añadir que con excepc
ciudades, la corrupción de las costumbres no se ve por
que prueba que no está en el germen social, y no se oste
en otros países.

Es tan difícil describir el carácter de un pueblo,
Alemania los viajeros, desde Madame de Stael hasta
hecho de esa nación una pintura diferente; y, vanidad

que lo había comprendido mejor, por lo que me limitaré á decir: el pueblo alemán es naturalmente frío, de lenta concepción, muy reflexivo, tranquilas pasiones, corazón bueno, poco generoso, adherido á sus hábitos y tenaz en sus resoluciones; las virtudes que en él resaltan, como el entusiasmo patriótico y el amor á las artes, son obra de la educación, y sus defectos: el disimulo, la desconfianza y la querella son obra de la miseria, de la competencia con los más afortunados, y de la bebida, que enciende sus pasiones.

Todo en Alemania, el clima frío y destemplado, la naturaleza melancólica, el largo invierno, todo prepara para la vida íntima, para la vida de hogar, para la vida de familia; y este sentimiento, piadosamente mantenido y fomentado, es el que caracteriza más al pueblo alemán. Ni la vida de los *lazzaroni* de Nápoles podría llevarse en Alemania, ni el mar inmenso y abierto allí provoca, ni puede pasarse allí una noche como en Granada, riendo y cantando al aire libre, bajo el cielo estrellado. Sólo en el hogar, en el hogar caliente y abrigado, y en el seno de la familia, conversando con la esposa y entretenido por los hijos, concibe el alemán la felicidad; y el aspecto de los pueblos lo revela bien: en esos muros negros se abren pequeñas ventanas, y tras de ellas se ve la familia venturosa; y salir de allí es exponerse al frío y no encontrar más que soledad y tristeza en derredor.

En ninguna parte de Europa se ha conservado, como en Alemania, la vida primitiva de familia, con todos sus encantos y toda su belleza, así en los campos entre los rústicos trabajadores como en las ciudades entre los artesanos y los ricos; y allí es donde se ve cuánto el amor embellece la vida, y da resignación para sobrellevar una existencia de trabajo, de necesidades y dolores.

La Alemania en general es pobre, las familias son numerosas y el jornal barato; puede calcularse, pues, lo duro de la existencia para el padre que tiene que trabajar sin descanso y sin misericordia, á fin de que sus hijos no carezcan de lo necesario; la labor infatigable de la madre para levantar esa familia y hacer agradable su hogar, y las escaseces con que se criarán esos niños, mal vestidos y apenas alimentados con las más sencillas cosas; y sin embargo, allí se anida la felicidad.

El joven del pueblo desde temprano tiene *amores platónicos* con una muchacha de la escuela, de la fábrica vecina ó de la lechería; y juntos buscan la ocasión de mirarse ó de hablarse. El estudiante ha dejado en su pueblo *sus amores*; el dependiente de comercio tiene los suyos con la hija del patrón, y el soldado va á la campaña pensando en su querida; pero

en mucho prestigio en Alemania. Un subteniente vale más, á los ojos es muchachas, que un banquero ; pero los militares no pueden casarse creditar que tienen todo lo necesario para el matrimonio y renta de vivir ; y por esto las muchachas que se casan con militar tienen además ote que llevan, que ponerle casa, muebles y alberos ó limpiones *con grama;* y el novio no lleva más que su persona, su sable, su uniforme caballo.

Esto de los *limpiones con monograma* se refiere á lo que pasó en otá hace poco tiempo. Una joven llena de amor iba á casarse con un llero rico, y una amiga común era la confidenta de las cosas que el o le tenía en su casa. Una tarde entra la jóven á la pieza de la re, desolada y llorando y se arroja en sus brazos. En vano la madre ega que le confíe el fatal secreto, la muchacha no hace más que llorar, triste pensamiento lo entenebrece todo. El padre ocurre lleno de ietud y de tristeza.—¿Qué es, hija mía? le dice. Ese infame......

—No ha marcado mi monograma en los limpiones que me ha puesto cocina, dice al fin la niña ¡Qué cosa tan terrible!

El matrimonio se hace en Alemania siempre en fiesta y con alegría; la última á que asiste la pobre mujer, para quien comienza una vida asiado dura, teniendo que llevar un trabajo quizás excesivo y mantener uilibrio necesario entre una pequeña fortuna, ó un pobre jornal, por parte, y la moralidad, brillo y posición de la familia por otra; pero, intas compensaciones para su corazón!

El esposo la ama, marchita y acabada ya, con el mismo amor puro y llo que tuvo por ella en la juventud; y para ella, él es el mismo que vió ir de la escuela, el mismo de los paseos al campo y de los conciertos y eres, y el que ahora como entonces sólo piensa en hacerla dichosa. La mesa cubierta de frugales alimentos preparados por ella, está rodeada ños gozosos, consuelo de sus horas penosas; y en el extremo de la está ya su hija mayor jugando con el que ha de ser su novio.

En el seno de la familia hay mil fiestas que alegran el hogar; el *santo adre* es celebrado con una solemnidad casi religiosa por la mujer y los hijos, y el de ella, con comida y con música; y sobre todas a de NOCHE BUENA, fiesta de los hijos y la más linda que se celebra lemania.

Ocho días antes comienzan los preparativos, en medio de la ansiedad gría de los niños, que entonces son formales, y que todo lo atisban y en saberlo, pero á los que todo se les oculta para aumentar la sorpresa. e salir á la mamá á hora inusitada ; la sala se cierra con llave, ó hay

deslumbrados, sobre una mesa cubierta de golosinas, el *ar*
buena cargado de juguetes, lleno de luces, el cual tiene en las
de frutos, zapatitos, anillos, collares, trajecitos, libros, en fin,
los niños han deseado más durante un año !

Se cena, se canta, se juega y se baila hasta que la n
dormida en un sofá, con la muñeca abrazada; el muchacho
rincón, sin querer soltar su caballito de palo; la niña de
cansada de bailar, suelta la blonda cabellera; la madre, fatiga
del día, con el niño al pecho; el padre soltando la últim
todos soñando con la felicidad.

En la semana se trabaja, pero el domingo se des
un paseo de toda la familia que no falla nunca. El prot
Alemania, menos riguroso que el de Inglaterra, no obli
domingo en la iglesia, y permite toda distracción que no sea
diversión. Nada más original y extravagante, pero nada más
ojos, que los diversos grupos de artesanos de Hamburgo qu
de mi ventana veía pasar los domingos, y que llevaban el
pasear y de lucir al propio tiempo la elegancia de sus vestid
los cuales iban la abuela, la madre, el padre, todas las niñas y
el último que se estaba criando. Pero lo que había que ver era
las gorras y los chales que parecían desenterrados de
sido escondidos en el tiempo de la *Santa Alianza;* y las
faldones daban hasta los pies. A la ida todos van for
aire de ceremonia, cual si todas las miradas se fijasen
padre muchas veces lleva hasta guantes de lana; la madre
endereza á la hija mayor el cuello que se ha torcido ó le
plumas del sombrero, que son incomponibles; el niño coj
zapatos le aprietan, pero disimula delante del público; el de

un paso por fatigada y rendida. La hija mayor viene con su consabido, riendo á carcajadas; el muchacho, con los zapatos en la mano y aire compungido, se ha prendido de las faldas de la mamá para poder caminar; la niñita de cinco años llora del otro lado y la madre la lleva de la mano, y el de pechos viene emperrado.

Es de repetir aquello de

«¡ Jesús Dios santo !
¡ Qué algarabía !
¡ Qué gritería !
¡ Qué confusión !»

Por desgracia un carrito cargado de potes de cerveza, y tirado por dos perros que vienen ladrando, se atraviesa por el medio del grupo, espanta á las dos niñitas que cojidas de la mano iban adelante : éstas gritan y se vuelven; la madre quiere ampararlas, y el muchacho y la otra niña que de ella vienen prendidos van á dar lejos. El marido se encoleriza contra el carretero, suelta á la abuela y se le va encima; los perros laten con más furia; los hombres juran y se amenazan, el novio de la niña huye y la deja sola, y ella lo llama y le increpa su cobardía ; la madre quiere meter paz y no puede, y un concierto infernal de llantos y de gritos se levanta hasta el cielo.

Desde que uno llega á Colonia empieza á encontrar multitud de carros tirados por uno ó dos perros, y destinados á llevar las provisiones á las casas: carbón, carne, leche, legumbres, cerveza, &c.; y sorprende la fuerza de esos animales y la docilidad é inteligencia con que cumplen su tarea. Les enseñan la mala costumbre de ir ladrando, mientras que van arrastrando su carrito; pero lo llevan alegres y aprisa, y al llegar al frente de la casa, el carretero apega la correa con que guia el carrito, toma lo que ha de entregar, y los deja solos. Los perros se están quietos y mudos mientras su amo vuelve.

Los buhoneros llevan todas sus baratijas á la vista del público, en carritos largos cubiertos de cristales, tirados por perros, que se detienen á cada momento, y permanecen solos en tanto que el comerciante en el interior de las casas hace su negocio.

Generalmente el carretero va á pie al lado de los perros, los dirige con una correa y los estimula con un látigo ; pero hay muchos carritos en que montan los niños, y los perros van solos, adelante, y otros en que el jayán que reparte la leche por las mañanas, monta como un cochero en el pescante y guía los infelices perros cual si fuesen caballos.

También se usa mucho en Alemania de las vacas en el tiro de carros pequeños y de resorte : vacas á las cuales enseñan á trotar como los

cualquiera condición que sea, vive trabajando, ricos encajes,
fantasía, muñecos de cartón, en compañía de otras, para pasar la
tejidos de medias de lana; en la visita, en el coche, en el pa
restaurante, donde quiera que vaya lleva su entretenimiento y sac
He visto atravesar el jardín de Hamburgo á una nodriza llevan
brazos á un niño, mientras empujaba á otro que iba en su
en tanto que ella tejía un objeto de lana.

Conocí la casa de un zapatero en Hamburgo, y la conocí ínti
porque en Alemania la acogida del extranjero es cordial y fr
esposa era hermana del dueño de la casa en que yo vivía, de
amigo también, y éste me relacionó con aquella familia.

Vivía en una calle muy retirada y en una casa que sólo tenía
que era el taller de zapatería; una sala y una alcoba; en la chim
sala se hacía la comida, por la mujer, ayudada de una hijita de c

La sala tenía dos ventanas á la calle, y en ellas había dos c
linón blanco y dos tazas de porcelana con flores, y todo el día pe
abiertas; veíase, además, en el interior, un sofá, dos mesitas, una
caoba, y un armario. La alcoba tenía una cuja de madera
anteriores, que apenas cabía en la pieza, el lavabo de la seño
esposo y uno de las niñitas; un escaparate grande y dos baules.

El maestro trabajaba y la señora hacía la compra de los
zapatería y de alimentos para la casa. Cuando una obra estaba
ponía ella la cuenta, en papel timbrado al efecto, y llevaba las bo
las había mandado hacer.

Mientras tanto el niño de pecho dormía, y si se despertaba, lo
en la cuna la niña que se había quedado preparando la comida;
vigilaba, sin interrumpir su trabajo, á otro niño que la madre ha
entre un canasto colgado del techo, del cual no podía salirse el

de España, está el lujo de las comidas.

Gustan mucho los alemanes de los discursos y *toasts*, tán excepción de los banquetes demasiado ceremoniosos, el du brinda primero ofreciendo el banquete á los convidados, y c ellos, á su turno, dice un brindis, que es fervorosamente apla costumbre muy cordial y muy bonita es la de que, cuando u pronunciado un brindis bueno, las señoras que quieren se lev á tocar su copa con la del orador en señal de simpatía.

Cuando la comida es de confianza, á cada brindis aplau en coro las señoras y los hombres, lo cual da á la fiesta una de otro modo se haría intolerable, pues es muy larga.

Al acabarse el banquete todos los convidados se dirigen al anfitrión, le desean *malhzeit* (buen provecho), y todos, un dándose la mano, hacen lo mismo, de manera que se forma, *lanceros*, una cadena de hombres y señoras al rededor de la me

Otra costumbre rara para nosotros, es la de que en las comida familia ó de mucha confianza, al acabarse, los convidados baja y cada uno hace un obsequio á la cocinera. Todo esto manifiest y cordialidad de las relaciones amistosas, de las que no hay siquiera en las costumbres bogotanas, donde la etiqueta se ha con todo el rigor de la corte de Felipe IV, quien murió incen fuego de un brasero, porque ninguno de los cortesanos, faltar á la etiqueta, se atrevió á retirarlo, no estando allí el e esa función.

Cuando yo era niñito, la etiqueta, aun en las comidas de fa dejar de todo manjar más de la mitad en el plato (dejar la tomar agua en medio de la comida (no faltar á la etiqueta), tres veces todo manjar ofrecido (cumplir con la etiqueta) política (la mitad del pan al lado del plato). Lo que ahora exig no es menos ridículo.

El orgullo de un anfitrión queda satisfecho cuando los transeúntes se detienen por la mañana á ver la larga fila de coches de los convidados que esperan todavía á la puerta.

Tuve la fortuna, cuando permanecí en Hamburgo, de que allí estuviese de Cónsul del Perú el distinguido joven diplomático Aníbal Villegas, casado con una compatriota estimabilísima y hermosa, la señora doña Dolores Vallarino, nacida en Panamá y educada en los Estados Unidos. Su casa fué mi casa, jamás nos separámos ; y siendo ellos amigos también del señor Isaacs, juntos íbamos á los bailes, á los banquetes y á las diversiones ; y aunque las fiestas eran agradables y sabrosas, los comentarios que por ocho días seguían sobre ellas, en las casas tomando el te por la noche ó una copa de vino debajo del emparrado del jardín á las dos de la tarde, eran mejores.

La idea elevada del carácter de la mujer de Sur-América, que todos abrigamos, se realizaba en la señora de Villegas ; pues era esposa solícita y amante; madre tierna y cuidadosa de su familia ; á la vez tenía la seriedad de las costumbres *yankees*, la suavidad encantadora de una francesa, y era sencilla y dulce como nacida en Alemania. Nadie, al verla, dejaría de quererla ; nadie en el mundo, sino su esposo, se atrevería á amarla; y tan hermosa pareja formaban él, instruído, generoso y caballero, y ella, culta y hermosa, que en Hamburgo llamaban la atención; y su posición y el lujo que gastaban los hacían convidados de todas las fiestas.

Honráronme haciéndome el padrino de un niño; y no solamente les debí el más tierno cariño, sino la amistad con otras muchas familias respetables, entre ellas la del señor Shullce y su esposa, y la de la mujer más interesante que conocí en Europa.

Esta *Strobitve* (*viuda de paja*),—así llaman en Alemania á las mujeres cuyos maridos permanecen ausentes de ellas por mucho tiempo en América—había nacido en Arequipa, y á su padre, noble peruano, lo habían matado en sus brazos durante una guerra civil, cuando ella tenía quince años, por lo que temblaba siempre que hablábamos de nuestras contiendas civiles delante de ella; y cuando tenía diez y ocho se casó con un alemán rico, quien la trajo á Hamburgo y la estableció muy bien.

Después de cinco años de casados, dejando dos niñas, el esposo, por causa de negocios, tuvo que volver á América, y retenido allí para salvar su fortuna comprometida en la guerra entre Perú y Chile, la esposa vivía siempre pensándolo y consagrada personalmente á la educación de sus dos hijas.

Fué mi compañera en el bautismo del hijo del señor Villegas; y sabiendo

señora N...... tenía sobre ellas el mérito de que á sus dotes n
les daba una aplicación práctica en la educación de sus dos hija

Inseparables Villegas, Isaacs y yo, fuimos juntos á Brem
libre de Alemania, cuyo nombre han oído todos los cosechero
del Magdalena, porque á esta ciudad se envió por muchos
allí se producía; porque es el primer mercado de tabaco e
porque el precio que allí tiene es el que decide del de todas las
y porque muchos de Bremen fueron á establecerse en Ambal
todas las esperanzas de Colombia, la de un porvenir con las
tabaco, se desvaneció también; y ya en Bremen no hay u
tabaco de nuestro país, ni los capitales de ese centro vienen, c
tiempo, á fecundar nuestra industria.

Yendo de Hamburgo, Bremen parece un pueblecito; sus
ciosas, y su comercio muerto; pero encanta ver sus casas blancas
sombreadas por árboles en todas las calles, una hermo
que sube en anfiteatro de la ciudad á una colina; el aseo e
todas partes, y los extramuros llenos de salas de concierto á c
de jardines públicos y de parques convertidos en restaurantes,
pueblo alegre. Y, sin embargo, Bremen, que es la segunda de
anseáticas, tiene noventa mil habitantes, un comercio sumam
pues es la segunda plaza de Alemania; y es en su puerto de B
donde se embarcan la mayor parte de los emigrados que van pa

Muchas viejas construcciones en la *vieja ciudad;* murall
y una estatua de piedra, enorme, de Rolando, manifiestan la
que tuvo, como ciudad guerrera en otro tiempo; y los magnífi
la soberbia *Bolsa*, los suntuosos hoteles y lujosos restaurantes
ciudad, manifiestan su importancia comercial actual y su riqu

Los edificios notables en Bremen son el *Rath-house* (cas
miento), levantado en 1410, el cual se conserva como fué cons
un principio: tiene en el salón la estatua de un emperad

conservan sin corromperse, por siglos enteros. Allí se nos mostraron muchas momias intactas, y entre ellas la del arquitecto del templo.

Parece que hombres dados al comercio y constantemente preocupados con la ganancia no tuviesen afición ni tiempo que destinar á las ciencias y á las artes, y sin embargo, la *Bolsa* está adornada con un inmenso cuadro al oleo que costó cuarenta mil pesos: que representa á los primeros misioneros que en Alemania predicaron el cristianismo y bautizaron á los convertidos. Hay una *Sala de bellas artes*, con soberbios cuadros modernos y muchas esculturas; y en los paseos, varias estatuas levantadas, una á *Gustavo Adolfo* y otras á los poetas del país.

La maravilla de Bremen es el *Rathskeller* (bodega del distrito). Desde tiempo inmemorial el Consejo de Bremen hizo por cuenta de la ciudad el comercio de *vino del Rin;* y para su expendio por mayor y por menor, mandó construír un edificio subterráneo, que tiene una grande extensión y la forma de un templo, sostenido por columnas: con sus naves, capillas independientes y piezas aparte como las sacristías. Este edificio contiene toneles enormes, en donde caben en cada uno diez ó doce mil botellas de vino de todas las edades y calidades ; cada uno está en una nave distinta, entre una verja de hierro, y lleva escrito en grandes caracteres el año en que se llenó. Las paredes del edificio están cubiertas con frescos muy buenos é inscripciones latinas; y muchos toneles tienen esculpidos Bacos y ninfas coronadas de pámpanos. El efecto que producen esos monstruos tendidos y repletos de vino, que han visto pasar tantas generaciones y embriagado tanta gente, tiene algo de mitológico. *El Baco* contiene vino de 1655; *Los doce apóstoles*, de 1666, y el de *La Rosa*, que es el *tesoro del templo*, y á cuyo tonel no se llega sino con muchos requisitos, es de 1624.

Una botella de este vino, suponiéndole el precio de un peso cuando se vació, calculados los intereses y acumulados éstos, no hubiera con qué pagarse; y sin embargo, sin fraude ni engaño puede conseguirse una por veinticinco pesos ; voy á decir por qué. Cada año se sacan de este tonel cien botellas de vino que tiene trescientos años y quedan en él nueve mil novecientas ; estas cien botellas se reemplazan con el vino que tiene *San Pedro*, y que cuenta doscientos cincuenta, éste se llena con el de *San Juan*, que tiene algo menos; y así sucesivamente se va trasegando el vino más nuevo á los toneles más viejos, sin que su calidad ni su vejez se alteren.

Llamándose el tonel maravilla *Rosa*, tal cual está escrito y como se pronuncia en español, creíme obligado á comprar una botella y á satisfacer un capricho, yo que no he satisfecho ninguno en mi vida, y la pedí ; pero

que hay en Europa, pues tiene tres vías ó alamedas de árbo
á uno y otro lado el ancho de una calle común. Ellos tuvieron
dar una fiesta en mi obsequio, á la que invitaron á los mien
dos familias y muchos amigos de confianza.

Estábamos en pleno verano, el día concluía á las nueve
comenzó á las seis, habiendo colocado debajo del emparrado un
y en todo el jardín mesitas con vinos y bizcochos, á las que eran
las señoras, que repartidas en diversos grupos, conversando un
éstas, y corriendo otras, andaban por debajo de los árboles ó e
en la puerta viendo á los que pasaban.

El armonium no cesaba un momento, y todo el que a
pretendía saber, iba allí; tocaba bien y era aplaudido, ó mal y lo
entre estrepitosas carcajadas, quitándole otro el puesto, quien á
cedía al que se creía más hábil; y como entonces estaba en toda
moda la opereta de *Las campanas de Corneville*, cuando alguno
tocar el acompañamiento de un coro, todas las señoras cantaban
como en el teatro y remedaban á las actrices.

Jamás había presenciado una fiesta tan alegre, tan divertid
y tan sabrosa, pues todo el mundo reía, cantaba, bailaba ó cor
medio de una atmósfera de placer y de confianza que hacía á t
Cuando oscureció entramos á la sala, y allí la señora se sentó
tocó una magnífica obertura, que todo el mundo escuchó con
y una seriedad que contrastaba con el bullicio y la alegría
Después de ella siguió otra señorita, luégo hubo una pieza á cu
y por último un caballero, que tocó lo que él mismo componía,
muy aplaudido. A la música se siguió el canto, y casi todas l
cantaron, unas solas, otras á duo y muchas acompañadas por ca

Eran las doce de la noche, ya habían pasado algunas son

acompañaban haciendo sonar su instrumento, y formando la orquesta más variada y más original que pueda concebirse.

En medio del ruído de todos los instrumentos y de todas las voces, pues á un tiempo se hablaba y se cantaba, se abrió la puerta del comedor y dejó ver la mesa de la cena ya servida, y un barril de cerveza al frente, presidiendo la fiesta.

Si alegre había sido la noche, ¿ cómo sería la cena ? Se comía, se conversaba, se reía, se brindaba y se cantaba ; pero el encanto de la cena estaba en ese barril de cerveza al que todos tendían su vaso de plata y que, inagotable, llenaba el de todos de un licor de oro rebosante de espuma.

Cuando de lejos se ve la patria, tiene un encanto misterioso que atrae y que seduce : sus defectos se borran, su ingratitud se olvida ; y el fuego de los rencores en que arde, parece que se ha extinguido ; y volver á ella, traer todo lo que pueda engrandecerla, ilustrarla, enriquecerla, es la ambición de todo desterrado.

La pintura que de ella se hace en el extranjero, es quizás exagerada en bien ; y habiéndome pedido el señor Leigdig informes sobre Colombia, se los di exactos, según lo que entonces creía ; y ellos lo determinaron á trasladarse á Colombia para trabajar en el comercio, que yo creía muy productivo.

El señor Leigdig vino á Bogotá á fundar una casa de comercio, con el ánimo de establecerse con su preciosa familia, y preparó todo para que encontrase su esposa una residencia agradable: se amaban tánto ! Él salió de Bogotá y ella de Hamburgo para encontrarse en Barranquilla. El día que el vapor llegaba á nuestras costas, desde muy temprano la señora vistió á sus hijos, se engalanó como una novia, se puso sus mejores joyas para recibir á su esposo ; y cuando el remolcador de Sabanilla se acercaba al vapor, ella batía su pañuelo blanco para saludar al amante que salía á recibirla. El remolcador llega y su marido no parece...Estaba ya en el cementerio de Barranquilla, muerto de la fiebre hacía dos días.

En el mismo buque, sin pisar tierra colombiana, se volvió viuda y desamparada la que venía feliz y llena de ilusiones.

importantes, y de noche se halla espléndidamente iluminado.

Nótase soledad en Berlín á pesar de su millón de habitan todo allí es grande y está construído como para una pobla veces mayor, así es que le falta vida, animación y alegría en lo los parques, en los jardines, en los pasajes y hasta en las calles de

Se va de la *Puerta de Brandeburgo* por entre árboles y la *Kaiser gallerie* (galería del emperador), pasaje de cristale más de una cuadra de largo, de grandiosa y aérea construc columnas de fierro doradas; de dos pisos, con ricos almacenes objetos de lujo á uno y otro lado, un restaurante donde se pu diez mil personas á la vez, una gran sala de conciertos, y la *E* *estatuas de cera.*

Se entra allí á un salón vacío, y en todas direcciones se abr por las cuales, si se va á penetrar, un gran cristal lo impide. frente y se ve real y positivamente una virgen extendida sobre víctima sacrificada al fanatismo religioso, que llena de unción y dumbre, atada á un tronco, se deja arrastrar por las ondas del oveja cuyo hijito ha muerto, y que rodeada de cuervos qu comérselo, pone sobre él el pie para defenderlo, lanza un balido cielo para pedir amparo; ó aquel antiguo cuadro romano de un medio de la ciudad toma á un niño en la boca, y la madre defenderlo.

De esta sala se pasa á otra llena de estatuas de cera que rep emperadores, reyes, guerreros y personajes ilustres de Alema vestidos de la época; los grandes hombres del mundo y persona y entre todos éstos que se muestran con vestidos fantástico pedrerías, está San Ignacio de Loyola, con su sotana negra de anchas alas.

Tres maravillas hay en este museo: la más linda mujer

cual arroja sangre por la herida, vuelve los ojos y levanta el vestido con la fatiga; y una linda muchacha, que tiene una espada vertical, con la punta en la frente, y que se vuelve de un lado y de otro, y agacha ó levanta la cabeza, según se va la espada para el uno ó el otro lado.

Federico el Grande tiene un soberbio monumento, de trece metros de altura, al extremo de la alameda, y es uno de los más bellos de la capital. Sobre un pedestal anchísimo, sostenido por estatuas de sus generales, con medios relieves de sus victorias, está la estatua de bronce; pero Federico no está como lo conocemos todos, con el sombrero atravesado, peluca y casaca de largas faldas, abrochada, sino á caballo, con corona y manto real.

El Palacio imperial es muy vasto; pero no tiene de notable sino un espléndido jardín de invierno, especie de templo hecho de cristales y lleno de palmas, helechos y parásitas, y un gran parque con árboles corpulentos que forman un bosque en medio de la ciudad.

El Arsenal es el principal y más imponente edificio de la capital. Es un cuadrado de piedra negra, de cien metros por cada lado y de tres pisos; con manoplas, escudos de armas, cascos y cimeras, y figuras de combatientes moribundos, pintado en el semblante el dolor y la agonía, en medios relieves, y un pórtico sobre el cual hay una inscripción que dice: «Estas armas sirven sólo para la defensa de la patria; jamás para guerras injustas ni para oprimir á otros pueblos.»

En medio del patio está un león que era de Dinamarca, llamado de Flensburgo; y tirados, como los caimanes en las playas del Magdalena, cañones de todas las épocas y de diversos tamaños: despojos todos de las victorias obtenidas por Prusia desde la *guerra de treinta años* hasta el formidable cañón del Monte Valeriano, tomado en la guerra contra Francia en 1871.

Entre las antigüedades de este museo llaman la atención dos enormes cañones mandados construír por Federico II, y tan largos que parece imposible que los hayan podido vaciar; y una culebrina llamada *La paloma*, regalada al mismo Rey por la ciudad de Magdeburgo. Los medios relieves de esa poderosa arma son hechos á cincel; tiene cien figuras de los guerreros de aquella época, y las abracaderas están formadas por grupos de combatientes. Todos los cañones antiguos tienen inscripciones poéticas, siguiendo la costumbre pagana de espiritualizar la materia, y de darle á la muerte una corona de flores.

Más de cien mil armas hay en los salones altos: desde el rudo arcabuz y el cañón de cuero hasta el *fusil de aguja* y el formidable *Krupp*. Allí esta escrita en bronce la historia de Prusia, nacida de la de la guerra é hija de

hecha con los cañones tomados á los enemigos, y sobre ella se levanta la *Victoria*.

Ya he hecho notar que en Inglaterra y Francia hay monumentos iguales vaciados con *cañones cogidos al enemigo;* y permítaseme el chiste de un colombiano al ver el enorme ángel que está colocado sobre la columna, casi horizontal y sumamente pesado. Se quedó pensativo viéndolo, y cuando nosotros esperábamos alguna reflexión sobre el costoso horror para el pueblo de la gloria nacional, volvióse á nosotros y dijo:

« Este es el angel patudo,
Que fué á volar y no pudo.»

El CASTILLO REAL, habitación del príncipe heredero, más imponente que el del emperador, tiene ciento cuarenta y cuatro metros por cada lado; tres grandes entradas por distintas calles, siendo la principal un arco de triunfo, tan soberbio como el de Septimio Severo en Roma, y la parte de atrás da sobre el río, al cual se llega por magníficas escaleras. Así el hijo del Príncipe Federico, heredero del Imperio, puede desde su balcón contemplar este puente; al frente el *Arsenal*, á un lado el *Cuerpo de guardia*, del otro lado la plaza llena de estatuas de guerreros; á lo lejos el monumento de *Federico el Grande;* los soldados que vienen á mudar guardia, y las banderas prusianas, á las que se les rinden honores divinos en medio de una marcha triunfal. ¡La guerra! ¡la guerra! ¡la guerra! por todas partes!

No hay en Berlín más que un monumento en donde la mirada pueda descansar de los horrores de la guerra; y es preciso confesar que es el más suntuoso y quizás el más bello que en este siglo se haya levantado en Alemania: *La Columna de la Paz*, que está en el medio de una inmensa plaza, cuatro veces el tamaño de la de Bogotá, y encerrada dentro de una verja de hierro dorado.

Forma el pedestal un gran círculo, y la base es de mármol oscuro y el centro blanco, de donde se asciende á un corredor circular, formado por mosaicos de diversos mármoles, tan admirablemente mezclados, que representan cuadros alegóricos de la paz; del medio se levanta una elevadísima columna de granito rojo, terminada por un capitel de mármol blanco y coronada por una enorme estatua de oro, la cual representa *La Paz* en forma de diosa con una palma verde en la mano.

Es necesario reconocer que la Alemania es arrastrada por dos instintos que son contrarios y que ella sola sabe armonizar: el instinto guerrero, al que debe su existencia, y el de la razón y de la ciencia, al que se consagra

á un restaurante inmediato á almorzar, y cuando volvimos encontrámos cien almacenes iguales, donde vendían teléfonos, y ninguno era el que buscábamos.

De esa calle se pasa á la *Plaza Schiller*, en donde hay un magnífico teatro, enfrente del cual está el monumento erigido al poeta, adornado el pedestal con medios relieves que representan alegorías de las principales de sus poesías, y encima la divina estatua en mármol de Carrara. En todas las ciudades de Alemania que visité hay estatuas erigidas á Schiller, á Goethe, á Klopstock y á otros muchos poetas ; y es preciso reconocer que si los alemanes tributan honores á sus guerreros, es culto lo que rinden á sus poetas ; y que más que en Inglaterra, en Francia y en Italia, el genio es divinizado en Alemania, y por donde quiera el pueblo encuentra estatuas que le recuerdan sus poetas, sus sabios y sus músicos.

Es una especialidad de Berlín la de tener *clubs* exclusivamente de señoras, á donde concurren, según el club, literatas, maestras de piano, actrices, *doctoras* ó profesoras de artes y oficios, á tratar de literatura, á recitar versos, á ensayar piezas de música ó á charlar sabrosamente, haciendo los tejidos de lana las madres de familia que han acabado sus tareas domésticas.

No referí al hablar de las Universidades de Alemania, que la mujer en ese país, no solamente en las escuelas le ha ganado el puesto á los hombres, sino que á las *aulas* de la Universidad concurren muchas señoritas, principalmente á las escuelas de ciencias naturales y de medicina; que ellas son el ejemplo y estímulo de los jóvenes; que los profesores las estiman profundamente, y que muchas han recibido ya su título de *doctor*, y principalmente las médicas han merecido un general aplauso por su habilidad, consagración y caridad.

Ah ! Tener una hija consagrada al alivio de los dolores de sus hermanas, llevando iluminada su sién por el fuego de la ciencia, y verla entrar al hogar entre las bendiciones de los pobres y los aplausos de sus comprofesores es una visión magnífica, que sólo á los alemanes Dios ha concedido !

París con sus jardines y diversiones se ha quedado como en mi país tal cual niña de familia antigua, que de chica se llama la *niña*, á los quince años la *niña*, á los veinte la *niña*, y que á los cuarenta, cuando para todos es una vieja, para la familia es la *niña*. Voy á decir por qué.

El Krol en Berlín es un jardín de más de diez cuadras de extensión, lleno de árboles magníficos y flores bellísimas, cual ninguno otro hay en París. Por la noche lo iluminan espléndidamente: unas alamedas con

todos los caballeros estaban también de guantes blancos y decentemente vestidos.

¡Qué belleza! ¡qué juventud! ¡qué frescura en las mujeres! Casi todas eran rubias y de una blancura de nieve. Mucho lujo, muchas joyas y trajes más bien fantásticos que elegantes; y sobre el terso entablado se oía el *tan, tan* de los tacones, más como el compás acentuado de la música que como el ruído de las pisadas.

Del placer al vicio hay un escalón, de ahí al crimen se resbala el pie fácilmente; y en Berlín la sociedad tiene que luchar con ebrios consuetudinarios que forman una inmensa masa que la agobia, y con ladrones y criminales, no astutos como los de Francia, sino brutales, que acostumbrados en los campamentos á dar y recibir la muerte, hacen lo mismo en el ejercicio de su profesión, matando sin misericordia á niños y á mujeres, si es preciso, y presentándole á la policía verdaderas batallas en los cuarteles de la ciudad.

En el viejo Berlín, dicen, pues no tuve ocasión de visitarlo, que la miseria es espantosa; que el hambre devora infinidad de niños, y que mil escenas de horror pasan todos los días en presencia de la sociedad. Esto es natural y lógico. La Alemania es pobre, y sólo un trabajo asiduo puede salvar al hombre de la pobreza; y el que en un momento se descuida, cae para no levantarse nunca. Las familias que apenas ganan lo necesario, poco pueden destinar para la caridad. El gobierno quita al hombre los mejores años de su vida para el ejército y consume en su mantenimiento lo que pudiera destinarse á la asistencia pública; y por último, á Berlín ha ido de toda la Alemania una población flotante, de esa que vive en la ociosidad, en el vicio y que lo espera todo de la casualidad; y la ciudad no puede atender con sus propios recursos á las víctimas de esta corrupción.

Las tradiciones de Santa Isabel, Reina de Hungría, y de las princesas palatinas, se conservan en la familia real de Prusia; y la Emperatriz es infatigable en su misión benéfica y caritativa: en trabajar para que se establezcan prisiones dignas, en fundar hospitales y hospicios para niños, pues se asegura que estos desgraciados son los que tienen predilección en su alma generosa. Entre ella y las señoras de la Corte, sin ostentación ni aparato, se han distribuído la vigilancia de los hospicios, los que son visitados con toda regularidad, y cuando pueden, buscan medios de suplir las faltas que notan. El contacto entre la opulencia y la miseria hace siempre nacer la caridad, y al fin la mujer que se ocupa en hacer el bien, les toma amor á los que proteje, como le toma amor á la vida disipada la que sólo vive en los placeres, las modas y los galanteos.

[illegible] que se debe á la misma Emp[illegible] [illegible] siempre que ha estado en sus fac[illegible] [illegible] pena de [illegible] y p[illegible] [illegible] compré en E[illegible]

La Emperatriz ha sido una Reina virtuosa, [illegible] No se ha mezclado, á semeja[illegible] [illegible] ha empleado la riqueza [illegible] religiosas, que los [illegible] que protegía en secreto á sus [illegible] evangelista.

Hay una costumbre alemana, hermosa com[illegible] [illegible] que consiste en coronar co[illegible] esposos que [illegible] á los veinticinco a[illegible] [illegible] que cumplen cincuenta de ma[illegible] [illegible] Emperatriz recibieron la de plata, y la de [illegible] por todos los pueblos de Alemania.

CAPITULO XXXVII.

Ciudades principales—Munich—Francfort—Leipzig—Estrasburgo.

ALEMANIA es una gran confederación; y la población, la riqueza, la civilización, el comercio y la cultura están por todas partes. El sentimiento comunal ó el amor á la ciudad natal, al ducado ó electorado está muy arraigado; la idea de la independencia germina al lado del deseo de una patria común; el hábito de manejar los negocios públicos existe en las Ciudades libres y en todos los reinos constitucionales, y el grado de cultura á que ha llegado el pueblo todo, es favorable á este pensamiento; pero hasta ahora la confederación ha sido de los reyes y duques, por la necesidad de satisfacer el sentimiento de una patria común, y el complemento de la grandeza de ese país será la confederación de los pueblos, que indudablemente vendrá.

Yo admiro la Prusia por haber realizado, á fuerza de constancia, de habilidad y de trabajo, el gran pensamiento de la unidad alemana que tanto bien ha hecho á los pueblos; admiro el genio del señor de Bismarck, bajo cuya dirección la obra se ha consumado, y le perdono sus resabios tiránicos, su odio á los parlamentos y el sacrificio de derechos sagrados que ha hollado en medio de la crisis; pero es preciso no equivocarse. Si de la Alemania sólo se hace un vasto y poderoso imperio que equilibre al austriaco, al ruso y al gobierno central que se levante en Francia, sea reino, imperio ó república, nada se ha ganado, y la posteridad nada tendrá entonces que agradecer á sus fundadores; pero si, como es natural y lógico, la Alemania forma una

grande y libre confederación, sí merecerán muchas
a ... saldrá más tarde la república y la libertad en E

Berlin es Hércules en la cuna, que revela apenas
y nadie puede imaginar á dónde llegará su gran
Alemania como París es Francia; pues por donde
ciudades rivales que valen más que ésta, que t
universidades más acreditadas, más culta socied
activo; y á Berlin se va de toda la Alemania, no á
políticos y militares, de que es el centro.

He aquí la población de las principales ciudade

Hamburgo...
Breslau ....
Munich ....
Dresde ....
Leipzig...
Colonia...
Kœnigsberg..
Francfort del Mein................................
Hanóver ....
Stuttgard...
Bremen ....
Dantzig...
Estrasburgo.......................................
Nuremberg...
Magdeburgo..
Barmen ....
Dusseldorf ....
Chemnitz..
Elberfeld...
Stettin...
Altona..

Y cien ciudades más en el Imperio, que tier
veinte mil habitantes.

De estas ciudades hay algunas como MUNICH, q
corte de los reyes de Baviera, quienes tienen palacio
Emperador, adornados con las mejores pinturas y ri
que el tálamo nupcial vale ochocientos mil florines,
tiene iguales la Reina de Inglaterra. Sus *Residencia*

cencia á las de los sultanes, y la corte de grandes y de nobles que los rodea recuerda á la de Francia en tiempo de Francisco I.

La ciudad es grande, hermosa, con calles anchas y plazas y jardines por todas partes, y estos jardines están llenos de estatuas y fuentes de bronce; pues la *Fundición de estatuas* de bronce de Munich es sin rival en el mundo; y antes de que en Francia se fundiera la de la *Libertad*, que será el faro de Nueva York, Munich tenía ya la *Baviera*, la cual tiene cuarenta y cinco metros de altura, y representa una hermosa mujer coronada de pámpanos.

Como sería Florencia en tiempo de Lorenzo de Médicis, así es hoy Munich bajo los reyes católicos: todo esplendor, lujo y magnificencia. Los *Museos* son los primeros en Alemania; los teatros, los primeros en Alemania; las *Escuelas de bellas artes*, las primeras en Alemania; y tiene templos, catedrales y basílicas de todos los estilos: del bizantino, como *San Miguel*, del romano, como *Nuestra Señora*, y del gótico, como la *Catedral*. Allí el culto católico se practica con una pompa sorprendente; y después de Roma es la ciudad del mundo donde con más solemnidad se celebran las ceremonias de la semana santa; allí oí, en la iglesia de *San Miguel*, que estaba iluminada por una cruz que tiene ochocientas luces, entonar el *Miserere*, de Alegri, por quinientos cantores.

La *Puerta Victoria* es un soberbio arco de triunfo como el de Constantino en Bizancio, coronado por un grupo de bronce, compuesto de cuatro leones que tiran de un carro triunfal, en que se levanta Baviera; y la *Vieja Residencia* es un palacio deslumbrador, cuyo aspecto transporta al viajero dos siglos atrás, pero que encierra todo el bullicio y la animación que en aquella época pudo tener.

Todo en Baviera tiene una fisonomía distinta al resto de Alemania; las ciudades, los habitantes, las costumbres, y se nota mucho del carácter francés, no del de la época, sino del tiempo en que todo en aquella nación era caballerosidad, valor, temeridad, galantería, perdición y arrojo; y puede asegurarse que este reino, si no es como confederado real y positivamente, no permanecerá mucho tiempo sujeto al Imperio alemán.

FRANCFORT, rico, elegante, bien situado, sobre el Mein, río que está siempre cubierto de vapores, residencia de los millonarios de Alemania, la tercera *bolsa* del mundo y el primer mercado de dinero del Norte, nada tiene que envidiarle á Berlín.

Era en Francfort y en el edificio llamado *Koemer*, donde se hacía en otro tiempo la elección de los Emperadores del *Sagrado Imperio*; y en la plaza que está al frente, donde se les proclamaba. El *Koemer*

con el de todos los miembros de la familia, en el álbum que me regalaron y que es una divinidad.

Hacía mi segundo viaje al través de Alemania, y me había propuesto recorrer todo el territorio comprendido entre Estrasburgo y Hamburgo, el cual tiene más de cien leguas; y como viajero inexperto, quise visitar todas las ciudades que hay allí fundadas, que son innumerables; estaba fatigado de ver iglesias sorprendentes por su magnitud y su antigüedad; grandes plazas; edificios enormes, estatuas de bronce de los héroes de cada una de esas ciudades ó de hechos conmemorativos de la guerra; y afligido por la soledad y el aislamiento en tantos días, llegué á Francfort, creyendo encontrar una de las tantas ciudades como había visto, y fuí agradablemente sorprendido al encontrar un París pequeño.

Dirigime á la casa del Cónsul colombiano, el caballero Stiebel, *caballero* de carácter y de título, quien estaba ausente; pero me recibió una niña ó ángel, tan linda así me pareció, que viendo mi embarazo para hablar alemán y que no entendía tampoco lo que ella me decía, me preguntó en inglés si yo hablaba este idioma, volviéndome con esto el alma al cuerpo; y estuvo tan amable que no me dejó ir hasta que su padre se halló de regreso.

Cuando el señor Stiebel entró, ella le dijo en alemán, sin duda, quién era yo; y él me extendió la mano como á un viejo amigo, me saludó en francés, idioma en que continuó la conversación con la jóven y con toda la familia, que luégo me fué presentada.

—Usted nos pertenece, me dijo el buen caballero, mientras esté en Francfort; y ahora mismo voy á mandar al hotel por su equipaje. ¿En qué hotel se ha alojado usted?

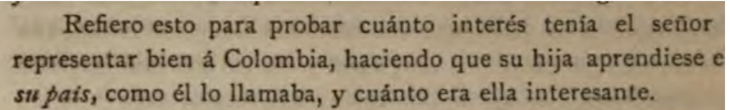
Yo había escogido el más pobre y más retirado, y por no confesarlo, rehusé enérgicamente la generosa oferta, y convinimos en que pasaría sólo el día con la familia.

—No hay que perder tiempo, pues, muchachas: á arreglarse pronto, y vamos á llevar á este señor á visitar cuanto hay en la ciudad digno de llamar la atención.

En cinco minutos estuvieron listas dos de las señoritas; y al tiempo de partir dijo el dueño de la casa á la señora en francés:

—Para este huésped deberíamos preparar un *festin* en nuestro hogar; pero como sólo va á pasar el día con nosotros, comeremos con él en familia, á las seis de la tarde.

Pusieron el coche y fuimos á visitar el *Jardin de las palmas.* Imagínese el lector un recinto donde se respira el aire de los climas templados, impregnado de los olores de las parásitas y flores propias de esos tempera-



Refiero esto para probar cuánto interés tenía el señor
representar bien á Colombia, haciendo que su hija aprendiese e
su país, como él lo llamaba, y cuánto era ella interesante.

Lleváronme á conocer el *monumento de Guttemberg*, que e
y que se compone de tres estatuas : la de *Guttemberg*, la de *F*
Schoeffer, inventores de la imprenta, colocadas sobre un pedesta
con medallones de las armas de Maguncia, Francfort, Estrasburgo
ciudades en donde primero se hizo uso de este arte divino
monumento irá más tarde la humanidad entera iluminada,
salvada por estos tres hombres, en peregrinación; y yo, lleno de
y profundamente conmovido, recordando allí que en la imprent
largos años de mi vida, y que á ella debo el pan de mis hijos y l
de mi familia, no pude menos de descubrirme y exclamar :—
de mi patria, que goza ya de vuestros beneficios, en nombre de
que holgadamente vive, y de los míos que me aman, Guttember
seas !

Por la noche, después de comer, fuimos con toda la familia
puente sobre el *Mein*, que atraviesa la ciudad y que estaba en
orillas espléndidamente iluminado, dejando ver mil buques, un
la orilla y otros cruzando veloces las ondas. Y el recuerdo de
de cariátides de piedra, de ese *jardín de Armida*, de esa precio
de esa niña encantadora, y de ese río majestuoso y sereno, ha q
mi alma como se ven en una noche en tierra caliente, brillar lo
en el espacio, lucir por el suelo las luciérnagas, y sobre esa
iluminada levantarse soberbio el estrellado cielo.

Leipzig vale intelectualmente más que Berlín, es la capital
artística de la Alemania; la gran fábrica de objetos útiles á las
gran prensa del mundo, la gran librería de Europa, el gran d
textos de enseñanza, de muestras de dibujo, de pizarras, de

Leipzig es una nueva Babel, donde se habla, se escribe y se imprime en todos los idiomas; pero no en horrible confusión, como en la ciudad bíblica, sino tan claramente y con tal perfección, que del fondo del Indostán puede salir un habitante y encontrar que los encargados de la publicación del libro de Brahma ó de los comentarios al *Ramayana*, saben tan bien el sanscrito como los antiguos sacerdotes; y el judío halla allí su biblia igual á la que se leía en el templo de Jerusalén, cuando fué cercada la ciudad por Tito y Vespasiano.

Montañas se ven en las librerías de Leipzig, hechas con *Don Quijote*; las *Cartas de Santa Teresa* están en varias ediciones, y los clásicos españoles nítidamente impresos; y puede preguntarse por cualquiera libro publicado en cualquiera parte del globo, y en Leipzig se lo enseñarán; pues además de lo mucho que allí se publica, es el *entrepont* intelectual del mundo, á donde se mandan todos los libros y se piden todos los que se necesitan.

Ofrecióme un librero por la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada, por el Dr. Lucas Fernández de Piedrahita*, edición de Amberes de 1688, sobre la cual hice después la nueva edición en Bogotá, doscientos pesos; y por el primer tomo del *Padre Simón*, ciento.

Leipzig vive solamente del comercio intelectual y crece rápidamente, habiendo duplicado una población rica, culta y bien alojada, en el espacio de doce años; y siguiendo rápidamente en su desarrollo, y llamando á sí y dándoles productiva ocupación á todos los grabadores, litógrafos, pintores y cajistas que necesita para su gran tarea, es seguro que dentro de poco tendrá medio millón de habitantes.

El vuelo que las ciencias han tomado en Alemania durante los últimos treinta años, es sorprendente, sobre todo en lo que se refiere á las ciencias intelectuales; lo que en Alemania se escribe no puede referirse; y de lo que se imprime hé aquí algunos datos:

Hay cuatro mil trescientas sesenta y nueve *librerías* y *casas de edición*; de éstas, mil setenta y cuatro son de obras comunes; ciento setenta y tres, de obras artísticas; dos mil sesenta y ocho, de obras extranjeras; noventa y tres, de música; ciento diez y siete, de grabados, y ochenta y seis, de libros antiguos.

En cuanto al balance intelectual de Alemania con relación á todos los otros países, es fácil encontrarlo en el *Catálogo* publicado cada año por el señor *Heinrichs* de Leipzig: de él aparecía, cuando yo estaba allí, que se habían publicado en alemán doce mil setecientas obras diversas en un año, lo que da, aproximadamente, mil por mes, y cuarenta por día.

publican en los Estados Unidos, y se formará una idea cabal
intelectual de esa nación.

Por desgracia el idioma alemán no es agradable, ni es fáci
á generalizarse como el francés ó el inglés, y lo que en alemán
no lo conoce el mundo sino algún tiempo después, cuando lo t
sabio francés que se ocupe en los mismos estudios, y consu
investigaciones esa fuente.

ESTRASBURGO es la capital de Alsacia y Lorena, antiguas
francesas incorporadas á Alemania por el tratado de Francfor
es una gran ciudad, aunque triste, antigua y poco activa ; y si b
nentemente alemana, habiendo vivido independiente por va
mira hoy con despecho la dependencia de Berlín, y aspira tam
existencia más libre bajo la forma federal.

La CATEDRAL DE ESTRASBURGO es uno de los templos reno
el orbe cristiano: excede en realidad á su fama y es una obra i
siglo XII ; pues presenta con toda claridad la fe que en aq
dominaba, y que inspiraba al créyente esos sueños místicos sob
la eternidad, magníficos y pavorosos, luminosos y oscuros á la
arquitectos realizaban con piedra para perpetuarlos al través d
Si la majestad impone allí, el silencio y la oscuridad aterran; el
empequeñece al pie de esas columnas gigantes, severas y retorci
mismas, se pierde en el laberinto de arcos ojivos y de criptas in
estatuas de piedra que forman los muros y dividen las naves
sombríos que miran á lo invisible, llevan en los labios un ver
le hablan lenguaje misterioso; el órgano resuena á lo lejos y las
se oyen como un eco de la eternidad: de esa eternidad que
nunca y que será de horribles tormentos para él, si no consigue
por una vida devota, de expiación y de tristeza; y es para
suplicar, para llorar sus culpas y las de toda la humanidad, par

hoja de la rosa es una rosa más pequeña, y está ésta formada de diversas rositas.

«Esta rosa, dice el conde de Maistre, es el símbolo del gobierno que debe tener y al que al fin llegará la humanidad. La gran rosa es el gobierno del Papa, que todo lo abarca y todo lo comprende; las rosas que la forman, las grandes monarquías; y las pequeñas, los condados, ducados y baronías que los estados forman; y todo iluminado por la luz del *derecho divino.*»

Hay en esta iglesia una cosa terrenal pero preciosa, y que manifiesta que el amor y el genio tienen algo de divino y digno de la mirada de Dios. Mientras que el arquitecto *Steinbach* levantaba el templo, su hija *Sabina* lo llenaba de estatuas admirablemente esculpidas, y trabajaba todo el día á su lado. Los siglos pasaron, y en el XIX la ciudad agradecida les erigió al padre y á la hija dos estatuas, que están colocadas en la entrada del sur; los pobres, los ignorantes llegan allí y se arrodillan y los adoran como si fuesen santos, y en verdad adoran el genio.

La torre de la Catedral es el edificio más elevado de Europa, pues tiene desde el suelo á la veleta 500 piés, pero no sólo el más elevado, sino que es aquélla tan esbelta y aérea que parece suspendida en los aires, y la cruz se pierde entre el azul del cielo.

Esta cruz fué doblada por una bala de cañon en el sitio que los alemanes pusieron á la ciudad en 1871; pasado el cual, los habitantes que quieren tanto su iglesia, sólo pensaban en cómo habían de reponer el daño. Fijaron sus miradas en el modesto albañil Hulz, el más hábil de Estrasburgo; pero este maestro desapareció, y fué preciso valerse de otro, quien con andamios, escaleras y cuerdas logró subir hasta la cúspide y reparar el daño de la cruz.

El maestro Hulz, que por miedo se había escondido, tuvo vergüenza cuando salió y se lo dijeron; y resolvió darle una espléndida desmentida á todo el pueblo de Estrasburgo. Un día, delante de la multitud, se subió como gato hasta el pie de la cruz, á donde el otro maestro había subido con todos los aparatos necesarios; é inflamado por el orgullo quiso hacer más, trepó por la cruz y se puso de pie en la veleta, con pasmo y horror de la multitud que de abajo lo veía. Pero la veleta principió á dar vueltas con el peso del hombre, y ni un momento se detenía para permitirle bajar; y al infeliz no le quedó otro recurso que abrazarse del palo de la cruz y dejar que la veleta girase.

Este terrible espectáculo llenó de horror á la población; y el gobierno dispuso que los más hábiles hombres subieran á la torre, que otros treparan á la cúspide por cuerdas para detener las vueltas de la veleta, y que otros

cogieran como pudieran al infeliz maestro, á quien lograron al fin salvar, pero ya loco.

En la iglesia de *Santo Tomás*, en el lugar donde debería estar el altar mayor, hay un monumento de mármol blanco, el más grande en su género y más original que he visto; es el erigido por Luis XV de Francia al *Mariscal de Sajonia*. En la obra se emplearon veinte años de trabajo. Vese allí al Mariscal en grande uniforme descender impávido las gradas del sepulcro.

Estrasburgo es la plaza fuerte más formidable de Alemania, está sobre el *Il*, á una hora del Rin; habiendo sido considerada como un gran punto estratégico, desde el tiempo de Maximiliano, que la llamaba la *llave del Santo Imperio*, y habiendo Francia aumentado las fortificaciones de esta plaza, de manera que en 1871 presentó una resistencia formidable, los alemanes han gastado mucha parte de los *cinco millares de millones* que exigieron á Francia por indemnización, en adelantar las mismas fortificaciones, reforzar las que encontraron débiles, levantar las que destruyeron, en poner la plaza en estado de resistir el ataque de un ejército de medio millón de soldados.

En *Estrasburgo* sólo se ven castillos, fuertes, puertas de fierro, murallas, ciudadelas, cuarteles, garitas, cañones, soldados, y un movimiento tal y tal regularidad en el servicio, como si el enemigo estuviese al frente y al día siguiente hubiese de darse una batalla.

Estrasburgo no es la única plaza fuerte del Imperio, lo son también, é igualmente resguardadas, Coblenza, Maguncia, Ulm, Metz, Colonia, con otras ciento de orden inferior en las fronteras, y muchas más en el interior, que forman cuadriláteros de defensa ; y toda ciudad está guarnecida de manera que pueda resistir un largo sitio, y toda estación de ferrocarril, construída de manera que es una fortificación y está en contacto con las otras ; pues como tengo dicho, el Imperio alemán es sólo una monarquía militar, su vasto territorio un cuartel, y su población un ejército disciplinado, siempre sobre las armas y pronto para la lucha.

CAPITULO XXXVIII.

Organización militar del Imperio — Educación del soldado — Disciplina — Cuadro del ejército — Marina — Escuelas militares — Estado Mayor.

LA ORGANIZACIÓN MILITAR de Alemania, sobre la cual, como hombre de guerra en mi país, quise hacer observaciones cuidadosas, es la obra más perfecta de la sabiduría humana; y como hija de la necesidad, de la constancia y la experiencia, satisface completamente la aspiración ambiciosa de la Prusia y el sentimiento generoso de toda la nación. Es una organización muy superior á la organización militar de Roma, constituída en *legiones* que formaban un cuerpo separado del pueblo con aspiraciones y deseos distintos, y que con frecuencia se imponían á la nación en las revueltas, ó eran el instrumento de los tiranos y opresores.

En Alemania el pueblo es el ejército, por lo mismo éste es eminentemente democrático; el ciudadano es el soldado, y ni apoya la tiranía ni tiene interés en sostenerla; la nación está armada, y el César no puede levantarse con las legiones; el ejército es alternativo y temporal y no hay ni puede haber *genízaros* al servicio del despotismo; y á una voz del señor de Moltke, dada en Berlín, cuatro millones de soldados estarán al día siguiente sobre las fronteras, cuatro en las guarniciones, y otros cuatro en los cuarteles haciendo el servicio de reserva, con la regularidad que se hace al frente del enemigo.

Veamos cómo puede suceder esto, sin que haya apresuramiento, sin afán y sin que la industria sufra, ni la agricultura se atrase, ni el comercio

El soldado que entra al servicio, está sujeto á la más
plina: tan rígida que al cabo de seis meses está convertido en
que gira sin conciencia, á derecha, á izquierda, ó marcha,
fusil, según el toque que escucha. A los seis meses se le deja
de reflexión para que piense cómo acertará mejor á colocar u
pecho del maniquí que tiene á tres cuadras de distancia; pe
veces yerra el tiro, se le castiga.

La educación del soldado raso, por otra parte, se hace
desde niño el alemán ve marchar y hacer ejercicio; desde la esc
algo; siendo instruído, y colocado en medio de soldados qu
instrucción completa, pronto adquiere los hábitos de orden, d
de obediencia, que constituyen la disciplina, y por esto las d
faltas son relativamente pocas.

Todos los años el Coronel de un batallón escoge el soldad
ligente y que tiene mejores notas, y lo manda á Postdam ó S
Escuela de tiro; soldado que vuelve á enseñar á sus compañer
con matemática precisión, con el fusil ó con el cañón.

La práctica ha demostrado que son poco más ó meno
chassepot, el *peabody*, el *Henry-marti* ó el *fusil de aguja;* y que
la ligereza en el disparo nada importa, porque ni el hombre
pueden resistir después de cierto número de tiros; pero desde
de Sadowa se pudo apraciar que la seguridad y certeza en el tir
prusiano era una ventaja inmensa en favor de su ejército, y
día por lo regular, y de noche en el invierno, los soldados es
apuntando al blanco.

La gimnasia es otro de los ramos de la educación militar:
cuarteles bajo la dirección de un maestro especial; todos los
ejercicio tanto de cuerpo como con el arma; y como los nort
son en esto superiores á los alemanes, son enviados de

instrucción general del ejército está bajo la inspección de una ›n que recorre el país, y advierte las faltas que en los diversos cuerpos ›ten.

milia, amores, amistades, licor, placeres, una alegre conversación, está prohibido al soldado ; y es más animada una cartuja que un en Berlín, en donde sólo se oye el lento y acompasado marchar de utas, y sólo se ven los sombríos soldados limpiando su cuadra ó ›iendo sus vestidos.

› disciplina militar es muy rigurosa ; pero según la expresión de un ›, es un escudo y no un yugo para el alemán, y manteniendo la ›d humana en el subalterno, le enseña que la violación de sus reglas ›l castigo para él y quizás la derrota para su regimiento, por lo cual ›as las infracciones.

castigo militar previene á los jefes que ni juzguen ni castiguen nismos. Las penas contra los soldados, son : reprensión, arresto, ›s forzados y muerte, según los casos y los delitos. *Las penas de › de palos no se conocen en el ejército, pues fueron abolidas desde el 1812.*

los tres años de servicio activo y riguroso el alemán pasa por otros *Landwehr*, ejército organizado en los diversos departamentos del o, de manera que todos los de un reino, ducado ó ciudad libre, ›cen á un mismo cuerpo de ejército: el *Ejército del Rin*, el *del Mosela*, *›lba*, por ejemplo. Cada batallón se compone de los individuos de una ciudad ó sus alrededores, y todos los de un pueblo ó aldea forman una ›ía ó una cuarta. Este ejército tiene una perfecta organización : su › en jefe, y en servicio activo, el cuadro de jenerales, jefes y ofi- ›ecesarios; y los soldados ni se pueden ausentar ni dejar de concurrir ercicios generales.

›ncluídos los tres años del servicio en el *Landwehr* pasa el alemán ›co años al *Ejército de reserva*, el cual tiene la misma organización anterior ; pero los soldados pueden ausentarse, y no son llamados al › sino en caso de guerra.

e allí entra el alemán al *Landstraun*, que pudiéramos llamar la ›a nacional, en la cual tiene que servir hasta la edad de cincuenta › que es llamada al cuartel y á hacer la guarnición de las ciudades, › de invasión del país, cuando ya todos los otros cuerpos del ejér- ›n salido á campaña.

CUADRO DEL EJÉRCITO EN TIEMPO DE PAZ.

	Batallones.	Escuadrones.	Baterías.	Cañones.	Oficiales.	Hombres.
1. Estado Mayor......	...	......	......	......	2,032	4
Infantería...........	484	......	......	......	9,529	278,822
Cazadores.	20	......	......	......	424	11,120
Cuadros de batallones	275	......	......	......	326	4,764
2. Infantería...........	779	......	......	......	10,279	294,706
3. Caballería	...	465	......	......	2,358	64,699
Artillería de campaña	...	......	341	1,374	1,801	34,817
Artillería de á pie.	31	......	......	......	729	16,349
4. Artillería............	31	......	341	......	2,530	51,166
5. Guías.................	21	......	......	1,374	406	10,840
6. Tren.	18	......	......	......	200	4,905
7. Especiales	...	......	......	......	313	954
Total............	849	465	341	1,374	18,118	427,274

A este cuadro hay que agregar mil seiscientos noventa y ocho m seiscientos diez y ocho veterinarios, setecientos ochenta y dos com pagadores, seiscientos cincuenta y seis armeros y noventa y tre nicioneros.

Tampoco están comprendidos los Jefes y Oficiales que forman el del *Landwehr*, el cuerpo de *cadetes* de las *Escuelas militares* ni la M que consta de

avíos de batalla.	Cañones.	Toneladas.	Caballos.	Hombres.
as blindadas	85	50,224	43,100	3,931
tas acorasadas	32	33,210	25,400	1,647
eros.				
tas de puente cubierto	158	29,794	28,500	3,848
tas de puente descubierto	76	16,062	15,500	1,919
eras (sistema Albatross)	18	3,128	2,400	450
eras de primera clase	19	2,232	1,590	365
lacostas.				
acorazado	4	1,583	1,200	127
eras acorazadas	11	12,199	7,700	704
dos	...	490	4,290	91
era de segunda clase	3	129	140	42
s	29	7,605	13,550	734
portes	...	498	320	....
s de escuela.				
de artillería	23	3,333	2,000	202
a de vela	10	1,290	......	220
tas de puente cubierto	27	6,500	4,100	382
tas de puente descubierto	17	2,921	2,900	229
rs	4	580	960	79
ntines de vela	18	1,748	......	234
s	525	173,526	153,650	15,204

ue es admirable es que la Alemania, pueblo laborioso, activo, o, mire con una especie de veneración religiosa la organización que está sometida, de tal manera que á ningún padre le viene iento de sustraer á su hijo del servicio, ni éste va á él forzado; o inspirado por el amor á la patria, cual si cumpliera un voto se desprende de él contento; el segundo, sabiendo desde niño para ser soldado, y educado para esto, ni le tiene miedo al le cuesta trabajo entrar en él.

l contrario, gusta á los jóvenes vestir el uniforme, y muchos se antes de la edad á que están obligados; y como el servicio se la *propia patria*, en la misma ciudad, en el hogar paterno, por f, la familia, que todos los días ha visto salir al hijo para la o extraña ni se aflige el día en que lo ve salir para el cuartel, en nbién están los parientes, los condiscípulos y los amigos del

nobles son generalmente los Oficiales del ejército, no por derecho no porque recibiendo todos una educación brillante, y no estando

estudios sobre táctica militar, construcción y defensa de
estrategia, marchas y acantonamiento de los ejércitos, sobr
de César, Federico II y Napoleón, y sobre las grandes
historia; y salen de allí á mandar una compañía para ser de
grandes Generales de Europa.

Hay seis escuelas militares en el Imperio : Postdam, E
Engers, Hanover y Cassel; y cinco de cadetes: Ulm, Postda
Bensberg y Berlín.

Los más favorecidos, los que se distinguen por mucha c
genio especial para acumular datos, reunir números, formar
en los que se descubre un genio especial para la guerra, pasa
á aprender en el *Estado Mayor*, cuyo Jefe es el Mariscal Mol

El Estado Mayor alemán es la Prusia, es la Alemania
entera, en mi concepto; porque de su organización, de su sabi
providencias, han dependido y dependen el engradecimient
el triunfo de la Alemania en todas las guerras ; su influen
todas las cuestiones, y por consecuencia la paz ó la guerra
naciones, según que cuentan con su neutralidad, su alianza, ó
Y á decir verdad, los grandes triunfos en la diplomaci
Bismark, se deben no sólo á su habilidad, sino á la del Mari
el Estado Mayor.

Esta grande oficina tiene tantas secciones como exige el
perfecto de las fuerzas y recursos del país para una guerra inm
los ejércitos, recursos, fortificaciones y lados débiles de todas la
quienes puede Alemania entrar en guerra al día siguiente
grandes secciones en primer lugar, las cuales se subdivid
especiales en cada ramo, y sus trabajos concentrados d
presentan á la vista del Jefe.

al Sur, si la guerra es con Austria, al Norte si es con Dinamarca, ó á tal ó cual fortificación si es con Rusia ó con Francia, y de las municiones que se tienen y de los recursos de que se puede disponer.

En la movilización del ejército alemán estriba, sin duda, la razón de sus victorias; y por esto durante la paz, al principio de cada año, los cuadros de movilización se preparan en el Ministerio de Guerra: estos cuadros indican precisamente en cuántas horas, qué número de hombres pueden ser transportados á las fronteras, desde cada una de las plazas del Imperio; y á la primera señal telegráfica se ponen en movimiento, sin que pueda haber de parte de los subalternos minutos de retardo. Respecto del *Landwehr* bastan dos semanas para que la infantería esté completamente organizada, y seis para que la caballería esté montada, y ambas enfrente del enemigo.

Esto último parecerá exagerado no sabiendo que cada soldado del *Landwehr* tiene su fusil y su vestido de campaña en el cuartel; y que todos los caballos de cada distrito están numerados y valorados de antemano por el gobierno, y que basta pedir los números que se necesitan para que antes de veinticuatro horas estén reunidos.

La otra sección, la del exterior, lleva la relación minuciosa de los Ejércitos y Marina de las otras naciones; las altas y bajas en cada año, el estado de sus fortificaciones; medios de transporte y armas y municiones con que cuenta; pero no se crea que esto es sólo con relación á las grandes potencias, también es en cuanto á las más pequeñas, y aun de aquellas respecto de las cuales ni remoto riesgo hay de que tengan guerra con Alemania, como son las de la América del Sur.

Los más famosos geógrafos están empleados en el *Estado Mayor*, y dibujan mapas especiales con los caminos delineados, las ciudades con el número de habitantes, los ríos con expresión de los puntos vadeables y los puentes; y marcados todos los obstáculos que un ejército puede encontrar. Además, al pie se registra el número de cabezas de ganado que hay, y se expresa la cantidad y calidad de provisiones de toda clase de que el ejército puede disponer. Cuando un mapa está completo, se sacan de él muchas copias para distribuír á los Jefes del ejército en caso necesario.

En la última guerra con Francia los jefes de batallón llevaban mapas topográficos exactos de los lugares por donde expedicionaban; el Feld Mariscal Molke daba las batallas sobre el mapa, en una casa cerrada; y en Metz le dieron al general enemigo razón exacta de sus tropas y de los recursos con que contaba. Esto desesperaba á los franceses, quienes acusaban de espías á los alemanes pacíficos establecidos en Francia, y se creían llenos de traidores en sus mismas filas, sin recordar que desde tiempo atrás

la Alemania se estaba preparando para esta guerra. No deja de ser cierto que Alemania compra traidores, cuando no puede menos, así como los planos de los castillos y fortificaciones de las otras naciones; pero esto lo hace en tiempo de paz, sin causar alarma ni ruido.

El Rey de Prusia es el *Generalísimo* del ejército de Alemania y el feld Mariscal de Molke es el *Jefe de Estado Mayor*. Verdadero soldado de genio, de origen danés, nacido pobre, educado á fuerza de trabajo, puesto después al servicio de Alemania, convertido en alma de su ejército y hecho autor de todas sus victorias, es modesto, sencillo, bueno, y ni tiene la arrogancia del Señor Bismarck, Canciller del Imperio, ni ha recibido del Emperador tantas pruebas de generosidad.

Feld Mariscal general del ejército, el Príncipe Federico de Prusia.

Jefe de Estado Mayor, Conde de Molke.

Coronel general del Estado Mayor, el Príncipe de Wurtemberg.

General de caballería, el Duque de Brandeburgo 1.°

General de caballería, el Duque de Brandeburgo 11.°

Teniente general, Enrique VII, Duque de Reus 11.°

Primer Ayudante Mayor del Emperador, Enrique XIII, Príncipe Reus 1.°

Ayudante de campo, Enrique XVIII, Príncipe de Reus 11.°

Inspector general del 5.° cuerpo del ejército, el gran Duque de Baden.

Comandante general del primer cuerpo de la guardia, Duque de Brandeburgo 11.°

Comandante del 10.° cuerpo del ejército, el Príncipe Alberto de Prusia.

Comandante de la 25.ª división del ejército, el Duque de Hesse.

Comandante del 22.° cuerpo del ejército, Príncipe heredero de Sajonia.

Comandante del 15.° cuerpo del ejército, el Rey de Baviera.

Pero hay muchos generales y jefes nacidos del pueblo.

En todas las ciudades de Alemania hay un cuartel con una guarnición; se ven á cada instante cruzar por los ferrocarriles, de una á otra plaza, los regimientos: todas las mañanas salen los batallones con música de viento á hacer ejercicio, ó los hulanos á ensayarse en la carrera; en todas las fortalezas se montan sin cesar los cañones que salen de las fundiciones del gobierno; y con diversos pretextos, como la visita de un Rey extranjero, el cumpleaños del Emperador ó el aniversario de una batalla, se concentran las fuerzas y se pasan grandes *Revistas;* así es que el viajero llega á creer que se intenta una repentina invasión á otro país, ó que el gobierno hace preparativos para una guerra de defensa inmediata; y esta vida de guerra permanente es la vida normal de la nación.

CAPITULO XXXIX.

Ferrocarriles—Baden-Baden—Un encuentro casual—República de Hamburgo.

LOS FERROCARRILES de Alemania son los mejores y los más baratos de Europa; un coche de *segunda* en aquel país equivale á uno de *primera* en Francia, y esto se tiene en cuenta al comprar la boleta de viaje, cuando se pasa de uno de estos países al otro: en los coches de *primera* clase en Alemania sólo los personajes elevados viajan; la *tercera* clase es como la *segunda* en Francia, y hay además una *cuarta* clase, que permite hasta á los más infelices viajar en ferrocarril, lo que no sucede ni en Francia ni en Inglaterra. El pasaje de Hamburgo á París, que es un trayecto como de doscientas leguas, atravesando por la Bélgica, y pudiendo detenerse un mes en el camino para visitar todas las ciudades, cuesta cien marcos, ciento veinticinco francos ó doce pesos. Y daré una idea de la rapidez del viaje, refiriendo que habiendo tenido noticia de que mi hijo Evaristo se hallaba enfermo en París, tomé en Hamburgo el tren á las nueve de la noche, y andando desde esa hora, al día siguiente por la noche, antes de las doce, llegué á París. Los trenes en Alemania caminan á razón de veinte leguas por hora, y se detienen cada quince minutos á tomar pasajeros en las mil estaciones de ladrillo rojo, las cuales tienen un reloj blanco al frente, y son de idéntico tamaño y forma en todo el Imperio. En Francia no hay regularidad en las estaciones, generalmente son de ciudad á ciudad, y los ferrocarriles andan más aprisa; y en Inglaterra son muy frecuentes los trenes expresos de uno á otro punto y caminan treinta leguas por hora.

sólo entre mujeres, ó entre una atmósfera de humo que lo asfi

En Alemania en los lugares en donde el tren se detien rantes con mesa común; la comida está servida ya para los que vino tinto ó del Rin á discreción, y en el centro de la mesa, precio de la comida, que se paga al acabar. A propósito, la caliente, y se nota cierta lentitud en el servicio; las pasas, demás cositas de que pudiera uno proveerse están en la mesa, de manera que es preciso llamar á un sirviente, y mier tiempo pasa.

Viajar por Europa debe ser muy barato para los prácticos y pero á los que no lo son les hacen el viaje caro todos los que se explotar su ignorancia, su vanidad ó su condescendencia, hacié multitud de servicios inútiles, tomar habitaciones caras, v obligándolos á gastar en mil prodigalidades en que jamás en del país.

Donde más se ve esto es en BADEN-BADEN, lugar de bañc nia, sitio de recreo y residencia en verano de la clase más Europa. La población radicada sólo será de diez mil habitante allí á bañarse, á divertirse y á gastar, cien mil personas cada grande habilidad de los empresarios, hoteleros, cocheros, &c. que llega gaste lo que lleve en el menor término posible, que fecho y contento.

Baden-Baden no es ciudad sino un paraíso; allí sólo h jardines, casas de baños, hoteles y lugares de recreo y sitios d y de paseo; nadie tiene ocupación, todos hablan francés, y des la mañana hasta la misma hora del día siguiente, la ciudad est animada y rebosando de gente; unos pasean, se bañan y se divie el día, y otros conversan, juegan y bailan durante la noche.

La URSPRUNG es una fuente de agua caliente; brot

encinas; y es tan grande como el templo de la Magdalena en París; tiene un espléndido vestíbulo y corredores en todo el rededor; un inmenso salón para la conversación y para los bailes, adornado con lujo, cubiertas las paredes de cuadros al oleo y espléndidamente iluminado por la noche. Salones de lectura, salones de juego de billar, restaurante, salas para beber cerveza y fumar, y gabinetes de una elegancia y riqueza admirables para el servicio de las familias nobles.

A las seis de la mañana están las señoras, principalmente las inglesas, paseando á pie en el parque en frente á *trinkhanhale*; los caballeros, principalmente los rusos, luciendo en las alamedas magníficos carruajes; y las señoritas, principalmente las francesas, en expedición á las montañas; y como si fuera el único día de esa fiesta, todo el mundo corre, se afana, se apresura y hay ruido y animación por todas partes.

A las doce del día Baden-Baden está desierto, y solo se ven en los jardines y en los paseos procesiones de nodrizas, vestidas todas con trajes originales, y llevando los niños alzados, en cochecitos ó enseñándoles á correr. Gusta mucho á los soldados de guarnición pasear también á esa hora; y hay una caricatura muy original en un hotel que representa á un soldado prusiano, gigante y formidable, al rededor del cual están mudos contemplándolo muchos niñitos, y al pie dice: «Dejad que los niños se acerquen á mí, pero con sus nodrizas.»

A las tres de la tarde empiezan á salir las lindas bañadoras; á las cuatro el salón de conversación no cabe de hombres que hablan de finanzas, de política, de negocios, de juego y se proyectan expediciones para el día siguiente. A las cinco los jardines, los paseos, las calles, toda la ciudad, se mueve y está repleta de mujeres vestidas de los más ricos trajes, elegantemente adornadas, formando círculos según su rango y amistades, paseando de brazo con los caballeros ó arrastradas en coches descubiertos y sobre cojines de seda blancos; y las de mala condición entrando y saliendo á los cafés, salas de juego, tabernas y cantinas, llamando la atención por su lujo, desenfado y belleza. A las siete de la noche se come en público bajo los emparrados y cenadores de los jardines, en el hotel en común ó en los gabinetes privados; y se consume todo el vino que producen las riberas del Rin y del Mosela, más el de los valles de Champaña. El concierto ó el baile principia á las diez de la noche; y el resto hasta el amanecer es para los de vida disipada.

Si hay soledad sombría es la que se pasa entre una multitud alborozada; y si hay algo en el mundo que produzca profunda tristeza, es la alegría de los otros, incomprensible para una alma afligida. Por esto yo

extranjero, lejos de todos los míos, sin un amigo y sin halago alguno, estuve en Baden-Baden más triste que en ninguna otra parte; y me fuí de allí lo más pronto posible.

Después de tres meses de conocer todos los días una nueva ciudad, de ver todos los días un nuevo paisaje, de dormir en distinto hotel, de encontrar caras desconocidas y hombres indiferentes, y de hallarme sólo como en el mar, entre ondas de gente que pasaban á mi lado, suspiraba yo por mi casita de Hamburgo, por la estatua de Schiller que al frente de ella estaba, y que me era querida, por los buenos amigos y por una compatriota negra que había encontrado de una manera casual; y la cual teniendo como yo, necesidad de todo lo que le recordara la patria, me había mostrado gran cariño. Voy á contar cómo fué nuestro encuentro.

Altona es una ciudad de ochenta mil habitantes, unida á la de Hamburgo; pero que siendo prusiana, tiene leyes, costumbres, hábitos y población completamente diferentes; y como cada una de estas dos ciudades tiene su puerto sobre el Elba, no tienen entre sí más comunicación que la del ferrocarril que á ambas atraviesa. Llegó á Altona una compañía de ópera italiana, y anunció el *Barbero de Sevilla*; oír italiano cuando sólo se está oyendo alemán, es una felicidad; ver el *Barbero* que ya había visto en Bogotá, era ver algo de mi tierra, y oír á don *Geovani* era recordar á Honorato Barriga.

Convidé al señor Kugellman á la ópera, tomámos el ferrocarril y á la hora estábamos en la puerta del teatro de Altona; y como la función había principiado ya tomámos los primeros puestos que se nos ofrecieron, los cuales estaban á la entrada en el primer palco á la izquierda, en donde había ya varias personas sentadas. En el segundo acto oí furiosas y francas carcajadas á mi lado y á una señora que dijo ¡Chusco! ¡Chusco! ¡Chusco! Volví á mirar sorprendido, y me hallé con una negra con motas, muy bien vestida y entregada á la más loca alegría, escuchando á *don Geovani*.

—¿Habla usted español? le pregunté.

—¿Y usted? me preguntó ella, como con sorpresa, y sin reflexionar que en este idioma era en el que yo la había interrogado.

—Sí. ¿Es usted española?

—No, soy americana del Sur.

—¿De qué país?

—De Panamá.

¡Paisana!

—¿Usted también es de Colombia?

—Sí, soy el Cónsul en Hamburgo.

Inútil será referir su alegría y mi contento. Contóme que se había casado en Panamá con un médico alemán, quien la había traído á Altona, donde hacía diez años vivía, sin oír á nadie español ni encontrarse con ningún compatriota. La señora Vandek, así se llamaba, convidóme para el domingo siguiente á su casa; y ese día, á las dos de la tarde, exacto á la cita, tocaba yo la campanilla.

Abrióme una criada, me introdujo á una salita, en la cual apareció al cabo de un momento una negrita clara, celebrísima, que salió de la alcoba, quien no me saludó; y luégo, como resunta de escuela, en el peor castellano imaginable, y en medio de las carcajadas que detrás del bastidor de la alcoba se oían, empezó á relatar:

« Copiado con letra clara
He recibido *El Desvelo*
De Gabriel García Tasara,
Mas te digo sin recelo,
La ofrenda pasa de rara.

« A una niña de estos días
Lo sabes tú, mi querido,
Habiendo confiterías
No se le mandan poesías,
Porque este es tiempo perdido.»

Interrumpiéndose á cada instante y con mil dificultades relató todos los versos de esta composición, que yo había escrito hacía más de veinte años.

Mi paisana salió de detrás del bastidor, y apenas pudiendo contener la risa, me dijo:

—Estas niñas ya no quieren hablar español, pero yo las obligo á que lean; y entre los libros que trajimos de nuestro país hay uno con versos, que se llama *La Guirnalda*, y en ese libro están esos versos de usted, que yo he obligado á esta niña á que aprenda de memoria.

Fuimos excelentes amigos, y al tiempo de venirme me encargó que le mandara todos los versos que se publicaran en Colombia. ¡ Imagínense qué comisión !

Los que desconfían de la República y les temen á las tempestades de la democracia, deberían, para salir del error, visitar la *República de Suiza*, ó ir á Hamburgo para conocer cuán sencilla es la máquina republicana, cuán benéfica la democracia y cuán apacible la vida bajo un gobierno sin corte, sin aparato; sin rivalidades de dinastía, y sin la policía suspicaz é infame de los déspotas.

Hamburgo desde tiempo atrás fué una ciudad anseática y una pequeña república, sin Presidente ; y debe á esa forma de gobierno la paz de que ha gozado y la prosperidad que ha alcanzado. Haber fundado la más amplia libertad de cultos de que hay ejemplo en Europa, haber traído á su seno á todos los hombres industriosos, y hecho de su puerto el primero, después de Londres y Liverpool; el Elba se muestra allí cubierto de bajeles que le traen tributos de América y de Oceanía, y la ciudad se levanta hermosa y llena de riquezas á esfuerzo de sus hijos.

Antes de la incorporación en el Imperio, Hamburgo tenía ya una Constitucíón modelo, conforme á la cual el Poder Legislativo es ejercido por el Senado y una Cámara de la *bourgeosie*, y el Ejecutivo sólo por el Senado. El Senado se compone de diez y ocho miembros de los cuales nueve son *doctores* en derecho ó en finanzas, mientras que los otros nueve deben ser comerciantes. El Senado elige en votación secreta un primer y un segundo Burgomaestre, nombrados por un año, á quienes delega respectivamente las funciones administrativas, bajo su inmedia dirección. Al Senado ayudan dos Síndicos y dos Secretarios.

El cuerpo de la *bourgeosie* se compone de ciento sesenta miembros, los cuales ochenta son elegidos en las elecciones generales y por escruti secreto, y los otros ochenta se componen de cuarenta propietarios elegi por los propietarios mismos, y cuarenta entre los que han sido antig Jueces ó Administradores del común. Los Jueces son elegidos por el Sen do

Hamburgo ha vivido sin la inquietud por las alianzas en que vi en las dinastías; no ha tenido *comuna*, ni *protectores*, ni *salvadores*, ni *tiranos* de la sociedad; ha resistido un incendio que la devoró en este si lo, y espera en paz el porvenir. Debo hacer notar que en la época en que yo estuve allí los *doctores* eran burgomaestres, síndicos y presidentes, te an mayoría en las cámaras y ejercían la justicia.

La República de Hamburgo tiene solo cuarenta y ocho kilóme ros cuadrados y una población de cuatrocientos cincuenta y tres mil o ho- cientos sesenta y nueve habitantes, lo que da mil ciento catorce por kilómetro. De estos habitantes, viven sin disenciones, sin perseguirse y sin odiarse, en tan estrecho recinto, cuatrocientos mil *protestantes* de dive sas sectas, predominando la *evangélica*, trece mil *católicos*, novecientos ses nta y siete *griegos cismáticos*, diez y seis mil *judíos* y cinco mil de o ras religiones ó que ninguna practican.

La *Sinagoga* de Hamburgo, que visité para dar de estos tem plos alguna razón, es un edificio imponente, con una nave central y dos later ales formadas de arcos, sobre los cuales hay corredores ó tribunas destin adas

para las mujeres, que al entrar al templo se separan de los hombres. Los muros del templo están estucados de un verde claro, y en ellos se ven escritos versículos de la biblia.

De los muros salen unos garfios de fierro largos, á cuyo extremo cuelgan arañas de metal, de forma muy rara. No hay imagen alguna de Dios, ni altar, ni púlpito; pero á la cabecera del templo está una gran mesa cubierta de terciopelo rojo con largos fluecos, y encima un enorme candelabro de bronce ó de oro, de siete largos brazos, y un incensario; y más adentro hay una verja dorada, como si hubiese un recinto reservado.

Nadie oficia, hace ceremonias ni predica; dos de los asistentes, vestidos de una especie de bata verde y con sombrero de copa alta en la cabeza, van cerca de la mesa, toman unos como ciriales de plata, en los cuales hay largos rollos de pergamino, envueltos y escritos; el uno va desenvolviendo los rollos y el otro leyendo, y juzgo que lo escrito está al revés de lo común, pues de otro modo no pudieran leer. Concluyen un rollo y empiezan otro y otro; todos en hebreo.

Entre tanto los otros judíos, con el sombrero puesto, permanecen sentados, delante de mesitas como los pupitres que se usan en las escuelas modernas, cada uno aparte y leyendo la biblia. Jamás se descubren, jamás se arrodillan ni dan la menor muestra de adoración; y mudos, absortos, pasan largas horas en contemplación, y descifrando las *profecías* ó interpretando la voluntad de *Jehová* en la biblia.

No sé qué misterio, revelación, ó instruídos por quién, en mi país, en el recinto en donde colocan el *Santísimo*, el jueves santo, llamado *monumento*, ponen á veces la decoración de un templo, y éste fué el que se me representó en la simagoga de Hamburgo; y el aspecto de los judíos de barba larga y facciones pronunciadas, orando silenciosos, y la majestad severa del edificio, todo me transportó á Jerusalén al tiempo de la venida del Redentor.

Hay dos iglesias protestantes muy buenas en Hamburgo: *San Nicolás* que es toda de ladrillo, y cuya torre ha de tener cinco metros más que el más alto edificio del mundo, y *San Pedro*. En la primera me sorprendió ver la fachada y la torre adornadas con estatuas de bronce negro de varios santos, principalmente de los apóstoles. En la segunda presencié la ascención de una campana que pesaba ochenta mil kilogramos; para introducirla en la iglesia tuvieron que rebanar la portada y abrir un hueco enorme, y luégo fué por medio de máquinas de vapor levantada en el aire y colocada en el lugar donde debía quedar. Apenas colocada echaron á vuelo la campana, y la población lo celebró como una gran fiesta.

CAPITULO XL.

Bélgica—Ceremonias católicas—Agricultura—Bruselas—Anvers—Waterloo.

ANTES de volver á París quise conocer á BÉLGICA, y quedé encantado de encontrar un país muy hermoso,algo accidentado y el más cultivado y más poblado de Europa. Bélgica no tiene más que veintinueve mil kilómetros cuadrados de superficie y cuenta cinco millones de habitantes, ó sean ciento setenta habitantes por kilómetro; y tiene dos mil quinientos distritos. Así es que los campos se ven cubiertos de cultivadores, los ríos y canales llenos de buques, los caminos repletos, los distritos y las parroquias unidos unos á otros, y las grandes ciudades están tan inmediatas las unas á las otras, que con frecuencia los habitantes de una van á la misa ó al teatro de la otra sin la menor dificultad.

En el espacio que dejan las ciudades, hay bosques de pinos: en los valles praderas artificiales, en las alturas, molinos de viento. Los antiguos castillos son fábricas de herramientas, los collados se cultivan, las canteras se explotan para mandar piedra á París, las minas de hierro son ya inmensos socavones, de las de carbón se proveen algunos países extranjeros, de las arenas de los ríos se hacen vidrios planos y cristalería para el mundo entero ; y las fábricas de paños y de encajes finos mantienen su antiguo esplendor y son dignas de su fama.

En Bélgica todo es alegre, todo es risueño y hace contraste con Alemania ; las casas de campo son blancas y con tejados rosados; las fábricas coquetas, los molinos pintorescos, los pueblos aseados, las ciudades



Rambeau en Malinas, cosa que había deseado mucho, pu
templos góticos que había visitado, ó eran ya iglesias protesta
sido en las horas en que estaban vacíos.

El inmenso templo de bóvedas sombrías, estaba lleno
todas sus naves, y al extremo se veía el altar mayor respla
luces; y orando y arrodillados en el presbiterio muchos sacerd
de albas blancas. A un lado del altar estaba el trono pontifica
terciopelo rojo, sostenido por dos leones de oro, y tan alto,
perderse en la bóveda de la iglesia. Sentado debajo del solio
dorada estaba el Arzobispo, con vestiduras moradas, una alta m
de piedras preciosas que devolvían los rayos de la luz del
zapatos blancos bordados también. Al frente del solio dos sac
tentes tienen una gran cruz de plata y el báculo episcopal de

Cuando el Arzobispo se pone de pie, cien sacerdotes se le
bién, como levitas, inclinada la sien, bajos los ojos y llenos de
respeto. La inmensa multitud guarda un respetuoso silencio
los semblantes se lee la piedad y la devoción. En medio d
reinando en el templo la majestad de Dios, el prelado entona
oración que se oye en todos los ámbitos de la iglesia y que tod
como el eco de la palabra divina. El órgano con cien voces hu
orquesta celestial contesta desde el coro, y la iglesia parece te
cimientos.

Después, tres sacerdotes con dalmáticas y capas pluviales d
de oro, ocuparon el altar mayor y cantaron una misa solemne,
con la orquesta, oficio á que los fieles asistieron con gran de
ciertos momentos los sacerdotes dejan el altar y se sientan en s
en frente del solio episcopal, en otros los asistentes traen el inc
se bate delante del Arzobispo, y éste inclina la cabeza. Al fin e
revestido de una casulla suntuosa y teniendo en la mano
báculo, de pie, al frente del presbiterio, extiende la mano y

y las alamedas en los caminos públicos y como división de las propiedades, la embellecen mucho. Produce trigo suficiente para su inmensa población, mantiene un millón y quinientas mil reses de raza holandesa; medio millón de caballos; dos millones de ovejas y quinientos mil puercos.

Si los campos están bien cultivados y llenos de gente, las ciudades están repletas, y se mantienen de infinitas fábricas de toda clase, principalmente de máquinas, instrumentos de fierro, cristalería, objetos de zinc, jabón y velas esteáricas; y Bruselas, muy particularmente, de la impresión y comercio de libros.

Bélgica, que no tiene más de doscientos setenta y siete kilómetros de Sur á Norte y ciento sesenta de Este á Oeste, tiene siete mil kilómetros de caminos carreteros y tres mil cuatrocientos de ferrocarriles en todas direcciones, de manera que está cubierta como de una red, y se puede recorrer todo el territorio en un día y conocer todas las ciudades.

En Bélgica está la famosa Universidad de Lovaina, donde tantos sabios en la antigüedad concentraron la ciencia que había en Europa, y de donde salieron muchos Papas.

En Bélgica, más que en ninguna otra parte de Europa, se observa que la antigua sociedad se extingue; que el carácter distintivo de los pueblos se está acabando; que la historia de las naciones en Europa está concluyendo un período manifiesto; que se ha efectuado un cambio más notable de 1780 á 1880, es decir, en cien años, que el que se verificó del año de 800 al de 1800, es decir, en diez siglos; y que al principiar el venidero no quedarán más que los edificios como testimonio del pasado de esas naciones.

Nadie que visite hoy la Bélgica puede creer que sea la patria histórica de Carlos V, ni la herencia que por parte de la madre le tocó; *Flandes*, á donde iban las expediciones españolas á disfrutar como de país conquistado, y de la cual los que volvían contaban maravillas de las mujeres tapadas y de los muchos monjes, es el *Waesland* de hoy, el país más alegre, más poblado y mejor cultivado de Europa; y *Anvers*, puerto sin animación en otro tiempo, poblado de rústicos pescadores, famoso por su inmensa catedral, la patria melancólica de Van Dick, rodeada de murallas y destinada para resistir los sitios, es hoy *Antroerpen*, elegante y magnífica ciudad, llena de joyerías y de almacenes, donde una multitud ocupada recorre las calles, llevando y trayendo las mercancías al puerto el cual está lleno de buques, que lucen todos los pabellones de la tierra.

Bruselas es una linda capital, miniatura en rico esmalte, de París; pero como Bélgica es un reino pequeño, tiene que suplir la capital en aseo y buen gusto lo que Francia da á París en riquezas para que gaste; además,

CAPITULO XLI.

Paris qui pleure—Asistencia pública—Hospicios—Prisiones—Hospitales—Institutores sordomudos—Colegio de ciegos—Casas de locos—*Hotel de los Inválidos*—Tumba de Napoleón.

AL volver á París quise hacer algunos estudios sociales y conocer si la población ganaba ó perdía con lo que se llama el progreso de la civilización; porque mi aversión por el Imperio Romano ha nacido siempre de que su decantada civilización no fué otra cosa que el monopolio del poder, de la dicha, del bienestar, de la fortuna y de cuanto debe estar repartido entre todos, que como despojo de los pueblos hizo la eterna ciudad, para el placer, el lujo y la ostentación de unos pocos; despojo hecho con tanta crueldad como se sacrificaba la vida de los hombres.

En París, la hermosa y alegre capital del mundo entero, la de los jardines, los paseos y las fiestas, donde todos van á gozar y donde parece que todos ríen y se divierten, hay otro París que trabaja, que sufre y que llora.

En todas las naciones la diosa Miseria ha tenido sus dominios, y pálida, hambrienta y desencajada en frente de la Opulencia, ciega y loca, le ha hecho guerra cruel; y ganándole batallas, quitándole súbditos por el vicio, la prostitución, la ociosidad y las inicuas instituciones, ha logrado al fin arruinar los imperios y escribir con lágrimas la historia de la humanidad.

Yo quise, pues, saber si la civilización era ó no benéfica en París; y sin cuidarme de las fiestas, de las diversiones, de los museos y de los palacios, que nada valen y para nada sirven, me mezclé con el pueblo

trabajador, procuré conocer las familias de lo
de la miseria, y fuí á contemplar los sufrimie
de los que lloran.

Hasta ahora la humanidad se ha dividió
y la maldita, compuesta ésta de seres oscuros
para vivir trabajando y obligados á la prosti
que, cuando el trabajo falta un día, ó por co
se abandonan, el hambre viene y los consum
en ellos, ó las pestes los hacen sus víctimas. E
fundir las dos razas, balancear la suma de biene
ya que no se puede quitar la desgracia del ca
por lo menos que el que cae herido por ella,
en la vera del camino. Problemas son éstos
pero que agitan profundamente las entrañas

La condición de la clase trabajadora en
con verdadero placer y como un consuelo par
Europa; y hombres y mujeres ganan un jorn
y tienen un trabajo que no es excesivo ni c
pues, benéfica para los trabajadores.

En cuanto á los miserables, de los que h
que aterra, que espanta y que llena de afl
reconocer también que Chanfort, en 1789, d
testable que hay en Francia siete millones de
y doce que no pueden darla, y todos se viene
la Rochefoucauld, decía en plena Asamblea :
décima parte de la población vegetaba en la
cifras siguientes son aterradoras, pero no igu
Hay ciento diez y ocho mil necesitados, y diez
no alcanza á sujetar. Entre estos necesitados
inválidos del trabajo ; los mutilados por la
los Ícaros que soñaron con gloria y con fortu
las mujeres que París daña y pervierte ;
extravía ; y, en fin, están todos los despojos
en tan rica capital.

Estas cifras, repito, no son consoladoras
que la civilización ha disminuido el núme
condición material de estos desgraciados,
que la civilización ha introducido en las cost
de la caridad cristiana.

Hoy hay más niños expósitos que en otra época; pero es porque antes eran tirados en las calles, devorados por los animales, ó recogidos, y á veces comprados, por los que les sacaban los ojos, les quebraban la cintura, les cortaban los labios ó les convertían el cuerpo en úlceras para inspirar compasión y recoger limosna; ó para exhibir espantosos *fenómenos*, y atraer así la atención pública los saltimbanquis por todas las ciudades.

San Vicente de Paul se hizo el protector de los niños; los recogió, los puso bajo el amparo de las hermanas de la caridad; los redimió, por decirlo así. Fundó hospitales para crearlos, que existen hoy, y que han sido extendidos y mejorados ; y ya los niños no son devorados por los perros ni despedazados por los hombres. Bendito sea aquél santo! Bendita sea la nueva civilización !

Los miserables mendigos en otro tiempo eran completamente abandonados por la sociedad, perseguidos por los edictos reales, asesinados en masa como sediciosos ó echados en una prisión á que muriesen de hambre, para libertar á la ciudad de las escenas desagradables y repugnantes de la mendicidad. Hoy todos los necesitados pueden presentarse á las *Oficinas de Beneficencia pública*, y recibir un auxilio para no morir de hambre; además de los esfuerzos que el gobierno hace, las *Sociedades de beneficencia* y las almas caritativas se ocupan en buscar trabajo para los obreros, en difundir nociones de moral en los niños, y en establecer cajas de ahorros; con todo lo cual el número de miserables va disminuyendo, su condición siendo menos cruel, y ahorrando á los pobres dolores y lágrimas.

La organización social es siempre la causa de la miseria en un país, y la caridad no puede hacer otra cosa que aliviar los dolores individuales de las víctimas de esa organización. Hé aquí un ejemplo que todos han presenciado en mi país. Los indios eran dueños de una porción, más ó menos grande, de terreno en el pueblo donde nacían, y la ley, buena ó mala, les dió licencia para vender ese terreno. Esa ley echó sobre la sociedad medio millón de miserables, y la caridad no puede hacer más que socorrer y dar limosna á cada uno de estos infelices.

La organización social en París produce ciento veinte mil miserables, que sin la *Caridad cristiana* se arrastrarían por las calles, mostrando inútilmente sus dolores, morirían de infinitas y multiplicadas enfermedades en oscuros tugurios, se lanzarían desesperados y llenos de rabia contra la sociedad, y cansados de llorar, renegarían de Dios en su infortunio.

Veamos primero lo que la civilización ha conseguido en favor de los que lloran, y luégo lo que la caridad practica diariamente para enjugar sus lágrimas.

veces, como en los juegos de los gladiadores y el combate con las fieras, y otras un escándalo que se debía ocultar; el que sufre tiene para los cristianos abiertas las puertas de la Bienaventuranza; el sufrimiento ajeno conmueve su alma y despierta sentimientos generosos. Para que hubiese orden, paz y belleza en las ciudades se desterraba á los pobres, á los enfermos, á los leprosos y á todos los que sufrían y lloraban, cuando no se les mandaba degollar; los cristianos levantan para ellos palacios, y llenos de amor y de abnegación, se consagran á su servicio y los cuidan como á hijos. La civilización actual es, pues, mejor que la antigua, para los que sufren y lloran.

En la hora común de los mortales, ó cuando la enfermedad inevitable viene, no sólo los ricos, los trabajadores, los inocentes, sino los pobres, los ociosos, los culpados, en una palabra, los miserables de París, son atendidos y encuentran compasión: la ciudad paga *Salas de consulta* gratuitas; y todos los días de las nueve á las diez de la mañana, un médico competente, en cada sala, acompañado de un cirujano, les da sus consejos á los infelices, les hace operaciones ligeras cuando es necesario, y los citan para los días siguientes si la enfermedad lo requiere. Conocer el remedio para calmar el dolor es ya un consuelo; y no estar obligados á hacerse lo que la ignorancia aconseja como tal, y que frecuentemente no sirve sino para prolongar la enfermedad y exacerbar el dolor. En un año se despacharon en las diversas salas de consulta ciento cincuenta y ocho mil doscientos tres enfermos.

Si la enfermedad puede aliviarse con un ligero tratamiento, se le ofrece también gratuitamente; y en *Saint Luis*, por ejemplo, hay baños y remedios para los que sufren de la piel, y después de recibirlos, vuelven á sus casas.

París tiene para los pobres quince HOSPITALES, de los cuales siete son generales y ocho para enfermedades netamente definidas ; el *Hotel Dieu* que tiene ochocientos treinta y cuatro lechos de dolor ; *Notre Dame de la Piété*, setecientos veintiseis ; la *Charité*, mil seiscientos sesenta y seis; *Saint Antoine*, quinientos noventa y cnatro ; *Necker*, cuatrocientos cuarenta y cinco ; *Cochin*, ciento noventa y siete ; *Beajun*. cuatrocientos diez y seis ; *Lariboisière*, seiscientos treinta y cuatro. A estos hospitales hay que agregar el de *mujeres incurables*, que tiene quinientas treinta camas.

Los siete *Hospitales especiales* son: *Saint Luis*, fundado para los pestíferos y destinado hoy para las enfermedades de la piel, que tiene un servicio á propósito y ochocientas veintitres camas; *Le Midi*, para hombres pervertidos, trescientas treinta y seis; *Lourcine*, para las mujeres perdidas, doscientas setenta y seis ; *Les enfants malades*, refugio santo y conmovedor,

casa, donde tiene servicio permanente y los medicamentos que puede conseguir con sus propios recursos. El elogio de esta institución está en las siguientes cifras, que da una de las últimas estadísticas: durante diez años las asistencias á domicilio han servido á 421,000 enfermos en su casa; de éstos 230,000 se curaron, 52,000 murieron, 102,000 tuvieron que pasar á los hospitales; y 13,000, que se creían inválidos ó inútiles para trabajar, se vió que sólo necesitaban un baño, un ligero ejercicio ó mejorar su espíritu, para continuar completamente buenos y alentados.

Fuí á visitar en la iglesia de San Roque la tumba del Abate L' Epée, el padre, el compañero y el amigo de los *sordomudos*, quien á fuerza de estudio, de amor y de paciencia, logró del cielo que les devolviera el lenguaje que la naturaleza les había quitado; y después de arrodillarme ante esa tumba, donde más tarde se levantará un altar, fuí á visitar la *Institución de sordomudos* de la ciudad.

El director actual del colegio de sordomudos es el señor Claudio Forestier, sordomudo él mismo, de un talento superior á lo humano, y que, como ningún otro podría hacerlo, cumple su misión, y auxiliado por su esposa que habla, pero que es hija de sordomudos y está llena de inteligencia y de virtud.

Se calcula en veinticinco mil el número de sordomudos que hay en Francia, cifra extraordinaria; y se sabe también que es mayor el número de varones que de hembras que se hallan en esa desgraciada condición.

Siendo la inteligencia de los franceses más viva que los de raza inglesa y más expresiva su fisonomía, los *sordomudos* de París parecen mejor educados que los de Nueva York; pues sorprende la viveza de su espíritu, la rapidez de comprensión y la facilidad con que lo hacen todo. Pero estudiando detenidamente ambas instituciones, se comprende que la de París es admirable, pero que la de Nueva York es mejor para hacer de los pobres *sordomudos* hombres útiles á la sociedad.

Los que envueltos en eternas tinieblas empiezan la vida sin ver la sonrisa amorosa de la madre; los que siguen á tientas su camino de penas, sin disfrutar jamás de la contemplación de la naturaleza, sin poder admirar una flor, una mujer hermosa ni el estrellado cielo; aquellos que privados están de la luz, fuente de toda alegría y de todo placer; los infelices ciegos no han sido olvidados en París por los dichosos, y hay una *Institución para los jóvenes ciegos*, situada en el Boulevard de los Inválidos, en cuya portada, parecida á la de un templo, hay un magnífico medio relieve que representa á *Haüy*, inspirado por la Caridad, instruyendo una multitud de muchachitos ciegos. Templos como éste y el elevado á San Vicente de



parecía idiota, y al poco tiempo había formado de él un niñ
vivo y dócil. Tan sorprendente resultado, hijo de la medita
atención de la sociedad filantrópica, y con suscriciones se for
colegio, cuyos alumnos fueron presentados al Rey Luis
bondadoso y sensible los recibió y agasajó.

La Asamblea Constituyente decretó la fundación del cole
y le asignó fondos, honrando cual merecía á Valentín Haüy;
republicano, los ciegos no servían para la guerra, y el gran pa
de este siglo, desterró al fundador, la institución periclit
fueron echados á la calle.

En 1815 la institución fué confiada de nuevo á Haüy, y d
para acá, amparada por la sociedad y protegida por todos los
ido ensanchándose y mejorando, y hoy es un magnífico establ
donde se educan, separados los niños de las niñas, hasta ochoc

Son notables en el establecimiento la *Sala de lectura* y
conciertos. Los niños ciegos, por medio de una impresión
correctamente, y en música alcanzan un vuelo poderoso, siend
artistas en todos los instrumentos, y estando sus composiciones
de una sublime melancolía.

La casa de los *Quinze Vingts* (los trescientos ciegos) pare
y es una realidad.

Al volver de Palestina San Luis, entre los restos d
cruzada para rescatar el Santo Sepulcro, resultaron trescient
ciegos á causa de los reflejos de las arenas del desiert
acogió á todos sus compañeros de desgracia, los alojó en un
mantuvo con el honor y decencia que merecían. Los cab
muriendo, pero su puesto lo iban tomando los militares que v
de la campaña, á éstos sucedieron otros, y así ha llegado has

vacila y se extingue; y otras, lanzando pálidos resplandores, envuelve el mundo en vago é incierto color, que hace imposible distinguir la triste verdad de la expléndida mentira, y confundir la *locura* con el genio.

La *locura*, ese vértigo que todos sentimos en los momentos de una suprema desgracia; esa sublime enfermedad del espíritu, que á cada instante á todos nos amenaza, y que es peor que la muerte; ese extravío á que todos nos sentimos inclinados; esa hija, pálida y sombría, de la meditación y el aislamiento que viene á acompañarnos; esa maga fantástica y mentida que viene cuando se van las ilusiones del amor engañado ó las esperanzas del genio coronado; esa mujer macilenta, los cabellos erizados y la faz espantosa que corona los vicios; la locura á que tan propensa está la humanidad, en París, gracias á la filosofía y á la ciencia, pierde sus dominios; y en los lugares á donde son recogidas sus víctimas, se alivia en gran parte el horror de su situación; y muchas de ellas vuelven al mundo de la realidad y al seno de sus familias.

«En vano, dice el doctor Linas, se buscara en los anales ó en las calles de París el recuerdo de un establecimiento hospitalario, especialmente consagrado á la locura. La institución de los *Asilos* ó *Manicomios*, sólo aparece en este siglo, y no ha recibido su consagración legal y su carácter definitivo sino desde la ley de 1838, obra de la sabiduría y del progreso.

« En una época no lejana de nosotros, muchos locos eran tratados como criminales y arrojados en calabozos oscuros; otros exorcisados como endemoniados ó quemados vivos como hechiceros. La mayor parte erraban á la ventura, siendo triste juguete de crueles burlas, hasta que en algún monasterio eran recogidos por piedad. En Bicetre y en la Salpetrie, si algunos había, los dementes y los locos furiosos confundidos con los mendigos y los criminales, eran agarrotados en sombrías jaulas subterráneas, húmedas y frías, cargados de cadenas y ahogados con collares de fierro. Un médico Tenon y un constituyente La Rochefoucault Liancurt, denunciaron á la compasión pública la lamentable situación de los locos y prepararon la inmortal reforma que Pinel, otro médico, inauguró en 1792: obra magnífica de la filantropía; y sin contradicción una de las conquistas más sólidas, y también una de las menos conocidas de nuestra gran Revolución.»

¡ Gloria inmortal en ambos mundos á la obra de la Revolución !

Hay en París seis *Asilos públicos para los locos :* La *Salpetiere*, *Bicetre*, *L'Asile Clinique*, *Ville-Evard*, *Vauclase* y *Charenton ;* y todos ellos, colocados en distintos lugares, según que son idiotas, dementes, monoma-

niáticos, melancólicos ó locos furiosos, son curados por diversos métodos y atendidos con cuidado, esmero, caridad y amor.

Como al llegar á Roma lo primero que se divisaba era la *Casa de oro* de Nerón, así el dombo de oro del *Hotel de los inválidos*, muestra de lejos al viajero en dónde está la ciudad imperial.

El *Hotel de los inválidos*, dice Montesquieu, «es el lugar más respetable de la tierra.» «De todos los monumentos con que París se honra y se glorifica, dice Honrier, éste el que excita más vivo interés, y despierta más la curiosidad y la admiración de los extranjeros.» Después de haber visitado la mansión de los inválidos de la naturaleza, de los inválidos de la industria, de los inválidos del vicio, fuí también á visitar el *Palacio de los Inválidos* de la gloria.

En una hermosa explanada que da al Sena, se levanta este edificio grandioso, precedido de un jardín, en donde antiguos cañones, despojos de la guerra, muestran sus enormes gargantas al viajero, y amenazan al enemigo ó al pueblo que quiera rebelarse; en el vestíbulo hay dos hombres mutilados haciendo centinela; al uno le falta una pierna y al otro el brazo derecho; el primero está sostenido en una pierna de palo, y el otro tiene el enorme sable levantado en el brazo izquierdo; ambos están vestidos con un largo levitón azul, abrochado, dejando ver en el pecho la cinta tricolor de la *legión de honor*, una cachucha de paño achatada, y calzón grueso. Están mudos, serios y cumplen su consigna como la cumplieron la víspera en la toma de Constantina ó en Magenta y Solferino. Todo desde la entrada previene el ánimo é inspira al que ha sido militar un profundo respeto por esos restos humanos, que en servicio de su patria y por la gloria de su bandera desafiaron la muerte, y que cayeron entre el fragor de la metralla, y envueltos en el humo del combate, los unos defendiendo un cañón y los otros subiendo á la trinchera.

La gloria militar con su prestigio eterno, con su mágico irresistible poder, deslumbradora, joven y hermosa, la que en otro tiempo guió al guerrero en su camino de triunfos, ahora viejo y mutilado ya, lo recoge en este templo de cúpula de oro, le cuida las heridas y lo cubre con sus alas. ¡Esto es magnífico en la nación francesa!

Del vestíbulo se pasa á un gran patio, donde está la estatua de Luis XIV, rodeado de anchos corredores, como los de los antiguos conventos españoles; y en el patio, calentando sus mutilados miembros al sol y conversando de las viejas campañas, están los veteranos; ó sentados en bancos de madera que hay en los jardines, leyendo, los que pueden, las últimas noticias de la guerra. Hay tres patios. El edificio tiene dos pisos.

En el primero está el *parque*, la batería de defensa, el comedor y todo el servicio del cuartel, y en el segundo las habitaciones de los inválidos, claras, aseadas, abrigadas y sabrosas.

Al redoble del tambor tocando fagina, es de ver á esos soldados, ciegos unos, otros mancos, en muletas los más, formar filas, hacer frente, pasar lista, y marchar desfilando por la derecha, y al *tum*, *tum* del tambor, llevar el paso y entrar al comedor, en donde cada uno, según su grado, tiene su puesto; y al frente un plato de sopa caliente,buena carne, pan y una botella de vino. Todos fuman después de la comida, y para sacar candela en el yesquero que aun conservan, ó para encender un fósforo, toma el uno la cajetilla en una mano y el otro rastrilla ó refriega la cerilla. Y los cojos pasean abrazados, sacando el uno la pierna derecha y el otro la izquierda para hacer un par. Los inválidos se burlan de su mutilación y se divierten con los extranjeros y provincianos, para sacarles dinero para tabaco, que es su pasión, su única distracción y su sólo vicio. Hacen delante de los niños, absortos, ejercicio con la pierna de palo, prodigios de habilidad con la *mano que les falta*, ó se desbaratan en su presencia ; y sobre todo tienen la *Historia del inválido de la cabeza de plata*. Un soldado recibió un machetazo en la cabeza, y para remediar esto el Barón Rarey hizo que labrasen un casco de plata, el cual le acomodó al soldado ; el craneo se fué carcomiendo y el Barón aumentando cascos de plata hasta que el hombre quedó con una completa cabeza de plata, que se la quita cuando quiere, y que por consiguiente lo ha hecho inmortal.

Verlo es difícil, sobre todo caro, y á los niños y á los provincianos por mucho favor, y por un real se les muestra de lejos entre los árboles del jardín.

Del *Hotel de los inválidos* se pasa á la iglesia, adornada con las banderas y trofeos, bajo las cuales oyen misa los inválidos, con música militar; y unido á este edificio se halla el GRAN DOMBO, bajo el cual está la TUMBA DE NAPOLEÓN.

Es éste un templo muy raro cuya entrada la forma una portada de cincuenta metros de ancho, levantada sobre el suelo, por una escalera vastísima de cinco escalones de piedra; y el vestíbulo, formado de cuatro enormes columnas jónicas que sostienen un frontón triangular. Esta fachada, la de la izquierda, la de la derecha y la puerta que comunica con la iglesia forman un cuadrado perfecto, igualmente hermoso por todos lados ; y viéndose encima, brillante y adornada con cascos y emblemas guerreros, la gran rotonda, deslumbradora y maciza.

Al entrar, en vez del cuadrado exterior se encuentra una gran cruz

CAPITULO XLII.

La Pensión Dupont Touffier—5 Place d'Eyleau, número 5, París.

ESTANDO en Francia, lo natural es hablar de Inglaterra, así como los bogotanos llevamos libros siempre que salimos al campo, como los jóvenes quieren parecer serios y melancólicos en medio de las diversiones, y como á los colombianos les gusta pasar por aristócratas en Europa.

Digo, pues, que la ley de mayorazgos y vinculaciones en Inglaterra, haciendo que toda la fortuna de una familia vaya al mayor, quedándose los otros miembros *per istam*, á quienes más mal causa es á las pobres mujeres; primero, porque los *segundones* se van al ejército ó no se casan, quedando por lo mismo vacantes las que debían ser sus respectivas esposas; y segundo, porque las hermanas del noble, desheredadas también, no se casan tampoco por falta de dote.

De aquí proviene la infinidad de *Miss* que hay en el mundo, y se encuentran por todas partes: *señoritas* inglesas, más ó menos jóvenes, más ó menos bonitas; unas literatas, otras pintoras, todas aseadas, sentimentales y amables.

Estas *Missis* aman mucho á la *noble Inglaterra*, pero jamás van á ella, y se contentan con leer en el *Times*, que todas reciben con la mayor exactitud, así en la China como en Patagonia; se contentan, digo, con leer allí cuándo su amada reina está en Windsor ó en la Corte.

Todas las *Miss* que por el mundo andan viven de alguna pensión que sus familias ó relacionados les asignan; viven tan cómodamente como

pueden, con esta pensión; y no hay un ej
almacenes para no pagar, como lo hacen l
que hayan dejado un hotel sin haber sal

De las *Miss*, las más ricas viajan aloj
cambiando de lugar según las estaciones.
en verano; á Roma en la semana santa; á
invierno. Algunas hacen expediciones ha
centro de todas ellas es París.

Otras *Miss* se limitan á salir de su
cualquiera otro país de más dulce clima y
vivir y morir con una modesta renta.

De ellas unas viajan por instruírse
visitan los monumentos públicos, van á lo
y escriben viajes y obras importantes sobr
cual conquistan fama literaria. Otras viaja
que no hay en su país. Se las encuentra s
con los hombres, van á Mabille y á todos l
cafés cantantes y aun á lugares menos dig

Hay algunas que buscan en los baños
principado de Mónaco ó en las expedic
están seguras de no encontrar en la vieja
emplean todo el talento que tienen y todo
la libertad en que viven les concede, hasta
monio, y conseguida ésta, ¡ ay ! infeliz
broma ! Lágrimas y ruegos, amenazas é in
ante los tribunales por daños y perjuicios,
duelos en que toman parte desde los her
parientes de la *agraviada:* esto se le esp
con ella.

Otras aman por amor platónico, ideal
inglesas fama de ser de hielo; yo lo niego,
sólo por tener emociones y correr aventur
interés ni las halague la esperanza de hace
regalada por conseguir la fotografía de u
misteriosa debajo del emparrado del jardín
my beloved, *my sowl*, hé aquí á todo lo qu
reconocerlo, el romanticismo, ideal, fantás
refugiado hoy en el alma de las inglesas.

Si hay en los *baños* ó en la *pensión* un

sido militar, si tiene bigotes y deja ver al descuido el puñal, hé aquí un hombre afortunado entre todas las *Miss* cuarentonas de la casa: todas lo festejan y se lo disputan.

Las *Miss* se distinguen á leguas por el vestido, ó demasiado serio ó muy extravagante; por su caminar desairado, *comiéndose* el traje por detrás, y dejando ver un pie largo y una pantorrilla seca, y por la manera especial de ponerse el sombrero ó gorra, que va diciendo por todas partes *soy inglesa*.

Debo sí decir en desagravio de las inglesas, que después de haber conocido á las francesas, elegantes y vestidas como muñecas, con pelo, carnes, cejas y colores falsos; á las españolas, graciosas, provocativas y picantes, pero incultas; á las alemanas, rubias, frescas y amables, pero de movimientos y facciones duras, y á otras muchas mujeres de diversos países, he encontrado que el tipo de la belleza en nuestro siglo está en la mujer inglesa, y que nada hay más encantador que el vestido sencillo, el peinado modesto, la *toilette* pulcra y el aire virginal de una señorita inglesa.

La *pensión* DUPONT TOUFFIER, en París, de que hablo, fué establecida para la instrucción de los jóvenes extranjeros que vienen á estudiar allí; ha tenido mucha reputación, y deja comprender que la fundación fué un buen pensamiento como especulación. Está en la Plaza de Eyleau, cerca del Arco de triunfo, en una casa construída en forma de castillo; tiene un vasto jardín y al lado un grande edificio, en donde habitan los alumnos del establecimiento.

Empezó por dar alojamiento en la pensión á algunas madres de los alumnos que había en el colegio, la mayor parte ingleses, y concluyó por ser una *pensión* en donde se recibe á todo el mundo, pero en donde predominan las mujeres inglesas.

No me detendré á hablar del colegio, que era como todos los de Francia, y al cual me dirigí porque me fué recomendado.

Puse en él á mis hijos, y para inspeccionarlos tomé allí una pieza, donde dejé mi equipaje; y me suscribí como pensionista.

La noche de mi llegada encontré instalada en mi cuarto una inglesa vieja, flaca y avellanada, que llevaba una cofia blanca, alta y almidonada, y un pañolón rojo, la cual vieja me disputaba formalmente la entrada, hablándome en un inglés del que yo apenas le comprendía algunas palabras, según la rapidez y la furia con que las pronunciaba. Yo le contestaba en el mismo idioma, pero sin duda tan mal, que no hubo forma de entendernos por más de un cuarto de hora, durante el cual combatímos en la puerta del cuarto en la que ella había puesto por barricada una silleta. Al fin quiso

convencería de que era mi pieza.

—« Me he equivocado de cuarto,» nos contestó, quedánd
muy satisfecha, y saliendo con aire de triunfo.

Esta inglesa era *Mistress* Good, quien al día siguiente n
volvió á mi cuarto á decirme que su hijo acababa de llegar d
que quería dormir y que era preciso que me levantara sin l
sin pasearme en el cuarto, porque las pisadas se oían en el su
despertar á *su niño.*

La exigencia me pareció fuerte, pero en obsequio de la b
que entre vecinos debe reinar, me sometí á ella, tanto más c
trataba de conservar el sueño de un niño, que yo me imagi
rubio, gordo y hermoso.

A la hora de almuerzo, bajó mi vecina con *su niño.* E
jayán inglés, más tieso que un estoque, más grande que una
olía á cochero por más que se daba aires de lord; y que se
vino, champaña, de lo cual no participaba su amante madre.

Él llegaba siempre á la mesa, en donde reinaba la más cor
no saludaba á nadie, hablaba en muy mal francés, y con ai
los sirvientes, y se levantaba cuando la gana le daba. Simpáti

Acabado el almuerzo, subí á mi cuarto y ya estaba allí
¿ Una nueva querella ?

—Vengo, me dijo, á ofrecer á usted el Evangelio de N
Jesucristo en español.

—Mil gracias, mi señora, por el obsequio.

—¿ Es usted cristiano ? ¿ En las Indias occidentales ha

—Unos pocos. Así, en fín...

—¿ Cristianos evangélicos ?

—No, en mi país son católicos.

—En esto no hay duda, y yo quiero que usted tenga una serie de conferencias conmigo para que se convierta.

—Yo no tengo tiempo, mi señora ; pero le agradezco mucho su buen deseo. ¡ Si estaré predestinado !

Media hora después Mrs. Good en mi cuarto.

—Vengo á suplicarle á usted el favor de que esta noche éntre más temprano á la casa, porque una de mis niñas está indispuesta y necesita reposo.

—Eso es más fácil que mi conversión, le repliqué entre dientes, sometiéndome á su voluntad.

Lo extraño en dicha señora era que siendo madre de una numerosísima familia, según fuí viendo, no la tenía toda reunida, sino que iban llegando de Inglaterra los hijos y las hijas por entregas, y partiendo de la pensión en la misma forma. Y cada vez que le llegaba un hijo ó una hija me hacía el honor de una formal presentación, y conté hasta diez presentaciones diplomáticas.

Esta familia era muy severa de costumbres. Sus hijas no bailaban, no tocaban el piano ni cantaban; y se retiraban del salón apenas se iniciaba juego de cartas ó la más inocente diversión.

—¿ Me da usted su niño mayor para que vaya al sermón conmigo ? me dijo un domingo.

—Con el mayor gusto, le contesté, siempre que él tenga placer en ir; pues es su día de diversión, y tiene libertad.

—*Ah! the holy sabbath! for amusing !* contestóme. Ah ! divertirse en domingo ! Esto lo inspira Satanás ! (El tal Satanás trabaja como un diablo, según esa señora.)

Mi hijo desapareció apenas olió la cosa del sermón, sustrayéndose así al amable convite.

—¡ Que se muere Luisa ! gritaba Madama Moureau, mitad en español, mitad en francés, á la puerta de mi cuarto, la segunda noche de mi llegada á la pensión.

Abrí la puerta lleno de espanto, y me informé de lo que pasaba.

Un joven colombiano, que su padre había enviado á estudiar á París, había llegado á esta pensión ; había conocido en ella á *Miss* Luisa Hacher, se había enamorado de ella, había pasado un año en el paraíso, y después de haberse comprometido á casar, se iba esa noche para Colombia, de donde debía regresar á los seis meses, rico ya, á cumplir su palabra.

La señorita era de Nueva York, vivía con su madre, y el negocio les

había parecido muy hacedero. Luisa era jovencita aún, muy linda, completamente yankee, pero no tenía carne para un pastel, y tan delicada, que parecía á cada momento que iba á quebrarse por la cintura. ¡ Admirable esposa para un hijo de las montañas de Colombia, obligado á hacerla montar en mula, y á habitar en casas de primitiva rusticidad !

Pero la madre y la hija se habían formado un idilio en la cabeza, y ya tenían gorras ó sombreros á propósito para el campo; habían comprado abanicos para el calor de Facatativá; y soñaban con verse extendidas en hamacas, debajo de los naranjos, respirando el perfume de los azahares; tomando helados para refrescarse, y recibiendo las visitas de todas las señoras de las otras plantaciones de café, que en sus ligeras calesas irían á visitarlas.

¡ Qué lindas flores sobre los ricos jarrones ! ¡ Qué paseos á caballo por las hermosas alamedas de cocos y plátanos que rodean á Facatativá ! Ya habían mandado hacer sus trajes de amazonas, y tenían intención de recibir lecciones de equitación en el Hipódromo. ¡ Oh ! ellas amaban mucho, según decían, la vida del campo, los *pikniks* sobre el prado, las reuniones íntimas, las comedias caseras, la pesca en el río ó en el estanque, las expediciones en barcos pequeños por el lago, y todos los placeres de que está llena la vida del campo.

Ellas mismas, decían, que irían á presidir la recogida del café, para que no se desperdiciara ; y ayudarían al joven esposo en todas las agradables ocupaciones á que da lugar su cultivo. La señorita iba á formar una colección de mariposas que traería á Europa cuando volvieran á establecerse definitivamente ; y la señora prefería recoger de las minas de oro d Bogotá los más hermosos granos y pepitas.

¡ Qué sueños ! El joven se iba ya, y era conducido por sus amigos coche; pero se arroja de él y vuelve al lado de Luisa, quien yace desmayada. Jura que no partirá y protesta contra la tiranía paterna que lo obli á marchar, y llama á sus amigos monstruos crueles y feroces.

La escena es desgarradora. Los amigos logran al fin llevárselo para ferrocarril; y yo me quedo administrándole éter y agua de Colonia á infeliz Miss Luisa.

A las ocho de la mañana están ya instalados en el salón y en el lu más cómodo Miss Kate y otro joven, mi paisano C..., apostando partida de ajedrez, que no termina sino muy tarde de la noche, y que lugar á tempestuosas escenas, en que están mezcladas las recriminaci del amor y el despecho del gladiador vencido.

Miss Kate es una inglesa de edad indefinible, usa risada peluca

pelo rojo, debajo de la cual yo he visto cabellos completamente blancos. Tiene la cutis hermosa, trasparente, blanca y fresca; se viste con la mayor extravagancia, canta bien y habla varios idiomas.

El joven C..., mi paisano, fué enviado por su padre á estudiar medicina, cuyo estudio deja siempre para el año entrante, contentándose en el presente con sus amores y sus triunfos en ajedrez.

Mrs. Horne es espiritista: pálida, nerviosa y de aire enfermizo y soñador, y el cabello siempre es espantoso remolino. Es un *medium* excelente, y Stuart-Mill le hace, dice ella, frecuentes revelaciones, que manda imprimir y reparte entre sus amigos. Consulta los espíritus para todo; ellos le aconsejan lo que debe hacer y la recetan, lo cual en mi opinión desacredita mucho á dichos señores espíritus, que cada día agravan más á la enferma, y temo mucho que jamás se cure. Por la noche la oigo pasear por su cuarto, agitada, víctima sin duda de los espíritus malévolos, pues grita como endemoniada.

Me ha proporcionado billetes gratis para asistir á las grandes sesiones de espiritismo en la Rue Viviene (que no son más que una farsa); y me ha cogido mucho cariño.

Se creerá que es mentira, pero juro que es la verdad. Me ha señalado una carta seria de su marido, escrita en Nueva York, en la que le dice, que *lo acompaña un espíritu materializado en el cuerpo de una joven hermosa;* y ella está muy contenta y no tiene celos.

¿Por qué la señora Maureau la noche de la despedida dolorosa del joven colombiano me hablaba la mitad en francés y la mitad en español? Porque esta señora es la estimable y honrada viuda de un ingeniero francés que residió por muchos años en España, donde aprendió algunas palabras que emplea siempre que puede, y de donde trajo algunos recuerdos, de los que habla con frecuencia.

Hoy es profesora de piano en la pensión, y tan buena, que á mi hijo José ha enseñado en pocos meses, y á Evaristo, lo que es un prodigio, también lo ha adiestrado en el arte; da algunas lecciones en la ciudad, y tanto le hemos ponderado *la Colombie*, como se llama por aquí mi amada patria, que está resuelta á embarcarse para allá.

Ignora, por supuesto la señora, que llegando á la costa de Colombia no ha llegado á ninguna parte; ignora lo cruel del viaje por el Magdalena, en un vapor que se vara á cada instante; ignora los tres días que hay que andar en mula para ir de Honda á Bogotá, pues el amor patrio nos ha impedido hablarla de esto.

Su hijo, René Maureau, apreciable joven, reside en la misma pensión

la escalera un ruido como el que haría un escuadrón de cosacos al quererse instalar con sus caballos, sus monturas, sus armas y sus despojos en el apacible hogar de una familia.

Las cajas y los baúles no caben, á causa de su enorme tamaño, por la estrecha escalera, y la señora recién llegada regaña al sin número de criados que han salido á recibirla; y dirige la operación de entrar el equipaje, como un jefe de tribu dirigiría un campamento, animando á los unos, ayudando á los otros, impidiendo que se extravíen algunas cosas, y haciéndolo todo por medio de señas y de gritos.

La señora ha tomado la pieza más espaciosa de la casa, y sin embargo su equipaje no ha cabido en ella, muchas cajas quedan en los corredores obstruyendo el paso; y como todas parece necesitarlas á un tiempo, las abre, las cierra, hace meter unas, sacar otras, y por más de dos horas dura el ruido de su instalación.

Serían las ocho de la noche cuando la casa toda fué invadida por un perfume como el incienso, más suave pero más sofocante; perfume que á todos gustaba, aunque á todos oprimía los pulmones y les producía una especie de vértigo delicioso pero aterrador.

—¿Qué es esto? preguntaron los más enérgicos.

—Es que Mrs. Eagleton (éste era el nombre de la recién llegada) está perfumando su cámara.

Mrs. Eagleton era la viuda de un acaudalado herrero de Nueva York, de quien había heredado su inmensa fortuna; ella, á falta de otra cosa en qué gastarla, había resuelto despilfarrarla en viajes insensatos, sin objeto ni propósito; y en esos momentos venía de Oriente. En dos meses que allí había pasado había adquirido todos los hábitos y costumbres de las mujeres orientales, tan contrarios á los de las mujeres yankees, con las que se había criado, formado y vivido. ¡Qué prodigio!

En la mañana del siguiente día (al revés de lo que pasa en el Congreso de Colombia, para cuyas sesiones pocas veces hay *quorum* á la hora precisa), desde muy temprano había en la sala de la pensión sesión plena, aguardando todos con la mayor ansiedad que Mrs. Eagleton bajase al almuerzo; y cuando se presentó hubo un rumor como el que se escucha en un panal de abejas hurgado por un muchacho.

Mrs. Eagleton era más grande, más hermosa, más dura, más original y más tonta que todas las otras mujeres de la pensión, y esto bastaba para que en adelante fuera objeto de todas las atenciones, de todas las críticas y de todas las burlas de aquella sociedad.

En el almuerzo pidió dos botellas de champaña, que se tomó en menos

vivía modestamente con su arte, educando con el mayor esmero su familia, compuesta de dos señoritas y un niño. Su esposa había muerto años antes; y él fué repentinamente atacado de parálisis y se quedó inútil y enfermo, aunque con el uso completo de su razón.

Para hacer frente á la enfermedad y á las necesidades de la vida, vendió sus cuadros, luégo los dibujos y croquis que aun no había pasado al lienzo, después los objetos artísticos que tenía, y por último todos sus muebles, quedando reducido á la miseria.

Las dos hermanas formaron el proyecto de que la una se quedase cuidando al padre y la otra saliese á trabajar, dando lecciones de piano y de francés para subvenir á los gastos.

En esta época un noble francés que había perdido á su esposa, solicitó á Miss Pettit en calidad de aya para su hija; y como era muy rico le ofreció las mayores ventajas y un salario mensual que podía enviar á su padre.

Miss Pettit partió para Italia con la niñita, en donde perfeccionó su educación, al mismo tiempo que cuidaba á la niña con el mayor esmero, habiéndole tomado un cariño entrañable.

En la época en que la conocí, la niña tendría nueve años: era una linda criatura, hablaba igualmente el inglés, el francés y el italiano, tenía unos modales primorosos, y *Miss*, que así la llamaba la chica y así nos acostumbrámos á llamarla todos en la pensión, era como una madre tierna y una hábil institutora, pero su suerte era muy triste.

El noble francés se había arruinado por el juego y había falsificado unos documentos, por lo cual no podía entrar en Francia, á donde había enviado á su madre y á su hijita al cuidado de *Miss* Pettit, dándole al principio algunos recursos, que se habían agotado ya, y sin enviar después más que promesas que jamás se cumplían.

La madre del noble era una vieja necia, inútil, impertinente, que regañaba constantemente á *Miss* Pettit, como un desahogo de su mala situación, pues habiendo vivido en la abundancia, carecía entonces de lo necesario, y exigía que la niñita estuviese siempre vestida con elegancia y lujo. Debía ya *Miss* Pettit muchos meses de pensión, y por lo mismo pocas ó ningunas consideraciones merecía, y de día en día empeoraba su suerte.

Era cruel su situación. Su padre carecía de todo, lo mismo que su hermana, que se había quedado cuidándolo; pero ella amaba con el cariño de madre, con ternura, con idolatría á la niñita confiada á su cuidado, y lo mismo la niñita á ella, y sabía que abandonándola se moriría de miseria y de tristeza. Además, el noble le rogaba que no la dejase, ofrecía pagarle

CAPITULO XLIII.

La República en Francia — Gambetta — Notables suramericanos — Varela — Sociedad politécnica—Notre Dame—El Louvre—Exposición universal.

ABRÍANSE á mis ojos nuevos y hermosos horizontes en Francia, al contemplar de cerca esa lucha gigantesca de la República contra todos los elementos reaccionarios que, unidos, vengativos y furiosos la atacaban, sin que de su parte tuviese más defensores que algunos espíritus generosos consagrados á esa causa, y la voluntad del pueblo, que hoy la ama con el mismo entusiasmo con que la adoptó en 1792.

El drama era imponente. Cuarenta millones de habitantes : ilustrados los unos, con instintos serviles los otros, jugaban su libertad, su porvenir y la gloria de la nación contra todas las tradiciones históricas, contra todas las preocupaciones sociales, contra la nobleza, las clases privilegiadas, el derecho de los reyes, el prestigio militar de los Césares, la fuerza pública organizada, y la esperanza de los dictadores.

La Europa monárquica contemplaba absorta y temerosa el principio de este drama, que podía acabar con una guerra continental y la caída de las dinastías : Inglaterra desconfiaba de que la *Comuna* no levantase de nuevo su odiosa cabeza ; Italia lo miraba con alborozo, pero sin darle un voto de simpatía ; Alemania temía la *revancha* ; Austria y Rusia preparaban los nuevos *aliados* que habían de colocar otra vez á los Borbones en la persona del Rey Enrique V en el trono de sus mayores ; y el mundo entero aguardaba saber si la reacción volvía á entenebrecerlo, ó si la libertad daba un paso en su carrera de triunfos.



mis instantes.

Gambetta tenía en sus manos el destino de la nación, r
por la fuerza como los Napoleones, sino conseguido por el p
talento, de su genio, de su abnegación y de su habilidad. Ga
Murillo el colombiano, le tenía horror á la sangre, detestaba
temblaba ante las revoluciones, le disgustaban los escándalos,
todo de la paz, del aplomo en la marcha de la democracia, c
indomable del pueblo y de su propio genio.

Las grandes dificultades que la reacción ponía en el
República él las salvaba dando un rodeo; todo desafío de
aplazaba con calma para el porvenir; á toda situación difícil
con una palabra oportuna; todo temor lo calmaba desacre
alborotadores; toda coalición la desbarataba haciendo resalta
encontrados de los coligados; y á toda ambición oponía la an
rivales: y así, sin fuerza, sin violencia, sin haber levantad
abierto la puerta de una prisión ni proscrito del territorio fran
de los ambiciosos, logró que la República se instalara y
Francia; que fuera un hecho consentido por las potencias mo
la rodean, y que como gobierno de orden y de paz fuese s
interior por los mismos que antes la temían ú odiaban su do

Entonces la Cámara de Diputados estaba en Versalles y
en el antiguo teatro de Luis XIV. Cien años habían bastad
pueblo, que en tumulto había venido á amenazar allí á s
tuviese ya el dominio soberano de ese palacio, que sus r
estuviesen allí instalados con pleno derecho, y que fuesen
señores los que entonces conspiraban para reconquistarlo.

Era interesante ver en aquel recinto, lleno de dioses, d
cupidos, al pie de Melpomene y de Talía, á los hijos de l

Cada dia se libraba un nuevo combate contra la República, unidos los retrógrados legitimistas, los pérfidos orleanistas y los perjuros napoleonistas, con la esperanza de obtener una victoria, alcanzar un triunfo, lograr una arbitrariedad en el gobierno ó promover un escándalo; porque todos vivían de la esperanza y lo aguardaban todo de las agitaciones, de las violencias y de los tumultos; pero Gambetta, superior á todos ellos, prevenía las tempestades, y sin detenerse ante las provocaciones, iba descartándose de esos miembros perniciosos en el gobierno, y haciendo imposible toda coalición.

La República se había salvado desde que había muerto á la *Comuna*, restañado la sangre, protegido las personas, garantizado las propiedades y probado á la nación que jamás volverían el *comunismo* y el *terror*, fantasmas con que al pueblo asustaban los absolutistas, y cuyo recuerdo se había venido confundiendo desde hacía un siglo con la idea de la República.

Ella, es verdad, prometía una era de igualdad, de justicia y de providencia para la clase inmensa y desheredada del pueblo; pero ni daba pábulo á las quejas de éste ni fomentaba sus prevenciones; y proclamando en alto la propiedad, la inviolabilidad de los capitales, la libre estipulación entre éstos y los trabajadores, no solamente había calmado al pueblo, sino introducido en la sociedad una gran masa de razón, de luz y de moralidad con que jamás habían contado los gobiernos anteriores.

La República radical de Gambetta no era un trastorno general en Francia, que pudiese inquietar al mundo, era sólo el advenimiento de un gobierno sin Césares ni Reyes; regular en su forma y en su desarrollo democrático; un progreso en el camino que todos los pueblos venían siguiendo, desde hacía tiempo, así en Alemania como en Italia ó Inglaterra; camino seguro para llegar á gobernarse por sí mismos y atender á sus propios intereses.

La guerra, en opinión de Gambetta y de sus compañeros, era un instrumento de ruina para la libertad, y no sólo le repugnaba por el derramamiento de sangre inocente (punto de vista filosófico y moral que ellos no abandonaban, como el más elevado en la justicia de la política), sino también porque sabían, por una dolorosa experiencia, que la guerra engendra el entusiasmo, anima los odios, crea las pasiones, y que sobre este monumento se levantan los dictadores y los Césares.

Tenía Gambetta una figura arrogante, cara hermosa, aunque muy grande para su cuerpo; una cabellera poblada que dejaba sumamente larga, y una sonrisa de audacia y de desprecio que hería y humillaba profundamente á sus contrarios.

me ligaban las más vivas simpatías; pero en su ausencia fuí el amigo de sus amigos.

Varios de ellos, con quienes había estado en íntima relación republicana, tuvieron el pensamiento de que fundáramos un periódico democrático en español, para enviar á la América; y lo que para un pobre colombiano era motivo de orgullo, fuí designado como redactor; y lo que para el que está acostumbrado á luchar con las dificultades y la miseria es un portento, lo vi realizado en pocos días, á saber que se reunió un fondo de cien mil francos para los gastos del periódico.

No me desdigo en cuanto al esfuerzo que en el mundo hacen los colombianos para brillar y conquistar posición, y su inclinación á los estudios; antes bien diré que en París han fundado y sostienen la muy notable SOCIEDAD POLITÉCNICA, cuyas secciones se ocupan en diversos estudios científicos y sociales, con gran provecho para sus miembros y adelanto para la facultad; asociación que tiene sucursales en Bogotá y en algunas otras capitales de América.

Esta Sociedad estuvo conmigo benévola y generosa, y le debí el regalo de varios libros, con dedicatorias tan lisonjeras como ésta:

«L'ART D'ÊTRE GRAND-PÈRE.

«*Sociedad Politécnica de Colombia.*

«La Sección de París ofrece respetuosamente este libro al eminente ciudadano señor General Medardo Rivas, cuyos trabajos han dado renombre á las letras colombianas.

«El Secretario, *Ignacio Gutiérrez Ponce.*

«París, 1.° de Enero de 1879.»

« MON JARDIN.

« *Sociedad Politécnica de Colombia.*

« La Sección de París ofrece respetuosamente este libro al ilustre escritor colombiano señor General Medardo Rivas.

« El Secretario, *Ignacio Gutiérrez Ponce.*

« París, 1.° de Enero de 1879.»

« PHILOSOPHIE DE L' HISTOIRE.

« *Sociedad Politécnica de Colombia.*

« A nuestro amigo y compatriota doctor Madardo Rivas, por sus trabajos filosóficos, tenemos el honor de ofrecerle este obsequio.

« Por la Sociedad Politécnica,

« El Secretario, *Ignacio Gutiérrez Ponce.*

« París, 1.º de Enero de 1879.»

Yo había llevado de Colombia todos los libros que sobre ciencias, gobierno y literatura se habían publicado, y que logré reunir en muchos años de trabajo, abrigando el pensamiento de hacer conocer á mi país en el extranjero, y principalmente en las otras Repúblicas sur-americanas, con publicaciones tomadas de estos libros; al venirme de Europa, organicé y clasifiqué esos libros, y con el nombre de *Biblioteca colombiana* los ofrecí á la Sociedad Politécnica como un tributo de admiración; y para que allí quedasen en un centro común donde todos los americanos pudieran ir á consultarlos: durante la *Exposición universal* varios americanos tomaron en esa Biblioteca dátos estadísticos de la *Memoria de Hacienda* del doctor Parra, y del *Anuario estadístico* del señor Galindo.

En los años que había yo pasado en Europa mis hijos habían aprendido varios idiomas y recibido una educación bastante completa. Mas teniendo que volver á Colombia, se me presentó el difícil problema de si los dejaba allí á que concluyesen su educación ó regresaba con ellos al seno de la familia y á su patria.

La educación en Europa, sea cual fuere la carrera que un joven quiera seguir, es, sin duda, mejor y más fácil que la que en Colombia puede recibir; y en el interés de ellos estaba quedarse. Pero ¿debe un joven educarse y formarse lejos de su patria, y habituarse á una civilización superior á aquella en que va después á vivir? ¿Compensa para su felicidad la mayor ciencia que adquiere con la pérdida de las ilusiones para toda su vida, y el no encontrar en su país ni en su familia nada de aquello que la civilización ha acumulado, y que es ya una necesidad para su alma, para su corazón y para sus aspiraciones?

¿No se extingue en mucho el amor de la familia durante el tiempo de la niñez á la juventud, viviendo ausente de ella el hijo; no participando de sus afanes, de sus alegrías y de sus dolores? ¿Para quien se educa en París, es esa tierra lejana y bárbara, cuyos recuerdos va perdiendo en su alma, y cuyas costumbres primitivas le espantan, es su patria tan querida como es

para nosotros esta Colombia que hemos visto desde niños, que nos parece hermosa, y cuya nacionalidad hemos ayudado á constituír libre y altiva para que sea una patria digna de los republicanos?

Otra consideración fué la que decidió mi ánimo vacilante entre los diversos conceptos de mis amigos, y fué la de que: no tenía yo valor para presentarme á los ojos de mi esposa sin llevarle sus dos hijos.

Resuelto el viaje con mis hijos, me propuse mostrarles todas las maravillas de la civilización: todo cuanto el hombre ha creado á fuerza de trabajo y de inteligencia, y que no hay en nuestro país, pero sin ofrecerles aquellos placeres frívolos que crean necesidades, y de que habían de carecer después; y empecé por las grandes basílicas, monumentos que muestran el adelanto de otras épocas, en que el genio del hombre trabajó con más esmero y más constancia y por más tiempo, con el propósito de levantar un lugar de adoración á Dios, á quien consagraba entonces lleno de fe la vida entera que era efímera, para merecer la eterna y perdurable.

Notre Dame es la mejor iglesia de París, y al entrar, el primer sentimiento que en mis hijos se despertó fué el de la inmensidad, que por todas partes se extiende, pues no hay nada que detenga el pensamiento ó la mirada. En la nave del medio la vista se pierde en la oscuridad del santuario, y más allá y á los lados sólo se ven arcos; y así la imaginación se extravía en un sinnúmero de recintos misteriosos, en donde arrodillados y orando levantan los fieles su mirada al cielo. El segundo pensamiento fué el de la inmortalidad, al contemplar esas columnas macizas y esos muros gigantes, levantados diez siglos antes, resonando con el eco de las mismas salmodias, y que trasmiten vivo el sentimiento místico de entonces, perpetuado en aquella inmensa basílica, imagen fugaz de la verdadera eternidad; y el tercero fué un vuelo religioso del corazón, mezclado de terror, porque el arte allí se ha mostrado magnífico á la vez que severo, y es fuerte y poderoso aunque sombrío.

Después que visitámos á Santa Genoveva, San Germán y San Sulpicio, mis hijos me decían:—La humanidad era más grande en la Edad Media y en la época de fe religiosa que ahora, porque entonces levantó esos monumentos, que no tendrán rivales en la posteridad, y que demuestran una sabiduría que se ha perdido, puesto que todos los templos son antiguos.

—El pensamiento humano, les decía yo, realiza portentos siempre que es dirigido y fuertemente concentrado á un objeto; y cuando la fe lo inspiraba, y sólo tenía una grande y única manifestación por todas partes, levantó esos monumentos que hoy nos asombran, porque extinguida la fe, ha buscado otras manifestaciones.

épocas, de diferentes escuelas y de distintos maestros; y allí los artistas encuentran las tendencias del espíritu, el carácter de los pueblos, las ideas de cada siglo y el estilo de cada pintor, formando todo un magnífico monumento levantado por la pintura al genio de la humanidad.

Gozaba mucho mi hijo José, quien ha heredado de su abuelo materno el amor á la pintura, y mientras que yo había recorrido dos ó tres salones, él se había quedado mirando un solo cuadro; y como yo no conozco nada de arte sólo diré que los cuadros que más me gustaron fueron: La *Joconda* marcada con el número 462; *Un retrato* del Ticiano; *El entierro de Cristo*, por el mismo; *El suplicio de Cristo*, id.; *La Caridad*, por Andrés del Sarto; *Un paisaje* de Salvator Rosa; *La Aparición de Samuel*, y *Susana en el baño*, de Robusti; *Retrato del Tintoreto*, por el mismo; *El Cristo*, de Velázquez; *La Concepción*, de Murillo; *La Anunciación*, *La Virgen y El niño*, *Cristo y La Samaritana*, *Ecce-Homo* y *La Magdalena*, de Guido Reni; *El sueño de Jesús*, de A. Caracci; *La Santa familia*, de Cantarini; *La comida de Simón el leproso*, por Caliari; *Las bodas de Canán*, por Pablo el Veronés; *Cristo llevando la cruz*, de Morales; y *El robo de las sabinas*, por David.

Cuando hubimos visitado éste y otros museos de pinturas, me decían mis hijos:—El genio se extingue en la humanidad: la época de las bellas artes ha desaparecido para siempre, los grandes pintores, los famosos arquitectos, los divinos estatuarios, los escritores clásicos, se fueron para no volver; y este siglo no cuenta ni un Murillo, ni un Rafael, ni un Miguel Angel, ni un Racine, ni un Corneille, ninguno de esos genios que dieron al arte un sello de grandeza, y esa fecundidad que produjo las obras maestras que hoy están repartidas y que son la admiración del mundo.

—La verdad es, les decía yo, que el espíritu humano en épocas pasadas concentrado y estimulado por el sentimiento estético, y sin tener otra manifestación que la poesía y las bellas artes, produjo maravillas que no se repetirán, porque el genio es como el sol de América, que arroja sus rayos y por la mañana dora las cimas de las colinas nevadas de nuestro país, y por la tarde inunda de luz los valles por donde corre el turbio Magdalena.

Vivíamos en el verano en Enghien con mi amado hermano Ricardo y mi inteligente sobrino Carlos de la Torre. Dicha ciudad, con un hermoso lago, muchas alamedas, hermosas *villas* y espaciosas *casas de baños* de aguas sulfurosas, á donde concurren todas las parisienses á dar brillo á la piel, á extinguir cualquiera mancha en la cutis, á pasear y á gozar, sólo está á doce leguas de París.

En tiempo de la Reina Ana de Austria, mujer de Luis XIII,

con cuánta rapidez hilaban y tejían ese algodón, asegurando á la humanidad que ya no andaría desnuda, y que estaría á cubierto de los rigores del frío y de la intemperie en todas partes.

Todo resultado feliz en agricultura, toda perfección en la maquinaria, todo éxito obtenido en la locomoción, todo adelanto en los infinitos ramos de la industria humana estaba allí exhibido, formando un conjunto verdaderamente maravilloso y muy superior á lo qne la imaginación puede soñar.

La más codiciada y hermosa perla de Golconda, el más grande diamante del Brasil, el más rico pañolón de Cachemira, el más sencillo método de pescar la ballena en los mares del Norte, y la más cómoda hamaca del salvaje del Nuevo Mundo, todo estaba allí reunido con la última máquina de coser, la última estatua cincelada, el último descubrimiento geográfico y la última palabra de la ciencia. Tanta belleza y armonía tan grande, formaban un templo augusto, majestuoso, lleno de luz, donde resplandecía el genio y sólo era adorado el trabajo.

¡ Pobre patria mía, ni un grano de oro de las arenas de tus ríos, ni una esmeralda de tus ricas minas, ni la quina de que Dios pobló tus bosques, ni obra alguna de tu industria, ni un rasgo de tu carácter ! ¡Vives borrada del rol de las naciones civilizadas, desolada por las guerras y entregada á la barbarie y á los odios !

Era de noche y el Shah de Persia, sentado en uno de los salones de la Exposición, daba por el *telégrafo* á sus Ministros de Consejo en Teherán, capital de su reino, á cuatro mil leguas de distancia, sus órdenes, las que llegaban allí seis horas antes de que él las hubiese dado en Paris. Envuelto en una aureola de luz, como la del sol en el zenit, aparecía á los ojos del pueblo, y esta luz que cambiaba de colores y de belleza á cada instante, la producían dos carbones que la *máquina eléctrica* hacía rozar. Sus palabras quedaban estampadas en el aire por la *máquina italiana*, al pronunciarlas, y en el instante mismo eran impresas en millones de hojas que se repartían al pueblo de París; su imagen era reproducida á cada movimiento por la *fotografía* como en un espejo mágico y repartida á la multitud.

El Shah se *fastidia* y es preciso *divertirlo*, no ya como lo hacían los antiguos reyes y lo hacen todavía los dictadores en América, derramando sangre, sino que le traen una corneta de marfil del *teléfono* que aplica al oído, la que le deja gozar los cantos de las famosas cantarinas que en ese momento dan en la Opera *La Africana;* y el Shah se ríe y se divierte como si estuviera en el teatro.

—Pedid lo que más os haya gustado en París, le dicen.

—La *Concepción de Murillo.*

Y como por encanto van saliendo, de la *oleografía*, una en pos de otra, mil imágenes todas iguales entre sí é iguales á la que está en el Louvre.

De repente el Shah se levanta sorprendido, casi aterrado, porque está solo y una voz á su lado le habla en lengua persa, imita su voz, remeda su acento y repite sus palabras.

—¿Qué es ésto? pregunta al Director de la Exposición.

—Es el *fonógrafo*, le contesta éste. Llevad ese instrumento, y cuando queráis tener un recuerdo de París, él os repetirá en francés el discurso que esta mañana oísteis al Presidente de la República.

—Mi Imperio, decía el Shah, el más poderoso en tiempo de Darío, no conserva de su antigua grandeza, más que las suntuosas pagodas, las soberbias mezquitas y los regios palacios de cuya magnificencia y lujo no tenéis ni idea en Occidente; su clima es dulce, el suelo fértil, está rodeado de seguros puertos de mar, cruzado de ríos, y tiene una población diez veces mayor que la de Francia, pero esa población se muere á veces de hambre, otras es devorada por las pestes, y vive en la indolencia y la pereza. Yo quiero hacer algo por que mi nación sea grande como las vuestras, y nada encuentro que alcance á realizar mi pensamiento.

El Ministro norte-americano le dijo, señalando á un yankee:

—Llevaos ese hombre, que es *Constructor de ferrocarriles.*

—Tomad esta mujer, le dijo el Embajador de Alemania, que es *Maestra de escuela*.

—Os doy estos dos *Médicos* que conocen la higiene y la medicina: ellos preservarán vuestras ciudades de las pestes y salvarán á vuestros súbditos de las enfermedades, le dijo el Presidente de la República.

—La Italia os presenta el inmortal libro de *Becaria* sobre *Delitos y penas:* arreglad á él vuestra justicia.

—Otorgad, como ésta que os doy, una *Gran Carta*, y dad libertad á vuestro pueblo, le dijo el Embajador de Inglaterra.

—No obliguéis á nadie á ir á la pagoda para adorar á Brahma y dejad que á su lado se levanten altares á Cristo, le dijo el Rey de Holanda: así levantaron mis antepasados la grandeza de un pueblo que vivía entre pantanos y que le robó al mar la tierra que hoy habita.

—A las conquistas emprendidas por vuestros padres para aumentar el territorio, llevando la ruina y la desolación á los reinos vecinos, le dijo el Ministro de Suiza, sustituíd ahora las conquistas sobre la moralidad, cul-

tura y elevación de vuestro propio pueblo. Así es como nosotros hemos vivido en libertad por tanto tiempo, y por esto valemos, cuatro millones que somos apenas, más que vuestro numeroso imperio.

—Verdaderamente mi Imperio será transformado y regenerado en medio siglo, dijo el Shah de Persia. La civilización del siglo XIX realiza prodigios que no se registran en la historia de los Imperios; y jamás ha sido más inteligente, más poderosa, más rica, más moral, más digna y más libre la humanidad en todo el mundo.

Haber conocido la ciudad de Atenas en todo su esplendor, en el siglo de Pericles; haber visto al pueblo más inteligente de la tierra reunirse en la plaza pública á decidir de los negocios del Estado, á declarar la guerra ó á ratificar la paz, movido por la elocuencia de sus oradores; haber visitado la Academia, contemplado las estatuas de Fidias y asistido á las suntuosas ceremonias, en los templos de mármol y oro, del culto griego tan lleno de poesía, es un sueño natural en el joven que estudia la historia de aquel pueblo portentoso, y que llega á amarlo con el cariño con que amamos á nuestros progenitores.

Y como es imposible que la historia se repita, y el hombre busca siempre en la humanidad algún rastro de lo que hubo en otro tiempo, yo, ya viejo, en París hallé esta semejanza; y dejar la culta ciudad donde viva y palpitante estaba la República naciente, era para mí, no un dolor, porque iba para mi patria, sino un desconsuelo como el que se siente al dejar en el camino la familia que nos ha brindado en su casa una espléndida hospitalidad.

Todos los viajeros que parten de París, quieren gozar de él hasta la última hora, hasta el instante mismo de partir el último tren que ha de llegar en el momento en que sale el vapor para América. Un accidente imprevisto, el retardo de un coche, la pérdida de algún objeto del equipaje hacen á veces que el viajero llegue tarde, el cual tranquilizando su conciencia, disculpándose consigo mismo ó con las personas de quienes depende, se *resigna* á quedarse otro mes en ese París encantador.

Para evitar esta debilidad marché con mis hijos á *Saint Nazaire*, puerto de embarque, dos días antes del en que debía partir el vapor *Lafayette*, de la línea francesa, que iba á conducirnos á Colombia. Coloqué con anticipación en el camarote nuestro equipaje; y desconfiado siempre de mi destino, temiendo alguna contrariedad que nos detuviese en tierra, no estuve satisfecho hasta que no atravesé la tabla que unía la playa con el buque, y no sentí que se estremecía bajo mis pies, y que poco á poco iba alejándose de las playas de Europa.

aterró y despejó mi cabeza. Hice un esfuerzo, me arrastré hasta la puerta del camarote y di un grito tan espantoso que debió oírse en medio de los truenos de la tempestad. Pasaron unos instantes de angustia suprema. Luégo oí las pisadas de un hombre que se acercaba al camarote.

—Es imposible prestar ningún servicio. Esa voz volvió la vida á mi corazón.

—Agua ! le grité al que se acercaba.

—No se puede traer !

Volvimos á ese letargo pesado, angustioso del mareo, y en él permanecímos no sé por cuántas horas hasta que entró un hombre como ebrio, teniéndose de las paredes, cogiéndose de las tablas del camarote, y nos ofreció agua de limón y sopa.

—Maldito tiempo ! nos dijo, no se puede caminar, ni hacer comida, ni servir á nadie ; el teniente se ha roto una pierna, yo estoy bien aporreado, y no hemos tomado en veinticuatro horas más que pan, queso y coñac. Esto va largo, coman aprisa lo que puedan, pues yo tengo que andar á gatas para atender á todos.

La tempestad duró tres días, y de la altura de las Azores nos arrojó sobre el golfo de Gascuña; y durante este tiempo nadie salió de su camarote. Los más valientes aparecieron dos días despues; pero los efectos del mareo habían sido tales, que á los diez días fué cuando principiaron á salir sobre cubierta, como esqueletos, las señoras, sosteniéndose penosamente de los caballeros para poder andar.

Por muchos días el cielo estuvo encapotado y el mar tranquilo, pero tan melancólico, tan triste, que pudiera decirse que estaba vestido de duelo; y aun cuando el cielo aclaró después, su soledad aterradora, su eterno gemir, sólo despertaban en mi alma ideas sombrías y pensamientos tristes.

He tenido un corazón entusiasta, pero una alma enferma desde la niñez; y nada me ha entristecido tanto como la soledad. Del Evangelio la escena de Cristo en el Monte de los Olivos, solo, sin que nadie comprenda su dolor, ni participe del cáliz de su amargura, me ha parecido siempre la más conmovedora. Yo me hubiera vuelto loco encerrado por tres días en una celda, y de la muerte lo único que me aterra es la soledad de la tumba.

Siéntome como si tuviera miedo de mí mismo, ó como si la visión de un destino implacable me siguiera siempre y me diera terror; y quizás por esto me he lanzado en los peligros de la vida militar, en las vorágines del mundo y en placeres bulliciosos, para sentirme rodeado de soldados,

oír el bullicio y la algazara de la multitud, ó tener la compañía del canto y de las risas de una alegre fiesta.

Suspendido entre el cielo y el abismo por un hilo etéreo que el hombre no ve y que está en la mano de Dios; llevando incierto rumbo, atormentado por la soledad, sin esperanza en el esfuerzo, é impotente la voluntad para seguir camino cierto, el poder del alma fatigado, lleno de vastos pero vagos pensamientos, y triste, desconsolado, buscando una patria ideal, un amor imposible, una aspiración infinita, así vive el hombre en la tierra, y así estaba yo en alta mar cuando compuse estos versos.

El ancho mar océano cruzando en débil barca
Buscando voy, sin rumbo, el suelo do nací;
Y sigo á la ventura. Mi vista sólo abarca
El mar inmenso y solo, y el palio de turquí.

A veces la onda leve se arrastra perezosa,
A veces nos agita revuelta tempestad;
Y siempre cielo y agua en torno, y espantosa
Doquiera nos circunda desierta soledad.

Jamás se oye otro ruido que el fúnebre lamento
Que lanzan, junto al buque, las olas al pasar;
O el ¡ ay ! que entre las velas murmura triste el viento
Que va por el espacio desierto de la mar.

Ni con alegres notas el pajarillo trina,
Ni el vuelo de un insecto se escucha en derredor;
Tan sólo sigue al buque la triste golondrina
Que abandonó en la playa sus hijos y su amor.

Una onda tras otra onda corriendo eternamente,
Y así millares de ondas en loca confusión,
En el inmenso océano de una agua transparente
Es cuanto mira el hombre perdido en la extensión.

Ni selva amena y fresca, ni fuente cristalina,
Ni el prado verde y húmedo, ni la temprana flor,
Ni el árbol que sombrea la choza campesina,
Nada contempla el hombre de lo que inspira amor.

El sol igual por siglos se eleva en el oriente,
Recorre los espacios con muda majestad ;
E igual por siglos muere radiando en occidente,
Sin que su luz alegre jamás la soledad.

Imagen del destino igual é inexorable
Que dominó mi vida, que consumió mi fe,
El mar entre su abismo, oscuro é insondable,
Encierra hondos arcanos que el hombre nunca ve.

Severo, cruel, terrible, el dios que hizo el oceano
Unióle con la muerte, y allí su altar alzó ;
La muerte aquí es quien manda, aquí es el soberano;
Y aquí tributo eterno del hombre recibió.

La muerte en la flotante espuma navegando,
Recorre el mar oscuro con fúnebre altivez ;
La muerte en los escollos y riscos aguardando
Está á los navegantes con triste palidez.

Por eso es siempre triste el mar estando en calma,
Mientras la barca rueda perdida en la extensión ;
Por eso en la tormenta medrosa tiembla el alma
Y el hombre encuentra en todo fatal desolación.

Si acaso mi destino se rinde aquí á la muerte,
Si acaso una ancha fosa me ofrece el hondo mar,
Que sea sobre una costa le pediré á la suerte,
Donde, muriendo, pueda mi patria contemplar.

tre las hojas de mi cartera he encontrado una tarjetita que dice « S. ɔt, Trésorier des Finances á St. Pierre de Martinique»; y al ırla he recordado que éste era un viejo gordiflón, rubicundo y lo que venía á bordo, y que se enamoró locamente de una rubia señorita de Chile, parecida á la que es hoy la señora Manuela e Ruiz. El gordiflón y su amor fueron la especulación de mi hijo), y la diversión nuestra por muchos días.
señorita no sabía ó fingía no saber francés, y el enamorado pretendía pañol: se hacía añicos por hablarle, enviarle billetitos y componerle

versos; y escogió á mi hijo Evaristo por confidente, maestro y director, por lo cual no faltaron á éste los bizcochos y demás obsequios durante todo el tiempo de la navegación. Al respaldo de la tarjeta está una estrofa que el enamorado Houregot había compuesto para su dama y dádome á que limara; héla aquí en toda su originalidad:

« Más dulce su voz que la de Gabriel ;
Son sus ojos lindos cual los del angél
Bailando, sus pies son de pajaritos,
Felíz el señor de tantos merítos.»

Pasados los estragos del mareo, las diversiones volvieron á bordo, y el fino trato del capitán, la cultura de los oficiales franceses, la escogida sociedad que á bordo había, hicieron menos penosa la navegación, que duró otros quince días, sin ver más que cielo y agua.

¡ TIERRA DE AMÉRICA !

Ya el pálido y sombrío cielo del Norte, que como una inmensa bóveda de plomo cubre la tierra, mientras que las brumas interceptan los rayos de la luz del sol que muy de lejos vienen, se muestra con más brillo; y de momento en momento se aclara el horizonte, como la razón despierta y fulgura después de un sueño pesado y melancólico producido por el narcótico.

La sangre helada en las venas empieza voluptuosamente á correr: la alegría vuelve al corazón, y se siente un bienestar supremo que inunda el alma.

Día por día la nave que en el desierto inmenso del océano fluctúa, va acercándose al ecuador, y mientras más avanza, el cielo es más brillante y bello; y en el zenit lleno de luz, de rayos, de majestad y de gloria, el sol, dios del mundo, lanza sus rayos del uno al otro extremo.

¡ Qué suntuosidad ! ¡Qué belleza ! El alma absorta, enajenada, admira, goza y sueña, y une á la adoración del sol el canto sublime de la naturaleza.

El horizonte se ensancha, se extiende; y parece que la mirada más allá de los reflejos celestes, y al través de la atmósfera clara y luminosa, puede descubrir la inmensidad.

Ni una nube en el espacio que limite la mirada ; la nave como en el centro del universo, flotando en un océano sin fin, azul, brillante, cuyas ondas serenas ruedan, pasan, se van y se pierden junto con la mirada en

la bóveda de cristal azul del cielo, que á igual distancia y en un círculo inmenso y movedizo se levanta.

Al declinar el sol, rosados arreboles se forman en el Occidente, y del fondo de las aguas salen algunas nubes de color de oro ó de fuego: vagos, informes, entre reflejos de luz se ven los lineamientos de un templo que abre sus puertas al sol ó de un mausoleo de nácar alzado para que sea su tumba.

Por el despejado y brillante azul del cielo, el ojo avizor del experto marinero cree divisar una sombra más azul, hacia el lado del Sur; sombra que lentamente se aumenta, hasta que al fin es visible para todos, y el grito alegre lleno de esperanzas y de alegría sale de todas las bocas: ¡Tierra! Tierra!

¿No es ilusión? ¿Al que atraviesa el desierto, rendido de cansancio, muerto de sed y casi ciego por los reflejos del sol sobre la arena, el deseo, la ilusión, no le hacen ver espléndidas ciudades, rodeadas de muros, con elevadas torres y hermosos miradores; ciudades que se le escapan y se le van cuando ya cree que va á pisar su suelo?

¡No. ¡Esto es verdad! El suave perfil que limita el cielo hasta entonces vacío, es tierra, y tierra de América!

¡Salve, bella región de luz, de vida y de poesía! ¡Salve, tierra de promisión y de abundancia! ¡Salve, mansión de la República y patria de la Libertad!

Todo en ti es grande como tus destinos, suntuoso como debe ser la morada del hombre libre de Colombia; bello como los sueños de sus próceres entusiastas, poético como la creación del genio. Y tus mares, donde se desencadenan las tempestades, los volcanes, que hacen temblar el continente y cubren de llamas y de ceniza el espacio; tus ríos, que en gigantes y estruendosas cataratas se desprenden, ó atraviesan solitarios las desiertas selvas; y sobre todo, tu cielo, donde brillan de noche millones de antorchas que alumbran como el sol, todo es digno del hombre en la bendita América.

La barca avanza, y ya toca en una playa desierta al pie de magníficas, colosales montañas cubiertas de guayacanes seculares, y brillantes con la nieve de sus cimas. Yo te bendigo, magnífica y fecunda tierra. ¡Hermosa Colombia! ¡Patria mía!

Como tributo te traigo de lejanas tierras mis dos hijos, para que conmigo te amen y te sirvan. No ante el altar sagrado, como Amílcar, quiero que juren odio y guerra, sino paz y amor; pero ¡oh Destino manifiesto, protector de Colombia, presérvalos también, y no dejes que sean perseguidos

ÍNDICE.

